La DJ que
NO PINCHABA
canciones de
AMOR
Marion S. Lee

La DJ que NO PINCHABA canciones de AMOR

Marion S. Lee

Primera edición en papel: Febrero 2026
Título Original: La DJ que no pinchaba canciones de amor.
© Marion S. Lee 2026

Diseño de portada: Maiki Niky Design (www.maikinikydesign.es)
Maquetación: Carlos Javier Navarrete Mena.
:
Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita del titular del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes. Diríjase a CEDRO (Centro

Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

INDICE

PLAYLIST CAPÍTULOS
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
EPÍLOGO
EPÍLOGO 2
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA

PLAYLIST CAPÍTULOS

QUEEN

Killer Queen	3:00
Don’t stop me now	3:29
Good old fashioned lover boy	2:53
Sweet lady	4:02
Hammer to fall	3:38
Fat bottomed girls..	3:23
Play the game..	3:33
Keep yourself alive	4:04
I want it all	4:02
A kind of magic	4:24
Somebody tol ove	4:56
My melancholy blues	3:31
You are my best friend	2:51
Gimme the prize	4:34
Need your loving tonight	2:49
Breakthru	4:08

Seven seas of Rhye	2:49
You and I	3:26
Crazy Little thing called love	2:43
Doing all right	4:09
Pain is so close to pleasure	4:21
Friends will be Friends	4:07
Radio GaGa	5:48
The miracle	5:01
The great pretender	3:26
Good company	3:23
Put out the fire	3:18
It’s a hard life	4:07
Under pressure	4:08
I want to break free	4:18
Now I’m here	4:13
Sail away sweet sister	3:33
Let me in your heart again	4:35
Another one bites the dust	3:35
It’s late	6:26
Love of my life	3:37

One year of love	4:27
Who wants to live forever	4:55
Save me	3:50
Las palabras de amor	4:32
I was born tol ove you	4:50
Made in heaven	5:25
Driven by you	4:10

Puedes escucharla aquí

Para ti, papá.
Sé que estarías muy orgulloso de mí.

1

Al fin, ahí estaba ella, a menos de diez metros.

Rory detuvo el vaso de cerveza a medio camino de sus labios y fijó la mirada en el escenario que estaba a unos pocos metros. Detrás de una mesa de mezclas estaba la DJ de la que tanto había oído hablar. Y quien lo hizo no había mentido ni un poco.

Bajo la intermitente luz multicolor, moviéndose también al ritmo de la música, la chica se concentraba en los dos platos giratorios en los que pinchaba las canciones que el público bailaba casi con frenesí. Aunque ahogados por la estridente música, también podía escuchar cómo parte de la concurrencia trataba de seguir la letra con más o menos acierto. Él ni lo intentaba, atento como estaba a la mujer. Era alta, de constitución delgada, pero con curvas en los sitios adecuados, justo como a él le gustaba. Y desde aquella distancia parecía bonita: piel perfecta que relucía bajo los focos; una media melena –que estaba seguro de que era una peluca– le acariciaban las mejillas y que apenas dejaba ver sus facciones. A ese complemento tenía que sumarle unas enormes gafas negras que le ocupaban parte del rostro y un gorrito que, si bien estaba muy a la moda, a su juicio sobraba.

Casi sin percatarse de lo que hacía, dejó sobre la barra del bar el vaso ya vacío de cerveza. Toda su atención estaba en ella. Sus amigos le habían hablado varias veces de aquel *pub*, el Seven Seas of Rhye. Decían de él que había buena música, excelente cerveza servida en su punto –algo muy importante para un irlandés– y muchas chicas con las que poder ligar y acabar la noche de la mejor manera posible. Pero también le habían hablado de la DJ que, de vez en cuando, amenizaba las noches. Le habían insistido en que era preciosa y él, que jamás dejaba escapar una oportunidad de conocer

a una mujer bonita, había ido allí con la esperanza de ver por sí mismo si era cierto.

Había algo que no contempló en aquella coincidencia con la DJ: nadie sabía cuándo ella tendría a bien presentarse. Por lo que había podido comprobar, no tenía un día en concreto para ir; sin embargo, cuando lo hacía, el lleno del local estaba garantizado. Había ido varias veces en aquellas últimas semanas hasta que, al fin, esa noche de viernes del agosto más caluroso que se recordaba en Dublín, los dioses habían tenido piedad de él y los habían hecho coincidir.

Nadie sabía cómo se llamaba en realidad; todos se referían a ella como «DJ Queen» porque era con alguna canción de la famosa banda inglesa con la que cerraba las sesiones. Queen. El apodo le iba como anillo al dedo.

—¿Quieres otra cerveza?

Se volvió hacia el joven camarero que lo observaba desde el otro lado de la barra. Con una mueca de disculpa, negó con la cabeza.

—No, muchas gracias. He bebido suficiente por esta noche.

El camarero desvió la vista para señalar con un gesto de la barbilla hacia el escenario.

—Has venido a verla, ¿a que sí?

Apretó los labios y asintió mientras regresaba la mirada a la mujer, que continuaba ensimismada con su música y sus discos.

—Así es —admitió—. Me habían hablado de ella y sus sesiones y quería comprobarlo por mí mismo.

—Es buena. Tiene un gran sentido musical —escuchó decir al joven, que debería de tener poco más de veinte años y que, por su acento, no era irlandés—. Y encima es guapa.

No se tomó el trabajo de darle la razón porque no podía retirar los ojos de ella. Las luces que había sobre el escenario cambiaban constantemente y la corta camiseta de tirantes blanca que la chica llevaba, que cuando se movía dejaba al descubierto su estrecha cintura, se teñía de un eléctrico color cada vez que cambiaban las luces.

Las canciones se solapaban unas con otras y el público las recibía sin parar de bailar, con los brazos en alto y dando voces de júbilo. El ambiente era inmejorable.

De repente, la música cambió y de los altavoces salió una nueva melodía, diferente por completo, que algunos comenzaron a entonar de inmediato.

—Pues ya está a punto de acabar —escuchó decir al camarero. Giró la cabeza hacia él y el joven se encogió de hombros mientras servía una nueva cerveza que alguien le había pedido—. Canción de Queen. Hasta la siguiente vez.

Él desconocía la canción. No era muy fan del grupo; en realidad, cualquier cosa que oliera a británico él lo rehuía como la peste. Kevin, su primo, solía reírse de él y amonestarlo con la cantinela de que aquel disgusto –por no decir aborrecimiento– hacia lo que tuviera que ver con el insigne imperio de Su Majestad era algo de otros tiempos. Pero para él no lo era.

—Ya veo —contestó al fin.

—Ella no suele hablar con nadie después de las sesiones, aunque moscones no le faltan alrededor. —La voz del camarero se hizo notar sobre la rítmica melodía. El chico se había apoyado en la barra con una mueca sonriente en el rostro.

—¿Y por qué me cuentas eso? —quiso saber, intrigado.

—Porque me caes bien. Y porque no la miras como los demás.

Tenía que admitir que el joven le parecía simpático, así que correspondió esa especie de cumplido con un cabeceo.

—Eh… gracias.

—Si te interesa saberlo, ella sale del escenario por aquella puerta de allí atrás, que da a un pasillo. Si sorteas a los que también la esperarán, puede que tengas una oportunidad —dijo al tiempo que señalaba hacia algún punto al fondo del local, tras el escenario en el que la DJ estaba finalizando su actuación de ese día.

El ritmo de su corazón se amoldó al sonido acompasado de las notas más bajas de la canción. Notó cómo comenzó a bombear más rápido de lo habitual. Por supuesto que le interesaba saberlo. Había visto cómo una gran parte del público masculino jaleaba a la chica y pensó que ella debía de estar más que acostumbrada a ser el foco

de atención por parte de muchos. Y también que les daría calabazas incluso antes de que le dijeran su nombre.

«Pero no pierdes nada por intentarlo, colega».

Regresó la vista al camarero y aceptó su consejo con una inclinación de cabeza.

—Gracias.

Sin dejar que su mirada se desviara del estrado, se abrió paso entre la concurrencia mientras que caminaba hacia el lugar que le había indicado el camarero. El jaleo y la cadencia rítmica de la música que todavía sonaba por los altavoces le hacían pensar que tenía la cabeza metida en un gran cubo al que alguien estaba aporreando.

Acababa de llegar al pequeño pasillo cuando la algarabía, los aplausos y los silbidos llenaron la sala. Se sintió raramente nervioso. No entendía de dónde salía esa sensación. Para él no era algo fuera de lo normal tratar de que alguna chica le devolviera el saludo y lograr pasar una buena velada –o tarde o lo que fuera– con ella. De preferencia, en una cama. Se tenía por un tipo con don de gentes, simpático y abierto, y sabía que a las mujeres le gustaba su aspecto físico, su altura de metro ochenta y cinco y la sonrisa que les dedicaba. Esos eran sus puntos fuertes.

Se detuvo al inicio del pasillo y atisbó por él. Había dos puertas enfrentadas; una correspondía al baño femenino; la contraria estaba cerrada. Al fondo, una tercera algo más ancha daba a un callejón trasero que no parecía muy iluminado, a juzgar por la poca luz que entraba por el cristal superior.

Fue al girar la cabeza de nuevo hacia el interior del *pub* cuando la vio caminar hacia él. En la distancia no había notado lo alta que era, aunque bastante menos que él. Y era muy bonita, mucho más de lo que había creído. Sus propios ojos, y las luces, no le habían hecho justicia.

Ella se detuvo de repente a pocos pasos, sorprendida.

—Hola —le dijo—. Perdona, tengo que…

—Hola —respondió él, nervioso. La sensación le era extraña. No era la primera vez que se presentaba sin más a una desconocida, ni tampoco sería la última. Desplegó ante ella una de sus sonrisas, esa

que sabía el efecto que causaba entre las féminas, y le tendió una mano—. Soy Rory. Rory McCoy.

La mujer pareció pensar si aceptaba su saludo, pero acabó correspondiéndole. Se sintió afortunado al ver que ella acompañaba el gesto con una tímida sonrisa.

—Hola, Rory.

—Ha sido una sesión genial —añadió él.

—Muchas gracias.

Sintió la mano firme bajo la suya, aunque mucho más pequeña; una mano suave de largos dedos y cuidadas uñas. El contacto acabó mucho antes de lo que a él le hubiera gustado.

—He venido varias veces al *pub* para escucharte —le dijo—, pero no había tenido suerte. Parece que esta noche sí que la he tenido.

—No tengo un día fijo, es verdad —admitió ella—. Entonces, ¿te gusta la música?

«Me gustas más tú», fue lo primero que vino a su mente, pero sabía por experiencia que no era algo que pudiera decir cuando apenas había intercambiado con ella dos palabras. En cambio, se encogió de hombros y guardó las manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros que llevaba.

—Bueno, sí, pero digamos que no ocupa el primer lugar entre mis aficiones.

La vio ladear la cabeza.

—¡Ah! Pues para estar en un lugar como este te tiene que gustar sí o sí.

—Me gusta los lugares así, como tú dices, cuando me ofrecen algo más que música.

—¿Cómo…?

Le estaba divirtiendo aquel intercambio con ella. Él sabía jugar y ella, claramente, también. Compuso una mueca pensativa.

—Un buen catálogo de cervezas. Esto es importante.

—Importantísimo —replicó ella.

—Un buen servicio.

—Fundamental, sin duda.

—El ambiente…

—Que no lo vas a encontrar mejor que aquí.

Al parecer, no era el único que se lo estaba pasando bien con aquella conversación salida de la nada.

—El panorama también es importante. Las vistas —se atrevió a añadir. Si ella aceptaba aquella mal disimulada insinuación, tal vez podría comenzar a hacerse ilusiones sobre alargar la velada junto a aquella preciosa mujer.

La observó arrugar un poco la nariz en un gesto encantador.

—Así que las vistas… Entiendo.

—Es un buen aliciente. ¿O no considerarías tú lo mismo?

Ella pareció pensar su siguiente respuesta. Entonces, asintió.

—Lo haría, sí.

A lo mejor se lo estaba imaginando, llevado por las ganas de que la conversación derivara en algo más, pero intuía una especie de conexión entre ellos. Se atrevió a dar un paso más.

—Debajo de esos focos seguro que has pasado calor. ¿Quieres…? ¿Quieres que te invite a una copa? ¿Una cerveza?

La DJ apretó los labios y desvió la vista hacia el interior del *pub.*

—No, creo que no.

La tajante contestación lo descolocó, sin embargo, la sonrisa que había mantenido hasta ese momento no se le había borrado de los labios. Al parecer, había malinterpretado sus señales, aunque que siguiera parada frente a él y sin ningún atisbo de continuar con su intención de abandonar el local lo desconcertaba.

Con un gesto de bochorno, se rascó la sien.

—Vale, pues entonces…

—No estás acostumbrado a que te den calabazas, ¿no es así?

La frase lo sorprendió por cierta. Algo confundido, compuso una mueca y miró hacia otro lado. La sonrisa apareció sola.

—Me has pillado —comentó—. Es verdad, no suelen rechazar mi invitación.

Aunque no podía ver sus ojos, ocultos debajo de aquellas enormes e inútiles gafas de sol, estaba seguro de que también estarían sonriendo.

—Y he llegado yo para desmontarte tu estrategia. Qué pena —dijo la mujer con un claro tono de burla. Tenía muy claro que se lo

estaba pasando en grande a su costa.

—No tengo ninguna estrategia. Tan solo quería charlar contigo. E invitarte a esa copa. Eso sigue estando en pie.

Por el rabillo del ojo vio aparecer a un par de chicas jóvenes, que charlaban y reían sin parar, y que iban en dirección al baño. Lo tomó por completo desprevenido cuando una de ellas, al pasar por detrás de la DJ, la empujó sin pretenderlo.

De manera instintiva, recibió entre sus brazos a la mujer cuando esta fue directa hacia él. Le tomó unos segundos darse cuenta de qué había ocurrido, pero no se le ocurrió separarla de sí. En cambio, bajó la vista hacia ella. Estaba a tan escasa distancia que casi tuvo que esconder la barbilla para poder mirarla.

La chica no se movió, apoyada contra su pecho. Encajaba a la perfección en su abrazo y el cálido cuerpo se amoldó al suyo casi al instante. Notar sus manos descansar sobre su estómago lo hizo contener la respiración.

—Y dime, Rory McCoy —dijo la joven tras alzar el rostro hacia él —. ¿Solo has venido a que charlemos?

Su tono de voz había cambiado por completo. Se había hecho más bajo, casi íntimo y muy sensual, como miel caliente que se escurría por los bordes de un bote. Aquellas palabras habían sido dichas solo para sus oídos. Tomó aire sin dejar de mirarla y cerró un poco más el cerco de sus brazos. Tenía los labios de la chica a solo unos centímetros de los suyos. Eran plenos, con un leve toque de carmín, y él ya se moría de ganas por conocer a qué sabían y si eran tan suaves como aparentaban.

De manera inconsciente se pasó la punta de la lengua por los suyos y se percató de que ella había contenido sutilmente el aliento.

—En realidad, he venido para saber si pones tanta pasión en todo lo que haces —dijo en el mismo tono que ella había usado, tan grave que no estaba muy convencido si había podido escucharlo.

Notó cómo el cuerpo de la mujer se apoyaba por completo en el suyo, acomodándose contra él. Los dedos femeninos resbalaron muy despacio por la cinturilla de su pantalón para dibujarla hasta que acabaron agarrándose a la camiseta que vestía.

—Depende del asunto, incluso más.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y podré comprobarlo en alguna ocasión?

—Depende.

—Depende… ¿de qué?

—De lo bien que se te dé besar.

Aquel intercambio estaba a punto de hacer saltar su paciencia por los aires. Ninguna mujer lo había excitado tanto en tan poco tiempo como esa que, de manera fortuita, había acabado entre sus brazos. El deseo por probar su boca iba escalando dentro de su pecho sin que pudiera hacer nada por controlarlo.

Respiró hondo y trató de serenar el ritmo de su pulso y, ya de paso, evitar que la erección que estaba comenzando a tener le produjera una apoplejía por falta de riego en el cerebro.

—Se da la casualidad de que soy todo un maestro.

La chica se alzó un poco sobre las punteras de las botas que llevaba y se acercó más.

—¡Vaya! Qué suerte la mía —susurró. El roce de su respiración hizo que un escalofrío le recorriera la espalda—. ¿Y si… matamos dos pájaros de un tiro? Tú ves saciada tu curiosidad acerca de mi pasión y yo, sobre lo de tu maestría.

Solo tenía que agacharse un poco para alcanzar aquellos labios. La impaciencia lo estaba matando, sin embargo, eligió que fuera ella quien marcara el ritmo de esa suerte de flirteo.

—No encuentro un plan mejor.

Muy despacio, tanto que pensó que era una nueva forma de tortura, la chica se pegó a él tanto como era posible y se alzó de puntillas.

Dejó que ella le rozara los labios con los suyos. Sintió que se quedaba sin aliento cuando se atrevió a dibujarlos con la punta de la lengua. En cuanto notó la caricia, supo que su autocontrol estaba en peligro. Con un gruñido que salió de lo más profundo de su garganta, cerró las manos en torno a la estrecha cintura a la vez que se apoderaba de su boca con fiereza.

La respuesta fue la que había esperado: ella se colgó de su cuello, ladeó la cabeza y entreabrió los labios. Él no perdió tiempo y se coló a través de ellos. La chica le dio la réplica de inmediato.

Era embriagadora. No tenía ni idea de cuánto pudo haber durado ese beso; ¿segundos? ¿minutos, tal vez?, se preguntó. Parecía que ambos se habían olvidado de dónde estaban.

Aún a su pesar, necesitaba respirar, así que, muy despacio, comenzó a separarse de ella lentamente, milímetro a milímetro, hasta que el intenso beso no fue más que una caricia que resbaló perezosa hacia la fina mandíbula de la chica. Ella echó hacia atrás la cabeza y el cuello se le antojó un oasis. Depositó suaves toques allí hasta que volvió a buscar su boca.

Se negaba a soltarla, a que se separara de él, a que sus manos se vieran vacías de su cálido cuerpo, pero debía apartarse a riesgo de perder la cordura. Puso un poco de distancia entre ambos.

—Dime —susurró muy cerca de sus labios, casi sin resuello—. ¿He pasado el examen?

La expresión de satisfacción que se dibujó en el rostro de la chica le arrancó una sonrisa.

—Con nota —contestó con la misma expresión satisfecha de un gato que se ha adueñado del plato de leche—. ¿Y tienes alguna otra maestría que quieras mostrarme?

Volvió a acercarse hasta que le rozó la oreja con sus labios.

—Puedo hacer que te sientas como en el cielo —le susurró antes de tomar el lóbulo y apretarlo con suavidad—. ¿Te gustaría comprobarlo?

—Sí, me gustaría —replicó a media voz al instante. Tal vez ella no se había dado cuenta de su reacción, pero él sí notó cómo la piel del cuello se le erizaba bajo su caricia.

La separó de él para observarla de frente. Sus labios estaban más sonrosados y húmedos y tuvo que contenerse para no volver a atraparlos entre los suyos y seguir bebiéndoselos. Alzó la vista para buscar un resquicio a través de los cristales de las gafas que ella aún llevaba puestas, sin embargo, lo único que le arrojó fue su propio reflejo. Quería mirarla a los ojos sin esa barrera; quería verla desde muy cerca; deseaba con todas sus fuerzas volver a besarla y que ella le respondiera con la misma entrega con la que lo había hecho hasta ese momento.

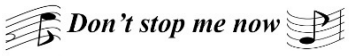
La música había seguido sonando en el *pub*, así que era difícil hacerse escuchar. Volvió a inclinarse y buscó su oreja.

—¿Y hay algún lugar, fuera de este pasillo, en donde podamos…? ¿O quieres que vayamos a otro sitio más tranquilo? —le susurró.

De manera inesperada, la chica se separó y temió por un instante haberla ahuyentado. Sin embargo, buscó su mano y tiró de él. Solo dieron un par de pasos antes de detenerse de nuevo, en esa ocasión ante la puerta que estaba frente al acceso a los aseos.

Con firmeza, ella giró el pomo y abrió. Cerró a su espalda en cuanto estuvieron dentro.

2



De repente, el bullicio del *pub* quedó fuera de aquella habitación poco iluminada a la que habían accedido.

—Aquí podemos hablar con más calma —comentó ella, apoyada contra la puerta.

Rory pensó que tal vez era imaginación suya, pero una sutil sonrisa de medio lado se dibujó en los labios de la chica. Él dio un paso y luego otro más, hasta que las puntas de sus zapatos se tocaron.

—En realidad, no estaba pensando en hablar.

—¿Quieres que te diga la verdad? Yo tampoco —le respondió ella con seguridad.

Le gustaba esa mujer. Mucho.

—¿Esta puerta tiene cerrojo? —quiso saber él.

La vio estirar un brazo y un segundo después escuchó que la cerradura se trababa.

—Lo tiene.

—Parece que, definitivamente, esta va a ser mi noche de suerte. Ven aquí. —Con un rápido movimiento, alcanzó la muñeca izquierda de la chica—. ¿Cómo puedo llamarte? —quiso saber. Su voz se había empañado de la urgencia que estaba comenzando a correrle por la sangre.

—Queen —contestó—. Llámame Queen.

—Queen —repitió él. La palabra resbaló por sus labios como chocolate fundido. Era tan dulce como ella.

Al instante, Queen estuvo entre sus brazos y un nuevo beso llegó de inmediato. Fue como si dos vehículos que circulaban en sentido contrario terminaran chocando a toda velocidad de forma irremediable.

Su boca se ciñó sobre la de ella y la atrapó con un beso duro, posesivo, que arrancó un largo gruñido de su garganta.

La respuesta de Queen fue agarrar el tejido de su camiseta y tirar de él para no dejarlo escapar, como si él, en algún momento, hubiese tenido la intención de alejarse. No, ni aunque lo mataran, pensó. Cuando estaba en la sala viendo su actuación, no había imaginado que iba a desear tanto a esa mujer como lo hizo en el segundo en que la tuvo entre sus brazos. La encerró con ansias y buscó un resquicio entre sus labios para colarse entre ellos. Su sabor era adictivo y se le subía a la cabeza como un buen *whisky*.

Como si tuviera vida propia, una de sus manos la tomó por la cintura, resbaló por su costado hasta descansar en sus caderas y la atrajo hacia sí para rozarla contra el prominente bulto que escondían sus pantalones. Quería que supiera qué efecto producía sobre él.

La escuchó soltar un suave gemido mientras que se adaptaba aún más a su abrazo. Aquello le dio alas para continuar con la caricia y descendió un poco más. Encontró la orilla de la falda corta que vestía y la alzó unos centímetros hasta rozarle la piel. La halló erizada y caliente a su tacto, tanto que las yemas de los dedos le escocieron por el hambre que despertó en su interior. Paseó la palma por la longitud del muslo y lo apretó con suavidad. Sin romper el contacto, ascendió de nuevo hacia la cintura, pero la mano de ella salió a su encuentro y lo detuvo. Queen se separó un poco. Temió que hasta allí había llegado su incipiente interludio; sin embargo, ella lo guio por debajo de la corta camiseta, hacia las costillas.

Contuvo la respiración cuando notó el peso firme del pecho femenino. Sus dedos se cerraron en torno a él con cuidado, deleitándose con su tacto. Despacio, pasó la palma por el pezón ya endurecido.

—¿Te gusta? —preguntó sin parar de acariciarla.

Queen se estremeció entre sus brazos.

—Sí —ronroneó.

Su respuesta hizo que redoblara sus esfuerzos para complacerla. Volvió a acariciarla a manos llenas, amasando con avaricia.

Solía considerarse un hombre paciente…, pero se estaba dando cuenta de que estaba llegando muy rápido al límite de su paciencia. Tomando el bajo de la camiseta de tirantes que Queen llevaba, tiró de esta hacia arriba para sacársela por la cabeza. No le importó dónde cayó la prenda; toda su atención se la llevaba la mujer que estaba entre sus brazos. Entonces ella, como si le hubiera leído la mente, echó la cabeza hacia atrás y puso al alcance de sus labios toda aquella blanca piel que acababa de revelar.

A falta de una visión clara de la figura que tenía entre sus brazos a causa de la poca luz, un sutil aroma femenino se coló por sus sentidos y lo sacudió por entero. No habría sabido describirlo, salvo que lo excitaba tanto que no recordaba haberse sentido así antes. La acarició en el centro del cuello con la punta de la nariz y fue dejando un reguero de besos por la línea de su clavícula hasta que, retirando la copa del sujetador que llevaba, atrapó un pezón. Queen se aferró a sus bíceps y gimió. El sonido lo atravesó. Era dolorosa la necesidad que tenía de ella. La chica encajaba entre sus brazos como si ese fuera, en realidad, el lugar al que pertenecía.

La mortecina luz que entraba por la ventana apenas lograba iluminar parte de la habitación y, mucho menos, a la figura que estaba abrazando. Oteó el lugar rápidamente; parecía un almacén al que habían dotado con varias taquillas altas entre cajas de mercancías y rollos de servilletas. También había una mesa en la pared que estaba frente a la ventana, sobre la que había lo que parecía una pila de papeles y algunas carpetas.

Que Queen buscara el ruedo de la camiseta que él llevaba puesta lo hizo regresar a ella de un plumazo. Ansiaba que lo acariciara, que pasara los dedos por su piel y que lo tocara. Y, como si la chica supiera cuáles eran sus deseos, encontró un resquicio entre el pantalón y la prenda y coló la mano por él. Notó cómo sus uñas se paseaban por la zona recién expuesta y la sensación lo hizo estremecerse de placer.

—¿Te molesta? —murmuró Queen pegada aún a su boca.

—En absoluto. Más bien al contario —respondió con voz ronca.

—Entonces… ¿puedo continuar?

Su descaro lo desarmó. Ella no parecía ser como muchas otras mujeres con las que había compartido un buen rato en mutua compañía y aquello le agradó. Era directa, espontánea y le gustaba tomar las riendas del asunto. No iba a quejarse en absoluto.

—No sé por qué preguntas cuando estás notando cómo me tienes.

La vio elevar la comisura de los labios con una expresión entre divertida y sensual.

—En ese caso... —Y volvió a besarlo. Lo hizo con más ímpetu. Los dientes de ambos chocaron y él se atrevió a mordisquear su labio inferior y a pasar la lengua por él.

Impaciente por sentirla aún más cerca, la rodeó con sus brazos y, alzándola, la llevó hacia la mesa. Barrió con una mano todo lo que había sobre ella y los papeles volaron al suelo. Entonces, la sentó en el borde para colocarse entre sus piernas y la miró de frente. Odió las gafas que aún llevaba puesta; le impedían ver sus ojos. Como si ella hubiera entendido su incomodidad, se las retiró y las dejó a un lado. La primera vez que sus miradas se encontraron sintió un nuevo tirón en la entrepierna. Era preciosa; tenía unos enormes ojos que lo observaban con calidez, aunque se desdibujaban por la falta de luz. Le retiró de la mejilla un mechón de la oscura peluca y, despacio, le quitó el gorrito que, inexplicablemente, no se había movido de su sitio.

—Eres muy guapa, Queen.

—Tú tampoco estás mal, pero creo que ya estás acostumbrado a que te lo digan.

Una sonrisa torcida surcó sus labios antes de volver a mirarla.

—Pero ninguna de las que me lo han dicho fuiste tú.

Fue el turno de ella de sonreír.

—¿Jugando sobre seguro, McCoy?

—Puede.

—Tenías razón.

Él alzó una ceja.

—¿Sobre qué? —quiso saber curioso.

—Sobre tu maestría. Al menos con tus besos.

Queen se alzó un poco y volvió a buscar su boca. Nada tenía que ver ese nuevo beso con los anteriores que habían compartido; ese hablaba de urgencia, de hambre descubierta. Los gruñidos de ambos llenaron la oscura habitación. Notó que alzaba las piernas y, rodeándole las caderas, lo acercó todo lo posible a ella.

A esas alturas, su erección se estaba convirtiendo en algo insostenible y doloroso. Quería perderse en ese cuerpo que se ofrecía sin tapujos a él; quería devorarla y que ella lo devorara, aunque mucho se temía que eso bastaría solo momentáneamente para aplacar el deseo que sentía.

Los dedos de Queen deambularon por su estómago para, al momento, bajar por su abdomen hasta que encontraron el botón del pantalón, que se rindió a sus manejos al instante.

Ella acabó deslizando la mano por su abdomen y, tras sobrepasar la cinturilla de su ropa interior, ciñó su miembro. Él echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos con fuerza al sentir la caricia que siguió. El corazón comenzó a bombearle como loco en el pecho y dejó escapar un largo siseo entre los labios.

—¿Te he hecho daño? —quiso saber ella.

Volvió a mirarla con los párpados entrecerrados. Un segundo después negó despacio con un movimiento de cabeza.

—No, daño no.

Una mueca satisfecha cruzó el bello rostro de Queen. Su respuesta fue apretarlo un poco más justo antes de que su mano comenzara a deslizarse arriba y abajo. Aquella mujer sabía cómo volverlo loco en milésimas de segundo.

Con la mente ya abotargada e impaciente, buscó en el bolsillo de su pantalón el condón que guardaba allí y lo alzó ante ambos.

No tuvo que formular ninguna pregunta; ella asintió con seguridad. Al instante, rasgó el envoltorio metálico. Antes de que pudiera acercarse más a la chica, Queen le colocó una mano sobre el pecho e hizo que diera un paso hacia atrás. Lo sorprendió bajándose de la mesa, pero lo hizo aún más cuando se giró ante él y le ofreció la espalda. Lo miró por encima del hombro. La media melena oscura enmarcaba su bonito perfil de nariz respingona y pómulos altos.

Ella se rozó de manera sugerente contra él y su respuesta inmediata fue sujetarla de las caderas y atraerla aún más contra su cuerpo.

—Así que te gusta… —le susurró muy cerca de su oreja.

—¿Lo tomas o lo dejas?

Lo tomaba, por supuesto que lo tomaba, pensó con impaciencia. Ella lo incitó una vez más y su contención saltó por los aires. Colocando una mano en el centro de su espalda, le indicó que se inclinara.

—Separa las piernas.

Ella no necesitó que lo repitiera. Sin perder ningún preciado segundo, muy despacio, sus manos vagaron por los muslos de la chica para acabar alzando su falda. La piel blanca y tersa de sus nalgas se descubrió ante él. La acarició con reverencia, una y otra vez, amasando la firme carne.

—Rory, por favor…

El tono de su voz, cargado de deseo, fue todo lo que necesitó para retirarle hacia un lado la ropa interior y, tras colocarse en su entrada, se hundió un poco en ella.

Contuvieron el aliento a la misma vez. No había tenido tiempo para imaginar cómo sería que ella lo acogiera, pero la experiencia superaba con creces sus nulas expectativas. Se movió un poco y ella gimió como respuesta. Así, siguió adentrándose en aquel cálido cuerpo hasta que estuvo enterrado del todo. Enseguida, la habitación se llenó de respiraciones agitadas mientras la penetraba una y otra vez. La mesa a la que ella se aferraba arañó el suelo a causa de sus embestidas, hasta que topó con la pared mientras que ella se estremecía bajo su peso.

—¡Rory! ¡Sigue! ¡No pares!

Él no pensaba hacerlo, así que afianzó sus manos en las suaves caderas y continuó, incansable. Queen lo recibía cada vez enfundándolo como un molde. Demasiado pronto para su gusto, el rápido y contundente clímax de ella lo arrastró a un orgasmo que le nubló la vista. Apretando los dientes, se dejó llevar y lo dejó ambicionando el aire que le faltaba en los pulmones.

Con los latidos de su corazón aún disparados, se inclinó hacia adelante, exhausto. La besó despacio en el centro de la espalda y se tomó unos segundos para que su pulso comenzara a descender mientras le acariciaba la redondez de las caderas con abandono. Ella parecía tan extenuada como él, porque podía ver cómo su torso se movía arriba y abajo. Unos segundos después, Queen giró la cabeza para mirarlo sobre el hombro y en sus labios rojos se dibujó una sonrisa perezosa.

—Tienes un baño justo ahí. —Ella señaló a una puerta estrecha al fondo de la habitación, de la que él no había tenido tiempo de percatarse.

Aunque a regañadientes, se retiró despacio del cuerpo que lo había acogido.

—Regreso enseguida —le dijo tras volver a besarle el hombro. Fue entonces cuando se fijó en el pequeño tatuaje que se adivinaba tras la oreja derecha: una letra Q y una corona sobre ella.

Sintiendo las rodillas un poco débiles, se encaminó hacia el baño y cerró tras de sí. Llenó el pecho de aire, lo exhaló despacio y se apoyó con ambas manos sobre el borde del lavabo. Todo había sido demasiado rápido y aún no le había dado tiempo a relajarse. Envolviendo el condón en papel, lo dejó en la papelera y, tras abrir el grifo, se enjuagó el rostro. Estaba acalorado y sentía el sudor correr por su espalda, pero no le importó en absoluto aquella ligera incomodidad. Después de arreglarse la camiseta, regresó a la habitación en donde había quedado la chica, con una sonrisa que le bailaba en los labios.

«Tal vez podríamos ir a tomar algo y prorrogar la velada», pensó entusiasmado. Había notado una conexión instantánea con ella y se resistía a que la velada acabara allí.

—¿Queen?

La escasa luz que entraba por la ventana no era suficiente para iluminar cada rincón de la habitación, pero la realidad solo era una: ella ya no estaba allí.

Se paró en el lugar en donde la había dejado y miró a su alrededor; había papeles y carpetas esparcidos por el suelo, pero Queen se había marchado.

Pasándose la mano por el pelo giró para observar su alrededor. El resultado seguía siendo el mismo. Sin embargo, algo sobre la mesa llamó su atención. Se acercó hacia allí y supo lo que era antes de tomarlo: el gorrito que la mujer había llevado esa noche. Lo había olvidado, probablemente en el apuro que debió de tener durante su huida. La sola idea le molestaba, pero aunque quisiera endulzarlo, eso era lo que había hecho: huir de él.

Se guardó la prenda en el bolsillo trasero de su pantalón y, con rapidez, abrió la puerta. Salió al pasillo y echó un vistazo a un lado y a otro. La mujer se había evaporado.

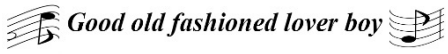
De repente, fijó la mirada en la salida que estaba al fondo. Fue hasta allí y tanteó el pomo como si este quemara. Estaba abierta.

Salió a un callejón trasero y se dirigió hacia la calle principal. Cuando emergió, la luz de las farolas lo cegaron un poco. Un grupo de jóvenes, que debían de haber salido de algún local cercano, pasó por su lado riendo de manera escandalosa. Volvió a echar una ojeada a su alrededor, por si la esquiva DJ aún estaba por allí. No fue así.

Aunque había esperado despedirse de ella y, tal vez, invitarla a una copa, dejó que una sonrisa satisfecha se dibujara en su rostro mientras devolvía su atención al gorrito de la chica, que aún llevaba en una mano.

—Tal vez se lo puedas devolver mañana —se dijo entre divertido y molesto—. La esperanza es lo último que se pierde.

3



Tara deseó no haberse impuesto ir esa tarde de sábado a trabajar al *pub*. A fin de cuentas, nadie sabía cuándo la esperada DJ Queen aparecería.

«Haberte quedado en casa habría sido una buena opción, bonita», pero no. Ella necesitaba el dinero que Audrey, la dueña del Seven Seas of Rhye, le daba cada vez que pinchaba, pues servía para completar su escueto sueldo como dependienta de una librería. Trabajando en ese *pub,* situado en unos de los barrios más visitados entre los dublineses –y también por todos aquellos que pasaban por la ciudad–, se había granjeado una fama de ser una de las mejores DJ de la zona, no sabía si merecida o no. Podría decirse que «ella estaba de moda» y, por el tiempo que pudiera, pensaba aprovecharse de ello.

Entró en el bar con paso resuelto. Era temprano, por lo que tan solo había unas pocas mesas ocupadas. Había elegido un atuendo no demasiado llamativo, pero tampoco anodino y había guardado la peluca, ese pequeño disfraz tras el que solía escudarse, para el momento en que tuviera que subir al escenario. Sin más, fue directa a la barra que corría a un lado del establecimiento. En cuanto llegó, se acodó en ella con desgana.

—Llegas pronto —le dijo Sergio, el camarero, un chico español que había ido a estudiar a Irlanda años atrás y que ya no había querido regresar a su país.

Ella bufó mientras le ofrecía una mirada de soslayo.

—Tengo un dolor de muelas que me está matando.

—¿Y por qué has venido? Podrías haberte quedado en casa.

—Eso mismo me pregunto yo. Pero es que cuando salí de casa no me dolía tanto.

—¿Y no has ido al médico?

Negó con la cabeza mientras componía una nueva mueca de dolor.

—Ya te digo que no me dolía tanto. Por eso no he ido. Si sigue así, mañana tendré que acercarme. Mientras tanto, dame una ginebra, anda.

—¿La quieres con tónica?

—Sola. Me la voy a poner sobre la maldita muela. Si pudiera, me la arrancaba yo misma, te lo prometo —masculló con torpeza a la vez que se frotaba la mandíbula.

Con evidente sorpresa, el joven llenó con el líquido transparente un vasito que ella vació de inmediato.

—Se te va a subir a la cabeza.

—Me da igual —respondió—. Solo quiero que este malestar desaparezca. Si estoy borracha, no notaré que me duele, ¿verdad?

Sergio rio con ganas. Le caía bien aquel chico. Había hecho buenas migas con él desde que este había comenzado a trabajar en el *pub* hacía ya año y medio. Era amigable con los clientes y lo que le faltaba de experiencia como camarero lo suplía con sus ganas y su disposición.

—Ayer… Ayer te fueron a buscar cuando acabaste de pinchar, ¿no?

Ella alzó la mirada y se encontró a Sergio, que trataba de ocultar una mueca pícara mientras secaba una de las copas que acababa de lavar. Torció el gesto e hizo el intento de disimular la sonrisilla que afloró a sus labios.

—Eh… pues sí.

—No te quitaba ojo de encima. Era muy guapo, alto y con esa barbita… Totalmente mi tipo, vamos. Pero me pareció que el tipo de él eras tú —bromeó—. Así que, como buen amigo que soy, decidí ponérselo fácil y enviártelo, por si te apiadabas de él y tenía suerte. Y tú también, por otra parte.

Ella se inclinó sobre el mostrador e hizo más corta la distancia que la separaba de Sergio.

—¿Nadie te ha dicho que eres un alcahuete?

—En mi tierra dirían que soy un celestino —aclaró no sin cierto orgullo—. Anda, dime que me lo agradeces.

Aunque quisiera pretender que estaba ofendida por los manejos de su amigo, no podía porque la realidad era que acabó pasando un buen rato con Rory.

—Te lo agradezco.

—¡Lo sabía! —exclamó el chico—. Tenía pinta de que te iba a dar lo tuyo y lo de tu prima.

A pesar del intenso dolor que sentía, rio con ganas.

La noche anterior, tras llegar a su casa, había estado pensando en Rory y en lo que había ocurrido entre ellos. Ella no era de esas que solían enganchar a cualquier hombre que se presentara con una sonrisa y palabras bonitas, pero con él… Desde el primero de sus besos, cuando dejó que ella tomara la iniciativa, supo que deseaba lo que finalmente acabó ocurriendo. Lo que no imaginó fue que esos besos los iban a llevar al almacén y que acabarían haciéndolo allí mismo.

Sintió que un ligero rubor le subía por el cuello hasta hacerle arder las mejillas. Rory había sido atento y considerado y no se había merecido la nula despedida con la que ella lo había obsequiado. Había hecho mal, lo sabía, pero después de que él se marchara al cuarto de baño sintió un inesperado y totalmente incómodo episodio de vergüenza cuando su cuerpo aún estaba vibrando por el orgasmo que la había asaltado. Así, había cogido de manera apresurada su bolso de la pequeña taquilla y se marchó por la puerta trasera del *pub* mientras se quitaba a toda prisa la peluca.

Al llegar a la calle principal buscó un taxi, pero no había ninguno a la vista. Había sacado su móvil para pedir un uber, aún sin respiración, cuando lo vio emerger del callejón a la carrera. Al igual que ella, Rory parecía estar también sin aliento. Lo vio mirar a un lado y a otro varias veces y se dio cuenta del momento en que él, aún con una sonrisa dibujada en los labios, se rindió ante la evidencia de su fuga. Después de eso y de guardarse algo en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero, Rory se acercó hasta una motocicleta que había aparcada cerca, sacó un casco de debajo del asiento y se marchó.

Una nueva punzada en la mandíbula, bajo la oreja, más fuerte que ninguna de la que había sufrido a lo largo del día, hizo que diera

un respingo en el taburete en el que estaba sentada y que el recuerdo del hombre se desvaneciera. Se llevó la mano al lugar y apretó los párpados.

—¿Te duele? —escuchó preguntar a Sergio.

—Como si me estuvieran arrancando el alma por la boca —logró decir a duras penas—. Y mañana tengo que ir a Glendalough a recoger a mi hermana Meghan, que hoy ha tenido que preparar una boda allí y se queda a pasar la noche. —Se inclinó y apoyó la frente contra el mostrador—. De verdad que quiero morirme.

—Deberías haberte dedicado a la interpretación en lugar de ser DJ de noche.

—Y librera de día —añadió quejosa—. Parezco el título de una mala novela. —A pesar de que no estaba de ánimo, no pudo evitar echarse a reír—. Bueno, voy a cambiarme y a transformarme en la sensación de la noche. Hasta luego.

Sergio se despidió ondeando el trapo con el que estaba secando la cristalería y ella se encaminó hacia el almacén. Al cerrar la puerta tomó aire y se apoyó contra la madera. Tenía la impresión de que el chupito de ginebra había servido para aplacar el malestar, al menos de momento, y se alegró de ello.

«Ojalá esto funcione, aunque solo sea por un rato, hasta que acabe aquí», pensó con desánimo.

Con un largo suspiro, se incorporó. Fue entonces cuando advirtió que la mesa no estaba en su sitio, sino pegada a la pared, y que había papeles en el suelo. Los recuerdos de la noche anterior regresaron de un plumazo. Las manos de Rory sobre ella; sus besos; la manera en que la miraba, como si ella fuera la única mujer en el mundo; la forma en la que la tomó, en la que la embestía sin piedad…

Notó un súbito calor en las mejillas y una punzada entre los muslos. Había disfrutado mucho con él, pero tenía los pies en la tierra. Estaba segura de que Rory era de esos tipos que siempre andaban buscando la compañía de una mujer y que le valía cualquiera que estuviera bien dispuesta a entrar en su juego. Y también estaba segura de que era de los que raramente repetían con alguna.

«He follado en el almacén de mi trabajo con un tío que acababa de conocer». Sintió que las mejillas volvían a arderle de la vergüenza.

—Bueno, Rory, gracias por el rato —dijo en voz alta cuando logró sobreponerse del momentáneo sofoco—, pero es hora de pasar página.

Dejó su bolso en la taquilla que tenía adjudicada, sacó de él la peluca y las gafas de sol tras los que se escondía todas las noches y fue al baño. Se acomodó su disfraz y sonrió cuando el espejo le arrojó su reflejo.

—¿Y mi gorro? —se preguntó a la vez que giraba sobre los tacones de sus botas para mirar alrededor. No, allí no estaba.

Regresó al almacén y lo buscó dentro de su bolso y también dentro de la taquilla, aunque era improbable que estuviera allí porque no recordaba haberlo guardado. Entonces, se acordó de que se lo quitó e imaginó que había quedado por algún sitio, caído.

—¿Dónde estás, maldita sea? —masculló mientras se agachaba para buscarlo.

Nada, no estaba allí. Resignada, se pasó los dedos por la melena negra y suspiró.

—Bueno, pues hoy será sin él. Lista para ser Queen de nuevo.

Salió y cerró la puerta tras ella. Su momento de esa noche había llegado.

Había algo mágico en trabajar como una DJ, pensó Tara mientras cambiaba de una canción a otra en su plato de mezclas. Algo que no podía explicar con palabras: lo sentía en el estómago, como el ritmo de la música, como la sangre al correr por las venas. Era algo primario y espontáneo. Ver saltar y bailar a quienes se habían congregado esa noche frente a ella, escuchar cómo jaleaban las canciones, observar cómo alzaban sus brazos y trataban de seguir la letra a todo pulmón. Era indescriptible y solía disfrutarlo…, pero no esa noche.

Esa noche, el dolor que había creído haber controlado con aquel pequeño sorbo de ginebra decidió que era buena idea regresar con

toda su gloria y fuerza.

El pinchazo que sintió casi la hizo tambalearse; cerró los ojos un momento, se agarró al borde de la mesa de mezclas y respiró hondo. Las luces que parpadeaban sobre ella la marearon sin que pudiera controlarlo. Volvió a tomar aire una y otra vez mientras los clientes del bar seguían cantando y bailando sin percatarse de nada. Así esperaba que siguiera.

Cambió de canción y la punzada se hizo aún más palpable. Encogió los dedos de los pies y notó que todo su cuerpo se envaraba.

«No debí venir hoy», se repitió por enésima vez esa noche. Aunque no le gustara, iba a tener que adelantar el cierre de su actuación. No podía continuar así.

Cambió de canción y eligió una de su grupo favorito, el que ella amaba desde que era una niña, ese del que había tomado su apodo. Los que ya habían acudido a alguna de sus sesiones sabían lo que significaba.

En cuanto la primera nota salió de los altavoces, los clientes comenzaron a seguir la letra. A ella le encantaba cuando todos tarareaban y saltaban, pero esa noche lo único que quería era acabar para regresar a su casa, tomarse una pastilla y meterse bajo el edredón hasta que se le pasara.

Al fin, el último acorde sonó a través de los altavoces y el eco de la voz de Freddie Mercury dio paso a los aplausos y a los silbidos de reconocimiento.

Como hacía cada noche al acabar, alzó los brazos sobre su cabeza y se despidió de todos hasta la siguiente sesión. ¿Cuándo será?, se preguntó. Ni ella misma lo sabía.

Bajó los dos escalones de la tarima y enfiló hacia la parte trasera del *pub* con más rapidez que de costumbre.

—¡Oye! ¡Perdona! —Se detuvo en seco y se giró. Un par de chicos corrieron hacia ella—. ¡Nos ha encantado tu sesión! —dijo uno de ellos, que la miraba con una sonrisa en los labios—. ¿Podemos hacernos una foto contigo? ¿Sí?

Ella accedió con un asentimiento y posó con estoicismo mientras le ofrecía una leve sonrisa a la pantalla del móvil.

—¿Quieres tomar una copa con nosotros? —le preguntó el otro muchacho. Estaba segura de que no tendría más de veinte años y la esperanza de que ella aceptara le hacía sonreír de manera exagerada.

—Eh… No, muchas gracias —se disculpó con dificultad al mover la mandíbula.

—¿En serio? —se quejó el primero al tiempo que se ponía al lado de su amigo. No debía de tener muchos más años que el otro chico, pero sí era más alto y bastante más intimidante.

Ella irguió los hombros y lo miró de frente por unos segundos.

—¿Tengo cara de que no sea en serio? —confirmó muy seria sin retirarle la mirada.

«No es el momento de tocarme las narices, bonito», rumió sintiendo que su molestia daba paso un enfado salido de la nada. Entendía que, tal vez, estaba siendo un poco borde, pero solo quería marcharse de allí y un analgésico. No precisamente en ese orden.

La forma en que los enfrentó, o tal vez el tono de su voz, hizo que los chicos dieran un paso hacia atrás y, de manera apresurada, se despidieran para alejarse como si un perro les fuera a morder los talones.

Cerró los ojos y se llevó la mano a la zona en donde le palpitaba la muela como si quisiera salirse de su boca.

El dolor tuvo a bien cesar lo suficiente como para que pudiera respirar un poco y proseguir con su camino hacia el almacén. Apenas había dado un paso cuando la figura de un hombre al inicio del pasillo la detuvo; uno cuyos ojos había visto el día anterior desde muy cerca. Rory.

Su corazón decidió que era buen momento para agitarse y emprender un ritmo mucho más rápido. Notó que las mejillas le comenzaban a arder, no sabía bien si era por el recuerdo de lo que hicieron la noche anterior o, simplemente, por haberse marchado sin despedirse de él.

Los ojos de Rory no se desentendían de ella. El barullo que había a su alrededor no parecía importarle, solo estaba atento a su presencia. De repente, sintió un nudo en el estómago. Tal vez, si la tierra se abriera y la tragara, le haría un favor, pensó con pesar.

Armándose de valor, caminó hacia él.

—Hola —lo saludó con algo de recelo.

Rory asintió despacio sin dejar de mirarla.

—Hola —respondió él. Su tono ronco y su seriedad provocaron que un escalofrío le recorriera la espalda.

No supo qué decirle. No quería preguntarle qué hacía allí de nuevo porque era más que obvio que había ido a verla. La situación se le antojaba bastante incómoda. Dio un paso hacia él y volvió a detenerse. Su cuerpo parecía querer avivar el recuerdo de la noche anterior, sin embargo, su muela prefería imponerle su presencia con un fuerte pinchazo que la hizo cerrar los ojos y apretar la mandíbula.

—Si me disculpas… —Caminó hacia él con la intención de ir hasta el vestuario, pero la mano de Rory en su muñeca la detuvo.

—Anoche no me dejaste preguntar: ¿quieres ir a tomar algo?

El calor que irradiaba su palma le subió por el brazo a toda velocidad para instalarse en su cuello. Había algo en Rory que su cuerpo reconocía sin que ella tuviera nada que decir al respecto.

—Creo que no —respondió.

Rory la miró, y en sus ojos creyó advertir que no comprendía su proceder. Tal vez ni ella misma lo hacía. Esos breves segundos en los que ninguno dijo nada le permitieron fijarse un poco más en él. Era alto, bastante más que ella, y eso que no se tenía por una mujer bajita, pero él debía de rondar el metro ochenta y cinco. Tenía unos penetrantes ojos que, creía, eran azules, o tal vez verdes. La barba corta que lucía no era demasiado espesa y le marcaba un perfil muy masculino. Ese día llevaba una camisa blanca que le sentaba francamente bien y que dibujaba unos hombros anchos. Era un hombre muy atractivo, de eso no tenía ninguna duda.

De repente, de los labios de Rory emergió una sonrisa ladeada que, de no ser por el terrible dolor de muelas, la habría puesto en un aprieto.

—¿Estás segura?

Asintió despacio. Tenía la impresión de que, si movía la cabeza un poco más rápido de la cuenta, el malestar se intensificaría.

—Por completo.

—Está bien —contestó él desanimado—. No voy a insistir. Por cierto, ha sido una gran sesión también la de hoy.

—Muchas gracias.

—Creo… Creo que esto es tuyo. —Rory se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, sacó de él su gorrito y se lo tendió. Tardó varios segundos en ordenarle a su cerebro que aceptara lo que él le entregaba.

—Muchas gracias —repitió como si no supiera decir otra cosa.

—¿Y qué tal si me das tu teléfono?

La pregunta, por inesperada y por directa, la tomó desprevenida. Apretó los labios y bajó la mirada al suelo. ¿Había un momento más inoportuno para aquella petición? Creía que no.

—Tal vez otro día —respondió casi sin saber qué había dicho porque, con cada palabra que pronunciaba, la vibración que estas producían la hacía sentir como si le estuvieran arrancando la mandíbula.

Tuvo muy claro que no era la contestación que él debería recibir en situaciones similares, porque la expresión de extrañeza que apareció en el rostro del hombre fue bastante evidente.

—Otro día… En fin —masculló él visiblemente molesto.

—Adiós, Rory —se despidió a pesar del intenso dolor.

Pasó por su lado y entró en el almacén. Aún notaba los ojos de Rory puestos en ella. Se apoyó en la puerta cuando la cerró a su espalda y dejó escapar un largo suspiro. Maldijo por lo bajo a su inoportuna muela porque, en realidad, le habría gustado marcharse con Rory para dejarle claro que ella no era del tipo de mujeres que se enrollaban con el primer hombre que las adulaba. Por insólito que le pareciera, eso había comenzado a tomar importancia en su cabeza.

«Pero eso será otro día, reina. Hoy te esperan una pastilla y la cama. Todo un planazo para un sábado por la noche», recapacitó desanimada.

Miró el gorrito que aún sujetaba entre las manos.

«Por eso no lo encontrabas, Tara. Porque lo tenía él». Extrañamente, la idea de que Rory se lo hubiera llevado le gustó.

Abrió la taquilla para meterlo en su bolso. Acababa de quitarse la peluca cuando su teléfono móvil vibró en el bolsillo trasero de su falda. Lo sacó y vio en pantalla un mensaje de su hermana Meghan. Tocó en él y este se abrió.

Meg: No vengas mañana a buscarme.
Kevin se queda conmigo esta noche y me
llevará de vuelta a Dublín

No pudo evitar una sonrisa. Al parecer, el nuevo amigo de Meghan iba a adquirir un nuevo estatus. Se alegraba mucho por ella. Tecleó con rapidez una respuesta.

Tara: Contigo… Ya.
Quiero detalles cuando regreses.

Meg: Ni lo sueñes.

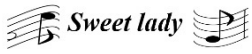
Rio con ganas ante la respuesta de su hermana.

Tara: Que disfrutes… de la noche.

Ya no obtuvo contestación por su parte.

Al menos, para una de las dos, la noche no había acabado tan mal.

4



Para Rory, aquel lunes estaba siendo mucho más lunes que ningún otro. Y la culpa la tenía cierta DJ que no había salido de su cabeza en todo el fin de semana.

Miró a su alrededor. El trabajo ya estaba a pleno rendimiento. Algunas de las furgonetas de la flota de la empresa de logística de la que era gerente habían salido muy temprano para comenzar sus rutas; otras aún estaban siendo cargadas para partir en breve. La zona de clasificación de paquetes era un maremágnum de cajas y en los muelles de recepción de nueva mercancía algunos de los operarios se afanaban en vaciar los camiones que acababan de llegar. La actividad era frenética allá donde pusiera la vista.

Se pasó la mano por el pelo y resopló. Ese día se le estaba haciendo todo muy cuesta arriba porque, por mucho que lo intentaba, Queen no salía de su mente. Había recreado su primer encuentro cientos de veces y, cada vez que lo hacía, su cuerpo tenía a bien recordárselo con una incómoda e inoportuna erección. Y el trabajo no era buen lugar para andar empalmado.

El claxon de una de las elevadoras le hizo dar un respingo.

—¡Rory! ¿Qué haces? ¡Quita de en medio! —le gritó Donovan sacando la cabeza por el lateral de la cabina del transporte—. ¡Que vas a lograr que te atropellen!

—¡Lo siento, Donha! —exclamó a la vez que daba un salto hacia un lado.

El vehículo pasó de largo con su carga y él dejó escapar un largo suspiro.

Estaba a punto de regresar a sus funciones cuando Kevin apareció por la puerta de la nave y se dirigió hacia la escalera que conducían hasta el piso superior en donde estaban las oficinas.

Corrió detrás de él. Aún no lo había alcanzado cuando lo escuchó tararear una canción de manera desenfadada.

Las suelas de los zapatos se le quedaron clavadas en el suelo.

—¡Eh, tú! —le gritó mientras lo apuntaba con un dedo—. ¡No des ni un paso más!

El pie izquierdo de Kevin quedó suspendido sobre el escalón superior.

—¿Qué pasa?

—¿Quién eres? —preguntó con ojos entornados.

Le divirtió ver su cara de sorpresa. Kevin era su primo por parte de madre además de su mejor amigo. Era un tipo serio, demasiado para los treinta y cinco años que tenía, apenas uno más que él, pero sabía que llevar el peso de la empresa sobre sus hombros le suponía a veces un dolor de cabeza y eso se trasladaba a esa manera demasiado estoica de comportarse. Él no dudó mucho cuando Kevin le pidió que trabajara a su lado al hacerse cargo del negocio familiar tras la muerte de su padre, hacía ya bastantes años. Su buen hacer y su aguda visión empresarial habían logrado no solo mantener la empresa a flote, sino hacerla crecer y prosperar.

—Rory, es temprano para andarse con juegos. ¿Qué quieres?

—Lo digo en serio —insistió, no sin hacer un esfuerzo por no echarse a reír mientras se acercaba—. El estirado señorito inglés de mi primo jamás, y digo «jamás», ha llegado tarareando al trabajo. Así que ¿quién demonios eres tú?

Aunque sabía que trataba de parecer contrariado, Kevin le hizo un gesto con la mano.

—Anda, sube y te invito a un café. Tienes pinta de necesitarlo.

—¿Yo? —replicó él—. Pues díselo a las ojeras que tienes. ¿Has dormido algo este fin de semana? —De repente, su rostro se ensombreció—. ¿O es que tu dolor de cabeza ha vuelto a hacer de las suyas?

—Eh… Estoy bien. —Kevin parecía un pez recién salido del agua.

—Bien, bien. Porque quería contarte algo.

Sus labios escupieron la frase casi sin que él pudiera hacer nada por remediarlo. Desde que eran jóvenes, ambos habían compartido

todo. Siempre habían confiado el uno en el otro. Además, Kevin solía ser un buen oyente y aún mejor consejero. Y él estaba necesitando de sus consejos. Incluso de algunas de sus collejas también. Porque tenía la terrible sensación de que, en esa oportunidad, había metido la pata hasta el fondo.

Caminó detrás de su primo hacia la oficina de este. Kevin dejó la chaqueta en el perchero y fue hasta el sillón que había detrás de la gran mesa de escritorio que dominaba una parte del despacho.

—Bueno, escúpelo —dijo su primo justo antes de dejarse caer en su sillón. Imitando su gesto, se arrellanó en el que estaba del otro lado de la mesa. Sintió la mirada de Kevin puesta en él—. Rory, ¿todo va bien?

Entre dientes, dejó escapar una maldición.

—Sí, sí. Pero… verás, me he enrollado con una chica.

La mirada suspicaz que le dedicó Kevin no le gustó demasiado.

—¿Y dónde está la novedad en ello?

«Exacto. ¿Dónde está la novedad, lumbreras?» le susurró una vocecilla molesta en su oído. Se escurrió aún más en el asiento y se pasó la mano por el mentón, oscurecido por la barba.

—¿Recuerdas que te hablé de la DJ de aquel *pub*? ¿Ese que está ahora muy de moda en la zona de Ternure?

Tuvo muy claro que su primo estaba tratando de hacer memoria. Estaba al tanto de que la vida amorosa de Kevin estaba en la rampa de lanzamiento. Hacía algo más de un mes había conocido a una chica en el avión que lo traía de vuelta desde Madrid de una de sus negociaciones con nuevos clientes. Ella, una pastelera que tenía una tienda en la calle Grafton, estaba comenzando a ser una constante en el día a día de Kevin. Eso era algo que lo alegraba enormemente porque no conocía a nadie que se mereciera ser feliz más que él.

—Sí —respondió este al fin.

—Pues bien, fui la noche del viernes y, por fin, allí estaba ella. —Tuvo que detenerse en su relato porque la imagen de Queen se materializó de nuevo ante él. Tomó aire para tratar de alejar los recuerdos de su mente—. Es… bueno, es una mujer preciosa. Algo más bajita que yo y tiene las curvas en donde debe tenerlas; al

menos, donde a mí me gustan. Creo que esa noche usaba una peluca, negra, que le sentaba muy bien. Y el gorrito…

—¿Vas a detallarme cómo es la chica?

Miró a su primo de soslayo.

—No, no. Es que… Verás, cuando acabó su sesión… ¿Te he contado que la llaman «Queen» porque todas las noches acaba con una canción de esa banda?

—No, no me habías contado nada.

—No, claro. Yo tampoco lo supe hasta ese día. Bueno, a lo que voy. Cuando terminó de pinchar la esperé para ver si podía hablar con ella.

—¿Y lo hiciste?

No pudo evitar que una sonrisa satisfecha emergiera de sus labios.

—¿Hablar? En realidad, hablamos poco. Acabamos los dos en el almacén y… —Lo vio pasarse la mano por el rostro—. Y, bueno, ya sabes.

—Me lo figuro. Insisto, Rory, ¿qué tiene esto de especial? He perdido la cuenta de la cantidad de chicas que han pasado por tu cama… o tú por la cama de ellas. O sin cama de por medio, da igual. ¿Qué pasa en esta ocasión?

«Eso, Rory, ¿qué pasa en esta ocasión?». Decidió hacer caso omiso a la pregunta de su primo.

—Al día siguiente —continuó— regresé al *pub*. Llevaba todo el día pensando en ella, en cómo repetir… Bueno, eso —dijo azorado—. Quería verla de nuevo. Y allí estaba, pinchando detrás de su mesa de mezcla. Cuando acabó, me acerqué. Tenía la esperanza de volver al punto de la noche anterior, pero me dio largas. Se marchó nada más acabar y me dejó allí, con cara de alelado tras haberle pedido su número de teléfono.

Terminó de hablar y miró a su primo. Lo vio apretar los labios y en sus ojos había una chispa de diversión que no estaba ahí antes.

«Se lo está pasando en grande, el muy…».

—O sea —Kevin se movió incómodo en su sillón. Estaba tratando de esconder una sonrisa, pero se le estaba dando

francamente mal— que lo que estás es molesto porque ella te ha dado calabazas. ¿Es eso?

Aguardó unos momentos antes de contestar.

—Suena estúpido viniendo de tus labios —acabó diciendo.

—Pero es así como suena —replicó Kevin.

—Suena como el demonio. ¡Me cago en todo!

Su primo se incorporó en el asiento y se acodó en la mesa para hacer más corta la distancia que los separaba.

—Rory, ¿te has enamorado de esa chica?

Sintió que la espalda se le envaraba.

—¡¿Yo?! —espetó con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo voy a haberme enamorado de una chica que…? Bueno, que no, que no es eso.

—¿Entonces?

Trató de decir algo, lo que fuera, pero acabó boqueando como una trucha recién pescada. Finalmente, se rindió a lo evidente.

—Suena a eso, ¿verdad?

—Verdad —aseveró Kevin.

Fue él quien, en ese momento, se incorporó en la butaca y alzó un dedo admonitorio delante de sí.

—Pero te aseguro que no me he enamorado de ella. Es solo que… —Volvió a echarse hacia atrás con todo el peso de su cuerpo— fue especial. No sé, fue algo muy extraño. Conecté con ella de una manera en la que jamás lo había hecho con ninguna otra mujer.

—Como no haya sido una conexión extraterrestre… —bromeó su primo.

A veces odiaba que Kevin lo conociera tan bien. Le ofreció una mirada sesgada que tenía como fin decirle lo mucho que lo estaba odiando en ese momento.

—No te hagas el graciosillo, Kev. No va contigo.

—Cierto, no va conmigo —admitió con un enérgico cabeceo—. Entonces, ¿qué piensas hacer?

Le había estado dando vueltas en la cabeza a esa misma pregunta, pero aún no había llegado a ninguna conclusión. Tal vez la más acertada fuera la más obvia, pensó.

—Pues regresar al *pub* este próximo fin de semana y ver si vuelvo a tener suerte —dijo tajante.

—¿Y acostarte otra vez con ella?

Escuchar a Kevin fue como si lo golpearan en el centro del pecho y trataran de sacarle el estómago por la garganta. Era justo eso lo que quería hacer, pero ¿por qué le parecía que había algo mal en aquella pretensión? ¿Por qué sonaba como algo sucio, que no debería siquiera pensar? Con un arrebato, se golpeó ambos muslos con las palmas de las manos y se levantó.

—Mira, me voy —dijo de malos modos.

Kevin lo observó con ojos espantados.

—Pero ¿yo qué he dicho?

Con largas zancadas caminó hacia la puerta. Antes de llegar hasta ella, se giró para deshacer el camino y volver a plantarse delante de su primo. Lo apuntó con un dedo como si él fuera el artífice de todos sus desvelos y causante de todos sus problemas.

—Está visto que no se puede hablar contigo cuando te duele la cabeza.

La mirada de Kevin no podía ser más elocuente: se había vuelto loco.

—Pero i¿quién te ha dicho que me duele ahora?!

—Además… tengo mucho trabajo que hacer.

Kevin se levantó muy despacio.

—En serio, ¿qué bicho te ha picado?

«¡Como si yo lo supiera!». No tenía ni la más remota idea; era un hecho.

Regresó hacia la entrada de la oficina.

—Nos vemos luego, Kev. —Y salió de allí como si la culpa y la vergüenza le estuvieran mordiendo los talones.

Bajó la escalera a toda prisa. El sonido de sus botas de trabajo contra el metal de los escalones resonó en gran parte de la nave. Tenía que ponerse a trabajar, hacer algo, lo que fuera, porque estaba enfadado. Muy enfadado. Y lo peor del asunto: era consigo mismo.

«¡Mierda todo!».

Por fortuna para Rory, el trabajo no le dio tregua desde que salió del despacho de Kevin esa mañana. Había varias campañas en marcha por lo que habían tenido que contratar a más personal y, si la tendencia seguía la misma línea, tendrían que buscar aún a alguien más. Con todo aquello en la cabeza, no tuvo tiempo de pensar en sus pretensiones para el siguiente fin de semana.

Además, había tenido que salir un par de veces a recoger mercancía porque todos los repartidores tenían ya su faena asignada. Por fortuna, él podía hacerlo en la moto. Era su medio natural de transporte. Se sentía bien tras los mandos de su Suzuki Burgman. Si no fuera por ella y por la libertad que le confería, vivir en Dublín sería una locura y algo casi impensable. Estaba casi seguro de que, si lo ponían en la tesitura de elegir entre ella y una chica, elegiría su moto.

Los trabajadores hacía rato que ya habían regresado a la nave y se habían despedido hasta el día siguiente. A él aún le quedaba faena por delante. Tenía que planificar tareas y algunas cuestiones que…

Estaba perdido en organizar el calendario de repartos cuando vio a Kevin bajar de manera apresurada las escaleras mientras hacía malabarismos entre sostener su maletín y ajustarse la corbata. Casi se dio de bruces contra él.

—¡Rory! —se extrañó al verlo. En realidad, el extrañado era él porque Kevin, rara vez, salía del trabajo antes que él.

—¿Ya te vas? —le preguntó.

Un ligero rubor cubrió las orejas del hombre.

—Eh… sí. Es que he quedado con Meghan dentro de una hora y…

En la expresión que su primo le devolvió vio su propia decepción al escuchar los planes que este tenía y que lo dejaban sin la opción de ir a tomar esa cerveza que andaba necesitando.

—¡Ah! De acuerdo. —Dio un paso atrás.

—¿Pasa algo, Rory?

—No, nada. Disfruta de la tarde.

Su mirada se encontró con la de quien lo conocía casi mejor de lo que se conocía a sí mismo. Kevin dejó escapar un suspiro antes

de echarle un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

—Aún tengo un rato antes de encontrarme con Meghan. ¿Vamos a por una cerveza?

Le faltó tiempo para aceptar.

—Trato hecho.

El bar al que solían ir a comer estaba ya lleno de personas que, como ellos, acababan de salir de su trabajo. A juicio de Rory, no había nada mejor que una buena pinta de cerveza para olvidar los problemas que pudiera haber tenido durante el día y cerrar este como Dios manda.

La camarera, nada más verlos acomodarse en una mesa del fondo que encontraron libre, asintió cuando él levantó la mano. Al instante, tuvieron ante sí dos pintas recién servidas. Él se apresuró a darle a la suya un gran trago y el oscuro líquido bajó por su garganta, refrescándola.

Se mantuvieron callados algo más de un minuto, pero era muy consciente de que Kevin no le quitaba la vista de encima. Agradeció que fuera él quien acabara rompiendo el hielo.

—¿Mejor? —le preguntó, aunque fuera con esa única palabra.

Se encogió de hombros y le ofreció una sonrisa.

—Ya me conoces. Nada es tan importante como para que yo esté dándole vueltas en mi cabeza durante demasiado tiempo.

—Me alegro de que estés más animado —dijo Kevin—. La verdad es que me dejaste preocupado esta mañana.

—Sí, ya. En cuanto he decidido qué es lo que voy a hacer con respecto a la chica todo ha pasado a ocupar su lugar.

—¿Y puedo saber qué es lo que has pensado?

—Fácil —contestó—. He decidido que voy a dejar de pensar en ella.

No entendió muy bien la mirada que su primo le dedicó.

—¿Dejar de pensar en ella? ¿Así de sencillo?

Él chascó los dedos.

—Así de sencillo —repitió.

—¿Y tu amiguito de ahí abajo está de acuerdo? —preguntó Kevin con sorna.

—A veces no sé cuál de los dos es el idiota —replicó mientras entornaba los párpados. Chascó la lengua y volvió a tomar su cerveza—. Eso que dijiste esta mañana de haberme enamorado de ella me hizo darme cuenta de que no, definitivamente no. No estoy enamorado de ella. Sí admito que… bueno, pensar en la chica me pone a cien, pero solo es eso. Fue un buen polvo, nada más.

Kevin se reclinó en el respaldo de su silla y cruzó una pierna sobre la otra.

—Si eso te hace feliz, adelante —dijo su primo antes de darle un largo sorbo a su bebida.

Le disgustó el tono condescendiente que había usado; se le antojaba como cuando le daba la razón sin llevarla solo para que se callara.

—No sé si me hace feliz, pero yo no soy de segundas citas…

—Sé perfectamente cómo eres. A lo mejor es que, tal vez, estás madurando.

Miró a su primo como si le hubiera salido un cuerno en el centro de la frente.

—¿Madurando? —Ahogó una carcajada—. Lo único maduro que quiero en mi vida es algo que haya envejecido en una barrica de vino de Jerez. Doce años, al menos.

Kevin alejó el vaso de cerveza aún a medio vaciar.

—Eres un caso. Tal vez, un día te des cuenta de que has estado perdiendo el tiempo con eso de ir de flor en flor.

—De flor en flor… Suenas como un viejo de ochenta años, Kev.

—Me da igual cómo suene, Rory, pero tienes treinta y cuatro años y aún sigues viviendo como si tuvieras veinte. Puede que este asunto de recordar a la chica es porque tu subconsciente está queriendo decirte algo, ¿te lo has planteado?

—Mi subconsciente está mejor calladito.

—Eres incorregible, pero ¿sabes qué? Te acabarás dando cuenta de que tus días de picaflor están acabados.

Las palabras le parecieron demasiado agoreras. Si pensaba en madurar, en cambiar de estilo de vida, le entraban sudores fríos. Era

feliz así, sí. ¿Por qué iba a querer cambiar nada?

Se mantuvieron callados unos minutos. El ajetreo del bar era palpable. Se podían escuchar algunos retazos de conversaciones, también carcajadas y, sobre todo, el sonido del choque de cristal contra cristal. Siempre era un buen momento para brindar.

—A decir verdad, quería hablar contigo de algo que lleva un tiempo preocupándome. —La frase de Kevin hizo que regresara su atención a él. Parecía más serio que unos minutos antes. Lo estaba mirando con fijeza, como si estuviera evaluando algo que solo estaba en su mente.

—Pues tú me dirás.

Kevin se movió inquieto en su asiento.

—La empresa se está sobredimensionando, Rory. El modelo que estábamos aplicando hasta ahora se está quedando pequeño. Cada vez tenemos más clientes y esos clientes generan trabajo y ese trabajo necesita de una nueva infraestructura y de nuevos empleados porque los que ya tenemos no pueden hacerse cargo…

—Bueno, es lo natural en una empresa que está sana; que crezca.

—Lo sé —admitió Kevin con un cabeceo—, pero me preocupa no poder hacer frente a los nuevos contratos con los medios humanos y materiales que tenemos.

—¿Podemos permitirnos contratar más personal?

—Podemos —admitió Kevin con contundencia—, pero necesitamos un cambio. Yo ya no doy abasto con todo y tú no puedes estar encargándote del personal mientras trabajas. —Su primo se detuvo unos segundos—. Necesito que te dediques por entero a la gestión, Rory. Que te hagas cargo del departamento de Recursos Humanos.

Escuchar a su primo fue como si le echaran un cubo de agua fría por la espalda. Negó con vehemencia sin poder mantenerle la mirada a Kevin.

—No, no. De eso nada. Sabes que lo mío es estar con los trabajadores a pie de calle, relacionarme con ellos de manera informal, ser uno de ellos. Yo… —Con un gesto de la mano señaló hacia la indumentaria que llevaba puesta, la que vestía todos los

días: pantalones de trabajo con muchos bolsillos, camisa cómoda y botas, muy alejado de los impecables trajes de chaqueta que llevaba Kevin y que daban la perfecta imagen de un empresario exitoso—. Yo no soy como tú, Kev. Yo no aguantaría ni dos días vestido así. Me ahogaría. A mí me gusta…

—No estamos hablando de lo que te gusta o no te gusta, Rory. Estamos hablando de lo que necesita la empresa, y la empresa te necesita.

Echó la cabeza hacia atrás y resopló antes de volver a mirar a su primo.

—Mira, accedí a ayudarte cuando murió mi tío porque…

—Porque te necesitaba —repitió su primo—. ¿Qué idea de llevar un negocio podría tener alguien como yo, que estudió informática en la universidad? En cambio, tú…

—Te ayudé —atajó con un gesto de la mano— porque no quería que la empresa se perdiera. Era, y sigue siendo, un negocio solvente. Y tú solito la has llevado a dónde está ahora.

—Te equivocas —zanjó Kevin con determinación—. La he llevado a dónde está porque tú estabas ahí detrás para apoyarme y para guiarme si metía la pata. Ahora necesito que des un paso al frente y te pongas a mi lado, Rory. No puedo con todo yo solo.

Por unos segundos, los dos se sostuvieron la mirada. Lo que le planteaba estaba fuera de toda discusión. Demasiado bien sabía Kevin cuál era su postura con respecto a la toma de decisiones. No quería esa responsabilidad. No creía estar preparado para asumirlo.

Después de lo que le pareció una eternidad, Kevin sacó la cartera del bolsillo interior de la impecable chaqueta, cogió un billete de veinte euros y se puso en pie.

—Bueno, en realidad, no tenía la esperanza de arrancarte un sí. —Su voz sonó a derrota, como también lo demostraba la expresión que podía ver en su rostro—. Ahora, si me perdonas, tengo una cita con la preciosa mujer que yo tampoco puedo quitarme de la cabeza. Nos vemos mañana, Rory.

Vio a su primo acercarse a la barra, pagar la consumición y abandonar el local. Pensativo, se escurrió un poco en la silla y su mirada se perdió en ningún punto en concreto del bar.

No, que él diera el paso y se colocara en la dirección de la empresa junto a Kevin estaba fuera de toda discusión. No lo deseaba, no era lo suyo. Ya lo había intentado una vez y… No, no volvería a probar suerte.

Conocía a Kevin; sabía de antemano que aquella cuestión no había acabado con su negativa a convertirse en directivo. Su primo insistiría, pero su respuesta seguiría siendo la misma que ya le había dado.

No podía decir que se sintiera orgulloso de haberle dicho que no contara con él, pero algo dentro de sí le impedía creer que era la persona que Kevin necesitaba. Él no era de esos a quienes hacía felices estar detrás de un escritorio, manejando solo números y estadísticas. No se sentía preparado para ello. Sabía que tenía los conocimientos suficientes, incluso el empuje, pero le faltaba algo. ¿Tal vez era esa madurez de la que le había hablado su primo? Podría serlo, no lo iba a negar. Entonces, pensó en lo que le había dicho acerca de que sus días de ir tras las chicas estaban acabados. ¿Eso significaba que también acabaría por claudicar con respecto al trabajo?

Estaba hecho un lío en todos los aspectos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No, no estaba hecho para hacerse cargo de nada que no fuera O'Malley, su gato –incluso a veces pensaba que era el felino quien cuidaba de él–. Era feliz con su trabajo tal y como estaba y teniendo relaciones esporádicas cuándo y cómo quería, sin ataduras, sin más responsabilidades de las que él se quisiera echar. Sin dar más explicaciones.

Su mente se las apañó para regresar a Queen. Esa única noche con ella… No, rectificó, no había sido ni tan siquiera eso. Había sido un rato que lo dejó con la impresión de que bien podría querer repetirlo durante una noche completa; una noche en la que pudiera tenerla toda para él, en donde pudiera acariciarla a voluntad; en donde pudiera desnudarla y admirarla y, luego, llevarla a la cama y perderse en ella de todas las maneras imaginables hasta que la chica se deshiciera entre sus brazos una y otra vez y acabara gritando su nombre.

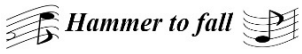
Alcanzó su vaso. Estaba vacío, así que tomó el que había dejado su primo y lo acabó de un solo trago. Tenía la garganta seca.

Se pasó la mano por el rostro y dejó escapar un largo bufido.

—Que vas a dejar de pensar en ella… Sí, por supuesto, colega. Creo que voy a necesitar suerte para lograrlo. Tú solo mantente lejos del *pub*.

¿Por qué tenía la impresión de que era mucho más fácil pensarlo que hacerlo?

5



—Entonces, ¿vais a ayudarme?

Tara miró a su madre y, luego, desvió la vista hacia Brianna, su hermana mayor. Las tres estaban sentadas en la cocina, alrededor de la mesa, susurrando como si en lugar de estar preparando una fiesta sorpresa de cumpleaños para su padre, estuvieran conspirando contra el primer ministro irlandés.

—Por supuesto, mamá —dijo Brianna sonriente, tanto que sus expresivos ojos verdes se iluminaron—. Me encanta estar este año aquí para el cumpleaños de papá.

Maureen, su madre, estiró una mano y tomó la de su hija.

—Y a mí que estés, tesoro. Ya te echábamos de menos. A ver si esta vez duras más en casa, que ya va siendo hora de que dejes tus viajecitos y te pongas a buscar un trabajo como Dios manda…

La mirada de Brianna se desvió disimuladamente hacia ella antes de que su dueña tomara aire y lo expulsara con cansancio. Su hermana había llegado procedente de Corea del Sur hacía muy pocos días y le había confesado que la visita no iba a prolongarse mucho porque sus planes de futuro pasaban por instalarse de forma permanente en aquel lejano país. De su familia, solo ella conocía ese secreto porque ambas sabían que, en cuanto Maureen lo supiera, no iba a dejar de darle la lata hasta que Brianna tomara el avión de regreso.

—Claro, mamá —contestó su hermana sin ganas. Ella entendía a la perfección que Brianna no quisiera entrar en una batalla inútil con su madre.

—¿Queréis más té? Voy a hervir un poco más de agua.

Maureen era de esas personas que todo lo hacen cuándo quieren y cómo quieren sin importarles las opiniones de los demás. Y eso incluía a sus hijas. Maureen había tratado de dirigir los

estudios de cada una y hasta cierto punto lo consiguió… Lo que ya no pudo lograr fue que las tres acabaran trabajando en aquello que ella hubiese querido. En concreto, su sueño para ella había sido que ejerciera, por ejemplo, sus estudios de Biblioteconomía y Documentación en la Biblioteca Municipal de Dublín o trabajando para el Ayuntamiento, pero ella decidió que ser funcionaria pública no le atraía lo más mínimo y optó por trabajar en una pequeña, aunque concurrida librería de la calle Nassau, en pleno centro de Dublín y enfrente de la conocida universidad Trinity Collage.

Le encantaba su trabajo. Le gustaba el trato con el público; recomendar lecturas a quien llegaba a la tienda y charlar con sus clientas habituales sobre tal o cual libro cuando estas lo acababan y llegaban a por otro más.

Lo cierto era que Maureen no había tenido suerte en cuanto a que sus hijas siguieran sus deseos. Meghan había estudiado magisterio, pero su pasión por los dulces y la repostería, inculcada desde muy niña por su abuela paterna, la había hecho cumplir su sueño de tener su propia pastelería. Y le iba francamente bien en el negocio.

Su madre tampoco las tuvo todas consigo con Brianna. Había estudiado fisioterapia y la aspiración de su madre había sido que ejerciera como tal. En cambio, Brianna era una viajera incansable que, a sus treinta y cinco años –cinco más que ella–, podía decir que ya había visitado medio mundo. Si aún no había estado en el otro medio, era porque no le interesaba.

Maureen regresó con el hervidor de agua, que echaba aún vapor, y rellenó la tetera que estaba sobre la mesa.

—Mirad, esto es lo que se me había ocurrido para la fiesta. —Volvió a sentarse de nuevo frente a ellas y alcanzó una revista del montón que descansaba sobre una silla. Abrió la primera de ellas y señaló la doble página—. Así es como me gustaría decorar el jardín trasero.

Tenía que admitir que su madre era una persona resolutiva y que no temía enfrentarse al trabajo, siempre y cuando eso le reportara un beneficio.

Levantó la mirada y, de manera disimulada, buscó los ojos de su hermana. Esta le correspondió junto con un sutil encogimiento de hombros.

Ante la cháchara de Maureen, ella prefirió desconectar un momento y su mente voló al viernes anterior, como había hecho varias veces durante el fin de semana. Por desgracia, el incesante dolor de muelas la había dejado fuera de combate y se preguntó si, de haber estado bien, habría repetido con Rory.

«Demasiado bien sabes la respuesta, bonita —recapacitó en silencio—. Por mucho que te pese admitirlo».

No sabía cómo había sucedido, pero había notado una extraña e inmediata atracción por el hombre. Nunca había permitido que la invitaran después de una sesión en el *pub*, ni tampoco se había dejado llevar por unos ojos bonitos o unas palabras aduladoras, pero con él… Había sido que le sonriera y ya estuvo perdida.

—¡Qué bien que os guste mi idea!

El entusiasmo de su madre al cerrar la publicación hizo que regresara de sus recuerdos. Le ofreció una fingida mueca y un asentimiento exagerado de cabeza.

—Sí, sí —respondió.

«¿Acaso hemos tenido opción?», se dijo en silencio.

—Va a quedar todo muy bonito, mamá —intervino Brianna, aunque su entusiasmo sí parecía genuino.

Maureen se levantó de la mesa, se colocó las revistas debajo del brazo y sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

—Voy a llamar a la empresa de alquiler de mesas y a confirmarle el presupuesto que les pedí el otro día —les dijo sin mirarlas siquiera—. Ahora regreso.

Sin más, abandonó la cocina con su energía habitual. Brianna y ella dejaron escapar un suspiro.

—Vamos a trabajar como condenadas esa noche —especuló ella a media voz. Por el rabillo del ojo vio cómo Brianna asentía con un gesto de la cabeza.

—Y antes, si me apuras —convino su hermana a la par que alejaba de ella la taza de té que ya se había quedado fría—. Ya

sabes que mamá no sabe hacer nada a medias. Pero piensa en papá y en lo feliz que va a estar esa noche.

Su padre era la antítesis de su madre. Mientras que Maureen tenía un plan prefijado para las noches de cada día de la semana, Keane disfrutaba de la tranquilidad. El pasatiempo favorito de su padre en sus momentos de ocio era sentarse en su sofá delante de la televisión con una cerveza en la mano mientras veía algún evento deportivo, le daba igual cuál fuera. Sus padres llevaban casados casi cuarenta años y, a pesar de ser tan distintos, eran un matrimonio bien avenido.

Dejó escapar un largo suspiro de cansancio. El malestar de la muela aún le estaba pasando factura. Por suerte, el dentista le había recetado antibióticos y analgésicos antes de tratársela definitivamente y eso la había aliviado bastante.

—¿Qué tal si este fin de semana vamos a algún sitio? —le sugirió de repente Brianna—. Os he echado mucho de menos a ti y a Meghan.

Miró a su hermana mayor con cariño.

—Estaría genial. Así tomamos fuerzas para el siguiente, para la fiesta de papá. Lo vamos a necesitar.

Ambas rieron. Lo cierto era que la propuesta de Brianna le gustaba mucho. Hacía meses que no pasaban tiempo juntas. Y desde que Meghan se había marchado a vivir al centro de Dublín, esos momentos de hermanas eran muy escasos.

—Entonces, voy a llamar a Meg.

—Hazlo, pero dudo bastante que acepte —respondió ella con una sonrisa pícara en los labios—. Creo que va a preferir pasar esos días con su nuevo novio. Parece que, al fin, han decidido que están mayorcitos para ir tonteando como adolescentes y han entrado en harina.

—Meg me habló de Kevin, sí —recalcó Bri—. Me alegro mucho de que se haya repuesto de la ruptura con Aidan. Jamás me gustó ese chico. No tenía una buena aura.

—Debió fiarse de tus dotes de pitonisa —bromeó.

—No soy pitonisa, Tara, lo sabes. Solo que… bueno, las energías de las personas me saltan a la cara. No puedo remediarlo.

—Sé que no puedes. ¿Te acuerdas de cuando le dijiste a la amiga de mamá que su aura tenía el color de la caca?

—¡Lo había olvidado! —exclamó Brianna con los ojos muy abiertos.

Al instante, las dos explotaran en carcajadas. Tardaron más de un minuto en dejar de reír. Aún sonreía cuando vio a Brianna tomar su taza y darle un pequeño sorbo. Pero ella necesitaba hablar, así que dejó su bebida en la mesa y miró a su hermana

—¿Sabes? Estoy planteándome buscar un apartamento en Dublín. Para alquilarlo. —La idea, que llevaba rumiando varias semanas, salió casi por sí sola—. A mamá no le he dicho todavía nada porque ya sabes cómo se va a poner si se lo digo, pero… Bueno, tengo treinta años y aún vivo con mis padres. Que sí, que vivo muy bien, y entro y salgo cuando quiero, pero… No sé, quiero independencia y que no me cuestione cada paso que doy. Además, los choques con mamá son cada vez más usuales. No sé si seré yo, que estoy sensible, o es ella porque no la dejo meterse en mi vida tanto como le gustaría.

—Puede que sea algo desde los dos lados, ¿no crees?

Miró a Brianna por el rabillo del ojo y acabó arrugando la nariz.

—Sí, puede que tengas razón.

Brianna dio un sorbo a su té.

—¿Cómo van tus pesquisas para buscarme un trabajo? No quiero meterte prisa ni nada por el estilo, pero…

—No me metes prisa —la tranquilizó a la vez que le palmeaba el dorso de la mano—. Ya le he dado tu currículum a un amigo que tiene una clínica de fisioterapia y conoce a mucha gente en ese mundillo. Seguro que te busca algo enseguida.

Los hombros de su hermana se hundieron.

—Necesito trabajar, Tara. He encontrado un gimnasio en el que puedo dar clases con el tambor *odaiko*, pero solo serían tres horas a la semana. Necesito un trabajo mejor remunerado.

—No te preocupes, que algo saldrá, seguro —la animó—. Si no, siempre puedes dar masajes a domicilio.

—Ya. Gracias, Gusanito.

Alzó los ojos al techo y suspiró.

—Odio lo de Gusanito.

—Te aguantas —bromeó Brianna con una radiante sonrisa que le asomaba por los ojos.

Adoraba tener a su hermana mayor allí.

—Bueno, me marcho —dijo a la vez que se levantaba.

—¿A dónde vas? ¿Trabajas hoy?

—Voy al centro comercial de Saint Stephen. Quiero mirar algo de ropa. ¿Te vienes?

Brianna pareció considerar su propuesta, pero acabó negando con la cabeza.

—Mejor no. Tal vez otro día.

—Bueno, como quieras. —Se acercó a ella y la besó en la mejilla—. Nos vemos en la cena.

Como casi siempre, la tarde se había complicado en el trabajo. Rory tuvo que dejar el papeleo que tenía pendiente en la oficina y hacer él mismo un par de entregas que habían quedado rezagadas.

Una de ellas era en la pastelería de Meghan, la nueva novia de Kevin. El establecimiento había incorporado hacía muy poco la entrega a domicilio de sus productos y habían contratado los servicios de su empresa. Fue así como Kevin se reencontró con ella después de compartir un vuelo de regreso a Dublín. El resto era ya parte de su historia en común.

Sabía lo feliz que estaba su primo con su recién comenzada relación. Lo cierto era que la chica le caía muy bien. Conocía de primera mano lo importante que eran para Meghan esos primeros envíos y que el cliente quedara satisfecho. Así que él también estaba poniendo su granito de arena para que el servicio fuera lo mejor posible.

Dejó la motocicleta en la calle, frente al escaparate de Las tartas de la Duquesa, y empujó la puerta. Una campanita anunció su llegada. Detrás del mostrador estaba Rosheen, la empleada de Meghan, a la que ya conocía. La chica le dedicó una sonrisa zalamera en cuanto se percató de que era él quien acababa de llegar.

—Hola, Rory.

—Buenas tardes, Rosheen. ¿Está listo ese envío?

Ella asintió casi con exageración sin quitarle la vista de encima. Tenía que admitir que el fuerte de la empleada de Meghan no era el disimulo y su batir de pestañas estuvo a punto de despeinarlo.

—Voy a llamar a Meghan, que estaba acabando de prepararlo —dijo, pero, a pesar de ello, tardó aún varios segundos en darse cuenta de que tenía que avisar a su jefa. Antes de ponerse en marcha lo obsequió con una enorme y pícara sonrisa.

—¡Meg! —la llamó desde la puerta sin dejar de mirarlo ni un solo segundo—. Te buscan aquí fuera. —Rápidamente regresó frente a él al otro lado del mostrador—. Ya viene.

Tuvo que morderse el interior de la mejilla para no dejar escapar una risotada. No podía negar que le gustaba aquel flirteo. A decir verdad, jamás le había molestado que ninguna mujer le coqueteara, pero lo que nunca había hecho era dar falsas esperanzas cuando él no estaba interesado. Y no estaba en absoluto interesado en Rosheen; no cuando la imagen de cierta DJ todavía danzaba por su cabeza.

Antes de que le diera tiempo a que el recuerdo de Queen se hiciera dueño y señor de sus pensamientos durante un buen rato, Meghan Healy salió del obrador. La chica era muy bonita y su primo tenía buenas razones para haberse enamorado de ella. Porque, además, era muy simpática.

—¡Hola, Rory!

—Buenas tardes, Meghan.

—¿Vienes a llevarte el pedido que ha quedado pendiente en Warrenmount?

Él asintió.

—Eso es. Me pilla al lado de casa. Y aún estamos en el horario de entrega…

—Sí. No hay problema. Voy a por él.

La chica rodeó el mostrador y de una vitrina frigorífica sacó una tarta que tenía un aspecto delicioso. Con esmero, la introdujo en una caja rígida, la selló y se la tendió.

—Aquí la tienes. Las señas van en la etiqueta.

Sin más, él escaneó el código con el terminal que colgaba de su cinturón.

—Tienes el albarán en el correo, como siempre.

—Gracias, Rory —le correspondió la chica.

—De nada.

Estaba a punto de dar media vuelta con su preciada carga entre las manos cuando Meghan lo detuvo.

—¡Rory! Un momento. Verás, el sábado celebramos el cumpleaños de mi padre y me gustaría invitarte —comenzó diciendo sin dejar de observarlo con fijeza—. Kevin me dijo que te lo comentaría, pero quería hacerlo yo misma.

Se pasó una mano por la nuca en un gesto indeciso.

—Me lo ha contado, sí. No sé si…

—No me digas que te da vergüenza —lo interrumpió ella, burlona—. De verdad que me encantaría que vinieras. Mi madre está preparando un festín y creo que ha hablado con un amigo suyo que trabaja en la fábrica de Guinness.

Bajó la cabeza y sonrió.

—Sabes decir las palabras mágicas, ¿eh? —Los dos rieron a la vez—. Está bien; cuenta conmigo. Muchas gracias por pensar en mí, Meg.

—De nada —respondió ella, visiblemente complacida con su respuesta—. Entonces, nos vemos el sábado. Kevin tiene la dirección.

—Hasta el sábado.

Cuando salió, alojó la caja en el trasportín trasero de la moto y lo cerró con cuidado. Una fiesta de cumpleaños un sábado… No eran los planes que esperaba tener, pero tampoco se le habría ocurrido rechazar el amable gesto de Meghan. Si era importante para su primo, lo era para él.

Tara apagó el móvil en cuanto su hermana regresó al obrador. Meghan llegaba con una sonrisa de oreja a oreja que la hizo sonreír a ella.

—Ya está, perdona. Han venido a recoger la última tarta que tenía que entregar hoy —le dijo al tiempo que se sentaba frente a ella y le daba un sorbo a lo que quedaba de su té.

—No pasa nada. A fin de cuentas, aún estás trabajando y yo me he colado sin avisar para que me invites a uno de esos *cannolis* tan ricos que haces.

—Del cual no quedan ni las migas, ya veo —comentó su hermana mientras observaba con diversión el platillo vacío que tenía ante sí.

—Y si me pones otro, también me lo como —replicó muy digna —. No creas que lo iba a despreciar.

Meghan dejó escapar una carcajada.

—Anda, trae. —Su hermana volvió a la pastelería y regresó apenas unos segundos después con otra porción de dulce—. Aquí tienes.

—Gracias, Meg —dijo tras darle un bocado—. La verdad es que estoy hambrienta. Hoy apenas he tenido tiempo para comer.

—¿Y eso?

—Tenemos un poco de lío en la librería. Encima, mi compañera ha llegado tarde y he tenido que esperarla. —Tomó el trocito de *cannoli* que aún quedaba en el plato y lo hizo desaparecer al instante.

Meghan se sentó frente a ella.

—¡Vaya faena!

—Estamos bastante saturadas con los pedidos *online*. Ahora todo el mundo se quiere subir al carro.

—Es que, o lo haces, o tu comercio se queda atrás —dijo con contundencia su hermana.

—No digo que no sea cierto, pero lo que sí digo es que deberían contratar a alguien más para que nos ayude. Al menos, que lo contraten unas pocas horas al día. No hace falta una jornada completa.

—Es cierto —admitió Meghan—. Yo ya estoy planteándome buscar a alguien que me eche una mano con los pedidos. Rosheen y yo no abarcamos todo.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Pues me temo que me voy a quedar con las ganas. Son demasiado mayores para arriesgarse y, en ocasiones, no les hacen demasiado caso a sus asesores.

—A lo mejor si tú hablaras con ellos… Yo escucharía sin dudar lo que tuvieran que decirme mis empleados. A fin de cuentas, ellos son los que están día a día en contacto con el público y con lo que estos demandan.

No le extrañaba que la pastelería estuviera teniendo tanto éxito. Desde siempre, su hermana había tenido todo muy claro y se había preparado sin descanso para desarrollar un emprendimiento que tuviera éxito.

Vio a Meghan sacar del horno una bandeja de dulces y dejarla sobre el mueble de metal que dominaba la parte central del obrador antes de regresar a donde ella aún estaba sentada.

—Bueno —dijo Meghan al fin para acabar con aquel silencio—, aprovechando que has venido, cuéntame lo del cumpleaños de papá, que sé que mamá quiere montar una fiesta por todo lo alto.

—Pues… a eso justamente venía, pero he decidido que mejor me cuentes tú cómo te fue el fin de semana. Porque ese «Kevin se queda conmigo» no significaría que él también reservó una habitación en el hotel de Glendalough para pasar la noche. ¿Estoy en lo cierto?

El rubor que tiñó las mejillas de su hermana y la sonrisa que afloró por sus labios le dijeron antes que sus palabras que no se había equivocado en lo más mínimo.

—¡Ay, Tara! Ha sido…

—¿El polvo de tu vida?

En esa ocasión tampoco necesitó su confirmación; la mirada de su hermana resplandecía.

—Ha sido muy especial. Kevin es maravilloso. Y… bueno. Me siento muy bien con él y nos reímos mucho y…

—No sigas, no sigas. —Hizo un gesto con la mano para que su hermana se detuviera, aunque no podía dejar de admitir que se estaba divirtiendo—. Me hago una idea de todo lo demás, a juzgar por tu sonrisa. Si me dices que no has podido andar en dos días, es que vais por el camino correcto.

—Se ha quedado a dormir en casa varias noches y…

—¡Ah! Que se ha quedado «a dormir», ¿no? —bromeó con picardía. Las mejillas de su hermana se encendieron un poco más—. Mira que eres tonta.

Sin que ninguna pudiera evitarlo, se echaron a reír.

—Bueno, que nos hemos desviado. Explícame lo de la fiesta de papá, anda —le pidió Meghan cuando fue capaz de reponerse.

Ella le contó punto por punto lo que su madre había planteado para la celebración del cumpleaños de su padre. Conforme iba desgranando las tareas que Maureen les había encomendado, los ojos de Meghan se iban abriendo poco a poco hasta que una expresión sorprendida se acabó dibujando en su rostro.

—Sabes que todo eso significa que nos va a tocar trabajar como mulas, ¿no?

—Antes y durante la fiesta, lo sé. Brianna también ha llegado a la misma conclusión —admitió—. Pero a papá le va a encantar, eso es lo que al final cuenta.

—Cierto. A papá le va a encantar, así que tendremos que seguir las exigencias de mamá por un día…

Dejó escapar un largo bufido.

—Si fuera solo por un día… —comenzó diciendo. Meghan se movió en su asiento lo justo para quedar enfrentada a ella sin tener que girar la cabeza—. Meg, necesito encontrar un apartamento de alquiler. A veces, la convivencia con mamá es difícil; tú lo sabes mejor que yo.

—Lo sé, sí.

—Mi sueldo no da para mucho, si acaso, para una habitación. Pero no quiero estar toda la vida viviendo en casa de papá y mamá. Soy una adulta y, bueno… creo que es hora de tener mi independencia…

—Estoy segura de que algo acabarás encontrando —la interrumpió su hermana—. Le preguntaré a algunas de mis clientas con las que tengo más trato.

Dejó escapar un suspiro. Pensó en que le gustaría tener el mismo optimismo que su hermana. Llevaba meses buscando un

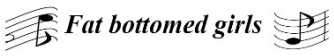
apartamento en Dublín y, por el momento, ninguno que no le pareciera un cuchitril había aparecido.

—Gracias, Meg. —Se enderezó en su asiento y tamborileó rítmicamente en la mesa con las palmas de las manos justo al levantarse—. Bueno, tengo que marcharme ya. ¿Nos vemos antes de la fiesta?

—Sí. Os ayudaré en lo que pueda —confirmó Meghan. Su hermana se levantó también para acercarse a ella y fundirse en un entrañable abrazo.

—Hasta entonces.

6



Parado delante de la casa de Meghan Healy, Rory apretó los labios ante la imagen de su primo. Aguardando ante la puerta, Kevin sostenía con una mano un regalo para el padre de la chica y con la otra trataba de separarse del cuello el tejido de la camisa. Giró la cabeza hacia otro lado para dejar de mirarlo. Lo cierto era que estaba tratando con mucho empeño de no echarse a reír.

—¿Vas a parar en algún momento, Rory?

La pregunta lo tomó desprevenido. Chascó la lengua.

—Eh… cuando deje de hacerme gracia tu cara.

Kevin masculló por lo bajo, pero la réplica murió en sus labios cuando Meghan les dio la bienvenida. Observó que Kevin se había quedado parado como un conejo al que acababan de deslumbrar los faros de un coche y sin más interés que la mujer que tenía enfrente.

—Hola —la saludó su primo sin dejar de mirarla.

Tenía muy claro que, en esos momentos, Kevin había olvidado que estaba allí y se preguntó si, en caso de que él diera la vuelta y se marchara por donde mismo había llegado, llegaría a percatarse. Por supuesto, desechó esa idea por completo casi al instante, por mucho que se sintiera incómodo. Le había prometido a Kevin acompañarlo a la fiesta del padre de Meghan y allí estaría para darle todo su apoyo. Era la primera vez que iba a encontrarse con los Healy y sabía que, para su primo, era un gran paso.

—Hola —respondió ella con una sonrisa tan expresiva que entendió a la perfección por qué Kevin no podía dejar de mirarla cuando la tenía delante. Entonces, Meghan, desvió la vista hacia él —. Hola a ti también, Rory. Gracias a los dos por venir.

A su primo le faltó tiempo para acercarse a ella y besarla en la mejilla antes de tenderle el paquete que llevaba en las manos.

—Esto es para tu padre. Espero que le guste el *whisky* escocés.

—Le va a encantar —respondió la chica a la vez que tomaba la botella envuelta, un Macallan de doce años que él había ayudado a escoger—. Pero no tendrías que haberte molestado.

—No es ninguna molestia.

Aguantando la sonrisa que insistía en formarse en sus labios una y otra vez, bajó el rostro para que ninguno de los dos lo viera. Era muy divertido ver a Kevin interactuar con la chica. Meghan no era ni muchísimo menos la primera novia de su primo, pero con ella parecía ir muy en serio. Lo alegraba que estuviera tan feliz; eso lo podía comprobar cada día. Kevin era un tipo serio y verlo ir a todas partes con el móvil en la mano, esperando un mensaje de ella, era bastante entretenido. Y más entretenido aún era observarlo cuando lo recibía. Entonces, detenía lo que estuviera haciendo y sonreía como un bobo. Sin que él se percatara, esa misma mañana le había tomado una fotografía. Iba a ser su material de extorsión cuando lo necesitara.

Meghan les indicó que pasaran a la casa y eso hizo él, detrás de ambos. Atravesando el salón del hogar, desembocaron en un jardín tan bonito que parecía un decorado de la tienda B&Q.

—Venid, os voy a presentar a mi hermana mayor.

Los tres se encaminaron hacia una chica que estaba sola en mitad del jardín. Parecía observar la fiesta mientras sostenía una cerveza a la que le daba pequeños tragos.

—Bri, este es Kevin —dijo Meg sonriente cuando llegaron hasta donde estaba ella—. Y él es su primo, Rory.

Se detuvo junto a Kevin y le dedicó una inclinación cortés de cabeza a la mayor de las Healy. La chica le correspondió de la misma manera antes de fijar la vista en su primo. Sin más, se acercó a él, se alzó de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—He oído hablar de ti —comentó la chica.

Le encantó ver la expresión de desconcierto de su primo al recibir el saludo de la mujer. Era mucho más bajita que Meghan y su pelo era muy corto y rubio en lugar del brillante rojizo de la pastelera.

Enseguida entablaron conversación. Sin embargo, no se sentía con ánimos de seguirla, así que se dedicó a pasear la mirada por el

lugar. Guirnaldas de bombillas encendidas cruzaban el patio de un lado a otro. Habían colocado una barra de bar que, desde donde él se encontraba, podía apreciar que estaba bien surtida. También veía mesas con bandejas de comida y, en una esquina, una barbacoa que alguien se estaba encargando de calentar. Quien hubiera proyectado aquella fiesta lo había hecho con mucho detalle, consideró. Aún continuaban llegando invitados y los que ya estaban allí se apresuraban a reunirse en pequeños corros mientras sostenían una bebida en la mano. Sin duda alguna, pensó, los Healy sabían agasajar a sus amigos.

Llevaba escuchando a su primo y a las dos hermanas charlar de manera amigable varios minutos cuando, de entre los invitados, una mujer comenzó a acercarse hasta donde ellos estaban con pasos rápidos y un contoneo de caderas sutil que le impedía dejar de mirarla. Estaba tan enfocado en su hipnotizante movimiento que, cuando alzó la vista para observar su rostro, la sonrisa se le fue desvaneciendo de sus labios poco a poco. Creyó que su mente le estaba jugando una mala pasada al invocar, sin él pretenderlo, a la mujer que llevaba ocupando sus sueños varios días; esa que se había deshecho entre sus brazos en una habitación en penumbras y a la que casi no pudo verle el rostro. Sin embargo, sí que fue capaz de atisbar, cuando se quitó las gafas, unos preciosos ojos de un color indeterminado. Se habían quedado grabados a fuego en su recuerdo. Eran los mismos que parecían mirarlo mientras se acercaba.

Fue consciente del momento en que ella lo reconoció pues detuvo su caminar de repente. Sin peluca y sin gafas. Era ella. Queen.

Las miradas de ambos se cruzaron en la distancia. Por unos instantes creyó que iba a dar media vuelta y a regresar por donde había llegado, pero no fue así. La chica levantó el mentón y continuó hacia donde todos estaban.

—Meg, mamá te está buscando.

«¿Mamá?».

La novia de Kevin se giró hacia Queen y le sonrió.

—Ella es Tara, la pequeña de las tres —la presentó—. Tara, él es Kevin y él, Rory, su primo.

La bienvenida de la chica fue muy distinta a la que les había dispensado la mayor de las Healy. La vio tender el brazo a Kevin con un gesto algo contenido y, luego, hizo lo mismo con él.

Cuando aceptó su mano, sintió que un hormigueo le subía por el brazo para detenerse en la base de la nuca. Por unos momentos pensó que lo estaba imaginando; que eran tantas sus ganas de volver a verla que los cables se le habían cruzado en la mente. No, no podía ser la pequeña de las Healy. Pero, cuanto más la miraba, más convencido estaba de que la mujer que le acababan de presentar y la DJ eran la misma persona.

—Encantado, Tara —escuchó decir a su primo.

Las palabras sirvieron para sacarlo de la impresión que le había causado la llegada de la hermana de Meghan. Temía que pudiera verse en su rostro la sorpresa por ser consciente de quién era ella en realidad.

—Igualmente —contestó la recién llegada, bastante seria e incómoda—. Meg, no quiero ser pesada, pero mamá te estaba buscando y…

—¡Ah! Cierto —contestó Meghan—. Bueno, chicas, os los dejo aquí. Cuidadlos.

—Yo te acompaño —comentó Tara de inmediato.

La miró con insistencia, pero ella parecía estar esforzándose en rehuirlo. Trató de ser disimulado a la hora de fijarse en Queen… o en Tara. Lo que había ocultado la peluca era una melena castaña que se ondulaba sutilmente en las puntas. Y lo que escondieron las gafas… Esas habían hecho lo propio con unos ojos color miel que, de manera disimulada, se volvían hacia él como si lo hicieran en contra de la voluntad de su dueña.

—Entonces, yo me quedo a cargo. No temas —contestó la mayor de las hermanas a la vez que Meghan se despedía de Kevin con un guiño. Las vio partir y enfilar hacia la puerta que comunicaba con la casa.

Era incapaz de dejar de mirar la espalda de la chica mientras se alejaba. Vestía un pantalón blanco que se ceñía a sus curvas a la

perfección y un jersey rojo bastante corto que, al moverse, dejaba al aire la piel de su cintura.

«Es ella, estoy casi seguro», se repitió una vez más.

Tenía toda la velada para averiguarlo porque de allí no lo moverían ni aunque soplara un tornado.

Tara enganchó su brazo con el de Meghan y casi la arrastró hacia la cocina. Necesitaba salir de aquel jardín y alejarse de la inquisitiva mirada de Rory cuanto antes. Y respirar, ya de paso.

«No puede ser», se repetía una y otra vez. No podía ser que el tío con el que se había enrollado en el *pub* hubiera resultado ser el primo del nuevo novio de su hermana.

¿Cómo iba a imaginarse ella que Rory acabaría en la fiesta de cumpleaños de su padre?

Levantó con disimulo la mirada hacia el cielo.

«Os lo estáis pasando bien a mi costa por ahí arriba, ¿eh?».

—¿Dónde está mamá?

La pregunta de Meghan le hizo dar un respingo. Había olvidado por completo que había ido a buscarla porque su madre las había requerido para que la ayudaran.

—Eh… La última vez que la vi estaba en la cocina. Asumo que seguirá allí, preparando lo que hay que llevar todavía a los invitados —contestó indecisa.

No se había dado cuenta de que el hombre que había acudido con el novio de Meghan era Rory hasta que estuvo demasiado cerca como para retroceder y esconderse en algún lugar en donde no la viera.

Percatarse de que era él la había hecho contener el aliento y su estómago, como si quisiera recordar su primer encuentro, había decidido que era buen momento para saltar en su barriga.

Estaba tan atractivo como el día en que se encontraron en el Seven Seas of Rhye, «O puede que incluso más», se dijo entre dientes, aunque se le antojaba que eso resultaría difícil. Pantalones de vestir de un azul un poco más oscuro que la camisa que llevaba

remangada hasta los codos y que dejaba ver unos antebrazos fuertes con algo de vello.

Se pasó la mano por el rostro y dejó escapar un bufido. ¿Se habría dado cuenta de quién era ella?

«¡Por supuesto que sí, idiota! —se replicó—. ¿Acaso no has visto cómo te miraba? La peluca y las gafas son un disfraz de mierda».

Tuvo un momento de pánico. ¿Se le ocurriría a Rory desvelar delante de sus hermanas que ella era la DJ con la que se había liado? Ella jamás le había contado a su familia qué hacía esas noches de los fines de semana cuando iba al *pub*. No porque la avergonzara el trabajo que hacía de vez en cuando, sino porque, de alguna manera, siendo Queen, podía dedicarse sin remordimientos a su segunda pasión después de los libros: la música. Era algo que tenía para sí misma, sin compartirlo con nadie. La música la hacía sentirse libre y sin ninguna atadura que no fueran las que se quisiera imponer mientras hacía algo que la hacía feliz. Y era durante esos ratos, tras los platos de mezcla y los altavoces, cuando podía pretender ser una persona que, en realidad, no era. Además, ser Queen le reportaba un beneficio económico que complementaba su escueto sueldo, algo que le venía muy bien.

—Tara.

La llamada de atención de Meghan la sobresaltó. Se había quedado absorta en la nada porque cierto hombre que no esperó encontrarse jamás en su casa se había adueñado de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Te he llamado y parecías no oírme. ¿Te pasa algo?

—¿A mí?

Los ojos de su hermana se elevaron hacia el techo.

—No hay nadie más aquí. ¡Por supuesto que tú! Estás roja como un tomate. ¿Estás bien?

Se llevó las manos a las mejillas. Meg estaba en lo cierto: sentía el rostro ardiendo y un ligero pellizco en el estómago.

—Ah… Bueno, es que tengo un poco de calor. En cuanto pare y me tome algo fresco, se me pasará.

Meghan la observó con suspicacia, pero acabó asintiendo. Así, las dos se encaminaron hacia la casa.

—¡Niñas! Tenemos que llevar esas bandejas al jardín. —La llegada de su madre a la cocina por la puerta que daba al pasillo hizo que la mirada de ambas se desviara a lo que Maureen les estaba pidiendo. Se alegró de ello porque con aquel trajín esperaba alejar a Rory de su mente por un buen rato.

Con una cerveza en la mano, Rory se acomodó en una esquina del jardín. Le había perdido la pista a su primo hacía un rato, pero estaba seguro de que había ido detrás de la pelirroja de las Healy porque a ella tampoco la veía por ningún lado.

Paseó la mirada por el lugar. La mayor de las hermanas estaba charlando con un hombre que debía tener pocos años más que ella, tan alto que destacaba bastante entre todos los presentes. De la pequeña de las Healy no había ni rastro.

Como le había sucedido más de una vez esa noche, sus ojos buscaron a Queen… o tal vez debería comenzar a pensar en ella como Tara. Aún seguía sonriendo cuando recordaba la manera en que ella había huido con su hermana. Y no, no exageraba con lo de la huida porque era justamente eso lo que había hecho.

Tal vez, ella temía que la pusiera en evidencia y contara cómo se habían conocido y a qué se dedicaron los minutos que siguieron a su encuentro. Pensó que le gustaría decirle que dejara de temerlo porque él jamás se comportaría de manera tan mezquina con ninguna mujer con la que había tenido sexo.

En ese instante, como si la chica hubiera sabido que estaba presente en su cabeza, apareció en el jardín por la puerta de la cocina mientras portaba en sus manos una gran bandeja. La vio bajar los tres escalones y dirigirse hacia el rincón donde su padre estaba cocinando hamburguesas. Observó al hombre agradecerle a su hija con un beso en la mejilla lo que le acababa de dejar sobre el mostrador.

Se quedó enganchado en la sonrisa que ella le dedicó, abierta y sincera, una que le iluminó el rostro y los ojos y que consiguió que él

se quedara sin aliento. Ya se había fijado en el *pub* que ella era una mujer muy bonita, pero verla allí, sin la peluca y sin las gafas, apenas maquillada, lo dejaba sin la opción de mirar hacia ningún lado que no fuera a ella.

La chica giró sobre los tacones bajos de sus zapatos y enfiló de nuevo hacia la cocina. Se estaba percatando de que aquella fiesta les estaba dando mucho trabajo a las anfitrionas para lograr que los invitados estuvieran tan cómodos como parecían estar, a juzgar por cómo todos los asistentes reían y charlaban sin cesar.

Se dio cuenta de que el vaso que tenía en la mano ya estaba vacío, así que fue a por otra cerveza hasta la nevera que habían colocado en uno de los laterales del jardín. Acababa de servirse una cuando, al girarse, vio a Tara acercarse con un enorme paquete de latas en los brazos, que debía pesar bastante. Dejando a un lado la bebida, sus pies tomaron la iniciativa y se dirigió hacia la mujer.

Tara se detuvo en seco cuando él se paró delante de ella.

—Déjame que te ayude.

—No hace falta. Yo puedo…

—Parece pesar mucho. —Ella trató de negarse una vez más, pero sus brazos se rindieron un poco, así que él se dio prisa en tomar la carga—. Ya lo tengo.

Los ojos de Tara encontraron los suyos y, a pesar de la suave luz ornamental que iluminaba el jardín, él hubiese jurado que la había visto sonrojarse.

—Gracias.

—¿Dónde lo pongo?

—Por aquí. —Ella pasó delante para indicarle dónde podía dejarlo.

Sin más, la siguió hasta el rincón en donde estaban las neveras con las bebidas y colocó su carga a un lado. Tara se apresuró a romper el envoltorio que las mantenía unidas y las fue guardando en el interior.

La incomodidad de la chica era palpable y temió que, en cuanto acabara, se despidiera y volviera a alejarse de él.

—Habéis hecho un gran trabajo con la fiesta —dijo casi sin pensarlo, deseoso de iniciar una conversación con ella, aunque fuera

una insustancial. Le corroía la curiosidad por saber por qué había fingido no reconocerlo.

Tara torció un poco el gesto y acabó asintiendo.

—Muchas gracias.

—La gente lo está pasando muy bien. Al menos, puedo decirlo por mí mismo. Tus hermanas han sido muy amables.

—Ah, bien —respondió ella sin mucho ánimo.

Estaba siendo la no-conversación más incómoda de toda su existencia. Tenía muy claro que Tara querría estar en cualquier lado menos hablando con él, y él no estaba demasiado por la labor de alargar algo que ella, claramente, no quería.

«Mira, colega, márchate, que una retirada a tiempo es una victoria».

—Eh… Entonces, no te entretengo…

—¡Estáis aquí, cielo! —Apenas se giró un poco vio aparecer al padre de las Healy. Keane llegó con un plato en cada mano—. ¡Que no te he visto comer nada en toda la noche, hija! —Le tendió una de las hamburguesas—. Y también he traído una para ti. Eras Rory, ¿verdad? El primo de Kevin.

Él asintió con entusiasmo.

—Sí, señor.

Keane le alargó el otro plato e hizo un ademán.

—¡Nada de señor! Anda, comed —los animó el padre de Tara—. Hazme un favor, Rory: asegúrate de que se la come, ¿de acuerdo?

—¡Papá! —replicó ella.

El hombre miró a su hija con adoración.

—Hoy es mi cumple, tesoro. ¿Vas a desairar al cumpleañero?

Rory bajó la cabeza y ocultó una sonrisa. No podía negar que Keane sabía jugar sus cartas. Por el rabillo del ojo vio a Tara apretar los labios, incapaz de llevarle la contraria a su padre. «O tal vez sea que está cansada». Sí, se dijo; la chica no había parado en toda la noche y debía estarlo.

—Está bien, me la comeré —se rindió ella.

—Así me gusta, cielo. Vuelvo a la barbacoa. Si queréis otra hamburguesa, ya sabéis dónde estoy.

Sin más, el hombre se marchó. Tara observó el plato que su padre le había entregado y dejó escapar un suspiro.

—¿Quieres que nos sentemos? —le preguntó él con el temor de que Tara se llevara su hamburguesa para comérsela en otro lugar.

Ella pareció considerar su propuesta unos larguísimos segundos. Al fin, la vio asentir.

—Sí, por favor. Los pies me están matando.

La respuesta lo hizo darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Juntos se acercaron a una de las mesas altas que había libres bajo el gran árbol del jardín y se sentaron en los taburetes que la rodeaban. Vio a Tara hundirse de hombros y cerrar los ojos por unos instantes.

—¿Cansada?

Ella lo miró con los párpados entornados. Por un momento creyó ver algo de recelo en ellos, pero este desapareció enseguida.

—Muerta. Mi madre me ha tenido de un lado a otro. Bueno, a mí y a mis hermanas. A ella le encantan estos eventos y reunirse con sus amigos, pero nos tiene a nosotras de aquí para allá sin parar.

Ni se le ocurrió interrumpirla; dejó que Tara se quejara porque, durante esos segundos, él podría estar observándola sin que lo mirara con ojos entornados y a la expectativa de que él, finalmente, le dijera que sabía quién era.

Alguien se rio de manera escandalosa. Sorprendida por el inesperado ruido, Tara giró la cabeza en la dirección de donde provenía. Entonces lo vio: ahí, medio oculto por la melena, estaba el tatuaje. La letra Q con la corona sobre ella; el mismo que le había visto a Queen cuando estuvieron juntos en el almacén.

Era ella. Ya no tenía ninguna duda. Pero la pregunta de por qué no lo había reconocido seguía pululando por su mente. O, a lo mejor, lo que debía cuestionarse era por qué no quería hacerlo.

«Si ella quiere jugar a que no nos hemos visto antes, yo no tengo ningún problema».

El silencio que se estableció entre ellos era algo incómodo y pesado, así que señaló con un gesto de la barbilla hacia la

hamburguesa que aguardaba en el plato que tenían cada uno frente a sí.

—Se va a enfriar —le dijo—. Y tiene muy buena pinta.

—Es cierto. —Sin más, Tara tomó la suya y le dio un gran bocado. El gemido de satisfacción que escapó de su garganta fue directo a su vientre y reavivó recuerdos que estaba tratando de mantener a raya—. Está muy buena.

Él no se sentía preparado para dar bocado; tan solo podía estar atento a ella.

De repente se dio cuenta de que había sido un error sentarse con Tara porque su mente no podía desterrar las imágenes de ella entre sus brazos apenas una semana atrás. Tampoco podía desentenderse de la manera en que esos labios, que se habían amoldado a los suyos con aquellos besos que recordaba a la perfección, trataban de limpiarse una migaja de pan. Notó un inoportuno tirón en la entrepierna.

En ese momento, ella alzó la mirada y encontró la suya.

—¿No comes?

¿Cómo podía decirle que no podía porque era incapaz de dejar de mirarla?

—Eh… sí, claro.

Le dio un bocado a la hamburguesa.

—Está muy rica, es verdad —afirmó cuando logró tragar el primer bocado. Tara asintió sin dejar de masticar.

Casi a la misma vez, les dieron un trago a sus respectivas cervezas, en silencio. Temía que, en cualquier momento, ella le dijera que había acabado y que se marchaba. Sin embargo, la chica lo miró con ojos entornados.

—Entonces, ¿trabajas con Kevin?

No se esperó que tuviera curiosidad en saber algo sobre él.

«Tal vez se ha confiado en pensar que no la has reconocido. Como no le has dicho nada…», pensó. Ganas no le habían faltado, desde luego.

—Desde que él se hizo cargo de la empresa, sí —respondió acompañando su respuesta con un asentimiento de cabeza—. De eso hace ya bastantes años.

—Ah.

Volvieron a quedarse en silencio y él no quiso tentar a la suerte, así que se removió en el asiento antes de volver a hablar. Carraspeó para asegurarse de que la voz no lo iba a traicionar.

—Me cae muy bien tu hermana —dijo con desenfado—. Kevin está muy enamorado de ella.

Una sutil sonrisa se formó en los labios de la pequeña de los Healy, una que sirvió para dejarlo sin aliento una vez más.

—Y a mí me gusta cómo tu primo la mira. Sí, se le nota que le gusta mucho —admitió ella. Entonces volvió a darle un trago a lo que le quedaba de cerveza y dejó frente a ella el vaso vacío—. Me cae bien Kevin; no como el otro novio que tuvo Meg, ese que la dejó de buenas a primeras. Me cayó mal desde el principio y odio decir que yo tenía razón en cuanto a mis recelos. Pero, claro, ¿cómo le dices a tu hermana, que está en el séptimo cielo, que no te gusta el tipo con el que está saliendo?

—¿Sueles calar pronto a las personas? —La pregunta salió de sus labios por sí sola.

La mirada de ella se encontró directamente con la suya. No tenía idea de si pasaron segundos o minutos, inmerso en aquel cruce, pero sí sabía que se le había hecho demasiado corto.

Al fin, ella asintió con seguridad.

—Pues… no suelo equivocarme mucho, no.

—¿Nunca?

—No soy un reloj cuántico —admitió ella con cierto tono divertido—. Pero, por regla general, mi primera impresión no suele ser errónea.

Él torció un poco el gesto y asintió.

—Ya veo.

Estaba a punto de lanzarle una nueva pregunta cuando la chica desvió su atención hacia la casa y arrugó el entrecejo. Él giró la cabeza hacia el mismo lugar hacia donde ella tenía la vista clavada y todo lo que pudo apreciar fue a Kevin, que abandonaba el jardín a grandes zancadas, y a Meghan, que caminaba con premura detrás de él.

—¿Pasa algo? —le preguntó a Tara. La chica no dejaba de mirar hacia el lugar por el que la pareja había desaparecido.

—No lo sé. Me ha parecido… Nada, no importa. —Tomó una servilleta y se limpió las manos con ellas. Mientras lo hacía, una expresión de seriedad se dibujó en su rostro—. Creo que voy a ir a buscar a mi hermana. Perdona.

—Eh… Claro. —No le dio tiempo a añadir nada más antes de verla enfilar con paso rápido hacia la casa.

Vio a Tara seguir el caminar rápido de Meghan y perderse en el interior de la casa y se permitió esos segundos para hundirse de hombros e inhalar profundamente. La presencia de la chica lo había tenido en tensión todo el rato que habían estado hablando. Su imaginación había recreado cada segundo que estuvo con ella en el *pub* y su impertinente erección era un recuerdo constante de lo que fue tenerla. No, no estaba siendo la fiesta que él había creído que sería.

Con tranquilidad, se dedicó a acabar la cerveza que aún le quedaba. Una suave música amenizaba la velada. El padre de las Healy se había sentado con un grupo de hombres y mujeres en una de las mesas más alejadas y comían y reían sin parar. Y la cerveza corría como el agua. La imagen lo hizo sonreír.

De repente, vio salir a Brianna de la casa y encaminarse en su dirección. Miró hacia uno y otro lado por si no era él el destino de la chica. Acabó irguiéndose en su asiento cuando ella se detuvo a unos pasos. Su rostro serio no presagiaba nada bueno.

—Tu primo se ha marchado.

La frase fue como un escopetazo salido de los labios de Brianna.

—Perdona, ¿qué? —preguntó al tiempo que se ponía en pie.

Tara se encogió de hombros.

—No sé qué ha pasado. Nada bueno, eso seguro. Meg me ha pedido que te lo diga.

—¿Se han peleado? —quiso saber él.

—Ni idea, pero eso parece.

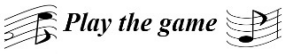
—Sí… No entiendo nada —murmuró—. Si se estaban comiendo con los ojos hace un rato… —Dejó sobre la mesa la servilleta que

había estado sosteniendo en la mano todo ese rato—. Tengo que marcharme. Adiós, Brianna. Despídeme de tus hermanas.

—Adiós —contestó ella.

Le dedicó una segunda mirada rápida a la mayor de las Healy. Le molestaba abandonar la fiesta así de rápido, cuando apenas había comenzado a charlar con Tara. Se lamentaba de que ella no hubiera regresado para despedirse, pero no tenía tiempo para buscarla. Debía averiguar qué le había ocurrido a Kevin para que se marchara de aquella manera tan inesperada.

7



Rory cerró la puerta del despacho de su primo y suspiró con tristeza. Kevin lo había estado rehuyendo todo el fin de semana; ni siquiera había contestado a sus llamadas ni tampoco a sus mensajes. Cuando al fin había podido hablar con él, se había dado cuenta de lo mucho que lo había afectado la discusión que había tenido con Meghan a causa de Declan, el mejor amigo de esta.

Le dolía profundamente ver a Kevin de esa manera, tan triste y tan abatido, como si un camión le hubiera pasado por encima. No hacía falta que su primo le dijera lo enamorado que estaba de la pastelera, más de lo que había estado de ninguna otra chica. Podía dar fe de ello sin temor a equivocarse.

—Rory.

La voz de Moira, la secretaria personal de Kevin, lo detuvo. La mujer, que llevaba años trabajando en la empresa, tantos que había visto a Kevin crecer y lo quería como si fuera su propio hijo, lo miró con tristeza.

—Dime, Moira.

—¿Cómo está?

Dejó escapar un suspiro.

—Lo está pasando mal.

—No ha salido de ahí dentro en toda la mañana. Ni me ha pedido que le lleve el café de todos los días.

Ambos miraron hacia la puerta tras la que se escondía Kevin.

—Le he dicho que se vaya a casa y me ha contestado que aquí está mejor —comentó él muy serio—. Es muy testarudo. Por mucho que yo le diga, va a hacer lo que le dé la gana.

—Me preocupa.

El rostro de Moira reflejaba a la perfección sus palabras. Él le tocó el codo como señal de comprensión.

—Lo sé —respondió él—. Mira, tengo que salir un momento, pero si hay algún problema, búscame y te ayudo con lo que sea. Y, por favor, no le pases llamadas. Si no son muy urgentes, desvíamelas a mí.

La mujer asintió sin dudarlo.

—Eso haré. Me duele verlo así.

—Y a mí —replicó él en voz baja—. Espero estar aquí a la hora de comer. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Bajó las escaleras con calma y sin dejar de pensar en su primo. No estaba acostumbrado a verlo de esa manera. Cierto que Kevin no era el alma de la fiesta, pensó, y a veces se burlaba de él por ser tan recto y estricto, pero esos pocos meses que había estado con Meghan habían sacado a ese otro hombre que él sabía que escondía en su interior; uno que podía disfrutar de la vida y que no solo se preocupaba de dirigir un negocio de éxito. Esperaba de corazón que todo se arreglara entre ellos.

Antes de marcharse echó un vistazo a la sala de clasificación. Las furgonetas con los repartos diarios ya habían salido y los operarios que allí se encontraban estaban atareados ordenando los paquetes que despacharían al día siguiente. Por otra parte, hacía menos de media hora había llegado un camión que ya estaba descargado casi a la mitad y algunos de sus chicos se estaban encargando de almacenar las cajas que contenía. Todo estaba bajo control.

Cuando puso un pie en el exterior, alzó la vista hacia el cielo y cerró los ojos. El final del verano estaba cerca y eso se notaba ya en el ambiente más húmedo y en que el sol calentaba bastante menos que semanas atrás.

Se acercó a su moto, tomó el casco que siempre guardaba bajo el sillón y se lo colocó. Se lamentó de lo inoportuno de tener que ir a recoger un pedido de un cliente al centro de Dublín, pero, si tenía suerte, estaría de regreso en media hora. No quería dejar solo a Kevin por mucho que hubiera salido de su despacho enfadado con él por no querer sobreponerse a lo ocurrido en la fiesta del padre de Meghan.

Por fortuna, el tráfico no estaba muy denso en la entrada a la ciudad, así que no tuvo muchos problemas en llegar a las inmediaciones de la calle O'Connell, que era donde tenía que recoger el encargo. Consideró que, si rodeaba el Trinity Collage, acortaría camino para regresar cuanto antes a la empresa.

La circulación se ralentizó cuando el semáforo se puso en rojo y detuvo la motocicleta para permitir que los peatones cruzaran. Entonces la vio. Tara Healy pasó delante de él sin percatarse de su presencia. Se entretuvo en observar su caminar seguro, con la cabeza bien alta. Se dio cuenta de que llevaba puestos unos pequeños auriculares, así que, aunque la llamara, no lo escucharía. Una sonrisa se le escapó al seguirla con la mirada y tuvo la precaución de mover la moto hacia la acera para que los vehículos que estaban detrás de él pudieran pasar cuando el semáforo cambiara.

Se permitió unos segundos para observar cómo Tara se perdía dentro de una librería. ¿Trabajaría allí? ¿O simplemente estaría de compras? Solo conocía una forma de averiguarlo.

Despacio, volvió a ponerse en marcha y buscó un hueco para estacionar. Tuvo suerte, pues encontró uno tan solo al torcer la esquina. Con paso rápido deshizo el camino y se paró delante de la puerta del establecimiento. Tomó aire antes de decidirse a entrar.

El olor a papel lo asaltó nada más poner un pie en la tienda. Nunca había sido un gran lector, ni siquiera en su etapa de estudiante. Sabía que había personas a las que les gustaba pasar su tiempo libre entre páginas, pero él no era parte de ese grupo. Su pasatiempo favorito consistía en salir, tomar una cerveza en la barra de algún *pub* y, si tenía suerte, conocer a alguna chica que estuviera dispuesta a compartir un buen rato. Sin exigencias y sin compromisos. Y era feliz tal y como estaba.

Era bastante inusual que quisiera buscar la compañía de la misma chica dos veces, pero se estaba dando cuenta de que cierta mujer, que se hacía pasar en algunos momentos por una exitosa DJ, pululaba demasiado por su cabeza casi sin que él la convocara. Y también se estaba percatando de que haberla visto no lo remediaba de ninguna manera.

Con todo el disimulo que pudo se acercó a la primera estantería que vio. Fingió mirar los anaqueles atestados de títulos, pero una y otra vez su vista se desentendía de estos y echaba una ojeada a su alrededor. Tara no parecía estar allí.

Sintió que sus esperanzas de volver a verla se desvanecían.

«Habrá entrado a mirar algo y salido mientras que tú aparcabas la moto», se dijo con pesar.

Estaba a punto de darse por vencido cuando una puerta tras el mostrador se abrió y Tara apareció por ella portando un par de libros en las manos y luciendo una sonrisa que hizo que se quedara parado en donde estaba, sin otra opción más que mirarla.

La chica se dirigió a un hombre mayor que aguardaba junto al mostrador y le entregó los libros con gesto amable. La vio tomar la tarjeta de crédito que este le entregó y agradecérselo.

«Así que, cuando no eres Queen, trabajas aquí», se dijo sin desatenderla.

Escuchó al cliente despedirse de Tara y marcharse. Era su oportunidad de acercarse a ella. Casi sin mirar, tomó dos libros del estante que estaba frente a él y se dirigió al mostrador. Tara le daba la espalda, ocupada en algo que él no podía apreciar. Carraspeó para llamar su atención.

—Disculpe, señorita…

—Sí, un momento —respondió ella al instante.

En cuando se giró para enfrentarlo una expresión de sorpresa se dibujó en su bonito rostro. Y él, como si estuviera sobre las tablas del Abbey Theater, dio atrás un paso y abrió los ojos tanto como pudo.

—¡Vaya! ¡Hola! ¡Qué coincidencia!

En los labios de Tara apareció una sutil sonrisa que ella trató en vano de mantener bajo control.

—Hola.

Sin mirar hacia otro lado que no fuera a Tara, dejó los dos libros que sostenía encima del mostrador.

—¿Trabajas aquí?

—Eso es —respondió ella.

—¡Pero qué casualidad! —exclamó—. De todas las librerías que hay en Dublín, he tenido que entrar en la que tú trabajas.

La vio apretar los labios y sofocar una nueva sonrisa.

«Vas por buen camino, colega».

—Sí, toda una casualidad —respondió ella antes de percatarse de los dos volúmenes que había dejado sobre el mostrador—. ¿Qué es lo que deseas?

«Lo que deseo no creo que lo tengas a la venta en la librería, no».

—Eh…

—¿Te llevas estos?

Bajó la mirada a los libros. No tenía idea de qué había pillado en las estanterías, así que asintió con algo de recelo.

—Sí, sí. Me los llevo.

Ella se giró hacia un lado y tomó una bolsa.

—Te gustan los romances oscuros, por lo que veo.

«Espera, ¿qué? ¿Eso qué narices es?», se preguntó tratando de que su rostro no demostrara que no tenía ni idea de a lo que se refería la chica.

—Son… Son para un amigo —respondió casi sin pensar—. El pobre ha tenido un accidente y está… está en el hospital y le gusta mucho leer, así que le llevo algo para que se entretenga.

—Ah, muy bien. Es un buen entretenimiento si le gusta leer, desde luego.

—Es… un apasionado de los libros, sí. Tiene la casa llena allí por donde mires —mintió. Por supuesto, no tenía ningún amigo al que le encantara leer, ni tampoco uno que estuviera enfermo, pero si tenía que llevarse los libros para poder entablar una charla con ella, aunque fuera insustancial, lo haría.

—Eres un amigo muy considerado.

A pesar de su mentira, se sintió orgulloso de recibir el cumplido de labios de la chica. Tara escaneó con eficiencia su inesperada compra y volvió a colocarlos frente a él. Bajo la clara luz de la librería, Tara se veía aún más bonita que la última vez, en la fiesta de cumpleaños de su padre. Sus ojos eran del color de la miel y el

castaño de su pelo era más claro de lo que pensó la noche de la fiesta. Se sentía incapaz de retirar la vista de ella.

—¿Los pongo para regalo?

—Esto… ¿Qué? —preguntó él a su vez.

—Que si los pongo para regalo. Los libros. Para tu amigo.

—¡Ah! —Estaba quedando como un idiota, lo sabía y tenía que asumirlo—. Sí, sí, por favor. Si no es molestia…

—No, claro que no.

La observó desempeñarse con soltura con el papel de regalo. Unos instantes después tenía ambos libros perfectamente empaquetados, los mismos en los que no dejó de mirarla a riesgo de parecer un descarado.

—Aquí tienes…

—¿Eh? Ah, muy bien. Gracias.

«Piensa, Rory, piensa».

—¿Me permites? —Tara hizo un pequeño gesto en su dirección con la barbilla. La miró con extrañeza.

—¿Sí?

—¿Efectivo o tarjeta?

Si él fuera de otra condición, pensó, estaría deseoso de que la tierra se abriera y se lo tragara en ese mismo momento porque estaba haciendo el ridículo de su vida. Se llevó la mano a la cartera con rapidez.

—Con tarjeta. —Y se la tendió.

Con amabilidad ella la tomó, la pasó por el terminal de cobro para devolvérsela enseguida.

—Gracias.

«Joder, Rory, piensa en algo».

—¿Cómo está tu hermana?

La sonrisa que hasta ese momento había bailado en los labios de Tara se desvaneció y dejó escapar un largo suspiro

—Triste —comentó—. Pasó la noche en casa en lugar de ir a su apartamento y se marchó por la mañana sin decirnos nada.

—Kevin está igual —respondió él con el mismo talante serio que ella—. No respondió al teléfono en ninguna de las ocasiones en las que lo llamé. ¿Te ha contado Meghan qué sucedió?

—Algún malentendido con Declan, su amigo. No ha sido muy clara al contarme nada.

—No creo que haya ningún malentendido —replicó él en defensa de su primo—. Si quieres mi opinión, después de lo que Kevin me ha contado, ese tipo esconde algo y por eso los enfrentó en la fiesta.

Ella se mantuvo callada, sin responderle, mirándolo en silencio hasta que, al fin, asintió con los labios fruncidos.

—Tiene sentido. Es cierto que no conozco a tu primo lo suficiente, pero no creo que sea de esas personas que les impiden a sus parejas verse con amigos.

—Te aseguro que él no es así —aseveró con rotundidad—. Kevin es un buen tío y jamás haría eso. Ese Declan se lo ha inventado todo.

—De todas maneras, esta tarde iré a ver a Meg. No quiero que esté sola.

—Haces bien. Yo tengo que regresar a la empresa. Kev no ha salido del despacho en toda la mañana y si no lo arrastro a comer, estoy seguro de que no lo hará. —No sabía por qué le estaba contando todo aquello a la chica, pero no podía parar de hablar—. Espero que puedan arreglar lo que sea que haya ocurrido entre ellos —le dijo con total sinceridad—. De verdad que tu hermana me cae muy bien. No he visto a Kevin tan feliz como estos meses atrás.

Tara volvió a asentir.

—Yo también espero que se arreglen.

Aguardó a que ella agregara algo más, pero no lo hizo, así que no tuvo más remedio que alcanzar la bolsa con los libros que había dejado sobre el mostrador.

—Bien, me marcho —dijo con cierta desgana—. Gracias por todo.

—Adiós. Ojalá que a tu amigo le guste tu regalo.

—Sí. Ojalá —contestó con una sonrisa.

Cuando salió a la calle, se dirigió hacia donde había dejado estacionada la moto. Abrió el baúl y dejó la bolsa dentro.

«Romance oscuro… ¿Qué demonios será eso?».

Tara se había asegurado de que Meghan iba a estar en su apartamento cuando ella llegara. Había hablado por teléfono con Rosheen, la empleada de su hermana, y le había insistido en que convenciera a Meghan para que se marchara a su casa. No era la primera vez que Rosh se hacía cargo de todo. Meghan confiaba ciegamente en la chica y ella, también.

Tuvo que llamar dos veces al timbre para que Meg le abriera. Cuando lo hizo, se le estrujó un poquito el corazón. No había que ser muy lista ni muy observadora para saber que había estado llorando.

—Entra —le dijo Meg mientras se pasaba el dorso de la mano por los ojos para secarlos. La dejó en el umbral de la puerta y se encaminó hacia el sofá, en donde se dejó caer con evidente cansancio.

—¿Cómo estás?

—He estado mejor —contestó con un hilo de voz.

Dejó sobre una silla el bolso que llevaba colgado al hombro y ocupó el sitio junto a su hermana.

—Meg…

—Ya lo sé. Todo lo que me vayas a decir tú ya me lo he dicho yo. Empezando por «soy idiota».

—Yo no he dicho que seas idiota.

—Pues me lo digo yo.

Se mantuvo unos segundos mirando fijamente a su hermana. No hacía falta que le dijera que no estaba en su mejor momento. Las bolsas y ojeras que tenía bajo los ojos aún húmedos ya lo decían por ella. Con un suspiro, se levantó y se dirigió hacia la cocina.

—Voy a preparar un té. —No era una pregunta ni había posibilidad de que Meghan se negara. La vio asentir y ella la imitó.

Por unos minutos, ambas se mantuvieron en silencio. Estaba segura de que el asunto con Kevin estaría dando vueltas y más vueltas en la cabeza de su hermana. Le disgustaba verla tan abatida, con la mirada clavada en algún punto de la pared que tenía frente a ella, sin decir nada.

Cuando lo tuvo todo listo, colocó la bandeja con dos tazas en la mesita que había frente al sofá. Meghan ni se percató de ello. Le alcanzó una de ellas, que esta aceptó en silencio de manera

mecánica. La vio dar un sorbo y dejar de nuevo la bebida sobre la mesita.

—No hago más que pensar que he metido la pata, Tara.

Imitó a su hermana; se llevó el té a los labios y los mojó apenas antes de dejar la taza junto a la de Meghan.

—No te ayuda en nada sobrepensar.

Meghan se pasó una mano por el rostro.

—Debí decirle…

—Tampoco te ayudas así.

—Nada me ayuda.

Miró a Meghan y sintió lástima por ella. Había estado a su lado cuando rompió con Aidan y también, por aquel entonces, lo había pasado mal. Pero en cambio, en esa ocasión veía en su hermana algo distinto, algo cercano a la desesperación y eso le estrujó el corazón.

—Tranquila, cielo. Estoy segura de que todo se arreglará.

Meghan asintió sin levantar el rostro.

—Esta mañana lo he visto en el banco.

—¿A quién?

—A Kevin. Él no me vio —anunció con abatimiento—. Me armé de valor y lo llamé por teléfono, pero no respondió, aunque me devolvió la llamada hace un rato. Me contó que no había podido contestar porque lo estaban esperando para salir hacia Kilkenny. Hemos quedado en hablar cuando yo regrese de Madrid. Odio este viaje, Tara. No ha podido ser más inoportuno. Y encima voy con Declan.

—Di que no vas.

Meghan alejó aún más el té de ella y, al fin, la miró.

—No puedo hacer eso, pero ganas no me faltan. Quiero que sea viernes ya y estar de regreso.

Buscó la mano de su hermana y la estrujó con cariño.

—Llegará antes de que te des cuenta, ya verás. Y todo se arreglará.

—Ojalá. —Meghan giró la cabeza y esbozó la primera sonrisa desde que ella había llegado; una algo triste, pero sonrisa a fin de

cuentas—. En la fiesta de papá, antes de que todo ocurriera, te vi charlando con Rory, el primo de Kevin.

Ella dejó escapar una exagerada exhalación. Miró a su hermana y esta le devolvió una mueca divertida.

—No, Meghan.

—No, ¿qué? El chico es muy simpático. Y guapo. Y divertido.

—Y un donjuán —espetó casi con rudeza sin apenas pensarlo.

«¿En serio eso es lo que tienes que recriminarle? Porque tú eres mucho mejor que él, claro».

Se sintió molesta de inmediato consigo misma. Estaba segura de que a Rory no le faltaba compañía femenina cuando se lo proponía, pero ella había aceptado de buena gana sus insinuaciones y, además, las había alentado. Si eso no la convertía en alguien similar, no sabía qué podía ser.

—Bueno, es verdad, parece que no tiene problemas para conseguir una chica, pero quién sabe…

—Nada de quién sabe —la interrumpió. Sabía a la perfección hacia dónde se dirigían los comentarios de Meghan—. Yo no estoy buscando pareja ni nada por el estilo. ¡Mírate! Has pasado el peor fin de semana de tu vida y…

—Pero con Kevin también he pasado los mejores. Aunque lo nuestro se haya acabado, nadie puede quitarme ya esos recuerdos.

—Me alegro mucho por ti, pero yo no estoy buscando pareja ni tener recuerdos ni enamorarme ni nada de nada. Enamorarse siempre trae problemas. Estoy genial como estoy, muchas gracias, por muy guapo que sea el chico en cuestión y por muy buen rato que me hiciera pasar —espetó con demasiado ímpetu. Entonces se percató de su desliz—. Que me pudiera hacer pasar, quiero decir. Una probabilidad, no un hecho, claro.

Meghan la miró y acabó encogiéndose de hombros.

—Tú misma.

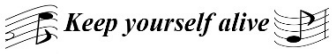
Ella se puso en pie.

—¿Necesitas que te ayude con la maleta? ¿O ya lo tienes todo bajo control?

—No tengo nada listo —se quejó con desánimo.

—Pues venga —le tendió una mano y tiró de ella—. Levanta ese culo. Cuanto antes lo tengas todo preparado para el viaje, mejor. Y el viernes estarás de vuelta y en los brazos de Kevin. Así que andando.

8



—Me alegro mucho de que se haya solucionado, cielo —respondió Tara mientras se adecuaba el teléfono móvil entre el hombro y la oreja y rodeaba el mostrador de la librería para sentarse en el sillón que tenía cerca de este—. Ya sabía yo que, en cuanto hablarais, todo se iba a arreglar.

—Cuando Kevin supo que yo había regresado antes de tiempo a Dublín vino a buscarme a la pastelería. Y entonces le conté lo que me dijo Declan…

—Si tuviera ese gusano cerca, le sacaría los ojos con una cucharilla —espetó ella de malos modos, enfadada con lo que su hermana le había contado sobre su ya examigo.

—Yo también, si te digo la verdad. Siento que me ha estado utilizando todos estos años, fingiendo ser mi amigo —se lamentó—*. Pero no quiero pensar más en ello. Declan es agua pasada. Este fin de semana voy a estar en casa de Kevin y…*

—Relajaos y aclarad lo que tengáis que aclarar. Si me necesitas para algo…

—Gracias, Enana.

Sonrió sin poder evitarlo. Le encantaba darse cuenta, por el tono de voz de Meghan, que estaba mucho más animada y que todo parecía estar volviendo a su cauce.

—De nada. Disfruta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Adiós.

Escuchó a Meghan colgar al otro lado de la línea, pero ella se mantuvo unos segundos mirando la pantalla oscura mientras una sonrisa se resistía a abandonar sus labios.

Se alegraba mucho de que Meghan y Kevin hubiesen arreglado el malentendido que los había tenido separados por unos días. Meghan le había contado brevemente que todo había sido obra de

Declan y su intención de que Meg se fuera a trabajar con él en su pastelería que, por otra parte, estaba haciendo aguas. Ojalá el karma funcionara y recibiera un poco de su propia medicina, pensó torciendo el gesto con rabia.

Al fin, se levantó del asiento. Se sentía contenta porque todo se había solucionado de la mejor manera posible. Quería mucho a sus hermanas y no había nada que le produjera más tristeza que verlas a ellas desdichadas.

La campanilla que había encima de la puerta sonó y giró la cabeza para ver llegar a su madre, que entró en la tienda con paso firme.

—Hola, mi niña.

—¡Mamá! —se sorprendió al verla—. ¿Qué haces aquí?

Maureen se acercó a ella y la besó cariñosamente en la mejilla.

—He quedado para comer con Maggie y Cliva —le dijo—. Y luego vamos a ir al cine. Ya sabes que tu padre no es muy amante de las películas románticas, así que he quedado con mis amigas para ir a ver una.

—Haces muy bien.

—Por cierto, ¿sabes qué me ha contado Cliva?

Tomó aire porque sabía lo que venía a continuación. Cliva Leary tenía una hija que trabajaba en el Ayuntamiento de Dublín y no había nada que su madre deseara más que ella siguiera los mismos pasos que la joven.

—No, mamá, no sé qué te ha contado —respondió en cambio con desgana.

—Cliva me ha dicho que se va a abrir un proceso de contratación en el Ayuntamiento. Y que, si tú quieres, te puede pasar el temario para que vayas estudiando y…

No se había equivocado.

—Mamá.

Maureen no se molestó en mirarla.

—¿Qué tal si le digo que me los dé? Mientras que publican las fechas, tú puedes ir tranquilamente….

—Mamá.

—Estudiando cuando puedas. Sin prisas, así cuando ya…

—¡Mamá!

Los ojos de su madre se abrieron de manera desorbitada, como si no la hubiera visto antes.

—¡Ay, Tara! ¿Qué pasa?

—Que no le digas nada. No estoy interesada.

Su madre soltó un bufido.

—Tara, piénsalo.

—Lo he pensado, mamá —respondió, cansada de todo aquello que ya duraba años. Casi desde que acabó la carrera—. No quiero trabajar en el Ayuntamiento. Sé… Sé que eso significaría estabilidad laboral, y mejor sueldo, pero trabajar en una oficina no es para mí.

—¡No digas tonterías, Tara!

Miró a su madre con seriedad. El rostro de Maureen había perdido la sonrisa con la que había llegado y la miraba con frialdad.

—Mamá, ¿cuándo vas a entender que mi vida es mía y que haré con ella lo que crea conveniente? Si me equivoco, seré yo quien pague las consecuencias.

La carcajada sarcástica que dejó escapar le erizó la piel.

—Tú y tus ideales románticos. ¿Piensas que esto —señaló a su alrededor— va a durarte toda la vida? Estás mal pagada, echas demasiadas horas y tienes más responsabilidades de la que te corresponden. Deberías madurar y…

No, en efecto. Sabía que no le iba a durar toda la vida, pero ella tenía otros planes para su futuro y ser dependienta de una librería solo era el paso intermedio.

Un cliente entró sin prestarles demasiada atención a ninguna de las dos. Por fortuna, su madre detuvo su sermón y la escuchó soltar un bufido.

—Mamá, hablaremos en otro momento, ¿de acuerdo? Tengo que trabajar. —Se giró hacia ella sin ocultar el fastidio que le producía que su madre hubiera llegado allí con aquella idea, que no dejaba de ser la misma de siempre.

—Como quieras —le respondió Maureen con sequedad—. Me voy, que llego tarde. Hasta luego.

—Disfruta de la peli —dijo, pero ella ya había cerrado la puerta detrás de sí y se marchó sin contestarle.

Sintió que sus hombros se rendían. ¿Cómo era posible que las trifulcas con su madre la agotaran tanto? Y lo peor era que sabía que no iban a acabar hasta que Maureen se saliera con la suya o que ella se marchara de casa. Quería creer que sería la segunda porque claudicar frente a su madre no era una opción. Sí, sabía que ella llevaba razón en cuanto a la estabilidad en el trabajo y a la remuneración, pero ese tipo de empleo, tan encorsetado y aburrido, no era para ella. Si lo hacía, si acababa claudicando, estaba casi segura de que se convertiría en alguien infeliz, alguien que solo vería los días pasar. No quería eso para su futuro.

El cliente que había entrado minutos atrás se marchó sin comprar nada y ella regresó tras el mostrador. La campanita sobre la puerta volvió a sonar casi de inmediato. Al alzar la vista, vio que Fiona Byrne llegaba con su habitual caminar de pasos cortos y rápidos mientras trataba de que el gran bolso que llevaba al hombro no se le escurriera.

—¡Tara! ¡Hola!

Fiona era la administradora de los dueños de la librería, los Buckley. Amy y Jonas Buckley eran un agradable matrimonio ya entrado en años que durante décadas regentó su propia librería. Desde hacía poco más de siete años, después de que ambos se jubilaron, habían decidido que era su momento de viajar y ver mundo mientras pudieran, y habían puesto en manos de Fiona la gestión de su pequeña empresa familiar.

—Buenos días, Fiona. ¿Qué te trae por aquí hoy?

Con un resoplido, la mujer dejó su bolso sobre la butaca que había junto al mostrador, que estaba allí para que los clientes pudieran hojear los libros que pensaban llevarse a la par que descansaban. Fiona no era demasiado alta y le sobraban algunos kilos que ella trataba de disimular con ropas anchas que solo conseguían el efecto contrario.

—Venía a echar un vistazo para ver cómo te iba por aquí.

—Pues va todo muy bien. Las ventas han crecido bastante últimamente. No puedo quejarme.

—¡Ah! Eso es estupendo. Que tú no te quejes significa que Amy y Jonas tampoco lo harán y yo estoy feliz por ambos —respondió

con su habitual tono alto de voz y su dicción algo atropellada.

—¿Sabes dónde están ahora? —preguntó interesada.

Fiona arrugó la nariz, pensativa.

—Creo que están en Córcega. O en Malta. Por una isla del Mediterráneo andan.

—Cuánto me alegro.

La mujer se retiró del rostro un mechón de su indómito pelo.

—Vengo a por los inventarios y el libro contable. ¿Cómo los llevas?

—Está todo en orden —respondió—. Ayer mismo estuvimos liadas con él. Espera, que te lo traigo todo.

Fue hacia el almacén con paso rápido. Allí, al fondo, tras un montón de estanterías y cajas llenas de libros, había una zona con una mesa de despacho en donde descansaba un ordenador portátil. También había un sofá que, sobre todo las noches en que tenían que hacer inventario, usaban para echar una cabezada. Encontró los libros que necesitaba Fiona y, con ellos en las manos, regresó a la tienda.

—Aquí tienes —dijo al tiempo que se los tendía—. Si tienes algún problema, llámame.

La mujer les echó una ojeada rápida y asintió, complacida.

—Seguro que está todo en orden. Eres bastante cuidadosa. ¿Qué tal va la chica nueva?

Hacía ya seis meses que Marie había empezado a trabajar con ella, cuando Martha, su compañera habitual durante varios años, había decidido tomarse una excedencia para cuidar a sus hijos. Marie cubría el otro turno y entre las dos estaban consiguiendo que el negocio funcionara a la perfección.

—Bien —contestó.

Se guardó para sí que su nueva compañera era un tanto desorganizada y que, en ocasiones, ella tenía que poner orden en las estanterías antes de comenzar su turno porque a Marie no le había dado tiempo a hacerlo. Pero era un mal menor. Se llevaba bien con ella y la chica no tenía problemas cuando, por alguna causa, le pedía que le cambiara el turno. Sobre todo si tenía que quedarse en casa a causa de su doloroso periodo. Le fastidiaba hacerlo, pero era

tal el dolor que sentía a causa de la endometriosis que le habían acabado diagnosticando que esos días solo servía para quedarse en la cama a la espera de que los analgésicos surtieran su efecto.

Fiona recogió sus bártulos y se colgó el bolso en el hombro con un exagerado movimiento.

—Pues me tengo que marchar. Espero que todo siga como hasta ahora. En cuanto pueda te devolveré los libros.

—Gracias, Fiona.

La mujer se despidió con un gesto de la mano y abandonó la librería. La campanilla sonó sobre ella al marcharse y la tienda quedó en silencio.

Sacó el teléfono del bolsillo y miró el reloj. Apenas faltaban treinta minutos para cerrar. A esa hora de la tarde, la afluencia de público bajaba bastante, sobre todo, un viernes por la tarde, así que ella podía tomarse esos minutos para poner orden en las estanterías y acomodar los libros que los clientes, por una u otra razón, no se habían acabado llevando.

Había terminado con la última de las cajas que aún no les había dado tiempo a escanear cuando volvió a mirar la hora que era.

«Pues se acabó por hoy», se dijo.

Feliz por dar al fin por concluida la jornada, se dirigió a la puerta para cambiar el cartel que, hasta ese momento, había anunciado que estaban abiertos. Estaba a punto de darle la vuelta cuando Rory apareció al otro lado del cristal, con aquella sonrisa de medio lado que la afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Parpadeó un par de veces y sacudió la cabeza. Entonces, se dio cuenta de que él había llegado corriendo porque parecía estar sin aliento. La sonrisa que el hombre venía desplegando se le intensificó en el rostro e hizo que la mano que sostenía el cartel se quedara inmóvil. Ella también se había quedado sin respiración y no podía achacárselo a ninguna carrera.

«¿Sabrá el efecto que causa en mí cuando sonríe?», se preguntó. A Rory se le iluminaron los ojos, esos que solo la miraban a ella. Además, aparecían unas pequeñas arruguitas alrededor de ellos, que lo hacían aún más atractivo.

Rory le hizo una señal con el dedo y ella, despacio, abrió un poco la puerta, lo justo para asomar la cabeza.

—¿Vas a cerrar ya? —preguntó él mientras trataba de recuperarse—. He… He intentado darme prisa para llegar antes, pero el maldito tráfico…

—Sí —admitió ella—. Ya es la hora.

—Es que… Bueno, quería comprarle otro par de libros a mi amigo.

—¿El que está en el hospital? —quiso saber ella lo más seria posible. Sin embargo, no sabía si lo iba a conseguir. Una carcajada le picaba en el pecho y temió que acabaría estallando porque toda la historia del amigo enfermo le parecía una farsa como el campanario de la universidad.

Lo vio asentir casi con exageración.

—Sí, ese mismo. —Una expresión apenada se dibujó en su rostro al instante—. Al pobre le han dicho que tiene aún para varias semanas. Y, claro, se aburre y…

—Venga, pasa.

Rory volvió a sonreírle. Cerró la puerta en cuanto él estuvo dentro y se giró para enfrentarlo.

—Bueno, pues tú dirás qué se te ha ocurrido que puede gustarle.

—No lo sé —contestó él—. Espero que tú me ayudes. Como experta en la materia, claro.

Pensativa, se acercó a la primera estantería. Estaba intentando que su mente entrara en modo profesional, pero la cercanía de Rory y ese sutil aroma de la colonia que llevaba se lo estaba poniendo bastante difícil. Su traidor cuerpo todavía se acordaba a la perfección de la noche que estuvieron juntos.

Se esforzó en mantener a raya el recuerdo de sus manos sobre ella y el aliento cerca de su oreja, en cómo había logrado encenderla casi sin esfuerzo... Se pasó la mano por la garganta con disimulo. Carraspeó y dio un paso hacia un lado para poner distancia entre ambos.

—¿Ya leyó los que le llevaste el otro día? —preguntó con un tono lo más profesional posible.

—¿Qué? —contestó él sorprendido—. ¡Ah! Sí, sí. Claro. Ya te comenté que era un gran lector y que lee todo lo que cae en sus manos. Hasta las etiquetas de los botes de jabón cuando va al baño.

Giró la cabeza para que él no la viera reír. No podía decir que Rory no fuera un tipo divertido y espontáneo, de esos que siempre tenían preparada una contestación, por muy absurda que fuera. Y eso era algo que a ella le gustaba mucho.

—Ya entiendo. —Caminó hacia la siguiente estantería y tomó un volumen—. Este se está vendiendo muy bien y tiene muy buenas críticas.

Se lo tendió. Él aceptó el libro y le echó una ojeada rápida a la contraportada, tan rápida que dudaba mucho que hubiera podido leer siquiera la sinopsis.

—Me sirve. ¿Y hay algo más…?

Alcanzó un ejemplar de la última novela de un famoso autor, que había salido a la venta hacía pocas semanas, y se la entregó.

—También está este otro.

Estaba muy segura de que, de nuevo, Rory había fingido leer el resumen que aparecía en la parte posterior del libro. Con una expresión seria, asintió.

—Me llevo los dos.

Lo miró con suspicacia.

—Ah, genial. Entonces, ven por aquí. —Con los libros en la mano fue hasta el mostrador y los escaneó—. Tu amigo está de suerte por tener cerca a alguien tan considerado.

Vio a Rory asentir al tiempo que se encogía de hombros.

—Ya ves. Ese soy yo. El buen amigo —contestó él con fingida humildad.

Volvió a bajar la vista hacia lo que tenía entre manos y apretó los labios para que la carcajada que tenía alojada en el pecho se quedara dónde estaba.

—¿Aún le queda mucho en el hospital?

Rory dejó escapar un largo bufido.

—Por lo menos un par de semanas. O puede que más.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Eh… —Vio a Rory rascarse la nuca, distraído—. Se ha roto las dos piernas.

Ella se llevó una mano al pecho.

—¡Oh! ¡Vaya! Pobre hombre.

—Sí. Pobre.

Sin aguardar más, ella comenzó a envolver los libros para regalo, pero no se dio ninguna prisa. Le divertía escucharlo mentir de manera tan descarada, porque estaba segura de que no existía ningún amigo. Al menos, no uno que estuviera en el hospital, ávido de que Rory lo surtiera de libros.

—Sé que es echarme piedras sobre mi propio tejado —comenzó diciendo ella, ocupada como estaba en decorar el paquete con una cinta metalizada—, pero ¿has pensado regalarle algún lector electrónico? Si vas a seguir comprándole libros…

—Pienso seguir, por supuesto —la interrumpió—. El pobre no tiene a nadie más en este mundo.

«¡No me jodas!». Le dedicó a Rory una teatral mueca de preocupación.

—Lo amortizarías muy rápido —insistió ella—. Y el problema del almacenaje también es para tenerlo en cuenta.

—Pero mi amigo es de esos frikis a los que les gusta oler los libros y tenerlos en las estanterías y mirarlos y todas esas cosas.

«Frikis… Ya —se tragó en silencio—. Si supiera cómo, te desmontaba la mentira, guapito». Aunque no podía dejar de pensar que lo estaba pasando muy bien a su costa. Y si quería gastar el dinero en su tienda, ella no tenía ningún problema.

Metió los libros en una bolsa de papel y se la tendió.

—Aquí tienes.

—Gracias por hacer horas extras por mí. —Rory recibió su compra con una nueva sonrisa. Aquello parecía natural en él; casi sin esfuerzo, se le alzaban las comisuras de los labios. En respuesta, ella se quedó callada, sin nada más importante en su mente que mirarlo a riesgo de quedar como una idiota. Lo peor de aquello era que él le correspondía. Podía sentir su mirada en ella como una suave caricia, como si le estuviera rozando la piel con las yemas de los dedos, como si…

«¡Para!».

Sacudió la cabeza para desembarazarse de aquel repentino mutismo.

—No hay de qué —contestó al fin—. No hemos tardado tanto.

Rory volvió a colocar la bolsa con su compra sobre el mostrador y se inclinó un poco en su dirección para hacer más corta la distancia que los separaba.

—¿Qué tal si, como pago por tus horas extras, te invito a un café? Es lo menos que puedo hacer.

Levantó la mirada y encontró los ojos del hombre fijos en ella. No podía precisar el color; algunas veces pensaba que eran azules, pero otras, en cambio, parecía que tenían una tonalidad verdosa. Pero sí había algo innegable en ellos: eran muy bonitos y miraban como si, en ese momento, no hubiera nada más importante en el mundo que quien tenía frente a él.

«Acepta, idiota. Dile que sí».

«¿Qué le diga que sí? ¡Pero si no he sido capaz de decirle que fue conmigo con quién se lio!».

De nuevo, el sentimiento de vergüenza hizo su aparición y se vio negando con un sutil movimiento de cabeza.

—No, creo que no. Muchas gracias —respondió.

«¡Maldita sea, Tara!».

La expresión de decepción que se dibujó en el rostro del hombre no le pasó desapercibida.

—¿Y una cerveza? Conozco un lugar…

—¡No, no! ¡Tampoco!

«¡Mierda, Tara! ¡¿En serio?!».

La sensación de sofoco volvió a asaltarla con fuerza, tanta que notó que las mejillas comenzaban a arderle. Temiendo descubrirse, rodeó el mostrador y se plantó ante Rory.

—Bueno, tengo que cerrar, así que si eres tan amable…

Fue muy consciente del momento en que él se rindió.

—Está bien.

Lo acompañó hasta la entrada y abrió para que él pudiera salir.

—Adiós, Rory.

—Pero…

Sus siguientes palabras ya no las escuchó porque ella ya le había cerrado la puerta delante de sus narices. Con la expresión de quien no sabe qué está ocurriendo, la mirada del hombre recaló en ella en el momento en que bajaba la persianilla.

Dejando escapar un suspiro, apretó los párpados y se llevó ambas manos a las mejillas. Estaban encendidas.

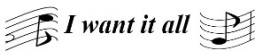
—¡Mierda, mierda! —masculló sin querer abrir los ojos.

«Si no te hubieras levantado tan rápido la falda, esto no estaría pasando, reina».

—¡Oh! ¡Cállate!

¿Tendría algún día la oportunidad de enfrentarlo sin desear que se la tragara la tierra? Francamente, lo dudaba.

9



Rory repasó mentalmente la decisión que había tomado tan solo unos pocos días atrás: olvidarse de Queen y mantenerse lejos del *pub* en donde ella pinchaba.

«Mis cojones. Porque ¿dónde estoy ahora mismo? Metido en la boca del lobo».

Sentado en uno de los taburetes de la barra del Seven Seas of Rhye, echó un vistazo a la bolsa de papel que había dejado junto a él; la bolsa que contenía los dos libros que había comprado para su amigo imaginario en la librería de Tara.

«Qué dinero más tontamente tirado a la basura», se quejó.

Dejó escapar un suspiro y levantó una mano para llamar la atención del camarero.

—Una pinta de Guinness —dijo antes de que el muchacho llegara hasta donde él estaba.

El joven asintió y un par de minutos después tenía el vaso delante de él. Sin quitarle ojo a la cremosa espuma, aguardó a que esta subiera hasta el borde para darle un gran trago. La bebida bajó por su garganta para refrescarla.

—¿Hoy también vienes en busca de Queen? —La pregunta del camarero lo tomó por sorpresa. Levantó la vista y el chico que le acababa de servir la cerveza lo miró con una sonrisa que le bailoteaba en los labios—. Te recuerdo del otro día.

Su primera respuesta fue encogerse de hombros.

—Es en vano, ¿verdad?

—Bueno, nunca se sabe cuándo le da por aparecer. —El camarero, que lucía una etiqueta en su delantal que decía que se llamaba Sergio, se dejó caer contra la barra que tenía detrás de él y tomó un paño con actitud desenfadada—. Lo mismo hasta tienes suerte y todo.

—Fíjate que lo dudo —se lamentó antes de darle un nuevo sorbo a la cerveza.

La imagen de Tara de hacía unos minutos, en la librería, volvió a conjurarse en su mente. ¿Hasta cuándo pretendía Tara ocultarle que Queen y ella eran la misma persona? ¿Y que ya lo había conocido en el *pub* y que habían compartido un buen rato? ¿De verdad lo tenía por tonto? «No puede esperar que yo no sepa con quién me acosté el otro día. Si es así, la tonta es ella».

Aunque su firme decisión había sido olvidarla, por mucho que lo intentaba, la mujer no se iba de su cabeza. Su mente parecía tener otros planes. No podía parar de recrear una y otra vez aquellos momentos en el almacén. No sabía qué le estaba ocurriendo. Era una tortura.

Le dio un nuevo trago a la cerveza. Tanta era la sed que tenía que enseguida vio el fondo del vaso.

—¿Otra?

Alzó la vista y la clavó en el camarero. Asintió con fervor.

—Sí, por favor.

—Ya mismo.

En cuanto la tuvo delante, se mantuvo unos segundos con la mirada fija en la espuma y en cómo las pequeñas burbujas explotaban en la superficie. Se pasó la mano por el mentón antes de alcanzar el vaso y vaciarlo hasta la mitad de un solo trago. Le supo aún más amarga que la primera. ¿Tenía sentido el juego que se traía Tara?

«Ese juego existe porque tú lo sigues, colega. Además, estás dejando que te afecte demasiado. Normalmente, con otra chica, ya habrías pasado página».

Pero con ella, no. Tenía muy claro que necesitaba hablar con alguien. Pensó en Kevin. Su primo siempre era su primera opción. Los unía algo más que la sangre; los unía una profunda amistad y, aunque ya le había hablado de la DJ, tal vez debería contarle que ella y Tara habían resultado ser la misma persona.

Sacudió la cabeza. No podía llamar a Kevin en ese momento. Hacía solo un día que había arreglado sus diferencias con Meghan y

sabía que el tiempo que no iban a estar trabajando lo pasarían juntos. No podía interrumpirlos con sus tonterías.

El camarero aún estaba frente a él. Con total parsimonia, como si no tuviera más que hacer que sacar brillo a los vasos, el joven se afanaba con el paño.

—Sergio, ¿verdad?

El chico se acercó los dos pasos que los separaban y se detuvo frente a él, al otro lado del mostrador.

—Así es.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Tomó aire y lo dejó escapar muy despacio. Sergio tenía aspecto de ser muy joven, bastante más que él, pero parecía dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir.

—¿Por qué una chica con la que has pasado una noche podría aparentar que no te conoce?

Lo vio torcer el gesto, muy serio.

—Bueno, las chicas no son mi especialidad, no sé si me entiendes. —Le guiñó un ojo en actitud cómplice—. Pero creo que se puede aplicar a cualquier persona, ¿no es cierto?

Asintió con energía.

—Puede ser, claro.

—Bien, entonces… Vayamos por partes. ¿Os habíais visto antes de ese momento? —quiso saber el joven.

—No —contestó de inmediato—. Esa fue la primera vez que nos vimos.

Sergio se acodó en el mostrador, pensativo.

—Pues… déjame pensar… A lo mejor no quedó satisfecha. Ya sabes…

—Quedó satisfecha —contestó con rotundidad y con un enérgico cabeceo.

—Sí, tienes pinta de que no eres de los que dejan el trabajo a medias. —La mirada que el camarero le dedicó lo incomodó un poco, sin embargo, no era nuevo para él.

—No mariposees conmigo, chaval. ¿Me ayudas o no?

Sergio se incorporó y sonrió a la vez que con ambos brazos hacía un gesto de que había comprendido que con él no tenía nada que hacer.

—Está bien. Pero ¿seguro que tuvo un orgasmo?

La duda lo ofendió.

—Segurísimo —espetó irguiéndose en su asiento y ofreciéndole al chico una mirada ceñuda.

—Pueden fingirlo —apostilló él, divertido.

—No, no lo fingió. —Le faltó tiempo para responder—. ¿Tú no has dicho que las mujeres no son tu área de experiencia?

—¿Y tú no quieres que yo te dé mi opinión sincera?

Aunque le doliera admitirlo, Sergio tenía razón, así que, de nuevo, asintió. El chico se creció un poco al saber que había decidido escucharlo.

—Bien. Entonces, sí ella tuvo un orgasmo… ¿Acabasteis demasiado pronto? Lo mismo esperaba que vuestro encuentro duraras más y…

—No, no creo que tampoco fuera eso.

Sergio se incorporó y cruzó los brazos ante su pecho.

—Si estás tan seguro de todo, ¿para qué me preguntas?

Tomó de nuevo su cerveza y volvió a beber de ella. Había perdido algo de su frescura, pero igual la acabó. Se secó los labios con el dorso de la mano antes de volver a recalar en el joven.

—Eso estaba yo pensando ahora mismo —masculló con desgana.

—A lo mejor es que quiere olvidar que estuvo contigo. O estaba borracha.

La insinuación lo ofendió. Miró a Sergio como si le hubiera salido un cuerno en medio de la frente.

—¡¿Qué?! ¡Por supuesto que no estaba borracha! Jamás me habría acostado con ella si lo hubiese estado.

—Vale, vale. Siento haberlo sugerido —se justificó el muchacho con evidente apuro. Unos segundos después, lo vio encogerse de hombros—. Puede que realmente no se acuerde de ti.

«A lo mejor, colega, tienes que rendirte a la evidencia».

Se pasó una mano por la frente y dejó escapar un bufido.

—Es una posibilidad, pero me da que no es eso.

Sergio tomó un vaso vacío y fue hasta uno de los grifos de cerveza que había a pocos pasos. Sirvió una nueva pinta y se la puso delante.

—Si no es nada de eso, lo único que se me ocurre es que le dé vergüenza lo que hizo. A lo mejor, la chica no es de las que se acuestan con alguien que acaban de conocer y eso la está reconcomiendo.

No tuvo respuesta para esa posibilidad. ¿Y si eso era realmente lo que pasaba con ella? No, no podía ser, se dijo en silencio. Queen –o Tara– no parecía ser de esas personas que se avergüenzan de nada de lo que hacen. Por lo poco que la conocía, la tenía por una mujer que sabía lo que quería y cuándo lo quería. Era directa, espontánea y hasta sarcástica; también alguien que quería mucho a su familia y a quien le gustaba su trabajo. Aun así, sentía que apenas había rascado la superficie y su proceder, desde que se reencontraron en la fiesta, era una incógnita para él. Estaba tratando de entender aquel puzle que era Tara Healy y poner todas las piezas juntas.

—Por cierto, ¿estamos hablando de alguien que conozco?

Se encontró con los oscuros ojos del muchacho clavados en él. Una expresión burlona asomaba por ellos.

—¿Qué? No, no —respondió, incluso consolidó su respuesta moviendo la cabeza de un lado a otro con energía—. Es de… una chica que conocí en otro lugar, no aquí. Fuera.

—¿Y quieres volver a estar con ella?

¿Quería? Esa era la pregunta que lo llevaba martirizando desde aquella primera noche. Había pretendido olvidarla, pasar por alto su deseo de volverla a ver, pero era algo inútil luchar contra el deseo que sentía cuando pensaba en ella. Por supuesto que quería.

Acabó con lo que le quedaba de cerveza con rapidez. Si había tenido esperanzas de encontrar alguna luz en aquella conversación, algo que lo ayudara a entender qué estaba ocurriendo con Tara, estas se habían extinguido.

—¿Rory? ¿Rory McCoy?

Se giró para encontrarse frente a él a una chica. Necesitó apenas unos segundos para recordarla, aunque cuando la conoció lucía una larga melena negra en lugar de aquel peinado tan corto que apenas le llegaba a la afilada mandíbula. Su nombre llegó enseguida a su memoria porque él podría haberse acostado con decenas de mujeres, pero todas mantenían su nombre y merecían que él las recordara como tal.

—¿Ellyn? —preguntó a su vez.

La recién llegada le ofreció una sonrisa zalamera. Se inclinó hacia él y le dio un beso en cada mejilla.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo Ellyn cuando se separó de él, aunque se mantuvo cerca, tanto que, descuidadamente, dejó la mano descansar sobre su antebrazo—. Hace mucho tiempo que no te veo.

—Es cierto —confirmó él con un cabeceo.

—Bueno, en realidad, me he llevado casi un año fuera, en Cork. Me salió un trabajo allí y… Pero ya estoy de vuelta por Dublín.

Recordaba aquel tiempo en que estuvo tonteando con Ellyn. Fue dos años atrás y se habían visto durante un fin de semana, un fin de semana muy intenso, pero fueron espaciando las llamadas y él perdió el interés por la chica. Lo que siempre le ocurría… o casi siempre.

—Ah, me alegro —respondió por puro compromiso.

Ellyn se acercó un paso más hacia él. Era una mujer bastante alta, con unos preciosos ojos oscuros que miraban con interés y un labio inferior carnoso que ella tendía a mordisquearse mientras lo escuchaba.

—¿Y qué haces por aquí, Rory?

Echó un vistazo a su alrededor. El *pub* se había ido llenando poco a poco sin que él se diera cuenta.

—Estoy… esperando a una amiga.

La chica arrugó la nariz y compuso un mohín contrariado.

—Vaya. Pero parece que te ha dado calabazas.

«Calabazas… Me ha dado el huerto entero».

—Eso parece, sí.

La mano que descansaba sobre su antebrazo, una mano de uñas cuidadas y dedos elegantes, se deslizó por él con languidez, arañándolo con suavidad. Si aquel gesto tenía como objetivo despertar su libido, iba por mal camino.

—¿Y no te puedo servir yo? —se insinuó. Su tono de voz era bajo, dicho solo para que él pudiera escucharlo—. Estoy sola y… bueno. Me encantaría acompañarte esta noche.

Apenas le dedicó una sonrisa de disculpa.

—No, Ellyn. Muchas gracias por tu ofrecimiento, pero no.

—Qué pena. —La chica compuso un puchero—. Podríamos recordar viejos tiempos.

Él no tenía muy claro si quería recordarlos. Había pasado con ella unos buenos momentos. Ellyn era desinhibida en la cama y ambos habían disfrutado el tiempo que duró lo que tuvieron, pero no sabía por qué, rememorarlos hacía que se sintiera mal.

—En compensación te invito a una cerveza. —Se giró hacia Sergio, que había vuelto a su faena y llamó su atención—. Una para ella. —Y señaló su propia pinta, ya vacía.

—¿Me llamarás si quieres quedar alguna vez? —insistió Ellyn.

—Tal vez. No puedo asegurártelo.

Ellyn lo miró de arriba abajo con descaro.

—Sabes cómo mantener expectante a una mujer, ¿no es cierto?

—No es expectación, Ellyn. Es que, ahora mismo, no me interesa lo que me ofreces.

Tenía muy claro que, si las miradas pudieran herir a alguien, él estaría buscando un médico de urgencias que lo atendiera.

—Tú te lo pierdes —le dijo con una actitud infantil que le repateó el estómago.

Le sonrió con afecto.

—Lo sé.

Con un ademán brusco, se separó de él, bebió de la cerveza que Sergio había puesto ante ella y se limpió los labios con la lengua.

—Espero encontrarte otro día por aquí.

—Puede ser —asintió él con la cabeza sin más.

Colocándose el bolso sobre el hombro, Ellyn giró sobre los altos tacones de sus sandalias y se marchó con un movimiento ondulante –y exagerado– de caderas.

Dejó escapar un suspiro al verla marchar y se pasó la mano por el rostro. Observó los vasos vacíos que tenía delante de él y le echó una ojeada al reloj del móvil. Tara no iba a presentarse y él estaba perdiendo el tiempo.

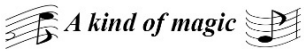
—Cóbrate las cervezas —se dirigió a Sergio—. Y también la de la chica.

Con una mueca que a él le hubiese gustado saber qué significaba, el joven hizo lo que le había pedido con el billete de cincuenta euros que le tendió. Tomó la bolsa de libros que aún descansaba en el taburete y abandonó el *pub*.

Cuando llegó fuera, la calle se había llenado de personas que buscaban un lugar en donde pasar un rato agradable. Alzó un poco la bolsa de libros que llevaba en la mano y la miró con cansancio.

—Bueno, pues esta noche vais a hacerme compañía. Espero que seáis cariñosos conmigo.

10



Tara detuvo el coche de su padre y le echó un vistazo al navegador de su teléfono móvil. Sí, no se había perdido; aquella era la dirección que le había dado Meghan.

Se inclinó sobre el volante y miró la construcción que tenía delante. Drumcondra era una zona residencial al norte de Dublín a la que muchos dublineses se habían mudado huyendo de la saturación de la capital. Eso debía de haberle pasado a Kevin, el novio de Meghan. Aquella era una bonita casa de dos plantas, con un jardín delantero cuidado en el que destacaba un gran árbol que le otorgaba sombra al pequeño camino embaldosado que llevaba hacia la entrada.

Tomó del asiento del pasajero el paquete de cervezas que había llevado como obsequio y bajó del coche. La temperatura había descendido considerablemente durante el mes de septiembre, al que apenas le faltaba una semana para terminar. Las hojas de los árboles se habían secado y caído al suelo y cubrían todo de un manto anaranjado, propio de la estación que acababan de inaugurar.

Atravesó el jardín y se paró ante la puerta. En cuanto llamó, escuchó unas pisadas al otro lado justo unos segundos antes de que Meghan la recibiera con la sonrisa más amplia y bonita que le había visto desplegar en las últimas semanas.

—¡Enana!

Ella compuso una fingida expresión de hastío, aunque, en realidad, le encantaban aquellas demostraciones de cariño de su hermana.

—Si lo llego a saber, me quedo en casa —bromeó.

—No seas idiota. —Meghan se acercó a ella y la envolvió en un cálido abrazo antes de darle un beso en la mejilla—. Anda, entra.

La puerta se cerró tras ella y se vio en el rellano de un agradable y luminoso salón de planta abierta. Por lo que podía apreciar desde el vestíbulo, estaba decorado con muebles muy funcionales y nada recargados. Una escalera frente a la entrada conducía hacia el piso superior. Al fondo de un pequeño pasillo podía ver la cocina.

—Esto es muy acogedor.

Meghan giró un poco y asintió, orgullosa.

—Sí que lo es.

—¿Y el anfitrión?

El día en que había conocido a Kevin en la fiesta de su padre ya se había fijado en que, en cuanto se nombraba al hombre delante de su hermana, esta no podía dejar de sonreír. Le alegraba saber que, a pesar del pequeño distanciamiento que habían sufrido durante unos días, eso no había cambiado. La expresión de Meghan era la de una persona por completo enamorada.

—Arriba, en su oficina. Está acabando con algo.

—El señor empresario nunca descansa, ¿no es cierto?

Meghan se encogió de hombros.

—Hace el esfuerzo, no te creas.

—Meg, me encanta que me hayas invitado a comer, no me malinterpretes, pero, después del mal rato que habéis pasado por culpa de las mentiras de Declan, este fin de semana era ideal para que lo paséis metidos en la cama y no salir de ella hasta el lunes. Y no durmiendo precisamente —murmuró con guasa.

Le encantaba ver cómo a Meghan se le encendían las mejillas y abría y cerraba la boca como si la hubiera pillado infraganti. Sin embargo, se recompuso enseguida y un mohín pícaro apareció en sus labios.

—¿Y quién te dice que no es eso lo que hemos estado haciendo hasta hace media hora?

Dio un paso atrás y le ofreció un exagerado gesto de estupefacción.

—¡¿De verdad tengo que saber de vuestros escarceos?!

—¡Tú has empezado!

—¡Pero no hace falta que me sigas la corriente!

Estaba segura de que Kevin, en el piso superior, había escuchado la carcajada de su hermana. Después de limpiarse las lágrimas que se le habían saltado, Meg señaló con un gesto de la cabeza lo que ella aún sostenía en los brazos.

—Dame eso, anda. —Meg le dedicó una mirada preocupada—. Tienes mala cara, Enana.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Mi periodo.

—¿Tan mal estás?

—Y hoy estoy mejor. Ayer estuve medio día en la cama.

Meg se cruzó de brazos.

—¿Qué te dice el médico?

—Tengo cita con ella de nuevo dentro de tres meses, a finales de diciembre. Puede… puede que necesite intervenirme para tratar de mejorar los síntomas. No sé aún.

—Tara…

La expresión preocupada de su hermana la enterneció.

—No pasa nada —la tranquilizó—. Te diría que estoy acostumbrada a esto cada mes, o cuando viene, porque a veces se retrasa mucho o, simplemente, no llega, pero no; no me acostumbro y duele como el demonio.

Antes de darse cuenta, Meghan la estaba abrazando sin que ella pudiera devolverle el gesto a causa de lo que aún sostenía.

—Todo va a ir bien, ya verás que sí. —Meg se separó de ella—. ¿Qué es? Pesa.

—Cervezas. ¿Te valen?

—Por supuesto que sí —contestó con un enfático gesto de la cabeza—. Ven, vamos a ponerlas en frío hasta que sea la hora de comer.

Caminó detrás de ella hacia la cocina. Era un lugar muy amplio, con electrodomésticos modernos y todo decorado en color blanco, incluidas las encimeras de granito, que le daban al conjunto un toque elegante y sofisticado.

Mientras Meghan colocaba en la nevera el paquete de una edición especial de cerveza Guinness que había ido a comprar a la destilería el día anterior, no pudo dejar de fijarse en su hermana.

Estaba preciosa, con un pantalón vaquero y un fino jersey de lana roja que acentuaba aún más el color de su cabello. Sin embargo, lo que la hacía estar realmente bonita era esa sonrisa que no daba indicios de querer evaporarse de su rostro.

—De verdad que te agradezco la invitación. No hacía falta.

Meghan la miró con suspicacia.

—¿Tan malo es que quiera pasar un día con mis hermanas y mi novio? Además, ha sido idea de Kevin. Parece que le entusiasma la idea de conoceros y de pasar un rato con vosotras. Le he dicho que sois unos trastos las dos.

—Entonces, ¿Bri también viene?

El sonido del timbre de la puerta impidió que Meghan contestara. Señaló hacia la entrada con un gesto de la cabeza.

—¿Puedes ir tú a abrir? Tengo que echarle un vistazo a la quiche que tengo en el horno.

—Voy.

Desanduvo el camino hasta la entrada con una sonrisa en los labios. Brianna era siempre bastante puntual, pero ese día se había retrasado. Era algo que, como hermana, debía echarle en cara de la manera adecuada.

—Si hubiera sabido que tú venías, habría…

El resto de la frase murió en sus labios cuando encontró al otro lado de la puerta a Rory, que la miraba con la misma expresión de sorpresa que ella debía de tener en ese momento. Sin embargo, la de él cambió al instante y una sonrisa ladeada y burlona se dibujó en su rostro.

—Me muero por saber cómo terminaba esa frase.

—Creía que eras Brianna.

Rory compuso un teatral puchero.

—¡Vaya! Acabas de tirar por tierra mis ilusiones.

Sintió que las mejillas se le encendían sin que pudiera evitarlo.

—No sabías que tú también ibas a estar hoy aquí —comentó ella, aunque sin apartar la vista de él.

—Ya ves, qué casualidad.

«Si hubiera sabido que tú también venías… _ repitió en su mente _ . ¿Qué hubieras hecho, Tara? —se preguntó—. ¿Acaso no

venir? Eres una mentirosa».

—Entonces, ¿puedo pasar? —quiso saber él.

—Ah, sí, sí. Claro.

Apenas cerró tras él, Rory le tendió una bolsa de papel marrón que llevaba en las manos.

—¿Puedes sujetarme esto mientras me quito la cazadora, por favor? —le pidió sin darle opción a negarse.

Ella se quedó plantada en donde estaba, viendo cómo él se deshacía de la prenda, abría una pequeña puerta junto a la escalera, que debía de ser un armario, y la dejaba dentro. La cazadora había estado ocultando a la perfección sus hombros, enmarcados por una camisa de cuadros en tonos azules con aspecto de ser muy cómoda y que, para qué negarlo, le sentaba de maravilla. Casi sin pensarlo, Rory enrolló las mangas en un gesto que parecía natural en él para dejar al descubierto ambos antebrazos y se acomodó la hebilla del pantalón. Sin más, se giró y le ofreció una sonrisa.

—Dame. Eso pesa un poco.

Tardó unos instantes en procesar la petición. ¿Desde cuándo la presencia de un hombre lograba dejarla sin saber qué tenía que hacer a continuación? ¿Desde cuándo se quedaba sin palabras y sin poder hacer más que seguirlo con la mirada?

«De cualquier hombre, no —se corrigió—. De este en concreto».

—¿Tara?

Sacudió la cabeza rezándole a todos los dioses que conocía que le impidieran sonrojarse.

—¿Sí?

—¿Llevamos eso a la nevera?

Estuvo a punto de derribarlo cuando le devolvió la bolsa y, sin más, pasó delante de él hacia la cocina y caminó todo lo deprisa que pudo. Encontró que Meghan no estaba allí, así que abrió el electrodoméstico con un enérgico movimiento y se giró. Vio llegar a Rory con paso calmado mientras lucía una sonrisa torcida y juguetona que le asomaba por los ojos. Se maldijo en silencio por haberse puesto tan nerviosa.

—Vaya. Ya veo que estaban surtidos —comentó él cuando adecuó las latas en una de las baldas.

—Las he traído yo —contestó ella.

Rory le echó una ojeada por encima del hombro y le ofreció una mirada de aprobación.

—Bueno, las cervezas nunca están de más.

—¡Hola!

La llegada de Meghan y Kevin a la cocina hizo que diera un paso atrás y pusiera distancia entre ellos. Su hermana se acercó a Rory y le dio un fraternal beso en la mejilla. De parte de Kevin recibió un abrazo que le dejó muy clara la relación tan cercana que unía a ambos hombres. Entonces, el novio de Meghan se giró en su dirección y repitió el saludo de la chica, esa vez con ella.

—Gracias a los dos por venir —dijo Kevin.

—¿Y perderme un almuerzo gratis? Ni loco, chaval —respondió Rory con confianza—. Meghan, he traído cervezas porque creo que me habrías matado si llego a traer un postre, ¿a que sí?

—Te habría arrastrado por toda la orilla del Liffey —respondió su hermana en el mismo tono burlón que Rory había utilizado.

—Ya lo sabía yo…

Ninguno pudo evitar las carcajadas, ella incluida. Había algo en Rory que sacaba el lado divertido de todos y que hacía que los que estuvieran a su alrededor acabaran sonriendo. Rory continuó con las bromas, pero ella dio un nuevo paso hacia atrás y se dedicó simplemente a observarlo preguntándose por qué no podía impedir que su corazón eligiera una marcha más rápida para funcionar cuando él estaba cerca. Tal vez era por el recuerdo que traía a su memoria; aquellas caricias y aquellos besos que, aunque le pesara admitirlo, estaría dispuesta a revivir. Sí, tenía que aceptarlo, Rory McCoy la atraía como hacía mucho tiempo no la atraía ningún hombre.

Como si él hubiera sabido cuáles eran sus pensamientos, los azules ojos de Rory descansaron en ella y su sonrisa se hizo más sutil, algo que continuó sin ayudar a que su pulso se tranquilizara, más bien al contrario.

—Os conocíais, ¿verdad? —preguntó Kevin a la vez que señalaba a uno y a otro.

Ella sintió que la sangre se le congelaba en las venas. ¿Qué iba a decir? ¿Que lo conocía demasiado bien, tan bien como que habían tenido sexo en un almacén?

Sin darle tiempo a decir nada, Rory se adelantó a contestar con un enérgico cabeceo.

—Eh… sí, claro. Nos conocimos en la fiesta de su padre. —Entonces, él la buscó con la mirada—. ¿No es así, Tara?

—Por supuesto, sí. En la fiesta de mi padre —acertó ella a corroborar con alivio.

—Además, estoy a punto de convertirme en el cliente del mes de la librería —añadió Rory no sin cierto tono de orgullo en su voz.

Los ojos de Meghan y Kevin se desviaron interesados hacia el hombre.

—¡Vaya! ¿Y eso? —preguntó Kevin.

—Eh… Pues verás —comenzó diciendo Rory. La sonrisa se había borrado de sus labios mientras una expresión inquieta aparecía en su lugar—. ¿Te acuerdas de Paul, Kev?

—¿Qué Paul? —Su primo arrugó el entrecejo, pensativo.

Rory se giró lo suficiente para quedar frente a él.

—Mi amigo Paul, el que tuvo el accidente.

—No recuerdo que me hablaras de…

—Pues te he hablado de él y de su accidente —insistió Rory con énfasis interrumpiéndolo—. Pero, claro, esta semana has tenido más cosas en las que pensar y por eso te has olvidado de que te lo conté. Es comprensible.

Los azules ojos de Kevin se clavaron en su primo. Ella estaba segura de que el novio de Meghan llevaba razón en cuanto a que no recordaba que Rory le hubiese hablado de ningún Paul… porque ella apostaría su mano derecha en que no existía ningún Paul.

Finalmente, Kevin asintió, pero sin demasiado convencimiento.

—Será eso. Entonces…

—Bueno, pues que a mi amigo le encanta leer y, como está aburridísimo en el hospital, busqué una librería donde poder

comprarle algunos libros para que se entretuviera y ¡qué casualidad! La librería que encontré fue en la que trabaja Tara.

Ella bajó el rostro; no quería echarse a reír y tirar abajo tal teatro porque, en realidad, se estaba divirtiendo mucho. No podía negar que Rory tenía una gran imaginación y, también, dotes de actor.

—¡Como si no hubiera más librerías en Dublín! —intervino Meghan, entretenida también con aquel cuento que Rory acababa de soltar.

—¡Eso mismo pensé yo! —exclamó Rory, feliz porque todos hubieran creído su flagrante mentira.

—¿Le gustaron los libros a tu amigo? —Su pregunta tomó a Rory por sorpresa, porque la miró con ojos entornados. Se dio cuenta, por su expresión, de que estaba tejiendo una respuesta en su cabeza.

—Eh… Sí, sí. Mucho.

—Me alegro —sonrió ella casi con exageración—. ¿Te dijo si quería la segunda parte?

Rory paseó la mirada por su primo y por Meghan antes de recalar de nuevo en ella.

—¿La… segunda parte?

Ella asintió con efusividad.

—Sí. Una de las novelas que te recomendé tiene segunda parte. Y tercera. Tal vez tu amigo las quiera, si es que le ha gustado la primera, claro.

—Le han gustado todas las que le llevé. Me pasaré por la librería la próxima semana, si te parece.

Se estaba alegrando mucho de no haber sucumbido a las ganas de quedarse en casa que la asaltaron esa misma mañana porque eso hubiera supuesto no reencontrarse con Rory y sabía que lo habría lamentado. Cada vez que coincidían, ella lo pasaba bien. Pese a que él tuviera planta –y fama– de donjuán, Rory le parecía una buena persona y, al menos, la hacía sonreír.

—Cuando quieras —replicó ella cuando logró reconducir sus pensamientos—. Pero tal vez quieras reconsiderar eso de regalarle un lector electrónico… Te vas a dejar el sueldo en libros.

—¡No! Nada de libros electrónicos para mi amigo —insistió Rory como si le estuviera pidiendo que cometiera un crimen. No dejó de hacerle gracia.

—Yo no pienso darte un aumento —intervino Kevin que, como Meghan, había seguido la conversación entre ambos.

Rory le dedicó un vistazo con suspicacia.

—Me lo figuraba.

Todos volvieron a reír.

—¿Qué tal si vamos al salón y nos sentamos un rato antes de que la comida esté lista? —sugirió Meghan, ejerciendo de perfecta anfitriona.

—Buena idea —corroboró Kevin—. ¿A quién le apetece una cerveza?

Ante la contestación unánime, el novio de su hermana tomó cuatro latas del interior de la nevera, sacó los vasos de uno de los armarios cercanos y se lo tendió a Rory.

—Toma. Ayúdame.

Sin más, los dos hombres se encaminaron delante de ellas hacia el salón mientras charlaban.

Sus ojos no podían desentenderse de Rory y estimó que aquel iba a ser el almuerzo más difícil al que se había enfrentado jamás porque, por mucho que lo intentaba, por mucho empeño que pusiera, su mente parecía ser incapaz de relajarse ni de dejar de pensar en cómo se conocieron.

Sacudió la cabeza. Necesitaba sacar a Rory de ella durante un rato al menos; unos minutos en los que no rememorara aquellos ojos azules en la penumbra del almacén y aquella sonrisa, esa que lograba dejarla sin poder pensar en nada más que en él.

Fue hasta donde estaba su hermana y tomó el cuenco de patatas que esta acababa de preparar.

—Entonces, ¿Bri no viene?

—Al final no —contestó Meghan—. Me ha contado que tenía un compromiso relacionado con su nuevo trabajo con el equipo de baloncesto del Trinity. Le sabía mal escaquearse cuando no lleva ni un mes en el puesto. —Meg tomó una patata del cuenco y la mordió con ganas—. Pero vamos con ellos, anda.

La siguió por el corto pasillo hasta el salón. Kevin y Rory se habían sentado en los dos amplios sofás que dominaban la estancia, colocados en ángulo recto. Meghan no dudó en acomodarse junto a su novio, que le pasó un brazo sobre los hombros para pegarla a él en cuanto la tuvo a su lado y darle un beso en la sien con cariño.

Sintió la mirada de Rory sobre ella. Y, como cada vez que ocurría, notó un escalofrío recorrerle la espalda. No creía que fuera buena idea sentarse a su lado, así que decidió hacerlo frente a él y eligió el sillón individual que servía para cerrar el espacio.

—Toma una cerveza —le dijo su hermana a la vez que le tendía una lata y uno de los vasos. Sin cuestionarle nada, aceptó el ofrecimiento, deseando que el líquido humedeciera su garganta reseca porque, cada vez que levantaba la vista, allí estaba la de Rory. Y debía ser muy necia para no admitir que la afectaba tenerlo tan cerca.

Le dio un primer sorbo a la cerveza y miró al hombre por encima del borde del vaso. Rory era de aquellas personas que solían ser el centro de la reunión, con sus bromas, sus sonrisas y sus frases ingeniosas. Parecía tener siempre preparada una respuesta para cada ocasión. Le gustaba ver cómo le daba su sitio a cada uno, escuchando con interés e interviniendo en la conversación. En resumidas cuentas, pensó, hacía que los demás se sintieran cómodos. Y ella, a pesar de todo, no era la excepción.

—Meghan, ¿sabías que mi primo estudió en Oxford?

Su hermana dejó la cerveza sobre la mesa y asintió con energía.

—Lo sé. Lo sé. Me lo ha contado.

Kevin se removió en su asiento.

—Es algo que a Rory le pesa. Le molesta que yo estudiara en Inglaterra y no aquí.

—¡Hey! Que a mí no me molesta.

—¿Y eso desde cuándo? —inquirió Kevin con una dinámica que parecía ser la habitual entre los dos hombres. Él se giró para mirar a Meghan—. Le molesta mi acento no irlandés.

—¡Porque da la impresión de que has salido de Drury Lane, colega!

—A mí me gusta —rezongó con un mohín divertido Meghan, que agarró la mano de su novio para hacérselo saber.

—Te gusta porque parece Tom Hiddleston cuando interpreta una obra de Hamlet—puntualizó con ironía Rory.

No sabía cómo su hermana no había sufrido un esguince de cervicales a causa del exagerado movimiento afirmativo de cabeza.

—Tal vez sea precisamente por eso, sí —contestó Meghan, conteniendo la risa.

—Tú y tu inquina con todo lo que huela un poco a inglés, Rory —insistió Kevin.

—A mí déjame tranquilo. Y no es inquina. Es… bueno, que me caen muy mal.

—¿Los ingleses te caen mal? —quiso saber Meghan.

Rory entrecerró los párpados, pensativo.

—A ver cómo lo digo sin que llegue a sonar violento…

Antes de que pudiera contestar, Kevin volvió a intervenir.

—A Rory no le gusta nada que tenga que ver con nuestros vecinos. Es de esos que, cuando hay un partido de fútbol internacional, va siempre con el equipo que juegue contra Inglaterra.

—Incluso me compré la camiseta de España en la última Eurocopa. Y no sabes cómo me alegré cuando les ganaron. ¡Olé!

Todos rieron con ganas ante el despliegue tan entusiasta de Rory.

—Entonces, si tanta manía le tienes a todo lo inglés, a lo mejor nosotras no te caemos bien —dijo Meghan.

—¿Vosotras? —respondió Rory a la vez que arqueaba una ceja.

Su hermana hizo un gesto con la mano en su dirección sin dejar de mirarlo.

—Nosotras nacimos en Inglaterra. En Southampton. Bueno, Tara era muy pequeña cuando nos vinimos a vivir a Dublín.

Sin ningún atisbo de esa mueca divertida que era tan característica en él, Rory las observó a las dos para acabar recalando la vista en su primo.

—¿Por qué me odias tanto, Kev?

Kevin dejó escapar un bufido de resignación.

—Y tú por qué eres tan melodramático, ¿eh? No es que te haya metido al enemigo en casa.

—¡¿Que no?! —Como si lo hubieran pactado, Meghan, Kevin y ella se miraron y, casi al mismo tiempo, estallaron en carcajadas—. No tiene ni pizca de gracia, que lo sepáis.

—¿Pero no te gusta nada de nada? —Meghan se estaba encargando de poner en palabras todas sus preguntas.

—Nada. Cuando fui un poco mayor para saber cómo los ingleses nos habían tratado durante tantos siglos, le dije a mi profesora de Literatura que me declaraba en huelga; que no iba a leer a Shakespeare y que prefería leer a Joyce o a Wilde. Si no, que me suspendiera.

—¿Y qué hizo?

—Suspenderme. Y mandar una notificación a mis padres. Estuve castigado un mes.

De nuevo, el salón se llenó de carcajadas.

—Pero ¿tampoco las series? ¿Y la música?

Los ojos de Rory se clavaron en ella. No había podido evitar hacer la pregunta.

—Nada —respondió él—. No las veo si puedo evitarlo. Ni tampoco escucho nada. Prefiero música de aquí. O de dónde sea antes que inglesa. Prefiero U2 antes de, no sé… ¿Queen?

La respuesta la dejó sin saber qué decir. La mirada de Rory estaba fija en ella y en sus labios asomaba esa media sonrisa que, estaba aprendiendo, era tan característica en él.

«Lo sabe».

«¡Por supuesto que lo sabe, idiota! —se recriminó—. Y tal vez debas decirle quién eres y dejarte de tonterías entre vosotros, Tara».

—¡Vaya! —exclamó Meghan—. Pues ese, precisamente, es el grupo favorito de mi hermana. ¿No es así, Tara?

Deseó que se la tragara la tierra en ese momento y la escupiera muy lejos de allí.

—Sí —contestó con los dientes apretados mientras que la mirada de Rory no se había desentendido ni un segundo de ella. Más aún, pensó; podía ver en sus labios que se estaba divirtiendo a su costa.

—¡Oh! ¿Eso significa que no vamos a poder ser amigos? —bromeó él.

«Lo que tú quisieras, guapito».

El sonido de un agudo timbre hizo que Meghan casi diera un salto del sofá.

—Creo que el horno está listo.

—Voy a ayudarte —escuchó decir a Kevin al tiempo que se ponía en pie para acompañar a Meghan a la cocina.

De repente, los dos se quedaron a solas en el salón. Se sentía algo incómoda bajo aquellos escrutadores ojos azules, unos ojos que parecían querer preguntarle quién era realmente. O, tal vez, eso era lo que ella se figuraba que decían.

Rory se inclinó hacia adelante y apoyó ambos brazos sobre sus rodillas, como si, con ese gesto, quisiera acercarse a ella.

—¿Así que eres inglesa?

No sabía qué había detrás de aquella pregunta. Estaba aprendiendo que, con Rory, todo era posible.

—Bueno, es lo que dice mi partida de nacimiento —se aventuró a decir—, pero no me acuerdo de nada del tiempo en que viví allí. Como te ha dicho mi hermana, apenas tenía unos meses cuando mis padres se vinieron a vivir a Dublín. Pero sí que he ido muchas veces. Sobre todo, cuando mi abuela vivía. Pasábamos parte de los veranos con ella.

—Ahora no sé si podemos ser amigos.

—Pues tú te lo pierdes —contestó con rapidez, tratando de mantener la fachada de seriedad que se había propuesto lucir ante él.

—Seguro que sí. —Rory se palmeó ambas rodillas y se puso en pie—. Bien, ¿vamos a echarle una mano a esos dos tórtolos a la cocina? Porque, si los dejamos a su aire, lo mismo nos quedamos sin comer.

Ella lo imitó a regañadientes.

—Hace nada que se han reconciliado. Tendrían que estar solos y no aguantándonos a nosotros aquí…

Lo vio caminar hacia ella.

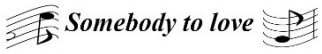
—Ellos nos han invitado —contestó él encogiéndose de hombros —. Pero habla por ti: yo soy encantador y una gran compañía.

Tuvo que girar la cara para, por enésima vez, no echarse a reír.

Rory llegó a su lado y se inclinó un poco hacia ella. Su proximidad hizo que la piel se le erizara. Sostuvo estúpidamente la respiración.

—Anda, vamos a la cocina —susurró él muy cerca de su oreja —. Inglesita.

11



En cuanto la chica alzó la mirada, Rory supo que había caído en su propia trampa. Y lo supo porque su cuerpo tuvo a bien recordarle lo que fue estar tan cerca de ella como para saber lo suave que era su piel o a qué sabían sus labios.

La sonrisa que había mantenido en todo momento desde que llegó a la casa de su primo se evaporó al oler el sutil aroma de su perfume, ese que su nariz percibió aquella noche. Un extraño hormigueo se extendió por sus brazos hasta llegar a las yemas de los dedos y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no alzar la mano y acariciarle la mejilla tal y como se moría por hacer.

Tara no era del tipo de persona que rehuía la vista, más bien al contrario. Y encontrarse de lleno con aquellos ojos sirvió para darse cuenta de que debía de tener mucho cuidado si no quería ponerse en evidencia, no solo delante de la chica, sino también de Kevin y de Meghan.

Poco a poco, la expresión desconcertada de Tara se transformó en otra que no logró descifrar. Que ella se acercara lo tomó por sorpresa, como también lo hizo que se pusiera de puntillas hasta que sus labios quedaron a la misma altura que su oreja.

—Si piensas que va a molestarme que me llames así, inténtalo con más ganas, campeón —susurró ella mientras le palmeaba el brazo con suavidad.

Y, sin más, Tara enfiló hacia la cocina y lo dejó en medio del salón sin saber por dónde le había llovido la colleja. Unos segundos después, cuando logró reponerse, bajó la cabeza y sonrió.

—Esto va a ser muy divertido —masculló justo antes de dirigirse también a la cocina.

Al llegar allí se percató de que Meghan lo tenía todo bajo control y que estaba más que deseosa de agradarlos a todos, sobre

todo, a su novio, que la ayudaba en lo que podía mientras trataba de seguirle el ritmo.

Lo cierto era que no recordaba que aquella cocina hubiera estado tan concurrida y que oliera tan bien desde que Kevin se había mudado allí. Sabía que su primo había estado más que feliz de alejarse de la, a veces, inmanejable Dublín para vivir en un lugar mucho más tranquilo, donde podía relajarse después de todo el ajetreo de la semana. Al contrario que su primo, la tranquilidad no estaba hecha para él, pese a que entendía la elección de Kevin. Cuando le tocó a él tomar la decisión de buscar un lugar donde comprarse una casa, no pensó ni un solo momento en abandonar Dublín. Amaba aquella ciudad, con su cada vez más infernal tráfico, con sus cientos de *pubs* y con su ambientada vida nocturna. Por fortuna, encontró un bonito adosado de dos plantas que se podía permitir en Warrenmount, un barrio residencial muy cerca de la catedral de San Patricio y no se lo pensó dos veces antes de comprarlo.

—Rory.

Una llamada de atención de Kevin lo sacó de aquella momentánea burbuja.

—Sí. Dime.

—¿Podrías ayudar a Tara a poner la mesa, por favor? Tú sabes dónde está todo.

—Por supuesto.

Buscó la mirada de la chica y la encontró de inmediato.

—Vamos, acompáñame.

Con su ayuda, la mesa estuvo lista en poco tiempo, pero el silencio en el que ambos se sumieron le pesaba demasiado. Tara parecía mucho más callada que unos minutos atrás y eso lo incomodaba.

«Tal vez debas decirle ya que sabes quién es. Que es una tontería que siga con su supuesto engaño», sopesó mientras ella pasaba por su lado para poner una fuente en el centro de la mesa. Durante la conversación que habían mantenido hacía un rato, cuando él nombró a su grupo favorito, la había visto envararse y apretar la mandíbula.

«Puede que te hayas pasado un poquito, colega». Lo último que quería era que se sintiera mal, pero aún no lograba entender qué perseguía ella al fingir que no lo conocía.

«¡No hemos hecho nada malo! Yo no tengo pareja y, hasta donde sé, ella tampoco. O… ¿tal vez era eso?».

Los cubiertos se le escaparon de las manos.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Tara tras girarse hacia él.

Él la miró como si lo hubiera pillado con los pantalones por las rodillas.

—Eh… ¡No! ¡Nada! Se me han escurrido —se apresuró a explicar sintiendo que comenzaban a arderle las orejas.

Sí, eso debía de ser, se dijo. Ella debía de tener una relación; alguien con quien estaba saliendo o tonteando y, por alguna causa que él aún no alcanzaba a entender, había acabado follando con él. Y estaba arrepentida.

Meghan y Kevin llegaron con la comida cuando ya todo estuvo colocado. Ellos se instalaron a un lado de la mesa y no le dejaron otra opción que sentarse junto a Tara.

La chica le dedicó una sonrisa muy escueta tras acomodarse en el asiento contiguo, pero él se esforzó en fijar su atención en la comida que había ante ellos.

—Esto huele muy bien —comentó con entusiasmo—. No solo eres una gran pastelera, Meg.

Se dio cuenta de que sus palabras la halagaron, porque le dedicó una amplia sonrisa antes de girar la cabeza hacia Kevin.

—Tiene razón, cielo —corroboró su primo—. Todo huele muy bien.

—Te va a atar a la pata de la cama para que no te vayas —bromeó él.

—¿Y se supone que eso es un castigo? —comentó Meghan al mirar a Kevin de soslayo con una expresión burlona.

Los cuatro acabaron riendo ante el comentario y comenzaron con el almuerzo.

Todo lo que había en el centro de la mesa tenía un aspecto apetitoso, incluso el pastel de coliflor, del que no era un gran fan. Lo que sí estaba deseoso de hincarle el diente era a aquella carne

sonrosada y jugosa que Kevin había fileteado con una meticulosidad casi de cirujano.

Tara le tendió una bandeja de patatas y él se lo agradeció con un asentimiento de cabeza, aunque desde que se habían sentado a la mesa, la mujer parecía más callada que hacía un rato.

—Dime, Rory, ¿tú también estudiaste informática como Kevin? —quiso saber Meghan.

—Eh… No. Yo no.

—Rory estudió marketing y administración de empresas en el Trinity —repuso Kevin sin darle tiempo a que él dijera nada.

—¡Ah! Pero, sin embargo, quien lleva la administración de la empresa eres tú —señaló Meghan, curiosa.

Él detuvo el tenedor de camino a su boca.

—Es fácil: la empresa era de mi tío, el padre de Kevin. Yo solo ejerzo de gerente.

—No solo eres el gerente —farfulló su primo—. Yo no sería capaz de llevar la empresa adelante si no fuera por ti. Ya sabes…

Masticó el trozo de patata y dejó el cubierto sobre el plato.

—Kev, ya sé lo que me vas a decir. Esto lo hemos hablado más veces, pero te refresco la memoria: me encanta lo que hago. No quiero un empleo de despacho, muchas gracias. Además, no es momento para hablar de algo así.

—Está bien —respondió Kevin. La seriedad que mostraba en su rostro le decía que, si bien él había esquivado el asunto una vez más, aquello no había acabado allí—. Y a ti, Tara, ¿qué te llevó a trabajar en una librería?

La chica alzó la cabeza y apretó los labios, algo pensativa. Desde que se había sentado a su lado la había estado observando por el rabillo del ojo. La poca comida que se había servido en el plato estaba a medio tocar; parecía como si se hubiese dedicado simplemente a marearla en lugar de comérsela.

—Me encanta leer —respondió ella al fin—. ¿Había un lugar mejor para mí? Bueno, mi madre te diría que la biblioteca municipal o alguna dependencia del Ayuntamiento.

—De pequeña le gustaba también la música —continuó Meghan con los ojos puestos en su hermana, a la que miraba con cariño—.

Hubo una época que quiso aprender a tocar la batería e iba por toda la casa aporreando todo lo que se le ponía por delante. Era muy gracioso; apenas llegaba a la mesa y la podías ver con los tenedores de madera de la cocina tratando de seguir el ritmo de cualquier canción que sonara por la radio.

No pudo evitar sonreír ante la imagen de una Tara de corta edad que ya apuntaba maneras con la música, aunque mucho se temía que nadie de su familia sabía nada de su faceta como DJ.

—Meg… —Tara arrugó la nariz y concentró de nuevo su atención en el plato—. Ni a Kevin ni a Rory les interesa…

—Te equivocas —se apresuró a contestar él—. A mí sí me interesa.

La vio abrir la boca y cerrarla de inmediato, como si se hubiese arrepentido de lo que iba a decir a continuación.

—Yo… —Supo, por el movimiento de sus hombros, que se había rendido ante la insistencia de su hermana—. Pues sí, quería tocar la batería —contestó tras soltar un suspiro—. Le di la lata a mis padres durante todo un año para que me regalaran una, pero… bueno, no pudo ser.

«Y te convertiste en la DJ de moda», pensó él sin poder apartar la vista de la mujer.

—Bueno, nunca es tarde…

—No, no —lo interrumpió ella con un movimiento de cabeza—. Aquello ya pasó. Crecí y pasé página.

Tara giró la cabeza y sus miradas se encontraron. La sonrisa que le había visto lucir cuando llegó se había evaporado y en su lugar lucía una expresión apagada, como si, de repente, el cansancio se hubiera apoderado de ella.

No quiso insistir con más preguntas porque la mujer regresó su atención al plato que tenía delante, un plato del que no desaparecía la comida.

Meghan y Kevin continuaron con su charla. Se notaba que estaban muy contentos con el hecho de que tanto él como Tara estuvieran allí, pero él había desconectado de lo que estaban diciendo, atento solo a quien tenía sentada a su lado, quien no sabía por qué se había quedado al margen de la reunión.

Se preguntó qué estaba ocurriendo. Tara apenas había comido nada. Podría ser que fueran impresiones suyas, pero parecía estar haciéndose más pequeña en el sillón, como si se estuviera replegando sobre sí misma.

—¿Y tú, Rory?

La llamada de su primo lo sacó de sus pensamientos.

—Perdona, ¿cómo dices?

Kevin volvió a repetirle la pregunta y él se esforzó en responderle, pero no sabía qué estaba diciendo porque toda su atención estaba puesta en Tara y en su extraño comportamiento.

Para el postre, Meghan puso sobre la mesa una tarta de limón. La expresión satisfecha de la mujer al recibir las alabanzas que todos le hicieron no tenía precio. Era muy divertido observar a su primo estar tan atento a Meghan, que le regalara miradas y gestos tiernos; verlo inclinarse sobre ella y decirle algo al oído, algo que compartían solo ellos dos y que conseguía que a la chica se le encendieran las mejillas. Estuvo de acuerdo con las palabras de Tara en cuanto a que aquellos dos deberían haber pasado el día a solas.

Traer a la mujer a su mente hizo que volviera a girar la cabeza. De nuevo, casi no había mordisqueado la porción de la tarta que su hermana le había servido y apenas conseguía mantener una media sonrisa en sus labios que, por supuesto, no le llegaba a los ojos.

Aún estaban charlando cuando Tara se levantó.

—Si me disculpáis un momento…

La siguió con la mirada hasta que se perdió por el pasillo. No pudo evitar que un sentimiento de preocupación anidara en él. Tal vez eran imaginaciones suyas, pero incluso notaba que su voz era diferente; se había vuelto más ronca y apagada.

Según su reloj habían transcurrido cinco minutos cuando él también se levantó.

—Voy a la cocina a por agua. Disculpadme —anunció y le dio igual que Kevin le dijera que aún quedaba en la botella que había en la mesa.

Atravesó el salón con pasos largos y rápidos y se dirigió hacia la cocina. Apenas había llegado al umbral cuando vio a Tara delante de

la encimera, dándole la espalda. Supo enseguida que algo andaba mal con ella.

La chica estaba apoyada en el fregadero con los brazos extendidos e inclinada hacia adelante. La melena le ocultaba el rostro, pero la tensión que apreciaba en su cuerpo le confirmó que algo pasaba.

Acabó con aquellos metros que la separaban de él con una carrera y se detuvo a su lado.

—Tara, ¿qué ocurre?

—No pasa nada —respondió ella a media voz. Le costaba incluso hablar.

—No estás así por nada —insistió él, preocupado.

—Solo… Solo me duele la barriga. Eso es todo.

Colocó su mano sobre el hombro y la hizo girar con delicadeza hasta que la tuvo enfrente. Le hubiera gustado mirarla a la cara, pero ella mantenía la cabeza gacha.

—¿Te ha sentado mal la comida?

—No es eso —contestó ella con un hilo de voz—. Es mi periodo. Me tomé un analgésico esta mañana, pero ya se ha pasado el efecto y…

Ella no acabó la frase. Sin que él lo esperara, Tara se sujetó a sus bíceps y se inclinó hacia adelante, hasta que la frente quedó apoyada sobre su pecho. Por unos instantes no se movió, sorprendido por la inesperada reacción. Notaba la respiración de ella agitada y, de vez en cuando, un ligero gemido escapaba de sus labios.

Acabó con el pequeño espacio que los separaba y se acercó aún más para que pudiera apoyarse en él con comodidad. Con delicadeza, le acarició los hombros, deseando que aquel gesto le supusiera un poco de alivio, aunque lo dudaba mucho.

—¿En qué puedo ayudarte? ¿Qué necesitas?

—Un ibuprofeno. O algo que me quite este dolor —respondió ella con la voz apagada, sin soltarlo y sin levantar la cabeza.

—Voy a buscarlo. Espera —contestó. Pero antes de separarse de ella y dejarla de nuevo sola en la cocina, la besó en el pelo. Fue un gesto espontáneo y lo sintió tan natural como un parpadeo.

Sin perder tiempo, fue al salón.

—Kev, ¿tienes un ibuprofeno? —preguntó cuando apenas había puesto un pie en la estancia.

Su primo lo miró con suspicacia.

—¿Qué te pasa?

—No es para mí. Es para Tara. Se encuentra mal.

Enseguida, Kevin y Meghan se pusieron en pie.

—¿Dónde está? —quiso saber la chica. La sonrisa que había estado dibujada su rostro hasta hacía unos segundos se había evaporado casi por ensalmo.

—En la cocina —respondió él.

No aguardó a que Kevin le dijera si tenía algo que le pudiera servir; él regresó hasta donde estaba Tara tan rápido como pudo.

Ella aún estaba en el mismo lugar en el que la había dejado, descansando sujeta a la encimera, con la cabeza inclinada hacia adelante y los hombros hundidos. La tomó con gentileza por el brazo y la giró lo justo para que volviera a apoyarse sobre él. Tara lo hizo sin dudar.

En seguida, Meghan llegó hasta donde estaban los dos y colocó una mano sobre el hombro de su hermana.

—Cielo, ¿te duele mucho?

Tara se limitó a asentir. Miró a ambas hermanas, pero en ningún momento se le ocurrió cederle a Meghan su lugar. No quería dejar de sentir el aliento cálido de Tara sobre su pecho ni cómo se aferraba a sus antebrazos casi con desesperación. Incluso notaba cómo le clavaba las uñas a través del tejido de su camisa. Tampoco se le pasó por la cabeza quejarse. Si a ella le servía como alivio aquel gesto, él lo iba a soportar en silencio.

—Meg, ¿puedes traer de mi bolso un pequeño neceser azul, por favor? —La voz de Tara sonaba amortiguada contra su pecho.

—Voy. —Su hermana desapareció de inmediato.

Se sentía mal por Tara; le dolía verla tan vulnerable y se preguntó si podría hacer algo para que se encontrara mejor; si darle un abrazo mitigaría el dolor que sentía o solo arreglaría el nudo que él tenía en el estómago. O si ese abrazo sería para calmarlo a él por verla de aquella manera. No lo sabía. Antes de que pudiera atraerla

aún más hacia sí, escuchó unos pasos entrar en la cocina, que le hicieron voltear la cabeza.

—Cielo, no está en el bolso. He mirado a fondo y no estaba —informó Meg en cuanto regresó.

Escuchó a Tara gemir.

—Lo he debido dejar encima de mi cama.

—¿Qué necesitas? —Meg le quitó la pregunta de la boca.

—Algo que sirva para el dolor. Lo que sea. Ibuprofeno.

Fue el turno de Kevin de salir de la cocina. Regresó a ella unos segundos después.

—No tengo ibuprofeno —dijo su primo mientras extendía la palma de la mano hacia Tara y puso a su alcance un blíster de pastillas—. Esto es lo que uso para el dolor de cuello. Le he echado un vistazo al prospecto y creo que te puede servir.

Ella apenas le dedicó una mirada de soslayo antes de asentir.

—Sí. Lo que sea.

Kevin sacó una de las pastillas mientras Meghan se apresuraba a ir por un vaso que enseguida llenó de agua. En cuanto lo tuvo ante sí, la mujer se separó de él, aceptó lo que ambos le tendían y se lo tomó de inmediato.

Le estaba siendo imposible dejar de prestarle atención y añoró el delgado cuerpo en cuanto se separó del suyo. El rostro de la chica había perdido el color y los labios lucían menos sonrosados que de costumbre. Se moría de ganas por acariciarle la mejilla y reconfortarla de alguna manera. Alejar de ella ese malestar y ayudarla a sobreponerse.

En cuanto Tara dejó a un lado el vaso de agua vacío, ella volvió a acercarse y dejo caer la frente contra su esternón, tal y como había estado haciendo. El gesto lo sobrecogió y expandió un repentino calor por su pecho. Agradeció que todos estuvieran en silencio porque él no habría sabido qué decir. Solo había algo que sí deseaba: que ella se mantuviera muy cerca de él durante el mayor tiempo posible.

Se atrevió a pasar ambas manos por sus brazos, arriba y abajo, con una cadencia lenta y tranquilizadora, que le devolviera el calor que parecía haber perdido.

Saber que ella lo estaba pasando mal le hacía sentir un nudo en el estómago. Nunca había cuidado de nadie; ni tan siquiera O'Malley, su gato, lo necesitaba. Sentir que era el apoyo de alguien era tan extraño para él como que no lloviera en invierno.

No supo cuánto tiempo se mantuvieron en aquella postura, pero se le antojó corta. Tras dejar escapar un largo suspiro, Tara se separó de él.

Le sorprendió echarla de menos y también reconocer la ausencia que el calor del cuerpo femenino había dejado al separarse. Buscó la mirada de Tara, que ella mantenía baja, como si estuviera recomponiéndose.

Al fin, la chica levantó los ojos y estos encontraron los suyos. Sintió un pellizco en la boca del estómago y un escalofrío le recorrió la espalda al sumergirse en aquellos iris del color de la miel caliente. El pulso se le disparó sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—¿Estás ya mejor? —escuchó decir a Meghan, que todo ese rato se había mantenido cerca de su hermana.

Tara giró la cabeza y asintió. Incluso le dedicó una sutil media sonrisa.

—Sí. Parece que está haciendo efecto rápido. Gracias.

—Anda, vamos al salón y nos sentamos hasta que estés mejor —sugirió la novia de Kevin al tiempo que tomaba la mano de Tara.

«¡¿Qué?! ¡No! ¿No ves que aquí está bien? Déjala conmigo», gritó algo dentro de él.

Sin embargo, Tara se separó un paso más y se dejó guiar por su hermana.

Cuando todos hubieron abandonado la cocina, se detuvo unos momentos para tratar de que sus latidos volvieran a la normalidad. Tomó aire y lo expulsó con lentitud.

—Eres un idiota —masculló.

No podía negarlo: la cercanía de Tara lo había afectado; su olor, su calor, su simple presencia. Y saber que ella estaba sufriendo lo había sacudido por dentro. Algo en su interior había querido ayudarla y lo hizo desear que no sufriera; le había dolido verla de esa manera más de lo que jamás podría haber imaginado.

Fue detrás de las dos mujeres. «Por si te necesita», se dijo en silencio. No quería estar lejos de ella. Percatarse de los derroteros que tomaba su mente le impidió dar el siguiente paso y se quedó parado ante la puerta del salón.

—Rory, ¿podrías traer el vaso de agua que Tara ha dejado en la cocina?

La petición de Meghan lo trajo de vuelta. Asintió sin decir palabra y fue a por él. En cuanto regresó, se lo alcanzó. Ella se lo agradeció con un cabeceo y se mojó los labios apenas.

—¿Prefieres un poco de té? —quiso saber Meghan, solícita, mientras le acariciaba el dorso de la mano con una actitud tranquilizadora.

—¿Te importaría? —respondió Tara a su vez con una leve mueca que se asemejaba a una sonrisa.

La novia de Kevin se puso en pie al instante.

—Por supuesto que no.

—Te ayudo. —Su primo imitó a la mujer y juntos se marcharon a la cocina.

Volvieron a quedarse a solas. Sin pensárselo mucho, se sentó en el lugar que había dejado libre la hermana de la chica, colocándose de frente a ella. Tara se había hecho un pequeño ovillo en la esquina del sofá y había subido las piernas para abrazar las rodillas delante del pecho.

—¿Estás mejor? —se atrevió a preguntar.

Ella asintió sin dejar de mirarlo.

—Sí, muchas gracias.

Tuvo que apretar el puño para no estirar la mano y alejar el mechón de su melena que se le había quedado pegado a la mejilla.

—Tienes mejor color.

—Lo que me ha dado Kevin ha empezado a hacer efecto muy rápido, por fortuna.

—¿Te pasa esto a menudo?

—Siempre —atajó ella con evidente desánimo—. Ya ves, la ventaja de ser mujer.

—Ahora mismo no te envidio.

—No me extraña.

—Yo me habría muerto hace años —aseguró él con energía—. No gestiono bien el dolor. Un resfriado y ya estoy preparando los papeles del testamento.

Su respuesta la hizo sonreír y a él le encantó ver cómo se le iluminó el rostro y los ojos. Pese al mal rato que había pasado estaba preciosa.

La pareja regresó en ese momento. Su primo sostenía una bandeja y, en cuanto la puso sobre la mesita que había frente al sofá, Meghan le sirvió el té en una de las cuatro tazas que habían llevado y Tara la aceptó sin dudarlo.

Cada uno dio buena cuenta de su bebida en silencio. Pese a que trataba de no prestarle demasiada atención para que no se sintiera incómoda, lo cierto era que no podía desentenderse de Tara. Su mirada volvía a ella una y otra vez.

Meghan trató de animar a su hermana con una charla insustancial a la que Tara, poco a poco, se incorporó. Un buen rato más tarde, la chica dejó su lugar en el sofá y se levantó.

—Creo que es hora de que me vaya ahora que me encuentro mejor.

—¿Estás segura, cielo? —se interesó Meghan de manera genuina—. No hay ninguna prisa.

Tara asintió.

—Lo estoy, sí.

Sin pensarlo mucho, él la imitó y se puso en pie.

—Si quieres, puedo llevarte.

Ella lo miró como si se acabara de pintar la cara de color verde.

—¿Qué? Oh, no, no. Muchas gracias. He traído el coche de mi padre…

—Me refería a que me dejes conducir a mí.

Meghan dio un paso al frente.

—Es buena idea, Enana. Deja que Rory lleve el coche. ¿Y si te da de nuevo uno de esos calambres?

—¿Ves? —insistió al tiempo que agradecía en silencio la intervención de la mujer—. Déjame que te acerque a tu casa.

La mirada de Tara iba de su hermana a él una y otra vez, como si estuviera considerando la propuesta. Por fortuna para él, acabó

aceptando.

—Está bien.

Fue a por la cazadora que había dejado en el armario de la escalera y, en cuanto la tuvo puesta, le tendió la mano a Tara.

—¿Me das las llaves, por favor?

Ella las sacó del bolso que ya tenía colgado al hombro y se las entregó antes de girarse hacia dónde estaban su hermana y Kevin.

—Gracias por la invitación. Todo estaba buenísimo. Siento…

Meghan se apresuró a darle un achuchón.

—No hay que sentir nada. Anda, vete y métete en la cama en cuanto llegues.

—Eso es lo que voy a hacer.

La chica les ofreció un tímido saludo, él la imitó con prisas y ambos salieron al jardín. La tarde estaba punto de caer y el cielo se estaba tiñendo de un intenso color rojo. Pensó que, antes de que oscureciera, iba a empezar a llover.

Tara se detuvo en la acera y lo miró.

—¿Tú como has venido?

—En mi moto —respondió a la vez que señalaba hacia el lugar en donde la había estacionado, unos pasos más adelante.

—Pero… ¿la vas a dejar aquí?

—Ya la recogeré luego. O cuando pueda —se apresuró a decir con ligereza.

Los ojos de Tara lo miraron entornados.

—Puedo conducir, no te preocupes.

—No, no —se apresuró a contestar—. Lo digo en serio. No me importa en absoluto.

Después de unos segundos en los que creyó que ella iba a insistir en que podía valerse por sí misma, Tara claudicó.

—Está bien.

Se dirigieron al coche y él se sentó tras el volante. En cuanto la mujer estuvo acomodada a su lado, arrancó el motor.

—¿Necesitas…?

—Recuerda que ya he estado en tu casa.

—¿Y te acuerdas del camino?

Torció un poco el gesto, divertido, mientras ponía rumbo hacia la carretera que lo llevaría de manera más directa hacia Rathfarnham, la zona de Dublín en donde vivían los Healy.

—Una buena parte de mi trabajo es recoger y entregar paquetes. Sería un pésimo empleado de una mensajería si no me acordara.

La única respuesta que obtuvo de ella fue un encogimiento de hombros y un suspiro de rendición.

Siendo domingo, y a aquella hora de la tarde, el tráfico no era tan pesado como podría haberlo sido cualquier otro día, pero él se halló deseando encontrar algún atasco que los obligara a compartir el habitáculo del coche un rato más, aunque fuera en completo silencio, como en ese momento. A ratos, echaba una ojeada a la chica; ella había dejado caer la cabeza contra el cristal de la ventanilla. Le estaba costando mantener los ojos abiertos y, cuando se daba cuenta de que estaba a punto de quedarse dormida, daba un respingo en el sillón para buscar una nueva postura. Sin embargo, no tardaba más de un minuto en que los párpados se le volvieran a cerrar.

Por fortuna, el color había regresado a las mejillas de Tara y los labios ya no eran una dura línea en su bonito rostro, así que la preocupación que había sentido en casa de Kevin al verla tan dolorida se vio reemplazada por el deseo de volver a tenerla cerca, de rodearla con los brazos, de que se apoyara en él de nuevo, de tocarla.

Mil preguntas sobre la mujer que estaba a su lado pululaban por su cabeza; mil preguntas a las que esperaba darle respuesta más pronto que tarde.

Sería un necio si no admitiera que se sentía muy atraído por Tara, y él no se tenía por tal. Y aunque podría creer que tal atracción radicaba en el hecho de que deseaba repetir aquel encuentro en el almacén, lo cierto era que se había sentido así desde el mismo momento en que había puesto los ojos en ella por primera vez.

Llegó a la urbanización en donde vivían los Healy demasiado pronto para su gusto. Redujo la velocidad para alargar lo máximo

posible los últimos metros, pero era algo inútil. Apenas un minuto después, detuvo el motor del coche delante de la casa.

Giró despacio. Tara había acabado sucumbiendo al sueño y su cabeza descansaba contra la ventanilla. Mantenía los labios un poco abiertos y una suave exhalación salía entre ellos.

Apretó la mano y la contuvo antes de que tomara la iniciativa de tocarle la mejilla sin preguntarle a su cerebro si podía hacerlo. Ardía en deseos de volver a acariciarla, de asegurarse de que su memoria no lo engañaba. Pero no, no podía ser, se dijo. Había entrado en el juego de Tara de fingir que no sabía quién era. Se estaba arrepintiendo de ello con todas sus fuerzas.

Respiró hondo, convocando toda la paciencia de la que era capaz.

«Es mejor que la despiertes y salgas de aquí», se dijo.

Con delicadeza, le tocó el brazo, esperando que aquello fuera suficiente para que se espabilara, pero no fue así. Insistió un poco más.

—Tara. Tara.

Ella despegó los párpados con pesadez.

—¿Sí?

—Hemos llegado.

La chica se pasó el dorso de la mano por los ojos y se estiró.

—¿Tan pronto?

«Eso digo yo», se quejó.

—Apenas había tráfico.

—Las pastillas me han dejado KO —murmuró ella.

La vio refregarse los párpados de nuevo con languidez y sintió que era incapaz de dejar de mirarla. Sin más, Tara bajó del vehículo. Él la imitó y lo rodeó para pararse frente a ella.

—Toma, las llaves —dijo a la vez que se las entregaba.

—Gracias —contestó ella antes de guardarlas en el bolsillo de su chaqueta.

—Anda, descansa.

—Sí, eso haré. —Ella fue a dar un paso, pero pareció pensárselo mejor—. Muchas gracias por traerme.

—De nada.

La tímida sonrisa que Tara le ofreció hizo que le sonriera a su vez.

—Adiós, Rory.

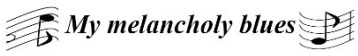
—Adiós.

La vio enfilar hacia la casa con calma, con paso cansado, como si las piernas le pesaran más de lo normal. Él aprovechó esos instantes para seguirla con la mirada, deseando que el camino no acabara nunca. Lamentablemente para él, unos segundos después, ella se perdió de su vista.

En cuanto Tara estuvo fuera de su visión, dejó escapar el aire que no sabía que había estado reteniendo todo el rato que había estado hablando con ella. Entonces, cayó en la cuenta. Echó un vistazo a su alrededor y se pasó la mano por el pelo.

—¿Y ahora cómo demonios vuelvo yo a por mi moto?

12



Rory miró el reloj por enésima vez esa mañana. Normalmente, los lunes no tenía tiempo ni para respirar y no solían darle tregua, pero ese en cuestión se le estaba haciendo muy cuesta arriba. Y solo era mediodía.

Resbaló un poco más en el amplio sillón del despacho de su primo y se pasó la mano por los labios con disimulo. Kevin lo había llamado hacía ya un buen rato y, desde que entró, no había parado de hablar. ¿De qué? Aún no lo tenía claro.

El día anterior, tras dejar a Tara en su casa, tuvo que llamar a un uber para que lo llevara de regreso a casa de su primo y así poder recoger su moto. Cuando llegó a su propia casa eran casi las ocho de la tarde y las luces de las farolas ya proyectaban círculos amarillos en las aceras.

Por mucho que intentó desentenderse del recuerdo de Tara lo que restó del domingo, no lo había conseguido ni una sola vez. Verla tan vulnerable, con aquel rictus de dolor dibujado en su rostro, lo había conmovido más de lo que estaba dispuesto a admitir ante nadie.

Había sido un necio al pensar que podría pasar página de aquella conquista de una noche como había hecho con otras tantas.

Ni por asomo.

Todo aquello de desear a una mujer con tanta intensidad como para pensar en ella más de lo que se consideraba sano lo estaba afectando. Él no era así; para él todo pasaba por una o dos noches de disfrutar juntos, continuar con un «te llamo un día de estos» para luego pasar a la siguiente casilla. No era, precisamente, lo que estaba ocurriendo con Queen/Tara. Y tenía que averiguarlo ante de que el asunto se le fuera de las manos.

Entonces, como una revelación divina, algo lo golpeó en el pecho y le hizo contener la respiración: si sus esfuerzos por olvidarla habían fracasado, tal vez era porque su subconsciente no quería hacerlo. Y si no quería pasar página, entonces era hora de emplear esas mismas energías en conseguir que ella quisiera repetir la noche que pasaron juntos.

Contento con su decisión, clavó la vista en su primo, que continuaba hablando.

—¿Sabes cómo está Tara? —le preguntó sin que hubiera procesado las palabras que acababa de pronunciar.

Kevin alzó el rostro y le dedicó una mirada curiosa de ojos entornados.

—Eh… Pues no, la verdad —dijo a la vez que se reclinaba sobre el respaldo de su asiento.

—De acuerdo —masculló él sin prestarle más atención.

—Rory, ¿has estado escuchando algo de lo que he dicho en la última media hora? —La pregunta de Kevin debería de haberlo sorprendido, pero no era así. Había estado distraído gran parte de la exposición que este le había hecho sobre los números de la empresa y la dirección que su primo deseaba que tomaran en un futuro.

—Claro que sí —aseguró casi con exageración—. Y mi respuesta sigue siendo la misma: no quiero la responsabilidad de llevar el departamento de Recursos Humanos.

Kevin chascó la lengua.

—Rory, no seas cabezota…

—Soy cabezota —repitió él con convicción— y eso lo sabes desde siempre, desde que éramos dos mocosos. —Echó la cabeza hacia atrás unos instantes y dejó escapar un largo suspiro—. Asúmelo, Kev. No quiero…

—¿Meter la pata? —lo interrumpió Kevin—. ¿Eso es lo que temes?

Durante unos breves segundos se mantuvieron la mirada en silencio. Los dos sabían que había dado en el clavo. «Es lo malo de que alguien te conozca mejor que tú mismo», rumió.

—¿Básicamente? Sí —admitió porque no tenía sentido negarlo.

Kevin rodeó el escritorio y se apoyó en el borde de la mesa con las manos escondidas en los bolsillos de su impecable pantalón de traje.

—Rory, eso fue hace muchos años. Tú eras muy joven y sin experiencia en el mundo laboral. Además, yo no te dejaría. Voy a estar a tu lado. Vamos a trabajar codo con codo.

—¿Y de qué sirve un directivo al que hay que estar monitoreando a todas horas y que no es capaz de tomar decisiones? —Se pasó la mano por la cabeza en un gesto de cansancio—. No soy tu hombre, asúmelo.

—Mira, no voy a insistir —replicó Kevin con una clara expresión de decepción——. Pero esto es solo una tregua. Vamos a tener que decidir nuestro nuevo rumbo en poco tiempo. Mañana tengo que ir a Kilkenny. El volumen de trabajo por la zona se está disparando y no nos es rentable gestionarlo todo desde aquí. Necesitamos establecer una delegación allí.

Apartó la mirada del hombre y apretó los dientes. Entendía a la perfección lo que su primo y la empresa necesitaban, pero no creía que él fuera a ser la persona indicada para llevar esa nueva filial de la compañía.

Cansado, le echó un vistazo al reloj y suspiró.

—¿Ya has acabado? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué? ¿Tienes trabajo? Es casi la hora de la comida. ¿Quieres que vayamos…?

Se levantó despacio.

—No, no. Déjalo. Tengo que… —Se detuvo un momento. En realidad, salvo algunos papeles a los que tenía que darles el visto bueno, no tenía nada urgente entre manos ni ninguna faena a la que prestarle atención. Lo único urgente para él era saber cómo estaba Tara—. Tengo que acercarme al centro. ¿Me necesitas para algo?

—No, no. Le diré a Cassie que me prepare un sándwich y me lo comeré aquí. Así después podré salir un poco antes e ir a buscar a Meghan a la pastelería.

Era hablar de la mujer y el rostro de su primo se iluminaba. Le dedicó una sonrisa cómplice.

—Si al final te haré un favor no quedándome a comer contigo… —Y le palmeó el hombro con complicidad.

—Anda, márchate y dile a Moira que pase un momento.

—Muy bien. Hablamos luego.

Con un caminar decidido se acercó a la puerta y salió a la oficina exterior. La secretaria de Kevin estaba ocupada en algo que tenía en pantalla.

—El jefe dice que pases.

Sin más, Moira cerró el programa en el que estaba trabajando y se puso en pie.

—¿Está de buen talante? —quiso saber.

—Buenísimo —respondió él—. En fin, tengo que salir; si me necesitas, me das un toque al móvil.

—Descuida —respondió la mujer.

Bajó los escalones de dos en dos, se acercó hasta su pequeña oficina, tomó su chaqueta y se aseguró de que en el bolsillo iban las llaves de la moto.

Rory estacionó en el mismo lugar que la última vez que había ido a la librería. Guardó el casco en el compartimento de debajo del sillón y se detuvo en la acera. De manera inconsciente se llevó una mano al pecho. Por el latido de su corazón hubiera podido jurar que había llegado hasta allí corriendo; lo notaba bajo su palma. *Zum, zum, zum*, fuerte y firme. No sabía cuándo había sido la última vez que había estado así de nervioso por ver a alguien. «Nunca, admítelo», se dijo antes de que sus pies ya no soportaran estar más tiempo quietos y pusieran rumbo hacia la librería sin que él se los ordenara.

A través del escaparate vio que el establecimiento tenía varios clientes en su interior. Un par de ellos aguardaban junto al mostrador; otros tantos paseaban frente a las estanterías, se paraban ante alguna de ellas y tomaban un libro. Era el momento de entrar, se dijo.

Cuando pasó al interior su vista fue hacia el mostrador en donde debía de estar Tara, pero ella no estaba allí.

«Debe de estar en el almacén». Echó una ojeada a la tienda y se acercó hasta una mesa cercana que anunciaba las novedades. Tomó un libro al azar y fingió ojearlo. Apenas había pasado un par de páginas cuando la puerta que había tras el mostrador se abrió y de ella salió una joven que cargaba con varios libros; una joven que él desconocía.

Con la novela que había tomado de la mesa, se acercó hasta el mostrador y aguardó su turno.

—¿Se lleva este, señor? —le dijo la dependienta. En la etiqueta que colgaba del bolsillo de su camisa decía que se llamaba Marie.

—Eh… Perdona, ¿no está Tara?

La joven negó sin dejar de sonreírle.

—No. Hoy le estoy haciendo su turno.

Un sentimiento de decepción, unido a otro que solo podía ser de preocupación, se abrió paso a través de su pecho. Dejó el libro sobre el mostrador.

—¿Le ocurre algo? —quiso saber.

—Bueno, hoy no se encontraba demasiado bien.

Sin dejar de mirar a la chica tomó aire y asintió.

—Ya veo.

Dio un paso atrás y estaba a punto de girarse cuando la voz de Marie lo detuvo.

—Señor, ¿se lleva el libro?

La observó como si la chica se hubiera materializado de la nada.

—Perdón… Olvidé que tenía que hacer algo urgente. Volveré en otro momento. Muchas gracias por todo.

Sin esperar a que Marie contestara, abandonó el establecimiento con rapidez y se detuvo cuando apenas había dado diez pasos en la acera. Tara no había ido a trabajar. ¿Aún se encontraba mal? ¿No había mejorado desde el día anterior? ¿Estaría peor?

Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta con prisas, pero antes incluso de desbloquearlo, se dio cuenta de que, por mucho que rebuscara en la agenda, no tenía el número de Tara.

—Maldita sea —masculló entre dientes y le ofreció una sonrisa forzada de disculpa a una anciana que pasaba en ese momento por

su lado y que lo miró con la ceja alzada cuando creyó que aquellas palabras eran para ella.

No sabía de dónde había salido la necesidad de hablar con Tara, de escucharla y que le contara cómo se encontraba y que, de paso, le aliviara el nudo que sentía en el pecho. Tenía que conseguir el número y el único sitio cerca que conocía en donde poder conseguirlo era la pastelería de Meghan.

Con paso rápido, regresó hasta donde había dejado la moto, se colocó el casco y arrancó apenas se hubo acomodado en el sillón.

Las tartas de la Duquesa, el establecimiento de Meghan, estaba en la calle Grafton, bastante cerca de la librería, así que no tardó nada en llegar hasta allí, algo por lo que dio gracias.

Dejó la moto en el primer lugar que vio en la calle contigua y se encaminó hacia la pastelería. El olor a pan recién hecho le dio la bienvenida junto con la campanita que anunciaba la llegada de los clientes. Rosheen, la empleada de Meghan, salió a recibirlo con una sonrisa tan amplia que no entendía cómo podía mantenerla más de medio segundo.

—¡Rory! ¡Hola! —exclamó la joven—. Hoy no te hemos llamado para que recojas nada.

—Ya lo sé —contestó algo inquieto—. ¿Está Meghan?

La pregunta tomó a Rosheen por sorpresa.

—Sí, sí. Espera un momento. —La vio acercarse hasta la puerta que comunicaba con el obrador y desaparecer por ella. Apenas unos segundos después, la chica reapareció.

—Dice que pases —le indicó señalando sobre su hombro.

—Muchas gracias, Rosheen.

En otras ocasiones, él ya había visitado la parte trasera de la pastelería, el lugar donde Meghan solía elaborar sus deliciosas tartas y pasteles. Y allí estaba la mujer, detrás de la mesa metálica que dominaba gran parte del espacio.

Meghan alzó la mirada sin abandonar la decoración de una bandeja de *cupcakes* que tenía ante ella.

—Hola, Rory. ¿Qué te trae por aquí? No recuerdo haberos llamado para que hagáis una entrega.

Se sintió incómodo por presentarse delante de la hermana de Tara para pedirle su teléfono. «Que no se diga que eres un cobarde, chaval». Con un gesto descuidado se rascó la nuca.

—Eh… No, es verdad. Pero no vengo por trabajo.

Los bonitos ojos de Meghan se abrieron como platos.

—¡Ah! ¿No? —Ella tomó un paño blanco que tenía a su derecha y se limpió las manos—. Bueno, pues dime en qué te puedo ayudar.

—¿Podrías darme el teléfono de Tara, por favor?

Tuvo muy claro que su petición pilló a la mujer por sorpresa a juzgar por la mueca divertida que se dibujó al instante en sus labios. Pero, tal y como apareció se esfumó para dar paso a una sonrisa de medio lado que ella se apresuró a esconder bajando el rostro.

—¿Y has pensado en pedírselo a ella en persona?

Se estaba exponiendo mucho ante Meghan, pero a esas alturas le daba un poco igual, amén de que estaba muy preocupado por cómo se encontraba Tara.

—Esto… pues sí —admitió—. He ido a la librería para ver cómo se encontraba y me ha dicho su compañera que hoy no ha ido a trabajar.

La expresión de Meghan cambió al instante.

—¿Cómo que no ha ido a trabajar?

—Eso es lo me ha dicho la chica.

Meghan sacó con rapidez el teléfono. Al instante, él notó una vibración en su móvil.

—Ya lo tienes. La llamaré en cuanto acabe con los *cupcakes*, para ver cómo se encuentra. ¿Necesitas algo más?

—No, no —contestó—. Ya tengo lo que he venido a buscar. Gracias.

—Adiós, Rory.

Se despidió de Rosheen con rapidez al abandonar la pastelería y fue hasta donde había dejado aparcada la moto. Se sentó en ella y buscó el teléfono. Allí estaba el mensaje de Meghan con el contacto de Tara.

Detuvo el dedo sobre la pantalla. ¿Le gustaría a ella que la llamara? Lo último que quería era molestarla, pero necesitaba saber si estaba bien. Se sintió extraño; como si caminara por el borde de

un precipicio en donde el suelo podía vencerse en cualquier momento.

Alejó el aparato y miró a su alrededor. Sentía la cabeza hecha un lío. Una extraña comezón daba vueltas por su pecho y le impedía respirar. La única manera que conocía para acabar con aquello era llamarla.

Contuvo la respiración cuando escuchó el primer tono.

—*¿Hola?* —respondió casi al instante Tara con un tono interrogativo y un poco apagado.

Sonrió al escucharla sin poder evitarlo.

—Hola, Inglesita.

Una suave exhalación llenó sus oídos y lanzó un escalofrío por su espina dorsal como si se tratara de un automóvil de fórmula 1.

—*¿Rory? ¿Cómo es que tienes mi teléfono?*

—Se lo he pedido a tu hermana —respondió con total honestidad.

—*¿A Meghan? Vaya. Voy a tener que hablar con ella sobre eso de ir dando mi teléfono por ahí sin que yo lo autorice.*

La sonrisa que había venido manteniendo en sus labios cuando la escuchó se evaporó mientras sentía que los pies se le quedaban plantados en la acera.

—¿Lo dices en serio?

—*Claro que no, idiota.*

Se llevó la mano al pecho y respiró hondo.

—¡Me habías asustado! —exclamó—. Yo que llamaba con mi mejor intención…

—*¿Y qué intención es esa?* —lo interrumpió ella.

—Preguntarte cómo estás —respondió sin dilación—. He ido a la librería y Marie me ha dicho que hoy no estabas.

—*¿Tu amigo ya se quedó sin lectura de nuevo?* —quiso saber Tara y su tono de voz se tiñó de diversión.

—No. Esta vez he ido a verte a ti.

La respuesta salió sola de sus labios, sin pensarlo. Y, por unos instantes, temió haber metido la pata. Despegó el teléfono de su oreja y miró el contador de tiempo. Seguía corriendo.

—*Vaya. Pues gracias* —contestó ella al fin sin ningún atisbo de burla.

—No hay de qué. ¿Cómo te encuentras?

La escuchó chascar la lengua con cansancio.

—*Bueno, he estado mejor.* —Y debía de ser cierto, pensó, porque la notaba abatida—. *Ayer creí que los analgésicos estaban haciendo efecto, pero parece ser que no.*

—¿Siempre es así? ¿Todos los meses?

—*Todos los meses. Casi sin excepción.*

—Vaya. Pues lo siento. —Lo decía de corazón. Saber que normalmente padecía el dolor y el malestar que había visto en su rostro el día anterior lo entristeció—. ¿Te está viendo un médico?

—*Sí. Dentro de un par de meses, más o menos, tengo que ir a una revisión.*

—Bien. Estarás descansando, ¿no?

—*Tirada en la cama, dormitando.*

La respuesta de ella lo hizo sentir mal de nuevo.

—Yo… Siento haberte interrumpido.

—*No me importa, no pasa nada*. *Y yo siento haberos aguado el domingo.*

—No aguaste nada —se apresuró a contestar, un poco molesto porque Tara pensara que había echado a perder el almuerzo—. Es más, apuesto lo que quieras a que esos dos se alegraron de que nos fuéramos.

La oyó reír al otro lado y maldijo el momento en que la había llamado por teléfono en lugar de ir hasta su casa para verla porque, de esa manera, no se habría perdido la sonrisa que estaba imaginando en sus labios.

—*Puede ser, sí.*

Forzó a su mente que buscara algo que le hiciera alargar la conversación. Lo que fuera. Despacio, volvió a levantarse de la moto y se acercó a la pared para dejar pasar a los viandantes.

—¿Vas a estar muchos días de baja?

—*No, no. Mañana ya estaré de regreso por la librería.*

—Ah, bien.

—¿Acaso necesitas que te ayude con el siguiente libro para tu amigo, el enfermo?

Fue su turno de volver a sonreír. «Gracias, Paul».

—Puede ser. Soy muy indeciso y tampoco tengo mucha idea de…

—Pues ya sabes dónde estoy.

«Sí que lo sé». Su cabeza lo sabía y por eso no paraba de pensar en ella. Y su cuerpo, que la recordaba sin que él tuviera que hacer ningún esfuerzo, también.

—Estupendo. —Aunque no lo deseara, era hora de dar por finalizada la conversación que, después de todo, había ido mejor de lo que había pensado—. Entonces, adiós, Tara.

—¿Rory?

Oírla llamarlo por su nombre, tan cerca de su oreja, envió una cadena de escalofríos que le recorrieron la espalda y le erizaron la piel.

—Sí. —Notó la garganta seca.

—Gracias por llamar.

Tomó aire para dejarlo escapar muy lentamente. Buscó el apoyo de la pared y se reclinó contra ella.

—¿Entonces le puedo decir a Meghan que no corre peligro su cabeza? Porque a ver cómo iba a justificarle a Kevin que fue mi culpa que se quedara sin novia —contestó.

La risa de ella lo desarmó. Era justo lo que había pretendido con aquella insulsa broma.

—No, no corre peligro. Que ambos estén tranquilos. Hasta… Hasta otro día, Rory.

—Adiós.

Acabó la llamada y se quedó mirando la pantalla ya oscura.

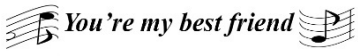
«Ha ido mucho mejor de lo que esperabas, colega. No te quejes».

Guardó el aparato en el bolsillo de su chaqueta. Cualquiera que se dedicara a mirarlo tal vez pensaría que era un poco ridículo que alguien sonriera de la manera en que él lo estaba haciendo en ese momento. De oreja a oreja.

«Debo dar un miedo que te cagas», pensó.

Le daba igual porque se sentía feliz.

13



Tara regresó al trabajo al día siguiente de la llamada de Rory. No se había imaginado que no verlo aparecer por la librería en toda la semana le iba a suponer tanta decepción. Sin embargo, a falta de su presencia, el hombre sí que le envió varios mensajes. Todos, sin excepción, comenzaban con un «¡Hola, Inglesita!». Cada uno de ellos tuvo la virtud de dibujarle una sonrisa.

Ese día en concreto, se notaba en la afluencia de público que los estudiantes extranjeros estaban abocados a sacar buen provecho de su estancia en Dublín. Y eso significaba mucho trabajo. En jornadas como aquella, su descanso de media mañana era más corto que de costumbre porque siempre había algún rezagado que no quería dejar sus compras para más tarde, así que la jornada se le hacía más pesada.

En ese preciso momento, en la librería había varias personas que pululaban por delante de las estanterías, enfrascadas en analizar los libros que más les llamaban la atención. Ella estaba acabando de atender a una señora cuando la campanilla que había sobre la puerta sonó y, de manera instintiva, levantó la mirada. Ver a Rory parado en la entrada hizo que sus manos dejaran a medias el lazo que estaba a punto de anudar. Observó al hombre barrer con la vista el abarrotado local antes de recalar en ella. Y cuando sus ojos se encontraron, Rory le regaló una sonrisa que borró de su mente todo aquello que no fuera él.

Sacudió la cabeza para tratar de mantener a raya el pulso, que se le había disparado. A duras penas acabó de decorar el paquete, le cobró a la clienta y le entregó el libro en el justo momento en que Rory llegaba al mostrador.

—Hola, Inglesita —dijo él.

Lo hizo con un tono de voz bajo, teñido de complicidad. Saber que lo decía solo para ella hizo que pequeñas descargas le recorrieran los brazos para alojarse en la base de su cuello.

—Hola, Rory —le contestó con la mayor seriedad posible. Notaba cómo su corazón martilleaba con fuerza bajo las costillas y se preguntó si era posible que él llegara a escucharlo—. ¿Has venido a por un libro para tu amigo?

Los dedos de él tamborilearon sobre el mostrador mientras torcía el gesto, pensativo.

—Hmm, ese es el segundo motivo.

—¿Y cuál es el primero? —quiso saber con expectación.

Entonces, la mirada de Rory recayó en ella y el azul verdoso de sus ojos brilló.

—He venido a verte a ti.

No supo qué contestar o qué decir, tan solo deseó con todas sus fuerzas que de cualquiera de los libros que poblaban las estanterías saliera un mago, o un dragón –o lo que fuera– e hiciera desaparecer a todos sus clientes para dejarla a solas con Rory.

Tardó un segundo más de la cuenta en percatarse de la tontería que había pensado y carraspeó cuando ya notaba las mejillas arder.

—Con eso no te puedo ayudar —respondió ufana, tratando de sonar lo más indiferente posible a aquel comentario, pero lo cierto era que estaba sin respiración.

«Son sus ojos, maldita sea», se dijo. Esos ojos que no la desatendían ni un solo segundo y que se interesaban en ella sin necesidad de palabras.

—Claro que puedes ayudarme —comentó él con ligereza—. De hecho, ya lo estás haciendo.

—¡Ah! Pero si aún no has elegido nada para tu amigo.

Con prisas, Rory echó un vistazo a su alrededor y alcanzó uno de los libros que estaba en la mesa de las novedades.

—¿Qué te parece este? —preguntó él.

Divertida, ella arrugó la nariz.

—¿Estás seguro de que quieres llevarte ese?

Los ojos de Rory se abrieron como platos.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo. Es estupendo si tu amigo aún tiene que aprender los colores. Para eso es perfecto —bromeó ella, tratando con todas sus fuerzas de no acabar riéndose a carcajadas.

—¡Ah! Pues entonces no. Por lo que sé, eso ya lo tiene dominado —comentó él al tiempo que dejaba el libro infantil en el mismo montón del que lo había cogido—. Viendo que soy un desastre en esto, voy a necesitar tus sabios consejos.

—Sabios, ¿eh? —cuestionó ella al tiempo que lo observaba con ojos entornados

—Por supuesto.

—Vas a tener que esperar un momento, tengo que atender a quienes llegaron antes que tú.

Rory se alejó un paso del mostrador y alzó ambas manos.

—De acuerdo. No era mi intención saltarme la cola.

Ella rodeó el mostrador y, dedicándole una sonrisa, fue hasta donde una mujer que había llegado hacía rato estaba parada.

A pesar de que estaba intentando escuchar con profesionalidad a la mujer que la había estado aguardando, no podía evitar que su vista se dirigiera una y otra vez hacia Rory. Él parecía enfocado en echarle una ojeada a los libros que descansaban sobre una de las mesas: tomaba uno, lo volteaba para leer la sinopsis y, casi al instante, lo dejaba en su sitio. Y volvía a tomar otro más y a repetir el proceso. Mientras que ella esperaba a que su clienta se decidiera entre los que le había recomendado, se fijó aún más en él, en sus manos de dedos largos y elegantes; en el mentón cubierto por una corta barba, en el perfil de su cuello, con aquella nuez prominente que subía y bajaba cuando tragaba saliva. Con descaro, bajó un poco más y tuvo que admitir lo bien que le sentaban aquellos pantalones de trabajo.

—Señorita…

La voz de otro de los clientes la sacó de aquel incómodo, aunque también muy agradable, escrutinio y se giró hacia un hombrecillo que debía de rondar ya la setentena.

—Sí, dígame.

—¿Cree que este le gustará a mi nieta?

Le ofreció una cálida sonrisa.

—¿Qué edad tiene?

—Cumple quince. Es un regalo por su cumpleaños —respondió el anciano con orgullo.

—Entonces, estoy casi segura de que le gustará. Está teniendo mucho éxito entre las lectoras jóvenes. Vienen muchas a buscarlo. Esta es la tercera vez que lo reponemos —contestó ella con amabilidad.

—Me has convencido. Me lo llevo —anunció el hombre con seguridad—. Muchas gracias, muchachita.

Ella tomó de regreso el libro y alzó la vista para encontrarse con que, a través de la distancia, Rory tenía sus ojos clavados en ella, con esa expresión que ella estaba tratando de olvidar; la misma que vio en su rostro el día que lo conoció en el *pub,* esa con la que parecía querer acariciarla con la mirada. Notó el calor subirle por el cuello y una pulsación se instaló en su vientre. Tenía que aclarar aquel asunto con él porque eso le estaba impidiendo…

«¿Qué, Tara? ¿Qué está impidiendo? ¿Que vuelvas a acostarte con él? Oye, que si es eso lo que quieres, vamos. Pero ¿de verdad que es eso?».

Sintiendo el ardor en sus mejillas, regresó tras el mostrador a paso rápido, le envolvió el regalo al comprador y se lo entregó.

Tras despedirse de él, regresó su atención a Rory.

—Bueno, pues soy toda tuya.

«¡¿En serio, Tara?! ¿No había otra frasecita?».

Los ojos de Rory se convirtieron en apenas dos líneas en su rostro. Lo vio apretar los labios sin dejar de mirarla ni por un instante. Incluso se dio cuenta de que le había cambiado la respiración y se le había hinchado el pecho unos segundos antes de que dejara escapar el aire por la nariz.

—¿De verdad?

Se dio una colleja mentalmente. No podía ser que, cuando Rory estaba cerca, su subconsciente la traicionara con tanta facilidad.

—Tranquilo, que se lo digo a todos mis clientes —comentó al descuido.

—¿Y qué ocurre si ya me había hecho ilusiones?

Su voz volvía a ser seria y profunda y notó cómo le reverberaba en el estómago para dejarla tiritando. No podía permitir que Rory tuviera tanto poder sobre ella: no podía derretirse con una mirada y una frase. Tampoco podía consentir ansiar que se acercara a ella y le susurrara al oído. Recomponiéndose como pudo, salió de nuevo de detrás del mostrador y se paró frente a él.

—Pues te desilusionas, campeón. —Y le palmeó el hombro antes de pasar por su lado en dirección a una de las estanterías.

Rory se giró y se llevó la mano al pecho mientras arrugaba el gesto con exageración.

—¡Auch! Me acabas de hacer pupita.

Ella lo miró antes de bajar el rostro y echarse a reír.

—Anda, te ayudo a buscar ese nuevo libro para tu pobre amigo.

Él acabó asintiendo y se acercó hasta donde ella se encontraba.

Después de casi diez minutos llegó a la conclusión de que Rory parecía dispuesto a ponérselo difícil aquella vez. Él rechazaba casi por sistema cada una de sus propuestas sin dejar que le explicara de qué iba la trama antes de dedicarse a buscar otro que le acababa tendiendo.

—¿Y este? —preguntó él.

—Ya te lo enseñé hace un rato. —Se cruzó de brazos—. Y dijiste que no te gustaba.

Tuvo muy claro que lo tomó por sorpresa porque Rory abrió la boca para replicarle algo, pero pareció pensárselo mejor y volvió a cerrarla.

—Eh… Bueno, es verdad.

Giró el rostro para que él no viera lo bien que se lo estaba pasando.

—No te acordabas de la portada, ¿no es eso?

—Es que hemos mirado tantos ya… —se justificó él.

—En serio, Rory, no sé qué estás buscando.

El hombre tomó el libro que ella aún sostenía y lo valoró unos segundos.

—Pensándolo bien… Sí, voy a llevarme este. Le gustará a Pete. —Volvió a entregárselo.

—¿Pete? ¿Tu amigo no se llamaba Paul?

Ahí estaba de nuevo esa expresión, como la de un niño al que han pillado con la mano metida en el tarro de galletas.

—Sí, sí. Paul. Pete es otro amigo —se justificó él.

«Te he pillado, guapito».

—¿Y también está enfermo? —quiso saber ella.

—Si ese quiere algo de lectura, que venga él a buscarla, que me estoy dejando una pasta —refunfuñó en voz baja.

Con el libro en la mano ella fue hasta el terminal, lo pasó bajo el escáner y lo empaquetó bajo la atenta mirada de Rory, que la había seguido hasta el mostrador. Se demoró todo lo que pudo en prepararlo; quería que él alargara su presencia en la tienda, aunque fuera solo unos segundos.

—Aquí tienes —dijo al fin.

—Gracias.

Con un sutil cabeceo, Rory dio un par de pasos de espalda en dirección a la puerta, como si no quisiera marcharse.

«O no dejar de verme».

—Adiós, Tara.

«¡No seas idiota, Tara!», se dijo en silencio. Si hubiese estado sola, se habría dado un pellizco.

En cuanto él se encaminó hacia la puerta, algo se removió dentro de ella.

—Rory.

Él se giró de inmediato.

—¿Sí?

—Dentro de diez minutos haré una pausa para comer. ¿Quieres…?

«¡Tara!».

Su conciencia decidió que ya se había quejado bastante cuando él le dedicó una sonrisa que la dejó sin saber en dónde estaba. Rory asintió.

—¿Diez minutos? De acuerdo. Te esperaré fuera.

—Bien.

Antes de salir, él volvió a sonreírle y ella le correspondió de la misma manera.

Miró el reloj que llevaba en la muñeca y suspiró. Estaba segura de que no se equivocaba al pensar que esos diez minutos iban a ser los más largos de su vida.

Rory le echó un vistazo al teléfono, impaciente. Los diez minutos que Tara le había dicho que tardaría en salir para comer estaban a punto de cumplirse y la chica aún no había salido de la librería.

Para él, todo aquello era nuevo. Jamás había ido a buscar a una mujer a su trabajo; nunca había quedado con ninguna para comer. Lo suyo siempre había sido llegar a un *pub*, aguardar a que alguna se sentara a su lado y, con bastante probabilidad, salir del local con ella colgada del brazo a la búsqueda de algún lugar en donde poder pasar un buen rato. Normalmente, en casa de la chica en cuestión.

Y allí estaba, a pocos metros de la puerta de la librería, a plena luz del día, aguardando a la mujer que aún no le he había confesado que fue con ella con quien tuvo sexo una noche.

No se reconocía.

En cuando la vio salir, sus pulmones decidieron que era un buen momento para declararse en huelga porque, durante unos segundos, le faltó el aliento. Ella se paró ante la puerta del comercio y miró a un lado y a otro hasta que recaló en su presencia. Entonces se ajustó su bolso al hombro y caminó hacia él.

—Ya estoy aquí.

Se sentía estúpido. ¿Qué se hacía en aquellos casos?, se preguntó.

«¿Me acerco y le doy un beso? ¿La saludo solo?». No tenía ni idea de cómo conducirse. «¡Joder! ¿No se supone que eres un donjuán? Pues actúa como tal».

—Hola —dijo finalmente, acompañando el saludo con un comedido gesto de la mano.

«Eres medio tonto, chaval».

—¿Vamos, entonces? Me temo que no tengo mucho tiempo para comer.

—Claro —admitió él y dejó que ella abriera la marcha.

Entraron en el primer *pub* que encontraron, pidieron una mesa y, tras echar un vistazo rápido a la carta, él pidió el estofado de la casa y una pinta de cerveza. Ella se decidió por un sándwich de carne de cerdo con patatas fritas y un refresco.

—Últimamente estamos teniendo mucho trabajo —comentó ella rompiendo así el silencio que se había establecido entre ellos.

—Eso es bueno, ¿no? —quiso saber él. Le gustaba verla tan relajada, lejos de aquella mujer que le dio la bienvenida a la fiesta de su padre.

Tara asintió con seguridad.

—Lo es. Los comercios locales estamos compitiendo constantemente con las tiendas de venta *online*.

—Lo sé, lo sé —admitió él con seriedad—. Gran parte del despunte de nuestro negocio se debe a ello. La otra cara de la misma moneda.

—Meghan me ha contado que la empresa va muy bien.

—Es cierto. Va muy bien. Pero tengo que decir que todo es a base de esfuerzo y de saber lo que se hace.

En ese momento, la camarera llegó con los platos que habían pedido. Los puso ante ellos y los dos, a la vez, le dieron las gracias antes de que la chica se marchara.

—Tiene muy buena pinta —comentó ella con la vista puesta en su comida. Entonces, levantó la mirada y señaló hacia el plato que él tenía delante—. El tuyo también.

—Bueno, no tienes mucho tiempo para comer, así que no esperes más.

Con tan solo ver a la chica darle el primer mordisco a su sándwich, ya supo que aquella comida iba a ser un suplicio. Y lo supo por la manera en que sintió un tirón dentro de sus pantalones cuando ella mordisqueó una patata y frunció aquellos labios que estaban pidiendo a gritos que los besaran.

Se removió en el asiento y trató de acomodar su erección con disimulo.

«Compórtate, colega. Hazme caso por una vez en tu vida o lo vamos a pasar francamente mal. Tú y yo».

Decidió que lo mejor era concentrarse en su plato, así que se llevó un trozo de carne a la boca. Trató de enfocar su atención en la suculenta comida, pero sus ojos volaban una y otra vez hacia la mujer que tenía sentada frente a él.

Lo cierto era que el silencio en el que habían caído los dos le pesaba demasiado. Estaba a punto de decirle algo, lo que primero se le ocurriera, cuando el teléfono móvil de ella sonó.

Tara miró la pantalla y torció el gesto.

—Tengo que contestar, perdona.

—Por supuesto.

Pensó que se iba a levantar para atender a solas a quien estuviera al otro lado de la línea; en cambio, pulsó la pantalla y se llevó el aparato al oído.

—¿Hola? Sí. Claro que te recuerdo. —Él regresó su atención al plato que tenía delante mientras ella continuaba al teléfono. Se resistía a mirarla; quería darle la privacidad que merecía la llamada, pero le resultaba casi imposible decirles a sus ojos que no recalaran en ella. Entonces la escuchó murmurar—. Bueno, es verdad que es muy bonito y, sí, está en muy buen sitio, pero se me va de presupuesto. —Volvió a asentir—. De acuerdo, si te llega algo que se ajuste a lo que quiero… Estupendo. Quedamos en eso. ¡Gracias!

Tara dejó escapar un largo suspiro en cuanto acabó la llamada y se hundió de hombros con una expresión de derrota.

—¿Algo va mal?

La chica se reclinó en el asiento.

—Era de la inmobiliaria. Había ido a mirar un apartamento para alquilar cerca de la estación de Connolly, pero no va a poder ser.

—¿Ya lo han pillado? ¿O es que no te gustó?

Ella se limpió los labios con la servilleta después de darle un sorbo a su refresco.

—Sí, sí que me gustó. Lo que pasa es que no puedo pagar la renta que piden. Es demasiado caro para mi economía —dijo con evidente desánimo.

—Estoy seguro de que encontrarás algo.

—Eso espero —murmuró la chica—. Tengo treinta años. Creo que ya es hora de dejar de vivir con mis padres.

No pudo evitar sonreírle.

—Es difícil dar el paso, sí. En casa se está muy bien.

—Sí, es verdad, aunque necesito mi espacio… y alejarme un poco de mi madre. No es que tengamos problemas, sin embargo, se mete demasiado en mis asuntos y chocamos con frecuencia. Su mayor frustración es que no nos hayamos dedicado a lo que ella había planeado para nosotras.

—¿Y qué planeó para ti?

—Que fuera funcionaria —respondió ella sin pensárselo dos veces—. En alguna biblioteca municipal o en el Ayuntamiento. Pero, por mucho que le digo que no es eso lo que quiero, ella no deja de insistir que me prepare para los exámenes.

—¿Y qué es lo que tú quieres?

Los preciosos ojos de Tara se clavaron en él. La vio torcer el gesto pensativa antes de dejar escapar un largo suspiro que lo dejó sin saber dónde estaba.

—Quiero tener mi propia librería algún día. Una de esas en las que hay también una cafetería y sofás y asientos en donde la gente puede sentarse para echarle un vistazo a lo que acaba de comprar. Un poco de música relajante, barritas de incienso… Es muy simple lo que quiero, lo sé, pero sería feliz con ello.

El tono de voz de la chica se había suavizado mientras le contaba cuál era su aspiración para el futuro. Incluso vio un brillo en sus ojos, uno de anhelo que no estaba ahí minutos atrás. No podía dejar de mirarla por mucho que lo intentaba.

Le resultaba tan fácil hablar con Tara que se preguntó si, sin saber cuándo ni cómo, habían comenzado a convertirse en dos amigos que podían charlar de algo tan íntimo como sus aspiraciones.

—Nunca hay que desistir de los sueños —le dijo al tiempo que apoyaba los codos a ambos lados de su plato ya vacío para acercarse así algo más a ella.

Tara no desvió la mirada.

—¿Y cuáles son los tuyos?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Hacía años que no se preguntaba cuál era su sueño, o si tenía alguno. Su vida era sencilla:

le gustaba su trabajo y tenía todo lo que quería y necesitaba. O todo lo que creía necesitar. Sin embargo, se encogió de hombros.

—Puede que suene mal, pero no soy demasiado ambicioso; no más de lo que tengo ahora. Soy feliz haciendo lo que hago y siendo quién soy. No pido mucho más.

Tara no había rehuido su mirada en ningún momento. Deseaba saber qué estaba pasando por esa cabeza de la que casi podía ver sus engranajes trabajar. Quería aclarar el asunto de su doble identidad al fin, y cuanto antes mejor. Había imaginado esa conversación decenas de veces: «Oye, Tara, deja de fingir que no nos hemos visto antes de la fiesta de tu cumpleaños de tu padre. Deja de fingir que no nos hemos liado en la parte trasera de un *pub*». No, no creía que esa fuera la fórmula. Temía que, con cualquiera que escogiera, acabara metiendo la pata y que aquella incipiente amistad que aún caminaba por la cuerda floja se precipitara al vacío.

Con un largo suspiro, Tara se enderezó en su asiento, apoyó ambos brazos sobre la mesa y se mordisqueó el labio.

«Me mata cuando hace eso», recapacitó intentando controlar el gemido de frustración que se le alojó en el centro del pecho.

—Rory. He estado pensando y me gustaría…

—¿Sí?

El pulso se le disparó. Era el momento. Lo sabía.

De repente, una mujer se detuvo junto a su mesa.

—¿Tara? ¿Eres tú? —preguntó a la vez que se inclinaba hacia ella y la miraba con interés.

«¡Lárguese! ¡Estamos en algo importante!».

Se dio cuenta de que la chica se envaró en su asiento y le ofreció un cabeceo a modo de saludo.

—Hola, señora Connor.

La mujer le ofreció una sonrisa triste. Creyó que debería rondar los sesenta años; era bajita, bastante delgada, con el pelo corto y canoso. En su rostro sin nada de maquillaje se reflejaba el paso de la edad.

—¡Hace tanto que no te veía, niña! Estás guapísima.

—Muchas gracias.

Notó que algo había cambiado en Tara. Esa comodidad que había sentido mientras charlaban había desaparecido. La recién llegada lo miró de soslayo, pero le pareció que prefería ignorarlo porque volvió a centrar su interés en Tara.

—¿Por qué no te pasas un día por casa y charlamos? ¿Te parece? —le dijo con una cordialidad que él no percibió genuina—. Hace mucho que no nos haces una visita.

—Sí, es verdad —contestó ella sin ese atisbo de sonrisa en sus labios que había mantenido hasta hacía unos instantes—. Me pasaré por allí, descuide.

De nuevo, la mujer lo miró casi con descaro, pero volvió a fijar su interés en Tara.

—Eso espero, cariño. Bueno, tengo que marcharme. Nos vemos otro día, ¿sí? No te olvides de llamarme.

—No me olvidaré.

—Adiós.

Él se despidió con un cabeceo educado y se alegró de su marcha. Cuando giró la cabeza hacia Tara, el semblante de la chica era otro; mucho más serio e, incluso, triste. Fuera quien fuese esa mujer había sorprendido a Tara y no precisamente para bien.

Quiso preguntarle quién era y por qué su aparición la había trastornado tanto, pero sentía que aún no habían alcanzado esa confianza y tampoco quería indisponerla más de lo que ya parecía estar.

Tara alejó de ella el plato en donde aún quedaba un trocito de sándwich.

—Tengo que volver ya a la librería —anunció mientras se ponía en pie.

—Te acompaño —contestó imitándola.

—No hace falta —respondió cortante—. Pagaré mi parte, ¿de acuerdo? Adiós, Rory.

Sin esperar a que él respondiera, Tara se acercó a la barra, le abonó al camarero su consumición y, sin mirar atrás, abandonó el *pub* con paso rápido.

Se mantuvo unos instantes con la vista fija en la puerta por la que ella había salido sin entender bien qué había ocurrido antes de

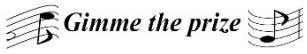
volver a sentarse. Durante unos segundos había creído que ella por fin le diría que era Queen y, al instante siguiente, había salido huyendo.

Por mucho que tratara de entenderlo no alcanzaba a hacerlo.

Dejando escapar un resoplido, se pasó la mano por el rostro. Había tenido la sensación de que, en esos días, habían avanzado dos pasos en la especie de amistad que habían empezado a tejer; sin embargo, en apenas unos minutos creía que retrocedieron tres a juzgar por la estampida de la chica.

—Tara Healey, eres un misterio para mí —murmuró tras apurar lo que había quedado de su pinta de cerveza—. Y me muero por descifrarte.

14



Esa noche, en el Seven Seas of Rhye no cabía un alfiler.

Tara atisbó desde detrás del escenario al público que ese viernes se había congregado allí. Podía apreciar que había muchos jóvenes con ganas de pasarlo bien y ella estaba dispuesta a poner de su parte para que así fuera.

Ya camuflada en su atuendo de Queen, se acercó a la parte de la barra más cercana al escenario. Alzó el brazo para que Sergio se acercara y el chico, con un asentimiento y una sonrisa, le hizo saber que la había visto. Unos segundos después, estaba frente a ella.

—¿Qué quieres, preciosa?

—Guinness, por favor —le pidió mientras tamborileaba distraída sobre el mostrador con ambas manos de manera descuidada.

—¡Marchando una pinta para la DJ! —exclamó el camarero con efusividad. Lo vio tomar un vaso, rotarlo con maestría y ponerlo de inmediato debajo del grifo para comenzar a llenarlo del oscuro líquido. Apenas un minuto después lo tenía ante ella. Sentía la garganta seca, pero aguardó con paciencia hasta que la espesa espuma subiera hasta el borde del vaso.

—Gracias, Sergio.

—No hay de qué, señorita. —El chico apuntó hacia la concurrencia sobre su hombro—. Se nota que saben que estarás hoy. Te están esperando.

Ella echó un vistazo al local. Hacía mucho tiempo que no había aquel lleno y eso le gustó.

—He estado bastante liada.

—Tres semanas es mucho para no aparecer por aquí —la amonestó Sergio, medio en broma medio en serio, como casi todo lo que decía.

—Lo sé, lo sé. Por eso hoy voy a hacer la mejor sesión que pueda —afirmó ella con convencimiento.

Era cierto que habían pasado ya veinte días desde la última vez que se subió al escenario y había comenzado a notar en su cuerpo la necesidad de dejarse llevar por el ritmo y solo preocuparse de disfrutar y hacer que los demás disfrutaran. Para ella, escuchar música era como respirar; lo ansiaba cada día. Lo hacía en su casa, por supuesto, y en el trabajo la música sonaba siempre que podía. No sabía cuántos auriculares había perdido, o incluso estropeado, por haberlos dejado dentro del bolsillo de algún pantalón. Solo sentía que era ella misma cuando sonaba música a su alrededor.

De buen talante y con una sonrisa que parecía no querer desaparecer de sus labios regresó al almacén en donde había guardado sus bártulos. Frente al espejo, se adecuó la peluca y se colocó las gafas mientras tarareaba una canción. Le gustaba el atuendo que había elegido para ese día: una falda corta, unas botas altas que le llegaban sobre la rodilla y un par de camisetas de tirantes sobrepuestas. Tomó de una de las baldas el gorrito para colocárselo, pero sus ojos se quedaron enganchados en él. A su memoria regresó aquella noche, cuando Rory se lo llevó después de haber estado juntos. No pudo evitar sonreír ante el recuerdo y un ligero cosquilleo se instaló en su vientre. En su cabeza todavía seguía muy vívida aquella noche; si cerraba los ojos aún notaba las palmas de las manos de Rory deambular por sus caderas hasta apresarla con fuerza mientras se hundía en ella. Sus besos y el aliento en el cuello…

«¡Basta! ¡Basta!», se dijo a la vez que apretaba los párpados para alejar de ella la imagen de Rory. Se pasó la mano por el rostro. Se sentía acalorada y casi sin aire. Hacía más de un mes de aquello, pero el recuerdo era tan real como si hubiera sucedido el día anterior.

Acabó por dejar el gorrito en la taquilla y la cerró con demasiado ímpetu. Iba a ponerle remedio a aquella mentira en cuanto tuviera oportunidad. De hecho, le habría puesto fin esa misma semana cuando almorzaron juntos si no hubiese sido por la aparición de la señora Connor.

Sacudió la cabeza y trató de alejar esa intranquilidad que notaba en el vientre porque no era lo mejor para comenzar su sesión esa noche. Ella quería tener todo el asunto de su alter ego ya resuelto con Rory. No sabía qué era lo que deseaba con él. Lo tenía por alguien que no quería relaciones estables con ninguna mujer, pero ella tampoco era de las que se enamoraban. Algo tenía muy claro: si él le preguntaba si quería repetir lo de aquella noche, sería un sí con los ojos cerrados.

Abrió la puerta y aún no había puesto un pie fuera en el poco iluminado pasillo cuando la figura de un hombre la interceptó.

—¿Eres la DJ? —preguntó el desconocido con una sonrisa demasiado amplia. Le desagradó al instante.

—Sí —contestó cortante—. Perdona, pero es mi turno de… — Dio un paso a un lado para esquivarlo, pero él se interpuso en su camino.

—Te he visto en otras ocasiones —le dijo—. ¿Qué tal si te invito luego a una copa?

Lo miró con estudiado desdén, deseosa de que aquella antipática actitud suya lo alejara. Le repateaba el hígado la prepotencia que el individuo proyectaba.

—No, gracias —contestó ella.

El tipo se acercó más, incluso pudo notar el calor que desprendía. Era muy alto y ella apenas le llegaba bajo la barbilla. Sus hombros parecían ocupar todo el espacio y tragarse la poca luz que los envolvía. Sintió que la piel del cuello se le erizaba. No le gustaba que nadie invadiera su espacio personal sin que ella lo permitiera.

—¡Oh! ¡Venga ya! —comentó el desconocido—. Seguro que luego tienes sed y habrás cambiado de idea. Estaré cerca del escenario, viéndote, ¿de acuerdo?

Le dedicó un guiño que pretendía seducirla, pero que a ella la repugnó en lo más profundo. Notó la bilis subirle por la garganta. Tuvo ganas de gritarle que no iba a cambiar de idea, aunque él fuera el último hombre que quedara en el bar.

Tomó aire, cerró los ojos y se esforzó en tranquilizarse. Trabajar en un *pub* tenía aquellos inconvenientes. Algunos hombres no

entendían cuándo una mujer declinaba sus propuestas y les respondía que no estaba interesada. Le había ocurrido más veces y, por desgracia, sabía que le seguiría ocurriendo.

Desde detrás del escenario oyó cómo su jefa la presentaba y, de inmediato, en el público se desató una algarabía. Dibujó una enorme sonrisa en sus labios, se asentó las gafas sobre el puente de la nariz y subió los pocos escalones.

La música que ya tenía preparada comenzó a sonar al instante y los asistentes la recibieron con palmas y gritos de júbilo. Ella alzó el rostro, encantada con la reacción. Las luces cambiaban de color y ella notaba sin dificultad el calor que desprendía. Echó una ojeada al local. Estaba a rebosar de caras desconocidas que reían. Pero entonces, su vista se topó con la de Rory que, con una cerveza en la mano, la observaba apostado junto a la barra.

Sintió que su corazón emprendía un nuevo ritmo que nada tenía que ver con el que marcaba la canción que sonaba en ese momento. Los ojos de Rory no la desentendían; sin importar la distancia, los sentía tan cercanos como si estuvieran frente a ella. Sin que lo esperara, él alzó su pinta y le dedicó una sonrisa.

Bajó el rostro hacia los dos platos que tenía delante y comenzó a mezclar las canciones que ya habían empezado a sonar por los altavoces. El público se entusiasmó. Y, de nuevo, levantó la vista para dirigirla hacia donde Rory estaba apostado. Allí seguía, apoyado a medias en la barra y sin dejar de mirarla. Desde la distancia, sentía que la despojaba de la ropa cuando resbalaba los ojos sobre ella lenta, silenciosamente. Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, cada vez que se le daba un sorbo a su cerveza con lentitud, a continuación lo veía apretar los labios para secárselos. Y en cada ocasión, advertía que su pulso se disparaba.

No tenía idea si él sabía el efecto que producía en ella; cómo notaba aquellas miradas que eran similares a caricias que le dejaban la piel encendida y erizada. Se sentía una cacerola a la que el fuego iba calentando poco a poco.

Estuvo a punto de equivocarse al meter la siguiente canción, pero supo reaccionar a tiempo.

«Deja de mirarlo, Tara».

Era más fácil decirlo que hacerlo. Si quería acabar aquella sesión con normalidad, con la ropa interior en buen estado –que no perfecto–, tal vez era conveniente desentenderse un rato de él, admitió al tiempo que daba paso a la siguiente canción sin dejar de llevar el ritmo.

Consiguió ignorar la presencia de Rory durante un buen rato; se esmeró en disfrutar de lo que hacía, en sentir la música y dejarse llevar por ella, pero acabó volviendo a pensar en que seguía allí. Recreó en su imaginación lo mucho que le gustaría bajar de aquel escenario, acercarse a él y besarlo con todas sus fuerzas para saborear en su boca esa cerveza que se estaba tomando. Por su culpa sentía la garganta seca.

Tras dar paso a la siguiente canción, cometió el error de volver a buscarlo. Rory continuaba en el mismo lugar junto a la barra, aunque ya no estaba solo. Charlaba con una mujer, una muy bonita, alta y de pelo corto, que estaba parada tan cerca de él que sus pechos le rozaban el brazo. Por la postura de la chica y la forma en que se tocaba la corta melena se dio cuenta de que estaba coqueteando: lo miraba, sonreía y le tocaba el brazo, primero de manera muy sutil para, a continuación, acariciar aquel antebrazo que la manga enrollada hasta el codo dejaba al descubierto.

Un calor diferente al que había sentido hasta ese momento la sobrecogió.

«¿Por qué te enfadas?», se preguntó mientras apretaba la mandíbula y bajaba la cabeza para tratar de prestarle la atención que requería la mesa de mezclas que tenía delante.

«¡Me enfado porque quiero!», resopló al tiempo que el siguiente corte comenzaba a sonar.

Temía alzar la vista y ver que la charla entre Rory y la mujer se hubiera convertido en algo más. No sabía si soportaría verlo besándose con alguien.

«¿Estos son celos? Imposible». No, no podían serlo. Rory y ella no tenían ninguna relación ni había sentimientos que justificaran que ella debiera tener celos de ninguna mujer que se le acercara.

¿Envidia por querer ocupar el sitio de aquella chica y recibir las sonrisas que Rory le estaba dedicando?

«Mierda», masculló en silencio mientras mezclaba dos nuevas canciones.

No quiso volver a desviar la vista en la dirección en la que él se encontraba. No quería que le doliera verlo con la chica, así que se guardó bien de mirar hacia el frente, hacia el público que jaleaba cada canción que pinchaba y que acogían con los brazos en alto.

El momento de despedirse llegó con demasiada rapidez para su gusto. Y sabía cuál iba a ser la canción que iba a elegir para cerrar la sesión. Siempre sabía cuál canción de su grupo escoger según su estado de ánimo. Y aquella que escuchó por primera vez como parte de la banda sonora de la película *Los Inmortales* era la adecuada para lo que bullía en su interior. La potente guitarra sonó por los altavoces y eso desató los gritos entusiasmados del público, que echaron abajo la sala. Entonces, volvió a levantar la cabeza y regresó la mirada hacia donde estaba Rory: allí continuaba, con la vista fija en ella, una que atravesaba la sala. Su expresión era seria, la más seria que le había visto nunca.

Casi sin percatarse, los últimos acordes emergieron con fuerza y los aplausos engulleron las notas finales. Había acabado.

Alzando los brazos por encima de la cabeza, se despidió del público y bajó los tres escalones del escenario. Con prisas y el corazón acelerado, se dirigió hacia el almacén, aunque no era eso lo que deseaba; quería ir hacia Rory, aclararle quién era, exigirle que la mirara como si quisiera comérsela con la vista como lo había estado haciendo durante toda la sesión, y que, a continuación, cumpliera la promesa que le habían hecho sus ojos. Y luego… Lo que ocurriera después ya no dependía solo de ella.

Con prisas, tomó su pequeño bolsito y la cazadora con la que había llegado y, sin detenerse a ponérsela, salió de la habitación. No podía perder tiempo, no cuando no sabía si la mujer que había visto cerca de Rory todavía podía estar pululando a su alrededor. Aún no había escuchado la puerta cerrarse cuando el mismo individuo que la interceptó a la entrada se plantó delante de ella.

Los tacones bajos de sus botas se quedaron clavados en el suelo. En el rostro del hombre estaba prendida una mueca ladeada que la golpeó en el estómago.

—Ha sido… —lo escuchó decir al tiempo que con dos largos pasos acababa con la distancia que los separaba—. Guau… ¡Genial!

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Me alegro de que te haya gustado. Ahora, si no te importa… —dijo a la vez que se pegaba a la pared opuesta y trataba de rebasar aquella montaña de músculos.

—Mi ofrecimiento sigue en pie —insistió él mientras le bloqueaba el paso una vez más—. Podemos tomarnos ahora esa copa.

Ella alzó la barbilla, desafiante, y lo miró a través de los oscuros cristales de las gafas que aún llevaba puesta.

—Te dije antes que no me interesaba y sigue sin interesarme —contestó lo más cortante posible. No iba a darle la oportunidad de agarrarse de ninguna de sus palabras.

El hombre compuso un mohín travieso que le arañó las entrañas. Sus ojillos no dejaban de mirarla arriba y abajo. Si hubiera tenido algo en el estómago, lo habría vomitado allí mismo. Ese era el nivel de asco que le daba aquella actitud.

—Venga, guapa, no te hagas la estrecha. —La montaña de músculos alcanzó a asirle la muñeca derecha, pero ella se zafó al instante.

—¿No me has escuchado? —espetó con furia—. No me interesa y, además, me están esperando.

La sonrisa lobuna que había estado luciendo aquel tipejo se desvaneció para dar paso a lo que, estaba segura, revelaba su verdadera personalidad. Muy serio, sin dejar de mirarla, dio un paso más hacia ella con el propósito de intimidarla.

—Has estado calentando al personal con esa faldita y estas camisetas diminutas. —De nuevo, sus ojos la barrieron y se pasó la lengua por los labios—. ¿Te crees que me voy a tragar eso? Estoy seguro de que no te espera nadie.

—Piensa lo que quieras —respondió ella de mala forma, a la espera de que él no se diera cuenta de que había comenzado a temblar—. Si me disculpas.

Con un movimiento del brazo, lo apartó de su camino y se escabulló por el hueco que quedó entre él y la pared.

No quiso mirar atrás porque sabía que el hombre no iba a aceptar, así como así, una negativa. Enfiló rápidamente hacia la sala, hacia donde había visto a Rory, y rezó en silencio para que él siguiera allí.

En cuanto lo vio sentado en uno de los taburetes que había ante la barra, dándole la espalda, apretó el paso tanto como pudo. Temía que el tipejo la detuviera antes de que ella alcanzara el lugar donde estaba Rory y que todo se complicara.

Cuando por fin estuvo a su lado, tocó su hombro varias veces para llamar su atención. Él se giró de inmediato y se percató por la expresión que vio en sus ojos la sorpresa que le producía verla. Sin embargo, su gesto cambió al instante, cuando una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hola…

—Necesito que me des un beso —lo interrumpió.

Una profunda arruga se dibujó en la frente de Rory.

—¿Perdona?

Se acercó aún más a él y posó una mano en su hombro ante de inclinarse y hablarle al oído.

—Hay un tipo que está siendo bastante pesado. Y no he tenido más remedio que decirle que alguien me esperaba.

El gesto de Rory se endureció. Desvió brevemente la mirada de ella hacia algún punto a su espalda para, de nuevo, clavar sus ojos claros en ella.

—¿Así que quieres…?

Ella asintió con energía.

—Sí.

Notó la mano de Rory resbalar por su cintura para atraerla hacia su cuerpo.

—En ese caso…

Al instante, los labios de Rory estaban sobre los de ella. Y no fue dócil ni tímido, sino posesivo y abrumador. Tardó solo un segundo en aceptar su roce, lo que necesitó su mente en darse cuenta de que aquello que había estado deseando que volviera ocurrir estaba pasando. Como si necesitara tocarlo para asegurarse de que era verdad, cerró su mano en torno a su bíceps y tiró de él

para pegarse a su cuerpo tanto como podía sin romper aquel beso que estaba dinamitándole la cordura y la hacía olvidar en dónde estaba de pie.

Al segundo de probar la boca de Rory, de notar cómo la punta de la lengua le dibujaba el labio inferior antes de que se lo mordisqueara, se olvidó qué había sido lo que la había empujado a buscarlo. Le importó poco que todos los que estaban a su alrededor los estuvieran mirando.

El brazo de Rory se ciñó a su cintura con fuerza como si temiera que ella diera un paso atrás en cualquier momento. Le hubiera gustado decirle que no iba a marcharse a ningún sitio, pero eso significaría romper el beso, algo que aún no entraba en sus planes.

Se resistió cuando notó que él fue suavizando el roce hasta que acabó por separarse de ella. Aun así, los ojos de Rory estaban clavados en sus labios y no ocultaban el hambre que sentía por ella.

—¿Tienes aún que recoger algo? —preguntó. Su cálido aliento le acarició la piel de las mejillas y el susurro de su voz grave le recorrió la espina dorsal hasta estremecerla. Ella negó con la cabeza, incapaz de decir nada—. Bien, pues vámonos.

Sin que pudiera añadir una palabra, Rory la tomó de la mano y tiró de ella suavemente para que lo siguiera. Tardaron apenas unos segundos en sortear a los clientes y en salir por la puerta.

Rory no la soltó cuando ya estuvieron en la calle. A pesar de que su caminar era de pasos largos, ella se adecuó sin problema, aunque si alguien los miraba, le parecería que él la llevaba un poco a rastras. Apenas unos metros después, él se detuvo de improviso y se giró para enfrentarla.

Aún con la escasa luz que había en la calle, los ojos azules de Rory se habían teñido de una frialdad que no había estado ahí hacía apenas unos segundos. El hombre se acercó a ella y casi pegó su nariz a la suya.

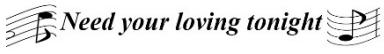
—Tú y yo tenemos algo que aclarar —dijo.

Su tono de voz era cortante, mucho más de lo que nunca lo había oído. La sacudió por dentro. Ella apenas pudo articular palabra al sentirlo tan cerca.

—Yo…

—¿Cuándo se supone que vas a contarme la verdad, Inglesita?

15



—¿Desde cuándo…? —La frase quedó colgada en los labios de Tara, incapaz de acabarla.

Al igual que había hecho dentro del *pub*, Rory clavó la mirada en su boca, como si estuviera decidiendo qué hacer a continuación. Fuera lo que fuese, ya la tenía sin respiración y con todas las células de su cuerpo a punto de comenzar a consumirse.

—¿Que desde cuándo sé que tú y Queen sois la misma persona? —dijo finalmente. Lo hizo con voz ronca, muy serio, algo que no casaba en absoluto con el Rory que estaba aprendiendo a conocer—. Lo sé desde el mismo momento en que apareciste en la fiesta de tu padre. —Con mucha suavidad, alzó una mano y le retiró el mechón de pelo que rozaba su mejilla. Entonces, se inclinó hacia ella y se acercó a su oreja—. Lo sé desde que atisbé este tatuaje de aquí y quise volver a besarlo.

No había esperado el sutil roce que llegó a continuación. Apenas fue una caricia sobre la tersa piel, pero fue suficiente para hacer que cerrara los ojos y dejar escapar un largo suspiro de rendición.

Rory resiguió el dibujo con la punta de la nariz, como si quisiera repintar las líneas oscuras. Podía notar su aliento calentarle la piel, tan despacio que lo sentía como una suerte de maravilloso suplicio.

Ansiosa, giró el rostro en su dirección y encontró a Rory a apenas unos centímetros de ella, muy cerca; tanto que, si se inclinaba hacia él, atraparía su boca.

Y eso hizo: buscó los labios de Rory y estos le dieron la bienvenida con un gruñido ronco que le transmitió el hambre que sentía. Pudo apreciar en ellos el sabor fuerte de la cerveza y se le subió a la cabeza al instante. No habría tenido más efecto si se la hubiera bebido ella misma.

Se movió lo suficiente para poder abrazarlo sin contorsionarse. Amoldó su boca a la de él y esos besos que compartieron aquella primera noche regresaron con una vivacidad aplastante a su memoria. Si era honesta consigo misma –y tenía por norma serlo–, jamás se le habían ido del pensamiento. Había ansiado que la volviera a besar como, en efecto, lo estaba haciendo.

Rory la atrajo hacia sí y la pegó por completo a su cuerpo. El suyo se amoldó al masculino de una manera tan natural en un abrazo que no sabía cómo iba a poder ponerle fin. Porque, aunque no lo quisiera, no podía olvidar que estaban en plena calle.

Como si él hubiese sido consciente de lo que pasaba por su mente en ese preciso momento, Rory acabó lentamente con el beso. A pesar de todo, aún se demoró unos segundos más. Apoyó su frente contra la de ella y suspiró.

—¿De verdad pensaste que esta peluca y estas gafas iban a ser suficientes para que no lo descubriera?

Bajó el rostro, avergonzada. Había menospreciado a Rory y había jugado con él. Si estaba enfadado con ella, desde luego que no podía reprochárselo. Sin más, se retiró las gafas para guardarlas en el bolsillo de su cazadora.

—Me he comportado como una idiota, lo sé —musitó.

Notó cómo los dedos de Rory bajo su barbilla la animaban a levantar la mirada. Lo vio negar con la cabeza antes de volver a fijar la vista en ella. Se encontró de lleno con sus ojos, oscurecidos a causa de la poca luz que había en el callejón en el que se encontraban. Todavía podía apreciar en ellos el mismo deseo con el que la miró en el *pub*.

—Puede que sí, pero no te voy a negar que me he divertido con la situación.

Fue ella en esa ocasión la que, agarrando con fuerza el tejido de la chaqueta que él llevaba puesta, lo atrajo hacia sí.

—Ya no más ocultarse.

—Me parece bien —contestó él—. Y ahora, ¿puedo besarte? Porque me voy a volver loco si no lo hago.

—Hazlo —susurró ella, aún más cerca, tanto que respiraban el mismo aire. Quería que la besara; quería volver a sentirlo tan cerca

como pudiera.

Rory no se hizo esperar. Colocando una mano en su nuca, adecuó el ángulo de su cabeza y buscó sus labios. Un gemido se le quedó atascado en la garganta cuando notó cómo la lengua de Rory se abría paso entre ellos de manera seductora para colarse en su boca y hundirse en ella con total impunidad. Y ella se lo permitió.

En alguna novela romántica había leído cómo la protagonista se mareaba al recibir el beso de su compañero. Estaba comprobando que no exageraban lo más mínimo. Casi a tientas, se sujetó a él con más empeño: o lo hacía o temía que sus rodillas no la sostuvieran.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio o prefieres volver a ese almacén de ahí dentro? —murmuró él casi sin despegarse, con un tono tan íntimo y seductor que tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el estremecimiento que la sacudió. Ella se repuso como pudo antes de negar con vehemencia.

—No quiero volver al almacén. Quiero más tiempo contigo —confesó.

Escuchó cómo la respiración de él se hizo más pesada. Lo vio pasarse la lengua por los labios sin que su mirada la soltara y el gesto fue directamente al punto palpitante que sentía entre los muslos.

—Y yo quiero desnudarte y tomarme mi tiempo antes de que te deshagas entre mis brazos. Aquella noche me supo a poco.

—A muy poco —corroboró ella.

Volvió a rozarle los labios con los suyos. Rory la recibió con tantas ansias como si de ello dependiera su cordura.

—Vamos a mi casa —propuso él entre beso y beso. Entonces, pareció ser consciente de su proposición y se retiró temeroso por haber metido la pata—. Si quieres. Si no, podemos…

—Sí. Podemos ir a tu casa. —No tuvo que pensar mucho la respuesta.

Muy despacio, pero sin soltar su cintura, Rory se separó un poco de ella.

—Mi moto está por allí —comentó antes de animarla a que lo acompañara. Le deslizó la palma de la mano por la cadera hasta que encontró sus dedos y los entrelazó con los suyos—. Vamos.

Aunque el camino había sido objetivamente corto, a Tara se le hizo bastante largo. Cuando la motocicleta se detuvo delante de un adosado en el barrio de Warrenmount, ella dio gracias al cielo en silencio por haber llegado ya porque aquel tiempo que pasó pegada al formidable cuerpo de Rory, ciñendo sus caderas con los muslos desnudos, había azuzado su impaciencia.

Durante el trayecto, prefirió agarrarse a su cintura en lugar de a los asideros que tenía la motocicleta a ambos lados del sillón. Eso le había concedido tocarlo a su antojo. Incluso se permitió la osadía de resbalar la palma de su mano por el hueco que encontró entre los botones de la chaqueta de Rory para así poder rozarle los músculos del abdomen sobre el fino tejido de la camisa que llevaba. El gruñido corto y seco que él soltó cuando notó su caricia reverberó bajo sus manos y la hizo sonreír.

Hubiera jurado que, justo después de eso, él aceleró un poco más.

Al fin, Rory detuvo el motor y bajó del sillón antes de tenderle una mano para ayudarla a que ella hiciera lo mismo.

En cuando puso los pies en la acera se deshizo del casco y miró a su alrededor. Parecía un vecindario tranquilo y sin apenas tráfico. Cada casa tenía un estilo propio y estaban pintadas de un color distinto. Delante de la mayoría había pequeños jardines cercados con vallas bajas.

Rory se adelantó, abrió la pequeña puerta de rejas que apenas le llegaba a la cintura y se detuvo en cuando hubo dado un paso en el jardín.

—Pasa, por favor.

Con el casco aún bajo el brazo, lo siguió hacia la entrada por el corto camino, a la espera de que él abriera. En cuanto lo hizo, Rory entró y ella fue tras él.

Apenas había dado unos pasos en el estrecho vestíbulo, él se giró para enfrentarla. Los ojos de Rory no la abandonaban en ningún momento, como si estuviera esperando a que tomara la iniciativa. Echó un vistazo a su alrededor y encontró una mesita junto a la pared. Sin aguardar un segundo más, dejó sobre ella el casco que aún sostenía bajo el brazo. Se sentía ansiosa, deseosa de que él

volviera a tocarla, así que alzó la mirada y buscó la del hombre. Sintió que toda la ropa que llevaba comenzaba a estorbarle porque sus ojos parecían querer desnudarla. Solo deseaba sentir sobre ella aquellas manos que él mantenían pegadas a las caderas, apretadas en dos puños, como si no supiera qué debían hacer a continuación.

Tomó aire. Su cuerpo se asemejaba a una cerilla que se acercaba al rascador de la caja, a punto de encenderse. Deseando ponerle fin a esa espera que se le estaba haciendo agónica, dio un paso hacia Rory, y luego otro más hasta que la distancia que había entre ellos desapareció. Sujetándose a sus brazos, se alzó un poco de puntillas.

—¿Vas a tardar mucho en volver a besarme? —susurró.

No le hizo falta escuchar ninguna respuesta por parte de él; la manera en que lo vio inhalar, tan hondo que las aletas de la nariz se le dilataron, habló por sí solo. Enseguida, sus manos estuvieron sobre ella. Le enmarcó las mejillas antes de atraerla hacia él y atrapó su boca con un beso fiero y avaricioso.

Sin perder tiempo, se colgó de su cuello y lo recibió con la misma hambre que él parecía tener. No se había dado cuenta de cuánto necesitaba sentirlo, de cuánto lo había esperado, posiblemente desde aquella primera noche, hacía poco más de un mes.

Se apresuró a pasarle las palmas por los brazos hasta que estas encontraron un hueco entre la cazadora y sus hombros. Empujó la prenda un poco y esta acabó resbalando hasta terminar en el suelo.

Su chaqueta corrió la misma suerte al instante y al fin pudo sentir las palmas desnudas del hombre sobre su piel. La acarició arriba y abajo, erizándole el suave vello de los antebrazos y lanzando miles de descargas a su cerebro. Con prisas, sus dedos buscaron los botones que cerraban la camisa que él vestía y se deslizaron por ellos, abriéndolos a su paso con tanta urgencia que no entendía cómo había podido acertar a hacerlo. Rory la entretuvo con un nuevo beso, uno que parecía necesitar dar para seguir con vida. Sin embargo, casi sin respiración, la separó unos instantes y la tomó de la mano antes de tirar de ella hacia unas escaleras que no se había percatado que existían.

—Arriba. Vamos a mi habitación o te follaré en el sofá.

Lo siguió con el mismo apremio que él mostraba al devorar uno a uno los escalones. Enseguida, llegaron a un pequeño rellano del que partían cuatro puertas. Rory enfiló rápidamente hacia una sin soltarla.

La habitación era amplia, con una gran ventana por la que entraba la luz amarillenta procedente de las farolas de la calle. No le prestó atención a nada más porque el hombre la hizo girar para, de nuevo, encerrarla entre sus brazos y buscar sus labios. ¿Que si iba a quejarse? Ni por asomo, pensó. Lo único que tenía en mente era corresponder cada beso con la misma pasión con la que Rory la besaba.

—¿Sabes que he estado soñando con este momento desde que saliste de aquel almacén esa noche? —susurró él contra sus labios.

No pudo evitar sonreír.

—¿Sí?

La boca de Rory dibujó una línea por el perfil de su mandíbula hasta llegar al lóbulo de la oreja, que atrapó entre sus dientes.

—Sí —replicó él—. Esta vez no pienso dejar que te escapes.

—No tengo intención de hacerlo —respondió ella con los párpados apretados, sosteniéndose en sus bíceps.

Rory abandonó la tierna carne para pasear sus labios por la longitud del cuello. Lo dibujó con la punta de la lengua despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Sin embargo, ella sentía que cada segundo que continuaban vestidos era uno desperdiciado, así que tiró de la camisa que él aún llevaba puesta para dejarlo desnudo de cintura para arriba delante de ella.

La luz que entraba a medias por la ventana no era suficiente para ver el rostro del hombre.

—¿No hay ninguna lámpara que puedas encender? —quiso saber ella.

—¿Quieres verme? —preguntó él, seductor.

—Por supuesto que sí.

Con una sonrisa a medias, Rory la sobrepasó para dirigirse hacia la mesilla de noche que había junto a la cama, para encender

la pequeña lámpara que estaba sobre ella. Al fin, escuchó el clic del interruptor y la habitación se bañó con una cálida luz.

Rory se giró para enfrentarla y, en la distancia, se sostuvieron la mirada. Sus ojos resbalaron por sus brazos fuertes, conseguidos a fuerza de trabajar duro, para seguir por los hombros anchos y la clavícula. Una fina línea de vello le partía desde el centro del pecho y descendía por su abdomen para continuar más allá de la cintura del pantalón.

—¿Mejor así? —preguntó Rory.

Ella asintió sin dudarlo.

—Mucho mejor.

—Ven aquí, Tara.

Tardó apenas dos segundos en eliminar la distancia que los separaba. Rory volvió a besarla con el mismo arrebato con el que se había conducido hasta ese momento. Ansiosa, pasó las palmas de las manos por toda aquella piel que acababa de descubrirse ante ella, por el tonificado abdomen y la estrecha cintura. Y al pasarle una uña alrededor del ombligo, notó que el vello bajo las palmas de sus manos se erizaba.

Echando la cabeza hacia atrás, de la garganta de Rory emergió un gemido que hizo que la tensión que ya había comenzado a concentrarse entre sus muslos se hiciera más insistente.

Se apresuró a ponerse de puntillas y lo besó en el cuello, despacio. Inhaló su aroma y sintió que podría emborracharse con él. Desconocía cuál era la colonia o el jabón que él usaba; lo único que sabía era que deseaba enterrar la nariz en el hueco de su hombro y no abandonarlo nunca.

Las manos de Rory se cerraron en torno a su cintura y la atrajo hacia él para pegarla a su cuerpo. Notó el deseo que los pantalones trataban de esconder, aunque era inútil. De inmediato, la prenda se convirtió en su próximo objetivo para hacerla desaparecer. Apenas había empezado a rozar con los dedos la cinturilla del pantalón cuando él la detuvo.

—Aunque esté deseando que me desnudes, creo que voy jugando en desventaja.

—¿Y qué planteas para que estemos a la par? —quiso saber ella con picardía.

La mirada hambrienta de él resbaló por su cuerpo.

—Quítate la ropa.

—¿Toda?

—Toda.

Notó cómo los latidos de su corazón comenzaban con un nuevo ritmo mucho más rápido, pero le gustaba la franqueza de Rory. No deseaba que tuviera que esperar mucho, así que dio un par de pasos hacia atrás y, después de dedicarle una mirada, tomó la orilla de las dos camisetas que vestía y se las sacó con un fluido movimiento.

—Joder, Tara —lo oyó mascullar cuando él se dio cuenta de que no llevaba sujetador—. No estaba preparado para esto.

Le encantaba su sinceridad y la manera en que la miraba. No quiso aguardar más y la falda corta corrió la misma suerte. Cuando cayó al suelo, se deshizo de ella de un puntapié. Observó cómo la respiración de él cambió para hacerse más pesada e intensa. Y Rory repitió una maldición cuando el tanga acabó junto a las demás prendas.

A esas alturas, ya no veía hambre en los ojos de Rory. Era gula, voracidad. Rory la hacía sentir deseada, preciosa, única… Tomándose su tiempo, se sentó en el borde del colchón para deshacerse de las botas.

Rory se plantó ante ella en dos largos pasos.

—Si no supiera que luego van a ser un estorbo, te diría que te las dejaras puestas.

Lo miró con una sonrisa traviesa.

—Entonces, ¿me las quito o me las dejo?

—Quítatelas —respondió él—. Ya tendremos tiempo de jugar más tarde.

Ella compuso un mohín juguetón.

—¿Tú crees? —bromeó.

—Por supuesto que sí —respondió él con tanta seguridad que no fue capaz de cuestionarlo.

Se deshizo de ellas tan rápido como pudo y volvió a ponerse de pie ante él. Los ojos de Rory no dejaban de pasearse por su cuerpo

desnudo. Podían sentir su calidez sobre su piel, calentándola sin siquiera tocarla.

—La peluca. Quítatela también.

Lo había olvidado por completo. Con cuidado, sacó las dos horquillas que la mantenían en su sitio y se despojó de ella. Se pasó la mano por la coleta con la que había recogido su pelo y la sacudió antes de fijar de nuevo la mirara en Rory.

—Mucho mejor. Inglesita.

No sabía qué tenía esa palabra, o tal vez era la manera en que él la pronunciaba, pero casi la hizo derretirse.

Sin darle tiempo a reaccionar, al instante, Rory la encerró entre sus brazos y volvió a besarla. Ella enlazó los dedos por detrás de su cuello y se pegó a él tanto como pudo. Sin que lo esperara, la empujó, llevado por la impaciencia de tenerla cerca y a ella no le importó lo más mínimo hacia dónde la dirigía. Caminó unos metros hasta que su espalda topó con una pared mientras Rory le acariciaba los costados arriba y abajo. Sentir aquellas manos sobre su piel lanzaba miles de descargas por todo su ser.

Los labios de él abandonaron su boca para dejarle un reguero de besos por la mandíbula y el cuello. Cerró los ojos y se dispuso a disfrutar de la sensación. Entonces, las manos hicieron un alto en su cintura y, bajando un poco, se cerraron en torno a sus glúteos para pegarla aún más a él. Ni una brizna de aire cabía entre ellos.

Fue su turno de tratar de deshacerse de los pantalones que él aún llevaba puestos. A esas alturas, la urgencia de sentirlo tan desnudo como estaba ella amenazaba con echar abajo la poca cordura que le quedaba.

—Déjame a mí —musitó Rory contra sus labios.

—Sí —contestó antes de comenzar a besarlo sobre el esternón y la fina línea de vello que lo cubría.

Al sonido de la cremallera lo siguió el de un envoltorio metálico. Rory dio un paso atrás para colocarse el preservativo, que ella contempló con impaciencia. En cuanto estuvo segura de que había acabado, volvió a tenderle los brazos. Con prisas, Rory la alzó y ella se apresuró en rodearle las caderas con las piernas.

—Tara… —susurró él contra sus labios. La necesidad que se adivinaba en la manera en que había dicho su nombre hizo que se estremeciera.

—Rory. No quiero esperar más.

El gruñido que él dejó escapar le advirtió de que hasta allí había llegado su paciencia. La apoyó contra la pared, soportando su peso con las caderas. Sintió cómo se enfrentaba a ella para colocarse ante la entrada a su cuerpo, mientras que sus frentes descansaban la una contra la otra.

—Estás muy mojada.

—Lo sé. Y tú tienes la culpa.

Lo oyó contener la respiración y el rictus se le endureció.

—Dios, Tara. No puedes decirme eso.

—Por favor. Ya —volvió a suplicar—. Te quiero dentro.

Sin más, Rory se hundió en ella de una sola embestida. Sentir la intromisión la hizo contener el aliento a la vez que sus dedos se cerraban en torno a los firmes músculos de los hombros.

—Joder —masculló él entre dientes con la mandíbula apretada y los ojos cerrados—. Mueve un poco las caderas hacia adelante. —Ella le hizo caso de inmediato. El resultado fue ver cómo Rory cerraba con fuerza los ojos y apretaba la mandíbula—. Eso es. Muy bien, preciosa.

El nuevo ángulo dejó atascado un gemido en su garganta al notar que Rory la penetraba aún más profundamente.

Él comenzó a abandonar su interior, pero antes de hacerlo por completo, volvió a penetrarla con ímpetu. Cualquier otro asunto que estuviera rondando por su cabeza que no fuera aquel hombre salió despedido de su mente para hacerle espacio solo a él. Rory repitió el movimiento, una y otra vez, cada vez más rápido y más hondo. La estaba volviendo loca.

—Dios santo —gimió contra su cuello al tiempo que lo aceptaba y su espalda golpeaba la pared en la que se apoyaba.

—Hazlo, Tara —la alentó con la voz ronca y entrecortada mientras la poseía a base de embestidas—. Noto cómo estás a punto…

—Lo estoy. Rory…

—Maldita sea. No creo que pueda aguantar mucho más sin correrme.

—Yo tampoco. —Su propia voz sonaba necesitada a sus oídos. Notaba cómo la euforia del clímax que casi ya podía rozar con las yemas de los dedos comenzaba a arremolinarse en su vientre—. ¡Rory!

Entonces, una mano de él resbaló desde su nalga para introducirse entre sus cuerpos y, con un sutil movimiento, le acarició el hinchado botón que era su clítoris. El asalto la pilló de sorpresa, como también lo fue el orgasmo que explotó al instante e hizo que se tensara entre sus brazos.

—¡Rory! —gritó ella sin medir su reacción mientras los espasmos la sacudían sin control.

—Eso es. Sigue, preciosa —lo escuchó decir a la vez continuaba con su caricia—. Quiero sentirte.

Sus palabras la alentaron a dejarse llevar por aquella ola que la engullía y que no le permitía sacar la cabeza a la superficie. Perdió la conciencia del tiempo, pero antes de que notara que comenzaba a descender de la montaña rusa a la que él la había impulsado, advirtió que Rory cargaba con ella hasta la cama sin abandonar su cuerpo. Cuando la dejó sobre el colchón, aún instalado entre sus piernas, lo atrajo hacia ella y volvió a besarlo.

Acababa de alcanzar su liberación y un nuevo orgasmo ya amenazaba con tragársela cuando notó que él retomaba sus envites.

Alzó ligeramente las caderas y él se hundió más en su interior. Era una sensación maravillosa y la estaba dejando sin aliento. La única respuesta que encontró fue apretar los párpados y echar la cabeza hacia atrás para entregarse por completo.

—Mírame, Tara. —El tono de voz que utilizó Rory le acarició el oído como si lo hubiese hecho un guante de terciopelo. Abrió los ojos y se lo encontró a pocos centímetros—. Desde aquella noche en el almacén, en la que decidiste que te follara desde atrás, supe que quería volver a estar contigo. Quiero ver cómo te corres otra vez.

Sus palabras la encendieron de nuevo y reavivó el deseo. Sosteniéndose sobre sus brazos extendidos, Rory alivió el peso de su

cuerpo al tiempo que se hundía una y otra vez en ella con el ritmo de un pistón. Era exquisitamente insoportable.

La ola del nuevo orgasmo arrasó con su cordura y con todo lo que encontró a su paso. Se aferró a él con fuerza mientras su cuerpo luchaba por mantenerlo en su interior.

—¡Oh, Dios mío! ¡Rory!

—¡Tara! —Rory incrementó la intensidad de sus embestidas—. ¡Joder, Tara! No puedo aguantarme más. —Un segundo después se tensó sobre ella y, echando la cabeza hacia atrás, se derramaba en su interior con un largo gruñido que la sacudió por entero.

La habitación se llenó de las respiraciones agitadas, ansiosos ambos por recuperar el aliento. Despacio, Rory volvió a inclinarse sobre ella para darle un nuevo beso, mucho más tranquilo, desprovisto de la urgencia que los había llevado en volandas segundos atrás. Se miró en los ojos de Rory, tan cerca que podía ver su propio reflejo en ellos. Hasta ese momento, había pensado que eran azules, pero se estaba dando cuenta de que, en medio de ese lago azul, flotaban motitas verdosas, esas que los hacían tan especiales.

No se le ocurrió pensar que era algo incómodo estar bajo aquel cálido cuerpo que la aplastaba en parte contra el colchón. Rory enterró el rostro en el hueco de su cuello; cada exhalación que él daba la notaba sobre su piel como una caricia que lograba que se estremeciera sin poder controlarlo.

Finalmente, muy despacio, él se incorporó.

—Ahora vuelvo —susurró contra sus labios antes de salir de dentro de ella y levantarse de la cama.

Se llevó la mano al pecho y notó el latido atropellado de su corazón, que parecía no querer calmarse. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien.

«Esto ha sido mejor que en el almacén», consideró mientras una mueca pícara bailoteaba en sus labios.

Rory regresó apenas un minuto después, igual de desnudo que se había marchado. Se había mojado y echado para atrás el pelo, peinado con los dedos, aunque algunos mechones más largos se

habían escapado y le caían sobre la frente; le sentaba muy bien aquel sutil cambio.

Se paró a los pies de la cama y la miró. De nuevo, ahí estaba esa sonrisa a medias que le estaba comenzando a gustar tanto.

—¿No tienes frío? —preguntó él.

Ella arrugó la nariz.

—Hmm, no demasiado.

Rory se apresuró a tomar el edredón y a echarlo hacia atrás. Se metió bajo las sábanas y le tendió una mano.

—Ven aquí.

En ningún momento consideró no aceptar la oferta. Levantó el otro extremo del edredón y se coló debajo. En cuanto estuvo entre sus brazos, él la pegó inmediatamente a su cuerpo. En silencio se preguntó cómo era posible que no notara aquello como algo extraño y que, en cambio, se sintiera tan cómoda y relajada.

Aunque dudó unos instantes, le puso la mano sobre el abdomen y se pegó a él mientras buscaba acomodarse sobre el bíceps. Cerró los ojos y suspiró.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Separó un párpado y lo miró de soslayo.

—¿Por qué me da que esa pregunta está formulada para que te diga que ha sido el polvo de mi vida? —Rory boqueó, como si quisiera refutarle la pregunta. Lo observó encogerse de hombros y ella no pudo reprimir una carcajada—. Me ha gustado mucho, si eso te hace sentir mejor —dijo ella al fin cuando fue capaz de controlarse.

Él la acompañó en sus risas. Le gustaba esas arruguitas que se le formaban en las comisuras de los ojos y en cómo estos le brillaban con las bromas compartidas.

—A mí también me ha gustado —replicó él.

El silencio que se apoderó de la habitación a continuación no tenía nada de pesado e incómodo, en contra de lo que podría haber llegado a creer. Un tipo al que conoció una noche y con el que se había acostado… Y con el que acababa de repetir.

Notó un suave beso sobre su pelo y suspiró una vez más. Le había encantado el sexo con Rory; la había complacido esa ansia

que había advertido en sus ojos cuando la aplastó contra la pared, pero también tenía que admitir que la versión dulce, esa que la abrazaba y la besaba sin venir a cuento, también le gustaba. Dos versiones distintas de amantes en un mismo hombre. No sabía por cuál inclinarse.

Pensó que él se había dormido, sin embargo, notó que se acomodaba a su lado y la ceñía aún más de la cintura para atraerla hacia sí.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —la sorprendió diciendo.

Su tono de voz era cálido e íntimo. Asintió sin pensar.

—Claro

—¿Por qué no me dijiste quién eras cuando nos vimos en la fiesta de tu padre?

Esa misma pregunta se la había hecho ella en varias ocasiones desde aquel día. Recordó cómo su corazón se había parado un segundo para volver a latir con más fuerza al reconocerlo. Jamás había pensado que volvería a cruzarse con el hombre con el que había compartido un buen rato una noche; mucho menos, encontrarlo en su casa.

Se tumbó boca arriba y se mordisqueó el labio inferior, pensativa.

—No lo sé —admitió—. Supongo que me dio vergüenza que pensaras que era una facilona y que me iba acostando con cualquier tío guapo que me hacía ojitos.

—No pensé eso en ningún momento. No es algo que yo te reprocharía —contestó él muy serio.

—Sí he de confesarte que he querido contártelo varias veces, pero por una causa o por otra, lo he ido retrasando. —Giró la cabeza y se encontró de lleno con su mirada clavada en ella, atento a cada palabra que salía de su boca. Con delicadeza, Rory le retiró un mechón de pelo que se le había quedado pegado en la mejilla y que se había soltado de su coleta.

—Ahora no me importa… —dijo él antes de que en sus labios se ensancharan por enésima vez con una sonrisa—. Así que «tío guapo», ¿eh?

Estaba aprendiendo muy rápido que con Rory no había oportunidad de no pasarlo bien, ya fuera de una manera o de otra. Fingió contrariedad, pero lo cierto era que estaba a punto de soltar una carcajada.

—¡Oh, venga ya! No querrás que te regale los oídos.

Él se acercó un poco más y le rozó la oreja con la punta de la nariz.

—¿Ni un poquito? —le susurró muy cerca—. ¿De verdad? —Su aliento disparó de nuevo una punzada de deseo en su vientre.

Cerró los ojos con fuerza y se concentró en las caricias que él estaba empezando a desplegar, lentas y dedicadas; poco a poco fueran descendiendo por su cuello para pasar por su clavícula hasta que, con los labios, atrapó el pezón ya endurecido.

Se le escapó un gemido al notar cómo la lengua lo excitaba.

Perezosa, sin ningún interés en que él dejara de regalarle aquellas atenciones, le pasó una mano despacio por la nuca.

—¿Qué…? ¿Qué haces? —La voz apenas le pasaba por la garganta mientras sentía que el deseo la cubría por entero como una tormenta de arena caliente en el desierto.

—¿Acaso no lo ves? —El cálido aliento de él cosquilleó su húmedo pezón.

Tragó saliva antes de responder. Bajó la cabeza y miró cómo Rory se empeñaba en darse un festín.

—Lo veo y lo noto. A la perfección —logró decir sin saber cómo había podido construir la sencilla frase en una mente en la que no tenía cabida nada más que lo que él la estaba haciendo sentir.

Una mano de Rory viajó hacia el otro pecho y, con cuidado, lo acarició. El estremecimiento que la recorrió le hizo levantar la espalda del colchón.

—Entonces concéntrate en disfrutar —susurró él, enfocado plenamente en su tarea, esa que le estaba restando cordura por momentos.

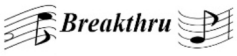
Trató de tomar aire al tiempo que sus dedos se aferraban a las sábanas.

—Creía que…

Rory alzó el rostro. Vio en él la misma expresión del gato que acaba de encontrar su lata de atún.

—¿Que ya había acabado contigo por esta noche? —la interrumpió. Con un ágil movimiento, se instaló entre sus piernas—. Inglesita, estoy muy lejos de eso.

16



De manera perezosa, Rory se estiró en la cama mientras una sonrisa de satisfacción se dibujaba en su rostro. Buscó a tientas la otra almohada y la atrajo hacia él para acomodarla entre sus brazos. Entonces, a su nariz llegó un delicado olor, muy sutil, que no solía asociar con sus sábanas. De golpe, el recuerdo de la noche anterior regresó a su memoria y Tara, con él.

«Y si estoy sosteniendo la almohada, ¿dónde está…?».

Se acodó de golpe sobre el colchón como si lo hubieran pinchado con una aguja. Parpadeó varias veces y se rascó los ojos con el dorso de la mano hasta que estos lograron enfocar la figura que se encontraba ante la ventana. Vestida con una de las camisetas que llevaba el día anterior y en ropa interior, dándole la espalda, estaba Tara.

Dejó escapar un suspiro de alivio y se relajó al tiempo que su vista se recreaba en aquellas suaves curvas que había dibujado con su lengua y con sus labios horas atrás.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó. Se percató por el respingo que dio la chica que no lo había escuchado despertarse.

—Creí que aún dormías. No quería hacer ruido.

—Y no lo has hecho —respondió a la vez que adecuaba el edredón en el regazo.

Ella le retiró la mirada y asintió.

—Aún es de noche. Falta un rato para que amanezca, pero tengo que irme ya.

Las palabras lo golpearon en el pecho.

—¿No puedes quedarte un rato más? —Su voz sonó ansiosa. No podía ser que la noche fuera a acabar tan pronto.

La vio bajar la cabeza y negar con un sutil movimiento.

—No, no puedo. Aunque trabajo mañana por la tarde, quiero llegar a casa antes de que mis padres se levanten. Tengo que llamar a un taxi, o a un uber. Aún no hay…

—Si quieres, te puedo llevar en la moto a tu casa.

La oferta lo sorprendió a él tanto como a Tara. Pensó en cuántas veces había hecho ese ofrecimiento a algunas de sus conquistas de una noche, pero el cálculo acabó muy pronto: ninguna.

—No… No hace falta. Muchas gracias —contestó al fin Tara.

—No me importa —insistió. No tenía ni idea de cómo hacerle entender que se resistía a que la noche acabara si todavía podía arañarle algunos minutos al reloj—. Lo digo en serio.

Apreció que dudaba unos momentos, pero cuando la vio acceder con un cabeceo, un suspiro de alivio se le escapó entre los labios.

—Está bien —añadió ella—. Entonces, ¿puedo…? ¿Puedo darme una ducha?

—Por supuesto. Hay toallas limpias en el armario que está junto al lavabo. Pero aún puedes esperar un rato, ¿no?

—Supongo que sí.

Alargó el brazo hacia ella.

—Ven aquí.

Tara no dudó en ir hacia él. En cuanto la tuvo a su alcance, tiró ligeramente de su mano para que regresara a la cama. Un momento después, volvía a estar junto a él.

La oyó soltar un pequeño suspiro y se dio cuenta enseguida de que comenzaba a relajarse. Con calma, depositó un suave beso sobre su pelo. Notaba una extraña sensación en el pecho que no sabía de dónde había salido. Tal vez era demasiado osado pensar que aquella había sido la noche de su vida. No era un adolescente con la primera chica con la que se acostaba. Llevaba flirteando con mujeres desde que tenía edad para afeitarse y había pasado por muchas camas –o sofás, o coches, tanto daba–. Sin embargo, nunca había deseado tanto que la noche jamás acabara. Se sentía muy bien con Tara; incluso a él lo había desconcertado lo bien que

encajaba entre sus brazos y la sensación de plenitud que había notado cuando el cuerpo de Tara lo había acogido.

«¿Tal vez te estés haciendo mayor?», se cuestionó en silencio sin soltarla en ningún momento.

«Deja de pensar tonterías, anda».

Tara se removió pegada a su cuerpo.

—Se me ha olvidado preguntar cómo se encuentra tu amigo Pete. ¿Está mejor? ¿Ya ha salido del hospital?

—Eh… No, no, sigue allí, el pobre…

—¿Se ha leído los libros que le llevaste?

—Pues… Supongo que algunos sí.

No había esperado que ella se separara un poco de él, se apoyara sobre la almohada y lo mirara con seriedad.

—Uy, que lo he llamado Pete, ¡qué desliz el mío! ¿No se llamaba Paul? ¿Paul, el accidentado? —Notó que las mejillas se le encendían, pero antes de poder justificarse, Tara se echó a reír—. Anda, tranquilo. Sé que no existe ningún Pete. Ni ningún Paul.

Se pasó la mano por el pelo, descolocado.

—¿Cómo te has enterado?

Indicando con su dedo pulgar sobre su hombro, Tara señaló hacia la cómoda que estaba frente a la cama.

—Los libros que te vendí. Están todos ahí.

Miró hacia el lugar al que Tara apuntaba y luego a la chica. Finalmente, se dejó caer sobre la almohada.

—Me has descubierto.

Tara volvió a echarse a reír. Su risa era auténtica e iluminaba con ella la habitación que aún permanecía en penumbras.

—Creo que lo sé desde el mismo instante en que me pediste el primer libro.

Se mantuvo unos segundos con la vista clavada en ella, con una sonrisa en sus labios pugnando por salir a la luz.

—¡Ah! ¿Sí?

—Totalmente. No me lo creí en ningún momento.

—Tengo que entrenar mis dotes de actor.

—Sin duda alguna.

—¿Estás molesta porque te haya mentido?

Ella descansó su mejilla sobre la palma de la mano y lo miró con calidez.

—No tengo derecho a estarlo después de que te haya estado ocultando quién era yo. Pero tengo curiosidad, ¿por qué lo hiciste?

Aunque quisiera dejar de mirarla –algo que, en realidad, no deseaba–, sus ojos iban una y otra vez a ella. No le parecía suficiente el tiempo que había pasado esa noche con ella; quería aprenderse cada pequeña peca que tenía sobre la nariz; confirmar si arrugaba la frente cuando no entendía algo o en si se mordisqueaba el labio inferior cuando parecía que estaba pensando.

—¿Quieres que sea sincero?

—Por favor.

Se colocó sobre el lado derecho y la enfrentó.

—Quería volver a verte y creí que era una buena idea fingir lo de los libros.

Tara parpadeó varias veces.

—¿Querías volver a verme? ¿A pesar de que sabías que te estaba mintiendo?

—Exactamente. —Ella trató de decir algo, pero pareció pensárselo mejor y acabó apretando los labios—. Bueno, al menos ya no tendré que dejarme el sueldo en libros —comentó él, entre aliviado y divertido.

Los dos, a la vez, rieron con ganas. Era muy fácil hablar con Tara. Se sentía muy cómodo con ella. Nunca había llevado a nadie a su casa, nunca una mujer había pasado la noche en su cama, pero Tara parecía encajar allí a la perfección. Y el deseo de que aquello se pudiera repetir en algún momento lo pilló desprevenido.

«Y que se repita cuanto antes».

Un suave sonido en la puerta, que Rory había cerrado en algún momento de la noche, hizo que Tara girara la cabeza hacia el lugar, extrañada.

—¿Están…?

—Espera aquí.

Se levantó de la cama y apenas abrió un resquicio, su gato, con un caminar majestuoso, con la cola y la cabeza en alto, entró en la habitación como si el lugar le perteneciera.

Tara se arrastró hacia el borde del colchón y, en ese momento, el animal dio un salto hacia la cama para encontrarse frente a frente con la chica.

—¡Oh, vaya! Hola… ¿O'Malley? —preguntó ella después de leer la chapa de metal que el animal llevaba colgado al cuello. Tara alzó el rostro hacia él y lo miró—. ¿Has llamado a tu gato como el de *Los Aristogatos*?

Él se encogió de hombros antes de regresar a la cama y sentarse frente a Tara al tiempo que acercaba al gato hacia sí y le acariciaba el lomo.

—¿Has visto su color?

Ella asintió casi con exageración.

—Sí. Es naranja.

—Muy naranja. Como el de la película. Y tiene el mismo plante de chulo que él —comentó con ligereza—. Me lo encontré hace unos años en la nave de la empresa. Parecía recién salido de una bolsa de Cheetos, de tan naranja que era. Un día cometí el error de darle un trocito de mi sándwich y debió de pensar que tenía buffet libre, porque comenzó a acercarse a mí a la hora de comer.

—Pobre, debía de estar muerto de hambre —comentó ella a la vez que componía un mohín de tristeza—. ¿Y entonces te lo trajiste a casa?

—Bueno, aún tardé un poco en hacerlo. Un día, al salir del trabajo me lo encontré subido en el sillón de la moto, como si supiera de quién era —prosiguió con la mirada fija en quien consideraba su compañero—. Tengo un corazoncito, aunque no lo parezca, así que no tuve más remedio. Nos llevamos bien, ¿verdad, O'Malley? —Lo alzó en vilo y acercó su cabeza a la del felino—. A veces creo que me quieres por pura conveniencia: solo me haces caso cuando te toca comer; el resto del día me ignoras.

O'Malley le maulló con la cara vuelta hacia el lado contrario.

Tara siguió con la vista al gato cuando él lo dejó de nuevo entre ellos. Sin dudar, la chica acarició el lomo del animal con delicadeza mientras que una sonrisa emergía de sus labios. Al gato pareció gustarle que una extraña le diera mimos, así que, tras dejar escapar un leve maullido, se giró para buscar la mano de ella y frotar su

frente contra la pierna de Tara. Ella le respondió con una larga caricia.

Apretó los dientes. En ese momento quería ser O'Malley y que ella lo tocara como estaba haciendo con el gato; quería ser el centro de sus atenciones y que recorriera su cuerpo con sus manos y lo dejara tiritando de ganas por tumbarla y volver a perderse entre sus piernas.

«¿Será posible que tenga envidia de un puñetero gato?», se cuestionó algo enfadado consigo mismo. Era absurdo.

—¡Qué mono es! —dijo ella, encantada con el caso que le hacía O'Malley. Ella lo tomó de la cabeza con delicadeza y lo acarició sobre la nariz—. Parece que le gusto.

«Y a mí también me gustas».

El pensamiento lo zarandeó con fuerza. ¿Cuándo había pasado de «tengo ganas de acostarme con ella» a «me gusta»? consideró en silencio, muy serio, mientras seguía las carantoñas que Tara le prodigaba al gato. Eran dos asuntos muy distintos, aunque el pensamiento no debería extrañarle, recapacitó. A fin de cuentas, ella era una mujer preciosa y se divertía cuando estaban juntos, incluso cuando no había sexo de por medio. Tal vez era de lo más normal que estuviera desarrollando por ella otros sentimientos que no fueran las ganas de llevársela a la cama.

En cuanto se percató de los derroteros que estaba tomando su mente carraspeó para aclarar la garganta. Tomó a O'Malley en brazos y lo puso en el suelo.

—Venga, colega, vuelve a tu cama. Es demasiado temprano para que te dé de comer, que luego pides a deshoras. Andando.

Como si hubiera entendido cada palabra, el gato lo miró por encima del hombro y, con total autosuficiencia, enfiló hacia el pasillo con la cola en alto y un andar de pasitos cortos y lentos que parecía decir «ya me las pagarás luego».

Atisbó por el rabillo del ojo que Tara no dejaba de sonreír al tiempo que contemplaba la retirada del gato. Sintió ganas de beberse de nuevo esos labios y de que lo besara a modo de respuesta. Nunca se había sentido más decepcionado con la llegada del amanecer.

Notó cómo el colchón se tambaleó sutilmente cuando Tara bajó de él.

—Bueno… —dijo mientras se dirigía hacia la puerta también. Se detuvo bajo el dintel y se giró hacia él—. Creo que voy a darme esa ducha. Como tenemos aún algo de tiempo… ¿me acompañas?

Tardó menos de un segundo en que su deseo por ella se reavivara como si hubieran pasado días desde que había estado hundido dentro de aquel suave cuerpo en lugar de un par de horas. Se puso en pie y caminó hasta detenerse frente a ella. Alzó la mano y le acarició la mejilla muy despacio. La vio cerrar los ojos y rendirse a su toque con un entregado suspiro.

—Estaba esperando que me lo pidieras.

El sol apenas estaba despuntando por el horizonte cuando Tara se bajó de la motocicleta de Rory. Se quitó el casco y se lo entregó.

—Muchas gracias por traerme.

Él tan solo se había subido la visera del suyo, pero fue suficiente para ver cómo sonreía.

—De nada.

Aquella noche había descubierto que se volvía tonta cuando Rory le ofrecía una de esas sonrisas que tan bien manejaba. Y que incluso se olvidaba de en dónde estaba en pie. Carraspeó para recuperarse de la impresión. Tan solo había dado un paso para alejarse de él cuando la voz de Rory la detuvo.

—Tara.

Se giró de nuevo hacia él.

—¿Sí?

—¿Puedo llamarte esta semana?

La pregunta la tomó por completo por sorpresa. Volvió a acercarse a él, luchando contra la sonrisa que amenazaba con desbordar sus labios.

—¿Me estás pidiendo permiso para salir conmigo? —quiso saber ella.

Rory tardó unos largos segundos en contestar hasta que lo vio asentir.

—Eso creo, sí.

—Pensaba que eras de los de una noche y hasta luego.

El hombre torció un poco el gesto.

—Yo también, aunque creo que para todo hay una primera vez.

—¿Soy tu primera vez? —Se llevó una mano al pecho, divertida —. Me emocionas. Te he desvirgado en algo.

—No te rías, Inglesita.

No pudo evitarlo y eso fue lo que hizo.

—Lo siento —dijo cuando fue capaz de controlarse. Entonces, la máscara de seriedad que apreció en el semblante de Rory le hizo necesitar hablar claro antes de responder a su pregunta—. Pero quiero puntualizar algo…

—Tú dirás.

Dio un paso más hacia él y se aguantó las ganas de tomar su mano y de entrelazarle los dedos.

—Voy a ser honesta: me gusta estar contigo, Rory —comenzó diciendo—. Me divierto y el sexo contigo es… bueno, es genial. Pero hasta ahí. No busco una relación ni tampoco una pareja. ¿Sexo? Perfecto. ¿Algo más? No soy de esas.

Por la mirada que él le dedicó creyó que iba a estar en desacuerdo; que se quejaría o algo parecido, pero, en cambio, el hombre asintió.

—Me parece bien —contestó él—. Y si me parece bien… ¿eso es un sí? ¿Puedo volver a llamarte? O ir a buscarte a la librería para…no sé ¿lo que surja?

—Sí. De acuerdo —contestó convencida—. Lo que surja está bien.

Ahí estaba de nuevo esa sonrisa que, en cuanto aparecía, ella sentía que se le aflojaban las rodillas. Lidió con las ganas de volver a montarse en la moto detrás de él, regresar a su casa y meterse de nuevo en su cama.

Sin más, Rory apuntó hacia el jardín con un gesto de la cabeza.

—Entra ya. Hace frío.

—Está bien.

—Adiós, Tara.

—Adiós.

Vio cómo él ponía en marcha la motocicleta y, al instante, se alejaba calle abajo.

Dejó escapar un largo suspiro y enfiló hacia su casa con paso lento. Se arrebujó como pudo en la cazadora. Sentía las manos frías y también los muslos porque la falda apenas le cubría hasta media pierna, pero pensó que no habría cambiado el viaje helado en moto por otro más calentito en un taxi si eso hubiese significado no ir agarrada a Rory y pegada a él.

Cuando abrió la puerta, la casa estaba en silencio. Se dirigió a la cocina para tomar un vaso de agua y la figura de Brianna, sentada a la mesa mientras sostenía una taza entre sus manos, la hizo dar un respingo.

—¡Joder, Bri! Me has asustado.

Su hermana, sin inmutarse, se llevó la taza a los labios. Sopló un poco sobre el borde y una pequeña voluta de vapor emergió de ella.

—Si no hubieras entrado como un ladrón a las tantas de la noche… Rectifico: de la mañana…

Se dejó caer en una silla frente a ella.

—¿Hay más té?

Brianna señaló hacia la tetera que estaba frente a ella, sobre la mesa.

—Sírvete.

—Estoy helada —comentó a la vez que iba a por una taza vacía. Regresó a su asiento, se sirvió y se llevó a los labios la infusión—. Qué rico y qué bien sienta.

Notó los inquisitivos ojos de su hermana fijos en ella.

—No voy a preguntarte de dónde vienes.

—Mejor —contestó—. Así no tengo que mentirte. ¿Y tú? ¿Dónde vas tan temprano?

—Tengo partido con el equipo —dijo su hermana.

—¿Cómo te va siendo la fisioterapeuta del equipo de baloncesto del Trinity Collage?

—Muy bien —respondió Brianna a la vez que se servía una nueva taza de té—. Los chicos son muy simpáticos.

—¿Y el entrenador?

La vio sonreír con disimulo.

—¿Daniel? Es buena persona, aunque él trate de mostrarse como un oso gruñón. Me causa intriga.

—¿Eso es todo lo que te causa? —insistió con una ceja alzada. No podía evitar tomarle el pelo a Brianna. Era así entre ellas desde que eran unas niñas.

—Eso es todo, sí. —Brianna la miró de arriba abajo.

No deseaba entrar en un debate inútil con su hermana a esa hora tan temprana, así que se encogió de hombros.

—¿Se han levantado papá y mamá? —preguntó en cambio.

—No. Papá me dijo ayer que hoy tenía día libre. Y ya sabes que, cuando tiene un día de descanso, ninguno de los dos madruga.

Suspiró aliviada. No tenía muchas ganas de encontrarse frente a frente con su madre y que le preguntara de dónde venía a esas horas.

—¿Sigues buscando un lugar para alquilar?

La pregunta de Brianna hizo que se envarara en su asiento.

—Pues sí —contestó decidida—, pero o bien no encuentro nada que me convenza demasiado o se me va de presupuesto.

—Algo encontrarás, seguro.

—Espero que sí.

Acabó su taza, se puso en pie muy despacio y, al moverse, algunos de sus músculos se quejaron. «Demasiada actividad para una noche, amiga», pensó; sin embargo, se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—Me da cierto apuro imaginar por qué estás tan risueña, Gusanito. Tienes toda la pinta de alguien que lo ha pasado muy, pero que muy bien.

—Pues no imagines —replicó tratando de mantener a raya la sonrisa que se empeñaba en aflorar por sus labios—. Bueno, me voy a la cama.

—¡Oye! —Se giró de nuevo para enfrentar a Brianna—. En el armario del baño hay crema reparadora. Ve y ponte un poco. Tienes los labios hinchados y el mentón rozado. Parece que has estado besando a un puercoespín.

Sintió que los colores se le subían a las mejillas y se pasó la mano por la barbilla. Era cierto, notaba la piel sensible e irritada. Con las mejillas ardiendo, asintió.

—Sí, creo que es lo mejor. Adiós, Bri, y buena suerte con ese partido.

—Venga, ve a descansar, Gusanito. Me da que lo necesitas.

Subió la escalera con una sonrisa que no le cabía en el rostro. Despacio, se pasó las yemas de los dedos por los labios. Apenas hacía una hora, Rory se había dado un festín con ellos y consideró que daba por bueno ese pequeño malestar porque, a cambio, se había llevado un montón de besos.

No, no se quejaba en absoluto.

17

—¡Buenos días, jefe!

Rory saludó con un gesto de la mano a McKenna, el viejo empleado que solía hacerse cargo de organizar el vaciado de los camiones de transporte.

—Lo de «jefe» lo dejas para Kevin —dijo con retintín—. ¿Cómo va la faena?

El hombre señaló hacia el camión del que estaban bajando un palet de cajas.

—Todo en orden. Lo acabaremos en… media hora —dijo McKenna tras mirar el reloj que llevaba en la muñeca—. Dentro de cuarenta y cinco minutos llega el de la ruta de Galway y necesitamos ese muelle vacío.

—Estupendo.

—¡Rory! Te estaba esperando.

Giró la cabeza hacia el lugar en donde había oído la voz de su primo. Vio llegar a Kevin con un caminar rápido. No llevaba puesta su chaqueta, traía las mangas de la camisa remangadas sobre los antebrazos y la corbata medio deshecha. Lo miró de arriba abajo.

—¿Quién demonios ha muerto? —preguntó extrañado.

—Yo, si no encuentro una solución —se quejó Kevin muy serio —. Vamos a mi despacho, anda.

Sin darle tiempo a que le dijera que tenía otros asuntos que atender, su primo dio media vuelta y enfiló hacia la escalera. Ni se molestó en mirar hacia atrás y ver si lo estaba siguiendo; dio por hecho que lo haría.

«Si no me queda más remedio…», pensó antes de seguir sus pasos hacia el piso superior, en donde estaba el despacho de Kevin.

—Vamos a estar ocupados, Moira —lo escuchó decir al pasar junto al escritorio de su secretaria. La mujer se limitó a asentir y

siguió trabajando en lo que tenía en su pantalla.

Cerró la puerta en cuanto entró en el despacho. Kevin ya se había sentado y tenía ante sí un montón de papeles desperdigados.

—A ver, qué se te ha roto —rezongó él. Separó un poco el sillón de ese lado del escritorio y se arrojó en él.

—La cabeza. Si no encuentro alguien que vaya por mí hoy a Kilkenny, a la reunión con unos posibles inversores, Rory.

Antes de que su primo añadiera nada más, hizo un gesto de negación tan rotundo que no entendió cómo no se le había dislocado el cuello.

—No. Ni lo pienses.

Kevin se dejó caer contra el respaldo de su asiento con energía.

—¡Venga ya, Rory! Te necesito.

—No voy a ir a Kilkenny —atajó con firmeza— y mucho menos voy a meterme en una reunión… ¡¿Qué hago yo en una maldita reunión?! ¡Que no, vamos, que no!

—Yo te asistiré desde aquí.

—¿Y por qué no vas tú y acabamos con el problema?

—Porque tengo otras reuniones aquí igual de importantes. Y, que yo sepa, aún no domino el poder de la bilocación.

—Pues deberías comenzar a trabajar en ello.

Kevin echó la cabeza hacia atrás y se cubrió el rostro con la mano.

—¡Dios, Rory! ¡Qué mollera más dura tienes, joder!

Lo miró con ojos entrecerrados y observó a su primo por unos instantes.

—Cuando empiezas a maldecir es que las cosas se te están escapando de tu control.

—¡Y tanto que se me están escapando! —exclamó Kevin—. Hay que estar allí esta tarde, a las dos. Pero es que también tengo la reunión aquí, en Dublín, con unos posibles clientes que nos lanzarían a los primeros puestos de las empresas del sector, Rory. Es muy importante que cerremos ese trato.

—¿Y no puedes cambiar la reunión de Kilkenny?

Kevin se pasó una mano por el pelo, despeinándose en el proceso. Tenía que admitir que no recordaba haberlo visto tan

alterado en mucho tiempo.

—La tenía agendada para final de semana, pero los inversores vienen desde Alemania y han tenido que adelantar su viaje a Kilkenny por no sé cuáles cuestiones y me han preguntado si habría algún problema en tenerla hoy. Dime, ¿qué les digo? ¿Que no puedo reunirme con ellos? ¡Mierda, Rory! Échame una mano, por favor. No llego a todo.

Sabía que, si le decía que sí, que lo ayudaría, iba a meterse en un problema, no con Kevin, sino con él mismo. No sabía cómo iba a enfrentarse a esos alemanes ni qué debía hacer ni qué debía decir, pero ¿desoír el grito de ayuda de Kevin? Tampoco podía hacer eso.

Bajó el rostro y soltó un bufido de rendición.

—Sé que me voy a arrepentir de esto, Kev.

El suspiro de alivio que dejó escapar su primo se le clavó en el alma.

—Gracias, Rory.

—Dámelas cuando regrese, anda. Venga, dime, qué tengo que hacer.

Con rapidez, Kevin rodeó el escritorio, puso su maletín sobre la mesa y de dentro sacó una llave magnética.

—Esta es una de las llaves de seguridad de mi casa.

—¿Y se puede saber para qué la quiero?

Kevin lo miró unos segundos.

—¿Tienes algo más decente que ponerte que esos pantalones de trabajo y esas camisas?

—Voy decente. El señoritingo inglés eres tú.

—Bueno, pues necesitas algo más formal para las reuniones —dijo Kevin, resolutivo—. Ve a mi casa, toma un par de trajes del vestidor y también un par de camisas. ¡Ah! Y zapatos. No se te ocurra ir con las botas.

—¿Esto es en serio? —preguntó sin atreverse a parpadear.

—Completamente. Después toma un taxi y que te deje en la estación. Moira ha reservado un billete en el tren de las doce. Te lo enviará ahora a tu teléfono. También ha reservado una habitación en el Pembroke. A las dos tienes la reunión. Es muy cerca de allí, en el River Court, pero en ese hotel ya no tenían habitaciones disponibles

—soltó Kevin en retahíla. Sin embargo, no le prestaba mayor atención. Su mente se había quedado en que debía sacar un par de trajes del armario.

Volvió a pasarse la mano por el rostro.

—Esto va a salir como el rosario de la aurora, Kev.

—¡No seas idiota! —Su primo echó un vistazo a la documentación que tenía dentro del maletín que aún estaba abierto sobre la mesa—. Aquí dentro va todo lo que necesitas. Cuando ya estés en el tren llámame y hablamos.

Observó cómo Kevin le tendía el maletín, pero él no era capaz de estirar el brazo para agarrarlo porque, si lo hacía, no había vuelta atrás.

—Kev…

—Cógelo, venga. No puedes perder tiempo.

Casi sin pensar, echó mano de él. Le pareció demasiado pesado para ser un simple maletín. Había visto los documentos que llevaba dentro y no justificaban el peso. Entonces cayó en la cuenta de que era su cerebro el que hacía que pareciera que llevaba piedras en su interior.

—Venga, date prisa.

Asintió de manera mecánica y salió de la oficina. Escuchó que, detrás de él, Kevin le pedía a Moira que le pasara toda la documentación a su correo. Bajó las escaleras con demasiada tranquilidad para el torbellino que se estaba gestando en su interior. Llegó hasta su moto con Kevin que le pisaba los talones. Metió el maletín en el cajetín del vehículo y buscó su casco.

—Llámame en cuanto estés en el tren, ¿de acuerdo? —insistió Kevin muy serio.

—Descuida.

Los ojos azules de su primo seguían clavados en él.

—Gracias, Rory.

—Ya me las darás cuando vuelva.

—Está bien. Anda, lárgate. Y elige bien mi ropa.

Con una sonrisa en los labios, se montó en la moto y se puso en marcha hasta Drumcondra.

Por fortuna, el tráfico en dirección hacia la pequeña localidad no estaba demasiado concurrido y tardó menos de diez minutos en estar allí. Aparcó la moto en el garaje de Kevin y entró en su casa. Eligió rápidamente los atuendos que iba a llevarse. Por fortuna, ambos tenían la misma complexión y casi la misma altura por lo que no se notaría que todo lo que llevaba era ropa prestada.

Llamó un taxi y, antes de que pudiera darse cuenta, estaba acomodado en el asiento del tren que lo llevaría hasta Kilkenny. Suspiró aliviado, había sido todo tan apresurado que mientras se dirigía a la estación temió no llegar a tiempo.

Pese a ese fugaz respiro, notaba los nervios alojados en la boca del estómago. Siempre, de muy joven, lo que peor había llevado era la incertidumbre de no saber qué iba a llegar a continuación. Se estaba percatando de que eso no había cambiado con la edad.

Antes de sacar el móvil del bolsillo de su cazadora, colocó sobre la mesita el maletín con la documentación que le había facilitado Kevin y, una vez que le echó un vistazo a todo para hacerse una idea de qué se iba a traer entre manos, llamó a su primo.

Por fortuna, nadie ocupó el sillón que tenía a su derecha, así que pudo hablar con tranquilidad durante el viaje.

El tren se detuvo en Kilkenny según su horario y él abandonó la estación. Buscó en el navegador del teléfono a qué distancia se encontraba el hotel que le había reservado Moira. Estaba a tan solo un paseo de quince minutos y él necesitaba con urgencia estirar las piernas y ordenar las ideas, así que enfiló hacia el establecimiento.

El lugar no era demasiado llamativo, con una fachada moderna y convencional que pasaba por completo desapercibida. Entró en el vestíbulo, se registró y enseguida tuvo en su mano la llave de la habitación.

En cuanto entró en ella le dio la bienvenida una cálida atmósfera y una cama enorme que tenía el aspecto de ser muy cómoda. Dejó sobre el edredón la bolsa que llevaba al hombro y fue directamente al baño. Se lavó la cara con agua fría y se miró al espejo durante unos segundos.

—No sé por qué has tenido que decir que sí, colega —le dijo al reflejo, el de un hombre que estaba aterrado de hacerlo mal y que

aquello por lo que su primo tanto había trabajado se fuera a la mierda.

Miró el reloj. Apenas tenía cuarenta y cinco minutos para vestirse, ir al hotel en donde se hospedaban los alemanes y comenzar la reunión. Y él ni siquiera había comido. Se había contentado con un pequeño sándwich durante el trayecto en tren, pero, si era sincero, dudaba mucho que algo le pasara por la garganta en ese momento.

—Con lo bien que estaría yo ahora mismo en Dublín… —masculló mientras se deshacía de su camisa, la arrojaba sobre la cama y abría la bolsa con la ropa de Kevin que había llevado.

De repente, se detuvo ante la imagen de la mujer que se conjuró en su mente sin él pedirlo. Tara no parecía querer abandonar sus pensamientos, aunque él no estaba haciendo grandes esfuerzos para que se marchara. Más bien al contrario.

Rebuscó en el bolsillo de su cazadora el teléfono móvil y, como si sus dedos fueran solos, buscó el contacto de ella. Un segundo después sonaba el primer tono de llamada.

—Hola, Rory.

Escuchar su voz lo hizo cerrar los ojos y sentarse de golpe en el borde del colchón. Esa era la manera en la que Tara lo afectaba.

—Hola —contestó cuando estuvo seguro de que su voz no iba a dejarlo en evidencia. Se oía bastante alboroto de fondo—. ¿Te pillo en mal momento?

—No, no. No te preocupes. He salido a comer un poco más tarde porque hoy hay bastante jaleo en la librería.

—¿Y eso?

—Hoy es el lanzamiento de la tercera parte de una famosa saga de romantasy. Tenemos muchos encargos. Puede que a tu amigo «Paul» le guste —la escuchó decir con retintín.

—Muy graciosa, Inglesita. —La oyó reír y el sonido hizo que olvidara por unos instantes lo nervioso que se sentía ante la inminente reunión. Intuyó que llamarla era buena idea y no se había equivocado—. Sé que te dije que te llamaría esta semana y mi esperanza era que nos pudiéramos ver en algún momento, pero creo que no va a poder ser.

—*Ya entiendo.* —La seriedad con la que le contestó le hizo pensar que Tara se estaba formando una idea equivocada de su negativa a verse.

—No, no es lo que tú piensas.

Escuchó a la mujer lanzar un largo suspiro.

—*¿Y qué es lo que yo pienso?*

—Que te estoy dando largas. —La frase sonó como una sentencia en sus oídos. Aguardó a que ella respondiera y los segundos se le hicieron eternos hasta que la oyó rendirse al otro lado de la línea.

—*¿Francamente? Suenas a eso. Pero, oye, no pasa nada si…*

—Por eso te digo que te equivocas —la interrumpió, molesto por las suposiciones que ella se había hecho—. He tenido que venir a Kilkenny para ayudar a Kevin.

—*¿Y qué te ha llevado a Kilkenny?*

—Kev tenía una reunión muy importante y no podía asistir porque le han retrasado otra y, al final, han terminado las dos coincidiendo en el tiempo.

La escuchó tomar aire y miró la pantalla del teléfono como, si de esa manera, pudiera verla a través de ella. Lamentablemente, no era así aunque no había nada que le gustaría más.

—*Entiendo.* —Su tono de voz se había suavizado y eso le dio esperanzas sobre que no se había enfadado—. *Oye, no es que tuvieras ninguna obligación de decírmelo, Rory.*

—Ya lo sé, pero quería que supieras que iba a estar fuera.

—*¿Hasta cuándo vas a estar ahí?* —quiso saber Tara.

—Hasta el jueves al menos. Con un poco de suerte regresaré el miércoles por la tarde.

—*De acuerdo* —contestó la chica—. *Entonces, ¿cuándo es la reunión?*

—Ahora, dentro de un rato. Y estoy aterrado —confesó—. Yo no suelo hacerme cargo de estas cosas. Bueno, no suelo no; jamás me hago cargo. Para eso está Kevin.

—*Lo estás ayudando. Eso dice mucho en tu favor.*

—No sé si ha sido buena idea, la verdad. Como meta la pata…

—*Ya verás que todo sale bien.*

Sus palabras, unidas al tono suave y asertivo que había utilizado, lo dejaron pensando que daría lo que fuera para que ella estuviera allí, junto a él.

—Eso espero.

—¿Me llamarás después para decirme cómo te ha ido?

Su pregunta lo tomó por sorpresa porque implicaba que deseaba seguir hablando con él.

—¿Quieres que te llame?

—Claro.

La sonrisa afloró por sí sola en sus labios.

—Está bien. En cuanto llegue al hotel te llamaré.

—Genial. Mucha suerte, Rory.

—Gracias, Inglesita.

Escuchó su risa y pensó que, solo por oírla, ya había merecido la pena ir hasta allí.

—Tengo que marcharme ya. Me espera una tarde movidita a mí también.

—Venga, ve.

—Adiós.

Se quedó unos segundos más con el teléfono pegado a la oreja a la espera de escuchar el tono que le indicaría que la llamada había acabado. Cuando dejó el móvil sobre el edredón la sonrisa no le cabía en la cara.

Tomó la camisa que iba a ponerse y la sacudió. Ya tenía una razón más para desear que la primera reunión acabara cuanto antes.

Tara guardó el teléfono en su bolsillo, aunque aún se mantuvo unos momentos más sentada ante la mesa del *pub* en donde había tomado un almuerzo rápido. No había esperado la llamada de Rory a esa hora. Podría decir que recibirla le había alegrado el día.

Era cierto que le había dicho que la llamaría, pero también conocía a los hombres como él; tipos que se interesaban por una mujer y que, una vez que habían conseguido meterla en la cama, se olvidaban de sus promesas.

«Tal vez Rory, después de todo, no sea como ellos», consideró.

«¿Te estás haciendo ilusiones, Tara? Baja de la nube, anda, que cuánto más alto subas, más te dolerá la caída. Además, no habéis acordado nada que no sea sexo y pasarlo bien cuando surja. ¿Por qué iba a molestarte si no llega a llamarte?».

Eso. ¿Por qué iba a molestarla?

Hizo un esfuerzo por dejar a un lado a Rory y le echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca. Mientras se colocaba bien el bolso sobre el hombro, se acercó al mostrador, pagó su consumición y salió del *pub* con paso rápido. No había exagerado ni un poco cuando le había contado a Rory que tenían mucho jaleo ese día en la librería. Incluso habían tenido que doblar el turno, por lo que tanto Marie como ella iban a trabajar toda la jornada.

Desde el exterior se percató de que el local estaba a rebosar. La mayoría de las personas que estaban dentro ya hacía cola tras el mostrador, a la espera de pagar su compra. Y casi todos llevaban en las manos el mismo libro. Buscó con la mirada la montaña que habían formado esa mañana en el escaparate a modo de reclamo. Ya era solo una pequeña colina.

Entró con rapidez, dejó su bolso en la trastienda y se incorporó a la faena en cuanto puso un pie en la sala.

Perdió la noción del tiempo y, cuando quiso darse cuenta, fuera ya estaba atardeciendo. En ese momento había menos clientes en la librería. Fue detrás del mostrador, se inclinó hacia adelante para desentumecer la espalda. Al incorporarse, al otro lado estaba Fiona Byrne, la administradora de los dueños del negocio.

—¡Fiona! ¡Hola!

—Hola, Tara —correspondió su saludo con algo de parquedad—. Veo que estáis muy ocupadas.

Ella asintió con vigor.

—Eso es. Hoy se ha lanzado una novedad que muchos estaban esperando y teníamos un montón de reservas —comentó animada—. Dime, ¿qué te trae por aquí? ¿Siguen los Buckley de viaje?

—No, no. Ellos regresaron hace unas semanas, pero… no es eso lo que me trae hasta aquí.

Que Fiona no estuviera hablando con su habitual tono atropellado le hizo pensar que algo andaba mal.

—¿Entonces?

—Los Buckley están pensando en deshacerse de la librería.

La noticia fue como un jarro de agua fría sobre su cabeza.

—¿Cómo dices?

—Aún no saben si van a traspasar el negocio o a cerrarlo definitivamente.

—¡Pero a este lugar le va bien y da beneficios! —exclamó incrédula.

—Lo sé —admitió la mujer con seriedad—. Dicen que están mayores y que quieren disfrutar del tiempo que les queda sin tener que preocuparse por un negocio al que ya no le tienen apego. —No supo qué contestar. Vio a Fiona encogerse de hombros—. No te preocupes, que aún no está todo perdido. No sabemos cuándo tienen pensado llevar a cabo la venta o el traspaso o lo que quiera que hagan. Igual pasan meses hasta que se decidan.

Meses no era demasiado tiempo.

Se pasó la mano por el cuello. De repente, todo el cansancio del día afloró en forma de pinchazo en las cervicales.

—Avísame lo que vaya ocurriendo, ¿quieres? —le dijo a Fiona.

—Por supuesto. No te preocupes. Tengo que marcharme. Adiós, Tara.

—Adiós —se despidió.

Un cliente reclamó su atención al instante y se dirigió hacia él con una sonrisa impostada. No podía hacer más que aguardar las noticias que le llegaran, pero sentía que, en cuestión de segundos, acababan de pisotear su futuro y sus esperanzas.

Rory estrechó la mano de cada uno de los que habían asistido a la reunión y acordaron volver a verse al día siguiente, a la misma hora, para atajar algunos aspectos que aún no habían quedado resueltos.

Sin embargo, no podía dejar de pensar que todo se había desarrollado mucho mejor de lo que él jamás hubiera esperado.

Abandonó el hotel a buen paso. Se detuvo en el exterior y tomó aire. La noche ya había caído. Casi no se había dado cuenta de que la reunión se había prolongado durante más de cinco horas, pero fue

en ese momento cuando su estómago le recordó el tiempo que había pasado.

Se levantó las solapas de la chaqueta y enfiló hacia su hotel. Había olvidado tomar un abrigo del vestidor de Kevin, así que iba a tener que soportar como pudiera el frío que hacía.

«Al menos, los hoteles están cerca», se convenció acelerando un poco el paso para cubrir los siete minutos que separaban ambos establecimientos.

Cruzó el puente sobre el río Nore y, en cuando vio la fachada del Pembroke, aceleró un poco. Sin embargo, al llegar ante su puerta, su estómago volvió a rugir. Miró a su alrededor; justo frente al hotel había un pequeño *pub* que anunciaba el menú de esa noche: estofado tradicional irlandés de cordero con puré de patatas. No se lo pensó mucho y cruzó.

Cuando salió de él, cuarenta minutos después, se sentía mucho mejor, pero el cansancio ya le estaba pasando factura. Recogió en la recepción la llave y subió hasta la planta en donde estaba su habitación. La cálida atmósfera le dio la bienvenida.

Tardó menos de un minuto en deshacerse de la ropa y meterse bajo la ducha. Al salir se sentía otro, menos cansado y más animado.

Sacó de la pequeña nevera que estaba debajo del escritorio que había a los pies de la cama una pequeña botella de *whisky* y se lo sirvió en un vaso. Era el colofón que necesitaba para un día tan ajetreado.

Se acordó que había dejado el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, así que se levantó con prisas, rebuscó en la prenda hasta dar con él y regresó bajo el edredón.

Desbloqueó la pantalla. Solo había un mensaje de Kevin, el último que le había enviado después de hablar con él mientras cenaba. Podría decirse que su primo estaba muy contento con lo que le había contado del desarrollo de la reunión.

Buscó el contacto de Tara y pulsó el botón de llamada casi sin pensar. Apenas le dio tiempo a colocarse el aparato en la oreja cuando ella contestó.

—*¿Ya has salido de la reunión?* —preguntó Tara al instante—. *Hola, por cierto.*

Tan solo escuchar su voz hizo que contuviera la respiración y que una leve sonrisa apareciera en sus labios.

—Hola. Y sí, hace un ratito, pero me he detenido para cenar, que no había comido nada en todo el día salvo un sándwich en el tren.

—*Espero que hayas cenado bien.*

—Muy bien. Solo, si te interesa saberlo —bromeó.

—*No seas idiota. ¿Cómo ha ido la reunión?*

Se puso bocarriba y acomodó la cabeza contra la almohada.

—Pues… Bastante bien, creo. He salido contento y ellos, parece que también. Mañana tenemos que proseguir, pero…

—*Pero…* —lo animó ella.

—Creí que no iba a saber relacionarme con ellos. Siempre es Kevin quien se reúne con los inversores o con los clientes, sin embargo, me he sentido cómodo. Sabía de lo que estaba hablando y sabía los números que manejamos en la empresa. La conozco mejor que nadie, incluso que Kevin, porque mi trabajo me da esa visión global de todo lo que hacemos y podríamos hacer. —Se detuvo un momento y miró la pantalla—. Lo siento, no quiero aburrirte.

—*No me aburres. Me alegro mucho de que todo haya ido tan bien y de que estés contento.*

—Lo estoy. ¿Cómo te ha ido a ti? ¿Ha sido tan malo como esperabas?

—*Ha sido peor. No me he sentado en todo el día, salvo en el ratito que estuve comiendo. No puedo con las piernas. Y mañana más porque aún tenemos muchos encargos guardados.*

—¿Me has reservado un ejemplar para mi amigo Paul? —No pudo evitar sonreír cuando la pregunta salió de sus labios. La «no-existencia» de Paul se había convertido sin querer en una broma entre ambos.

—*Allí lo tienes. Vas a tener que ir a buscarlo.*

Si por él fuera, iría en ese mismo momento, con tal de volver a verla.

—En cuanto tenga cinco minutos libres estoy ahí —acabó diciendo.

—*Muy bien.*

—Estaba pensando…

—*¿En qué?*

—Estoy en mi habitación y es un desperdicio total de cama.

—*Yo también estoy ya en la cama. ¿Y por qué dices que es un desperdicio?*

La imagen de Tara, acostada, trajo a su memoria la de ella acurrucada junto a él, en la suya. Suspiró y se pasó una mano por los ojos. No era un buen momento para que esos recuerdos regresaran a su mente.

—Porque esta es enorme, demasiado grande para una sola persona.

La oyó soltar el aire y el mero sonido hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

—*¡Ah! ¿Qué? ¿Estabas esperando compartirla con alguien?*

—Con alguien no. Contigo. Además, no he traído pijama.

De nuevo, oyó la respiración de Tara, más pesada que unos segundos atrás.

—*¿No llevas nada*?

—Nada. Como mi madre me trajo al mundo. ¿Te interesa saberlo?

Oyó el suave rumor de las sábanas.

—*Ah, pues justo como yo estoy ahora mismo*. —Su tono de voz había cambiado. Era más serio, incluso seductor. Se coló por su oído como miel caliente y encendió cada poro de su piel.

Dejó escapar un gruñido mientras notaba un tirón en la entrepierna. Se cubrió el rostro con la mano libre, aunque era mucho más tentador cerrarla en torno a su pene.

—¡Dios, Tara! No es buena idea tener una conversación subida de tono.

—*Pero, dime, ¿qué haríamos los dos en esa cama tan grande?*

—Me muero por repetir lo del viernes —confesó.

—*¿Ya tienes ganas de repetir?*

—Mejor di que las ganas nunca se han ido.

La escuchó chascar la lengua.

—*Pues esta no sería una noche adecuada porque me muero de sueño y me quedaría dormida en cuanto pusiera la cabeza sobre la*

almohada.

—Yo me encargaría de hacer que te despertaras.

—*Estás pisando terreno peligroso, Rory.*

—Lo sé. Y voy a arrepentirme.

El silencio en la línea le hizo creer que Tara había acabado colgando la llamada. Apenas había emergido ese pensamiento en su cabeza cuando escuchó que, al otro lado, ella parecía estar acomodándose.

—*¿Por qué no me cuentas algo?* —pidió Tara.

Sonrió.

—¿Qué quieres que te cuente?

—*Lo que sea.* —Oyó el ruido del roce de las sábanas entre las que ella estaba y se giró hacia un lado como si estuvieran en la misma cama.

—¿Has estado alguna vez en Kilkenny? ¿Sabes que su castillo es de los más emblemáticos de Irlanda? Te lo cuento porque, a lo mejor, una inglesita como tú no conoce estas cosas.

Solo se dio cuenta de cuánto tiempo había estado charlando con Tara, de nada en especial, cuando se separó un poco la pantalla del rostro y miró el contador de tiempo: una hora y trece minutos, pero en los últimos tres Tara no había dicho nada. Se quedó en silencio y agudizó el oído. El suave sonido de la respiración acompasada de Tara fue lo único que oía. Se había quedado dormida.

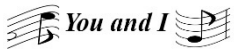
Observó la pantalla como si, de esa manera, pudiera ver a la mujer que estaba al otro lado. Se moría por acariciarle la mejilla y que ella descansara la cabeza sobre su hombro mientras se acurrucaba a su lado.

—Me encantaría que estuvieras aquí, conmigo —susurró muy bajito—. Buenas noches, preciosa.

Antes de acabar la llamada se arrepintió y dejó que la línea siguiera abierta. Sería como si ella estuviera durmiendo a su lado.

Con una sonrisa en los labios, cerró los ojos y se entregó él también al sueño.

18



Tara abrió la puerta de su casa, se deshizo del chaquetón y del pañuelo que llevaba al cuello con malos modos, los colgó de la percha que estaba en el armario bajo la escalera y enfiló con rabia hacia su habitación.

Acababa de regresar de ver un nuevo apartamento, pero nada había salido bien en aquella visita. Lo que en la inmobiliaria le habían vendido como un bonito apartamento de una sola habitación con vistas espectaculares de la aguja de The Spire se había convertido en apenas un cuchitril en una azotea, con una cocina que no remodelaban desde hacía, por lo menos, cuarenta años. Aún no entendía a qué se referían con las «vistas» cuando todo lo que se podía apreciar desde la ventana era un montón de tejados llenos de excrementos de gaviotas.

Se dejó caer en la cama y exhaló un largo suspiro de impotencia. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de apartamentos que había visitado. Y todos y cada uno de ellos los había desechado por diferentes motivos.

«En la vida voy a encontrar uno que me vaya bien y pueda pagar», se quejó en silencio al tiempo que cubría sus ojos con el antebrazo.

Sentía cómo sus sueños se iban desvaneciendo sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Siempre había pensado que, cuando tuviera treinta años, ya estaría independizada y asentada en un trabajo que le gustara. Y sí, trabajaba en lo que le gustaba, pero no había esperado que su empleo estuviera pendiendo de un hilo. No había visto venir que los Buckley se quisieran deshacer de la librería. Ellos eran mayores, eso era cierto, sin embargo, cada vez que había hablado con ellos, le habían comunicado lo felices que estaban de

que ella estuviera allí y la tranquilidad que les transmitían sus gestiones y su buen hacer.

Se levantó de la cama, retiró la cortina un poco y miró por la ventana. Su padre estaba estacionando el coche. Lo vio bajar y encaminarse hacia la casa y, sin pensarlo demasiado, salió de la habitación.

La puerta de entrada se abrió cuando ella aún no había acabado de bajar las escaleras. La sonrisa de su padre al verla se hizo más ancha.

—¡Hola, cielo! ¿Ya has llegado? —dijo mientras se quitaba el chaquetón—. ¡Qué pregunta la mía! Pues claro que has llegado.

—Hola, papi. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. ¿Qué tal tu día?

—El tráfico cada vez está peor. —El hombre resopló a la misma vez que cerraba la puerta del armario—. O puede que sea yo, que cada vez tengo menos paciencia. Es lo malo de hacerse mayor —se quejó con tristeza.

Ella corrió a echarse a su cuello y abrazarlo con cariño.

—Tú no eres mayor, papá.

Las risas de su padre le alegraron el momento.

—¡Vaya que no! —replicó él—. Venga, vamos a la cocina a preparar algo para la cena. Asumo que tu madre aún no habrá llegado.

—No. No hay nadie. Bri tampoco está.

—Estará liada con los entrenamientos del equipo —atajó—. Daniel es un buen tipo, pero hace trabajar a esos muchachos a base de bien. Estoy deseando que me invite a algún partido.

Su padre se lavó las manos bajo el grifo del fregadero y sacó del frigorífico lo necesario para ponerse con la cena.

—¿En qué te ayudo? —le preguntó ella.

Un minuto después, tenían todo lo que necesitaban sobre la encimera.

Mientras enjuagaba las patatas para meterlas en el horno, su mente no paraba de darle vueltas a lo que le estaba ocurriendo; necesitaba contárselo a su padre. De sus dos progenitores, él

siempre había sido el más accesible, con quien sus hermanas y ella habían podido hablar y desahogarse.

—Papá…

—Dime, cielo —contestó sin mirarla, enfrascado en preparar una bechamel para el brócoli que había puesto a cocer. Pero aun así, ella sabía que tenía toda su atención.

—¿Recuerdas que te hablé del apartamento…?

—Recuerdo que me has hablado de un par de ellos. ¿A cuál te refieres? —preguntó el hombre con la mirada clavada en la cazuela en la que removía la harina.

Ella se encogió de hombros, desalentada.

—Da igual, cualquiera de ellos. Ha resultado que o bien estaban en un mal barrio o eran poco más que cuchitriles. O no puedo pagarlo.

Su padre giró la cabeza hacia ella.

—¡Vaya, hija, lo siento!

—Más lo siento yo —replicó ella con desánimo—. A este paso no me voy a poder independizar nunca, papá.

—Deja de preocuparte. Te aguantaremos lo que haga falta —bromeó Keane con una sonrisa burlona que le bailaba en los labios.

—No digas tonterías, papi —se quejó ella al tiempo que componía un fingido puchero.

—Vamos, no te desanimes, cielo. Ya verás que encuentras algo que te guste y que se adapte a ti.

—Estoy empezando a dudarlo.

Su padre retiró la cazuela y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla.

—Ánimo, ¿de acuerdo?

Recibió la señal de cariño con afecto, pero la sonrisa no acudió a sus labios. Su padre se separó de ella y la miró, extrañado.

—¿Hay algo más?

Tomó aire y asintió.

—Creo que la librería está a punto de cerrar.

Tara dejó el tenedor junto a su plato vacío, pensativa. Un incómodo silencio se había hecho fuerte en la cocina después de que le contara a su padre todo lo que la administradora de los Buckley le había dicho.

—No le cuentes a mamá lo de la librería, ¿de acuerdo?

Su padre apuró lo que le quedaba de cerveza en su vaso y asintió.

—Lo que tú quieras, aunque ya sabes que, por un lado o por otro, se acabará enterando. Conoce a mucha gente y las noticias vuelan. Y las malas, más.

—Lo sé, lo sé —admitió confundida—, pero ella siempre ha querido que deje de trabajar allí y que prepare los exámenes para el Ayuntamiento.

Notó los ojos de su padre puestos en ella. Su padre se inclinó, se sirvió un poco más de cerveza en su vaso y le dio un trago.

—Sé que nunca has querido contemplar esa idea, pero tal vez sea el momento de darle una oportunidad.

Levantó la mirada y dejó escapar un largo suspiro.

—No quiero hacerlo, papá. No me gusta esa vida. Sé… Sé que trabajar como funcionaria sería la solución para…

—Para poder marcharte a vivir sola.

—Tal vez —admitió con la boca pequeña—. Pero esta no es la única librería en Dublín.

—Hay libros en las bibliotecas municipales. Muchos.

Observó a su padre con ojos entornados.

—¿Tú también, papá?

En ese momento se dio cuenta de que la sonrisa que su padre solía esgrimir cuando hablaba con ella no estaba ahí.

—Cariño —dijo su padre con un tono de voz tan amable y cercano que sintió que las lágrimas comenzaban a amontonarse tras sus párpados—, tal vez debas reconsiderar tu postura. Tu madre quiere lo mejor para ti. Es cierto que, a lo mejor, sus maneras no son las adecuadas, pero te quiere y desea que tengas un buen futuro.

—¿Qué os pasa que no me habéis oído entrar?

Dio un respingo en su asiento cuando vio en la puerta de la cocina a su madre, que los miraba con interés. Giró la cabeza con

rapidez. No quería que la viera con los ojos llorosos porque, si se percataba de que había estado llorando, no pararía hasta que le contara qué le sucedía.

—Estábamos hablando, Maureen —resolvió su padre con energía mientras su madre se acercaba hasta donde ellos estaban—. ¿Cómo te ha ido el día?

Su madre dejó escapar un largo y cansado suspiro.

—Hemos ido al centro comercial. Berta quería mirar algún vestido para la boda de su hijo mayor. ¿Te acuerdas de Marcus, Tara?

Ella parpadeó al tiempo que trataba de hacer memoria.

—No, mamá. No me acuerdo.

—Claro que te acuerdas. Tiene tu edad y alguna vez, cuando erais pequeños, habéis jugado juntos.

—Ah. Pues muy bien —respondió sin ganas.

—Pues que el chico se casa dentro de tres meses. Nada muy sofisticado, pero Berta quiere ir guapa. Así que la hemos estado ayudando a elegir.

Ella desconectó de la charla en la que se sumergieron sus padres. De vez en cuando, al escuchar alguna pregunta dirigida a ella, asentía, aunque lo hacía sin ganas y sin interés.

Finalmente, se levantó de la mesa.

—Creo que voy a salir a dar una vuelta.

—¿Quieres llevarte el coche? —preguntó su padre.

Después de unos instantes, ella asintió.

—Si no te importa…

—Ya sabes dónde están las llaves.

Se inclinó hacia su padre y lo besó en la mejilla. El conocido olor de la colonia que usaba y que siempre asociaba con él la reconfortó.

—Gracias, papi. Adiós, mamá.

—¡No vengas muy tarde! —la escuchó decir, pero ella ya estaba enfilando por el pasillo. Tomó del armario su chaquetón y el bolso y salió sin un rumbo fijo.

Treinta minutos después pudo aparcar el coche en la zona de Christ Church y caminó un poco hasta el primer *pub* que se cruzó en

su camino. Buscó una mesa y, enseguida, ya había encargado una pinta a la camarera. Después de eso, sacó el móvil que llevaba en el bolsillo de su chaquetón y buscó el contacto de Rory. Él le había dicho que estaría de regreso el miércoles, o el jueves a más tardar. Esperaba que no hubiera tenido ningún contratiempo y que ya estuviera en Dublín.

Sus dedos se detuvieron sobre el nombre.

«Para no querer una relación lo buscas demasiado, ¿no crees?».

Sabía que tenía razón, pero cuando hablaba con él o lo veía, esos minutos se convertían en lo mejor del día.

Sin más escribió en la pantalla.

Tara: Hola.
¿Ya estás de vuelta en la ciudad?

No pudo reprimir una sonrisa cuando vio aparecer los tres puntos que le indicaban que él estaba escribiendo una respuesta.

Rory: Hola.
Llegué a casa hace una hora.

Tomó un sorbo de la cerveza que le acababa de poner la camarera sobre la mesa antes de responder.

Tara: ¿Estás muy cansado?

Rory: Depende de para qué.

La respuesta la hizo reír.

Tara: ¿Qué te parece si te invito a una cerveza?
No te hagas otras ilusiones.

Rory: Tarde. Ya me las había hecho.

Tara: ¡Oh! Pobrecito

Bajó la cabeza y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar escapar la carcajada que le burbujeaba en el pecho. Le encantaban esos tira y afloja que se traía con él y esos mensajes en los que podía tontear sin remordimientos, pero también tenía que admitir que quería verlo y charlar con él. Lo había echado de menos.

La idea la dejó sin saber qué pensar. ¿Cuándo se había hecho Rory un hueco en su cabeza y se había instalado en su día a día?

Rory: Dame media hora y estoy donde
me digas.

Detuvo el vaso a medio camino de sus labios y miró el oscuro líquido que aún quedaba. Soltó la cerveza en la mesa y volvió a teclear.

Tara: O…

Rory: ¿O…?

Tara: ¿Prefieres que me pase por tu
casa?

Contuvo la respiración mientras aguardaba un mensaje que, para su gusto, estaba tardando demasiado en llegar, aunque podía ver que él ya le estaba respondiendo.

Rory: ¿De verdad tengo que decirte
qué prefiero?

El siguiente mensaje que recibió de él fue un emoji con una sonrisa ladeada. Imaginó la mueca en su rostro y sí, casaba completamente con cómo lo estaba imaginando en ese momento.

Tara: Estaría bien que me lo dijeras.

Rory: Te estaré esperando.

«No sé por qué, pero lo suponía». Y le gustó que se lo dijera.

Rory: ¿Necesitas que te envíe la ubicación?
Por si no la recuerdas del otro día.

Tara: Sí, mejor.
En la moto no veía por dónde íbamos.

«Y porque estaba tratando de meterte mano». Apretó los labios y rio por lo bajo.

Recibió la ubicación de su casa al instante. Abrió el mapa y estudió la zona unos segundos antes de volver a los mensajes.

Tara: Tienes suerte. Estoy muy cerca.

Rory: Afortunado que es uno.

«Idiota», pensó. Le encantaba que la hiciera sonreír.

Tara: Ahora nos vemos.

Pagó su consumición en la barra y regresó hasta donde había aparcado su coche. Apenas cinco minutos después estaba delante de la casa de Rory. Su moto estaba allí y una sensación de anticipación se instaló en su pecho.

Atravesó el corto camino hasta la entrada y llamó al timbre. Los nervios se retorcieron en su vientre. Como si la hubiera estado esperando tras la puerta, Rory abrió.

Lo primero que pensó al verlo fue que acababa de salir de la ducha, porque tenía el pelo húmedo y solo había tenido tiempo de peinarlo hacia atrás con los dedos. Lo segundo que pensó fue que no recordaba haberlo visto tan atractivo. Vestía unos cómodos pantalones, bastante similares a los que solía llevar cada día, y una camiseta gris, con las mangas arremangadas, que dejaban al descubierto sus antebrazos; una parte de su cuerpo que se estaba convirtiendo en su favorita. « Al menos de las que se pueden ver sin que esté desnudo». Darse cuenta de los derroteros por los que discurría su mente no calmó el nuevo ritmo de su pulso porque su memoria, traidora como era, se esforzó en recordarle lo que había sido estar con él sin nada de ropa entre ambos.

—Hola —se forzó a saludar. Ya había quedado bastante en evidencia esos pocos segundos.

Rory le dedicó una sonrisa que le iluminó el azul de sus ojos.

—Hola. Entra. —En cuanto lo hizo, escuchó que él cerraba la puerta—. Dame la chaqueta.

—Ah, sí. Gracias.

—Ven, pasa.

Caminó tras él hacia el salón. La única vez que había estado en aquella casa estuvo demasiado ocupada besándolo como si no hubiera un mañana como para darse cuenta de que el vestíbulo se abría a un salón bastante amplio, con dos grandes sofás y una televisión que debía de tener, al menos, sesenta pulgadas. No podía

decir que la decoración estuviera sacada de ninguna revista, pero parecía funcional y con la misma personalidad desenfadada de su dueño.

Escuchó un maullido y bajó la vista hacia el gato de Rory, que con la cabeza alzada la miraba con fijeza.

—Hola, O'Malley —lo saludó antes de rascarle entre las dos orejas. El animal pareció darse por satisfecho y regresó al sillón en donde había estado descansando.

—¿Quieres tomar algo?

Se giró hacia Rory, que había aguardado detrás de ella todo ese tiempo.

—Hmmm, un refresco me vale.

No dejó de causarle gracia la expresión incrédula del hombre; incluso exageró sus parpadeos como si no se creyese lo que acababa de pedirle.

—¿En serio? ¿No prefieres una cerveza?

—Acabo de tomarme una. Además, he traído el coche de mi padre. Aunque no lo creas, bebo otras cosas además de cerveza.

Rory dio un paso atrás, cruzó los brazos ante el pecho y la miró de arriba abajo.

—Ya no sé si me gustas. Además de inglesa, reniegas de una cerveza. Estoy por pedirte que te vayas. —Ella ya no pudo contenerse más y acabó estallando en una carcajada a la que se le unió Rory un segundo después—. Está bien, está bien. Voy a ver si tengo un refresco. Pero puede que esté caducado desde antes de la pandemia, te lo aviso.

—Correré el riesgo —logró decir ella sin dejar de sonreír.

Lo vio salir de la habitación y se tomó esos momentos para echar un vistazo a su alrededor. Un equipo de música bastante antiguo, de una marca famosa que reconoció enseguida, llamó su atención. Se acercó a él y le echó una ojeada a la colección de antiguos CD. No era muy extensa, pero parecía que eran usados a menudo.

Escuchó pasos a su espalda. Cuando se giró, vio llegar a Rory con un vaso de refresco en la mano y, en la otra, un botellín de cerveza.

—Sprite, ¿te vale?

—Me vale —confirmó ella con un asentimiento.

Devolvió su interés a los discos que había junto al altavoz.

—U2, The Cranberries, The Corrs… Era cierto lo que dijiste, que preferías la música irlandesa a cualquier otra.

—Por supuesto que sí.

Ella tomó un CD bastante antiguo y se giró con él en la mano para mirar al hombre que aguardaba a unos pasos de distancia.

—¿Boomtown Rats? — preguntó, sorprendida al ver el disco de unos de los más famosos grupos irlandeses de los años 80.

—¿Hay alguien más irlandés que Bob Geldof? —dijo él tras darle un trago a su bebida y dirigirse al sofá, en donde se sentó casi arrojándose en él.

Volvió a dejar el disco en donde estaba.

—¿Estás cansado?

Rory pareció pensárselo unos momentos, pero acabó asintiendo sin ningún atisbo de sonrisa.

—No es que haya hecho mucho esfuerzo físico. Ha sido más la tensión, no sé si me explico.

—Perfectamente —aclaró ella mientras se sentaba a su lado—. Entonces, al final, ¿habéis conseguido el contrato o lo que sea que hayas ido a Kilkenny?

—No lo sabremos hasta dentro de un par de semanas o así, cuando los inversores estudien los datos que les hemos entregado.

—Espero que lo consigáis.

—Yo también —repuso él, muy serio—. Sobre todo, por Kevin. Se está dejando el pellejo por llevar adelante a la empresa. Se lo merece.

—¿Y tú? ¿No te lo mereces?

Sintió la mirada de Rory en ella. Estaba empezando a darse cuenta de que, detrás de aquellas eternas sonrisa y bromas, había un hombre en quien se podía confiar.

—Bueno, supongo que sí. Han sido unos días difíciles. No hacía algo así… Bueno, desde hace mucho tiempo.

—Eres tú el que se preparó en la universidad para dirigir una empresa. Lo recuerdo del día de la comida. ¿Por qué no…?

—¿Por qué no trabajo más mano a mano con mi primo, quieres decir? —Rory acabó la frase por ella.

—Eso es, sí.

Rory volvió a darle un largo trago a su cerveza y dejó el botellín casi vacío en la mesita que había frente al sofá. Lo vio reclinarse en el asiento y descansar la cabeza en el respaldo. Pensó que, ciertamente, se veía cansado y sintió ganas de acercarse, pasarle las manos por los hombros y ayudarlo a descargar la tensión que apreciaba en él.

—Pues porque cometí un grave error una vez que confiaron en mi criterio. A partir de ese momento, me convencí de que no era la persona adecuada para que el destino de una empresa y de decenas de empleados estuviera a mi cargo.

La seriedad con la que habló la convenció de que aquello que pasó aún le pesaba.

—¿Cuándo fue eso? —quiso saber a la vez que se descalzaba y subía las piernas al sofá y se abrazaba a ellas, dispuesta a escucharlo.

Rory torció un poco el gesto, pensativo.

—Fue en mi primer año como junior, tras mi licenciatura. Estuve trabajando en una empresa de marketing y publicidad y, por mi culpa, perdimos un cliente muy importante y la empresa casi se fue al garete. No hice bien mi trabajo.

—Eras joven…

—No es excusa —la interrumpió—. Me dije que nunca más iba a ser el responsable de que ocurriera algo parecido. Así que, tras morir mi tío, cuando Kevin me ofreció unirme a él, le hice prometer que me dejaría tan solo como gerente, haciéndome cargo del trabajo de a pie. Al parecer, se le ha olvidado esa promesa —masculló muy bajito.

—Lo habrá olvidado porque sabe que eres capaz de hacerlo.

Sintió la mirada ceñuda de Rory sobre ella.

—No estoy tan seguro. Bueno, en realidad no estoy seguro de nada. Solo espero haber hecho bien mi papel y que los inversores hayan salido contentos.

—Al contrario que tú, yo estoy segura de que ha sido así.

Rory se giró hacia ella sin despegar la cabeza del respaldo del sillón. Sus miradas se encontraron y sintió que se podía perder en aquellos ojos que la observaban como si quisieran leer todo lo que escondía en su interior.

«Tal vez algún día pueda dejarte…», se dijo en silencio. Sintiendo que acababan de zarandearla, se incorporó para darle un sorbo a su bebida.

La habitación se sumió en un incómodo silencio que le hizo pensar que, tal vez, lo más conveniente sería que se levantara y se marchara porque no sabía si podía responder de sí misma si Rory se acercaba a ella y buscara de nuevo su boca.

—El refresco no parece caducado —comentó tratando de aliviar el ambiente. Bebió con ganas y su garganta se lo agradeció.

—¿Estás segura? —Lo miró por el rabillo del ojo sin apartar los labios del borde del vaso y, tras un segundo, lo vio sonreír—. Era broma. Lo compré hace unos días, así que tranquila, no te vas a morir de una indigestión o envenenada.

—Si estaba tranquila…

—Mentirosa.

Se acabó el vaso de un tirón y lo dejó en la mesita.

—¿Ves?

—¿Y qué tal te ha ido estos días? Además del lanzamiento del libro.

Ella resopló con ganas.

—Pues he ido a ver un nuevo apartamento, pero era poco más que un palomar… con palomas incluidas. —Se giró hacia él para enfrentarlo—. No conocerás a alguien que alquile un apartamento, ¿verdad?

Rory pareció pensárselo unos instantes. Al final, acabó negando con la cabeza. Y ella sintió que, de nuevo, la esperanza de encontrar algo que se le ajustara cada vez estaba más lejos.

Se hundió en el sillón, pero, en ese momento, O’Malley saltó a su lado con agilidad. Dio un respingo al notar la presencia del gato, que parecía decidido a imponer su presencia.

—Baja de ahí, O’Malley —le advirtió Rory con un gesto de la mano. Ella lo detuvo.

—Déjalo. No me importa.

El animal, sin dedicarle a su dueño ni un solo segundo de su tiempo, se colocó junto a ella, y se arrebujó contra su costado. Se atrevió a pasarle la mano por el lomo y la cabeza. El pelaje era suave y el ronroneo que obtuvo como premio por sus atenciones le encantó.

—Te gusta, ¿eh? —le preguntó mientras continuaba con sus lentas caricias.

Notó que Rory se movía en su asiento, pero ella decidió que iba a centrar su atención en el animalillo que se acurrucaba a su lado porque mirar al hombre suponía que sus pensamientos volaran hacia la habitación de la planta superior que habían compartido por unas horas hacía menos de una semana. Y rememorarlo solo hacía que su pulso se disparara.

Siguió con las caricias a O'Malley hasta que este decidió que eran suficientes y, sin más, saltó del sofá y se alejó. Ella lo siguió con la vista unos momentos y cometió el error de, unos segundos después, girar la cabeza para buscar a Rory.

Él la miraba muy serio, con esos intensos ojos azules clavados en ella. Un ligero escalofrío de anticipación le recorrió la espalda cuando él hizo más corta la distancia que los separaba.

—O'Malley ha tenido un mejor saludo que yo —murmuró sin dejar de acercarse hasta que se detuvo a apenas un palmo de distancia.

Decidió que era inútil seguir negando que deseaba que se repitiera lo de días atrás, que lo ansiaba con todo su cuerpo. Quería que la besara y la atrapara entre sus brazos. Lo había deseado desde que él había abierto la puerta de su casa y no haberlo tocado todavía la estaba consumiendo.

Fue su turno de inclinarse en su dirección hasta quedar tan cerca de él que las puntas de sus narices casi se rozaron.

—¿Celoso? —susurró contra su boca—. ¿Tú también quieres que te acaricie detrás de las orejitas?

Apreció cómo endurecía la mandíbula y cómo las aletas de su nariz se dilataban.

—Me gustaría más un beso —contestó Rory con un tono tan íntimo que hizo eco en sus entrañas.

Se pasó la punta de la lengua por los labios como si así pudiera anticipar su roce. Sus ojos se clavaron en la boca masculina para ascender poco a poco y encontrarse la mirada de Rory puesta en ella, sin ocultarle el hambre que parecía estar consumiéndolo; el mismo que ella sentía.

—Así que un beso, ¿eh? —se atrevió a preguntar con picardía al tiempo que volvía a poner un poco de distancia entre ellos porque no se fiaba de sí misma al estar tan cerca de él.

Rory dejó escapar un gruñido de decepción, uno ronco que logró erizarle la piel. Despacio, apoyó una palma sobre el pecho del hombre y enseguida apreció el rápido latido de su corazón bajo ella. Atrevida, descendió un poco más por el abdomen y los duros músculos se contrajeron bajo su toque. Alzó levemente la mirada. Rory seguía con atención su deambular hasta que se detuvo sobre el botón del pantalón que él vestía.

—¿Solo eso es lo que deseas?

Rory atrapó su mano y aguardó unos segundos, como si estuviera esperando a que ella se desentendiera de su agarre. Sin embargo, eso no estaba en sus planes. Fue el turno de Rory de alzar la vista para encontrarse con la de ella. Vio desafío en aquellos increíbles ojos que no la desatendían ni un instante, así que lo retó a que continuara. Los dedos de Rory se aferraron a su mano y la respuesta que esperaba de su parte llegó. Tan despacio que casi gritó de la agonía, él guio su mano hacia el bulto, duro como una roca, que ocultaba en los pantalones y que evidenciaba lo que sentía por ella.

—¿Te aclara esto qué, o a quién, es lo que deseo? —susurró él.

Por unos segundos se le olvidó respirar. La firmeza de su erección se lo dejaba bien claro. Saber el efecto que tenía sobre él sacudió cada célula de su ser como si de un reguero de pólvora se tratara. Tenía la garganta seca y un pulso se instaló entre sus muslos.

—Bastante bien.

Con el anhelo de sentirlo por completo, apretó un poco el notorio bulto y Rory se sacudió dejando escapar una maldición entre los dientes.

—Estás a punto de que te eche sobre el hombro y te lleve a mi cama —masculló él con los ojos cerrados y una expresión que estaba a caballo entre el dolor y el placer.

Sin más se inclinó sobre él y se detuvo a unos centímetros de su boca. La suave caricia del aliento de Rory hizo que su cuerpo reaccionara con un nuevo estremecimiento.

Aunque no quería dejar de tocarlo, su mano cesó el agarre y, muy despacio, la llevó hasta el mechón de pelo que se había escapado del flequillo de Rory. Estaba ya seco y lo paseó entre las yemas de sus dedos, recreándose en su tacto. Hasta su nariz llegaba el sutil olor del champú que él usaba; no era nada especial, pero unido al aroma propio del hombre lo hacía irresistible.

—Me encanta que me leas la mente.

Al fin, le rozó los labios con los suyos; lo hizo muy despacio, tentándolo. Rory no se movió, tan solo aguardó a que ella continuara con lo que había empezado. No estaba dispuesta a que todo se quedara en un simple roce, así que asaltó su boca al fin.

Rory tardó un microsegundo en responderle y en cuanto lo hizo echó abajo sus defensas y su habilidad para seguir pensando. Notó su mano posarse en la nuca, como si tuviera miedo de que ella se alejara. Eso era lo último que tenía en mente; poner distancia entre ellos y acabar con ese beso. Atento, Rory la guio, adecuando el ángulo de su cabeza para que sus bocas encajaran a la perfección. Entonces, cuando lo hizo, su lengua se coló entre sus labios y buscó la suya para enzarzarse en una suerte de batalla que la estaba encendiendo por segundos.

Como si tuvieran vida propia, sus brazos le rodearon el cuello para atraerlo hacia sí cuanto le fue posible.

—¿Cuándo tienes que marcharte? —preguntó él con la voz entrecortada por la falta de aire cuando fue capaz de separarse.

—Aún es temprano —respondió sin molestarse en mirar el reloj; la distancia que había entre ambos le pareció intolerable, así que volvió a besarlo.

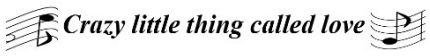
La mano que no la sujetaba le acarició la mejilla. Su tacto la estaba dejando hambrienta.

—Dime que puedes quedarte un rato, por favor. —La petición, apenas un susurro dicho sobre su boca con aquella voz ronca, le disparó el pulso.

Sin querer aguardar más, ella se levantó del sofá y le tendió la mano.

—Llévame arriba.

19



Rory saludó aquella temprana mañana a los operarios que ya estaban en la nave y que transportaban en palets debidamente embalados la mercancía que debía salir en los primeros camiones.

Apenas faltaban tres semanas para Navidad y el trabajo se había triplicado. Se notaba en la frecuencia en la que los transportes llegaban a la empresa y en que habían tenido que ampliar de forma considerable la plantilla para la campaña navideña. Mirara donde mirase había alguien trabajando. Esto también se traducía en más faena para él y para el departamento de personal. Pero eso era algo que no le importaba en absoluto.

Entre el incesante revuelo que reinaba en la nave, escuchó el golpeteo de unos pasos por las escaleras que llevaban al piso en donde estaban las oficinas de la dirección. Se giró y vio a Kevin bajar a toda prisa.

—Buenos…

—Sube a mi oficina —lo interrumpió su primo tan pronto lo atisbó desde la mitad de la escalera.

—… días —concluyó él mientras observaba cómo Kevin deshacía el camino tan rápido como había bajado.

Con el ceño arrugado por no haberle correspondido el saludo y con la extraña sensación de que algo había ocurrido, fue detrás de él. Al llegar a la oficina de la secretaria, Moira y él intercambiaron una mirada especulativa. La mujer se encogió de hombros y lo animó a entrar al despacho de Kevin con un gesto de la cabeza.

Atravesó el umbral cuando su primo ya se estaba acomodando en su sillón detrás de la mesa de escritorio.

—Cierra y siéntate.

Se detuvo a observarlo unos segundos.

—¿Y todas estas órdenes a qué se deben? Que no te vendría mal un poquito de «buenos días», «por favor» y «gracias». No es por nada —rezongó a la vez que caminaba hacia el sillón y se sentaba—. Bueno, ¿qué se te ha roto?

Soportó la mirada seria de Kevin durante unos segundos hasta que este se inclinó hacia adelante.

—Los inversores han dicho que sí.

La noticia lo tomó por sorpresa. Tanto Kevin como él ya habían perdido la fe en que el trato se llevara a cabo. Se incorporó en el asiento como si este quemara.

—¿Lo dices en serio? —preguntó. La voz casi no le salió por la garganta.

Por primera vez desde que había entrado por la puerta del despacho, su primo sonrió. Se levantó y, rodeando la mesa, se paró ante él. Se inclinó un poco y le colocó una mano sobre el hombro.

—¡Sí! ¡Rory, lo has conseguido!

No recordaba haber visto en el rostro de su primo una expresión de felicidad tan notoria como la que lucía en ese momento. Se levantó él también y se abrazaron. Las dudas que lo habían perseguido esos últimos días sobre si había o no había hecho un buen papel se evaporaron enseguida.

—Pero yo no tengo ningún mérito.

—¡¿Cómo qué no?! —exclamó Kevin.

—No —insistió él—. Yo solo les trasladé los números y los datos que llevaba preparados y de los que habíamos estado hablando.

—¡Déjate de tonterías! Por su puesto que el mérito es tuyo. Fuiste tú quien lo defendió. Es más, han quedado muy contentos con cómo lo hiciste.

Sintió que el calor le subía por el cuello. Se pasó una mano por la nuca, abochornado por la noticia. Se alegraba de que todo hubiese acabado bien. O empezado, porque conocía de primera mano el trabajo que aún les quedaba por delante.

Se dejó caer con pesadez en el asiento y exhaló el aire en una bocanada. El corazón le latía como loco en el pecho. E, inexplicablemente, las ganas de llamar a Tara y contarle la noticia lo asaltó como una ola que rompe contra la orilla.

—Rory… Rory.

Alzó el rostro hacia su primo y le ofreció una mueca que se asemejaba bastante a una sonrisa.

—Dime.

La expresión de Kevin había cambiado, volviéndose más seria. Se apoyó en el borde del escritorio y guardó las manos en los bolsillos de sus impecables pantalones.

—Voy a necesitarte, Rory. Sé… Sé que ya me has dicho que no innumerables veces, pero necesito que te hagas cargo de este proyecto, al menos durante su fase inicial. Que…

—¿Quieres que me vaya a vivir a Kilkenny?

Kevin torció un poco el gesto.

—No, no. Bueno, no todavía —farfulló Kevin—. Y si fuera así, no sería algo definitivo, pero sí que vamos a necesitar que lances y supervises la filial cuando todo dé comienzo. Aunque aún quedan meses para…

Echó la cabeza hacia atrás y resopló.

—Kev, tengo aquí mi casa y mi vida. Y ya sabes que…

—Que sí, que sí. No te estoy diciendo que te asientes en Kilkenny de manera definitiva. Podemos buscar un apartamento para cuando iniciemos la planificación y…

—Tenemos a Patrick —esgrimió él. El hombre llevaba trabajando varios años con ellos y conocía a fondo los entresijos del sector. Para él era una buena opción—. Es joven y muy capaz, y sería un excelente gerente de la filial de Kilkenny.

Por unos segundos, Kevin pareció sopesar su propuesta.

—Es cierto que Patrick hace un buen trabajo, pero no es lo mismo que tú.

Resopló con fuerza. Sabía lo importante que era aquello, no solo para Kevin, sino para toda la empresa y su futuro. Decirle que no de manera tan tajante le parecía una falta de respeto y de responsabilidad, como poco.

—Si yo aceptara hacerme cargo del departamento de Recursos Humanos, y no digo que lo esté haciendo ya —advirtió con un dedo delante de la nariz de su primo—, prométeme que considerarás ofrecerle el puesto de gerente de la filial de Kilkenny a Patrick.

—Ese puesto debería ser tuyo.

Las palabras de su primo le hicieron torcer el gesto.

—No, Kev. Yo no sirvo para…

—¿Para qué no sirves? —Kevin se plantó de nuevo ante él mucho más serio que minutos atrás—. Lo que has hecho en la reunión con los inversores… Yo no lo hubiera hecho mejor, Rory. Ellos han quedado encantados con toda tu presentación, con tus explicaciones y con la manera en que te has desenvuelto. No dejaste nada al azar y eso lo han valorado positivamente. Ha sido gracias a ti que hemos logrado esta fusión y que nos va a convertir en una de las empresas líderes del sector de la logística en Irlanda. No te quites méritos, por favor. Y eso de que no sirves solo está en tu cabeza. Desde que te hiciste cargo de la gerencia solo hemos crecido. Que sí, que tú prefieres ser uno más y trabajar codo con codo con los chicos, pero es hora de dejar el pasado donde está y dar un paso al frente, Rory.

La arenga de su primo lo dejó sin palabras. No sabía qué podía alegar. Por supuesto, quería que la empresa prosperara. El empeño y la dedicación que había puesto Kevin durante todos esos años que llevaba al frente lo merecían. Pero en cuanto a él… ¿Qué iba a hacer, trajeado y sentado en un sillón, detrás de un montón de papeles? No se veía capaz.

Se pasó la mano por los ojos.

—Kevin…

—Piénsalo al menos, ¿de acuerdo? Trataremos juntos la promoción de Patrick en su momento porque también vamos a necesitar ampliar nuestra estructura.

La expresión seria de quien era su mejor amigo, además de parte de su familia, hizo que no supiera qué contestar. Al menos le debía el considerar la proposición. Acabó asintiendo y su reacción hizo sonreír a Kevin. Su primo le palmeó el hombro con un gesto afectuoso.

—Anda, márchate. Sé que hay mucho trabajo y que te necesitan.

Tras secarse con disimulo las palmas de las manos en el tejido de los pantalones, se levantó.

—Es cierto. Nos vemos luego.

—Adiós, Rory. ¡Ah! Y gracias de nuevo.

—Vete a la mierda, Kev —contestó mientras trataba de mantener a raya la sonrisa de medio lado que afloró a sus labios.

Abandonó el despacho de su primo con la sensación de que había crecido algunos centímetros. Bajó los escalones de dos en dos y salió a la calle. Necesitaba aire fresco.

Notaba un burbujeo en su interior. No podía parar de sonreír. Se alegraba mucho de haber conseguido convencer a los inversores de que eran una empresa en la que merecía la pena invertir y que tenían la capacidad real de crecimiento que ellos necesitaban. Y se alegraba por Kevin mayormente; nadie había trabajado más que él en todos esos años y ese esfuerzo se estaba viendo recompensado. Estaba siendo un gran día.

Buscó su teléfono y antes de darse cuenta, había pulsado el contacto de Tara. Aguardó un par de llamados hasta que la chica respondió.

—*Hola, Rory*.

La sonrisa que lucía se hizo aún más amplia al escucharla.

—¿Te pillo en mal momento?

—*Espera.* —La oyó trastear y, enseguida, el ruido de una puerta que se cerraba—. *Ahora. Dime.*

Levantó el rostro hacia el gris cielo dublinés y tomó aire.

—Han llamado los inversores. Han dicho que sí.

—*¿Los inversores que fuiste a ver a Kilkenny?*

Él asintió como si ella fuera capaz de verlo.

—Exactamente.

—*¡Rory! ¡Me alegro mucho!*

Dejó escapar un largo suspiro.

—Y yo también. Sobre todo, por Kev.

—*Por los dos. Tú has hecho muy bien tu parte.*

Tardó un segundo en darse cuenta de que volvía a sonreír.

—Gracias, Tara. Oye, ¿qué te parece si luego lo celebramos?

—*Me parece perfecto. Dime dónde nos vemos* —se apresuró a preguntar ella. Su disposición lo entusiasmó.

—¿Voy a buscarte luego a la librería?

—De acuerdo. Te estaré esperando. Hasta luego, Rory.

—Adiós, Inglesita.

Colgó la llamada con el ánimo disparado. No podía ser que lo primero que hubiera pensado tras recibir la noticia fuera contárselo a ella. Tenía que admitir que, casi sin darse cuenta, camuflado bajo una relación puramente física, Tara se había ido colando poco a poco en su día a día, tanto que muchos de sus pensamientos eran para ella.

Hacía semanas que la única compañía femenina que buscaba y deseaba era la de cierta inglesita; el resto de las mujeres había dejado de importarle. A tal punto que, aunque algunos días en los que no había quedado con Tara había coincidido con alguna antigua amiga, tras saludarla, había regresado a casa solo.

Ella le había dejado muy claro que no deseaba ninguna relación y en aquel momento a él le pareció bien, pero tras casi dos meses de tiras y aflojas, de buscarse y quedar en su casa para disfrutar del sexo, algo en su interior deseaba ponerle una etiqueta a aquello que tenían.

«No es el momento de comerse ahora la cabeza, colega», se dijo mientras regresaba a la empresa. Tenía asuntos de los que ocuparse antes de encontrarse con ella.

Ya sabía de antemano que los minutos le iban a parecer horas.

Rory atravesó la nave ya casi vacía cuando atisbó a su primo, que bajaba de su oficina con el maletín en la mano.

—¿Te marchas? —le preguntó Kevin al llegar frente a él.

Se colocó bien las solapas de la cazadora y asintió.

—Sí.

—Rory, ¿qué te parece si vamos a tomar algo? Hoy ha sido un buen día. He quedado con Meg, pero puedes venir con nosotros y así lo celebramos.

La propuesta lo tomó por sorpresa.

—Eh… No puedo. Tengo planes.

La expresión risueña de Kevin mudó a otra que mostraba desencanto.

—¿Qué temes? ¿Estorbar? ¿O piensas que vamos a «iniciar la celebración» en el *pub*?

Él dio un paso hacia atrás y lo miró de arriba abajo con escepticismo mientras hacía un esfuerzo por no estallar en carcajadas.

—¡¿No?! Pues le quitas todo el aliciente para ir —bromeó muy serio.

Los dos se echaron a reír casi a la vez.

—Venga, ¿te apuntas? —insistió su primo.

Se acercó y le tocó de manera amigable el brazo.

—No, muchas gracias. De verdad que tengo planes.

Después de unos segundos, Kevin asintió.

—Pues que tú también lo pases bien.

—Adiós, Kev.

Lo vio marcharse con paso ágil. Le gustaba aquel cambio que se venía produciendo en su primo desde que estaba con Meghan. Antes de que la chica apareciera, la vida de Kevin se reducía a estar más horas de las convenientes en la empresa cinco días a la semana, para seguir trabajando cuando llegaba a casa en cualquier asunto que no hubiese podido acabar en la oficina. Por lo que podía ver, esa etapa había acabado. Y él se alegraba enormemente.

Sacó el casco de debajo del sillón de la moto, se lo colocó y puso rumbo a la librería de Tara. Con un poco de suerte ella ya habría acabado su turno.

Al final, esa suerte que convocó se acabó materializando porque, cuando aún le faltaban unos pocos metros para llegar, la vio en la acera. Ella lo aguardaba mientras miraba algo en su teléfono móvil. Detuvo la moto cerca del bordillo delante de Tara.

—¿Esperas a alguien, Inglesita?

Ella alzó el rostro y arrugó la nariz.

—A alguien que parece que me ha dejado tan plantada como a una patata.

—Espero que, al menos, sea como a una patata irlandesa.

La observó arrugar la naricilla y le pareció lo más adorable que había visto en mucho tiempo.

—Pues no te puedo decir…

Detuvo el motor, se bajó de la motocicleta, tomó el casco que guardaba para ella en el transportín trasero y se hizo a un lado.

—*Milady*, su carruaje la espera —dijo con el más puro acento inglés que pudo imitar, acompañándolo de una exagerada reverencia.

Ella se acercó y, en cuanto estuvo frente a él, le caló el casco hasta las orejas.

—¿Dónde vamos? —quiso saber Tara. La mirada de la chica resplandecía. Entonces, sus ojos viajaron hacia sus labios y decidió que podría morir por las ganas que tenía de atraparlos con un beso.

—Es una sorpresa —fue todo lo que alcanzó a decir sin dejar entrever lo mucho que lo afectaba tenerla tan cerca; lo mucho que deseaba abrazarla y enterrar su rostro en el hueco de su cuello y quedarse allí hasta que necesitara respirar de nuevo.

Tara alzó una ceja.

—¿No me lo vas a decir?

—¿Qué parte de «sorpresa» no has entendido? —contestó a su vez con aire de fingida suficiencia. Tras unos segundos, hizo un movimiento de cabeza mientras ponía distancia entre ambos—. Anda, sube.

Aunque reticente, Tara hizo lo que le había pedido. Sin más, él se colocó al mando de la moto. De manera casi automática, ella le rodeó la cintura con los brazos y se pegó a su espalda. Aún tenía tiempo de pensar si cumpliría con la palabra dada o si, en cambio, pasearían sin rumbo fijo por todo Dublín con el único objetivo de que continuara abrazándolo.

Sacudió un poco la cabeza y giró el contacto del vehículo.

—Agárrate. Nos vamos.

Apenas quince minutos después se detenían ante la puerta de un *pub*. No era, ni mucho menos, tan conocido como el lugar en donde pinchaba Tara. Él lo frecuentaba desde hacía bastante tiempo porque un par de viejos amigos que tenían una banda solían tocar allí algunos días a la semana.

El lugar estaba bastante concurrido para ser un martes por la noche, pero él ya sabía que el ambiente era bueno; la comida, estupenda y la cerveza, inmejorable. Más no podía pedir.

Por puro instinto, buscó la mano de Tara y la asió con fuerza. La naturalidad con la que ella aceptó su gesto lo hizo detenerse bruscamente y lo dejó sin saber qué pie tenía que mover a continuación.

—¿Rory?

—¿Sí? —contestó él conteniendo las ganas de girarse y abrazarla.

—¿Hay algún problema? ¿No hay sitio? —quiso saber ella a la vez que se aupaba en las punteras de sus botas para mirar al interior.

—No, no —dijo al fin cuando se repuso—. Ven, vamos dentro. —El sonido era algo ensordecedor y la iluminación no era la más idónea. Se inclinó hacia Tara para poder hablarle cerca del oído—. Hemos venido a escuchar a unos amigos míos, pero no sé cuánto tiempo tardarán en salir al escenario. ¿Quieres que comamos mientras esperamos? —preguntó.

De improviso, una chica se acercó con una radiante sonrisa en los labios y se plantó ante él.

—Hola, Rory. Cuánto tiempo sin verte.

Su agarre a la mano de Tara se hizo más fuerte cuando reconoció a Liotta, una vieja amiga con la que había disfrutado un par de noches ni se acordaba cuánto tiempo hacía.

«Tendrías que haber pensado que podrías encontrarte con alguien», se lamentó. Sin embargo, optó por pegar a Tara a su costado y mantenerla lo más cerca posible de él.

—Hola, Liotta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer. Se sintió incómodo bajo su descarado escrutinio.

—Hemos venido a ver a los muchachos —respondió—. Y a tomarnos algo.

Esperaba que el uso deliberado del plural le hiciera saber que, esa noche, no tenía nada que hacer con él. Por la expresión de Liotta y el vistazo furtivo que le echó a Tara, supo que lo había comprendido a la perfección.

—Vale. Pues que lo «paséis» bien —incidió la chica con evidente disgusto. Sin más, giró sobre los altísimos tacones de sus botas y se

internó en el local.

Volteó la cabeza hacia Tara. Ella no había intentado desasirse de su agarre y eso ayudó a que el pulso se le calmara un poco.

—Lo siento… Yo debería…

Tara negó con la cabeza.

—No te tienes que disculpar. No voy a ser tan estúpida como para pensar que no tienes amigas en cada *pub* de esta ciudad.

—Bueno, tanto como en cada *pub*… —La mirada, entre divertida y admonitoria de Tara, lo hizo reír—. Vale, sí. Tienes razón.

Conforme con su respuesta ella asintió.

—Estupendo. Pues llegados a este punto de entendimiento, yo tengo hambre y, ya que tú conoces este sitio, ve a elegir la cena.

—Está bien —respondió—. Busca una mesa, ¿te parece?

Sin más, cada uno se encaminó en direcciones opuestas: él hacia la barra y ella en busca de un lugar en donde sentarse. Después de unos minutos, regresó junto a ella con un par de cervezas en las manos. Tara había encontrado una pequeña mesa cerca del escenario aún vacío.

—Enseguida traen todo. Toma.

—Además de hambre, también tengo sed —dijo ella dándole el primer sorbo a su bebida.

La observó beber con ganas; se fijó en cómo la espesa espuma de la cerveza se quedaba prendida en su labio superior y se los relamía con gusto. El deseo de ser él quien hiciera desaparecer la espuma lo asaltó; quería pasarle la punta de su lengua por ese labio, notar el sabor de la fuerte bebida en su boca; adentrarse en ella y…

«¡Para, para!», se dijo cuando se dio cuenta de los derroteros que estaba tomando su mente. Tampoco debía extrañarle porque eran los mismos siempre que Tara estaba junto a él. Hacía tres meses que se veían con más o menos asiduidad y no parecía tener ninguna intención de cansarse de ella en un futuro próximo.

En ese momento, la mirada de Tara lo encontró con su atención puesta por completo en ella. La chica le sonrió y alzó su pinta.

—¿Brindamos?

Él la imitó enseguida.

—¿Por qué brindamos?

—Por ese contrato que la empresa ha conseguido gracias a ti —dijo ella.

Sin perder tiempo, él levantó su vaso para entrechocarlo con el de la chica.

—Gracias. —Los dos sándwiches de carne de cerdo que había pedido con sendas raciones de patatas llegaron enseguida y ambos atacaron sus respectivos platos con ganas. Él se limpió la comisura de los labios con una servilleta y tragó el bocado con la vista puesta en ella—. ¿Y qué tal tu día?

Tara puso los ojos en blanco mientras masticaba el trozo de sándwich que se había llevado a la boca.

—Una porquería —respondió tras dar un sorbo a su cerveza—. Fui a ver un apartamento monísimo al barrio de The Liberties, pero para sorpresa de nadie, no me lo puedo permitir. ¿Cómo voy a pagar una renta que supone casi el setenta por ciento de mi sueldo? Me veo viviendo en la trastienda de la librería —se quejó antes de dar un nuevo mordisco a su comida.

—Si te conformas con una habitación, tengo una libre en mi casa… Te la alquilo.

El vaso de Tara quedó suspendido entre la mesa y sus labios. La chica pareció tener problemas para parpadear. En realidad, no le extrañaba en absoluto porque ni él mismo sabía de dónde había salido la propuesta. Había emergido directamente de su boca sin pasar siquiera por su cerebro.

—No lo estarás diciendo en serio, ¿verdad? —quiso saber ella sin retirarle la mirada.

Sin más, él se encogió de hombros.

«Ya que has pintado un cuadro, ponle un marco, chaval».

—Bueno, no me parece tan mala idea después de todo. Considéralo como que ambos salimos ganando: tú encuentras el lugar que estás buscando y yo consigo algo de dinero extra.

«Ni que lo necesitaras».

Tara seguía mirándolo como si le hubiera salido un cuerno en medio de la frente.

Tras unos segundos, que se le hicieron eternos, Tara regresó su atención al sándwich que aún sostenía entre sus manos y negó con

un tajante movimiento de cabeza.

—No. No creo que funcione.

—Puede que no —respondió él—, pero es mejor que vivir en la librería.

—Bueno, visto desde ese punto de vista… —recapacitó ella. Sin embargo, negó otra vez un segundo después—. No, no funcionaría. No es lo que estoy buscando y tú… bueno, tú no eres del tipo de persona que parezca querer compartir tu día a día.

Tara no dejaba de tener razón en cuanto a él se refería. Lo había calado bien; jamás se había planteado compartir su vida con nadie y nunca se le había pasado por la imaginación proponérselo a ninguna mujer. Claro que ninguna de ellas le había gustado tanto como Tara.

Se llevó la cerveza a los labios y bebió de ella antes de dejarla de nuevo sobre la mesa, frente a él.

—Está bien. No voy a insistirte, pero la oferta va a seguir ahí por si la acabas necesitando.

Ella ya no respondió. La vio afanarse en acabar con su cena sin decir nada más. Entendería a la perfección que ella lo mandara a la mierda después de aquella bomba que ni él mismo sabía de dónde había salido.

Acababan de terminar de comer cuando las luces de colores sobre el estrado se encendieron y los integrantes de la banda subieron para colocarse tras los instrumentos. Giró la cabeza hacia Tara, que se había erguido en su asiento. Para su alivio, la sonrisa había vuelto a sus labios y se alegró de ello.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que, durante su conversación, la sala se fue llenando de gente que, bebida en mano, iba ocupando la zona más cercana al escenario. Los chicos de la banda se presentaron al público y este los jaleó con entusiasmo. Observó a Tara hacer lo propio y, en cuanto se escuchó el primer toque de batería y el punteo de la guitarra, ella ya estaba siguiendo el ritmo con sus palmas.

La música resonó con fuerza en las paredes del local, pero a nadie pareció importarle. Más aún, todos seguían la canción con fervor. El grupo de sus amigos apenas tenía repertorio propio por lo

que se surtía de conocidas canciones de rock de grupos muy famosos de cualquier época. En ese momento, el *Smells like a teen spirit* era coreada por los asistentes, incluida una entregada Tara que se había puesto en pie y, con los brazos alzados, cantaba a todo pulmón.

No podía dejar de mirarla. Estaba preciosa con las mejillas encendidas por el calor que hacía en aquel lugar y con algún mechón de pelo que se le había escapado de la coleta alta con la que se había recogido el pelo. Se sintió tentado de hacer que lo mirara, de colocar tras las orejas esos mechones furtivos y, como colofón, atrapar su boca con el beso que llevaba ya un rato reprimiendo.

Los aplausos lo sacaron de aquella especie de ensoñación en la que se había sumido y el nuevo ritmo que emprendió la banda casi le hizo dar un respingo.

Continuaron por un buen rato disfrutando de la música. Aunque se había esforzado en prestarle atención a los músicos, no podía evitar mirar de reojo a Tara, que no paraba de sonreír y de cantar a pleno pulmón cuando el grupo lo pedía.

Casi cuarenta minutos después, un redoble de platillos anunció el fin de la actuación y pareció que los aplausos y los gritos iban a tirar abajo el local. Los músicos agradecieron la presencia y se despidieron antes de bajar del escenario.

—Ven —dijo él al tiempo que tomaba a Tara de la mano y tiraba de ella.

—Pero…

—¡Bobby! —llamó a uno de los músicos, el que aún tenía colgada ante su pecho la guitarra con la que había tocado esa noche.

El hombre se giró y, en cuánto se percató de quién lo había llamado, le ofreció una amplia sonrisa.

—¡Hey! ¡McCoy!

Le tendió la mano que tenía libre y lo abrazó antes de palmearle el hombro.

—Habéis estado genial, como siempre —dijo a modo de saludo —. Tara, este es Bobby, el guitarrista de Steel Horizon. Aquellos de

allí son Neal y Seamus. Y este es Alfie, el batería.

—Hola. —Tara los saludó a todos con una sonrisa tan amplia y resplandeciente que no entendía cómo los chicos de la banda no habían caído ya rendidos a sus pies.

Alfie, que aún sostenía en sus manos las baquetas, lo señaló con ellas.

—¿Así que esta es la chica de la que nos has hablado?

Sintió que enrojecía hasta la punta del pelo.

—¡Alfie, colega!

El batería se echó a reír con ganas antes de dirigirse hacia donde estaba Tara, con su peculiar paso de piernas arqueadas.

—Un pajarito me ha dicho que, cuando eras más joven, querías tocar la batería. ¿Es cierto?

Tara giró la cabeza hacia él con los ojos abiertos como platos.

—¡Rory!

—No le riñas, mujer —abogó Alfie—. Anda, ven conmigo.

—Pero…

—Vamos a tocar esa batería de ahí, ¿quieres?

Con la misma expresión de quien no se cree lo que está ocurriendo, Tara miró primero a Alfie y luego a él.

—Anda, ve con Alfie —la animó.

Sin poner más objeciones, Tara subió al escenario con los músicos. Alfie le indicó que se sentara detrás del instrumento. Con cierto reparo, ella hizo lo que el hombre le había indicado.

Con paciencia, Alfie le dio algunas indicaciones y Tara las siguió al pie de la letra con atención, aporreando los tambores y los platillos. Cuando lograba reproducir el sonido que el batería le había pedido, el rostro se le iluminaba.

—¡Eso suena muy bien, niña! —exclamó Bobby al tiempo que se colgaba de nuevo la guitarra al cuello.

—Venga, toca con nosotros —sugirió Alfie.

Vio que Tara se envaró en el asiento.

—¡No, no! ¡No voy a saber hacerlo!

—Yo te guío, descuida —la animó Alfie colocándose tras ella—. Yo te daré las indicaciones de cuándo tienes que entrar, ¿de acuerdo?

—Además, *Highway to hell* es de primero de batería —añadió Bobby antes de adecuar el micrófono frente a él—. Lo vas a hacer genial. Tú solo échale ganas, ¿de acuerdo?

Colocando las baquetas sobre dos de los instrumentos, Tara asintió.

—De acuerdo.

Mientras Bobby concordaba con su compañero cómo iniciar la actuación, Tara dirigió la mirada hacía él y le sonrió. Supuso que, si en ese momento el suelo del *pub* se abría o si venía un tornado a llevárselo, él no se enteraría porque solo tenía ojos para Tara. Ver aquella sonrisa lo golpeó en el centro del pecho. Lo hizo con la misma fuerza con la que las olas golpean los acantilados de Moher, recapacitó sin retirar la vista de ella y sin pestañear. Entonces supo, sin lugar a ninguna duda, que se había enamorado de Tara Healy.

Ser consciente de ello lo asustó como nada nunca lo había asustado. Jamás había estado enamorado. El amor era terreno inexplorado para él. Nunca había deseado tanto estar con nadie como con Tara y darse cuenta de ello hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Los aplausos por parte del público cuando las luces del escenario se encendieron de nuevo sobre la banda lo sacaron de un plumazo de sus pensamientos.

Cuando Bobby arañó las cuerdas y el lugar se llenó de los conocidos acordes, los asistentes se arremolinaron en torno al escenario. Detrás de Tara, Alfie estaba inclinado hacia ella. Entonces, con una señal a su brazo, ella golpeó el primer tambor y siguió el ritmo tal y como le indicaba el músico. Se notaba que estaba concentrada, siguiendo las pautas que le daban.

La conocida canción se fue desarrollando para deleite de todos, pero él solo podía fijarse en ella y en cuánto estaba disfrutando de su momento. Cuando fue el turno del estribillo, el *pub* se vino abajo. Alfie, Bobby y los demás músicos, sin dejar ni un instante de atender el desarrollo de la canción, alentaban a Tara para que continuara con su actuación.

Había visto mujeres preciosas durante toda su vida, se había acostado con un buen puñado de ellas –mujeres que quitaban el

hipo–, pero ninguna le llegaba a Tara a la altura de su bota.

La última frase y el último acorde de la canción llegaron y el público prorrumpió en vítores. Los ojos de la persona de la que estaba irremediablemente enamorado –ya lo había asumido a ritmo de AC/DC– brillaban como nunca.

Bobby la animó a levantarse de la banqueta y a saludar al público, que reaccionó con una ovación. Orgulloso, él se acercó hacia los peldaños que subían hacia la tarima para aguardarla. En cuanto Tara salió de detrás de la batería, corrió hacia las escaleras y se arrojó hacia él sin poner un pie en los escalones. Sus brazos estuvieron listos para recogerla al instante. Tara se colgó de su cuello sin dejar se reír y eso mismo hizo él hasta que ella se separó unos centímetros para mirarlo.

—¿Te ha…?

No pudo acabar la frase porque los labios de Tara se lo impidieron. La boca de la chica lo asaltó y él solo pudo sumergirse en ella, olvidando que estaban rodeados de gente. Ansioso, le ciñó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí para responder a aquel beso que le estaba robando la razón.

Demasiado pronto para su gusto, Tara se separó de él, sin embargo, no se soltó de su agarre.

—Gracias —susurró contra sus labios—. De verdad que no tengo palabras.

—¿Me perdonas ahora por contárselo a los muchachos?

Ella le dedicó una preciosa sonrisa que asomó por sus ojos.

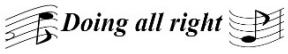
—Te perdono. Y creo que deberé recompensarte por hacerme hoy una mujer muy muy feliz —murmuró seductora.

Esa vez fue él quien inició un nuevo beso. Ya estaba impaciente de que ella cumpliera su promesa.

—¡Alguien ha triunfado esta noche! —oyó decir a Bobby antes de que todos se echaran a reír—. Anda, largaos de una vez. Y ya nos darás las gracias en otro momento.

Tomando a Tara de la mano, se despidió de los músicos con un escueto saludo y abandonaron el *pub*.

20



La semana previa a Navidad fue una locura en la librería. Tara pensaba que todo Dublín se había puesto de acuerdo para ir a comprar a la tienda en esos días. Por supuesto, era algo bueno para el negocio y pensaba que, a lo mejor, las cifras de ventas en esas fechas harían que los Buckley repensaran todo el asunto de vender el negocio.

Con todo aquel barullo, ella estaba exhausta. Cuando llegaba a su casa, apenas tenía fuerza para ducharse y picar algo en la cocina. En cuanto caía en la cama se quedaba dormida. Y, al despertarse por la mañana, su único afán era seguir durmiendo.

Tanto Marie como ella habían estado doblando turnos. No daban abasto si era una sola la que atendía al público. Sin embargo, desde hacía meses, tenía concertada la cita con la ginecóloga para su revisión la tarde del día antes de Nochebuena y no podía saltársela, así que Marie se las tendría que apañar sola esas pocas horas.

Salió lo más justa de tiempo posible de la librería y, con apenas un sándwich en el estómago, fue hacia la consulta que estaba cerca de Merriot Square.

La clínica estaba en un antiguo edificio del que habían conservado intacto el característico estilo georgiano en su fachada, pero al interior lo habían dotado de un toque de modernidad y funcionalidad que transmitía confianza. En la sala de espera, junto con un montón de embarazadas, aguardó con estoicismo a que le tocara el turno. No podía negar que estaba deseando salir de la consulta porque, en cuanto lo hiciera, llamaría a Rory para verse en algún lugar y tomar una cerveza. Y, tal vez, como la mayoría de esos días, para acabar en su casa, algo de lo que ella no se quejaba en absoluto, más bien al contrario.

Cuando la enfermera dijo su nombre, pasó a la consulta. La doctora Prescott estaba sentada al otro lado del escritorio. Era una mujer elegante. Debía de haber sobrepasado la barrera de los cuarenta, pero lucía un aspecto juvenil con aquel pelo rubio ceniza recogido en una alta coleta. La había elegido hacía ya varios años porque una clienta asidua de la librería se la recomendó. Fue ella quien le diagnosticó la endometriosis que padecía, lo que al menos le dio un sentido a años y años de malestar y dolor.

La vio levantar la vista del expediente que tenía delante y le sonrió.

—¡Tara! Pasa, pasa.

—Buenas tardes, Eloise.

La mujer se acodó en la mesa.

—Siéntate, anda. Bueno, dime, ¿cómo va todo por la librería? —preguntó con genuino interés.

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Puedes imaginarlo. Parece que todo Dublín se ha propuesto, al menos, hacernos una visita. Parecemos la biblioteca del Trinity.

Las dos rieron con ganas.

—Bueno, en cuanto pase la época de los regalos navideños, la afluencia seguro que bajará.

—Lo hará. Todos los años es así.

—En fin. —La doctora se levantó de su asiento y rodeó la mesa —. ¿Pasas a la camilla y te desnudas de cintura para abajo, por favor? Vamos a ver cómo estás.

—De acuerdo.

Entró en el baño, se deshizo de los pantalones y la ropa interior y se cubrió con la pequeña sábana que encontró pulcramente doblada sobre un banquito.

—¿Sigues con tus molestias habituales? —le preguntó la mujer nada más salió del aseo. La halló sentada ante el ecógrafo, preparando la máquina para el examen.

Ella caminó de puntillas sobre el linóleo hacia donde estaba la camilla en la que debía tumbarse.

—Sí. Unos meses más que otros —le dijo al tiempo que se sentaba en el borde.

—¿Y cómo te van con los analgésicos?

—Me apaño con ellos.

Eloise clavó su seria mirada en ella.

—Sabes que lo idóneo para tu caso sería comenzar con la terapia hormonal.

—Pero es que no quiero tomar hormonas si hay otra opción —se quejó.

La doctora dejó escapar un suspiro.

—Si no ha mejorado, si el tejido ha seguido creciendo, la opción es pasar por el quirófano. Pero ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos al río, no te preocupes aún. Anda, túmbate y apoya las piernas en los estribos.

Apretó los labios y asintió con reservas. Desde que aquellos infernales dolores de su periodo tenían una explicación se había sentido más tranquila. Había leído mucho sobre el tema y esperaba que su caso se mantuviera dentro de los parámetros en los que tomar un analgésico para el dolor fuera suficiente.

Hizo lo que la doctora le había pedido y, en cuanto estuvo en posición, notó la sonda introducirse en su cuerpo. Pegó un respingo sin quererlo.

—No es agradable, ¿cierto? —bromeó la mujer.

—Nunca lo es —replicó.

Eloise adecuó el monitor frente a ella y, casi a tientas, movió la sonda.

—Bueno, veamos cómo estás…

Miró de reojo a la mujer que mantenía su atención en la pantalla. Vio cómo la sonrisa que había estado desplegando hasta ese momento comenzaba a evaporarse.

—Tara… ¿cuándo fue la última vez que tuviste tu periodo?

Ella torció el gesto, pensativa.

—Creo que fue a finales de septiembre. Ya sabes que siempre he sido muy irregular, así que no le he dado mucha importancia a este retraso.

Eloise la miró por el rabillo del ojo. Por la expresión que vio en su rostro se temió que algo estuviera mal y sintió que un puño le cerraba la garganta.

—Bueno, este retraso sí que tiene importancia. —No le dio tiempo a preguntarle qué sucedía. La doctora giró la pantalla hacia ella—. Estás embarazada, Tara.

No sabía cómo recordaría aquellos momentos, pero sintió que el tiempo se detuvo en el preciso instante en que sus ojos se posaron en la mancha gris que contenía otra negra más pequeña. Parpadeó varias veces antes de que su mirada se dirigiera hacia Eloise.

—¿Qué? No… No es posible.

La ginecóloga se encogió de hombros.

—La verdad es que he escuchado esa frase muchas veces en mi carrera, pero si eres activa sexualmente, por supuesto que es posible. Aquí tienes la prueba de que lo es.

De nuevo clavó la vista en el monitor. La doctora movió ligeramente la sonda dentro de ella y la imagen se hizo más nítida: una pequeña forma se agitó; una pequeña forma que tenía una cabecita, dos brazos y dos piernas.

—Creía… Creí que con mi endometriosis era imposible… —Sacudió la cabeza—. Sé que no es una excusa, pero es que he tomado precauciones. Jamás pensé que…

—La endometriosis puede ser causa de infertilidad en algunos casos, no en todos —la interrumpió la doctora—. Claramente, en el tuyo no lo ha sido.

Se cubrió la boca con ambas manos y las lágrimas afloraron sin necesidad de forzarlas. La visión se nubló con rapidez.

—No puede ser…

—Asumo que ha sido un accidente. —Asintió sin más—. ¿Tu pareja…?

—No… No tengo pareja —admitió, aunque sintió un pellizco en el estómago al decirlo. No, se convenció enseguida. Si debía catalogar a Rory, diría que era su amigo, no su pareja.

—Pero sabes quién es el padre.

—Sí, claro que lo sé. —No reconocía la voz que le estaba respondiendo a Eloise. Era la de otra persona distinta, no la suya. A ella no le podía pasar aquello. Se movió en la camilla y miró a la doctora con ojos espantados. Entonces, la imagen de Rory y de ella en la ducha, una mañana, la golpeó en el pecho—. Fue solo una vez,

pero él no acabó dentro. Todas las demás veces hemos usado protección.

Eloise apretó los labios mientras continuaba con su atención fija en el monitor.

—No tengo que decirte que ese método no es seguro. Has tenido mala suerte, Tara. Si no era algo que tú querías, claro.

—No. No lo quería.

La doctora regresó la vista a la pantalla. Sin mirarla, con una mano sujetaba la sonda y con la otra marcaba y tecleaba en el panel de mandos.

—Bueno, pues según sus medidas estás de once semanas y dos días. Y parece estar bien y colocado en un buen lugar.

Echó la memoria atrás. Once semanas… Eso significaba que se había embarazado a mediados de octubre, de las primeras veces que estuvo en casa de Rory. Tomó aire y apretó los párpados con fuerza.

«¿Embarazada? No, no puede ser».

—Ya hemos terminado —dijo Eloise al fin. Escuchó el sonido de una impresora junto a ella—. Vístete y nos vemos en la consulta cuando estés lista.

En cuanto entró en el baño, el espejo le ofreció su reflejo. No se reconocía. La imagen de la pequeña figura que había visto en la pantalla bailó ante ella… ¿Un hijo?

—No, no puede ser… Esto no puede estar pasando —murmuró mientras sentía que el sándwich que se había tomado horas atrás se le revolvía en el estómago.

Se vistió con calma. Por mucho que hubiera querido darse más prisa, sus manos no le respondían. Las sentía temblorosas y sin fuerza.

¿Cómo le iba a decir a Rory que cometieron un error y que había acabado embarazada? ¿Cómo iba a decírselo a sus padres? Su relación en casa no era la más idónea y, para colmo, su trabajo estaba pendiendo de un hilo.

Se inclinó hacia adelante y sintió que la bilis le subía hasta la garganta. Se giró con rapidez para levantar el asiento del inodoro y acabó vomitando la poca comida que tenía en el estómago.

Cuando salió del baño se sentía como si le hubiera pasado por encima una manada de rinocerontes. Se notaba extraña, diferente. ¿Era así como se sentían las demás mujeres cuando se enteraban de que iban a tener un hijo? Porque ella solo tenía ganas de echarse a llorar.

Regresó a la consulta y se sentó frente a la doctora. La mujer estaba rellenando unos documentos, así que aguardó con paciencia a que acabara. Cuando lo hizo, Eloise la miró. Lejos quedaba aquella expresión risueña con la que la recibió. Había seriedad en sus facciones. Y también preocupación.

—Dado que me has dicho que no ha sido algo deseado y que todavía estás dentro de los límites legales, aún tienes la opción de interrumpir el embarazo, si es lo que quieres. —Le tendió un legajo de documentos—. Supongo que tienes que pensártelo. Es normal, pero no puedes perder tiempo porque no lo tienes, así que te los dejaré preparados por si…

Ella bajó el rostro y apretó los labios.

—Está bien —murmuró. Estaba segura de que la doctora apenas debía de haberla escuchado porque la voz no le pasaba por la garganta.

—Pero también te he preparado esto. —Le tendió un nuevo papel—. Es la medicación que deberías tomar en caso de que quieras continuar. Ha pasado casi el primer trimestre y ya deberías haber comenzado a tomar algunos complementos vitamínicos y el ácido fólico. Puedes comprarlos en cualquier farmacia. Ahí te dejo anotado la manera en que debes hacerlo.

Con reservas, también aceptó el pedazo de papel. Apenas lo leyó porque las letras se le amontonaron bajo los ojos.

—Gracias. —Trató de sonar sincera. Agradeció en silencio que Eloise pudiera ver más allá de ese momento porque ella aún no sabía qué iba a hacer con su vida, ni con la del bebé.

—Y he sacado esto. Es la ecografía… En caso de que quieras tenerla. Si no, no pasa nada. Lo entenderé y la dejaremos aquí.

Sobre la mesa, Eloise deslizó una fotografía; la misma imagen que había visto en la pantalla. La figura era muy nítida. Le recordaba el juguete de algún niño pequeño. Tenía la cabecita más grande de

lo que hubiese creído y los brazos y las piernas estaban ya formados. Incluso creía que podía apreciar el diminuto punto que era la nariz. Se le saltaron de nuevo las lágrimas.

—Ya sea que aceptes el procedimiento quirúrgico —la sorprendió la doctora al continuar con lo que parecía un monólogo— o que sigas adelante con el embarazo, tienes que regresar la semana que viene. Pero si decides interrumpirlo, no tienes mucho margen para pensarlo.

Sintió que la garganta se le cerraba y las ganas de llorar regresaron con tal fuerza que casi le impedían respirar.

—Lo sé —contestó sin alzar la cabeza.

—La legislación nos impide realizarlos más allá de la duodécima semana. Te quedan pocos días para cumplirla. No es mi intención agobiarte y siento insistir en los plazos, pero es lo que tenemos. Llévate toda la documentación y piénsalo. El día 26 es tu tope. Tienes mi número. Llámame a la hora que sea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repitió como si fuera un eco vacío.

La doctora se levantó de su asiento, rodeó la mesa y se detuvo a su lado. Le buscó la mano y se la apretó con delicadeza.

—Tara, si necesitas ayuda, te puedo dar el número de alguna colega. Te ayudará tanto si eliges interrumpirlo como si escoges afrontarlo. No vas a estar sola si tú no quieres.

Una lágrima escapó de nuevo de sus ojos; se precipitó a secarla antes de levantar la vista y mirar a Eloise.

—Gracias.

—El padre… ¿Se lo vas a contar? ¿Puedes hablar con él?

Pensar en Rory hizo que el pellizco que llevaba notando en el estómago desde hacía un rato se intensificara. Su relación había comenzado como un polvo de una sola noche y había acabado convirtiéndose en amistad. Eso era lo que los unía, nada más. Hasta ese momento.

¿Podía hablar con él?, repitió en su cabeza.

—Sí, puedo —acabó contestando convencida, casi sin voz—. Lo haré.

—Está bien —la animó la doctora—. Llámame si necesitas algo.

Aunque trató de asentir, su cuerpo parecía envarado. Se levantó como si pesara cien kilos más y se despidió.

Cuando llegó a la calle y el aire frío de la tarde le dio en el rostro, nuevas lágrimas brotaron de sus ojos. Apretó los labios y bajó la cabeza.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó en silencio mientras los transeúntes pasaban por su lado, la mayoría cargados de bolsas con las compras de Navidad, sonrientes y felices. Ella, sin embargo, sentía que su vida se había desmoronado en apenas una hora.

Miró a su alrededor. Estaba mortalmente cansada, no solo a nivel físico, y todo lo que deseaba era meterse debajo del edredón y no salir de allí, pero no podía ir a su casa. ¿Qué iba a decirles a sus padres? Sobre todo, porque aún no sabía qué iba a hacer con el embarazo. No podía poner buena cara y sonreír cuando por dentro sentía tanta tristeza.

Caminó por las calles cada vez más vacías hasta que dio con un *pub* del que salía olor a estofado casero. Entró sin más y buscó una mesa donde sentarse.

Al instante, el camarero estuvo frente a ella. Su primer impulso fue pedir una cerveza, pero se detuvo antes de hacerlo y se decidió por una limonada y el estofado que recomendaban los carteles de la entrada. Sin embargo, cuando llegó, no pudo tomar ni un bocado. Tenía el estómago cerrado y se temía que, si llegaba a probarlo, acabaría de nuevo en el baño, vomitando.

Se terminó la limonada y volvió a salir. Una pesada humedad flotaba en el ambiente. El recién inaugurado invierno había llegado con toda su crudeza y, aunque se arrebujó como pudo en el chaquetón y la bufanda que llevaba, no parecía poder entrar en calor.

Rodeó Saint Stephen Green y caminó en dirección hacia el Trinity. La zona que durante el día atestaban estudiantes y turistas estaba a esa hora mucho más vacía. Sus pasos la llevaron hacia la librería, ya cerrada, así que accedió por la puerta trasera, la que estaba en el portal de la casa colindante, apagó la alarma y entró. El olor de libro nuevo, que siempre le había encantado, le hizo arrugar la nariz y llevarse la mano a la boca.

Apretó los párpados y trató de calmarse.

—Relájate, anda. Has estado aquí hace unas horas. No puede ser que ahora empiece a darte asco.

Entonces, los pequeños detalles a los que no les había prestado atención durante esas semanas comenzaron a tomar sentido: el estar cansada incluso cuando se acababa de levantar; el quedarse dormida tan pronto se tumbaba. La falta de apetito, o todo lo contrario: el hambre voraz a horas extrañas…

Se pasó la mano por el pelo.

—Debí darme cuenta antes, joder.

Porque, por supuesto, había echado de menos su periodo, pero era habitual en ella que algunos meses le faltara.

«Claro que eso había sido cuando no te habías estado acostando con nadie», insistió. Tan solo una vez con Rory no había tomado las suficientes precauciones. Ambos creyeron que lo habían solventado. «Creímos, sí. Y mira por dónde ha salido la creencia».

Casi arrastrando los pies caminó hacia la trastienda. Allí tenían un sofá que utilizaban a veces si debían quedarse haciendo inventario por la noche. Al llegar, se arrojó en él aún envuelta en su chaquetón con la vista perdida, sin fuerzas para moverse.

Tenía la cabeza hecha un lío. ¿Qué iba a hacer? Aún no había podido encontrar un lugar para alquilar y salir así de casa de sus padres; la librería bien podría cerrar en pocos meses y su relación con Rory… De manera inesperada, Rory se había convertido en un amigo, en alguien con quien lo pasaba bien y se divertía. Le gustaba cuando quedaban para tomar una cerveza y se contaban cómo habían pasado el día y charlaban de trivialidades sin más. Y le gustaba cuando acababan en la cama. Jamás había tenido a alguien como Rory a su lado y, posiblemente, nunca más lo tendría. Había sido ella quien insistió en que no quería una relación con él, una más formal. Sabía que Rory no era del tipo de hombres que se mantuviera atado a una mujer por mucho tiempo y ella no deseaba enamorarse de nadie. No podía hacerlo. Una vez prometió que no lo haría y eso aún estaba fresco en su recuerdo.

A tientas, sacó de su bolso el teléfono móvil y le escribió un mensaje a su hermana Brianna. Le pidió que les dijera a sus padres

que esa noche no iba a dormir en casa porque tenía mucho que preparar en la librería para el último día de las compras navideñas. Le molestaba mentirles, pero no podía enfrentarse aún a ellos sin saber qué iba a hacer.

Antes de dejar el teléfono a un lado, su mirada se quedó clavada en la pantalla. Los dedos resbalaron por ella. Quería llamar a Rory y contárselo, decirle lo que había sucedido y que la ayudara a decidirse, pero eso era algo que le tocaba hacer a ella sola. Era su decisión si se quedaba al bebé o no. No quería presiones ni quería compromisos por su parte que no deseara asumir. Se lo diría en cuanto tuviera claro qué iba a hacer.

Pero lo cierto era que se moría por llamarlo; se moría porque fuera a su encuentro y que la abrazara y que le dijera que, eligiera lo que eligiese, iba a ser lo correcto e iba a estar bien. Jamás había necesitado tanto a nadie a su lado como necesitaba a Rory en ese momento. Y se sintió asustada porque no quería necesitarlo. La necesidad, recapacitó, no era lo que querría sentir hacia él en caso de que ella claudicara con aquello de tener una relación.

«Todo es un puñetero lío».

Sacó del bolso el sobre que le había dado la ginecóloga con la documentación. No tenía fuerzas para estar sentada, así que se tumbó en el sofá y extendió en el suelo todos los papeles: a un lado los folios a medio rellenar para solicitar la interrupción del embarazo, a los que solo les faltaba que ella los firmara. Al otro, las recetas de los medicamentos que debía comenzar a tomar en caso de que decidiera continuar. Lo último que extrajo del interior fue la fotografía. Volvió a sentir el nudo en la garganta al observarlo. Con la cabeza apoyada en el cojín era incapaz de retirar la mirada de la imagen del pequeño ser. Se llevó la mano al vientre y la calidez que desprendía su cuerpo confrontó la frialdad de la palma.

«¿De verdad eso está creciendo aquí dentro?».

Parecía que estuviera refiriéndose a otra persona que no era ella.

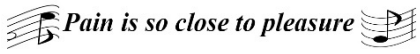
Paseó la vista por los documentos una y otra vez, como si ellos tuvieran la capacidad de hablarle y decirle qué era lo que debía elegir.

Notaba los ojos cargados, no solo por el sueño, sino por las lágrimas que había derramado esa tarde. Trató de mantenerlos abiertos, pero cada vez los párpados le pesaban más.

Antes de rendirse al sueño, un *flash* cruzó por su mente con la seguridad de que era lo que debía hacer; la creencia de que eso sería lo correcto. Supo sin lugar a duda cuál iba a ser la decisión que tomaría.

Inexplicablemente, se quedó dormida de inmediato.

21



—Cielo, acuérdate de que debes estar aquí pronto esta tarde. Ya sabes que tu hermana Meghan no viene a cenar, pero tu padre ha invitado al vecino y tengo mucha faena en la cocina. Me ayudarás luego, ¿verdad?

Tara cerró los ojos, se pellizcó el puente de la nariz y asintió en silencio ante la arenga de su madre. Casi no le había dejado meter baza en toda la llamada. Además, el dolor de cabeza que tenía por haber dormido en el sofá de la trastienda solo lo superaba el peso que notaba sobre los hombros.

—Sí, claro, mamá.

—¡Ah! ¿Y podrías ir a buscar la tarta que nos ha preparado Meghan para el postre? No sé si me dará tiempo…

—Lo haré, descuida —contestó desganada.

—¿Qué te apetece más para esta noche? ¿Pavo o ternera? Y de guarnición ¿patatas o coliflor?

La mera mención de la comida hizo que el estómago le diera un vuelco y sintió la bilis subir por la garganta.

—Lo que quieras.

—¡Hija, que es Navidad! ¡Qué poco colaboras!

Se pasó la mano por el rostro y suspiró.

—Mamá, tengo mucho trabajo y no puedo entretenerme en elegir qué vamos a cenar.

Oyó a su madre resoplar con energía.

—Está bien. Anda, ve, ve. No llegues tarde, ¿de acuerdo?

Antes de que se hubiera dado cuenta, Maureen había colgado la llamada.

Se quedó unos segundos mirando a la pantalla ya oscurecida. Sentía que iba a medio gas, que no tenía fuerzas. Solo deseaba meterse en la cama y dormir. No lo había hecho bien esa noche a

pesar de que se le cerraron los ojos en cuanto se recostó en el sofá. Pero el sueño había sido intranquilo. Se había despertado varias veces a lo largo de la noche y, cuando lo hacía, tras sus párpados lo único que aparecía era la pequeña foto en blanco y negro que le dio la ginecóloga y que descansaba a salvo dentro del sobre.

—¡Tara! ¿Puedes salir? Necesito ayuda aquí fuera. ¡Parece que estemos regalando algo! —exclamó Marie desde la puerta que comunicaba con la tienda.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y asintió.

—Salgo enseguida.

Fue directa al baño y se miró al espejo. Nunca había tenido unas ojeras tan oscuras como ese día. Y el pelo… No sabía qué iba a hacer con él. Se lo recogió de manera apresurada con un coletero que encontró en la balda de debajo del espejo y lo alisó con las palmas hasta que estuvo satisfecha con el resultado.

«Con la cara no hay nada que hacer», se lamentó en silencio. A pesar de ello, sacó de su bolso el pintalabios y, con ligeros toques, coloreó sus mejillas. De esa guisa, regresó a la tienda.

No tuvo tiempo en todo el día de pensar en nada más que en el trabajo y en los títulos que los clientes llegaban buscando para convertirlos en regalos de Navidad para sus seres queridos.

Tara desconocía cuántos libros había vendido, ni cuántos de ellos había envuelto. Tampoco sabía cuántas cajas de la distribuidora había abierto para repoblar las estanterías; muchas, eso seguro. Por suerte, ese día cerraban más pronto de lo habitual y cuando cambiaron el cartel de la puerta y apagaron las luces del escaparate, tanto Marie como ella resoplaron al unísono.

—Y después dicen que la lectura no está de moda —rezongó la chica—. ¡Ay! No me noto los pies.

Ella cerró la caja registradora, guardó la recaudación en un sobre y la llevó a la trastienda para meterla en la caja fuerte. Regresó manteniendo el mismo silencio en el que había estado sumida todo el día, salvo en los momentos en los que los clientes le preguntaron algo, por supuesto.

Entre Marie y ella cerraron la tienda y se despidieron hasta después del día de Navidad. No veía la hora de llegar a casa, darse una ducha y meterse en la cama. Se detuvo en la acera cuando se percató de que eso, al menos, tendría que esperar a que acabara la cena de Nochebuena.

Al llegar a casa, sus padres ya estaban en la cocina, rodeados de cacharros y comida a medio preparar.

—Hola, cielo —la saludó su padre sin parar de embadurnar con una salsa la carne de ternera que iba a meter en el horno—. ¿Cómo ha ido el día?

—Estoy muerta —respondió antes de darle un beso en la mejilla.

Repitió el saludo con su madre, que la miró con seriedad.

—¿Por qué no subes y te das una ducha mientras tu padre y yo avanzamos todo esto? —le sugirió.

Ella asintió y se dirigió a su cuarto. A pesar de que estaba deseando meterse bajo el chorro del agua, se sentó al borde de la cama, con la mirada fija en la puerta cerrada de su habitación. Se sentía como si la hubiera engullido una gigantesca pompa de jabón. Todo lo que le llegaba lo hacía amortiguado.

Tomó el bolso y lo dejó a su lado, sobre la cama. Dentro tenía los documentos que le había dado la doctora. Les había echado un vistazo a todos más de una vez durante el día, en los momentos en que había podido escaparse a la trastienda. A lo mejor, pensó, eso no le hacía ningún bien para calmar la vocecita que rondaba por su cabeza desde el día anterior, pero a ella la tranquilizaba saber que ya había tomado una decisión. Lo único que le quedaba por hacer era hablar con Rory y no deseaba demorarlo demasiado.

Buscó su número y marcó. Mientras aguardaba a que él contestara escuchó el latido de su corazón en el oído. Al fin, el hombre descolgó la llamada.

—*Feliz Navidad, Inglesita*.

El saludo le arrancó una sonrisa, la primera del día. Jamás le había costado tanto dar una respuesta como en ese instante.

—Feliz Navidad para ti también, Rory —respondió al fin. Si no resolvía aquello pronto, iba a terminar de nuevo en el baño,

vomitando. No sabía por dónde comenzar a hablar con Rory del embarazo—. ¿Qué…? ¿Qué tal todo? —preguntó en su lugar.

Lo escuchó resoplar.

—*Estoy en casa de mi tía. Kevin ha insistido en que venga y que le sirva de apoyo moral a tu hermana, aunque no sé por qué, porque mi tía ya está encantada con ella. Y mi prima, también. Kevin nunca había traído a una cena familiar a ninguna de las chicas con las que ha salido y eso ya es indicio de algo. Creo que mi tía ya está buscando por Internet su vestido para la boda.*

Le encantaba cuando la verborrea de Rory la hacía sonreír. Cayó en la cuenta en ese momento de cuánto había necesitado escucharlo y de cuánto necesitaba que él supiera lo que estaba ocurriendo.

—Me alegra saberlo —dijo sin demasiado ánimo—. Yo… ¿Te parece si quedamos esta noche después de la cena? —soltó. Le parecía una cobardía por su parte contarle la noticia por teléfono.

—*Yo… Bueno, no sé a qué hora estaré libre* —contestó él. Sus ilusiones de poder verlo se empañaron. Antes de que pudiera responderle que no importaba, que ya se verían en otra ocasión, Rory continuó—: *Aunque haré lo posible para que nos veamos*.

Esa última frase, dicha con aquella voz profunda que a veces manejaba tan bien, hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Rory era un seductor, uno que sabía cómo usar sus armas y cómo hacer que las mujeres cayeran rendidas ante él. Si ella no lo estaba ya, era por pura fuerza de voluntad. Y por un poco de cabezonería también, aunque no sabía si era algo bueno.

—Yo también quiero verte. Tengo… Tengo algo que contarte.

Escuchó que él debió de cambiar de lugar, porque el lejano murmullo de voces que había estado oyendo durante la conversación se mitigó.

—*Normalmente, esa frase no es indicativo de que vaya a ocurrir algo bueno. Más bien al contrario.*

Cerró los ojos y se pasó una mano por la frente. ¿Por qué era todo tan difícil?, se preguntó en silencio.

—Cuando salga de casa te mando la ubicación, ¿te parece? —sugirió sin ánimos.

—*Me parece* —contestó él—. *Hasta luego, Inglesita.*

—Adiós, Rory.

Él colgó la llamada; sin embargo, ella se mantuvo con el teléfono mudo en la mano. El corazón le latía con fuerza. Iba a tener que aguardar unas horas para verlo. No sabía cómo iba a soportar la espera.

Por suerte para Tara, su hermana Brianna se ocupó –sin saberlo– de mantenerla entretenida mientras ponían la mesa. La chica esperó, con más nervios de los que le hubiese gustado mostrar, a que llegara el vecino, que no era otro que el entrenador del equipo de baloncesto con el que trabajaba Brianna. El entretenimiento que ambos le proporcionaron duró toda la cena.

A pesar de que su encuentro y la consiguiente conversación con Rory no se le iban de la cabeza, le divirtió ver cómo Brianna observaba a Daniel por el rabillo del ojo cuando creía que este estaba distraído. Y él hacía lo mismo con ella. Cuando sus miradas coincidían, las mejillas de su hermana se coloreaban sin explicación aparente. En cuanto a Daniel… Daniel no pareció manejarse mejor que Brianna, aunque sí que lo disimuló con un poco más de éxito. Los dos le proporcionaron un agradable respiro para su mente.

Sin embargo, durante la cena, casi no probó bocado. Estaba segura de que nadie se había dado cuenta de que había estado mareando su trozo de carne en el plato. Sí probó la exquisita tarta que había enviado Meghan y que todos alabaron. Finalmente, Daniel incluido, recogieron la mesa tras acabar la cena.

—Recuerda que los Walsh nos esperan, Keane —anunció su madre acaparando los platos sucios.

Su padre dejó escapar un suspiro.

—Pero no hemos quedado hasta dentro de una hora —rezongó el hombre—. Y solo tardamos quince minutos en coche en llegar a su casa. Déjame que me siente un rato con Daniel y nos tomemos algo, anda. Te ayudo primero en la cocina.

—Te ayudamos todos, mamá —insistió ella, saliendo en auxilio de su padre, que se lo agradeció con una sonrisa—. Yo también me marcho en un rato.

—¿Dónde vas? —El tono que su madre utilizó no le gustó en absoluto, pero trató de no mostrarle lo mucho que le había desagradado.

—Me esperan unas amigas en Temple Bar —mintió.

—Estará hasta la bandera esta noche —intervino su padre desde la cocina—. Si lo está siempre, esta noche más aún.

—¿A qué hora piensas volver? —añadió Maureen.

Se encogió de hombros y siguió recogiendo la mesa.

—No lo sé.

—Ayer estuviste toda la noche fuera —le echó en cara su madre.

Ella se giró mientras dejaba escapar un largo suspiro.

—Mamá, tengo treinta años. Además, avisé que no vendría porque tenía mucho jaleo en la librería.

—Siempre tienes una excusa preparada…

No quería entrar en una batalla dialéctica con su madre. Estaba tan cansada que sentía que podría estallar en cualquier momento y decir algo de lo que se acabara arrepintiendo. Maureen jamás cambiaría. No aceptaba que pudiera tener su propia vida y que ella no interviniera según su gusto.

Cuando terminó de recoger, fue a su cuarto y metió en una bolsa lo indispensable para pasar la noche de nuevo en la librería. No se molestó en ocultar su enfado al bajar las escaleras. Tomó el abrigo que estaba colgado en el perchero de la entrada, la bufanda, y abandonó la casa dando un portazo.

Apenas había dado un par de pasos en el jardín cuando se detuvo. Sentía que su vida se le estaba yendo de las manos. En otras ocasiones no se había enfadado tanto con los comentarios de su madre, pero ese día se sentía un vaso a punto de rebosar.

Fue hasta la parada del autobús y aguardó un buen rato hasta que imaginó que el Ayuntamiento debía de haber suspendido los servicios esa noche. O al menos, haberlos espaciado de manera considerable. Se pasó la mano por el rostro.

«¡Qué esperabas, Tara! Es Navidad», se lamentó.

Normalmente, ella no tenía esos lapsus, pero sentía que su cabeza no lograba centrarse. Cayó en la cuenta de que la única

forma de llegar hasta Dublín era llamar a un uber, así que abrió la aplicación y eligió uno que, según la información que le arrojó, iba a tardar veinte minutos en aparecer. No le importó porque, en ese rato, podía llamar a Rory y quedar con él.

Sentada en el banco de la parada de autobús, sintió que las manos le temblaban. Había tratado de imaginar cómo iba a contárselo, pero cada hipotética conversación la ponía más y más nerviosa. Eligió enviarle un mensaje.

Tara: Hola.
¿Nos vemos en una hora?

Enseguida vio que él había recibido el mensaje, como si hubiese estado esperándolo.

Rory: Hola
¿Dónde?

Tara: ¿Frente a mi librería?

Rory: Está bien. En una hora nos vemos.
Hasta dentro de un rato.

Rory se guardó el teléfono en el bolsillo de los pantalones con una sonrisa en los labios. No había esperado ver a Tara en esos días y que ella lo hubiera buscado le hacía creer que, tal vez, lo estaba echando de menos tanto como él a ella.

El pensamiento lo dejó clavado en el suelo.

«¿En verdad la echo tanto de menos?».

No había más respuesta posible que sí. Mucho, además.

Se acercó hasta donde estaba sentado Kevin y se inclinó hacia él.

—Voy a marcharme, ¿de acuerdo?

Su primo lo miró extrañado.

—¿Ya? Creí que le habías dicho a mamá que te ibas a quedar a dormir.

—Cambio de planes —contestó mientras se encogía de hombros con fingida inocencia.

Kevin soltó sobre la mesa de café el vaso de *whisky* que tenía en una mano y se giró para mirarlo. Una sonrisa burlona le bailaba

en los labios.

—Te tiene que gustar mucho la chica con quien has quedado para que desaparezcas en medio de una reunión familiar.

«El día que te lo cuente lo mismo me dejas de hablar», pensó divertido.

—Nunca des nada por sentado conmigo, primo.

—¿Vas a venir mañana a comer al menos?

Se puso en pie y se arregló la hebilla del pantalón.

—Depende de cómo se dé la noche —contestó, porque le parecía muy poco cortés decirle que, si los hados se aliaban a su favor, iba a pasar todo el día de Navidad en la cama con cierta inglesita.

—Al menos vendrás a la fiesta de la pastelería, ¿verdad?

Entornó los párpados, pensativo. «¿Fiesta? ¿Qué fiesta?». Entonces recordó que Meghan lo había invitado a la pequeña celebración por el aniversario de la tienda el día siguiente al de Navidad.

—Sí, claro que sí. Para eso cuenta conmigo.

—Si se trata de comer gratis… —refunfuñó Kevin, sin embargo, lo miró con cariño un segundo después—. Anda, lárgate ya.

—Despídeme de Meghan, ¿quieres? Creo que la tía ya la ha adoptado como nuera. No te va a quedar más remedio que casarte con ella después de habérsela presentado —bromeó. La expresión de su primo le dijo bien claro que eso era justamente lo que deseaba hacer—. Feliz Navidad, Kev.

—Feliz Navidad, Rory. Pásalo bien.

Con una sonrisa de oreja a oreja fue hasta el armario de la entrada, tomó su cazadora y abandonó la casa.

Rory atravesó la calle O'Connell todo lo deprisa que le permitían las normas de velocidad, para dirigirse hacia el Trinity Collage. No había demasiados coches, por suerte para él, y enfiló hacia la librería donde trabajaba Tara.

Cuando llegó frente a la puerta, la mujer ya estaba allí, arrebujada en un enorme abrigo que le cubría la mitad inferior del

rostro. Sintió que su corazón emprendía un nuevo ritmo, mucho más rápido, como si hubiera llegado corriendo en lugar de en la motocicleta. Sin apartar la vista de ella apagó el motor y bajó del vehículo. Se retiró el casco y la miró. Los ojos color miel de Tara estaban clavados en él. Tenía ganas de abrazarla, y de besarla. Estrecharla entre sus brazos y no soltarla hasta que amaneciera. Sin embargo, había algo en su mirada que le impidió dar el paso.

—Feliz Navidad —la saludó.

—Feliz Navidad —respondió la chica.

Aguardó unos instantes a que fuera ella la que acabara con la distancia que los separaba, pero no fue así. Una sensación amarga se instaló en su pecho. Sin embargo, forzó una sonrisa antes de mirar a su alrededor.

—Dime, ¿dónde quieres ir? ¿Qué te apetece tomar?

La vio apretar los labios.

—No… No me apetece nada. ¿Te parece que entremos en la librería? Hace frío aquí fuera.

La propuesta lo sorprendió, aunque acabó asintiendo.

—Claro. Por mí no hay problema.

La siguió hasta el edificio contiguo al establecimiento y accedieron a él por un portón pintado de negro que había en el vestíbulo de la finca. Cuando entraron, la tienda estaba a oscuras, pero la tenue iluminación de la calle que se colaba por los escaparates era suficiente para saber dónde estaba.

—Por aquí —dijo ella.

La siguió sin decir nada. Atravesaron la puerta que le había visto cruzar a ella varias veces en sus visitas a ese lugar y descubrió que, como pensaba, daba al almacén. Había decenas y decenas de libros perfectamente apilados en las baldas. Fue detrás de Tara mientras que paseaba la mirada por la habitación. Detrás de una gran estantería que servía para dividir el espacio, había un sofá, una mesita baja delante de él y un escritorio con un ordenador.

Sin despojarse del abrigo, Tara se sentó en el extremo más alejado del sofá, como si no quisiera estar cerca de él. La sensación de que algo ocurría arraigó con más fuerza en sus entrañas.

Se bajó la cremallera de la cazadora para estar más cómodo, pero se la dejó puesta. El lugar era frío y tenía demasiado olor a libro, que no era de sus favoritos. Fijó su atención en Tara. Parecía que a ella le estaba costando iniciar la conversación, así que decidió que era mejor que lo hiciera él.

—Querías hablarme de algo, ¿no fue eso lo que me dijiste?

A sus propios oídos sonó demasiado directo. Estaba comenzando a ponerse nervioso y, cuando lo estaba, no era de esas personas que tomaban las mejores decisiones y decían lo más acertado.

—Eso es —contestó ella al fin.

Con movimientos pesados, Tara echó mano del bolso que había junto al sofá y que había pasado completamente desapercibido para él. Del interior sacó unos papeles doblados por la mitad que puso ante ella.

—Yo… No sé cómo, bueno, sí sé cómo, pero… —comenzó diciendo Tara sin levantar la vista.

Fue ahí cuando supo con verdadera certeza que algo sucedía porque ella, jamás, había evitado mirarlo como lo estaba haciendo en ese momento. Sintiendo que el estómago se le cerraba, se inclinó hacia adelante. La distancia que los separaba en ese momento se le antojaba un abismo.

—Tara, ¿qué ocurre?

Ella dejó escapar un suspiro de rendición. Entonces, sacó una fotografía de dentro del legajo de papeles y la colocó en el centro de la mesita.

—Estoy embarazada.

Muchas veces había oído aquello de que, en determinadas circunstancias, el tiempo se detenía y siempre le había parecido una exageración. Estaba comprobando que, en efecto, no era una simple frase hecha.

Lo único que se atrevió a hacer fue pestañear porque creía que incluso se había olvidado de cómo se respiraba.

—Que estás… —No fue capaz de acabar la frase.

—Embarazada —repitió Tara por él—. Sí.

Se pasó la mano por el pelo. Un sudor frío comenzó a perlarle la frente.

—Pero… —Se tragó sus siguientes palabras. Supo con certeza en qué momento había sucedido porque todas las demás veces que se habían acostado siempre habían tomado precauciones—. Joder. La ducha de aquella mañana. Pero creía que me había dado tiempo a retirarme…

—Pues ya ves que no fue así —contestó Tara a media voz; a pesar de todo, no apreció reproche en su tono.

Se cubrió el rostro con las dos manos y dejó escapar un gemido.

—Joder —masculló. Se tomó unos segundos antes de volver a mirarla—. Joder, yo… No sé qué decir. Jamás he sido tan descuidado como en ese momento. Siempre he usado condón, pero esa mañana perdí un poco los papeles y… ¡Mierda! —Volvió a pasarse la mano por el rostro, nervioso.

—A mí me ha tomado tan por sorpresa como a ti. No creía que nada de esto pudiera ocurrir.

Tomó aire, pero era incapaz de llevarlo hasta el fondo de los pulmones.

—Si fue entonces, ¿de cuánto…? —quiso saber. Su voz era apenas audible, sin embargo, ella lo había escuchado.

—De once semanas —le aclaró Tara. Entonces su mirada recaló en la fotografía que ella le había alcanzado y a la que aún no le había prestado atención. La tomó con la mano temblorosa. Era una ecografía. En ella, una pequeña figura oscura era perfectamente visible dentro de una mancha de color gris.

Sintió que los pulmones habían perdido por un momento su facultad para respirar, estaba seguro de que se habían detenido.

¿Su hijo?, se preguntó. No, no era posible.

Notó que la vista se le empañaba. Entonces, se pasó una mano por la cara. En el dorso quedó el rastro de las lágrimas que no se había dado cuenta de que habían comenzado a anegar sus ojos.

—Tengo solo unos días para decidir qué voy a hacer —escuchó decir a Tara—. Si continuar con el embarazo o…

La frase lo sacó de su estupor. Levantó la mirada hacia ella. Estaba mortalmente seria y en su rostro resaltaban unas ojeras que jamás había apreciado antes en la chica.

Temió la pregunta que debía hacerle.

—¿Y ya lo has decidido?

Tara tardó unos segundos antes de asentir con un único gesto de la cabeza.

—Sí. Voy a quedarme con el bebé.

Bebé. Era real.

Notó que comenzaba a faltarle el oxígeno y que el pecho se le cerraba como si lo estuvieran apretando con un puño de acero. Se puso en pie casi de un salto.

—Tengo… Tengo que salir de aquí.

Ella lo miró y asintió sin decir nada. La tristeza que había en su mirada era insoportable, así que se giró y, tan rápido como pudo sin llevarse por delante la silla o la mesita, salió de la librería.

Cuando se detuvo en la acera inspiró una gran bocanada de aire y trató de que el corazón volviera a latirle a un ritmo normal o temía que le fuera a dar una apoplejía. Se pasó ambas manos por el pelo, sin creer lo que había sucedido. ¿Cómo había permitido que ocurriera aquello? ¿Cuándo se había convertido en un descerebrado que, por un buen rato y un polvo, había jugado con fuego? Al final, había acabado quemándose.

Volvió a inspirar con fuerza. No quería dejar sola a Tara en aquellas circunstancias; una gran parte de él deseaba regresar adentro, pero debía poner en orden su cabeza. Y necesitaba una copa con urgencia. O ahogarse en una.

Subió a la moto y, tras colocarse el casco, puso rumbo a ninguna parte en concreto. El poco tráfico lo ayudó a que no aminorara la marcha en ningún momento porque el sonido del motor en sus oídos ahogaba la voz que había empezado a martillearle la cabeza.

Se detuvo en un *pub* cerca de su casa, dejó la motocicleta en la entrada y, en cuanto se sentó en el taburete en la barra del bar, llamó al camarero.

—Jameson, por favor. Y deja aquí la botella.

El hombre lo miró con ojos entornados, pero acabó asintiendo.

—Tú mandas.

Le sirvió tras ponerle el vaso delante de él y, en cuanto tuvo la medida, se lo tomó de un tirón. Se sirvió otro más y corrió el mismo camino.

«Aunque te emborraches nada va a cambiar, estúpido», se dijo en silencio. Por supuesto que lo sabía. Necesitaba ahogarse esa noche y no pensar.

—¿Y si me invitas a una copa, campeón? Estás muy solito aquí sentado y es Navidad.

Giró la cabeza y se encontró de lleno con el conocido rostro de Ellyn, que lo miraba con una sonrisa demasiado zalamera. La mujer lo observaba como si fuera una golosina a la que estaba a punto de darle un mordisco.

—¿Qué quieres, Ellyn? —le preguntó mientras se servía una nueva copa.

—Que me invites. Estás muy solo. Puedo hacerte compañía.

—No quiero compañía —espetó con los dientes apretados.

Era cierto, no quería a nadie a su lado. A la única persona que podría querer junto a él en ese momento la había dejado con tres palmos de narices porque había salido en estampida.

—El destino nos vuelve a reunir una y otra vez —dijo ella con una sonrisa de autosuficiencia que le molestó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Lárgate, Ellyn. Lo digo en serio.

—No seas grosero, Rory. Estamos en Navidad y es una noche muy bonita como para pasarla solo.

—Me da igual la fecha que sea. Lárgate.

Lejos de hacerle caso, Ellyn posó la mano en su brazo y, con un movimiento lento y deliberado, se lo acarició de arriba abajo.

—No seas tonto… Ya verás que…

No la dejó acabar. Saltó del taburete, sacó de la cartera un billete de cincuenta euros, lo dejó sobre el mostrador con un golpe seco y se llevó el *whisky* con él sin mirar atrás.

Salió al frío de la noche y decidió que aquella botella la iba a acabar en su casa.

O’Malley acudió a la puerta a recibirlo. El animal se sentó y lo observó con aquellos brillantes ojos antes de emitir un lastimero maullido.

—¿Tú también piensas que he metido la pata? Porque ya somos dos.

Se arrojó en el sofá y tras quitar el tapón de la botella, bebió sin molestarse en ir a buscar un vaso a la cocina.

Rory no supo cuándo acabó el *whisky* ni cuándo se quedó dormido, pero al despertarse, horas después, la claridad de la mañana entraba por la ventana.

Le costó saber en dónde estaba y se alegró al darse cuenta de que era su propia casa.

«Al menos no he acabado en un callejón». Se pasó la mano por el rostro. Notaba la garganta tan seca como un cartón y la cabeza a punto de explotarle. Tras pasar por el baño, fue a la cocina y buscó un analgésico. De repente, la imagen de Tara mientras le tendía la ecografía se recreó en su memoria.

—¡Dios! ¿Qué voy a hacer?

Sin embargo, y a pesar de que el alcohol aún rondaba por su cuerpo, aquella pregunta tenía respuesta. La tenía desde la noche anterior, antes de caer inconsciente. Pero había algo que debía hacer con urgencia: disculparse con Tara.

Corrió a buscar su teléfono móvil. Aunque era muy temprano para llamarla, al menos podría dejarle un mensaje.

Rory: Siento mucho haberme marchado.
De verdad que lo siento.

Vio el mensaje escrito en la pantalla una vez que lo envió, pero no le pareció suficiente. Tecleó tan rápido como pudo.

Rory: Sé que hoy estarás con tu familia.
¿Podemos vernos mañana, por favor?
Necesito disculparme en persona.
Por favor.

No esperó ver que ella estaba contestando.

Tara: De acuerdo.

Sintió que un gran peso se aliviaba de sus hombros. Al menos tenía una nueva oportunidad para pedirle disculpas y hacerlo bien.

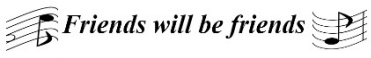
Rory: Gracias. De verdad.
Nos vemos mañana.

Ella ya no contestó.

Subió las escaleras a toda prisa y entró en la habitación que utilizaba como trastero. Era igual de grande que la suya, pero estaba atestada de bártulos inservibles, de cascos de motos que ya había desechado y de cajas que no tenía ni idea de qué contenían.

Necesitaba dejar aquello despejado y convertido en una habitación habitable porque iba a convencer a Tara de que se fuera a vivir con él.

22



La mañana después del día de Navidad se presentó lluviosa, pero a Rory no le importó salir una hora antes de casa para ir al trabajo. Las calles aún estaban iluminadas con las luces de las farolas y el cielo ni siquiera se había comenzado a teñir de los colores del amanecer. No había dormido mucho esa noche a pesar de que se había acostado exhausto de acarrear cajas hasta la planta de abajo y de vaciar la habitación.

Ni tan siquiera el cansancio le había dado una tregua a su cabeza. La conversación que mantuvo con Tara en la trastienda de la librería se repetía una y otra vez en ella como si se tratase de una mala película que se hubiese quedado atorada en el reproductor.

Sabía que, cuando llegara a la empresa, Kevin aún no estaría allí, pero él no tenía tiempo que perder. Había pensado pedirle el día libre y, también, una de las furgonetas que se utilizaban para el reparto y que él sabía que estaría desocupada. El día anterior había encargado por Internet unos muebles e indicó en el pedido que él mismo lo recogería en la tienda. Se estaba arriesgando, lo sabía, pero estaba convencido de lo que hacía.

Una única luz estaba encendida en la nave de la empresa cuando abrió la puerta más pequeña, por la que solían entrar los trabajadores. Aún no había llegado ningún camión de los pocos que se esperaban para ese día y él sabía que habría personal más que de sobra para recibirlos, así que su ausencia no iba a notarse mucho. Dejó una nota sobre el escritorio de su primo, fue al armario en donde guardaban las llaves de los vehículos y firmó la salida de la furgoneta, pero, en lugar de enfilar para la tienda de muebles, regresó a Dublín. Quería hablar con Tara antes de que ella comenzara su jornada laboral.

Mientras dejaba el vehículo aparcado cerca de la calle Nassau notó cómo el nudo que llevaba sintiendo en la garganta desde la tarde del día anterior se cerraba aún más.

Llegó a la librería una hora antes de que abriera. Por supuesto, podía hacer tiempo sentado en un *pub*. La noche anterior no había cenado y tampoco había desayunado, pero dudaba que pudiera llevarse nada a la boca, así que se apoyó en la señal de tráfico que había frente al establecimiento, al borde de la acera, dispuesto a esperar a que Tara apareciera.

Faltaban aún diez minutos cuando apreció movimiento en el interior. Se acercó al escaparate y se asomó por él. Tara ya estaba dentro.

Nervioso, golpeó el cristal con los nudillos y aguantó la respiración hasta que la mujer se percató de su presencia. Observó cómo su expresión cambió cuando se dio cuenta de que era él.

Con una señal, ella le indicó que fuera hacia la entrada lateral y a él le faltó tiempo para hacerle caso.

Tara abrió el portón en el preciso instante en que él acababa de entrar en el vestíbulo del edificio colindante. Se detuvo en el umbral sin saber bien qué hacer o cómo saludarla. Se sentía avergonzado por cómo había salido corriendo de aquel mismo lugar cuando ella lo necesitaba. Su comportamiento le pesaba más que nada.

—¿Puedo pasar? —preguntó con reservas. Estaba seguro de que incluso le había temblado la voz.

Todavía sujetando la puerta, y después de unos segundos que se le hicieron interminables, Tara asintió.

—Claro.

La chica cerró a su espalda con cuidado. Jamás se había sentido más nervioso que en ese momento. Y si lo había estado, no lo recordaba. Sus pies apenas le hacían caso para ir tras ella hacia la trastienda.

—Tara.

Ella se detuvo, pero permaneció con la vista al frente, sin mirarlo. Le dolía verla tan demacrada y con los hombros hundidos. Necesitaba ver sus ojos.

—Tara, mírame.

Como si le estuviera costando la vida hacer lo que le había pedido, la mujer se giró al fin para enfrentarlo, sin embargo, permaneció con la vista clavada en el suelo. Se maldijo en silencio. Ella no había hecho nada malo, ninguno de los dos lo había hecho pese a que aquello les iba a cambiar la vida sin que hubieran tenido conciencia de ello.

Muy lentamente, ella hizo lo que le había pedido. Las oscuras sombras bajo sus bonitos ojos recayeron sobre su conciencia. Él podría haberlas aliviado cuando ella se lo contó, pero eligió salir corriendo. No estaba muy orgulloso de su proceder.

—Llevo… Llevo una hora esperando en la puerta —comenzó diciendo sin que las verdaderas palabras que quería expresar pudieran abandonar sus labios—. ¿Cuándo has llegado?

La vio encogerse de hombros.

—He pasado la noche aquí —contestó con un tono de voz mucho más bajo y resignado, uno que no era propio en ella—. En realidad, llevo aquí desde que hablamos el día de Nochebuena.

Se alejó de ella sin desearlo, demasiado afectado por saber que había estado sola, encerrada en aquel lugar. Se pasó la mano por el pelo, desolado.

—¡Dios! Tara. Lo siento —dijo con la sensación de que se hundía más en el fango. Levantó el rostro hacia el techo. Se sentía tan culpable de todo lo que le estaba ocurriendo a Tara que temía echarse a llorar. Tratando de mantenerse entero, volvió a mirarla—. Siento mucho haberme marchado la otra noche. No debí dejarte sola cuando me lo contaste. Debí quedarme contigo.

Que aceptara sus disculpas se había convertido en lo más importante para él. Jamás había sentido tanta necesidad de pedirle perdón a alguien.

Ella se mantuvo callada, con los labios apretados. Finalmente, asintió. Fue como si le quitaran una losa invisible que llevaba sobre sus hombros desde hacía dos días.

Los ojos de la mujer se empañaron de lágrimas y verla lo desarmó por completo. Se había mantenido a unos seguros tres pasos de distancia porque no sabía cómo desenvolverse. Acabó con ellos con prisas por abrazarla.

Cobijada al fin entre sus brazos, Tara hundió el rostro en su pecho y sollozó sin que él pudiese hacer nada por remediarlo.

—Por favor, no llores —le rogó a punto de unirse a ella—. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo? He decidido que voy a estar a tu lado para lo que necesites. Y, por Dios, no me digas que vas a apañártelas tú sola porque, aunque sé que puedes hacerlo perfectamente, me gustaría que contaras conmigo.

La apretó más contra su cuerpo. ¡Joder!, cuánto la había echado de menos, pensó aliviado de tenerla al fin de nuevo junto a él. Para su desgracia, Tara se retiró, aunque no lo suficiente para que él la dejara ir. Ella alzó el rostro y lo miró a los ojos mientras sus manos se aferraban al tejido de su chaqueta.

—¿En serio? —preguntó Tara a media voz.

—Por supuesto que es en serio —afirmó y acompañó su respuesta con un enérgico asentimiento. Quería que ella estuviera segura.

La vio morderse el labio inferior, indecisa.

—Cuando te marchaste con tanta prisa creí que… Creí que estabas disgustado porque voy a quedarme con el bebé.

Sus palabras lo golpearon en el centro del pecho. ¿Había alguna posibilidad de que hubiese podido hacerlo todo peor? Lo dudaba mucho.

—No, por Dios, no. Lamento que te hayas sentido triste por pensar eso. No era mi intención. Necesitaba… Necesitaba procesarlo, eso era todo. Ya lo he hecho.

Tara eligió ese momento para separarse de él. Sus ojos estaban aún empañados por las lágrimas y tenía la nariz roja.

—Nada de esto debería de haber sucedido. No así. No ahora.

—Pero ha sucedido.

—No voy a exigirte nada que tú no quieras entregar —expresó ella con firmeza—. Puedo hacerme cargo yo sola. Es mi responsabilidad y…

Su afirmación le dolió. Tenía tanta culpa como ella en todo aquello; los dos se habían equivocado, ambos se habían confiado en un momento en que no debieron hacerlo. No iba a dejar que ella acarreara con todo sola.

—Te equivocas. —Le retiró de la frente un mechón de pelo y ella cerró los ojos. Se la veía cansada y darse cuenta hizo que volviera a sentirse culpable—. Es la de los dos. Y voy a ayudarte en lo que necesites. Tara, voy a estar ahí.

La expresión de alivio que cruzó el bonito rostro de la chica no le pasó desapercibida. Y era justo eso lo que deseaba, que dejara de preocuparse.

—Tara, sigue en pie mi oferta de que te vengas a vivir a mi casa.

Ella lo miró con evidente sorpresa.

—No lo dirás en serio.

—Completamente en serio —aseveró él con tanta firmeza que, si ella no acababa creyéndolo, no sabía qué más podría hacer para que lo hiciera.

—Ya te dije…

—Sé lo que me dijiste —la interrumpió—, pero todo ha cambiado. No puedes pasar otra noche aquí, sola, en un sofá. No es bueno para ti. Y no es bueno para el bebé.

—Rory… —Tara dejó escapar un suspiro de desánimo.

—No te estoy diciendo que vivamos como pareja, si eso es lo que temes que signifique mi propuesta.

La expresión que se dibujó en el rostro de ella le dijo más claro que cualquier otra palabra que era eso justamente lo que parecía hacerla recelar. Tara le dio la espalda y caminó hacia el sofá. En él aún quedaban evidencias de que se había estado quedando allí. Volvió a sentir un pellizco en el pecho.

—Rory, no funcionaría.

Se sentó frente a ella y buscó su mirada. Tara no lo rehuyó y eso le pareció ya un avance.

—No lo sabemos. Nunca lo hemos intentado. Llevas meses buscando apartamento y no lo has encontrado. ¿O sí?

—No, no he encontrado nada —corroboró la chica.

—O sea que tienes dos opciones: seguir en tu casa o venir conmigo. No contemplo siquiera la de quedarte en ese sofá.

Tara se pasó una mano por el rostro.

—Si la relación con mi madre ya es difícil, no quiero pensar cómo será cuando se entere del embarazo.

Él se movió al filo del sillón, nervioso.

—Justo por eso. Ven hasta que nazca el bebé —insistió—, o hasta que encuentres algo que puedas costearte. Cuando lo encuentres y estés segura de que puedes mantenerte, te prometo que no voy a insistir en que te quedes, ni que voy a negarme a que te marches.

—Rory…

—No habrá más sexo entre nosotros si eso es lo que decides —añadió a la desesperada—. Estaré de acuerdo en todo lo que me exijas, pero no voy a dejarte sola.

Supo que Tara se había rendido al verla hundirse de hombros y dejar escapar un suspiro. Ella se retiró de nuevo el rebelde mechón que se empeñaba una y otra vez en molestarla.

—Si voy, es con una condición.

Asintió sin dudarlo.

—Dime cuál. La acepto. Lo que sea.

—Tengo que pagar un alquiler.

La propuesta lo tomó por sorpresa.

—De ninguna manera.

—Si no hay un alquiler —lo interrumpió ella—, no iré a vivir contigo.

Se midieron unos segundos; ninguno de los dos quería ceder ante el otro, pero él se temía que, si no lo hacía, Tara volvería a replegarse sobre sí misma. Después de unos segundos, tomó aire y lo expulsó con lentitud.

—Dios, ¡qué cabezota eres! Entonces, ¿quieres que te alquile la habitación? Muy bien, te la alquilo. Cien euros al mes.

—Estás de coña.

—¿Te parece caro?

—Al contrario. Siento que me la estás regalando. No puedo aceptarlo.

—Bien, pues cien euros y la mitad de la mensualidad de Netflix.

La sombra de la sonrisa que apareció de repente en los labios de Tara la sintió como una victoria.

—¿Eso es lo que significa para ti negociar? —se burló ella.

—Eres tú la que insiste en pagarme el alquiler…

Tara apretó los labios y, al fin, accedió.

—Está bien.

Verla transigir por fin lo llenó de alivio. Dejó caer la cabeza hacia adelante y, por primera vez desde que llegó a la librería, pudo respirar tranquilo.

—Gracias a Dios —masculló. Unos segundos después alzó la vista. Tara se mantenía en su lugar del sofá y la distancia que los separaba le parecía demasiado grande, pero tampoco quería dar el paso para acercarse. No deseaba que pensara que el acuerdo que acababan de firmar –aunque fuera de manera figurada– significaba que podía abrazarla cuando quisiera, a pesar de que eso era justamente lo que deseaba con todas sus fuerzas—. ¿Vas a ir a la fiesta de Meghan en la pastelería?

—Sí —contestó ella con firmeza—. No quiero desairar a Meg pese a que mis padres van a estar allí. Me marché el otro día de casa, enfadada con mi madre.

—¿Qué te parece si luego, después de la fiesta, nos pasamos por tu casa, recoges lo que necesites y vamos para la mía? Tengo algo que mostrarte.

Su propuesta hizo que la chica alzara una ceja.

—¿Qué tienes que mostrarme?

—Si te lo digo, no es una sorpresa.

—Y asumes que me va a gustar…

—Creo que sí —se apresuró a contestar.

Cuando pensó que ella iba a tratar de sonsacarle qué era lo que tenía para ella, Tara miró el reloj y se puso en pie.

—Tengo que abrir la tienda.

—Claro. ¡Ah! Casi se me olvida. —Sacó un pequeño papel del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y se lo tendió—. Creo que voy a necesitar ese libro. Y no, esta vez no es para mi amigo Paul. —La expresión de la mujer cambió al reconocer el título que él había escrito. Sus bonitos ojos volvieron a llenarse de lágrimas y se arrepintió al instante—. ¡Mierda, Tara! No quería hacerte llorar de nuevo.

—*Qué puedes esperar cuando estás esperando* —leyó antes de que una sonrisa tímida brotara de sus labios—. No lo tenemos, pero lo puedo pedir. Creo que a mí también me vendría bien leerlo.

Cuando lo miró, con los ojos brillantes y aquella naricita roja que se empeñaba en limpiar con el dorso de la mano, supo que estaba haciendo lo correcto.

—Lo leeremos por turnos, ¿te parece? —Ella asintió sin dudarlo. La necesidad de abrazarla regresó con más fuerza, pero la desestimó de nuevo, aunque se muriera por hacerlo. Sin embargo, caminó hacia la puerta por donde había entrado—. ¿Nos vemos después en la pastelería?

—Sí —contestó ella.

—Entonces, hasta luego, Tara.

—Adiós, Rory.

Despidiéndose de ella una vez más, esa vez con un gesto de la mano, abandonó la librería. Cuando se detuvo en la acera se dio cuenta de que sonreía; era realmente la primera vez que lo hacía desde hacía dos días. En ese momento, el sol se abrió paso entre las espesas nubes que coronaban Dublín. Le pareció un buen presagio.

Sin más, fue hacia donde había aparcado la furgoneta. Tenía mucho que hacer hasta que volviera a ver a Tara, esa vez para llevarla a su nueva casa.

23

En la calle Grafton, en donde estaba la pastelería de su hermana, no cabía un alfiler. Aunque ya habían pasado las Navidades, los turistas y los propios dublineses exprimían los pocos días que quedaban antes de fin de año.

Tara sorteó como pudo a los transeúntes y, deteniéndose frente al establecimiento de Meghan, se llevó la mano al pecho para tratar de que su corazón se calmara. Una buena parte de aquellos alocados latidos se los debía a la carrera que había tenido que dar para no llegar tarde, pero la otra… La otra tenía que ver con cierto hombre con el que, a partir de esa noche, iba a convivir.

Empujó la puerta de la pastelería y entró. Dentro la fiesta ya había comenzado y a su nariz llegó el aroma dulce de los pasteles que su hermana preparaba. Meghan se había esmerado en que todo luciera mejor que de costumbre. Había decorado el lugar con un montón de globos de colores malva y violeta, a juego con la decoración, y había retirado las pocas mesas con las que contaban para pegarlas a una de las paredes y utilizarlas para colocar las bandejas de exquisiteces que ella misma habría elaborado.

Paseó la mirada por el lugar y, enseguida, su vista recayó en Rory. Estaba charlando con Meghan. ¿Sabría él lo atractivo que resultaba cuando sonreía? Cada vez que lo hacía se le formaban unas arruguitas en las comisuras de los ojos y estos resplandecían. Y, en cada ocasión, sin falta, ella perdía el hilo de pensamiento. «Un día te vas a poner en evidencia», pensó tratando de desatenderlo, pero sabía que era algo inútil porque sus ojos volvían a él una y otra vez.

Fue consciente del momento en que él se percató de su llegada porque dejó de hablar con Meghan y centró su atención en ella.

Con el pulso acelerado, se dirigió hacia ellos.

—Hola, Meghan. Feliz aniversario —le dijo antes de darle un beso en la mejilla.

—¡Gracias, enana! —contestó Meg—. Al fin has llegado. Creía que te habías olvidado.

—No seas tonta. ¿Cómo iba a olvidarme? —replicó al tiempo que se giraba y le dedicaba una mirada a Rory—. Hola.

—Hola, Tara —respondió él.

Sintiéndose nerviosa ante el escrutinio del hombre, echó un vistazo a su alrededor.

—Veo que está siendo todo un éxito.

—¡Ay, sí! —contestó Meghan. La expresión complacida de su hermana le decía muy claro lo mucho que se había esforzado en organizar aquel pequeño evento—. Han venido casi todos los que he invitado.

—Por supuesto —aseveró ella con seguridad—. ¿Quién querría perdérselo? Más aún, ¿quién querría perderse tus dulces? Yo no, desde luego.

—Hablando de dulces, ¿has comido algo? —le preguntó Meg.

—Acabo de llegar.

—¡Meghan!

La llamada de Rosheen, la ayudante de su hermana, hizo que esta se girara. La chica le hizo una señal con la mano.

—Disculpadme. Tengo que ver qué ocurre.

Con un gesto de la cabeza, la mujer se despidió de ellos y los dejó solos. Era muy consciente de la mirada de Rory puesta en ella, así que decidió enfrentarla.

—¿Cómo te ha ido el día? —le preguntó el hombre mientras se acercaba un poco más a ella, lo justo para que nadie pudiera escuchar lo que hablaban—. ¿Te sientes más tranquila?

La preocupación que vio en sus ojos hizo que aquella incertidumbre que había sentido durante gran parte de la mañana desapareciera.

—Sí, gracias —contestó—. ¿Y tú?

—He estado bastante ocupado.

—Vaya —dijo algo rígida, sin saber bien cómo comportarse.

Se suponía que iban a vivir juntos a partir de esa tarde y que iban a tener un bebé. Todo se le antojaba extraño.

—Si quieres, cuando acabemos aquí, podemos ir a recoger lo que necesites a casa de tus padres.

Sus padres. El panorama de contarles que se marchaba no se le antojaba nada apetecible, pero era algo que debía hacer, aunque se guardara la noticia del bebé para un poco más adelante.

Los buscó entre los invitados y, tras barrer el lugar, dio con ellos. Su padre mantenía una animada conversación con uno de sus amigos, por lo que no se había percatado de su llegada. Su madre charlaba con un grupo de mujeres y reían sin parar mientras daban buena cuenta de lo que había en los platos que sostenían.

Volvió su atención a Rory.

—Me parece bien. Se lo contaré a mi padre luego.

Él asintió.

—Cuando tú me digas.

—Antes déjame comer algo. Estoy que me muero de hambre.

—¿Qué quieres que te traiga? —preguntó Rory de inmediato.

El interés que le demostró la hizo sonreír. Negó con la cabeza.

—No, déjalo. Ya iré yo.

—No me importa.

Le parecía encantadora su preocupación. «Ojalá todo hubiera sido distinto…», pensó. Finalmente, asintió.

—Entonces, gracias. Lo que traigas estará bien.

Rory se marchó como si buscarle algo para picar fuera su cometido en la vida. Regresó casi enseguida sosteniendo un plato repleto con pequeñas porciones de pastel de carne, unos pequeños *scones* que tenía una pinta muy buena y unas miniaturas de rollitos de canela, una de las especialidades de su hermana, salvo que aquellas eran saladas en lugar de dulces. En la otra mano traía un gran vaso de limonada. Tomó el plato y la bebida de manos de Rory y se lo agradeció con una sonrisa, una que él correspondió con otra idéntica que la hizo sentir que, por suerte, tenía a alguien en quien apoyarse y en quien confiar.

—Si me disculpas, voy a hablar un momento con mi primo —dijo Rory un rato después, cuando ya habían acabado entre los dos

con lo que había en el plato—. ¿Estarás bien?

—Claro. Ve —contestó mientras se llevaba a la boca la última porción de los rollitos de canela. Rory se despidió con un sutil cabeceo antes de dirigirse hacia donde estaba el novio de Meghan.

—Cariño, no te había visto llegar. —Se giró para encontrarse a su padre frente a ella. El hombre la besó con ternura en la mejilla—. Mis amigos me tenían secuestrado.

—Ya te he visto —le contestó.

La expresión risueña con la que su padre se había presentado ante ella se desvaneció.

—Cielo, te echamos de menos ayer, durante la comida. Espero que…

—He encontrado al fin un lugar para alquilar, papá —lo interrumpió—. Por eso he estado ocupada.

La sorpresa fue evidente en el rostro de su padre.

—¡Ah! ¿Y está muy lejos?

—En… Warrenmount —respondió indecisa por decirle dónde estaba la casa de Rory—. Es un lugar muy bonito. Apenas tiene un jardín pequeñito, pero es cómodo. Y el barrio es tranquilo. Y está bien comunicado.

—¿Puedes hacer frente al alquiler? Porque si tiene jardín…

—Puedo. Solo he alquilado una habitación. La… compartiré con el dueño.

Se odió por contarle aquella mentira a medias, pero aún no estaba preparada para decirle que ese «dueño» iba a convertirlo en abuelo en pocos meses.

—Espero que sea una buena persona.

Sin querer, sus ojos buscaron a Rory entre los invitados y lo encontró; charlaba con Kevin tras el mostrador.

—Lo es, papá —contestó sin dejar de mirarlo.

Pese a todo lo que había creído de Rory, de aquella bien ganada fama de donjuán, de esa fachada de tipo que no se toma en serio nada, había un hombre sincero y generoso que había insistido en afrontar con ella la llegada inesperada de un bebé.

—Me alegro, hija. Si necesitas ayuda para lo que sea…

—No te preocupes, te la pediré.

Su respuesta pareció complacerlo, ya que volvió a besarla en la mejilla.

—Cuando puedas ve a saludar a tu madre, ¿de acuerdo?

Ella asintió antes de ver partir a su padre en dirección hacia donde seguían sus amigos.

«Al menos se lo he podido decir», pensó en silencio. Quedaba mucho que contarles, pero por algo se empezaba.

La fiesta continuó con muy buen ambiente. Meghan le pidió que buscara una bandeja de dulces que había dejado en el obrador. Cuando llegó no esperó encontrarse a Brianna y a Daniel, su vecino, que se besaban en una esquina apartada como si ambos lo necesitaran para seguir viviendo. Aunque los había interrumpido sin malicia y sin darse cuenta, no dejaba de hacerle gracia que los dos se hubiesen sonrojado como si acabaran de cometer el peor de los pecados.

La alegraba mucho saber que aquella tensión que apreció entre ellos en la cena de Nochebuena al fin había acabado derivando en algo que, por la manera en que los había visto abrazados, tanto uno como otro deseaban.

Contenta por su hermana, regresó a la pastelería con su bandeja de dulces y la puso sobre una mesa.

—¿Qué es lo que te trae tan sonriente, Enana? —le preguntó Meghan cuando llegó a su lado.

Con un gesto de la cabeza apuntó hacia el obrador.

—He pillado a Bri y a Daniel en la cocina. Se estaban comiendo la boca. No sé cómo han podido seguir respirando después de lo que he visto.

—¡Venga ya! —exclamó Meg como si le costara creer lo que acababa de contarle.

Las dos se miraron y buscaron al amigo de Brianna con la mirada. El hombre había regresado de la trastienda antes que su hermana, con las mejillas acaloradas y el aspecto de estar muy descolocado. Casi como si hubieran pactado sus reacciones, ambas bajaron el rostro para que sus risas no las delataran.

Estar ese rato con Meg y Brianna le había levantado el ánimo y la había hecho sonreír. No sabía cuánto lo había necesitado hasta

ese momento. Las había visto felices y era justo eso lo que deseaba para ellas. Estaba segura de que era un anhelo compartido por las tres. Una punzada la trajo de regreso a la realidad. ¿Ella era feliz? En ese momento toda su vida estaba pendiendo de un hilo: su trabajo, su futuro, sus sueños… Nada estaba ocurriendo como había deseado que ocurriera, pero había algo que jamás había sido: cobarde. Siempre se había enfrentado a los retos con la mejor cara y la mejor disposición. Aquello no era diferente.

La fiesta continuó con aquel excelente ambiente y se alegró de haber tomado la decisión de ir. Miró el reloj y buscó de nuevo a Rory. Estaba en la otra punta del local, pero pese a la distancia que los separaba, él parecía no haberla perdido de vista en ningún momento.

De manera disimulada, ella deambuló por entre los invitados hasta que llegó a su lado.

—Creo que podríamos marcharnos ya. No quiero que se nos haga demasiado tarde, ni tampoco quiero encontrarme con mis padres en casa —musitó en voz baja.

Lo vio tomar aire y asentir.

—Está bien. Tengo una furgoneta en la esquina de la calle Duke con Dawson. Te estaré esperando, ¿de acuerdo?

—Me parece bien —le contestó antes de mirarlo. Los ojos de Rory no se desentendían de ella y la sobrecogió la inquietud que vio en ellos—. Tardaré cinco minutos en salir.

Sin más, vio a Rory ir hasta donde se encontraban su primo y Meghan y, tras palmearle el hombro a Kevin y despedirse de la chica, abandonó la pastelería.

Ella aguardó para seguir sus pasos. Giró la esquina de la concurrida calle y enfiló hacia el punto que él le había comentado. Nada más llegar apreció que las luces de una furgoneta aparcada le hacían destellos y hacia ella se dirigió. Al agacharse junto a la ventanilla del pasajero, vio a Rory sentado detrás del volante, que le hacía una señal con la mano para que entrara. Le hizo caso.

—Hace frío —comentó ella nada más sentarse a su lado y arrebujarse en el abrigo que llevaba.

—Es verdad. Espera, que pongo la calefacción. —Lo vio pulsar algunos botones. Enseguida, un calor muy agradable salió por las rendijas del salpicadero—. Bueno, ¿vamos a tu casa?

—Sí, por favor.

Sin más, Rory se incorporó al tráfico y puso rumbo a Rathfarnham. No les llevó demasiado tiempo llegar. En cuanto lo hicieron, detuvo el vehículo frente a la puerta. Antes de que ella pudiera bajar, Rory la detuvo.

—¿Quieres que te ayude?

Giró la cabeza para mirarlo.

—No, muchas gracias. Podré yo sola.

Aunque no pareció gustarle su respuesta, el hombre acabó asintiendo.

—Muy bien.

Bajó del coche, entró en la casa y se dirigió sin perder tiempo a su cuarto. Del armario tomó un par de bolsas y, sin sacar las prendas de las perchas, las fue metiendo en una de ellas. No pensaba llevarse toda su ropa, recapacitó durante un segundo. «Ya volveré en otro momento con más calma», pero al instante cayó en la cuenta de que, en pocos meses, muchos de aquellos pantalones y faldas no le iban a servir.

Siguió con los cajones de la cómoda y los vació. Echó un vistazo a su alrededor y su mirada recayó en los viejos CD de Queen que había junto al antiguo equipo de música. Ya casi no los ponía porque solía escuchar sus canciones favoritas en alguna lista de reproducción que tenía en el teléfono móvil, pero pensó que quedarían muy bien junto a los discos de Rory.

«Y también para tocarle un poquito las narices». No pudo evitar sonreír.

Tras guardarlos, fue hasta el armario del baño en donde estaban sus cosméticos y cremas y todo acabó en la bolsa. Cargada con las dos, bajó las escaleras y salió al jardín.

En cuanto Rory la vio corrió hacia ella.

—Dame.

Ella le tendió solo una de las bolsas y él la aceptó enseguida. Tras dejarlas en la parte posterior del vehículo, emprendieron

camino hacia Warrenmount.

Rory se concentró en conducir y el silencio que los acompañó de regreso a Dublín se convirtió en algo que pesaba demasiado. Ella se escurrió un poco en el asiento y giró la cabeza para mirar por la ventanilla. La noche había caído y gotas de lluvia resbalaban por el cristal. Se preguntó si estaba haciendo lo correcto; no solo respecto de vivir con Rory, sino sobre tener el bebé. Nunca había considerado ser madre. No era que no le gustaran los niños, pero siempre había pensado que, para ello, debía tener una pareja. Sin embargo, era justo eso lo que había descartado mucho tiempo atrás.

—Hemos llegado —dijo Rory en cuando aparcó el vehículo delante de su casa.

Había una sonrisa en sus labios que parecía no saber si era buen momento para aparecer o no y pensó que él también debía de sentirse abrumado con todo aquello. Fue su turno para sonreír.

—Ya veo.

Bajaron y cada uno tomó una bolsa. Con ellas en las manos accedieron al pequeño camino que conducía a la entrada. Junto a esta había varias cajas de cartón apiladas y también algunos plásticos de embalar hechos un ovillo.

—Pasa —dijo él mientras abría la puerta.

Notó enseguida la calidez del interior y sintió que comenzaba a sobrarle el abrigo. Antes de que pudiera dejarlo en el perchero, al lado de la cazadora de Rory, algo le rozó una pierna.

—Hola, O'Malley. —El gato había ido a darle la bienvenida. Se agachó y lo acarició detrás de las orejas. La respuesta del animal fue un ronroneo que la complació.

—Vamos arriba a dejar esto, ¿quieres? —sugirió Rory. No había que ser demasiado lista para darse cuenta de que estaba nervioso, tanto o más que ella.

—Claro.

Fue detrás de él por la escalera hasta que llegó al distribuidor de donde partían las puertas para las habitaciones. Rory se dirigió a una y la abrió.

—Pues es esta.

Ella se detuvo en el umbral, incapaz de dar un paso al interior. El olor a mueble nuevo le asaltó la nariz. Aún quedaban cartones apilados pulcramente a un lado y sobre el colchón había una almohada sin estrenar y un edredón tan mullido que supo que jamás había sido usado.

Levantó la mirada y la paseó por el dormitorio. En el lado opuesto a la puerta estaba la ventana, cubierta con unas cortinas color turquesa que aún mostraban los dobleces de haber sido colgadas hacía muy poco tiempo. Había una cómoda grande, de color blanco, con media docena de cajones. En una esquina, haciendo juego con el mueble, estaba un espejo enmarcado en un armazón ovalado. Una mesita de noche junto a la cama de tamaño doble completaba el mobiliario.

—El armario… Hay uno en esa pared de ahí —dijo Rory mientras señalaba un punto en el que ella no había reparado. Unas puertas grandes, que iban del suelo hasta el techo, debían de ocultar un armario empotrado.

Se giró hacia él y lo miró, extrañada.

—¿Todo esto es nuevo?

Con un gesto nervioso, Rory se rascó la parte posterior de la cabeza.

—Eh… Sí.

—¿Para mí?

—Bueno, la habitación no tenía muebles. La utilizaba poco más que como un trastero. Solo he tenido que sacar las cajas y las cosas que tenía aquí y limpiar un poco las paredes.

Sintió que se le empañaban los ojos.

—Podría haberme quedado en el sofá —masculló.

La mirada incrédula que le dedicó él fue similar a la que seguramente le habría dedicado si le hubiera dicho algo ofensivo.

—¿En el sofá? ¿Pero por quién me tomas? No ibas a dormir en un sofá. Ni loco.

—Pero que hayas comprado estos muebles…

—¿Te gustan? —La voz de Rory sonó insegura—. Puedo cambiarlos por otros si no te gustan.

Dio un paso hacia el interior y se sentó al borde del colchón. Era firme, como ella lo prefería. Entonces, su vista recaló de nuevo en Rory. El hombre parecía no atreverse a entrar en la habitación, porque no había abandonado el umbral de la puerta.

—¿Has hecho todo esto antes de que yo te dijera que sí?

Su pregunta quedó suspendida en el aire unos segundos. Vio a Rory abrir la boca para responderle, pero la cerró al instante. Torció el gesto y acabó asintiendo.

—Pues sí. No tenía mucho tiempo que perder. Quería demostrarte que iba… que voy completamente en serio con eso de que cuentas con mi ayuda.

La respuesta la sorprendió, como la sorprendió también la honestidad y la seguridad que desprendían sus palabras. Apretó los labios y desvió la vista hacia otro lado porque estaba convencida de que, si continuaba mirándolo, se echaría a llorar de un momento a otro.

—Bueno, creo que debería dejarte descansar —comentó él sacándola así de sus pensamientos—. Si necesitas ayuda para hacer la cama… Y hay toallas limpias en el baño… ¿Tienes hambre?

—He comido demasiado en la fiesta de Meghan.

Comedido, él volvió a asentir.

—Entonces, te dejo para que te pongas cómoda. Eh… buenas noches.

Sin darle tiempo a despedirse, Rory cerró la puerta tras él y su vista quedó clavada en el lugar en el que el hombre había estado parado solo segundos atrás.

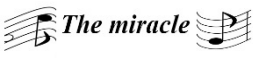
Tomándose su tiempo, paseó la mirada por lo que la rodeaba. Todo era nuevo, incluso la pequeña lamparita que había sobre la mesilla de noche. No había reparado en un escritorio con una silla que estaba en la pared opuesta y que le encantó encontrar. Tampoco había reparado en una manta pulcramente doblada que estaba a los pies de la cama y que hacía juego con las cortinas. Ni en unos cojines de un marrón chocolate que hacían el complemento perfecto. Rory se había volcado para que ella se sintiera cómoda y acogida. El gesto le tocó el corazón.

Dejando escapar un suspiro se levantó. Tomó las sábanas que había sobre el colchón y vistió con ellas la cama. Luego tendió el confortable edredón y, tras desnudarse, se metió bajo él. Un gemido de satisfacción escapó de sus labios.

—Solo un momento —musitó con los ojos ya cerrados—. Luego iré a la ducha.

Sin darse apenas cuenta, se rindió al sueño.

24



Rory se movió inquieto en la cocina. A sus pies, O'Malley lo rondaba para que le pusiera el desayuno. Se plantó ante el animal con el ceño fruncido.

—Ya me he enterado de que quieres comer, tranquilo. No voy a dejarte en ayunas.

La respuesta del felino fue un largo maullido.

Tras ponerle en su comedero una ración de su lata favorita, miró por la ventana. Aún era de noche. Se había tomado demasiadas libertades el día anterior al no acudir a la empresa y tenía que estar allí sin falta en unas horas.

Se sirvió una taza del café que acababa de preparar. Tuvo suerte de que el líquido no acabara derramado sobre la encimera porque, en realidad, no estaba prestando demasiada atención a lo que hacía. Sin embargo, su mente iba una y otra vez a la persona con la que había empezado a compartir la casa. Se preguntó cuál sería la rutina de Tara. No sabía de sus horarios de trabajo, ni qué le gustaba desayunar. La noche anterior la había esperado en el salón, mientras veía la televisión, tan nervioso que, si una aguja hubiese caído al suelo, él habría pegado un respingo. Pero ella no apareció.

«¿Estás seguro de lo que estás haciendo, colega?», le preguntó una vocecita en su cabeza que se parecía demasiado a la de su primo. Acordarse de él le hizo pensar en el momento en que debería contarle lo de Tara. Y lo del bebé.

Se pasó la mano por el rostro. Debía prepararse para recibir el sermón de su vida.

—Buenos días.

Se giró tan rápido que casi tiró la taza que aún sostenía. Bajo el umbral de la puerta estaba Tara, con los ojos hinchados aún por el

sueño, el pelo algo revuelto y vestida de la misma manera que el día anterior. Aun así, nunca la había visto más bonita.

—Buenos días —contestó él, sintiendo que debía recuperar el aliento si no quería empezar el día poniéndose en evidencia.

—Anoche me quedé dormida. Quise comprobar la firmeza del colchón y, bueno, no me he despertado en toda la noche.

—Asumo que eso es bueno.

La chica le dedicó una sutil sonrisa.

—Pues sí, pero ni me duché ni nada. Estoy hecha un adefesio.

«Estás preciosa».

—Ahora puedes ducharte si quieres. Yo ya he acabado en el baño.

—Gracias.

—¿Quieres un café?

Tara asintió con entusiasmo.

—Sí, por favor. —Antes de que la frase hubiera muerto en sus labios, la chica abrió los ojos de manera desmesurada—. No sé si puedo tomar café.

—¿Y té? —intervino él, tan azorado como ella.

La chica torció el gesto.

—Tiene teína. Viene a ser igual —contestó ella.

Giró sobre sí mismo y abrió el mueble que había junto al fregadero.

—No tengo descafeinado —comentó mientras echaba un vistazo al interior—. Lo compraré luego.

—No hace falta…

—¿Y qué desayunarás entonces? —quiso saber. Se dio cuenta de que no sabía nada sobre embarazadas y lo que podían o no podían comer o hacer. No había conocido a muchas y mucho menos había tenido trato con alguna. Vivir con una día a día era un mundo nuevo en el que estaba por adentrarse.

Con la misma expresión sorprendida de hacía unos segundos, Tara se encogió de hombros.

—Leche, supongo. No sé. Y tostadas, si tienes pan. O cereales.

—Tengo leche y tengo pan. Eso puedo hacerlo sin problema.

Antes de que ella pudiera agregar nada más, buscó el pan en la nevera, sacó la leche junto con la mantequilla y un bote de mermelada y lo dispuso todo delante de él.

Por el rabillo del ojo vio que ella se acercaba hasta donde estaba para detenerse a su lado y posar la mano sobre su muñeca.

—Puedo hacerlo yo.

—Asumo que puedes hacerlo tú —acertó a decir sin tan siquiera mirarla porque temía que, si lo hacía, ya no iba a atinarle a la taza de leche—, pero… bueno, creo que jamás le he preparado el desayuno a alguien.

Tara retiró la mano y aquella calidez que le había transmitido desapareció con ella.

—¿Y te hace ilusión? —Había cierto tono jocoso en su voz que lo hizo sonreír.

—Pues… sí.

De nuevo, la chica puso un par de pasos de distancia entre ellos.

—Entonces, no seré yo quién te la quite —replicó antes de sentarse en la silla que estaba junto a la mesa y poner las manos encima del mantel, como un niño que aguarda su turno para el desayuno.

Unos minutos después ponía ante ella una taza de leche, un par de tostadas, la mantequilla y la mermelada.

—Aquí tienes.

—Gracias —respondió ella sin mirarlo siquiera—. Creo que me comería medio paquete de pan ahora mismo.

—Y O'Malley también.

El gato, que aguardaba sentado frente a los pies de Tara, barrió el suelo con la cola. La chica lo miró, divertida.

—Hola, O'Malley.

Le acercó un trocito de pan con mantequilla de la tostada que ya estaba comiendo y que el gato no dudó en aceptar.

—Lo vas a tener pegado todo el tiempo, te lo advierto.

—No me importa —replicó ella a la vez que desprendía un nuevo trocito de su tostada y se lo tendía al animal—. Jamás he

tenido mascotas. Mi madre siempre ha dicho que dan mucho trabajo.

—Bueno, no le voy a llevar la contraria a tu madre, pero también te hacen compañía. Además, inexplicablemente, saben cuándo estás de bajón y se ponen a tu lado y tratan de animarte. A veces pienso que solo le falta hablar…

Le encantaba ver cómo la chica había aceptado la presencia del animal sin problemas y cómo O'Malley había hecho lo mismo.

Para su desgracia, los minutos pasaban demasiado rápido y al mirar el reloj se dio cuenta de que, si no espabilaba, iba a llegar tarde al trabajo.

—Tengo que marcharme en media hora —anunció mientras dejaba en el fregadero la taza de café vacía—. ¿A qué hora sueles entrar en la librería? Por si quieres que te acerque.

Ella negó con un gesto de la cabeza mientras dejaba la taza de leche sobre la mesa.

—No te preocupes. Aún me queda tiempo. Y tengo que ducharme. Miraré cuál es el autobús que me deja más cerca del Trinity.

—La parada está justo al doblar la esquina, en la calle principal.

—Bien —respondió ella antes de mordisquear lo que quedaba de su última tostada.

Se limpió las manos en el trapo de la vajilla y lo dejó a un lado, reticente a tener que marcharse.

—He dejado un juego de llaves en la mesita de la entrada. Son tuyas.

Notó los ojos de Tara clavados en él.

—Gracias, Rory. —La dulzura de su tono de voz lo desestabilizó.

—De nada —se apresuró a contestar.

Tenerla tan cerca y no poder abrazarla ni besarla porque había prometido que no habría entre ellos nada que implicara un acercamiento sexual iba a ser toda una prueba para su autocontrol.

—No solamente por el desayuno, sino por todo —comenzó diciendo la mujer con la cabeza gacha—. Mi habitación es preciosa y… y he dormido muy bien. Gracias.

Notó que las mejillas se le enrojecían. Se pasó la mano por la nuca y dejó escapar un bufido.

—Bueno, no tienes que agradecerme nada.

—Yo creo que sí —insistió Tara—. Además, me gusta mucho la combinación de colores que has elegido. Podrías dedicarte a la decoración si quisieras.

—No me atribuyas tanto mérito —bromeó—. La dependienta de Ikea me ayudó a elegirlos. Si lo hubiera hecho yo solo, aún estaría allí, perdido entre los pasillos de las cortinas y los cojines.

Le encantó oír la risa que dejó escapar Tara: fresca, espontánea. Auténtica. Si tuviera que decir una tontería tras otra para escucharla, lo haría con mucho gusto, pensó complacido. Sin embargo, la hora de marcharse estaba cada vez más cerca. Dio un paso hacia la puerta de la cocina.

—Te dejo para que desayunes. Nos vemos luego.

Acababa de enfilar hacia el vestíbulo cuando Tara lo llamó.

—Rory.

—Dime —contestó tras girarse de nuevo.

La sonrisa que lucía la mujer segundos atrás se había desdibujado. Se puso en pie y retorció las manos en actitud nerviosa.

—Esta tarde tengo que ir al ginecólogo. La doctora me dijo que, decidiera lo que decidiese, tendría que regresar hoy a verla. ¿Querrías acompañarme?

La petición lo dejó sin saber qué debía hacer a continuación. Incapaz de reaccionar, solo era consciente de que ella aguardaba una respuesta.

—Claro. Sí. Por supuesto.

En ningún momento, Tara había alejado su mirada y aquellos ojos del color de la miel caliente estaban clavados en él como si quisieran leer en su interior. Cuando la vio relajar las facciones y asentir con un único movimiento de cabeza, supo que estaba haciendo lo correcto.

—¿Te llamo luego y quedamos? —propuso él.

—Llámame, de acuerdo —contestó ella, visiblemente complacida—. Voy a la ducha. Hasta luego, Rory.

—Adiós, Inglesita.

Siguió con la mirada cada paso que dio Tara hasta perderse de su vista. En cuanto lo hizo, dejó escapar un largo gemido y se pasó una mano por el rostro. Ningún ejército que él recordara había tenido por delante una campaña tan difícil como la que él estaba a punto de afrontar. No sabía si iba a salir victorioso.

Había ido en serio cuando le dijo que no se opondría a que se marchara si encontraba un lugar mejor, pero tenía la secreta esperanza de que eso no llegara a ocurrir. Y que no ocurriera porque Tara se hubiera enamorado de él de la misma manera en que él ya lo estaba de ella y que deseara hacer de aquello algo duradero.

Cuando era más joven y aún pensaba que se enamoraría de alguien, jamás creyó que era aquello lo que se sentía: que los minutos no contaran si no estaba cerca de Tara; que cualquier asunto fuera interesante en sus labios; que no hubiera dulces que superaran a su boca; que cada minuto de sus pensamientos fuera para ella; que soñara con dormir junto a ella… Sí, estaba enamorado como jamás pensó que lo estaría.

Enseguida, un nuevo plan tomó forma en su mente: haría lo imposible para que se quedara a su lado.

El día no fue fácil para Rory. Había demasiado trabajo en la empresa; aún quedaban muchos camiones que debían llegar a los muelles y los operarios no daban abasto. Él no tenía la cabeza donde debía tenerla, lo sabía. Incluso su primo le había preguntado si le pasaba algo. No había tenido más remedio que componer su mejor semblante, sonreírle con despreocupación y decirle que eso eran figuraciones suyas. ¡Si él supiera!, recapacitó cuando el hombre se marchó al fin.

A mediodía, mientras comía, le envió un mensaje a Tara para pedirle la dirección de la consulta de su ginecóloga y la hora de la cita. Enseguida recibió la respuesta. Un sudor frío le recorrió la espalda y un montón de preguntas lo asaltó como un ejército de molestos mosquitos. ¿Iba a estar a la altura de lo que se esperaba

de él? ¿Podría ser el apoyo de alguien en una situación así? Y lo más importante ¿sería un buen padre?

Esa pregunta llevaba rondando por su cabeza desde que aceptó hacerse responsable de su descuido y asumir las consecuencias. Él había crecido rodeado de unos padres que no temían mostrarse afecto en público y que, con casi setenta años, aún se dedicaban miraditas cómplices. Ese amor se lo habían transmitido a él y sabía cuánto lo querían sus padres. Todavía les debía dar la noticia de que, al fin, iban a ser abuelos, algo que le habían preguntado en varias ocasiones, aunque su madre insistía en que disfrutara de la vida y que su momento de sentar la cabeza ya llegaría. Él se había resistido con uñas y dientes a seguir su ejemplo y formar una familia, sobre todo, porque no se había enamorado de ninguna de las mujeres que habían ido apareciendo en su vida a lo largo de los años,

«Pues bien, mamá, ha llegado».

No sabía si para su suerte o para su desgracia, ellos vivían lejos de Dublín y solo los veía algún que otro fin de semana que se escapaba a Limerick o en las vacaciones. Eso iba a salvarlo de tener que contárselos de inmediato porque todavía no había descubierto cómo lo iba a hacer.

Abandonó el trabajo con tiempo más que suficiente para llegar hasta Merriot Square, que era donde Tara tenía la cita médica. Una incómoda sensación había decidido atrincherarse en su estómago y su mente ya estaba por completo descentrada, así que consideró que era mejor que se marchara antes de que surgiera algún imprevisto.

Cuando llegó a la dirección, Tara ya estaba allí, arrebujada en su abrigo, mirando hacia uno y otro lado como si estuviera aguardando su llegada. Se dio cuenta del momento en que ella recaló en su presencia, porque una sutil sonrisa apareció en sus labios; una que sirvió para que él olvidara qué pie debía adelantar para continuar caminando. No sabía si Tara tenía idea de lo preciosa que se veía, ni tampoco de las ganas que sentía de rodearla con sus brazos, aspirar su aroma y asegurarle de que todo iba a salir bien.

En cambio, se detuvo delante de ella y la saludó con un gesto de la cabeza.

—¿He llegado tarde?

—No, no —contestó a la vez que acompañaba su respuesta con un movimiento de cabeza—. Aún no es la hora.

—Bien.

—¿Vamos?

Más indeciso que minutos atrás, asintió, aunque eso no se lo iba a decir a Tara.

—Claro.

La consulta de la ginecóloga estaba en la segunda planta de un antiguo edificio que había sido reformado y al que le habían instalado un ascensor. Cuando llegaron ante el portón, una enfermera les dio la bienvenida y los guiaron a una sala de espera. Apenas pasaron cinco minutos hasta que dijeron el nombre de Tara.

Fue detrás de ella sin saber si podía hacerlo, pero nadie se lo impidió. Al entrar en la consulta, una mujer estaba sentada detrás de un gran escritorio. Tras alzar la vista le dedicó una sonrisa a Tara.

—¿Cómo estás? —preguntó a modo de saludo. Entonces, reparó en él y le tendió una mano—. Soy la doctora Prescott.

—Rory McCoy —contestó él aceptando su saludo, aunque le dio cierto apuro porque sentía las manos húmedas.

—Encantada, Rory. Pero sentaos, por favor.

Ambos lo hicieron; él, bastante más agarrotado que Tara. Se pasó las palmas por las rodillas, nervioso.

La doctora se cruzó de brazos y se acodó sobre la mesa.

—Dime, Tara.

Oyó que la chica inspiró con fuerza.

—He… Hemos decidido que vamos a seguir adelante —contestó.

Sus palabras despertaron en él un escalofrío. Era algo hecho. Era una decisión en firme. Lo habían decidido los dos.

Notó la mirada de la doctora en él antes de fijarla en Tara.

—Me alegra mucho vuestra decisión —dijo con tanta amabilidad en su voz que estaba seguro de que no eran simplemente palabras vacías—. ¿Has empezado a tomarte el tratamiento que te prescribí?

Tara asintió con seguridad.

—Sí.

—Muy bien. Y como el otro día no te pude hacer un estudio completo, ¿qué te parece si le echamos un nuevo vistazo y vemos cómo va? —La doctora se levantó—. Pasa a la habitación y túmbate en la camilla, por favor.

Se agarró a los reposabrazos con la intención de acompañarlas, pero se detuvo. No sabía qué debía o podía hacer; se sentía como un pez en una pecera redonda. Sin embargo, la doctora se giró antes de seguir los pasos de Tara.

—¿No quieres venir?

La pregunta lo tomó desprevenido.

—¿Puedo?

—Por supuesto que sí. A menos que Tara no quiera. —La mujer asomó la cabeza hacia el interior de la habitación en la que Tara había desaparecido—. Tara, ¿quieres que Rory entre?

—Sí, por favor —la oyó decir.

No sabía que había necesitado tanto escuchar esas palabras. Se incorporó de inmediato y siguió a la doctora. Tara ya estaba tumbada en la camilla, con el vientre al descubierto. Se sintió algo abochornado por estar allí, pero también sabía que no quería perderse aquello por nada del mundo.

Vio a la doctora sentarse en una pequeña banqueta delante del monitor que, pensó, sería un ecógrafo.

—Rory, ponte ahí detrás, por favor —dijo al tiempo que señalaba hacia un lugar junto a la camilla, muy cerca de Tara.

Hizo lo que la mujer había pedido y se colocó a la izquierda de la chica. Ella lo miró unos instantes, incluso pudo ver el atisbo de una débil sonrisa. Ya solo por eso, estar allí merecía la pena.

—Veamos… —La doctora vertió un buen chorro de gel transparente sobre la piel de Tara y la esparció con la sonda. Enseguida, la pantalla negra cobró vida—. ¡Ajá! Aquí lo tenemos.

Una mancha gris ocupó el centro de la imagen y, dentro de ella, con total nitidez, pudo apreciar una diminuta figura que agitaba los brazos y las piernas como si quisiera reclamar toda su atención.

—¡Se está moviendo! —escuchó decir a Tara. Él no podía dejar de mirar hacia la pantalla casi sin pestañear.

Buscó el apoyo de la pared que tenía a su espalda. El aire que trataba de respirar se le quedó alojado en los pulmones sin que pudiera expulsarlo.

—Por supuesto que se está moviendo —contestó la doctora sin desviar la vista hacia Tara y sin dejar de pasear el aparato por su abdomen—. Vamos a medirle el pliegue nucal…

Él desconocía de lo que estaba hablando. Para él, los bebés eran como de otro planeta. El único contacto que había tenido con ellos había sido con los hijos de su prima, la hermana de Kevin, y de eso hacía ya más de diez años. Y ese era suyo, su bebé. Suyo y de Tara. Se reclinó sobre la pared y dejó escapar el aliento.

—¿Estás bien?

El sonido de la voz de Tara hizo que girara la cabeza hacia ella, que lo miraba con expresión preocupada. Trató de humedecer la garganta –porque no estaba seguro de que le pudieran salir las palabras– y asintió.

—Creo que sí.

—Impresionado, ¿verdad? —intervino la doctora—. No eres el primer papá al que le ocurre.

«Papá».

La fuerza de la palabra cayó sobre él como si se hubiera tratado de un puñetazo. Iba a ser padre. Era real y estaba allí.

—¿Por qué…? ¿Por qué la cabeza es así de grande? —se atrevió a preguntar—. ¿Es normal?

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios de la doctora.

—Es absolutamente normal a las doce semanas de gestación. Le faltan aún algunas más para adquirir los rasgos de los bebés cuando nacen, tranquilo.

Regresó la vista a Tara. No sabía cómo ella podía mantenerse tan firme cuando él estaba a punto de desmayarse de la impresión. Tras unos minutos en los que la doctora continuó midiendo y considerando las imágenes que le ofrecía el ecógrafo, esta dejó la sonda sobre un soporte y le tendió a Tara un paño de papel.

—Puedes limpiarte. Te espero en la consulta.

Enseguida, los dos quedaron a solas. Tal y como le había pedido, Tara comenzó a retirarse el gel transparente del vientre.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció él.

—No, muchas gracias.

—De acuerdo.

Aguardó a que acabara y estuvo a su lado cuando se puso en pie. Ocupó de nuevo su lugar junto a ella una vez que llegaron a la consulta.

—Todo está bien. Las medidas del pliegue nucal son las correctas —comentó sin alzar la vista de las notas que había tomado mientras hacía la ecografía—. Estás de doce semanas justas y la fecha probable de parto es el 2 de julio.

—¿2 de julio? —repitió Tara.

«2 de julio». Apenas faltaban seis meses.

—Exacto. Es cuando cumplirás cuarenta semanas, aunque el parto se puede adelantar, por supuesto.

—¿Adelantar? —fue su turno de preguntar, con más miedo que curiosidad.

La doctora debió percatarse de ello, porque se movió un poco en su asiento para enfrentarlo.

—Podría ser, pero no hay que preocuparse. A partir de la semana treinta y ocho el parto es factible y el niño está desarrollado por completo. Pero, insisto, no hay que preocuparse por eso ahora. Lo importante es que la mamá y el bebé estén sanos y que el embarazo se desarrolle lo más normal posible.

Durante unos minutos más, la doctora les indicó cómo serían las siguientes etapas, le dio a Tara un montón de recetas de los complementos vitamínicos que debía tomar y le sugirió el nombre de una matrona para las clases de preparación para el parto. También le dio la cita para la siguiente ecografía y, con todo eso, abandonaron la consulta.

Cuando se detuvieron en la acera, ya había anochecido, aunque el tráfico seguía tan imposible como si fuera media mañana.

Sin darse cuenta, tomó aire, el que le había estado faltando en la consulta. Alzó el rostro hacia el cielo, cerró los ojos e inspiró.

—¿Asustado?

Buscó a Tara, parada a unos pasos de él. Sin pensarlo mucho, asintió.

—Abrumado, más bien. Me ha impresionado verlo. Es…

—¿Muy pequeño? —Tara acabó por él.

—Sí. Verlo lo ha hecho real —confesó sin pudor—. No es que no lo creyera, no es eso; es que simplemente ahora está ahí y…

—Yo tampoco sé si estoy preparada —manifestó Tara, muy seria —. Lo único que sé es que tenerlo es la decisión correcta.

Los ojos de la chica estaban clavados en él. Las palabras parecían salidas del fondo de su corazón y eran tan sinceras que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

—Lo es —acertó a decir.

El silencio en el que se sumieron a continuación lo notó incómodo. Guardó las manos en los bolsillos de su chaquetón, pero lo que realmente quería era acercarla a él y abrazarla antes de darle un beso. Aunque para él aquello del bebé había sacudido sus cimientos y su futuro, sabía que no se asemejaba a lo que ella debía de estar sintiendo y los cambios que estaba a punto de experimentar en su vida.

Tara miró a uno y otro lado como si no supiera qué hacer.

—Bueno…

—¿Vas para casa? —La pregunta salió por sí sola de sus labios.

Tras unos segundos, ella asintió.

—Sí.

—Tengo la moto al cruzar la calle. ¿Quieres…? ¿O no puedes montar en moto?

—Supongo que no pasará nada si vamos con cuidado, ¿no?

—Iré con cuidado —aseguró él, así lo adelantaran los peatones por la acera.

—Entonces, de acuerdo.

Solo habían dado un par de pasos cuando ella se detuvo.

—Rory.

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte algo?

—Por supuesto. Lo que sea.

—Entenderé que quieras contarle a tu primo lo… lo del bebé, pero, por favor, pídele que no le diga nada a Meghan. Es mi responsabilidad contárselo a mi familia y no quiero que se enteren por nadie más que por mí.

—Por supuesto. Cuando se lo cuente, se lo diré. No te preocupes.

Apretando el gesto, Tara se puso a su lado para dirigirse hacia donde había dejado aparcada la motocicleta.

25

The great pretender

Por suerte para Tara, el último día del año en la librería se desarrolló con tranquilidad y sin demasiado público. El horario de esa jornada era más corto de lo habitual para que tanto Marie como ella pudieran regresar a sus casas para cenar con sus respectivas familias. Pese a ello, sabía que no le iba a dar tiempo de ir hasta Warrenmount, recoger su ropa y emprender camino hacia la casa de sus padres, así que todo lo que necesitaba lo llevaba ya consigo. En cuanto se cerró las puertas del establecimiento se cambió, se puso un poco de maquillaje que ocultara las ojeras que lucía esos días y tomó el autobús hacia Rathfarnham.

Llevaba todo el día con un nudo alojado en el estómago. Quería contarles a sus padres y hermanas lo del embarazo, pero no sabía si sería capaz porque cada vez que pensaba en ello la garganta se le cerraba y la ahogaba.

Que Rory la llamara cada mañana para saber cómo le iba se había convertido en un hábito. Los primeros días él le había parecido algo cohibido, y en más de una oportunidad se esforzó en sofocar una risa para que no la oyera. Desde que se despidió por teléfono ese mediodía no sabía nada de él y desconocía cómo iba a pasar él el fin de año. Sentada en su asiento del autobús, bajó la cabeza y apretó los labios. Le gustaba aquella versión de Rory, esa que se interesaba por ella, que trataba de hacerle la vida fácil y que le dejaba algún mensaje tonto en el móvil tan solo por hacerla sonreír.

En cuanto abrió la puerta de la casa de sus padres, el aroma de lo que ya se cocinaba en el horno la asaltó. Se llevó los dedos bajo la nariz y aspiró con cuidado. En los últimos días, ciertos olores le provocaban náuseas, por muy bien que olieran, y no quería que su familia se enterara de su embarazo porque se pasara la noche en el baño, vomitando.

Más tranquila, después de tomar aire, cruzó el pasillo hacia la cocina. El lugar parecía el escenario de una campaña militar. Mirara donde mirase había utensilios manchados, ingredientes que esperaban a ser cocinados, los platos de porcelana buena para poner en la mesa … Enfrascadas en Dios sabía qué, Brianna y Meghan ayudaban a su madre con la cena.

—¡Gusanito! —exclamó Brianna en cuanto la vio.

Levantó la mirada al cielo y resopló.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no me llames «Gusanito»? —se quejó con la boca pequeña. Había echado mucho de menos a su hermana mayor y tenerla allí, aunque fuera por pocos meses, le encantaba.

Brianna abrió los brazos y fue hacia ella.

—Me da igual. Vas a ser vieja y seguiré llamándote así —dijo mientras la abrazaba.

Cerró los ojos y respondió al gesto de su hermana. Era reconfortante notar su menudo cuerpo.

—Hola, hija —la saludó su madre—. ¿Queréis dejar de hacer el tonto las dos y seguir con la cena? —se quejó al tiempo que programaba el horno—. Ya veréis que se nos hace tarde para sentarnos a la mesa.

—¿Te apetece una cerveza, Tara? —sugirió Meghan. No esperó su respuesta para tomar un par de botellines de la nevera—. Voy a llevarles estas a papá y a Kevin.

—Tu padre está encantado de que Kevin esté aquí —comentó Maureen, impidiendo así que pudiera contestarle—. Así se puede escaquear con un motivo.

—No te enfades, mami, que él siempre colabora. —Meghan salió en su defensa con rapidez—. Está haciendo de anfitrión. Ya sabes cuánto le gusta.

—Le gusta, ya —refunfuñó su madre.

Miró a Meg y luego a Bri y, en un gesto mil veces ejecutado, las tres se encogieron de hombros antes de echarse a reír.

—Voy contigo, Meg. Quiero saludar a papá —comentó ella cuando fue capaz de hablar.

—¡Eso, eso! Largaos todas de aquí —escuchó rezongar a su madre a su espalda.

Sin prestarle más atención, se marcharon.

Cuando llegó al salón, su padre estaba sentado en su butaca preferida. Frente a él, en un extremo del sofá, en actitud muy cómoda, estaba Kevin. Ambos parecían inmersos en una charla distendida.

—Hola, papá.

—¡Tara, cariño! —Se levantó con agilidad y fue hasta ella para darle un abrazo antes de besarla en la mejilla—. Me estaba preguntando cuándo llegarías.

—Ya sabes cómo se pone el tráfico a la salida de Dublín.

—Lo sé mejor que nadie, sí. Pero ven a sentarte, anda.

—Mamá me está esperando en la cocina.

—Mamá puede esperar un momentito. Siéntate y descansa —la animó con un gesto del brazo para que se acomodara en la silla junto a él.

Meg había ocupado el lugar junto a Kevin. Le gustaba ver la sonrisa que aparecía en los labios de su hermana cuando estaba cerca de su novio. Y la forma en que este la miraba, como si fuera la única persona que estaba en la habitación, también. Sin pretenderlo, su pensamiento voló hacia el hombre con el que compartía casa, al que no veía desde el desayuno. Esa mañana, como hacían desde que vivían juntos, habían hablado de qué iban a hacer durante el día, de trivialidades, como las series que estaban viendo o que les gustaría ver, la comida que siempre pedían cuando iban a un *pub*.

Lo cierto era que charlar con Rory era sencillo. Tenía un buen talante, era divertido y la hacía reír. No lo hacía de manera forzada, como aquel que busca el chiste fácil. En Rory parecía algo natural y aunque alguien que no lo conociera podría pensar que se tomaba la vida a broma, ella estaba aprendiendo que no era así. Era un tipo responsable, ordenado y mantenía unas cómodas rutinas sin rayar en la obsesión.

«Y, a lo mejor, vas a tener que ir admitiendo que te gusta un poquito, Tara».

Sacudió la cabeza, sorprendida por los derroteros que había tomado su mente. ¿De verdad le estaba empezando a gustar Rory?

—¿Por qué no le has dicho a tu primo que viniera?

La pregunta que hizo su padre a Kevin la sacó de la espiral en la que había caído sin darse cuenta.

—Yo lo hice —contestó Meghan en lugar del hombre—, pero me dijo que tenía planes.

—Conociendo a Rory, estará en algún *pub*, celebrando a su manera el inicio del Nuevo Año.

Le molestó lo que implicaban las palabras de Kevin porque ella sabía que, desde que habían comenzado esa suerte de inusual relación que habían tejido, Rory no había salido con ninguna otra mujer. Ni tan siquiera había frecuentado un *pub* sin ella.

Las risitas que escuchó por parte de todos le repatearon el estómago y tentada estuvo de intervenir, pero nadie sabía aún que vivían juntos ni muchísimo menos que iban a ser padres.

Era de locos.

—¿Y tú por qué no le has dicho al vecino que venga? —Esa vez, el objetivo de su padre fue Brianna, que había llegado con una cerveza en la mano. La pregunta la salvó de que siguiera cociéndose en aquel extraño humor.

Su hermana se detuvo con los ojos abiertos como platos.

—Eh… Lo intenté, pero me dijo que mejor no, que ya molestó bastante en la cena de Nochebuena.

No sabía si alguien se había dado cuenta de que las mejillas de Brianna se habían cubierto de un delator color sonrosado. Tampoco sabía si alguien más de su familia conocía del acercamiento entre Brianna y el vecino.

—¡Qué tontería! —exclamó su padre antes de zarandear un poco el botellín de cerveza que tenía en la mano—. Estoy por llamarlo y decirle que coja su metro noventa y pico de estatura y se plante aquí.

Todos se rieron ante la queja de Keane, pero la mirada de Brianna se había iluminado porque, con total seguridad, era eso lo que deseaba.

Dejando a sus hermanas en el salón, regresó a la cocina en donde su madre ultimaba los preparativos.

—¿Podéis ir poniendo la mesa, por favor? —le pidió Maureen.

Sin aguardar un segundo más, reclamó la presencia de Brianna y de Meghan, que llegaron junto a su padre y Kevin.

La mesa estuvo puesta enseguida con el esfuerzo de todos y con buen ánimo se sentaron a disfrutar de la velada. Ella no podía dejar de mirar a sus hermanas, tan distintas. Una, Meghan, era todo sonrisas y contagiaba su alegría. Bri, en cambio, no paraba de examinar el teléfono móvil y, cuando no lo hacía, miraba el reloj que llevaba en la muñeca, como si estuviera deseando que aquella cena acabara para estar en algún otro lugar. Y ella tenía una ligera idea de en dónde.

Bajó la vista a su plato. Casi no había comido nada; se había dedicado a darle vueltas a lo que le habían puesto delante. Le molestaba que fuera así; lo poco que había probado estaba delicioso, pero ella solo deseaba que dieran las doce de la noche, se felicitaran por el Nuevo Año y regresar a casa junto a Rory.

El tenedor se quedó a medio camino de su boca. «¿A casa?». No, donde estaba era su casa, donde vivían sus padres y donde se había criado; sin embargo, donde quería estar era en esa otra en la que llevaba viviendo apenas una semana.

Por fortuna, la cena dio lugar al postre, del cual se había encargado Meghan. Había llevado varias tartas, un *pudding* de Navidad y, como siempre y para contentar a su padre, una caja de *cupcakes*.

—Vamos a tener dulces hasta febrero —se quejó su madre mientras servía en los platos una porción de un pastel de limón que tenía una pinta deliciosa.

—No te preocupes, cariño, que yo me encargo de que no sea así. —Su padre se incorporó en su asiento para recibir el postre de manos de su esposa—. No le vamos a hacer ese desplante a la niña. —Y le guiñó un ojo a Meghan.

Todos, incluido su madre, rieron ante la respuesta. Ella volvió a mirar la hora, inquieta. Las diez de la noche.

Los ciento veinte minutos que restaron para la medianoche le parecieron interminables, como si alguien estuviera ralentizando el reloj. «Un minuto delante, dos para atrás». La lentitud era insoportable.

Sus padres prepararon sobre la mesa unas copas con champán y, cuando las agujas del reloj coincidieron, cada uno tomó la suya y la alzaron antes de brindar por un feliz nuevo año.

Ella se unió a los buenos deseos y trató de disimular que apenas se mojó los labios con el espumoso. Los besos y los abrazos llegaron a continuación. Sintió que las lágrimas se agolpaban tras sus párpados. Aquel fin de año iba a significar un antes y un después en su vida; el último en el que no era madre.

La necesidad de ir a buscar a Rory la asaltó sin darse cuenta. Miró a un lado y a otro mientras sus hermanas y su padre aún bromeaban entre ellos.

—Al final, ese zoquete ha pasado la noche solo —anunció Kevin al llegar al salón de nuevo al tiempo que se guardaba el móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Quién? —quiso saber Meghan.

—Mi primo, quién si no —refunfuñó el novio de su hermana—. Que no tenía ganas de ir a ningún sitio me ha dicho. Te desea un feliz año a ti también —le dijo a Meghan al tiempo que se inclinaba hacia ella y le daba un fugaz beso en los labios.

Saber aquello no sirvió para que se sintiera mejor. La asaltó la necesidad de marcharse con urgencia, de estar en casa y de felicitarlo en persona.

Su padre volvió a servirles a todos una nueva copa de champán, pero Brianna se excusó con prisas para correr hacia su habitación. Con una sonrisa que no le abarcaba la cara, su padre se levantó de su asiento favorito.

—Bueno, pues a nosotros nos esperan en casa de los Walsh. Quedaos cuanto queráis, ¿de acuerdo? —comentó.

—Nosotros nos marchamos ya —anunció Meghan—. Tenemos pensado pasar por la fiesta de un amigo.

—¿Podéis dejarme en Christ Church? —La pregunta salió de sus labios casi sin pensarla. Desde ahí hasta casa de Rory había aún un

pequeño paseo, pero era mejor eso que estar esperando un taxi—. Yo… Yo he quedado con unos amigos.

—Por supuesto —fue Kevin el que contestó—. Así que cuando quieras.

Ella fue al perchero en donde había dejado su abrigo y se lo colocó con tanta rapidez como pudo. Enseguida se despidió de su familia y fue tras Meghan y Kevin.

Por fortuna, el tráfico no estaba demasiado concurrido a esa hora, a pesar de ser una noche especial. Sin embargo, el trayecto se le hizo interminable. Tal y como ella le había pedido, Kevin la acercó hasta Christ Church y, junto con Meghan, volvieron a felicitarle el nuevo año antes de dejarla en la zona.

Se cruzó con varios grupos que cantaban, algo pasados de copas, pero ella caminó todo lo rápido que pudo hacia Warrenmount arrebujada en su abrigo. El vaho que salía por su boca formaba una pequeña nubecilla ante su nariz, aunque poco le importó. En cuanto enfiló la calle notó que le faltaba el aliento, pero no por ello aminoró el paso.

Cuando se paró ante la puerta, el corazón le latía como loco en el pecho.

«Cálmate, ¿quieres?», se dijo. Aún podía no ser cierto lo que Rory le había dicho a Kevin, sin embargo, la cerradura cedió al instante. Antes de entrar ya supo que Rory debía de estar el en salón, porque la tenue luz de la lamparita de lectura que había en una esquina se podía apreciar desde el vestíbulo

Dejó el abrigo en la entrada y caminó hacia la habitación.

En efecto, Rory estaba en el sofá. No la había escuchado llegar, porque tenía su atención puesta en el libro que sostenía entre las manos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Rory levantó la cabeza de la lectura con rapidez. La sorpresa que le produjo verla allí se vio sustituida de inmediato por una sonrisa ladeada que hizo que se le saltara un latido.

—¿Nada de «Feliz Año Nuevo»? Es lo que se acostumbra, Inglesita. Ah, puede que en Inglaterra no sea así.

—No seas tonto, Rory. —Se acercó a él y se paró a unos pasos de distancia del sofá—. ¿Qué haces aquí solo?

El hombre le mostró el libro que aún mantenía entre las manos. Enseguida lo reconoció; era el que él había encargado en la librería.

—¿No está claro? Estoy en mi casa. Leyendo.

—Solo —insistió.

—Pues… bueno, técnicamente estoy con O'Malley.

El gato, que estaba tumbado en su cojín bajo la ventana, levantó las orejas como si hubiera sabido que hablaban de él. Cansada de aquella pequeña batalla dialéctica que a él se le daba tan bien, se dejó caer al otro lado del sofá.

—Meghan te invitó a ir a cenar a casa de mis padres.

La sonrisa burlona que él había mantenido hasta ese momento dibujada en sus labios se evaporó.

—Ah, ya… —Cerró el libro con cuidado y lo dejó a su lado—. No me pareció apropiado ir.

—¿Y te pareció apropiado quedarte solo?

—¿Estás molesta porque me he quedado solo? ¿Es eso?

Ella no sabía qué la fastidiaba más: que hubiera preferido quedarse en su casa o que no le hubiera preguntado si, en efecto, podría ir. Se tomó unos segundos antes de darle una réplica.

—Exacto, es eso —acabó respondiendo.

«Porque, posiblemente, hubiera querido quedarme contigo».

En los labios de Rory volvió a aparecer esa sonrisa que le iluminaba las facciones y que lograba que todo lo que no fuera él desapareciera de su mente.

—Bueno, pues ya estás aquí. Fin de la soledad.

—Eres insufrible —bufó fingiendo que continuaba molesta con su decisión.

—Me lo han dicho muchas veces. No estás descubriendo América.

Dejando escapar un suspiro, se arrellanó en el sofá. En cuanto estuvo acomodada, O'Malley dio un salto hacia ella y, subiéndose a su regazo, se hizo una bola en él para continuar dormitando. Desde que se había ido a vivir allí, el gato parecía haberle tomado cariño; la despertaba por las mañanas con maullidos en la puerta y también

aguardaba ante el umbral del baño hasta que ella saliera para seguirla por la casa por si se le ocurría darle de comer. Le pasó la mano por el suave lomo y el animal ronroneó.

—¿Por qué no te has ido a…?

—¿A algún *pub* a celebrarlo? —la interrumpió Rory como si le hubiera leído la mente—. No me apetecía. He preferido quedarme leyendo esto. Es bastante interesante. E instructivo. Me estoy dando cuenta de que no sé casi nada sobre bebés, salvo que son muy ruidosos. El nieto de la secretaria de mi primo ha ido varias veces a la empresa y… ¡Madre mía! ¡Menudos pulmones!

Estaba aprendiendo poco a poco las maneras en que Rory trataba de quitarle hierro a todo aquello que tuviera tintes serios, pero entendía que esa era su forma de protegerse. ¿De qué? Aún no lo sabía, pero se dio cuenta de algo: quería saberlo y comprenderlo. Y disfrutarlo también.

Fuera, en algún lugar, fuegos artificiales estallaron y O'Malley erizó el lomo, asustado. Para tranquilizarlo, lo acarició con dulzura, una y otra vez hasta que el animal sacudió la cabeza y regresó a su interrumpido sueño.

—¿Qué tal la cena? —preguntó él.

Giró la cabeza y lo miró. La luz que ofrecía la lamparita no era suficiente para iluminar bien la estancia, así que ambos estaban inmersos en aquella semipenumbra que se le antojaba tan cómoda.

Se encogió de hombros y suspiró.

—No he sido capaz de decírselo, si es eso lo que me preguntas.

—No era eso, pero… bueno, es importante.

—¿Tú le has dicho algo a Kevin?

Lo oyó dejar escapar un suspiro.

—Tampoco.

Ella reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Fuera, los fuegos artificiales continuaban.

—Estoy cansada. Apenas hago nada y estoy para el arrastre.

—Según esto, es lo normal. —Rory agitó el libro ante su nariz—. Tu cuerpo tiene ahora más trabajo del que está acostumbrado. Hacer crecer un bebé, ya sabes.

En un gesto instintivo, se llevó la mano al vientre y, darse cuenta de lo que acababa de hacer, la dejó paralizada unos instantes. Apenas notaba nada extraño ni fuera de lo normal, tan solo un poco de más firmeza bajo la palma de la mano.

—Supongo que es por eso.

—Ve a la cama y descansa.

—Sí, eso voy a hacer.

Empujó con gentileza al gato para levantarse y este se quejó antes de dejar su lugar y regresar al cojín bajo la ventana. El hombre la imitó.

—Buenas noches, Rory.

—Buenas noches, Inglesita. Y Feliz Año Nuevo.

Lo miró con ternura. Jamás había creído que se encontraría en aquella tesitura, casi sin trabajo, embarazada y viviendo con alguien que estaba comenzando a despertar en ella sentimientos que se había prometido no albergar nunca.

—Feliz Año Nuevo para ti también —respondió.

Dejándose llevar por el anhelo de sentir la calidez de su cuerpo, se acercó a él, se apoyó en su brazo y, poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla; uno en el que se demoró más de lo necesario; uno que le ardió en los labios.

Escuchó cómo el ritmo de la respiración de Rory cambió. Saber el efecto que tenía aquel simple beso en él hizo que un escalofrío la sacudiera, alentado por su olor natural, el roce de su barba y la calidez que él desprendía. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Como si tuviera miedo de que ella corriera espantada de su lado, Rory giró la cabeza muy despacio y la mirada de él se posó en su boca para, poco a poco, ascender por su rostro hasta que los ojos de ambos se encontraron. Y, entonces, ella buscó sus labios. Lo hizo muy suavemente y con la misma dulzura él le respondió.

Notó el cálido aliento de Rory en la piel y cómo, al instante, el hombre se rindió a ella en una suerte de beso que no tenía por objeto poseer su boca, sino acariciarle el alma.

Ese beso nada tenía que ver con muchos de los que ya habían compartido, ansiosos y hambrientos. Ese era tierno, dulce, pero no

por eso menos intenso, dispuesto a hacerla olvidar todo lo que ocupaba su cabeza. Apretó con fuerza los párpados y ahondó en su boca, tentativa. La lengua de él salió a su encuentro, tímida. Jamás habría pensado que iba a asociar aquel adjetivo con él, pero ahí estaba. Y lo adoró.

Se agarró con fuerza a él y se movió un poco para pegarse cuanto pudo. Encajar entre sus brazos era lo que había necesitado durante todo el día, durante esa semana; bajar la guardia y dejarlo llegar hasta ella.

Rory se hizo con su boca con ternura, con paciencia, mientras con un brazo la atraía hacia él. Escuchó que de la garganta masculina emergía un gemido que le rebotó en el vientre y se extendió como un tsunami por todo su cuerpo.

Sin embargo, cuando creyó que él iba a guiarla hacia el sofá, se separó de ella como si eso fuera lo último que deseara. Rory apoyó la frente contra la suya y, con los ojos cerrados, dejó escapar un suspiro de rendición.

—Ve a la cama, Tara. —Sus palabras estaban cargadas de una súplica que no llegó a pronunciar.

Nada de Inglesita, nada de juegos ni de burla en su tono de voz; el tono de alguien que está tratando de mantener a raya sus deseos.

En contra de su voluntad, acabó accediendo.

—Está bien. Buenas noches.

Con el corazón a punto de salirse de su pecho, dio media vuelta y abandonó el salón para dejarlo solo. Subió la escalera despacio, peldaño a peldaño, preguntándose en cada uno si hacía lo correcto, si era eso lo que deseaba. Cuando llegó al rellano se rindió. Se encaminó hacia su habitación, cerró la puerta tras ella y se dejó caer al borde del colchón. Con cansancio, se retiró la melena del rostro y clavó la mirada en el techo.

«Que no hayamos continuado es lo mejor», trató de convencerse. No estaba muy segura de llevar la razón.

Era inútil tratar de luchar contra lo evidente: su corazón había comenzado a albergar sentimientos por Rory más allá de la lujuria y el deseo; sentimientos que la asustaban porque siempre los había

evitado. Eso no le estaba siendo posible con Rory; cada vez que aparecía en la librería, su estómago daba un salto; cada vez que él llegaba a casa, su respiración se agitaba; cada vez que lo tenía cerca, lo buscaba a él. Solo a él.

Sentía la cabeza hecha un lío. Entonces, como siempre que sucedía cuando la sombra de un sentimiento que involucrara a su corazón hacía aparición, obligó a su mente a regresar a la caja que, sin necesitarla en realidad, no había querido dejar en casa de sus padres. Abrió el cajón inferior de la cómoda y allí estaba, escondida. Era muy antigua y una vez contuvo esos jabones que usaban las mujeres muchas décadas atrás. Se la había dado su madre siendo una niña y en ella almacenó sus tesoros de entonces: una cadena con un corazón de cristal que su padre le regaló cuando tenía siete años y que le encantaba; varias pulseras que casi no tenían valor y un frasco con arena de Tailandia que le llevó Brianna de su primer viaje. En el fondo, tapada por todo aquello, había una carta que guardaba desde que tenía diecinueve años, una carta que jamás hubiera deseado recibir.

Hacía mucho tiempo que no la releía porque hacerlo le traía recuerdos de aquel entonces; recuerdos que acarreaban con ellos la culpa. Pero ese día, inexplicablemente, algo la empujaba a volver a leerla.

La abrió con cuidado. El papel estaba amarillento por el paso del tiempo, pero allí seguían las mismas líneas. La reconocible letra de la que fue su mejor amiga seguía indeleble.

Tara, mi amiga del alma:

No sabes cómo duele. No tengo idea de cómo estoy siendo capaz de escribirte esto. Jamás creí que me fuera a pasar a mí; jamás creí que Luke se comportaría de esta manera tan ruin conmigo.

Nada tiene sentido; ni las palabras que me ha dicho ni cómo se ha comportado. ¡Oh, Dios mío! ¡Estaba tan enamorada de él! ¡Sigo estándolo! Y me ha traicionado.

Dime, ¿cómo lo arranco de mi corazón? Porque no sé cómo hacerlo. Como una tonta me creí sus palabras bonitas, sus besos tiernos, su «te querré para siempre», que yo le respondí de igual manera. ¿Y sabes qué

significaba todo esto para él? Nada, absolutamente nada. Era una apuesta, una maldita y vil apuesta. Aún escucho su risa…

No les creas jamás, Tara, no les creas cuando te digan que te aman, que eres lo más bonito que tienen; ellos solo quieren una cosa y, cuando la hayan conseguido, te tirarán a un lado como un trapo viejo; se reirán de ti y de tu corazón hecho trizas.

Me engañó a mí, sí, pero también te engañó a ti. Era tu amigo y te engañó; nos engañó a las dos.

No sé cómo voy a superar esto, ni si podré. No te enamores nunca, amiga. No lo hagas. Prométemelo por lo mucho que significamos la una para la otra. Duele demasiado. Tengo el corazón roto y no sé si tiene arreglo.

Por siempre tu amiga.
Tammy.

Aún había cercos en el lugar en el que habían caído las lágrimas de Tammy mientras le escribía aquella condenada carta. Ella no se la pudo entregar porque sí que encontró una manera de superar aquel dolor, salvo que dejó más dolor tras ella.

26

Tara se desperezó en la cama, bajo el cálido abrigo del edredón. Pese a que se quedó dormida entre lágrimas, había podido descansar toda la noche sin ningún sobresalto.

Se acodó sobre la almohada mientras se frotaba los párpados, aún hinchados por el sueño, y giró la cabeza hacia la ventana. La poca luz que entraba a través de ella y las gotas que resbalaban por los cristales le hicieron saber que llovía.

No le importó en absoluto. No tenía pensado salir. Según la hora que podía ver en el reloj de la mesilla de noche, estaba segura de que sus padres habrían llegado hacía muy poco de casa de los Walsh y estarían durmiendo hasta bien entrada la mañana. Les mandaría un mensaje para excusarse y les diría que no iría a comer. Les contaría que estaba muy cansada del ajetreo de la semana en la librería –lo cual era completamente cierto–, pero se guardaría para ella que prefería quedarse en su nueva casa, tranquila, remoloneando en el sofá.

«Y junto a Rory».

El pensamiento la zarandeó unos instantes, unos muy breves, los que necesitó para darse cuenta de cuánto deseaba pasar ese día con él.

Bajó los pies de la cama y enseguida notó que la calefacción estaba encendida, lo que hacía que el ambiente se sintiera muy agradable. Lo cierto era que la casa de Rory era muy cómoda y ella se había adaptado con inusual rapidez. Tomó una sudadera del armario, se calzó las zapatillas y enfiló hacia la planta inferior. Tenía hambre.

Al llegar al distribuidor junto a la entrada, el murmullo de una cantinela la detuvo a un lado de la escalera. Agudizó el oído y caminó de puntillas hacia la cocina. Antes de ver a Rory, lo escuchó

canturrear. Poniendo cuidado para que no la viera, asomó a medias la cabeza por la puerta. Allí, delante de la encimera, dándole la espalda, el hombre sostenía a su mascota en brazos al tiempo que se movía al son de la conocida canción de la película de dibujos animados de la que el animal había tomado su nombre.

Se quedó unos segundos observándolo. Rory se paseaba de un lado a otro. Tuvo que taparse la boca con ambas manos para que la risa no delatara su presencia.

En brazos de Rory, O'Malley, con una expresión impertérrita, trató de zafarse.

—Eres un desagradecido —oyó decir a Rory, con la cara del gato a apenas unos centímetros de la suya—. ¡Ah! Claro, como ahora tienes una nueva favorita, ¿eh? —Un maullido de O'Malley como respuesta—. Bueno, en realidad no puedo juzgar que prefieras sus arrumacos, yo también los preferiría a los tuyos. Pero espero que sepas que quien te alimenta aún soy yo. No vayas a ir a darle la lata, ¿me oyes? Ni maúlles delante de su puerta. O te convierto en una alfombra. ¡Hey, hey! No me mires así, que era una broma, anda. —Y Rory volvió a canturrear la conocida canción.

Ella dio un paso atrás y se resguardó contra la pared sin retirar ambas manos de su boca. No quería que él supiera que lo estaba espiando, pero lo cierto era que le encantaba verlo de aquella manera, vestido con un viejo pantalón de chándal y una camiseta de manga larga. Se había fijado que tenía el pelo bastante más largo que cuando lo conoció en el Seven Seas of Rhye y que se le ondulaba levemente en la parte posterior del cuello, que la camiseta dejaba al descubierto.

«Admite lo mucho que te gustaría acariciar ese pelo», pensó algo contrariada con su cuerpo por desear volver a sentirlo contra ella. Desde que se enteró que estaba embarazada, Rory no había hecho el intento de acercarse, salvo el insatisfactorio beso que habían compartido la noche anterior, pero era consciente de que continuaba deseándola. Las señales estaban ahí: la seguía con la mirada con hambre en sus ojos cuando pensaba que ella no lo miraba. Advertía también cómo apretaba los puños contra sus muslos, como si quisiera mantenerlos cerca de sí para que no lo

traicionaran. Lo notaba también en la cadencia de su respiración, que se hacía siempre más pesada y audible si ella lo rozaba y que acababa delatándolo. Y saber que tenía ese poder sobre Rory la encendía también, aunque quisiera negarlo.

Colocó su mano sobre el punto en donde el corazón le latía como loco y cerró los ojos para tratar de tranquilizarse. El deseo que sentía por él seguía intacto, como el primer día que lo vio aparecer por el *pub*, pero ninguno de los dos parecía querer romper la fina línea que habían fijado entre ellos.

Pese a todo, le agradaba la familiaridad que habían establecido en tan corto espacio de tiempo; le encantaba llegar a la casa y ver que la moto de Rory ya estaba allí, lo que delataba su presencia. Eso la hacía sonreír por muy cansada que llegara. Le divertía que O'Malley saliera a recibirla con su cola en alto y su maullido de bienvenida. Le encantaba escuchar el trasteo en la cocina y que Rory la saludara con una sonrisa en los labios. Lo que ya no le gustaba tanto era que no lo hacía con un beso…

«¿De dónde ha salido ese deseo, Tara?». Se apoyó en la pared. No lo sabía, pero se daba cuenta de que lo había ansiado cada día de manera casi inconsciente.

Cautelosa, asomó de nuevo la cabeza por la puerta. Rory seguía con el gato en brazos, yendo de un lugar a otro de la cocina a la vez que ponía la mesa para el desayuno.

Tomó aire y dio un paso hacia el interior. Rory advirtió enseguida su presencia, porque se giró al instante. Sus ojos se iluminaron al verla y ella sintió un pellizco en la boca del estómago.

—Buenos días.

—Buenos días, Rory —lo saludó al tiempo que se acercaba a él. Se paró delante y, con mimo, acarició a O'Malley entre las orejas—. Buenos días a ti también.

Le divirtió que el hombre compusiera una mueca y que, bajando sus brazos, animara al animal a que saltara al suelo. Con un bufido contrariado, el gato se retiró de la cocina.

—¿Tienes hambre? —preguntó Rory.

—Mucha —contestó mientras se llevaba una mano a la barriga.

Lo vio seguir su gesto con la mirada y sintió que se sonrojaba sin pretenderlo. Todavía se sentía incómoda con el hecho de compartir aquella inesperada etapa de su vida con alguien a quien apenas conocía. «Tienes que acostumbrarte, bonita», se dijo en silencio a la vez que bajaba el rostro. Rory se había comprometido a estar junto a ella en el embarazo, además de que estaban viviendo juntos. «Y la barriga no vas a poder esconderla».

Todo era demasiado complicado.

Rory debió de percatarse de su incomodidad, porque carraspeó un momento antes de pasarse la mano por la nuca con aire cohibido.

—Eh… Pues hay tostadas y mantequilla… y cereales, si te gustan. No de los azucarados. Aunque si quieres avena, puedo salir a buscártela. Fruta… —Enfiló con paso rápido hacia la nevera, la abrió con un enérgico movimiento y miró en su interior—. Sí, hay varias manzanas. ¡Ah! Y huevos también. Si quieres que te prepare una tortilla. O huevos revueltos…

Le pareció encantador la manera atropellada con la que el hombre se conducía. Bajó el rostro para que no viera la sonrisa que había acabado dibujándose en sus labios y negó con la cabeza.

—Puedo hacerlo yo sola, descuida.

—No me importa preparártelo —insistió él a la vez que señalaba donde estaba la cafetera—. Siéntate mientras si quieres.

Lo miró con ojos entornados.

—No tienes que tratarme como a alguien enfermo o indefenso. O que necesita ayuda.

La expresión del hombre cambió al instante y se hizo más seria.

—Sé que no estás enferma y sé que no necesitas ayuda, pero… —Se pasó la mano por la frente y resopló con fuerza—. Mira, esto es tan raro para mí como lo es para ti. Nunca, desde que salí de casa de mis padres, he vivido con alguien. Jamás, ninguna de mis… amigas, llamémoslas así, han venido a esta casa, así que nunca me he visto en la tesitura de preparar el desayuno para nadie. —Rory pareció darse cuenta de que su último comentario podría ser un tanto ofensivo, porque sus mejillas se encendieron y farfulló algo que ella no entendió—. ¡Mierda! No digo que tú estés en la misma

categoría que ellas, pero… ¡Joder! Esto… Esto es bastante complicado también para mí.

Se sintió culpable al instante.

—No quería menospreciar tu ayuda, de verdad —comentó—. Está bien, si te gusta prepararme el desayuno, no voy a quejarme.

Había algo que no podía echarle en cara a Rory, pensó, y era que no demostrara con sus gestos y con sus expresiones lo que sentía. Era como un libro abierto que ella estaba aprendiendo a leer con bastante facilidad. El hombre le dedicó una sonrisa que le iluminó los ojos y que le provocó que una agradable calidez anidara en el centro de su pecho.

—Entonces, siéntate mientras lo preparo —la animó Rory.

Hizo lo que él le había pedido y tomó asiento en una de las dos sillas que había junto a la pequeña mesa que existía en una esquina de la cocina y, aunque pretendió no echar demasiada cuenta a cómo se desenvolvía Rory, lo cierto era que no podía retirar la mirada. Se notaba de lejos que estaba acostumbrado a moverse por aquellos dominios y lo hacía con soltura. Aprovechó que le daba la espalda para fijarse bien en él, en su altura y en lo bien que le sentaban aquellos pantalones deportivos que habían visto tiempos mejores. Pero no se quejaba en absoluto porque, para su gusto, cumplían a la perfección la función de dibujarle el trasero.

Repentinamente se sintió incómoda con el escrutinio al que lo estaba sometiendo y bajó los ojos. Sabía que era una tontería por su parte; lo había visto con mucha menos ropa que en ese momento y había paseado las palmas de las manos por todos aquellos músculos que se adivinaban bajo la ropa. «Vivimos juntos y vamos a tener un bebé. Deja de hacerte la mojigata, anda».

Estaba segura de que, si ella le daba pie, Rory volvería a tocarla, y también a besarla como lo había hecho la noche anterior. Recordarlo hizo que un súbito calor le subiera por el cuello y que las mejillas se le encendieran.

Rory escogió ese preciso instante para girarse con un plato y una taza en la mano.

—Su desayuno, *milady*.

Ella enarcó una ceja y fingió que sus palabras no la habían divertido.

—¿*Milady*?

—¿Te gusta más «Inglesita»?

Lo consideró unos segundos antes de clavar la mirada en él. Rory se la mantuvo con una sutil sonrisa que le bailaba en los labios y que no hizo nada por mitigar ese hormigueo que notaba en las puntas de los dedos.

—Puede ser —admitió—. Pero quita esa expresión triunfal, que no te estoy dando mi beneplácito para que me llames así cuando quieras.

—Tu beneplácito… ¿Ves? Hablas como toda una *milady* inglesa.

No sintiéndose con la fuerza de voluntad para mantener a raya la carcajada que le bullía en el pecho, se irguió un poco en la silla y señaló los platos que él llevaba en la mano con un gesto de la cabeza.

—¿Eso es mi desayuno?

—¡Ah! Sí, claro. —Dando un largo paso, los puso ante ella.

Fijó la vista en lo que contenía. Tres tostadas, una buena porción de huevos revueltos, alubias estofadas y un par de salchichas. Antes de que se hubiera dado cuenta, Rory también le tendió la mantequilla, los cubiertos y una taza grande de té.

—¿Todo esto es para mí?

—Sí —admitió él aún de pie.

Ella observó el plato y al hombre de manera alternativa.

—Sabes que lo de «comer por dos» no es literal, ¿verdad?

Creyó que él le iba a contestar, pero lo vio boquear como si las palabras que debían de estar rondando por su cabeza no se decidieran a salir.

—Esto… Bueno, come lo que quieras.

—O puedes ayudarme. Si no has desayunado, claro.

—He desayunado, pero te ayudaré si ves que no puedes con todo. No voy a decir que no.

Vio cómo él separaba la otra silla de la mesa y se sentaba a su lado.

—Entonces…

Untó una rebanada de pan con mantequilla y se la tendió. Los ojos de Rory no se desentendieron ni un solo segundo de sus manejos y saber que tenía toda su atención hizo que una cálida corriente le recorriera la espalda. Él acabó aceptando su ofrecimiento.

—Gracias —respondió él, inusualmente serio. Y le dio un mordisco a la tostada sin dejar de mirarla.

Se esforzó en centrarse en el desayuno, pero la presencia del hombre era abrumadora y todo su cuerpo se hacía eco de él. No, no se le presentaba un día fácil, recapacitó.

Escuchó un maullido a sus pies. O'Malley se había sentado junto a ella y, con mirada lastimera, parecía estar pidiéndole algo de lo que tuviera en el plato.

—Déjala, colega —le exigió Rory—. Tú has desayunado ya. Me has levantado de la cama para que te llenara el cuenco. Ahora le toca a ella.

Como si hubiera entendido el reclamo de Rory, el animal giró la cabeza hacia su dueño y le dedicó una mirada que podría significar «te vas a encontrar el arenero vacío, colega». Asumiendo que allí no tenía nada que hacer, O'Malley se retiró con la cola en alto y andares de diva. No pudo evitar que una pequeña risa se le escapara.

—Sabes que te lo va a hacer pagar, ¿no? —dijo ella mientras seguía la salida del gato de la cocina.

—Posiblemente —respondió Rory tras dejar escapar un breve suspiro—. Pero no puedo dejar que haga lo que le dé la gana.

Ella continuó dando buena cuenta de lo que le quedaba en el plato. Los huevos estaban en su punto y la cobertura de las salchichas crujió cuando le dio un mordisco. No recordaba haber disfrutado tanto de un desayuno.

Poco a poco fue acabando con todo. Dejó el té para el final y, cuando lo terminó, puso la taza vacía frente a ella.

—¿Bien? —quiso saber Rory con algo de preocupación en sus ojos claros.

Asintió con fervor.

—Estaba todo muy bueno. Muchas gracias. La verdad es que tenía bastante hambre.

La sonrisa satisfecha que emergió de los labios de él hizo que, al menos durante un segundo, tuviera que contener la respiración porque, si cuando estaba serio Rory era un hombre muy atractivo, en el momento en que sonreía su efecto era devastador en ella.

Acomodándose en su asiento, él cruzó los brazos ante su pecho.

—¿Y qué tienes planeado hacer hoy? ¿Vas a ir a comer a casa de tus padres?

—Creo que no —contestó—. Bueno, a ver, es verdad que les dije que iba a ir, pero voy a mandarles un mensaje para decirles que no me esperen. Ellos no son muy dados a celebrar este día y si le digo a mi madre que le estoy ahorrando trabajo en la cocina, seguro que hasta me lo agradece. ¿Y tú? —quiso saber—. ¿Tienes planes para hoy?

Vio a Rory torcer un poco el gesto, pensativo.

—No, no. Nada de planes. Iba a quedarme en casa. Así, tranquilo, sin mucho que hacer más que ver alguna serie en Netflix. «De chill», como dicen los chicos ahora.

El plan le pareció de lo más apetecible.

—¡Ah! Creo que es una buena idea. Espero que no te importe que me una.

—En absoluto. Prepararé algo rápido de comer y podemos hacer un maratón de alguna serie que te apetezca. ¿Qué te parece?

Ella asintió.

—Muy bien. —Sin más, dejó a un lado la servilleta y se levantó —. Voy a darme una ducha. ¿Te importa?

Sabía que no tenía mucho sentido hacer esa pregunta. A fin de cuentas, aquella se había convertido también en su casa.

—No, no, claro que no —se apresuró él a contestar—. Yo voy a recoger esto.

—Te ayudo antes.

—Déjame a mí —insistió—. Ve tranquila, no te preocupes.

—Está bien.

Dedicándole una tímida sonrisilla, se despidió de él y enfiló hacia la escalera, dispuesta a disfrutar de esa ducha.

Rory no pudo dejar de seguir a Tara con la mirada mientras ella subía al piso superior. Jamás había pensado que un desayuno podría ser una tortura.

Acababa de descubrir que lo era.

Impaciente y con maneras apresuradas rebuscó en los bolsillos de su pantalón.

—¿Dónde demonios he dejado el teléfono móvil, maldita sea? —masculló. Debía darse prisa.

Corrió hacia el salón.

—Joder, ¿Dónde…? —Miró a su alrededor hasta que divisó el aparato olvidado sobre el sofá.

Se abalanzó sobre él, se dejó caer en uno de los cojines y, sin perder tiempo, pulsó en la pantalla el contacto de Kevin.

—¿Por qué me llamas a esta hora? Es muy temprano, Rory — respondió su primo con la voz pastosa producida por el sueño.

Alejó el teléfono de su oreja; ni se había fijado en la hora que era. Las nueve y media de la mañana. Del día 1 de enero.

—Ehhhh… —dudó unos instantes—. Quería decirte que no me vayas a esperar para comer.

Oyó resoplar a su primo al otro lado de la línea.

—Te lo has pasado en grande y no quieres que la noche acabe, ¿no es así? Seguro que aún estás en casa de la chica en cuestión — señaló Kevin con poca energía.

Miró en dirección hacia la puerta y la escalera que partía hacia el piso superior, donde Tara se estaba duchando.

—Eh… Puedes que lleve razón —dijo justo antes de apretar los labios. ¿Cómo le podía decir a su primo que estaba por completo equivocado? ¿Que no había pasado la noche con ninguna mujer y que, desde hacía un montón de meses, no había estado con ninguna otra que no fuera Tara? ¿Y que desde que se habían enterado del embarazo ni tan siquiera eso?—. Lo siento, Kev.

Al otro lado de la línea, Kevin dejó escapar un resoplido.

—No mientas, Rory, que se te da fatal y nos conocemos. Pásalo bien, ¿de acuerdo? Ah, y feliz Año Nuevo.

—Gracias, Kev. Feliz Año Nuevo para ti también.

La línea se cortó y él, tras colgar, dejó el móvil sobre el sofá, a su lado. Había vuelto a mentirle a Kevin y eso era algo que no le gustaba. Tenía que hablar con él cuanto antes, ya lo estaba retrasando demasiado.

Se levantó del sofá y regresó a la cocina. Lo cierto era que la perspectiva de estar todo el día con Tara le encantaba. Nunca habían pasado tanto tiempo juntos y sentarse en el sofá y simplemente charlar o ver la televisión se le antojaba como el plan más apetecible del mundo.

Parado en medio de la cocina, se pasó una mano por el rostro.

«Joder, Rory, ¡quién te ha visto y quién te ve!».

En otros momentos de su vida habría pasado el día con una chica, sí, pero metido en su cama y sin salir de ella más que para lo imprescindible. En cambio, con Tara… No se engañaba: también le gustaría pasarlo de esa misma manera, sobre todo, porque añoraba tocarla y el beso que compartieron la noche anterior lo había dejado más hambriento aún de sus labios y de su cuerpo, pero no pensaba ser él quien la empujara a volver a tener sexo si ella no lo deseaba… aunque por dentro se estuviera muriendo de ganas de que ese momento no tardarse en llegar.

Recogió la cocina lo más rápido que pudo y fue hasta el salón. La lluvia resbalaba silenciosa por los cristales de la ventana. Al menos, pensó, no había viento. Pero poco le importaba porque no pensaba salir hasta el día siguiente, cuando tuviera que volver al trabajo.

O'Malley eligió ese instante para subir al sofá, enroscarse junto a su pierna y lanzar un maullido distraído.

—Ahora sí que te gustan mis mimos, ¿eh? —dijo a la vez que le pasaba la mano por el lomo con suavidad. El gato se quejó y se retiró un poco de su lado—. Eres un traidor. Te gusta más que te acaricie ella, ¿a que sí? —Un nuevo maullido como respuesta. Y él sonrió—. No te puedo echar la culpa. Yo también lo preferiría.

Escuchó pasos en las escaleras y, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, su corazón emprendió un nuevo ritmo, bastante más rápido, consciente de la llegada de Tara. Sintió que todo su cuerpo se tensaba y que las yemas de los dedos le hormigueaban. Era así

cada vez que ella entraba en su radar; su cuerpo respondía de esa manera automática a su cercanía.

En cuanto Tara asomó por el marco de la puerta se quedó sin respiración. Vestía un pantalón de chándal y una holgada sudadera con capucha que le estaba dos tallas más grandes. Había recogido su melena en un desenfadado moño alto y las mejillas aún lucían sonrosadas, seguramente a causa del agua caliente. Como fuera, estaba preciosa.

—Ya estoy aquí —dijo a la vez que se sentaba a su lado en el sofá, en una esquina, demasiado lejos de él para su gusto. La vio subir las piernas al cojín y abrazarse las rodillas. O'Malley pasó por encima de su regazo y cambió su lugar para acurrucarse junto a Tara, que le acarició la cabecita.

—¿No me habías dicho que tu gato era algo arisco? De verdad no lo parece. ¿O acaso no es el mismo gato y el otro está escondido por ahí? —bromeó ella.

—Ya ves. Creo que tiene cierta tendencia a hacerme pasar por mentiroso.

Vio cómo Tara se afanaba en prodigarle mimos y carantoñas a su mascota y cómo el gato entornaba los ojos y se dejaba acariciar hasta que decidió que tenía bastante y, saltando del sofá, dejó a Tara sonriente mientras lo seguía con la mirada. Le dio las gracias en silencio a O'Malley por hacerla sonreír.

La chica se reclinó en el respaldo y suspiró.

—¿Estás cansada?

—Estos días parece que estoy siempre cansada.

—Es parte del proceso, me temo. Lamento no poder hacer nada para que te sientas mejor. Lo digo completamente en serio —comentó con un tono de voz más bajo del que acostumbraba a usar.

—Que me prepares el desayuno es una ayuda.

Se fijó en ella. Aún no apreciaba cambios visibles, ni en su rostro ni en su figura. Tara estaba tan preciosa como siempre. «No —rectificó al instante—, lo está aún más» y era cierto. Tenía una luz especial, aunque las sombras bajo sus ojos evidenciaran su cansancio.

—Es lo menos que puedo hacer por ti.

La vio apretar los labios y, después de unos segundos, la chica asintió. Todavía se sentía culpable. Si él hubiera mantenido la cabeza fría –además de otras partes de su anatomía–, nada de aquello habría ocurrido; Tara no se habría quedado embarazada y el futuro de los dos habría permanecido tal y como lo habían planeado antes de que uno apareciera en la vida del otro.

La necesidad de tocarla, de sentirla cerca lo asaltó, pero cuando se dio cuenta de que su mano casi había tomado la iniciativa sin consultarle para acercarse a la de ella, se obligó a detenerse. A cambio, le ofreció una pobre sonrisa.

—Todo va a ir bien —dijo, aunque no sabía si esa aseveración era para Tara o para sí mismo.

A pesar de que ella trató de sonreírle, el intento se quedó en un mero simulacro. Supuso que a ella le estaba costando trabajo creerle.

Un pesado silencio, que los distanciaba, se abrió paso entre ellos. Se miró las manos para tratar de alejar la vista de ella, que era a quien se dirigía una y otra vez. El ruido de la lluvia fue todo lo que se pudo escuchar durante unos minutos hasta que Tara se removió en el sofá.

—¿Puedo poner música?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Qué? Claro, por supuesto —contestó cuando se dio cuenta de que ella había señalado con un gesto de la cabeza hacia el rincón en donde estaba su equipo de música, uno que tenía tantos años que no sabía si iba a funcionar o no.

—¿Tiene reproductor de discos? —quiso saber Tara al tiempo que se ponía de pie.

—Sí. Es antiguo, pero, en su momento, compré uno de los mejores que existían en el mercado.

—Ahora vuelvo.

Tara salió de la habitación con prisas. Escuchó sus pasos rápidos subir por las escaleras y, como si fuera él el que estaba corriendo, se llevó la mano al pecho. Debajo de la palma el corazón le latía desbocado.

«Cálmate o te va a dar un chungo», se dijo. No tenía sentido sentirse así de nervioso con Tara. No era la primera vez que estaban a solas en su casa y, si todo se daba como venía la mano, lo estarían en muchas ocasiones más. «No te comportes como un adolescente, Rory. No te pega en absoluto».

De nuevo, escuchó las pisadas al bajar los escalones y, unos segundos después, Tara apareció por la puerta con un montón de cajetillas de discos compactos entre las manos. Sin dirigirle la mirada, ella fue hasta el equipo de música, se agachó para estudiar el aparato y, cuando se convenció de que sabía lo que tenía delante, pulsó un par de botones y la bandeja del reproductor se abrió con un leve siseo. Con maneras elegantes, Tara abrió una de las carpetillas, sacó el disco y lo colocó en su lugar. Apenas unos segundos después, los primeros acordes de una canción que desconocía salieron por los altavoces.

La vio ponerse en pie y sonreír. Estaba preciosa cuando lo hacía; se le iluminaban los ojos y las mejillas se le encendían. «Así es como debería estar siempre», pensó embobado, sin poder retirar los ojos de ella.

Cuando Tara se giró hacia él se percató de que la había estado observando con demasiado descaro. Carraspeó y se frotó la nuca, fingiendo estar distraído.

—¿Eso que suena es Queen?

—Sí.

El sonido de una guitarra llenó cada resquicio del salón. Por debajo de este, los toques de un bajo lo complementaban a la perfección. No podía decir que sonaran mal, en absoluto, pero era una opinión que iba a guardarse para sí mismo.

Se echó hacia atrás en el sofá, cruzó los brazos ante su pecho y ladeó la cabeza sin dejar de mirar a la chica.

—¿Por qué te gustan tanto?

Tuvo muy claro que ella no esperaba su pregunta, porque la vio parpadear varias veces antes de torcer un poco el gesto, pensativa.

—Déjame responderte con una pregunta. ¿Por qué te gusta tanto tu moto?

«Tocado».

No se había esperado aquella respuesta. Se lo pensó un segundo antes de contestar.

—Hmmm, ¿porque me hace feliz?

Como si esa hubiera sido, precisamente, la respuesta que ella había estado esperando, Tara asintió con seguridad.

—Pues su música me hace feliz a mí.

«Hundido».

Ella regresó a su lugar en el sofá, subió de nuevo las piernas y se las agarró hasta pegarlas al pecho.

Se mantuvieron un rato sin decirse nada, tan solo escuchando la música que salía de los altavoces. No quería mirar a Tara con descaro, pero tampoco podía evitar que sus ojos se dirigieran hacia ella. Tarareaba cada canción que sonaba y fue así hasta que escuchó el último acorde.

Con rapidez, Tara fue hasta el equipo de música.

—¿Te importa que ponga otro? —preguntó antes de cambiar el disco.

—Tara, no tienes que estar pidiéndome permiso cada vez que vas a hacer algo. Es tu casa ahora. Me pagas un alquiler.

La expresión socarrona de ella le llegó a los ojos.

—Uy, sí, el alquiler que me va a dejar en la ruina —contestó divertida—. Pero dime, ¿te gusta o no?

Él resbaló en el sofá, a la búsqueda de una postura más cómoda, y se encogió de hombros.

—No está mal.

Los ojos de Tara se abrieron como platos.

—¿Que no está mal? ¡¿Que no está mal?! —exclamó al tiempo que daba un par de pasos en su dirección y se cernía sobre él gracias a los centímetros que le otorgaba el hecho de que estuviera de pie. Los ojos le chispeaban —. ¿Es en serio?

Le encantaba ver el entusiasmo que desprendía con cada gesto y con cada palabra. Sabía que Tara era una mujer apasionada por naturaleza y verla una vez más hizo que maldijera por lo bajo su propuesta de no tocarla hasta que ella accediera.

—Bueno… No todo el mundo tiene el mismo gusto musical — replicó con un poco de autosuficiencia.

—Dirás mejor que no todo el mundo tiene «gusto», a secas —se quejó Tara antes de regresar delante del equipo de música. La vio dejar escapar una exhalación y cambió el disco que había acabado por otro. La música, de nuevo, lo llenó todo.

Tara permaneció un rato de pie y solo podía ver su espalda. Por unos instantes temió haberla ofendido. Entonces, ella regresó al sofá y se dejó caer en él. Apenas había comenzado a sonar el estribillo de la primera canción cuando lo miró.

—Estaba pensando…

Las palabras lo sacaron de aquel incómodo mutismo en el que ambos se habían sumergido. Giró la cabeza hacia ella.

—¿Sí?

Con un gesto serio, la chica compuso un distraído mohín.

—Creo que voy a dejar de pinchar en el Seven Seas of Rhye —anunció.

La noticia lo pilló de improviso. Se incorporó para apoyar los codos en las rodillas y mirarla.

—¿Estás segura?

—Sí. No es un ambiente demasiado sano para una embarazada, ¿no crees? Trasnochar, el tiempo de pie… Ya bastante lo estoy en la librería. Además de que, cuando llego a esa hora, ya estoy cansada.

Volvió a sentirse culpable por hacer que tuviera que renunciar a algo que era importante para ella.

—Si tú lo crees conveniente… Tal vez algún día puedas volver a pinchar allí.

Después de decirlo se dio cuenta de que, cuanto más tiempo pasara, cuánto más avanzara su embarazo y cuando naciera el bebé, le iba a ser muy difícil retomar su antigua vida. Bajó la vista hacia el suelo y apretó la mandíbula, enfadado consigo mismo.

—Bueno, ya veremos. Quién sabe —replicó ella, y la desgana que adivinó en su respuesta le hizo entender que no deseaba continuar con la conversación.

El álbum que habían estado escuchando acabó en ese preciso instante y él se levantó.

—¿Puedo poner yo algo de música?

Vio a Tara arrellanarse en el sofá. Al tumbarse, la incipiente tripita se le adivinó debajo de la sudadera y sintió un pellizco en el estómago. Tuvo que girarse para no sucumbir a las ganas de ir hasta donde la chica estaba, arrodillarse delante de ella y acariciarla.

—Claro —la oyó decir a su espalda.

Respiró hondo y fue hasta el equipo de música. Sacó el CD del reproductor, lo guardó en su carpetilla y tomó uno de sus vinilos. Un momento después, *Sunday, bloody Sunday* sonaba por los altavoces.

—Así que U2. —Tara lo miró con una suerte de mueca divertida que le bailaba en los labios.

—Sí —contestó antes de regresar a su asiento en el sofá.

Supo que ella conocía la canción porque empezó a tararearla.

—¿Alguna vez has visto su actuación en el Live Aid? —preguntó ella, sorprendiéndolo cuando el disco ya estaba a punto de acabar.

—¿El megaconcierto del año 85 en Wembley? ¿Ese que organizó Bob Geldof? Varias veces.

—¿Y la actuación de Queen?

—No creo, o lo recordaría —admitió, no demasiado contento con su respuesta.

—¿Te importaría que la viéramos juntos?

La propuesta lo pilló por sorpresa. Negó con la cabeza.

—No, claro que no me importaría.

Ella tomó su móvil y tecleó rápidamente. Se dio cuenta de que había encontrado lo que buscaba porque la vio sonreírle a la pantalla.

—¿Podría enviarlo a la tele?

Se apresuró a tomar el mando a distancia del aparato y encenderlo.

—Listo.

Unos instantes después, el escenario del mega evento aparecía en su televisión.

—Luego podemos ver la de U2 —propuso la chica.

Al final, acabaron engarzando unas actuaciones con otras. Cuando se dio cuenta, habían pasado dos horas delante de la televisión.

—Dime, ¿qué te apetece comer? —preguntó él mientras se ponía en pie.

Tara pareció pensarlo unos instantes.

—No lo sé. Cualquier cosa me vale.

—No, nada de cualquier cosa —fingió rebelarse—. Además, soy un buen chef. No suelo cocinar demasiado porque siempre como en el *pub* que está cerca del trabajo, pero cuando tengo ocasión no me cuesta demasiado ponerme en la cocina. Podemos echarle un vistazo a qué tengo en la despensa, si quieres.

La mirada de la chica le dejó muy claro que la idea que se había sacado de la manga le parecía bien.

«Lo que sea para pasar un minuto más con ella», pensó ofreciéndole una silenciosa sonrisa.

Se puso en pie de un salto y le tendió una mano.

—Venga, vamos a preparar algo para la comida.

Rory pensó que jamás había disfrutado tanto en la cocina… sin que mediara nada de sexo, por supuesto.

Habían acabado preparando un puré de patatas casero y un par de hamburguesas que tenía en el congelador. Tara sacó de la nevera unas zanahorias que hizo al vapor junto con una lata de guisantes y condimentó todo con mantequilla, sal y pimienta tras pasarlas por una sartén. Nada muy elaborado, pero que les permitió disfrutar de la mutua compañía.

Cuando acabaron de comer, regresaron al salón, se acomodaron en el sofá y la dejó elegir una película. Tara se decidió por una serie corta, británica para su pesar.

—Estoy seguro de que lo has hecho a propósito —se quejó con los labios apretados y los brazos cruzados ante el pecho—. Es como si estuviera escuchando todo el rato a mi primo. Incluso se parece a él.

No se esperó la carcajada de Tara y, aunque no deseaba reírse, acabó haciéndolo.

—Mira que eres tonto —dijo cuando pudo volver a hablar—. Pero ¿no te está gustando la serie? Está muy interesante.

Chascó la lengua. Le fastidiaba darle la razón. En realidad, sí que le parecía interesante y entretenida, pero le molestaba aquel acento tan «shakespiriano» de los dos protagonistas.

—No me creo que aún no hayan pillado al prota —señaló con algo de inquina.

—Ahí está la gracia —le respondió Tara—. Que están jugando con el espectador.

—No me gusta que jueguen conmigo —se quejó.

Ella se removió debajo de la manta que le cubría las piernas.

—Si quieres, la quito y vemos otra cosa.

—No, no. Está bien. Quiero saber cómo va a acabar el tal Jonathan, aunque tiene todos los números para que sea con los pies por delante.

Ahí estaba esa bonita sonrisa que afloraba por los labios de Tara cuando menos se lo esperaba. La única neurona funcional que le quedaba hizo un doble salto mortal hacia atrás con pirueta.

—¿Sabes qué? Esto merecería verlo con un buen cuenco de palomitas. No tendrás por ahí, ¿verdad?

—No, lo siento mucho —se disculpó con sinceridad—. No sé cuántos años hace que no como palomitas. Por no hablar de comprarlas para tenerlas en casa.

—Una lástima. En fin, sigamos.

Después de dos horas y de haber visto casi tres capítulos, Tara se quedó dormida con la cabeza apoyada en un cojín, al otro lado del sofá, demasiado lejos. Pensó que le habría gustado que se recostara sobre él, en su pierna o en su hombro; poder tenerla lo más cerca posible y así sentir su calor. Jamás había compartido un sofá, al menos no de una manera que no incluyera alguna actividad agotadora y sudorosa, pero que estuviera allí, confiada y expuesta, se le antojaba tanto o más íntimo que si hubiera estado encajado entre sus piernas.

Tenerla allí tocaba algo en su interior, algo primitivo, posesivo incluso, que despertaba en él el deseo de ayudarla en todo lo que pudiera, aunque fuera en algo tan tonto y tan nimio como ser su almohada.

Se desentendió de lo que ocurría en la pantalla y centró su atención solo en ella, en cómo descansaba, en la manera en que expulsaba sutilmente el aire entre sus labios; en la forma en que pegaba las piernas a su cuerpo. Notó una cálida sensación en el pecho al mirarla, una que jamás había sentido por nadie. No solo la quería en su cama –siempre y a todas horas–, sino que, además, cada vez que la tenía cerca, sentía la necesidad de cuidar de ella, de que no le pasara nada, de protegerla. Era de locos, lo sabía, pero Tara había dinamitado todas las creencias y razones por las que jamás había querido tener una relación larga con una mujer.

Con un temeroso gesto, estiró un brazo hacia ella. Le fallaba la respiración y las yemas de los dedos le picaban por tocarla, por sentir de nuevo esa suave piel que sabía que poseía, pero se contuvo antes de llegar a rozarla. No estaba bien; no quería aprovecharse de su sueño y de su cansancio, aunque se muriera por tocarla. Cuando volviera a hacerlo sería porque ella lo quisiera tanto como lo deseaba él. Mientras, guardaría esas ganas en el cajón de su autocontrol.

Regresó la mirada a la pantalla. Los títulos de créditos del final del capítulo se agotaron, pero no hizo ningún movimiento por apagar la televisión porque Tara se había quedado dormida con el mando pegado a su pecho y no pensaba molestarla, así que apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá, dejó escapar una bocanada de aire y cerró los ojos.

Apenas unos minutos después un movimiento de Tara hizo que se incorporara sutilmente. Los bonitos ojos de la chica lo miraban empañados por el sueño.

—Me he quedado dormida.

—Eso parece, sí —contestó.

Ella se refregó los párpados y desvió la vista hacia la televisión. Había empezado a reproducirse una película cualquiera a la que no le había prestado ni un solo segundo de atención. No podía apartar la mirada de ella; jamás en sus treinta y cuatro años había pensado que sentiría mariposas en el estómago al estar junto a una mujer; sin embargo, con Tara estaba aprendiendo que esa sensación era muy real.

—¿Ha terminado la serie? —preguntó ella aún medio adormilada.

—Hace rato.

—No me he dado cuenta —se lamentó.

—Sí —admitió él y en su interior deseó que hubiese continuado así un rato más.

Tara puso los pies en el suelo y se desperezó antes de girar la cabeza hacia él y dedicarle una sonrisa que le hizo pensar que algo bueno debía de haber hecho en la vida para haber acabado delante de las puertas del Paraíso.

—Y no he visto cómo acababa… Bien, espero.

—¿Quieres que te lo cuente? —respondió acompañando su respuesta de una sonrisa algo pícara.

—No, no. Ya lo veré yo otro día.

Para su desgracia, ella se levantó.

—Voy a mi cuarto. Tengo algunas cosas que hacer.

Pensó que se iba a marchar al instante, pero ella pareció dudar. O, tal vez, no había duda alguna y era solo imaginaciones suyas. Al fin, ella se encaminó hacia el vestíbulo, pero antes de salir del salón, se giró de nuevo hacia él.

—Rory.

—¿Sí? —contestó tan rápido como pudo.

—¿Querrías venir conmigo el día que haga mi última sesión en el *pub*? Si no quieres, no pasa nada, por supuesto.

Su petición le dio un pellizco al corazón por lo que significaba: quería que estuviera a su lado.

—Por supuesto que sí, Inglesita. Cuenta conmigo.

Prefirió tirar de ironía porque la otra opción, la de abrazarla con fuerza y besarla hasta que no recordara dónde tenía que ir, estaba seguro de que infringía todos sus acuerdos.

Tara le ofreció una tímida sonrisa.

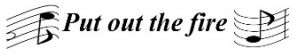
—Gracias. Ahora… Voy a mi cuarto un rato. Hasta luego.

—Hasta luego.

En cuanto ella salió se llevó la mano al pecho. Debajo de ella, su corazón martilleó.

—Acostúmbrate a esto —murmuró.

27



Después del día de Año Nuevo, para Rory, pasar el tiempo que tenía libre junto a Tara se había convertido en algo que anhelaba. Compartían los desayunos, aunque ella entraba bastante más tarde en la librería. Él había cambiado su rutina de hacerlo en el *pub* que estaba cerca de la empresa, pero valía la pena porque le permitía estar con ella. Ver la televisión juntos también se había convertido en una costumbre que ansiaba cada día. Por las tardes, se acomodaban en el sofá y veían alguna serie. Y cada vez, era una tortura para él digna del peor de los villanos; tenerla tan cerca y no poder tocarla ni besarla lo estaba consumiendo poco a poco.

Aunque su intención había sido hablar con su primo lo antes posible, esa conversación no acababa de producirse. ¿El motivo? No sabía cómo decírselo. En su mente construía posibles diálogos entre ellos en donde se lo contaba. No obstante, cuando se plantaba delante de su oficina con la firme intención de soltárselo todo, acababa echándose atrás aterrado. Quería mucho a Kevin, que más que un primo era ese hermano que nunca tuvo, sin embargo, le aterraba la respuesta que este pudiera darle y lo aterraba aún más que se sintiera decepcionado de él.

Enero ya estaba bastante avanzado cuando decidió que no podía esperar más. El embarazo de Tara progresaba y él no quería pasar más tiempo escondiéndose de su familia, temiendo que lo descubrieran; ni tampoco quería que Tara rehuyera a la suya. Tenía que tomar las riendas y decirle a su primo al fin que iba a ser padre.

Había pasado toda la noche con un nudo en el estómago, anticipando así el momento. Además, saber que tenía a Tara a tan poca distancia de su habitación, ajena por completo al efecto que causaba en él, no lo ayudaba en absoluto.

Esa mañana entró decidido en la empresa y subió hacia donde se encontraba el despacho de Kevin. Moira ya estaba allí, sentada tras el ordenador con su habitual aire de eficiencia.

—Buenos días, Moira.

La mujer le dirigió una sonrisa.

—Buenos días, Rory.

—¿Está mi primo en su despacho? —preguntó incapaz de esconder su estado de nervios.

—No, aún no ha llegado, pero me ha llamado. Ha quedado con Patrick a primera hora y creo que han ido a desayunar juntos —le informó—. ¿Quieres que lo llame?

Se retiró de la mesa como si esta quemara.

—¿Qué? ¡No, no! No lo molestes. Ya… Ya vendré a verlo cuando llegue, no pasa nada. Puedo esperar, sí, por supuesto que sí.

Moira lo miró, extrañada de su incontinencia verbal, algo que logró que las mejillas se le encendieran.

«Tranquilo, muchacho, o te va a dar un infarto antes de que puedas decirle nada», se dijo tratando de sosegar sus nervios.

Enfiló hacia el piso inferior como si los mismísimos perros del infierno le estuvieran mordiendo el culo. En cuanto llegó a su zona de trabajo y vio todos los papeles que tenía sobre la mesa se pasó la mano por el pelo y dejó escapar un bufido. No estaba para concentrarse en nada; demasiado ya hacía con seguir respirando. Si no sacaba pronto de su cabeza la noticia, iba a acabar padeciendo una apoplejía.

Por fortuna, no tuvo mucho tiempo de rumiar su problema porque, después del fin de semana, el trabajo se había acumulado; tenían el doble de camiones que recibir y también una cantidad poco usual de mercancía que despachar para que los repartidores de zona realizaran su trabajo.

No se dio cuenta de que había llegado la hora de comer hasta que Brandon, uno de los muchachos que trabajaba en la carga y descarga, se acercó a él.

—Me ha dicho Moira que Kevin regresó hace ya un buen rato y que quiere verte en cuanto estés disponible.

La noticia hizo que algo en su interior saltara como si de un muelle se hubiese tratado. Todos y cada una de sus terminaciones nerviosas se pusieron en alerta.

—Eh… Muchas gracias, Bran. Ahora mismo voy.

Sin más, el chico se despidió con un gesto del brazo y lo dejó a solas. Se quedó plantado en medio de la nave; los trabajadores pasaban a su lado, ignorándolo, como si tuviera una capa de invisibilidad a su alrededor que lo estuviera ocultando. Se alegró de ello porque no estaba de humor para charlas intrascendentes, ni tampoco de ningún otro tipo.

Apretando la mandíbula, se puso en camino hacia el despacho de Kevin. Subió las escaleras con el mismo paso cansino que debía de tener un condenado al cadalso. «He dejado embarazada a la futura cuñada de mi primo. Lo menos que me merezco es que me ponga de patitas en la calle», se dijo con la mirada fija en los escalones.

Cuando llegó ante el escritorio de Moira se detuvo.

—Mi primo…

—Pasa —le dijo al tiempo que hacía un movimiento de cabeza hacia la puerta del despacho—. Te está esperando.

Enderezó los hombros y asintió.

—Está bien. De acuerdo.

«Ahí vamos». Respiró hondo, por si era la última vez que lo hacía.

Tocó a la puerta y, sin aguardar a que le diera permiso para entrar, asomó la nariz por el hueco.

—¿Kev?

Su primo estaba de pie detrás de su mesa mientras hablaba por teléfono. Al notar su presencia, le hizo un claro movimiento con el brazo para que pasara. Se retiró el aparato de la oreja un segundo.

—Siéntate, Rory. Acabo enseguida —le dijo en voz baja.

Con cautela, como si la superficie del sillón estuviera tapizada con ascuas ardientes, hizo lo que Kevin le había pedido. Unos momentos después, este finalizó su llamada, dejó el móvil a un lado y, apoyando las manos sobre la mesa, se inclinó hacia él. La saliva se le quedó atorada en la garganta.

—Patrick ha dicho que contemos con él.

Parpadeó un par de veces.

—¿Qué Patrick? —preguntó indeciso.

—¿Cómo que qué Patrick? —cuestionó su primo a su vez con la misma expresión de quien no entiende nada—. Te dije que le iba a plantear que fuera el gerente de la delegación de Kilkenny, ya que tú te has negado a hacerte cargo de ella.

Se apretó una mano con la otra. Le sudaban.

—He… tengo mis razones para negarme a ello.

La mirada adusta de Kevin se clavó en él.

—Sigo sin comprender que no quieras comprometerte con la empresa cuando te necesito, Rory.

Bajó la mirada al suelo. Odiaba aquello; su irresponsabilidad no solo había llevado a Tara a tener un embarazo que no había deseado, sino que, además, estaba dejando a su primo en la estacada. «No podría hacerlo peor ni intentándolo, joder», se lamentó.

—Ya —masculló al tiempo que trataba de evitarle la mirada.

—Pero dejemos esto ahora. —Kevin se dejó caer en su asiento, visiblemente satisfecho—. Nuestros inversores están muy involucrados y quieren que comencemos ya con la búsqueda de naves en la zona industrial de Kilkenny. ¡Ah! Y creo que lo mejor será que busquemos un apartamento allí. Patrick no puede vivir en un hotel. Y si alguno de nosotros tiene que ir, es mejor hacerlo en…

La charla de Kevin le estaba dando dolor de cabeza. Se pasó una mano por la sien y cerró los ojos.

—Kev…

—Pero sí te advierto que deberás ir alguna que otra vez, sobre todo, cuando se esté iniciando la dotación de la infraestructura. Es…

—Kev…

—… importante que alguno de los dos esté allí, supervisando y…

—Kev —repitió con algo más de énfasis—. Voy a ser padre.

Su contundente –e inesperada para Kevin– frase tuvo el efecto que pretendía: hacer que su primo se callara.

Los claros ojos del hombre con el que había crecido se entornaron para mirarlo fijamente.

—¿Qué es lo que has dicho?

«Ya no puedes echarte atrás».

Tomó aire y levantó la barbilla.

—Que voy a ser padre.

Kevin echó todo el peso de su cuerpo hacia atrás hasta que rebotó contra el respaldo.

—No lo dices en serio.

—Lo digo totalmente en serio —sentenció con un movimiento afirmativo de cabeza—. No bromearía con algo así nunca.

Kevin levantó el rostro hacia el techo y exhaló con fuerza antes de volver a mirarlo.

—¿Quién es? ¿La conozco?

«Ahora es cuando me mata de verdad».

Asintió, temeroso.

—Sí.

—¿Sí?

—Es Tara.

—¿Qué Tara? —preguntó Kevin hasta que, un segundo después cayó en la cuenta—. No, no puede ser… ¡¿Tara?! ¡¿La hermana de Meghan?! ¡¿Esa Tara?!

—Esa Tara, sí.

Su primo se incorporó tan rápido de su asiento que la silla rodó hacia atrás hasta chocar con la librería que tenía a un par de metros. Se acercó con pasos largos y enérgicos, pero tan rápido como había llegado se alejó de él.

—¡Por Dios santo, Rory!

—Ya, no hace falta que me leas la lección.

—¡¿La lección?! ¿Acaso no ganas lo suficiente para condones o qué? —gritó—. ¡Por Dios, Rory! ¡Es la hermana de mi novia! ¿No podías dejar la polla metida en los pantalones por esta vez?

Se levantó despacio y enfrentó a su primo.

—Mira, Kev, ninguno de los dos pretendíamos que esto sucediera, pero ha sucedido y no voy a dejar que se enfrente sola a todo. Ya te puedes poner hecho un basilisco, me da igual.

Creyó que Kevin le iba a replicar, sin embargo, lo vio apretar la mandíbula y asentir levemente antes de regresar a su sillón y sentarse. Él hizo lo mismo. Con un aspecto bastante más cansado del que mostraba cuando entró, Kevin se pasó la mano por el rostro.

—¿Desde cuándo…? ¿Desde cuándo os estáis viendo? O lo que sea.

—Es un poco complicado. Digamos que desde la fiesta de cumpleaños de Keane.

—Meg no sabe nada de esto, ¿verdad?

—Y así debe seguir hasta que Tara hable con su familia —confirmó con rotundidad—. No quiero que se entere por ti. ¿Me harías este favor?

Aguardó unos segundos hasta que Kevin asintió.

—Claro. Y ¿cuándo…?

—¿Nacerá el bebé? —acabó la frase en su lugar.

—Sí.

—En julio. Nacerá en julio. A primeros de mes.

De nuevo, Kevin se pasó la mano por el rostro con una expresión de desconcierto. No podía juzgarlo.

—No puedo creerlo. —Entonces, clavó de nuevo la mirada en él —. Un momento: Tara se ha mudado. Me lo dijo Meghan. ¿Está…?

—¿Viviendo conmigo? Sí —acertó a afirmar—. Ella estaba buscando un lugar al que mudarse y entonces se enteró de que estaba embarazada y, bueno, le ofrecí que se mudara conmigo hasta que decida qué quiere hacer en el futuro.

Kevin volvió a levantarse. Miró el reloj y dejó escapar un bufido.

—Necesito una cerveza.

—Son las once de la mañana —agregó él, imitándolo.

—Me da igual. Vamos, yo invito.

Rory caminó detrás de Kevin al entrar en el bar porque el ritmo que había marcado su primo no le había permitido pillarlo.

Incluso antes de conseguir asiento, Kev le hizo una señal al camarero que estaba detrás de la barra para que les sirviera dos pintas en la mesa que estaba al fondo del local. En cuanto el joven

llegó con ellas, Kevin la tomó y apuró hasta la última gota de un solo trago. Jamás había visto a su primo hacer algo parecido.

Se sintió culpable.

Los claros ojos de Kevin recalaron en él.

—Vas a ser padre. De un bebé que tendrás con mi futura cuñada —dijo al fin después de haberse mantenido en silencio desde que salieron de la oficina.

Tardó en asentir, pero lo hizo sin retirarle la mirada.

—Eso es.

Cuando creyó que su primo se había quedado sin palabras, este se inclinó hacia adelante.

—¡Me cago en todo, Rory! ¡Joder! ¿En qué estabas pensando?

—Me… Me pilló desprevenido —fue lo único que acertó a contestar.

—¡Desprevenido mis pelotas! —bramó, algo que hizo que las únicas personas que estaban a esa hora en el *pub* giraran sus cabezas hacia ellos, extrañados con la reacción—. No eres un adolescente que no sabe controlarse.

—¿Te crees que no lo sé? Me lo he dicho en más de una ocasión desde que sé lo del embarazo, pero ya no hay vuelta atrás. Ha ocurrido y voy a hacerme responsable.

—Más te vale.

Se apoyó en el borde de la mesa y le dio un trago a su cerveza, que aún no había tocado. Hasta que el líquido no tocó su garganta no se percató de cuánto lo necesitaba. Fijó la vista en el vaso y lo hizo oscilar entre sus dedos.

—Mira, entiendo tu enfado, de verdad que sí. La he cagado a base de bien, pero ya de nada sirve. Tara ha decidido quedarse con el bebé y yo pienso apoyarla en todo lo que necesite.

—No es solo apoyo, Rory. El problema no se va a acabar cuando nazca. ¿Qué vais a hacer? ¿Lo has pensado?

¿Lo había pensado?, repitió en su cabeza y no encontró otra respuesta más que sí. Se había quedado muchas noches casi en vela, rumiando qué hacer hasta que estuvo seguro de que había tomado la decisión correcta.

—Las cosas no son como empiezan, Kev, sino como terminan —anunció con seriedad, mucha más de la que era normal en él— y pretendo que Tara se enamore de mí y quiera que esto que tenemos ahora sea duradero.

Vio a su primo enderezar los hombros.

—Fíjate que a mí siempre me ha parecido que el problema es que tú te enamores —incidió incrédulo.

No podía culparlo.

—Pues saluda al nuevo Rory.

La expresión de Kevin era la misma que tendría si estuviera hablando con un extraterrestre. Tampoco podía echárselo en cara.

—Nunca te he visto enamorado de ninguna de las chicas con las que te has liado. ¿De verdad estás enamorado de Tara?

—Como un burro —contestó sin pensárselo—. Es verdad que, al inicio, me resistía a ponerle otro nombre que no fuera deseo o que agarraba un calentón de mil pares de narices cada vez que la veía, pero… me he acabado enamorando de ella incluso antes de saber que estaba embarazada.

—¿Ya estabais juntos el día que vinisteis a comer a mi casa?

—Ehh… Es complicado. Digamos que no. —Se miró un momento las manos, pensativo—. Quiero que esto dure, Kev. Nunca he deseado que algo funcione tanto como deseo que funcione con esta relación con Tara.

Kevin levantó un brazo en dirección al camarero y pidió otra cerveza.

—Creí que jamás iba a escuchar esto de tus labios —aguardó a decir hasta que tuvo su bebida delante.

—Si te digo la verdad, yo tampoco.

Los dos dieron un sorbo a sus respectivos vasos y se mantuvieron unos segundos en silencio, segundos que se le antojaron incómodos.

—Se me hace difícil que ella aún no haya caído presa de tus encantos —dijo finalmente Kevin. Su expresión había cambiado y parecía bastante más calmado que minutos atrás—. He visto a bastantes hacerlo.

—Porque Tara no es como las demás, eso lo supe enseguida, cuando… —No quiso hablarle de su primer encuentro en el Seven Seas of Rhye ni de que ella era aquella DJ que tanto había atraído su curiosidad—. Bueno, no importa. El hecho es que, antes de que ocurriera, estábamos bien. ¡Joder! Hasta yo estaba sorprendido. Cuando hemos estado juntos… No puedo explicártelo, Kev. Nunca he estado con ninguna mujer como Tara, nunca he sentido lo que siento cuando estoy con ella. Me falta el aire, me sudan las manos, el corazón parece que se quiere salir del pecho y… bueno, no te doy más detalles del resto de mi anatomía.

—Ni falta que hace a juzgar por el resultado—zanjó Kevin sin dejar de mirarlo. Unos instantes después, bajó la cabeza y sonrió—. La madre que te parió, Rory. Va a ser verdad que estás enamorado.

—Te lo he dicho, primo, y no te engaño. A veces pienso que siente algo por mí, pero luego… Noto que hay algo que la frena, Kev. No sé lo que es —comentó desanimado—. Cuando creo que he traspasado la coraza con la que ella se reviste, ¡zas! Vuelve a aparecer sin motivo alguno. Pero a mí, mientras, me está volviendo loco. Solo llevamos un mes viviendo juntos, mes en que no la he tocado, y…

—Espera, ¿es verdad que no te has acostado con ella desde que te enteraste de que estaba embarazada?

Se pasó la mano por el rostro y soltó un bufido.

—Sí y me está matando —se lamentó—. Algunas tardes, cuando llego a casa, ella ya está allí y la veo salir del baño liada en una toalla, o pasearse en camiseta, meneando el culo al ritmo de la música y… Tengo las pelotas azules. Me estoy matando a pajas, tío. O arreglo esto o va a acabar conmigo.

Kevin lo miró con mucha seriedad antes de estallar en una carcajada que hizo que los pocos clientes que había en el *pub* giraran de nuevo la cabeza hacia ellos.

—Maldita la gracia que tiene —masculló enfadado.

—Tiene toda la gracia del mundo, Rory, admítelo. Jamás has querido responsabilidades, y ahora parece que el karma te lo está haciendo pagar.

—Puto karma de los huevos. Pero… si tengo que serte sincero, esto del bebé solo ha hecho que me dé cuenta de que Tara es la mujer con la que quiero que ocurra esto de sentar la cabeza. Es verdad que un embarazo no es la manera idónea de empezar una relación.

—No lo es —lo interrumpió Kevin.

—Lo sé, pero no quiero que ella pase todo esto sola, ni quiero ser un padre a distancia, Kev. Joder, cuando me enseñó la ecografía… No sé cómo explicártelo. Fue un choque de emociones. Jamás había sentido nada así. Esa figura pequeñita que se veía con total nitidez. Se le veían los bracitos y las piernas… Y eso lo he hecho yo.

—Dios, es que no sé qué decirte. No pareces mi primo, ese que jamás repite con la misma chica.

—Dile adiós porque no vas a volver a verlo. —Nunca había estado tan convencido de algo como de lo que acababa de salir de sus labios.

—Espero que no porque te recuerdo que Tara es hermana de Meg y no me gustaría que ella te envenene con un *cupcake* cuando menos te lo esperes.

—Por favor, no vayas a decirle nada a tu novia. Tara quiere hacerlo en persona. No sé cuándo, pero quiere ser ella.

—Descuida que no le diré nada, aunque no tenéis mucho tiempo. Más pronto que tarde se le va a notar y…

—Lo sé, lo sé.

Por primera vez desde que llegaron al *pub*, observó a Kevin relajarse en su asiento.

—Entonces, ¿hay que felicitarte o no?

—Sí —contestó con seguridad mientras una sonrisa afloraba en sus labios—. ¿Quieres que te diga algo? Debería estar aterrado y en algunos momentos, cuando lo pienso, lo estoy, pero también estoy muy ilusionado. No sé. Es algo que no me esperaba. Nunca me paré a pensar en si quería tener hijos o no, pero ahora… ahora no veo un momento mejor. Ni con nadie mejor.

Vio a Kevin parpadear varias veces.

—Vaya. No… No me esperaba esto.

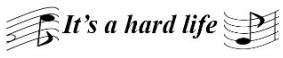
Sintió que se sonrojaba por haberse abierto a su primo de aquella manera.

—Llámame idiota. Me lo merezco.

Kevin alzó su vaso ante él.

—Anda, brindemos por tu paternidad. Idiota.

28



La mañana había estado muy tranquila en la librería; demasiado, a juicio de Tara. Tan solo habían entrado dos jóvenes a la búsqueda de la última novela de Sarah J. Maas y algunas personas más que fueron a recoger los pedidos que habían hecho en la *web* del establecimiento. Pero, a pesar de que no había tenido un gran volumen de trabajo, estaba cansada.

«¿Va a ser así los meses que me quedan?». Esperaba que no.

Se pasó una mano por la frente y se retiró el mechón de pelo que le estaba molestando antes de mirar el reloj del ordenador. Faltaban apenas diez minutos para que llegara Marie y que su turno acabara. No veía el momento.

Estaba atendiendo a una clienta que no terminaba de decidir si llevarse la última novela de Brandon Sanderson o darle una oportunidad a Richard Morgan cuando el teléfono sonó. Se disculpó ante la mujer, fue hasta el teléfono y descolgó.

—Librería Nassau. Soy Tara. ¿En qué puedo ayudarle?

—*¡Tara! ¡Hola! Soy Fiona. Fiona Byrne* —escuchó decir con voz cantarina a la mujer.

Recibir una llamada de la administradora de los Buckley no era algo halagüeño. Notó que los hombros se le tensaban.

—Hola, Fiona. Dime, ¿qué necesitas?

En ese momento, la puerta se abrió y Marie entró por ella. Le hizo una señal con la cabeza para indicarle que estaba al teléfono y la chica asintió.

—*Verás…* —comenzó diciendo Fiona al otro lado de la línea—, *¿estás libre en, digamos, media hora? O cuarenta y cinco minutos.*

—Eh… Estoy por acabar mi turno, así que sí, estoy libre.

—*Eso es fantástico* —reaccionó la mujer con evidente entusiasmo.

—¿Puedo preguntar por qué quieres saberlo?

—Claro, claro. Verás, los Buckley están a punto de llegar a mi oficina y me han pedido que te llamara para ver si te podrías reunir con ellos. Sé que es precipitado, pero están muy interesados y…

No era uno de esos momentos en los que la diatriba de Fiona le pareciera divertida, más bien al contrario; saber que la petición había llegado de parte de los dueños de la librería hizo que el estómago se le cerrara en un apretado puño.

—Entonces diles que sí, que estaré ahí.

—Muchas gracias, Tara. Y de verdad disculpa que sea tan apresurado.

—No pasa nada.

—Nos vemos en un rato. Adiós.

—Adiós, Fiona.

Cuando colgó, en el rostro de su compañera estaba dibujado un figurado interrogante.

—¿Fiona? ¿La administradora? —quiso saber la chica. Asintió con un gesto de la cabeza casi por inercia. Algo en su interior le decía que aquella llamada no era para nada bueno—. ¿Y qué quería?

—Que me acerque a su despacho en media hora.

Marie miró su teléfono móvil.

—Menos mal que he llegado un poco pronto. Recoge y márchate, no vayas a llegar tarde.

Sin pensárselo mucho, dejó su lugar en el mostrador y fue hasta la trastienda. De allí tomó su abrigo y el bolso y se puso la bufanda al cuello.

—Me voy —anunció al tiempo que atravesaba la tienda.

—Avísame si hay novedades, ¿de acuerdo? —le pidió Marie. Con una sutil sonrisa, que ella sabía que no le llegó a los ojos, salió de la librería.

Hacía frío a finales de enero, a pesar de que el sol aún despuntaba entre las nubes grises que llegaban desde la costa, que ella sabía que acabarían descargando lluvia a última hora de la tarde. Se arrebujó en el abrigo y emprendió camino hacia la oficina de Fiona.

Se detuvo en una pequeña cafetería justo cuando se encontraba a apenas una calle de distancia. Pidió un sándwich y un café con leche. Había tomado la firme determinación de no saltarse ninguna comida por su bien y por la del bebé. Pensar en él hizo que sonriera. Aún no notaba nada, salvo un pequeño abultamiento en el bajo vientre que pasaba totalmente desapercibido con sus ropas habituales. Ni siquiera había sentido las típicas náuseas de las que tanto había leído y oído hablar a decenas de embarazadas.

«Te estás portando bien con mami», pensó mientras se miraba la inexistente barriga y se preguntó cuándo comenzaría a ser visible para todos los demás y, más importante aún, cuándo comenzaría a notarlo ella. Entonces se dio cuenta de que no podía postergar mucho más el decírselo a su familia.

Mientras se llevaba el último trocito del sándwich a la boca miró el reloj. Apenas faltaban diez minutos para la hora a la que le había dicho a Fiona que estaría en su despacho, así que se dio prisa en acabar con lo que quedaba en su plato, pagar la cuenta y abandonar la cafetería.

Cuatro minutos después estaba en donde Fiona tenía su asesoría. Era un edificio bonito, de piedra grisácea y estilo georgiano, como casi todos en aquel vecindario. A la puerta de entrada, pintada de un azul brillante y con una aldaba dorada aún más brillante, se accedía por cuatro robustos escalones que ella dejó atrás con rapidez y algo de nerviosismo.

En cuanto entró, subió con la misma presteza al primer piso, que era donde Fiona había habilitado su negocio. Al llegar, la recibió la recepcionista y le pidió que aguardara en una pequeña salita que había acondicionada para los clientes.

Tras solo un par de minutos de espera, cuando aún no le había dado tiempo a acomodarse del todo en el sillón, oyó pasos amortiguados por la moqueta que cubría el suelo.

—¡Tara! —exclamó Fiona apenas traspasó el umbral de la puerta—. ¡Ya has llegado!

Se puso rápidamente en pie para recibirla. La mujer, con su usual espontaneidad, la besó en ambas mejillas.

—Hola, Fiona.

—Perdona por pedirte que vinieras con tan poco margen, Tara.

—No es nada.

La amable sonrisa de Fiona se desvaneció un poco.

—Dentro están los Buckley. Ya están esperando —comentó con un tono un poco más bajo que el que solía utilizar. Parecía como si no quisiera que ellos escucharan su inocente comentario.

—Está bien. Vamos dentro —la animó ella con una sonrisa.

Estaba tratando de mostrarse lo más tranquila posible, pero por dentro los nervios la estaban carcomiendo. Estaba deseando saber el motivo por el que la habían llamado porque, si algo la desquiciaba un poco, era desconocer a qué se enfrentaba. Cuanto antes lo supiera, por malo que fuera, antes podría hacerse una composición y trabajar por una solución.

Siguiendo los pasos de Fiona atravesaron un pasillo que desembocaba en una sala con una pequeña oficina. En ella, a un lado de la pared, había otra puerta más que daba al despacho de Fiona.

Cuando la mujer la abrió, dejó que pasara delante de ella. En el interior, el señor Buckley se apresuró a ponerse en pie. Lo hizo con algo de dificultad porque, a pesar de su buena planta, ella sabía que Jonas Beckley estaba a punto de dejar atrás su séptima década.

—Querida niña, hola. —Con sus dos manos, Jonas tomó la que ella le tendió a modo de saludo.

—¡Hola, Tara! —En esa ocasión, le tocó el turno de saludar a Amy, la mujer de Jonas. Era bastante más bajita en comparación con su marido y estaba radiante, como siempre. Poseía un rostro cuidado y sutilmente maquillado que no aparentaba los setenta y ocho años que tenía—. ¿Cómo estás, tesoro? Gracias por aceptar reunirte con nosotros.

Sus ojos volaron hacia la asesora, que se había quedado en un discreto segundo plano, fuera de los saludos iniciales.

—Ya os dije que la chica no iba a poner impedimento alguno —terció Fiona, casi orgullosa.

—Es verdad —apostilló Jonas, afable—. Nunca lo ha hecho. Pero siéntate, hija, siéntate.

—Muchas gracias —comentó mientras agradecía el interés del anciano con un gesto de la cabeza.

Fiona ocupó su lugar al otro lado de la mesa de escritorio que dominaba el despacho y dejó que ella se sentara junto a los Buckley.

—Amy y Jonas te han llamado porque tienen algo que decirte, Tara.

—Y no queríamos que te enteraras por terceras personas —intervino Amy, muy seria. No le gustó en absoluto.

Se removió en el asiento lo suficiente para enfrentar a los dueños de la librería.

—Pues aquí me tenéis —dijo ella. Hizo un gran esfuerzo para que la voz no le temblara, al igual que le estaban temblando las manos, pero con ellas había podido solventarlo sujetándolas unidas entre sus piernas.

—Verás, cariño. —Amy pareció tomar la voz cantante—. Jonas y yo hemos hablado esto con calma. Después de todo, se nos ha ido media vida en esa tienda y hemos visto cómo por ella han pasado varias generaciones de clientes con un gusto común por la lectura y los libros. Hemos sido felices en la librería y nos ha permitido criar a nuestros hijos. Pero… pero nos hacemos mayores y a pesar de que, cuando nos jubilamos y dejamos la gestión de la tienda en manos del despacho de Fiona, creímos que ya no deberíamos preocuparnos de nada más, la desvinculación no ha sido tal.

Miró por el rabillo del ojo a la administradora que, ante su mención, asintió con la cabeza.

—Lo que Amy quiere decirte es que vamos a traspasar el negocio, Tara —atajó Jonas—. Nos gustaría que la librería continuara, pero no nos vamos a cerrar si alguien nos ofrece una buena suma para convertirla en, no sé, una tienda de *souvenirs*.

Aunque ya se había figurado qué había ido a hacer allí, saberlo con certeza no hacía que se sintiera mejor. Trató de humedecerse la garganta antes de hablar.

—Pero el negocio va bien —explicó ella, en un inútil intento de que recapacitaran de su decisión. Sin embargo, mucho se temía que era tiempo perdido—. Los números son buenos.

—Eso lo sabemos. —Jonas asintió con un sutil cabeceo.

La esposa le tendió una mano y le apretó la suya.

—Cielo, tú eres el alma de esa tienda, Jonas y yo lo sabemos. Sin ti la habríamos cerrado hace mucho.

—Es verdad lo que dice, Tara —intervino el hombre con aquella mirada amable que siempre había visto en él—. Por eso vamos a asegurarnos de que, si la librería se traspasa como es nuestra intención, se respete tu contrato tal y como está ahora.

El gesto le tocó el corazón y se obligó a sonreírles, pese a que no tenía ganas. Las librerías –ella lo sabía bien– estaban casi condenadas a la extinción en favor de las grandes cadenas comerciales que vendían de todo. O del comercio *online*, que estaba copando el mercado con su casi inagotable almacén y su rápida distribución. Las que sobrevivían era a fuerza de tesón y buena atención al cliente. Y de eso ella sabía mucho.

—La librería es parte de mi vida —confesó sin pudor mientras miraba a uno y luego al otro de los Buckley—. Disfruto de cada momento que paso entre libros y me daría mucha pena tener que ver que se cierra. Ojalá logren traspasarla, aunque también soy realista y puede que eso no llegue a suceder.

Amy y Jonas se miraron el uno al otro. Sus ajados rostros reflejaron la tristeza que les producían las palabras que ella había pronunciado.

—Sabemos que es una posibilidad. Rezaremos para que caiga en unas buenas manos —comentó la mujer.

No fue capaz de responderle salvo con un gesto de asentimiento.

—Les estaba sugiriendo a Amy y a Jonas, Tara, que tal vez deseen que alguien más los asesore en la venta —intervino Fiona.

—Por eso vamos a hablar con un amigo de nuestro nieto. Es un reconocido empresario y él nos va a dar algunas nociones para tener en cuenta cuando nos hagan una oferta —apostilló Jonas con presteza.

—Me parece bien —respondió Fiona.

La señora Buckley volvió a tomarla de la mano y su gesto la obligó a mirarla a los ojos. Estos eran amables y la observaban con cariño, eso lo sabía.

—Tara, cielo, ojalá las cosas fueran de otra manera. Ojalá fuera aún joven para tener la fuerza de seguir con el negocio, pero Jonas y yo estamos cansados y creo que nos merecemos vivir con la tranquilidad que el dinero de la venta nos proporcionaría.

Les dedicó una sonrisa sincera y tomó la mano de Amy una vez más.

—Por supuesto que os lo merecéis. Dedicaos a descansar.

—Y a viajar —incidió Jonas con alegría—. Es lo que queremos hacer. Hay muchos lugares que queremos visitar antes de que tengamos que usar un andador.

Todos sin falta rieron ante la broma del anciano.

—Para esto era la reunión, Tara —le dijo Fiona cuando dejó de reír—. Ellos querían contártelo a ti en primer lugar.

—Os lo agradezco de verdad.

—Ojalá que demos con alguien a quien le gusten los libros tanto como nos han gustado a nosotros y que quiera mantener el negocio. —Amy paseó la mirada por todos hasta descansar en su marido—. Nosotros ya hemos hecho nuestra parte.

Después de intercambiar algunas palabras más, todos se pusieron en pie, se despidieron y ella abandonó el despacho de Fiona antes que los Buckley.

Cuando llegó a la calle el sol ya había caído por completo y la frialdad de la tarde de enero le golpeó el rostro hasta hacerla lagrimear, aunque no tenía muy claro si era por la baja temperatura o por lo que acababa de ocurrir en el interior de aquel despacho.

Caminó despacio hasta el autobús. Los pies le pesaban demasiado y le dolía la cabeza. Desde que recibió la llamada de la asesora había tratado de adivinar qué era lo que querían y no había dejado de especular. Ya lo sabía y hacerlo no la ayudaba a sentirse más tranquila.

Tomó el autobús y durante el trayecto trató de no darle vueltas al asunto. Estaba cansada y no veía el momento de meterse en la ducha caliente y contarle a Rory lo que había ocurrido.

Que uno de sus primeros pensamientos fuera para Rory hizo que se enderezara en el asiento. El hombre se había convertido en una constante en su vida. Tenía que admitir que le gustaba que él

estuviera allí, aunque solo fuera para escucharla. La hacía sentir mejor tan solo el poder hablarlo con él.

El autobús llegó a su parada veinte minutos después y bajó. Se cubrió el cuello con las solapas del abrigo y enfiló hacia la que, desde hacía un mes, era su casa. En el trayecto encontró una tienda de comestibles que tenía en el escaparate unas naranjas brillantes y perfectas que se le antojaron al instante. Con cuatro de ellas en el bolso reanudó la marcha.

Las farolas bajo las que pasaba ofrecían una pobre iluminación a las calles, aunque en la mayoría de los hogares por los que pasaba podía apreciar luces encendidas en su interior. Eso le alegraba el camino.

Estaba a unos pocos metros de la verja cuando oyó el ruido del trote de unas zapatillas contra el asfalto detrás de ella.

—Tara.

Se giró para encontrar que Rory llegaba a la carrera, ataviado con una sudadera con capucha, que colgaba sobre sus hombros, y un pantalón corto deportivo. Gotas de sudor le corrían por las sienes hasta descender por el cuello. Tenía el pelo pegado a la cabeza, húmedo y despeinado.

Le dedicó una larga mirada mientras él se limpiaba la frente con el antebrazo y se afanaba por recuperar el aliento después de la carrera, aliento que, al parecer, a ella también le estaba faltando. Jamás le habían atraído los hombres deportistas, ni había encontrado atractivo a ningún hombre en el estado en el que se encontraba Rory, pero él… Él podría lograr que se replanteara sus preferencias en un abrir y cerrar de ojos.

Ajeno a lo que su visión despertaba en ella, Rory la miró con una sonrisa que le bailaba en los labios mientras trataba de recuperar el resuello por la actividad física. Adoraba esa expresión, entre burlona y juguetona, que se le reflejaba en los ojos y que no le hacía ningún bien a su determinación por permanecer alejada de él y mantenerlo todo en el plano de la amistad. Porque cada día que pasaba le estaba siendo más difícil quedarse en su habitación por las noches, escuchándolo ir de un lado para otro en la suya, y no hacer nada. Sabía con absoluta certeza que, si ella dejaba caer las

barreras que había levantado entre ambos, Rory estaría ahí, dispuesto a acogerla entre sus brazos. La pelota seguía estando en su tejado.

—Creí que ya estabas en casa —dijo al fin el hombre para sacarla de la espiral de pensamientos en los que él era el único protagonista.

Sacudió la cabeza.

—No. Me he entretenido un poco después de salir de la librería. ¡Ah! Y me he parado a comprar unas naranjas. Las he visto desde fuera y se me han antojado.

—Estupendo. Pero vamos adentro, antes de que nos enfriemos.

Con un gesto del brazo, Rory le indicó que tomara la delantera. Ella sacó las llaves de su bolso y abrió para que pudieran pasar al confortable calor del hogar.

Enseguida, O'Malley apareció salido de la nada con la cola naranja en alto y se frotó contra sus tobillos mientras dejaba escapar un grave ronroneo que la hizo sonreír.

—Yo también me alegro de verte, bonito —le dijo al agacharse y acariciarlo entre las orejas con mimo, gesto que el animal retribuyó alzando la cara y cerrando los ojos con una expresión complacida.

—Voy a darme una ducha —anunció Rory—. En cuanto esté listo nos ponemos a preparar la cena, ¿te parece?

—Me parece —contestó—. Voy a la cocina a dejar las naranjas.

—Bien.

Se giró con disimulo para verlo subir las escaleras. Los pantalones deportivos cortos que llevaba dejaban a la vista unos muslos fuertes cubiertos de fino vello y ponían de relieve cierta parte de su anatomía cada vez que la tela se tensaba.

«¿Le estás mirando el culo, Tara?». Por supuesto que sí lo estaba haciendo, aún tenía ojos en la cara. Le alegraba saber que el embarazo no había eliminado las ganas de volver a acostarse con Rory ni de disfrutar de su compañía en la cama, pero eso era algo que, precisamente, también la aterraba.

Se obligó a retirar la mirada. Un largo suspiro le llenó el pecho y también lo hizo la sensación de que, tal vez, se estaba equivocando con Rory; tal vez no era tan donjuán como ella había creído cuando

lo conoció porque, desde que sus vidas se habían cruzado, intuía que él no había estado viendo a ninguna otra chica. Esa idea se había acrecentado desde que vivían en la misma casa porque todas las tardes y los fines de semana los pasaban prácticamente juntos, sin darle una ventana de tiempo para que viera o estuviera con otras mujeres, y mucho menos para acostarse con ellas.

Con ese pensamiento se deshizo de su abrigo, que colgó junto con el bolso en el perchero de la entrada, y fue a la cocina con la bolsa de naranjas en la mano. La dejó sobre la encimera y rebuscó en los armarios un cuenco en el que ponerlas. Al abrir uno de ellos, en el que solían guardar las cajas de los cereales y de las galletas, la presencia de un envase que no había estado allí el día anterior llamó su atención. Tomó la caja y se dio cuenta de que eran sobres para preparar palomitas de maíz en el microondas. Una sonrisa apareció en sus labios de manera casi instantánea.

«Se ha acordado. Me ha comprado palomitas». Los ojos se le empañaron.

—¡Por Dios, Tara! ¡Son solo palomitas! —se recriminó en voz baja—. No puedes ponerte a llorar por esta tontería.

Pero no era tal tontería; no eran las palomitas en sí, sino lo que representaban: la escuchaba y quería que se sintiese mimada y como en casa.

Y lo estaba logrando poco a poco.

Con la sensación de que el día se había arreglado al menos un poco, volvió a buscar un cuenco hasta que al fin encontró lo que buscaba. Colocó en él tres de las naranjas y, tras poner la cuarta en un plato, se sentó a la mesa, dispuesta a comérsela.

Apenas había acabado con el primer gajo cuando escuchó los pasos de Rory bajar a toda prisa por la escalera. Aguardó, masticando en silencio, a que apareciera por la puerta de la cocina, sin embargo, él pareció dirigirse hacia el salón. Unos segundos después, las primeras notas de la inconfundible *Radio Gaga*, la canción con la que abría uno de sus álbumes favoritos de Queen, llegaron hasta a cocina.

Sonrió mientras se llevaba a la boca un nuevo trozo de naranja. Fue el momento en que Rory apareció.

—Vaya —dijo ella a modo de saludo—, lo has puesto por iniciativa propia.

Rory se encogió de hombros, tratando en vano de ocultar una sonrisilla traviesa.

—Bueno, no está tan mal. Para ser ingleses, me refiero.

—Para ser ingleses, ya —comentó al descuido—. Estoy bastante impresionada.

—No lo estés, Inglesita. Me hartaré pronto y los mandaré de vuelta a su tierra. Metafóricamente hablando, se entiende. —Y le guiñó un ojo.

—Se entiende, claro —comentó ella en el mismo tono burlón que él estaba utilizando. Entonces, tomó un gajo de naranja de su plato y se lo tendió—. ¿Quieres?

Los ojos claros de Rory descansaron en ella y, una vez más, pensó que se había olvidado de cómo se respiraba.

—Tienen muy buena pinta. Estaba esperando que me ofrecieras.

—De verdad que eres tonto —bufó divertida.

Con una enorme sonrisa en los labios, Rory aceptó el trozo de fruta y le pegó un gran bocado.

—Creí que íbamos a cenar —dijo él con la boca aún llena.

—Necesito vitaminas.

Con actitud displicente, Rory se apoyó en la encimera y cruzó una pierna ante la otra mientras seguía comiendo.

Un silencio inesperado y bastante incómodo planeó sobre la cocina. Ella bajó el rostro y, cuando fue a llevarse otro trocito de la apetitosa naranja a la boca, se lo pensó mejor y la dejó de vuelta en el plato.

—Tara.

La llamada de Rory le hizo levantar la vista hacia él.

—¿Sí?

Todo atisbo de sonrisa había desaparecido del atractivo rostro del hombre. En su lugar se encontraba una expresión de preocupación.

—¿Ocurre algo?

«¿Desde cuándo me conoce tan bien?», se preguntó. Estuvo tentada a negárselo, a decirle que no le pasaba nada, pero no tenía sentido. Además, y más importante, quería contárselo.

Apretó los labios y asintió.

—Sí. Creo que voy a quedarme sin trabajo.

Casi sin ningún esfuerzo, las palabras fueron saliendo de sus labios y le detalló todo lo que había ocurrido esa tarde con los Buckley y su intención de traspasar o vender la librería. Rory no la interrumpió en ningún momento, siempre atento a lo que le estaba contando.

Cuando al fin levantó la mirada, la clavó en él.

—¿Qué voy a hacer, Rory? —preguntó sintiendo que la garganta se le cerraba con las lágrimas que se estaban fraguando en el fondo de ella.

—Mantener la calma —contestó él al tiempo que se acercaba un paso—. A lo mejor, a quien encuentren quiere seguir con el negocio y contratarte como empleada.

—¿Y si no es así? ¿Y si quieren abrir, no sé, algo completamente distinto?

—Trata de no preocuparte por algo que aún no ha sucedido, Tara.

La respuesta hizo que se pusiera en pie como si la hubieran disparado con un arco.

—¿Cómo que no me preocupe? Voy a tener un bebé y mi puesto de trabajo está en la cuerda floja. Creo que puedo preocuparme si me da la gana. ¿Qué voy a hacer si me quedo sin trabajo? No quiero depender de mis padres. Ni de nadie —incidió. Y supo por la manera en la que él alzó la barbilla que no se había tomado demasiado bien su comentario. A pesar de todo, su acostumbrada expresión afable regresó casi de inmediato.

—A ver, pensemos opciones. ¿Qué tal que seas tú la que le compre el negocio a los Buckley?

Lo miró fijamente para dejar escapar una risotada casi al momento.

—¡Imposible! Tengo algunos ahorros, pero ni por asomo para esa inversión. Te recuerdo que no pude encontrar un alquiler que se

ajustara a mi presupuesto.

Rory arrugó el ceño, pensativo.

—Entonces…

—Tal vez mi madre ha llevado siempre la razón y deba ponerme a estudiar las oposiciones para el Ayuntamiento.

—¿Es lo que quieres hacer?

—Ya no se trata de lo que quiera o no quiera hacer, sino si es eso lo mejor para mi futuro y el futuro del bebé.

Su respuesta fue lo bastante contundente para que Rory no la rebatiera. Unos largos segundos después, en los que no había dejado de mirarla, él asintió.

—Si piensas que es lo que debes hacer, adelante. Cuenta conmigo.

Hasta ese momento había creído que recibir, o no, el beneplácito de Rory no era relevante, pero cuando escuchó que la apoyaba, sintió que la garganta comenzaba a escocerle.

—Tengo muchas ganas de llorar —susurró con pesar. Bajó la cabeza para esconderle que la primera lágrima ya afloraba por sus ojos.

—Pues hazlo. Ven aquí.

Antes de que se diera cuenta estaba entre los brazos de Rory, pegada a su cuerpo. No se le ocurrió negarse en ningún momento. Era como si él hubiese sabido que aquel abrazo era justo lo que necesitaba.

—¿No se supone que deberías decirme que no lo haga? —susurró—. ¿Que no le hace ningún bien al bebé?

—Al bebé le viene peor que su madre se reprima y guarde lo que siente, ¿no te parece? Así que si quieres llorar, hazlo, yo te sostengo.

Se agarró a la cintura masculina con desesperación, escondió el rostro en el pecho de Rory y dejó que las lágrimas que había estado controlando cayeran libremente por sus mejillas.

Los brazos de él la acunaron con ternura. El calor que Rory desprendía la reconfortaba y la hacía sentir segura. Por unos breves instantes creyó que todo, finalmente, iba a ir bien.

Rory la sostuvo hasta que a ella no le quedó ninguna lágrima más que derramar. Entonces, moviéndose un poco, pero sin abandonar el confortable nido que Rory había construido para ella, enlazó las manos en la parte baja de la espalda de él y alzó un poco la cabeza hasta que su rostro quedó enterrado en el hueco del cuello. A su nariz llegó el reconocible olor del hombre y, avariciosa, inspiró.

—Hueles muy bien —murmuró tan bajito que no esperó que él la hubiera oído.

—Es verdad que el gel que tenemos en la ducha huele bien —respondió Rory con seriedad y un tono más bajo del que solía utilizar, uno que le reverberó en el vientre y casi la hizo tiritar.

Si él quería pensar que se refería al jabón, no iba a llevarle la contraria, aunque intuía que sabía tan bien como ella que no era así, porque notó cómo los músculos de su espalda se tensaban.

—Será eso —eligió responder.

Se mantuvo pegada a su pecho durante un buen rato. Ninguno de los dos parecía querer deshacer aquel abrazo que ella sentía tan íntimo como si ambos estuvieran desnudos y en la cama.

—Le he contado a Kevin lo del bebé.

La frase hizo que se separara y buscara su mirada. La encontró al instante, a unos pocos centímetros de distancia.

—¿Le has dicho que no le cuente nada aún a Meg? —quiso saber.

—Claro —respondió él y añadió un seguro cabeceo—. No te preocupes, ¿de acuerdo? Tu familia no va a saber nada hasta que tú lo decidas.

Suspiró, más tranquila.

—Gracias. —Y le dio un beso en la mejilla.

La sonrisa que le había mostrado Rory hasta ese momento había desaparecido. En su lugar, lucía una expresión dura, como si el ambiente apacible y casi familiar del que habían disfrutado se hubiera resquebrajado para saltar por los aires.

Notó que él dio un pequeño paso atrás para poner distancia entre los dos. Soltó sus manos y Rory se alejó un poco más, con la mandíbula en tensión y los labios apretados.

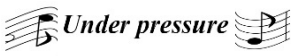
—Voy a preparar la cena —dijo con voz grave, muy serio. Le dio la espalda y se alejó en dirección a la nevera.

La incomodidad que él desprendía la golpeó en la cara y un sentimiento de tristeza y desamparo la inundó. Notó la ausencia de su contacto y, peor aún, la distancia que se interponía entre ellos, de la cual se sentía responsable.

Desde el salón, la voz de Freddie Mercury le llegó clara y potente cuando comenzó la siguiente canción. Que era una vida dura, cantaba.

«No sabes cuánto, Freddie», recapacitó sin alejar la vista de la espalda de Rory. Parecía que la canción había sido escrita para ella.

29



Tara se plantó esa tarde ante la puerta de la casa de sus padres y tomó aire, tan fuerte que se le llenaron los carrillos antes de dejarlo escapar poco a poco. La noche anterior, cuando había estado cenando allí para despedir a Brianna, que partía definitivamente hacia tierras coreanas, había tenido el firme convencimiento de contarles al fin todo sobre su embarazo. No lo consiguió.

Había aguardado el momento oportuno, pero no llegó, así que se marchó con la carga mental de no haberles dicho nada. Sin embargo, que Brianna casi las obligara, a ella y a Meg, a mentirles a sus padres para fingir que las tres querían pasar la noche juntas para no contarles que, en realidad, iba a pasarla con Daniel, le brindó la ocasión de confesárselo a Meghan.

Tras la sorpresa inicial de saber que el padre era Rory y de la relación que mantenían en secreto, Meghan la achuchó con fuerza y le dijo que contara con ella para lo que necesitara. Bajó la cabeza ante el recuerdo del apretado abrazo de su hermana. Meghan logró que se echara a llorar, pero también hizo que sonriera al bromear con que iba a consentir muchísimo al bebé cuando naciera. Esperaba de corazón que sus padres reaccionaran igual porque ya no podía mantenerlo oculto por más tiempo.

El timbre sonó en el interior y, rápidamente, unas pisadas se acercaron. Un segundo después, su padre abrió la puerta.

—¡Tara, cariño! ¡No te esperábamos hoy! Pero ¿por qué no has utilizado tu llave? —dijo el hombre en retahíla mientras se hacía un lado para que pasara al vestíbulo—. Dame tu abrigo. Hace frío hoy, ¿eh? Anda, pasa, pasa. Ve al salón. ¿Quieres algo de beber?

—¿Qué tal un té calentito? —sugirió ella con una sonrisa. A veces echaba de menos esa manera casi apabullante de su padre de querer que todo el mundo estuviera cómodo.

—Claro que sí. Anda, siéntate, que te lo preparo en un minuto.

Pasó al salón y se acomodó en el sofá sintiéndose extrañamente incómoda. Esa era su casa y esos eran sus padres, no debería estarlo. Sin embargo, notaba un nudo en el estómago, el mismo que casi no la dejaba respirar.

Se miró las manos. Las sentía temblorosas y notaba cómo las palmas le sudaban. Era una situación que nunca había pensado que viviría y estaba aterrada.

Escuchó llegar a su padre por el pasillo. En una mano traía una taza de la cual salía un reconfortante vapor mientras que en la otra llevaba una cerveza.

—Toma —le dijo nada más llegar ante ella.

—Gracias, papá.

El hombre ocupó su sitio en su sillón favorito con una expresión afable.

—Ya tenía ganas de llegar a casa. Ha sido un día agotador en el autobús —se quejó con un largo suspiro antes de darle un primer sorbo a su bebida—. Los niños estaban más revolucionados de la cuenta. Va a haber tormenta, te lo digo yo.

—Tienes mucha paciencia, papá.

—Es el autobús de la compañía en el que mejor se lo pasan. Les dejo poner la música que les gusta. Y como soy mayor, algunas de ellas no me gustan a mí, pero me aguanto —se quejó, aunque con la boca pequeña.

Los dos rieron a la par.

—¿Y mamá? ¿Dónde está? —quiso saber.

—Arriba. Estaba arreglándose el pelo. Espera, que la aviso que has llegado. —Con determinación, el hombre se apostó junto a la barandilla de la escalera—. ¡Maureen! ¡Está aquí la niña!

Los pasos en el piso superior le hicieron saber que su madre lo había escuchado.

—¿Cuál de ellas? —oyó preguntar.

—Tara —contestó su padre al tiempo que giraba la cabeza hacia ella y le ofrecía una nueva sonrisa—. Baja, anda.

—Ya voy —respondió. Apenas unos pocos segundos después oyó el ruido amortiguado de las pisadas en la moqueta de los

escalones. En seguida, Maureen apareció por la puerta doble del salón—. ¡Tara! ¡No sabía que ibas a venir!

Recibió su beso en la mejilla.

—Ya lo sé, pero… bueno, quería pasarme por aquí.

—¡Ay! Tu hermana se ha marchado esta mañana —se quejó su madre con algo de tristeza—. Me ha dejado preocupada. Esta niña, con su manía de querer ir de un sitio para otro…

—Va a abrir una clínica en Busán, mamá —replicó ella—. En parte, es lo que tú siempre has querido.

—¡Pero no tan lejos! —se quejó Maureen.

No quería entrar en conflicto con ella antes de decirle nada sobre su embarazo porque, si reñían, acabaría marchándose sin decirles nada.

Por suerte, su padre atajó cualquier discusión.

—Maureen, es su vida, cariño, no la tuya. Deja que la niña viva donde quiera. —La respuesta no pareció ser del agrado de la mujer, porque lo miró de reojo con evidente disgusto—. ¿Y a ti qué tal te va, tesoro? Ayer no pudimos hablar mucho. Meghan estaba tan contenta que casi monopolizó la cena.

Y ella lo había agradecido porque recordó que casi no pudo pegar bocado tan solo de pensar que iba a darle a su familia la noticia de su embarazo.

—Esto… Lo cierto es que tengo algo que deciros.

—Pues tú dirás —dijo su padre antes de alzar la cerveza para llevársela a los labios—. Muy formal estás tú hoy, ¿en serio estás…?

—Estoy embarazada.

El botellín del que bebía su padre quedó suspendido en el aire.

Su mirada voló hacia su madre. Parecía que se había quedado congelada frente a ella, sin pestañear.

—¿Cómo has dicho? —insistió Maureen—. Por un segundo me ha parecido que…

—Estoy embarazada, mamá.

Podía escuchar el sonido de la secadora que estaba funcionando en la cocina; incluso, si se esforzaba un poco, podría escuchar las ramas del árbol que estaba en el jardín, que se mecían bajo la influencia del viento. Nunca un silencio se le hizo tan atronador

como aquel. Paseó la vista de uno a otro. Las expresiones de ambos eran idénticas y la incredulidad asomaba por sus ojos.

Fue su madre la que puso fin a aquel largo momento. Bajó el rostro y se lo cubrió con una mano.

—Por todos los santos, Tara —masculló.

—Pero ¿estás segura, cielo? —El tono de voz de su padre reflejaba que aún no daba crédito. Lo miró con tristeza.

—Sí, papá.

—¿Sabes quién es el padre?

La pregunta que formuló su madre fue como un latigazo por lo que implicaba. Sintió el impulso casi irrefrenable de levantarse y marcharse de allí.

—¡Maureen!

Lejos de dejarse avasallar por su madre, tomó aire, levantó la barbilla y asintió.

—Por supuesto que sé quién es el padre —atajó con dureza mientras le sostenía la mirada.

—¿Quién?

—Rory McCoy. El primo de Kevin.

La noticia pareció caer como una pesada losa en el salón. Su padre alargó la mano hacia su botellín y lo apuró de un solo trago antes de volver a hablar.

—No sabía… No sabía que os estabais viendo —dijo con un tono de voz que le tocó el corazón porque demostraba preocupación, al igual que la expresión que se reflejaba en su rostro.

Ella le rehuyó la mirada.

—No… bueno, en realidad no nos estábamos viendo. Solo, bueno, sucedió.

—¡Sucedió! —espetó su madre, enfadada—. ¡Por Dios, Tara! ¿Es que no podrías haber tomado precauciones? ¡No eres una adolescente que desconoce las consecuencias! —Se detuvo un momento para inspirar con fuerza—. ¡Deberías haber tenido más cabeza!

Bajó la vista sin querer darle más explicaciones. Sabía que, dijera lo que le dijese, su madre no iba a atender a razones.

—Déjala, Maureen. Cálmate.

—¿Que la deje? ¡Tiene treinta años y un trabajo que apenas le da para mantenerse sola! ¿Cómo va a criar a un bebé? Y, encima, lo que está insinuando es que fue cosa de una noche. ¡¿Cómo quieres que me calme, Keane?!

Sintió que las lágrimas se le agolpaban en la garganta. Quería largarse, pero la mano de su padre, que sujetaba la suya con decisión, se lo impedía.

—Cielo, ¿cómo te encuentras?

Antes de que pudiera contestar, su madre lo interrumpió.

—¿De cuánto tiempo estás? —preguntó con dureza.

—De diecisiete semanas.

—¡¿De diecisiete?! ¿Y por qué…?

—Deja a la niña, Maureen —zanjó su padre con resolución casi sin mirar a su mujer. Su madre apretó los labios con fuerza, pero todo lo que callaba asomaba por sus ojos.

—He querido decíroslo varias veces, pero siempre… —comenzó diciendo con cautela. Notaba que el corazón le iba a mil en el pecho —. Siempre había algo que me lo impedía.

—¡Había algo que te lo impedía, claro que sí! ¿A lo mejor es la vergüenza?

—¡Maureen! —La llamada de advertencia la sorprendió tanto a la mujer como a ella misma—. Si no vas a servir de ayuda, cállate la boca. —Los dedos de su padre se agarraron a los suyos con gentileza y le devolvió la atención—. No me respondiste antes. ¿Cómo estás? ¿Lo estás llevando bien?

Asintió con un gesto contenido.

—Sí.

—¿Has ido al médico?

—Sí.

—¿Y cómo está todo?

La preocupación de su padre la conmovía hasta lo más hondo. En contraposición, su madre estaba sentada frente a ella, con los brazos cruzados ante su pecho y el ceño tan fruncido que estaba segura de que iba a tener agujetas en los músculos de la cara al día siguiente.

—Va bien. A pesar de que tardé bastante en… saber que estaba embarazada, todo va muy bien. El bebé… bueno, crece como debe.

Sus ojos se clavaron en su madre. Nunca había tenido tantos deseos de que la abrazara y le dijera que todo iba a ir bien, pero la conocía; era una mujer orgullosa, que rara vez daba su brazo a torcer. Se llevaría una grata sorpresa si esa ocasión era la excepción. Mantuvo los ojos fijos en ella. Maureen los rehuía, evitando mirarla. Un segundo después, su madre se puso en pie.

—Si me disculpáis…

Sin aguardar a que ni ella ni su padre dijeran nada, subió las escaleras con prisas. Lo siguiente que oyó fue la puerta del dormitorio al cerrarse.

—La ha pillado desprevenida. Se le pasará, no te preocupes.

—¿Tú crees? —replicó dolida.

El hombre permanecía a su lado, sujetándole la mano con firmeza.

—Ya verás que sí. Entonces… ¿Rory?

Notó que enrojecía hasta la punta del pelo. Jamás había pensado en comentar con su padre sobre su vida sexual, pero allí estaba, a punto de hablar de la consecuencia de dejarse llevar en un momento de debilidad.

—Sí.

—¿Es a su casa a donde te has mudado?

Asintió.

—Me lo ofreció antes de saber que estaba embarazada, cuando no encontraba un apartamento que pudiera alquilar. Después, al enterarse del embarazo… bueno, yo había pasado un par de noches en la librería, así que insistió en que me fuera a vivir con él.

—¿En la librería? —Su padre se pasó una mano por la frente. Parecía horrorizado ante su confesión. Un segundo después, más calmado, dejó escapar un suspiro de alivio—. Hizo bien en insistir. ¿Y él…?

Ella trató de componer una sonrisa, aunque supuso que no le llegó a los ojos. No se sentía demasiado contenta por cómo se estaba desarrollando todo, a pesar de que parecía tener a su padre de su parte.

—Es… Es una buena persona, papá, y me está ayudando mucho con, bueno, con el embarazo. Está pendiente de mí y…

—¿Y te quiere?

La pregunta la tomó por sorpresa. ¿La quería? No tenía dudas de que a Rory le gustaba estar con ella; lo sabía por cómo la miraba cuando pensaba que estaba distraída. También por la manera en que la cuidaba, sin olvidar que había organizado en apenas un día una habitación para ella. Le dejaba poner su música favorita en el equipo del salón y también le daba el control de la televisión. Y le compraba palomitas de maíz. No sabía si aquello era amor, pero se le parecía mucho.

—Papá…

—¿Y tú? ¿Lo quieres? Porque déjame decirte algo. —A pesar de sus palabras, no había ningún atisbo de tono aleccionador en su padre. El hombre se movió para quedar aún más cerca de ella—. Criar a un hijo es de las cosas más difíciles a las que tiene que enfrentarse una persona. Tienes en tus manos algo tan maleable y frágil como es una vida humana que depende de ti para todo. Puedes hacerlo sola, por supuesto. Mucha gente lo hace y, bajo mi punto de vista, tienen un grandísimo mérito. Pero si logras hacerlo junto con alguien, alguien que te apoye y que esté ahí para ti cuando estés cansada y cuando necesites ayuda, todo será más llevadero.

¿Podía apoyarse en Rory? Estaba segura de que sí; sin embargo, ¿quererlo?

—Es… Es más complicado que si lo quiero o no, papá, pero sí sé que me puedo apoyar en él y que estará ahí cuando lo necesite.

—Bueno, es un inicio —respondió su padre.

Tomó la taza de té que había dejado olvidada sobre la mesita de café que había delante del sofá y dio un sorbo. La bebida ya estaba fría, pero le sirvió para humedecerse la garganta reseca. En cuanto dejó la taza de nuevo sobre la mesa, se puso en pie.

—Tengo que marcharme ya, papá. El autobús…

Su padre se levantó antes de que pudiera acabar la frase.

—Yo te llevo.

La propuesta la dejó indecisa entre si debía aceptar o no. Era un gran paso para ella que su familia supiera en dónde estaba viviendo, pero no sabía si debía permitirlo por el momento porque Rory ya estaría allí.

—Papá…

—Venga, te dejaré en la puerta si lo que temes es que te diga que quiero entrar para ver dónde te alojas —insistió mientras se acercaba hasta la entrada y sacaba del armario su chaqueta. Entonces, él se detuvo—. Y quiero que consideres algo: si todo se tuerce, si no quieres estará allí por lo que sea, me da igual, regresa aquí. Esta es tu casa.

Las ganas de echase a llorar regresaron con fuerza.

—Pero mamá…

—Mamá entrará en razones. Tú déjamela a mí —atajó Keane con firmeza—. ¿Me prometes que lo tendrás en cuenta?

Bajó la cabeza y sonrió. No había manera de darle esquinazo a su padre.

—Está bien, papá.

—Vale, pues aclarado este asunto, dime dónde te llevo.

Rory soltó la revista que fingía leer, miró el reloj digital que había debajo del televisor y chascó la lengua. Tara debería de haber llegado hacía más de una hora y aún no había rastro de ella. No estaba en su genética no preocuparse.

Arrojó la publicación –de la cuál no había leído ni un solo artículo– al otro lado del sofá y se levantó. No podía permanecer más tiempo sentado. Se había prometido no llamar a Tara para preguntarle si todo iba bien porque no quería que tuviera la impresión de que seguía cada uno de sus pasos o de que la controlaba de alguna manera, así que fue a la cocina, a la espera de que la mujer abandonara por unos minutos su mente.

Sabía que eso era algo imposible e improbable y todos los «bles» que se le ocurrieran.

Apagó el horno porque no quería que el pastel de coliflor que se estaba cociendo en su interior se secara demasiado y torció el gesto.

No era bueno con las esperas, jamás lo había sido. Cuando quería algo no tardaba mucho en conseguirlo. Así fue como apareció Tara en su vida aquella primera noche en el Seven Seas of Rhye.

Estaba sacando de la nevera el *bacon* que iba a freír para él cuando escuchó las llaves en la puerta. Bajó la cabeza y suspiró, aliviado, y no pudo reprimir una sonrisa. Se enjuagó las manos con rapidez, se las secó y salió al vestíbulo tratando de mantener a raya las ganas de darle la bienvenida a Tara con un abrazo y un beso.

Cuando la vio, como siempre que la tenía frente a él, su corazón decidió que era un buen momento para hacer el intento de salirse de su pecho. Le sonrió, también como siempre que ella aparecía ante su vista; era algo que no podía remediar. Sin embargo, Tara no le correspondió y la chica se quedó parada ante el umbral de la casa.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

Ella señaló sobre su hombro.

—Me ha traído mi padre.

Sintió la noticia como una bomba. Que Keane Healy estuviera allí solo podía significar que, al fin, Tara les había contado sobre su embarazo. Entonces se fijó bien. Detrás, aparcado junto a la acera, estaba el vehículo familiar de los Healy. Tomó aire y asintió.

—Dile que pase. Si quieres, por supuesto.

—¿En serio puedo hacerlo? —preguntó ella, sorprendida por su propuesta.

—Claro que puedes. Es tu padre.

Aunque en un principio le pareció indecisa, Tara acabó asintiendo antes de dar media vuelta. La vio marchar hacia el coche, hablar con el hombre a través de la ventanilla del copiloto y señalar con un gesto en dirección a la casa. Un segundo después, Keane bajaba del coche y se unía a su hija.

No sabía qué hacer: si aguardar dentro o esperar a que ambos llegaran hasta donde él estaba y darles la bienvenida antes de entrar. Optó por quedarse donde estaba.

El rictus serio de Keane Healy no presagiaba nada bueno. Había coincidido con el hombre en un par de ocasiones, una de ellas en la celebración de su cumpleaños, y lo tenía por un hombre amable y

simpático que se había preocupado por sus invitados para que disfrutaran. Las circunstancias habían cambiado por completo. Si quería sus «partes nobles» en una bandeja, no podría culparlo.

Keane se detuvo ante él y lo miró a los ojos. El pulso se le disparó.

—Señor Healy —lo saludó cuando estuvo seguro de que su voz no iba a traicionarlo. Y le tendió la mano.

El padre de Tara lo observó con seriedad, pero no hizo ningún intento de corresponderlo. Cuando estaba a punto de retirarla, Keane le tendió la suya.

—Rory.

Mantuvieron el saludo unos segundos hasta que los dos lo cesaron casi a la par.

—¿Quiere entrar? —le ofreció.

Keane echó un vistazo hacia el interior un segundo y, luego, asintió.

—Está bien. Gracias.

Con un gesto del brazo le indicó que pasara. Antes de marchar tras él, encontró que Tara lo observaba. La chica parecía preocupada y no dejaba de mirarlo. Casi sin pensar, la tomó de la mano y se la apretó con firmeza.

—Todo va a ir bien, Inglesita.

Se alegró de recibir una sonrisa, una pequeña y fugaz, pero sonrisa a fin de cuentas. Ahí estaban de nuevo las ganas de abrazarla. Sin embargo, la animó a que entrara delante de él en pos del hombre.

Keane los aguardaba en el vestíbulo. A su juicio, estaba disimulando bastante mal la curiosidad que le despertaba el lugar en el que estaba viviendo su hija.

—Si quiere pasar al salón… —le ofreció.

—Gracias —contestó el padre de Tara.

En cuanto se quedaron a solas, la chica se acercó a él.

—Rory… No he sabido decirle que no —susurró ella—. Quería saber… bueno, en dónde estaba viviendo y cómo me iba y… Lo siento.

—No tienes que disculparte —respondió en el mismo tono bajo que ella había utilizado—. Su preocupación me parece natural y legítima. Yo también querría saber dónde demonios se ha metido mi hija. Así que voy a hablar con él. —Vio a Tara apretar los labios—. Si quieres, puedo hacerlo solo. No me importa.

Tuvo muy claro que su ofrecimiento significaba mucho para Tara, porque, al instante, le pareció como si le hubiera quitado un peso de sus hombros. No le pasó desapercibida la sombra oscura de las ojeras que se le dibujaban bajo sus bonitos ojos.

—¿Estás seguro de que no te importa? —insistió la chica.

—Completamente seguro. Sube y descansa un rato, anda. Yo me encargo.

Tara dejó escapar un suspiro.

—Voy a decirle que luego hablaré con él.

—De acuerdo.

La vio entrar en el salón, pero no escuchó qué le dijo a su padre. Tan solo vio que el hombre asintió y que ella le dio un beso en la mejilla.

Cuando regresó al vestíbulo, ella se detuvo frente a él. Estuvo a punto de acariciarle el pómulo y retirarle un mechón que se le había escapado de la coleta que llevaba para engancharlo tras su oreja, pero acabó apretando el puño para mantenerlo pegado a su pierna.

—Gracias —dijo ella muy bajito—. Voy arriba.

—Luego hablamos.

Con un asentimiento, Tara comenzó a subir las escaleras, aunque le dedicó un nuevo vistazo sobre su hombro antes de perderse por el recodo. Entonces, él tomó aire y desvió la mirada hacia el salón.

Keane permanecía de pie. Se había acercado al equipo de música y ojeaba los discos de vinilo que descansaban a un lado del aparato. Con uno de ellos en las manos, se giró.

—¿*The Joshua Tree*? —preguntó el hombre con curiosidad—. ¿Qué edad tienes, hijo?

—Treinta y cuatro.

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios del padre de Tara.

—Este álbum tiene más años que tú. ¿Te gusta U2?

—Sí. Es uno de mis grupos favoritos. Busqué el disco hace un tiempo por Ebay. Me costó encontrarlo en buenas condiciones.

—¿Sabías que antes se llamaban Feedback y que el nombre de U2 era algo provisional?

—Sí. Y también sé que se llamaron The Hype.

Keane asintió sin mirarlo, pero en su semblante pudo apreciar que su respuesta lo había complacido. Regresó de nuevo a los demás discos.

—¿Y estos son de mi hija o también te gusta Queen?

Sofocó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Son de su hija, sí. Y no, no me gustan. No suelo escuchar música inglesa, aunque a lo mejor tengo que decir que puede que haya comenzado a tolerarlos, pero no se lo diga a Tara.

—Si de ella depende, te acabarán gustando. Dale tiempo. Tara es incansable si quiere conseguir algo. Salvo que tú te cierres en banda.

—Eso no está en mis planes —admitió.

—Chico listo.

Casi a la par, los dos sonrieron y eso ayudó a que el ambiente se relajara.

—¿Quiere sentarse?

—Solo si dejas de referirte a mí con tanta formalidad.

Sintió que se sonrojaba.

—Está bien. ¿Te gustaría una cerveza, Keane? —le ofreció.

—Tengo que conducir, pero… una no me hará mal.

—De acuerdo. Enseguida vuelvo.

Fue a la cocina a toda prisa, sacó dos Guinness de la nevera y, junto con un par de vasos, regresó al salón. El padre de Tara se había sentado en el sofá, así que dejó las bebidas sobre la mesita de café.

—Aquí tienes.

—Muchas gracias.

Sin decir nada, cada uno se sirvió su respectiva cerveza y, casi a la vez, le dieron el primer sorbo. Agradeció que el líquido le mojara la garganta porque la sentía pastosa, fruto de los nervios que parecían haberse hecho fuertes en su estómago.

Por unos momentos, el silencio en el que se sumió el salón le pareció demasiado opresivo. Tenía sentado a un metro de él al padre de Tara y no sabía cómo iba a afrontar la conversación que seguiría.

Antes de dar un nuevo sorbo, Keane carraspeó y se movió ligeramente para quedar frente a él sin tener que girar la cabeza.

—Bueno, no soy amigo de dilatar las conversaciones.

Tomó aire y asintió.

—Tara ha hablado con ustedes.

—Con su madre y conmigo, sí. —atajó Keane—. Nos ha sorprendido mucho, no te voy a engañar.

—Quiero que sepa que voy a hacerme cargo de…

—Eso nos ha dicho Tara, sí —lo interrumpió—, pero hay una cuestión más importante aún, al menos para mí.

—Dime.

El hombre se removió. En su rostro solo podía apreciar seriedad.

—¿La quieres? ¿Estás enamorado de ella? —Las preguntas tuvieron la virtud de sorprenderlo. Por unos segundos dejó de respirar y notó que las mejillas le ardían. Antes de que pudiera recomponerse y responder, el padre de Tara continuó—. Hijo, soy de la antigua escuela y creo que todo es bastante más sencillo si hay cariño y amor de por medio. Las cosas no siempre vienen como las habíamos planeado, eso es verdad. Ni tan siquiera en el orden correcto. O lo que pensamos que es correcto.

—Ninguno de los dos había planeado esto, pero… bueno, ha sucedido.

Keane asintió con algo de tristeza en su semblante.

—Verás, voy a confesarte algo; cuando Tara nació ni Maureen ni yo habíamos pensado tener más hijos; ya teníamos a Brianna y a Meghan y no eran unas niñas dóciles precisamente. —Sonrió ante sus recuerdos—. Nos alegramos, por supuesto. Me acuerdo a la perfección del día en que llegó: fue la más pequeñita de todas, una pequeña bolita sonrosada de labios fruncidos, con una pelusilla en la cabecita, que lloraba como una condenada. Ese día, cuando ella apenas tenía unas horas de vida y la cogí en brazos por primera vez, me prometí que iba a hacerla tan feliz como pudiera y le deseé que,

cuando le llegara el momento de encontrar a alguien con quien compartir su vida, que esa persona al menos la quisiera la mitad de lo que yo ya la quería. ¿Eres tú ese hombre, Rory?

La honestidad de Keane Healy lo zarandeó. Tomó su cerveza y le dio un gran trago. Dejó el vaso cuando ya solo quedaba la espuma y apretó los labios con la mirada fija en los restos de su bebida.

—Es verdad lo que dices de que las cosas no siempre suceden como se esperan. Yo… asumo toda la culpa de lo que sucedió y quiero que sepa que voy a cuidar bien de ella y del bebé y…

—¿Pero la quieres? —insistió.

Después de un segundo en el que le mantuvo la mirada al hombre.

—Yo solo sé que antes rehuía estar en casa —comenzó diciendo —. Ahora, cuando ella llega, es el mejor momento del día. Que las horas que estoy lejos de ella son demasiadas siempre y que cuento los minutos para verla. Que la mejor música que puedo escuchar es cuando se ríe a carcajadas. Que jamás he conocido a nadie como ella. Yo, que jamás había pensado en sentar la cabeza y mucho menos en tener un hijo, desde que me contó que estaba embarazada, no veo un plan mejor en mi futuro. Quiero que sea feliz por encima de todo y haré lo imposible para conseguirlo. Y si no es suficiente, lo intentaré un poquito más… —confesó casi sin darse cuenta, vaciándose con tanta sinceridad como pudo ante el padre de la mujer de la que estaba enamorado—. Si todo esto que te he contado significa que estoy enamorado de ella, entonces sí, lo estoy.

Keane lo miró con seriedad. Se sintió nervioso porque este aún no le había respondido y la expresión de su rostro era una máscara imperturbable. Cuando notó que ya no podía aguantarlo más porque el corazón estaba amenazando con salírsele por la boca, el padre de Tara asintió y una sonrisilla afloró por sus labios.

—Me alegra que mi hija te haya encontrado.

Aquella simple frase significaba para él tanto o más que un explícito «te doy mi bendición». Dejó escapar el aire de sus pulmones de una sola bocanada sin importarle quién tenía delante.

—Creo que me va a dar un infarto —dijo mientras se ponía una mano en el pecho.

Soltando una carcajada, Keane le palmeó en el hombro una y otra vez.

—Tranquilo, muchacho. Has pasado la prueba.

—¡Ah! ¿Pero era una prueba?

Keane arqueó una ceja.

—Plantarte delante del padre de tu chica siempre es una prueba, hijo. Anda, tráeme otra cerveza y brindemos. ¿Te parece?

Fue hasta la cocina y tomó dos nuevos botellines.

«Mi chica». Le gustó cómo había sonado.

Regresó al salón enseguida con mucho mejor ánimo. Tan pronto como llegó, Keane tomó una de las cervezas y, sin aguardar a servirla en los vasos, la alzó ante él.

—Salud, muchacho.

—Salud —dijo justo antes de entrechocar las cervezas.

Después de esos incómodos minutos iniciales el padre de Tara se interesó en su trabajo y en su familia y no dudó un solo segundo en acribillarlo con preguntas que él contestó con amabilidad. Corroboró aquella primera impresión que el hombre le causó tantos meses atrás y por fin se pudo relajar.

—Tengo que marcharme. —Keane se levantó del sofá y alzó la mirada hacia el techo—. Mi hija no ha vuelto a bajar.

—Seguro que se habrá quedado dormida —dijo él poniéndose en pie también—. Últimamente está bastante cansada y, en cuanto se sienta, se duerme.

—Sé lo que es eso, sí. A su madre también le pasaba. Cuando se embarazó de Brianna podía pasar el día durmiendo, al menos al inicio. Cuídala, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. ¿Quieres que le avise para que puedas despedirte de ella?

—No, no, déjala descansar. —El padre de Tara rodeó la mesita de café y fue hacia la puerta del salón—. Me ha alegrado hablar contigo. Espero que podamos repetirlo dentro de no demasiado.

—A mí también me ha alegrado —manifestó mucho más tranquilo que minutos atrás—. Y cuando quieras.

Lo acompañó a la entrada. Acababa de abrir la puerta para que Keane saliera cuando este giró y volvió a enfrentarlo.

—¿Ya sabéis qué va a ser?

—No, aún no. Es pronto.

Una nueva sonrisa apareció en el amable rostro de Keane.

—Me encantaría que fuera un niño, aunque lo voy a querer igual sea lo que sea. Va a ser mi primer nieto. En fin, muchacho, no te entretengo más. Gracias por todo.

—Gracias a ti —se apresuró a decir.

El hombre dio un paso en dirección al jardín, pero pareció pensárselo mejor y se giró.

—Ah, por cierto, U2 también es mi grupo favorito.

Con un afectuoso palmeo sobre su brazo, Keane se despidió. Fue hasta su coche, subió a él y, unos segundos después, el vehículo desapareció al dar la vuelta a la esquina.

Se hundió de hombros y suspiró. Sentía los músculos del cuello rígidos. Estaba seguro de que al día siguiente le iba a doler todo el cuerpo. Jamás, que él recordara, había vivido unos momentos tan incómodos, pero se sentía satisfecho con cómo se había desarrollado todo y se alegró de que, al fin, la familia de Tara supiera que iban a ser uno más en unos pocos meses.

Con una sonrisa en los labios regresó a la casa, cerró tras de él y clavó la vista en las escaleras. No escuchaba nada, así que se aventuró a subir al piso superior.

Cuando llegó al rellano enfiló hacia el dormitorio de Tara. En cuanto llegó a la puerta la vio. Al parecer, su intención había sido regresar al salón, porque se había sentado en la cama para aguardar el momento, pero el sueño la había acabado venciendo. Estaba tumbada de lado, con los pies colgando al borde del colchón. Sintió tanta ternura al verla que un estremecimiento le recorrió la espalda.

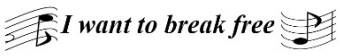
Se acercó a ella tratando de no hacer ruido y le quitó las zapatillas. Echó hacia atrás el edredón que cubría la cama y, subiéndole las piernas, la reclinó sobre la almohada para cubrirla. Tara, dormida, dejó escapar un suspiro satisfecho mientras se acomodaba.

Se tomó la libertad de observarla y notó que el corazón se le expandía en el pecho hasta casi ocuparlo todo. Nunca se había sentido de esa manera; nunca había conocido a nadie que despertara en él el instinto de querer cuidar de esa persona y de querer hacerla feliz. Solo le había ocurrido con Tara.

Todo lo que le había contado a Keane era tan cierto como que el sol se pone por el oeste, recapacitó. Muy despacio, se levantó, fue hasta la puerta y, antes de abandonar la habitación, volvió a echar una ojeada a la cama en donde descansaba Tara.

—Buenas noches, preciosa.

30



Rory tenía muy claro que, para Tara, que sus padres supieran de su embarazo había supuesto un alivio y una liberación. Esa Tara que había estado atisbando últimamente, la que apenas sonreía, que caminaba cabizbaja por la casa y que se encerraba en su cuarto había desaparecido para volver a ser esa mujer vital que él conocía y que sabía que era; una que reía, que pasaba el aspirador al ritmo de *I want to break free* mientras meneaba el culo o que, en cuanto él se distraía un poco, se divertía mortificándolo con alguna frase con doble sentido que solo servía para que cayera un poco más en las garras de la atracción que sentía por ella. Y que lo hacía enamorarse aún más, algo que había creído imposible.

Tara se había propuesto comenzar a estudiar para pasar los exámenes que le permitirían algún día convertirse en una funcionaria del Ayuntamiento de Dublín y alcanzar de esa manera la estabilidad laboral que estaba pendiendo de un hilo.

Esa tarde, como cada tarde cuando él llegaba a la casa, ella estaba en su cuarto, sentada en el escritorio frente a los libros… aunque, como casi todos los días, estaba dormida sobre ellos. Y, cuando eso ocurría, él podía permitirse contemplarla a sus anchas durante un minuto, retirarle el mechón que le ocultaba en parte el rostro y sentir cómo el corazón se le agrandaba en el pecho. Tara quería buscarse un nuevo futuro a pesar de que no fuera el que siempre había soñado. Estaba decidida a darle a su bebé una seguridad que, en ese momento, le estaba faltando, y él la admiraba por ello. Solo podía apoyarla en lo que decidiera.

Tomó aire y suspiró. Lo que Tara despertaba en él jamás lo había sentido por ninguna otra mujer; no sabía clasificar la miríada de sensaciones por las que atravesaba a lo largo del día: se sentía

extraño por ansiar tocarla a todas horas, por desearla con solo convocarla con la mente, por querer cuidarla y protegerla…

Después de armarse de valor y controlar el impulso de acariciarle esa suave mejilla que tenía al alcance de la mano, le tocó el hombro con ternura.

—Tara. Tara —insistió en voz baja.

Las largas pestañas de la mujer aletearon. Se frotó los párpados, desubicada, hasta que su mirada soñolienta recayó en él.

—Hola. ¿Ya has llegado?

—Hace unos minutos, sí —le contestó guardándose las ganas de inclinarse hacia ella y apresar esos labios plenos que se curvaban apenas y que a él se le presentaban en sueños todas las noches.

Tara le echó una hojeada a los libros abiertos sobre los que se había quedado dormida y frunció el ceño.

—Cada vez que trato de ponerme a estudiar apenas aguanto media hora —se quejó. La frustración era muy palpable en su tono de voz—. Solo he llegado hasta el tema tres.

Sin poder contenerse, le pasó una mano por el hombro.

—Te levantas temprano. Es normal que estés cansada. Además, en tu estado… —Sus ojos siguieron a las manos de Tara que, de manera involuntaria, volaban a su vientre cada vez que se mencionaba el embarazo. A él le encantaba aquel gesto protector, uno que parecía estarle vetado a imitar porque sus interacciones físicas eran bastante comedidas. Pensó en cuánto le gustaría acariciarle la incipiente tripita, esa que ya comenzaba a adivinarse debajo de su ropa. Frustrado, dio un paso atrás—. Bueno, voy a preparar la cena. Baja cuando quieras.

Ella se giró en la silla y alzó la vista para observarlo con aquellos ojos color miel que lo dejaban sin saber en qué planeta vivía.

—Rory, es viernes. ¿Te parece si vamos a algún lugar a tomar algo? Bueno, tú, yo me conformaré con un *ginger ale*. Luego, podrías acompañarme al Seven Seas of Rhye. Quiero… contarles por qué no voy a aparecer de nuevo. Lo he hablado con Meghan y también piensa que es lo mejor.

La propuesta lo pilló por sorpresa, pero no por ello le era menos apetecible. Asintió sin dudarlo.

—Claro. Por mí no hay problema.

Ahí estaba de nuevo esa sonrisa que lo perseguía cada vez que cerraba los ojos.

—Estupendo. Me cambio de ropa y enseguida estoy.

Ella se puso en pie, sin embargo, él se quedó plantado en donde estaba, mirándola casi sin pestañear, con el pecho abierto por el deseo de abrazarla; por querer pegarla contra él hasta que se amoldara a su cuerpo y besarla. Y que ella le respondiera como sabía que podía hacerlo, con esa pasión con la que siempre le había dado la réplica. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta acabar en sus testículos. No podía entender cómo podía desearla tanto, así como tampoco podía comprender cómo sus ansias por estar con ella habían alcanzado cotas que jamás había soñado alcanzar con ninguna otra mujer.

—Rory.

La voz de Tara le llegó lejana. Ella insistió.

—Rory.

Sacudió la cabeza y trató de deshacerse de la neblina que empañaba sus sentidos y que, durante unos segundos, lo había reducido a un ser ansioso por unas caricias que, temía, no iban a regresar nunca.

—Eh… ¿Sí?

—¿Te importaría salir? Tengo que…

Sintió que se le encendían las mejillas. Con torpeza dio un paso atrás y luego otro más hasta casi trastabillar con sus propios pies.

—¡Ah! ¡Sí, sí, claro! Perdona. Voy a la cocina. O a mi cuarto a cambiarme. Sí, mejor a mi cuarto. Nos vemos enseguida.

Aceleró el paso para cubrir los apenas cinco pasos que había hasta la puerta y cerró detrás de él.

Tara se llevó la mano al pecho, como si con ese gesto pudiera domar los alocados latidos de su corazón. La cercanía de Rory siempre la afectaba, pero cuando la miraba como lo había hecho segundos

atrás, con hambre contenida, con deseo insatisfecho… Cuando lo hacía, ella perdía el hilo de la conversación que estuvieran manteniendo y solo podía fijarse en sus manos, grandes y fuertes; unas que sabían cómo acariciarla hasta arrancarle gemidos de placer; unas manos que habían dibujado sus curvas; esas que conocían los secretos que su cuerpo guardaba. Buscó un papel sobre el escritorio para abanicarse el rostro y exhaló con fuerza.

«Tal vez no debí estar de acuerdo con su propuesta sobre nada de sexo», pensó con desánimo. Y estaba segura de que, si ella daba el primer paso, Rory accedería. El problema no era Rory. Era ella.

Aunque había luchado contra ellos, sus sentimientos por él habían cambiado. Había sido demasiado fácil adaptarse a vivir juntos, a que estuviera pendiente de ella en todo momento. La enternecía el saber que, al llegar a la casa, la estaría esperando para preparar la cena juntos; no porque necesitara su ayuda, sino porque ese rato les permitía charlar de cómo le había ido el día a cada uno. Y de contarse cualquier otra tontería que se les ocurriera.

Temía que, si volvía a acostarse con él, acabaría admitiendo que se había enamorado y…

«¿Tan malo sería hacerlo?», le dijo una vocecita en su cabeza.

Buscó a tientas el borde del colchón y se sentó. Tal vez debía aceptar que estaba aterrada; aterrada por el cambio que iba a dar su vida en cuanto su hijo –o hija– naciera, aterrada por perder el trabajo que tanto le gustaba, aterrada porque Rory podría acabar rompiéndole el corazón.

Se cubrió el rostro con las manos y exhaló con fuerza. No podía dejar caer el muro que existía entre ellos, aunque a veces se sintiera tentada. Porque hacerlo sería exponerse completamente.

Con resolución se levantó, fue hasta el armario y sacó la ropa. Por fortuna, su embarazo aún no era notorio y no había tenido que cambiar su vestuario, pero sabía que eso podía dar un vuelco de un día para otro.

Tomó unos *leggins*, una camiseta de tirantes para ponerse debajo y un jersey de lana bastante ancho, y estuvo lista enseguida. Utilizó la barra de labios para darse también color a las mejillas y

abrió la puerta dispuesta a unirse a Rory para regresar al Seven Seas of Rhye.

Cuando llegó al salón, Rory ya estaba listo y buscaba algo en el sofá. En ocasiones olvidaba lo atractivo que era. No importaba el atuendo que escogiera; igual de bien le sentaban los gastados pantalones de múltiples bolsillos que utilizaba en el trabajo que unos simples vaqueros –que dejaban de ser simples cuando él los llevaba–. Aprovechó que le daba la espalda para regodearse en su figura, en las largas piernas, la estrecha cintura y en los hombros, que rellenaban a la perfección la camisa informal que vestía. La imagen de Rory le quitaba el aire y convertía sus rodillas en gelatina. Y hacía que añorara la calidez de su cuerpo contra el suyo; la manera, a veces frenética y a veces calmada, en que le había hecho el amor.

Añoraba su tacto.

Lo añoraba a él.

Tomándola por sorpresa, Rory se irguió y se giró. Una sonrisa vistió sus labios y asomó por sus espectaculares ojos.

—¡Ah! Ya estás preparada. —Solo pudo asentir porque no estaba segura de que pudiera articular palabra. Entonces, Rory le dedicó un vistazo apreciativo—. Estás muy guapa.

Sintió que el calor del magma del interior de la Tierra acudía a sus mejillas. Con un meneo de cabeza se deshizo de la turbadora sensación antes de que la delatara.

—No digas tonterías. He pillado lo primero que estaba a mano en el armario.

—Pues lo primero que estaba a mano en el armario —repitió— te sienta muy bien. —Pasó por su lado, tomó su chaqueta y le tendió a ella la suya—. ¿Vamos?

Salieron a la calle. A aquellas horas las casas ya estaban volviendo a la vida con el regreso de sus dueños al hogar y los farolillos que iluminaban las entradas le daban un toque acogedor a la calle.

Rory le tendió el casco y esperó a que ella subiera a la moto. En cuanto estuvo acomodada, se colocó en su lugar, delante. Siempre se debatía entre agarrarlo por los costados o asirse a las agarraderas

que había para tal efecto a ambos lados del sillón. Sin embargo, sus manos parecían tener ideas propias y se aferraron a la cintura masculina. Era el único momento en el que se permitía el lujo de tocarlo sin miedo a dejarse llevar. El leve toque que Rory le regaló al dorso de una de sus manos antes de ponerse en marcha, como si estuviera asegurándose de que se sentía cómoda detrás de él, la sorprendió. El gesto le recorrió el brazo como un azote para dejarla sin respiración y con el cuerpo anhelante por una caricia que durara más. El ruido ronroneante del motor bajo ellos la sacó de un plumazo de sus pensamientos y así abandonaron Warrenmount.

Apenas unos minutos más tarde se detuvieron en un bonito *pub* en el barrio de Liberties, en donde ya habían estado en una ocasión. Recordaba que se había declarado fan de las patatas fritas que allí servían y, al parecer, Rory también se acordaba.

Le dedicó una sonrisa antes de que él la dejara pasar hacia el interior del local.

No tardaron mucho en ponerle delante un enorme sándwich de dos pisos y un buen montón de patatas fritas que parecían recién salidas de la sartén.

—Tengo un hambre que me muero —dijo sin quitarle el ojo a la bandeja.

—Pues anda, come.

En cuanto hincó sus dientes en el apetitoso bocadillo, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de deleite.

—Está buenísimo —dijo con la boca llena—. Creo que sería capaz de comerme el tuyo también.

Rory le tendió su plato y se lo puso a su alcance.

—Nada, aquí tienes.

—¡Era una broma! —comentó tras tragarse el pedazo que acababa de masticar. Empujó la bandeja de Rory de nuevo hacia él —. Cómetelo… antes de que me arrepienta.

Le encantaba verlo reír; ver cómo le brillaban los ojos cuando la miraba, pero aún más le encantaba cómo la hacía sentir: como si fuera de verdad una persona especial para él.

La cena, como casi todas las que compartían, transcurrió entre charlas, risas, anécdotas y bromas. Tan solo se dio cuenta de que

habían acabado cuando fue a tomar una patata de su plato y ya no quedaba ninguna.

De un trago, Rory apuró el resto de cerveza de su vaso y se puso en pie.

—¿Nos vamos? A menos que hayas cambiado de idea y quieras pedirte ese segundo sándwich.

—No, no —se apresuró a contestar, pero sí tomó una de las patatas que habían sobrado en el plato de Rory y, mojándola rápidamente en el kétchup, le dio un mordisco—. Ya estoy.

En cuanto acabaron pagaron la cuenta en la barra y pusieron rumbo hacia el Seven Seas of Rhye. Ella sabía que era temprano para que estuviera ya lleno de parroquianos, pero era justo eso lo que pretendía si quería hablar con calma con Audrey, la dueña del *pub,* y contarle que no iba a volver por allí. Al menos por un tiempo.

—¡Pero mira a quién tenemos por aquí! —escuchó decir desde detrás de la barra. Sergio había soltado el trapo que sostenía con un exagerado gesto y había levantado ambos brazos sobre su cabeza. Se apostó en la barra, se aupó sobre las punteras de sus botas y se abrazó a quien había sido su compañero durante algún tiempo.

—¡Hola, trasto! —lo saludó con afecto.

—¡Ainsss, que te hemos echado de menos! —le dijo antes de estamparle un sonoro beso en la mejilla—. Ya creía que te había tragado la tierra… —Sergio se separó un poco de ella y fijó su vista en Rory, que se había parado a un par de pasos de distancia. El joven arqueó una ceja y sonrió de lado—. O tal vez haya sido él.

—No seas idiota, Sergio —bromeó, aunque no dejaba de hacerle gracia la manera en que su compañero miraba a Rory—. He venido a hablar con Audrey. ¿Está?

—Está —corroboró el chico al tiempo que regresaba su atención a ella—. ¿Para qué quieres verla?

—Eres un cotilla.

—Y a mucha honra.

—Te lo contaré cuando hayamos hablado.

Sergio se hundió de hombros.

—¿En serio? Venga, Queen, dame un aperitivo —lloriqueó.

—Atiende la barra. Luego —dijo ella antes de volverse hacia Rory—. Ahora vengo.

—Tranquila. Te espero aquí.

Rory siguió con la mirada la marcha de Tara hacia la parte trasera del *pub* hasta que la perdió de vista. Y su mente volvió a aquella noche de meses atrás, cuando se presentó allí con el firme deseo de conocer a la DJ de la que tanto había oído hablar.

—¿Así que seguís juntos?

La pregunta lo trajo de vuelta de sus recuerdos. Giró la cabeza hacia Sergio y se apostó en la barra.

—Eso es —asintió con un gesto sin darle más explicaciones.

Sergio se acercó a la barra y se acodó.

—¿Y yo que pensaba que solo te ibas a divertir un rato con ella y «si te he visto, no me acuerdo»? —bromeó el camarero.

Con tranquilidad, tomó asiento en un taburete y observó al chico sin poder contener la sonrisa que se le formaba en los labios cada vez que nombraba a Tara.

—¿Quieres saber algo? Yo también —admitió sin pudor. Regresó la mirada hacia el punto por donde ella había desaparecido—. Solo que no esperaba que…

—¿Fuera tan irresistible? —Sergio acabó la frase por él.

—Podría decir que sí.

—Supongo que la tendrás muy entretenida para que no haya pasado por aquí en tanto tiempo.

«No tanto como me gustaría», pero se calló sus palabras.

—A lo mejor es ella la que me tiene entretenido a mí.

La expresión de fingida estupefacción del joven le hizo soltar una carcajada.

—¡Pero bueno! ¡El cazador cazado! —exclamó—. Que te calé al primer vistazo, guapito. ¡Venga! Una cerveza para ti. Invita la casa.

Sin darle opción a que se negara, Sergio se puso manos a la obra. Apenas un minuto después tenía ante él una espléndida y apetecible pinta de Guinness. Antes de llevársela a los labios, la alzó ante el camarero.

—Por Tara.

—¡Muy bien dicho! —respondió Sergio—. Me gustaría seguir charlando contigo para que me contaras algún que otro cotilleo de nuestra amiga en común, pero me temo que tengo que seguir trabajando. Que te aproveche.

—Gracias.

Le dio un gran trago y dejó de nuevo el vaso antes de girarse hacia el local. Todas las mesas estaban ocupadas. Había algunos grupos que reían y se notaba que se estaban divirtiendo. La música sonaba en los altavoces sin ahogar las conversaciones. Todo el mundo parecía cómodo y estar pasando un buen rato.

Regresó su atención a la cerveza que lo esperaba en la barra y bebió de ella, a la espera de que Tara estuviera de vuelta. Cuando la chica ya no tuviera que asistir a esas sesiones, con total seguridad él no volvería por el lugar. El *pub* estaba bien, como decenas de otros en la ciudad; lo que de verdad había hecho especial ese sitio para él había sido la preciosa DJ. Sonrió al pensar cuánto había cambiado su vida en esos pocos meses, pero rápidamente llegó a la conclusión de que, si pudiera volver a ese punto exacto en que se encontró con Tara en el pasillo de la parte trasera del establecimiento, no cambiaría ni un solo gesto ni una sola frase y haría que todo sucediera igual.

Apenas habían pasado diez minutos cuando alguien le tocó el hombro. Se giró con rapidez y vio a Tara frente a él, con una sonrisa radiante en su precioso rostro.

—Listo —la escuchó decir.

Se giró un poco más para enfrentarla.

—¿Ya has hablado con la dueña?

—Sí. No se ha quedado muy contenta, pero no le queda otra más que aceptarlo.

—Mientras sea esto lo que tú quieres hacer.

—Es justo esto lo que quiero hacer —afirmó ella con un asentimiento tan profundo de cabeza que no le quedó duda alguna.

—Dime cuándo regresas, Queen, anda —escuchó decir detrás de él.

Vio a Tara desviar la mirada hacia Sergio, que se había plantado al otro lado de la barra, con el paño blanco sobre el hombro y los brazos en jarra.

—Me temo que eso no va a suceder.

—Pero…

Tara se acercó a la barra, se puso de puntillas y susurró algo en el oído del muchacho. La reacción de este fue abrir los ojos de manera desorbitada y separarse de ella como si le hubieran pinchado en el trasero.

—¡¿En serio?! —exclamó.

—Muy en serio.

Los oscuros ojos del camarero volaron hacia él.

—¡Ya te vale, semental! ¿Qué ha sido? ¿«Dónde pongo el ojo pongo la bala»? Existen las gomitas, por si…

—Déjalo en paz, Sergio —lo amonestó Tara—. Aquí la culpa no es de uno solo. Además de que no hay culpa, vaya.

La expresión algo enfadada del camarero solo duró un segundo en su rostro.

—¿Puedo alegrarme entonces? —preguntó este con cautela.

—Puedes —admitió ella sin dudar ni un segundo—. Es lo que esperaba de ti.

Sin que hubiese visto venir aquel tipo de reacción, Sergio se incorporó sobre la barra y atrapó a Tara en un apretado abrazo.

—¡Ay, cielo! ¡Si tú estás contenta, yo estoy contento! ¡Felicidades! ¡Un bebé! —El chico se retiró, tomó el paño que descansaba sobre su hombro y se limpió con él una lágrima que en realidad no existía—. ¡Mira! ¡Ya me has hecho llorar! ¿Con qué cara voy a atender ahora a los clientes?

—No seas tonto, anda. —Tara se colocó a su lado y él contuvo las ganas de estirar su brazo, tomarla por la cintura y pegarla a su cuerpo. En cambio, guardó las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero, decepcionado consigo mismo—. ¿Nos vamos? —le preguntó ella.

—¿Ya os marcháis? —quiso saber Sergio.

—Sí —respondió Tara—. Solo he venido a hablar con Audrey.

—¿Vendrás en alguna ocasión? O, al menos, avísame cuando nazca el bebé, ¿quieres? —reclamó el muchacho con un puchero—. Vais a tener un bebé precioso.

Tara lo miró a él y volvió a sonreír antes de devolver su atención a Sergio.

—Claro, te avisaré, por supuesto.

—Anda, lárgate. Estoy a punto de echarme a llorar de nuevo.

Después de que Tara volviera a despedirse de su amigo, los dos abandonaron el *pub*.

Apenas había puesto un pie en la acera, la chica levantó el rostro hacia la fría noche y suspiró. Observó un segundo aquel perfil perfecto de nariz recta y labios plenos que no podía rozar. Aturdido por lo que Tara despertaba en él, se obligó a mirar hacia otro lado para tomar aire, aunque acabó recalando de nuevo en ella.

—Vas a echar esto de menos, ¿a que sí? —le preguntó cuando recuperó el control.

—Sí —contestó Tara sin vacilar y sin mirarlo.

—¿Te estás arrepintiendo…?

No fue capaz de acabar la frase porque temía la respuesta que ella pudiera darle. Tara estaba enfrentando muchos cambios –y más aún que estaban por llegar–, sin embargo, desde que vivían juntos, no la había escuchado quejarse de nada a pesar de que estaba en todo su derecho hacerlo.

La vio arrugar la nariz con la mirada fija aún en el cielo oscuro y, tras unos segundos, acabó negando con la cabeza.

—No, de nada. No me arrepiento de nada. Mi etapa de DJ ha sido muy especial mientras ha durado. He amado ser Queen, pero también amaré ser otras cosas. —Entonces, ella lo miró con interés —. ¿Y tú? ¿Te arrepientes?

—En absoluto —contestó al punto, sin ningún atisbo de duda.

La sonrisa que le dedicó Tara –a él, solo a él– lo dejó pensando que no sabía qué magia había conjurado para que se le hubiese permitido conocerla.

Febrero estaba a punto de acabar sin que los Buckley dieran señales de vida ni tampoco que le dijeran nada sobre el traspaso o la venta de la librería. Tara se sentía extrañamente confiada en que aquel asunto no llegara a materializarse y que la pareja de ancianos recapacitara y se quedaran con el establecimiento.

Mientras tanto, el trabajo continuaba. Por fortuna, ya había entrado en el segundo trimestre de su embarazo y todo parecía desarrollarse como era debido. Se sentía bien, con fuerzas y contenta. Meghan había cogido la costumbre de acercarle a la librería algunos de las delicias que hubiera horneado ese día y así tenían la oportunidad de charlar, aunque fueran unos minutos. También su padre le telefoneaba a menudo para saber cómo se encontraba y además le mandaba besos y abrazos de parte de su madre, pero ella jamás era quien la llamaba. Le dolía saber que Maureen todavía no había acabado de aceptar que ella iba a tener un hijo.

Por supuesto, no le había contado a su padre que, por las tardes, cuando se encerraba en su habitación y el cansancio se lo permitía, trataba de estudiar, aunque aún no existía fecha para el examen. Había perdido por completo el hábito de enfrentarse a decenas de páginas y por eso debía esforzarse el doble que cuando era estudiante. Pero, además, existía un factor que jugaba en contra de que pudiera concentrarse: Rory. Saber que él estaba en la casa, sentado viendo la televisión o en la cocina, preparando la comida, la distraía. Y era incluso peor cuando escuchaba el ruido de la ducha. Entonces perdía por completo el hilo de lo que estuviera leyendo y, por unos momentos, deseaba abrir aquella puerta que los separaba y compartir con él algo más que el agua de la ducha.

Sacudió la cabeza y trató de sacar al hombre de ella, aunque cada semana que pasaba se le hacía más difícil. Aguardaba su llegada a la casa, esperaba sus llamadas, ansiaba los ratos juntos… Estaba perdiendo la cordura poco a poco y no estaba pudiendo hacer nada para remediarlo.

El ruido de la campanita que había sobre la puerta de la librería hizo que se sacudiera.

—¿Tara? ¿Tara Healy?

La chica que acababa de entrar se aproximó a ella luciendo una radiante sonrisa.

Ella encogió los párpados.

—Eh… sí, soy yo —respondió con ciertas dudas.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó la joven. Antes de que pudiera responder, la recién llegada alzó la vista y bufó con inocencia, tan fuerte que el corto flequillo que le caía a medias sobre la frente se movió—. Entiendo que no te acuerdes de mí. ¡Gracias a Dios he cambiado bastante! He perdido treinta kilos y ahora mi pelo es rubio —dijo como si eso no fuera evidente para cualquiera. La chica fijó sus ojos verdes en ella y le sonrió—. Soy Felisha. Felisha Carmichael.

—Felisha… —repitió muy despacio. Entonces, recordó—. ¡Felisha! ¡Claro que me acuerdo de ti!

La mujer palmeó, entusiasmada.

—¡Menos mal que te he encontrado! Me dijeron que trabajabas en una librería, pero no me dijeron en cuál. Esta es la tercera que visito. ¡La tercera! Con las decenas ¡cientos! que existen en Dublín. ¿A que es increíble que te haya encontrado tan pronto?

La retahíla de Felisha le trajo recuerdos de sus momentos en la escuela secundaria. No podía decir que Felisha hubiera sido una de sus amigas más allegadas, pero sí que estaban en la misma clase. Era cierto cuando la chica decía que había cambiado bastante. Ella la recordaba como una adolescente bajita, pasada de kilos, con el pelo muy negro y ortodoncias en los dientes. En cambio, la mujer que tenía frente a ella vestía a la última moda subida en unos tacones de vértigo y luciendo una larga melena rubia que parecía que acababa de pasar por las manos de un peluquero.

Le sonrió y asintió.

—Pues sí, es un poco increíble.

—¡Me alegra mucho verte! De verdad que estás estupenda —le dijo Felisha mientras paseaba su mirada por ella, desde la cabeza hasta los pies con una ancha sonrisa para recalar de nuevo en su rostro.

—Muchas gracias.

—Bueno, tengo poco tiempo, que debo volver a la oficina. —La chica abrió el enorme bolso de marca que llevaba colgado en el codo y rebuscó en él. Al instante sacó un sobre apaisado—. Sí, este es el tuyo.

Se lo tendió con una floritura algo rimbombante. Ella lo recibió con escepticismo.

—¿Qué es?

—Una invitación. ¡Vamos a celebrar una reunión de toda la clase! —exclamó Felisha con demasiado entusiasmo para su gusto—. ¿No crees que es una pasada? Hace unas semanas nos encontramos varios de la clase en… bueno, qué más da en dónde. El asunto es que estuvimos hablando de los viejos tiempos y bromeamos con volver a vernos y tal, ¡pero al final nada de broma! Hemos reservado uno de los salones del hotel de Powerscourt. ¡Son una maravilla! ¿Los conoces?

—Eh… No, no los conozco —contestó con prudencia.

Felisha palmeó con entusiasmo.

—¡Pues tienes que venir! Es dentro de tres semanas. ¡Lo vamos a pasar genial! Ahí dentro te pongo los horarios, los menús a elegir para la comida, la manera de llegar. ¡Todo!

—Pero… —La exaltada conversación la estaba mareando, sin embargo, se esforzó en sonreírle—. No sé… No sé si voy a poder ir.

Su antigua compañera de clase la miró como si le hubiera salido un cuerno entre ceja y ceja.

—¡No digas tonterías! ¡Haz un esfuercito, anda! Vamos a vernos todos después de… ¡Uy! ¿Cuántos años hace que acabamos el instituto? —Pareció reflexionar unos segundos para, al instante, hacer un ademán exagerado con una mano—. ¡Qué más da! El tiempo que haga es demasiado. ¡Tenemos que ponernos al día! ¡Ah! Por supuesto, puedes llevar acompañante. Yo voy a llevar a mi prometido. —Y sin que nadie le preguntara alzó la mano derecha y le enseñó un enorme anillo que brillaba como si le estuviera dando el sol—. Puedes llevar a tu novio, o a tu marido, o a quién tú quieras. Da igual. Solo asegúrate de ir, ¿de acuerdo? —Felisha miró el carísimo reloj que llevaba en la muñeca—. ¡Uy! Tengo que marcharme ya. Dime que vas a venir, anda.

Apabullada, asintió a medias.

—Lo intentaré.

Su antigua compañera le ofreció una exagerada sonrisa.

—Inténtalo con fuerzas. Bueno, me marcho. Ha sido genial hablar contigo. ¡Nos vemos el día de la reunión! ¡Chaíto!

Y como un huracán, Felisha salió de la librería para dejarla sin aire en los pulmones, como si hubiese sido ella la que había hablado sin parar en lugar de la chica que acababa de marcharse.

Se desembarazó de la impresión de haber pasado por un torbellino con una sacudida de cabeza antes de fijar la vista en el sobre que aún sostenía en la mano. Con cuidado lo abrió y sacó de dentro un folleto informativo del hotel y una carta que firmaba Ken O'Leary. Para recordarlo a él no tuvo que hacer ningún esfuerzo porque fue uno de los más populares entre las chicas del instituto.

En la carta le especificaba cuándo y dónde encontrarse el día en cuestión e insistía en que iban a pasar un rato inolvidable mientras recordaban viejos tiempos.

El sonido del teléfono la sacó de la segunda lectura de la carta. Corrió hasta donde lo había dejado, junto al teclado del terminal de venta, y lo tomó. Sin poder evitarlo, sonrió.

—Hola, Rory.

—*Hola, Inglesita*. —Escuchar la voz del hombre, con ese ligero tono que parecía que estuviera bromeando con ella, hacía que contuviera el aliento sin pretenderlo—. *La hora de la cita en la ginecóloga es a las cinco, ¿verdad?*

Asintió como si él pudiera verla.

—Eso es. A las cinco. ¿Por qué? ¿Tienes algún problema?

—*¿Problema? Ninguno y, si lo tuviera, iba a tener que ser otro quien lo resolviera* —contestó él, tajante—. *No pienso perderme esta cita. Te llamaba por si te apetece que te recoja un poco antes y vayamos a tomar un café o… no sé, lo que quieras.*

La cita en cuestión era la ecografía de las veinte semanas y la ginecóloga le había dicho en la anterior visita que, si estaba bien colocado, podría decirles el sexo del bebé. Y Rory parecía haber estado contando los días.

Buscó el apoyo del mostrador y bajó la cabeza para ocultarle la sonrisa al único cliente que había en ese momento en la librería.

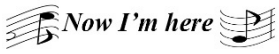
—Está bien.

—¿Sí? ¡Estupendo! —El entusiasmo de Rory era difícil de ignorar —. *Entonces, ¿paso a buscarte a las cuatro? ¿Te viene bien?* — Escuchó un pitido de una máquina y a Rory quejarse—. *Perdona, que casi me atropellan. A las cuatro. Nos vemos, Inglesita.*

Y volvió a escuchar a Rory quejarse a lo lejos antes de que pudiera colgar la llamada.

Las cuatro. Solo faltaban tres horas.

31



Ese día, la sala de espera de la doctora Prescott estaba a rebosar. Incluso había algunas personas de pie junto a las embarazadas a las que acompañaban. Todos aguardaban ser atendidos.

Tara buscó con la mirada a Rory, que se había quedado de pie, apoyado en la pared. Tenía en las manos una revista que pretendía leer, aunque ella sabía que no lo estaba haciendo, porque casi no le prestaba atención. Se fijó además en su lenguaje corporal. Tenía una pierna cruzada delante de la otra, en actitud distendida, pero el pie golpeaba una y otra vez el suelo, delatando así su nerviosismo.

Cada semana su vientre crecía e incluso juraría que había podido notar al bebé en algunas ocasiones, sin embargo, pensaba que sus ganas por sentirlo hacían que se lo imaginara. O que, simplemente, eran gases. Si todo iba bien, ese mismo día podría saber el sexo de quien estaba creciendo dentro de ella. Y eso hacía que se sintiera ansiosa.

Bajó el rostro para que nadie la viera y torció un poco el gesto. Tenía que admitir que también estaba contrariada y gran parte de su estado de ansiedad se lo debía a quien acababa de soltar la revista para tomar otra que tampoco leería.

Cuando Rory se había presentado ante la librería para recogerla, tal y como le había dicho que haría, el único saludo que obtuvo de él fue un cabeceo y un alzamiento de mano. Bueno, para ser justa, pensó, también le había ofrecido una sonrisa, una que la dejó deseando acercarse a él y borrársela con un beso. Sin embargo, idiota como era ella, no lo había hecho.

Durante el rato que estuvieron en la cafetería, habían estado charlando de todo y de nada en especial. Él se mantenía distante aunque afable y eso la estaba convirtiendo en un amasijo de

frustraciones que acabarían saliendo a la luz en el momento más inoportuno, estaba segura.

«Que sí, que habéis quedado en que nada de acercamientos físicos —recordó con fastidio—, pero… no sé, ¡algo!». Se sentía una contradicción andante. Incluso había dejado de mirar alojamientos que le permitieran abandonar la casa de Rory cuando naciera el bebé, o incluso antes.

La relación entre ellos había cambiado desde que vivían juntos. Al inicio de la convivencia, cuando se sentaban en el sofá para ver una película, ella misma había querido mantener las distancias y se acomodaba en el extremo opuesto a donde Rory se solía sentar. Sin embargo, con el paso de las semanas, eso había ido cambiando. Él había permanecido en su lugar, sin embargo, ella había ido acercándose hasta que, sin darse cuenta, había ido buscando su apoyo mientras estaban inmersos en lo que sucedía en la pantalla y había acabado por descansar su cabeza en el hombro de él. La primera vez le pidió disculpas y Rory le contestó con un balbuceó ininteligible que la divirtió, pero aquella tendencia había continuado y, casi todas las noches, se quedaba dormida apoyada en el hombro de Rory. Y en ninguna de esas ocasiones, él había dado muestras de que también estuviera cansado de aquel pacto que, al menos a ella, le estaba pesando demasiado.

Era desquiciante.

—¿Tara Healy?

Al escuchar a la enfermera, alzó con rapidez la cabeza, como si la hubiera pinchado con una aguja.

—Sí. Yo —respondió a la vez que comenzaba a levantarse del asiento.

—Pase, por favor.

Su mirada voló hacia Rory, que ya había soltado la revista sobre la mesa de café y la observaba como si temiera que lo fuera a dejar allí, solo y esperando. Con un gesto, lo animó a que la siguiera. Antes de colocarse delante de él para enfilar hacia la consulta, creyó ver en su rostro una expresión de alivio que la conmovió y la divirtió a partes iguales.

La enfermera los animó a entrar en la consulta. Allí, la ginecóloga ya los aguardaba tras su escritorio.

—¡Hola a ambos! Tomad asiento, por favor.

La doctora procedió a hacerle un montón de preguntas sobre su embarazo y si estaba tomando los suplementos que le había recetado. Asintió a todo.

—Bien, pues pasa y tiéndete en la camilla. Vamos a ver cómo está y, ya de paso, saber si es un muchachito o una muchachita lo que viene en camino. Ahora mismo estoy contigo.

Sintió un nudo en el estómago. Era el momento.

Siguió las conocidas indicaciones y se tumbó en la camilla antes de descubrirse el vientre. Estaba aún acomodándose el jersey bajo el pecho cuando la doctora entró. Tras ella lo hizo Rory, con la expresión de quien teme estar en el lugar equivocado.

—Rory, puedes colocarte a su lado —le indicó la doctora antes de que ella pudiera decirle nada—. Así podrás ver el monitor. ¿Te parece?

—Claro —contestó él con la voz estrangulada.

Siguió sus movimientos y encontró al instante la mirada de Rory, que le dedicó una sonrisa, aunque le pareció algo forzada.

—Bien, antes de nada, veamos cómo se encuentra.

La sensación del gel al tocar la piel de su vientre le hizo dar un pequeño respingo. Sin aguardar ni un segundo, la doctora colocó la sonda y la paseó por él. La detuvo cuando la sombra gris que le ofrecía el monitor cambió.

—Aquí lo tenemos.

Se incorporó un poco para verlo mejor y, sin darse cuenta, contuvo el aliento. Al contrario que en las anteriores ocasiones, la imagen era muy nítida y la forma de un bebé mucho más desarrollado apareció enseguida. La cabeza ya no era tan grande con respecto al cuerpecito como la última vez que lo vio y ya se podían apreciar la naricilla y los labios. Le pareció increíble que ese pequeño ser estuviera creciendo dentro de ella.

Sin aún haber recuperado el aliento, giró la cabeza hacia donde estaba Rory. El hombre los observaba a ella y al monitor de manera alternativa como si no acabara de creer lo que tenía ante él. Y,

entonces, le sonrió. No supo si fue el bebé al moverse o si fueron las mariposas en el estómago a causa de aquella sonrisa, pero se quedó sin respiración.

—Ahora vamos a escuchar su corazón, ¿de acuerdo? —La pregunta de la doctora la trajo de regreso.

—¿Podemos? —quiso saber Rory con interés.

—Por supuesto que podemos —respondió la doctora. De repente, la habitación se llenó de un sordo y vigoroso tamborileo que la descolocó—. Ahí lo tenéis.

Alzó la mirada como si fuera capaz de ver el sonido que flotaba sobre ellos y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al escucharlo. Sin esperarlo, notó un pequeño roce en la mano que mantenía a su lado, sobre la camilla. Vio cómo Rory la buscaba a tientas, tan absorto como ella en el invisible repiqueteo. Conmovida por el espontáneo gesto, asió sus dedos con ganas y se aferró a ellos.

—Pero… suena muy rápido. ¿Debe ser así o…? —preguntó Rory con una pizca de incertidumbre en su tono de voz.

—Debe ser así —replicó la doctora con tranquilidad—. Está muy saludable. Y ahora… Veamos si nos deja verlo. O verla.

Siguió con impaciencia el proceder de la mujer que, mientras paseaba la sonda del ecógrafo por su barriga, observaba con interés a la pantalla. Unos segundos después, la doctora chascó la lengua.

—Pues no. Tiene las piernas cruzadas y la postura no ayuda.

Sus ojos regresaron a Rory y, como si él intuyera cada momento en que lo miraba, encontró su vista fija en ella.

—Bueno, no pasa nada —le comentó a la doctora y él le mostró estar de acuerdo con un asentimiento de cabeza.

—Entonces regresemos a la consulta. Cuando te limpies puedes vestirte. Os espero allí.

Aún por unos segundos, Rory le sostuvo la mano. Incluso le pareció que le molestaba soltársela, pero no tuvo más remedio que hacerlo. Aun así, él se quedó junto a ella.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó mientras ella se retiraba del vientre aquella especie de mejunje transparente.

—No, no. Muchas gracias.

Rory aguardó, aunque le dio espacio para que continuara limpiándose, incluso miró hacia otro lado para que pudiera acomodarse la ropa con tranquilidad, lo que le pareció encantador por su parte. En cuanto estuvo lista, se puso en pie, se ajustó la ropa y juntos regresaron a la consulta.

Después de leerle todos los resultados, los emplazó para el mes siguiente, pero con la consigna de que podía adelantarla en caso de necesitarla.

Sintiéndose tranquila y contenta, abandonaron la clínica.

A pesar de que marzo ya estaba asomando en el calendario, las tardes eran tan frías como si estuvieran en pleno mes de enero. Se subió el cuello del chaquetón y se arrebujó en él.

—¿Quieres ir a casa o prefieres que vayamos…?

—A casa —respondió ella interrumpiéndolo—. Prefiero ir a casa.

Rory asintió y, sin más, la guio hacia donde había dejado estacionada la motocicleta.

Quince minutos después estaban en Warrenmount. Ella entró precediendo a Rory y, en cuanto dejó su abrigo en el perchero, fue hasta el salón, dejó el bolso sobre la mesa y se sentó en el sofá.

Se notaba exhausta. Lamentaba sentirse así cuando caía la tarde, pero poco podía hacer más que sentarse, tomar una ducha y cenar algo. Y con un poco de suerte, podría leer al menos un tema para el futuro examen. O también podría acomodarse en el sofá junto a Rory y tratar de ver una serie en la televisión, aunque se contentaba con charlar un rato. Y, si tenía que ser sincera consigo misma, esa opción era la que más le apetecía.

Rory se acomodó a su lado. En su cara se dibujó una expresión preocupada.

—¿Decepcionada por no saber el sexo del bebé?

La pregunta la tomó por sorpresa. Se incorporó un poco y se apresuró a negar con un tajante movimiento de la cabeza.

—En absoluto. No me importa. Más aún, no me importa si llega el día del parto y no lo sabemos. ¿A ti te importaría?

Rory pareció considerarlo unos segundos.

—No —respondió—. Tampoco me importaría. Salvo que…

—¿Qué?

—¿Deberíamos empezar a comprar…? Ya sabes, los bebés necesitan muchas cosas y aún… —Lo vio pasarse la mano por el pelo y resoplar—. No tengo ni idea de cómo va todo esto, ni cuándo hay que empezar, ni…

—¿Quieres que comencemos a mirar cunas y cosas por el estilo? —lo interrumpió. Ella tampoco había caído en que, tal vez, deberían empezar a echarle un vistazo a todo lo que, suponían, iban a necesitar cuando el bebé llegara—. Podemos…

—Vale, me parece bien. —Fue el turno de él de interrumpirla. Por su expresión entendió que su propuesta le gustaba; los ojos le brillaron y la intensa mirada que le dedicó la dejó sin saber qué más debía decir o en dónde estaba sentada.

Asintió notando que se le sonrojaban las mejillas. En las últimas semanas no entendía bien a su cuerpo. Sentía que se acaloraba con mayor frecuencia y le echó la culpa al embarazo.

«Aunque puede que cierto hombre tenga también algo que ver». No pudo negarlo porque sabía que llevaba razón. Y lo peor de todo era que se sentía frustrada cuando aquellos roces casuales se quedaban solo en eso. Aún tenía muy vivas en su mente todas y cada una de las veces que se acostó con Rory; su manera de acariciarla, su forma de besarla y de llevarla hasta los límites del placer y de hacerla sentir viva, más de lo que se había sentido en los brazos de ningún otro hombre.

Y ella se estaba esforzando en mantenerlo en la zona de «compañero de piso».

No lograba entenderse.

Carraspeó y se afanó en alejar de su mente cualquier imagen de Rory que no fuera una del hombre en una actitud inofensiva y que no implicara poca ropa ni ninguna superficie plana. Sacó del bolso los documentos que le había dado la ginecóloga y las medicinas que habían recogido en la farmacia. En cuanto lo puso todo sobre la mesa, Rory se aligeró en tomar la imagen de la ecografía que le había dado la doctora. Lo vio sonreír sin retirar la mirada de la pequeña fotografía.

—¿A quién dirías que se parece?

La pregunta la divirtió. Se inclinó un poco en su dirección y se fijó en la imagen.

—No lo sé. Aún es pronto para saberlo, ¿no?

—Yo creo que se parece a ti —comentó Rory, divertido—. Esa naricita es inconfundible.

La divirtió la observación. Se acercó aún más a él hasta que sus hombros se rozaron y trató de enfocarse en la silueta que mostraba la fotografía, pero le estaba siendo muy difícil porque podía notar a la perfección el calor que emanaba del cuerpo de Rory. Incluso el olor que estaba aprendiendo a asociar con él y que le gustaba; tanto que cerró los ojos e inspiró con deleite antes de darse una colleja figurada.

«Eres idiota, Tara».

—Yo no diría tanto —se esforzó por decir, regresando de nuevo la atención a la ecografía—. Hasta que no nos hagamos una ecografía de alta resolución…

Rory giró la cabeza hacia ella con rapidez.

—¿Eso existe?

—Claro que sí. —Tomó el móvil, hizo una búsqueda rápida y le mostró los primeros resultados que aparecieron—. Son así.

Le encantó observar cómo la expresión de Rory cambió de la sorpresa inicial a una más dulce y sonriente.

—No puedo esperar a verlo. ¿Cuándo se puede hacer?

Su entusiasmo era contagioso, así que buscó en uno de los artículos.

—Dice que entre la semana veintiséis y la treinta. Llamaré a la doctora Prescott para que me dé una cita.

Rory asintió, pero aunque ella creyó que iba a comentar algo más, se mantuvo callado. Despacio, colocó la ecografía sobre la mesa con delicadeza.

—Muchas gracias por dejarme formar parte de todo esto. —Señaló con la mano hacia los documentos médicos y la ecografía—. No me habría gustado perdérmelo.

Su tono de voz era tan formal que hizo que se estremeciera por lo que implicaba.

—Jamás contemplé no contártelo —dijo al instante.

Rory le sostuvo la mirada unos segundos, los únicos que necesitó para dejarla sin aire. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras que los ojos del hombre barrían su rostro muy despacio, deteniéndose en sus labios como si estuviera evaluando la posibilidad de acercarse a ella y besarla.

«Hazlo, por favor. Hazlo», se encontró deseando con tanto fervor que las manos que mantenía sobre su regazo se volvieron dos puños en tensión, a la espera de que él diera el primer paso.

«¡Bésalo tú, idiota! ¡Haz algo, maldita sea, Tara!».

Antes de que pudiera dar el paso, Rory alzó la vista y puso distancia entre ellos; una distancia que le golpeó el estómago.

—Gracias —dijo él al fin.

—No hay de qué —contestó ella a duras penas, con la garganta seca y cerrada y sintiendo que las mejillas se le sonrojaban.

Rory se levantó y se apresuró a recoger los documentos que había frente a él. Entonces, se detuvo en un sobre, el mismo que le había dado Felisha esa misma tarde.

—¿Y esto también te lo ha dado el médico? No me había fijado.

—No —le aclaró enseguida—. Es una invitación para un encuentro que han organizado mis antiguos compañeros del instituto.

—Ah, estupendo. Seguro que lo pasas muy bien.

—Aún no sé si voy a ir.

La mirada extrañada de Rory recaló en ella.

—¿Por qué no? Seguro que te gustará reencontrarte con ellos.

Ella se encogió de hombros sin retirar la vista del sobre que él aún sostenía.

—No lo sé. Lo pensaré.

—Muy bien. Bueno, si me disculpas, voy a la ducha y a preparar la cena. ¿Qué te apetece comer? —preguntó él mientras rodeaba la mesita en dirección al vestíbulo.

—Rory.

—Dime —respondió él, con una mano apoyada en el dintel de la puerta que estaba a punto de cruzar.

Ella se levantó muy despacio.

—¿Tienes algo que hacer el sábado 12? Dentro de tres semanas —soltó esperanzada.

Él pareció considerarlo unos segundos, los suficientes para que ella aguardara con impaciencia su respuesta.

—No —contestó finalmente.

—¿Te apetece acompañarme a la reunión? Me gustaría mucho que vinieras conmigo.

—¿En serio?

—Muy en serio —afirmó con seguridad.

La sonrisa que emergió de los labios del hombre no hizo nada para ayudarla.

—Entonces, estaré encantado de ir contigo, Inglesita.

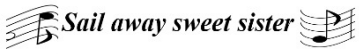
Con una última expresión que la dejó pensando en dónde estaba en pie, Rory puso rumbo al piso superior.

Como si sus rodillas no pudieran hacer nada más por sostenerla, se dejó caer en el sofá. Se llevó la mano al pecho, allí donde su corazón latía desbocado, y lo palmeó con suavidad mientras tomaba aire.

—Tranquilo, tranquilo. Que tienes que llegar vivo al día 12.

Si Rory seguía mirándola de aquella manera en que acababa de hacerlo, lo dudaba mucho.

32



Rory no sabía bien qué le ocurría a Tara. La notaba entre despistada, intranquila y olvidadiza, o todo al mismo tiempo. Tenía la ligera sospecha de que podría estar relacionado con la reunión que tendría con sus compañeros de estudio.

La misma mañana en que iba a tener lugar el encuentro, la escuchó trastear en su habitación más temprano de lo habitual, pero no le dio demasiada importancia, ya que el embarazo la hacía visitar con más frecuencia el baño. Él se desperezó y se cubrió el rostro con el antebrazo, cansado. Llevaba semanas en las que le costaba dormir y, cuando lo lograba, Tara era la reina absoluta de sus sueños. Se despertaba a mitad de la noche con las manos doloridas, ardiendo de deseo por tocarla y ansioso por tenerla a su lado y abrazarla. Cada día, y cada noche, que pasaba era peor.

Estaba decidiendo si debía levantarse ya cuando un grito lo hizo incorporarse de golpe. Sin pensárselo mucho, saltó de la cama y sin ponerse el pantalón del pijama o las zapatillas, corrió a la habitación de la mujer.

Se detuvo en el umbral de la puerta con el corazón a punto de salirse de su pecho.

—¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Estás bien?! —farfulló.

Las sospechas que había tenido sobre la reunión se confirmaron: Tara estaba delante de un armario que parecía haber explotado y arrojado todas las prendas que contenía hacia la cama que estaba a su espalda. Los ojos de la chica lo miraban como si se hubiera materializado de la nada.

—¡No sé qué puedo ponerme!

En cuanto se percató de cuál era realmente la urgencia, se inclinó hacia adelante, apoyó ambas manos en las rodillas y soltó de golpe el aire que se le había quedado atascado en los pulmones.

—Joder, Tara, me habías asustado —resopló con alivio—. Creí que te pasaba algo.

Ella se acercó con una expresión de disculpa pintada en el rostro.

—¡Ay, lo siento! No pretendía…

Se incorporó muy despacio y negó con la cabeza.

—Da igual. —Le echó un vistazo al montón de ropa y sonrió—. Vas a estar preciosa con lo que elijas.

El resoplido que dejó escapar Tara lo divirtió.

—Si entro en alguna de esas ropas —farfulló ella con las manos en la cintura.

Aún llevaba puesto su pijama, tenía el pelo suelto y todavía ni se había lavado la cara, pero para él no podía estar más bonita. Las ganas de abrazarla y de no soltarla volvieron.

«Rectifica, cretino. Esas ganas jamás se han ido».

Conteniéndose, como llevaba haciendo desde que se había ido a vivir con él, le sonrió.

—Ya verás que encuentras qué ponerte.

—Yo no estaría tan segura —refunfuñó Tara antes de regresar su atención al interior del armario.

—Bueno, voy a la ducha. ¿O necesitas algo?

Ella lo miró con ojos entornados.

—Tiempo para ir a comprarme un vestido. Debí haberlo previsto.

Se acercó a ella y la besó en la sien. Y cuando notó que se envaraba bajo su breve contacto fue consciente de que no había podido hacer nada para no acercarse a ella. Incómodo, se pasó la mano por el pelo.

—Enseguida estoy —se disculpó con torpeza.

Enfiló hacia el baño con tanta rapidez que la puerta se cerró de un golpe a su espalda. Cada vez le resultaba más difícil mantenerse alejado de ella, pero lo último que deseaba era incomodarla y que se replegara todavía más en sí misma. Se apoyó en el lavabo, bajó la cabeza y suspiró con ganas. Iba a volverse loco.

«Tú concéntrate en mantener la calma, ¿de acuerdo?». Era mucho más sencillo pensarlo que hacerlo.

Se giró, dejando escapar un gemido de frustración fue hasta la ducha y abrió el grifo. Haciendo honor a su palabra, diez minutos después ya estaba preparando el desayuno en la cocina.

Le echó una ojeada al reloj que había en la pared opuesta. Tenían tiempo de sobra, aunque llegar hasta Powerscourt les llevaría casi cincuenta minutos en coche por carreteras que en nada se parecían a las autopistas.

Se dio prisa en tener el desayuno listo. No podía entretenerse tanto como otras mañanas, así que se decidió por preparar tostadas para ambos y café descafeinado, al que él también se había acabado aficionando. Y un poco de fruta para Tara.

—¡El desayuno está listo! —gritó desde las escaleras.

Escuchó unos pasos rápidos en el descansillo del piso superior.

—¿Podrías subírmelo, por favor? Voy para la ducha y como me entretenga demasiado no llegaremos a tiempo.

—De acuerdo —contestó.

Con el plato en una mano y la taza en la otra, subió hasta la habitación de Tara, lo dejó todo sobre el escritorio y bajó de nuevo a la cocina. En cuanto acabó de desayunar y de recoger, subió a su habitación para comenzar a arreglarse.

Escuchó el agua correr y sonrió. Tenía que admitir que le encantaba aquella dinámica entre ellos, como si fueran una pareja… aunque en realidad no lo fueran. Se lamentaba de ello cada día; se lamentaba de no saber cómo dar el primer paso para acabar de atravesar la barrera que aún seguía levantada en torno a Tara. No sabía cuánto tiempo más podría durar, pero ya era suficiente.

Tardó poco en arreglarse y bajó al salón para aguardar a Tara sin meterle prisa.

O'Malley dormitaba en el sofá. El gato lo miró con suspicacia cuando se sentó a su lado.

—Hoy no has venido a despertarme, ¿eh? ¡Oye! No se te habrá ocurrido molestarla a ella, ¿verdad? Te juegas tu naranja pellejo, no es por nada.

El animal maulló con desidia y desvió la mirada hacia otro lado.

—Eso, tú hazte el loco, que nos conocemos —lo riñó no sin cierta diversión. Quería a aquel puñetero engendro naranja del

demonio.

—¡Ya bajo! —oyó gritar a Tara desde el piso de arriba.

—Bueno, colega, cuida de la casa, ¿de acuerdo? Y no hagas ninguna trastada.

O'Malley ni se molestó en mirarlo. Le acarició el lomo antes de levantarse y dirigirse al vestíbulo para tomar su cazadora.

Estaba colocándose bien el cuello de la prenda cuando escuchó los pasos de Tara al bajar las escaleras. Alzó la cabeza y sus manos quedaron suspendidas en el aire al verla. A su mente regresó aquella primera vez en el Seven Seas of Rhye; el momento en que se acercó a él en el pasillo después de su sesión; la sensación de estar mirando de frente a la mujer más hermosa que había tenido la suerte de conocer.

«No. Miento. Hoy está más bonita aún». Era una verdad del tamaño de la catedral de Saint Patrick.

No sabía de dónde había salido su temor de que no tenía nada que ponerse porque, para su gusto, el vestido de punto verde oscuro que llevaba estaba hecho para ella. El suave tejido se le amoldaba a cada curva como un guante. Era la primera vez, que él supiera, que vestía algo que revelara su barriga de embarazada, ya notoria, y no podía sentarle mejor. El ruedo de la falda, que le llegaba hasta la mitad del muslo, dejaba expuestas sus largas piernas enfundadas en unas finas medias negras y rematadas con unos botines de caña baja y tacones altos. Se había recogido el pelo en un moño algo suelto y había dejado escapar unos mechones de pelo para que le enmarcaran el rostro. Para concluir, el único toque llamativo de maquillaje que llevaba era un lápiz de labios de un subido tono rojo que despertó en él las ganas de borrárselo a base de besos.

Notó la garganta seca y creía que cualquier frase que pudiera formular para definirla no le haría justicia.

Cuando se detuvo ante él, Tara le sonrió.

—¿Cómo estoy?

Su mente casi no registró la pregunta; lo único que rondaba por su cabeza era el deseo de tomarla de la mano y de encerrarse con ella en su dormitorio hasta que admitiera que lo echaba tanto de menos como él la echaba de menos a ella.

Se obligó a parpadear para darle tiempo a su cuerpo a que no ardiera por combustión espontánea.

—Eh…

Tara arrugó el ceño.

—¿No me queda bien? ¿Crees que debo ponerme otra…?

—¡No, no! —No podía pensar en que ella se quitara el traje porque él iría detrás como un oso tras la miel—. Estás preciosa. Te… Te queda muy bien —balbuceó.

Sintió que las mejillas le ardían. La sonrisa que ella le ofreció no ayudó en absoluto para que se templaran.

—¿En serio?

—Por supuesto.

La chica acabó de bajar los escalones que le quedaban y se apostó frente a él. Los tacones la hacían parecer más alta de lo que ya era. Sus ojos se fijaron sin remisión en su boca, a la altura perfecta en ese momento para inclinarse un poco, atraparla y sumergirse en ella en una batalla de lenguas. Y hacerla olvidar que tenían que ir a alguna parte.

Con torpeza, se alejó un poco y acabó por adecuarse la cazadora. Tomó el llavero que estaba sobre el mueble de la entrada e hizo un gesto con el brazo en dirección a la puerta.

—Si estás lista…

La vio echarse sobre los hombros el abrigo que llevaba en una mano, del cual él no se había percatado, y pasó delante. El aroma de su perfume le hizo cerrar los ojos y aspirarlo con fuerza. No pudo hacer nada para evitar que cada célula de su ser vibrara ante aquel asalto.

«Va a ser un día larguísimo». Tomó aire con avaricia y rezó para que sirviera para enfriar su cuerpo. Volvió a respirar más tranquilo y, un minuto después, ambos estaban en la calle.

Se dirigió hacia el coche que estaba estacionado frente a su puerta. Tara se detuvo a unos pasos de él.

—¿Y este coche? —preguntó intrigada.

—Es del trabajo —le respondió—. Le pedí a Kevin que me lo prestara para hoy. Casi me saca un ojo al arrojarme el bolígrafo.

—¿En serio? ¿Por tomarlo prestado? —Tara se sentó a su lado.

—Por preguntarle si podría llevármelo. Según él no tengo por qué pedirle permiso para hacerlo y puedo disponer de los medios de la empresa cuando quiera.

—¡Ah! —respondió ella mientras él se abrochaba el cinturón—. Un detalle de su parte, y creo que lleva razón. Eres alguien muy importante para tu primo y para la empresa. Yo estoy de acuerdo con él, y si no puedes usar los medios cuando los necesitas… —Entonces, ella pareció percatarse de algo, porque apretó los labios al tiempo que se giraba en su dirección—. ¡Ay! No te he agradecido que me lleves a Powerscourt.

—Técnicamente —le respondió a la vez que miraba por el espejo retrovisor para abandonar su calle—, no te estoy «llevando» —incidió—. Te estoy acompañando. Y da la casualidad de que tengo coche. Prestado, eso sí, pero tengo.

La vio reír con ganas ante su réplica. Le encantaba cuando la apreciaba tan relajada y sonriente.

El camino hacia el hotel en donde iba a reunirse la clase de Tara lo hicieron en una conversación constante. Saltaban de un tema a otro sin parar. Se sentía muy cómodo con ella, más de lo que jamás se había sentido con ninguna otra mujer. Tara había comenzado a hablarle de una novela que estaba leyendo y que, decía, estaban vendiendo muy bien en la librería. La observó por el rabillo del ojo y echó cuentas de con cuántas mujeres había hablado de manera tan relajada. Acabó muy pronto sus cálculos: con ninguna. Con otras, lo que menos hacía era hablar. Con Tara incluso podía decir que era una de las partes más divertidas de vivir juntos.

«Acostarse con ella sería más divertido, pero aún tenemos que trabajarlo un poco. No pierdas la esperanza, colega», se dijo.

No, no la perdía. Esperaba que aquella insospechada convivencia se convirtiera en algo duradero y firme. Aceptar que estaba enamorado de ella le había dado la perspectiva que necesitaba para luchar por eso que estaba comenzando entre ellos.

—Rory, ¿has escuchado algo de lo que te he contado?

Giró la cabeza hacia ella y apretó los labios antes de asentir.

—Por supuesto que sí.

—¿Sí? Bien, dime el nombre de la novela de la que te he estado hablando.

—Eh… ¿Cincuenta sombras de Grey?

La ceja de Tara llegó hasta el nacimiento de su pelo.

—¿Ves?

No pudo evitar soltar una carcajada.

—Estaba bromeando. Me has hablado de esa serie de Windy City de Liz Tomforde y de que te ha encantado el último de la saga y que te parece el broche perfecto para ella. Y no, no he leído jamás nada de eso que llaman «sport romance». Y sí, puedo hacer un esfuerzo por leerla y ver si me gusta. —La miró por el rabillo del ojo y dibujó una sonrisa ladeada—. Entonces ¿me he perdido algo?

Tara se removió en su asiento para enfrentarlo. Parecía seria, pero su expresión cambió al instante para ofrecerle una sonrisa que le hizo contener la respiración.

—No. No te has perdido nada. Enhorabuena, señor McCoy, es usted un excelente oyente.

—Soy excelente en muchas cosas, cielo. Y si piensas que voy a perderme algo de lo que digas, estás muy equivocada. Inglesita —incidió no sin retintín mientras le guiñaba un ojo.

La respuesta de Tara fue sacarle la lengua.

Dios, pensó, cómo le encantaban aquellos rifirrafes entre ellos.

Se irguió un poco más en su asiento y miró hacia la carretera. A ambos lados de esta todo estaba verde, como toda la campiña del condado de Wicklow, que era en donde estaba enclavado el hotel en el que se iba a celebrar la reunión. Las lluvias de los últimos días parecían haberles querido dar una tregua y el sol lucía radiante en un cielo azul sin apenas nubes.

Continuaron con la charla un rato más hasta que un letrero le indicó el desvío que tenía que tomar para llegar hasta el hotel.

—Ya casi estamos —anunció mientras ponía el intermitente. La manera en que ella se incorporó en el asiento le llamó la atención—. ¿Estás nerviosa por volver a ver a tus antiguos compañeros?

La vio apretar los labios antes de asentir tímidamente.

—Un poco. A la mayoría hace años que no los veo. Solo he tenido contacto con unas cuantas compañeras, pero de forma

esporádica.

—Seguro que eras la sensación de tu clase. Esa por la que todos los chicos se morían por salir.

La carcajada de Tara le hizo girar la cabeza hacia ella.

—¡Qué va! —consiguió decir al fin—. Era una adolescente delgaducha, sin pecho, a la que no miraban dos veces y con las carpetas forradas con fotos de Queen en lugar de tener a The Script o a Justin Timberlake. Y leía sin parar. Siempre estaba con un libro en la mano. Creo que el mejor regalo que me hicieron mis padres nunca fue mi primer lector digital. Aun lo conservo. Se le saltó uno de los botones de tanto pasar páginas.

Le encantaba imaginarse a una Tara adolescente, con su naricita metida en los libros, aunque fuera de manera figurada.

—Tus compañeros eran tontos —resopló—. Yo te habría mirado y te habría invitado a salir.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sin dudarlo —afirmó con un seguro cabeceo.

—Pero habrías odiado mis gustos musicales —rebatió ella con diversión.

—Eso es verdad. Perfecta no podías ser.

—¿Quién te dice que te habría hecho caso?

Aunque continuaba con la vista fija en la carretera, le echó un vistazo por el rabillo del ojo.

—Me habrías hecho caso —replicó con firmeza—. Estoy seguro de ello. Soy irresistible.

Ella volvió a reír.

—¡Tienes el ego del tamaño de una catedral! —contestó cuando fue capaz de articular palabra.

Le encantaba el sonido de su risa y le encantaba verla llevarse las manos a la tripa y sostenerla. Algo muy cálido se expandía en su pecho con solo mirarla, algo que le hacía caer más y más en el embrujo de Tara.

Apenas un minuto después, la vio incorporarse en el asiento y mirar al frente.

—Ya hemos llegado —dijo ella en cuanto la pequeña carretera por la que circulaban acabó en un despejado semicírculo al que daba

el amplio y majestuoso frontal del hotel Powerscourt.

Dejó el coche en el estacionamiento y ambos bajaron de él. El momento distendido con Tara había pasado y ella volvía a verse envarada y seria. Mientras caminaban hacia la puerta de entrada se colocó a su lado y, con un gesto tranquilizador, le acarició la espalda.

—Vas a pasarlo genial, ya lo verás.

Tara torció un poco los labios, pero acabó asintiendo antes de entrar en el hotel.

En cuanto traspasaron las puertas rotatorias, la suave música y un aroma a lavanda lo asaltó, como también lo hizo una chica apenas pusieron un pie en el fastuoso vestíbulo.

—¡Tara! ¡Tara! —exclamó con evidente entusiasmo—. ¡Me alegra tanto que confirmaras que ibas a venir! —Entonces, su atención recaló en la barriguita de Tara, que asomaba por el abrigo sin abotonar. Los ojos de la mujer se abrieron y las miró a ella y a la tripa de manera alternativa—. ¡Estás embarazada! ¡¿Cómo es que no me lo dijiste?! ¡Ay, que estás esperando un bebé!

Tara se vio envuelta en un abrazo que, a juzgar por su expresión, no esperaba. Lo miró sobre el hombro de la chica y compuso una mueca divertida.

Entonces, con la misma rapidez con la que se había conducido hasta ese momento, la mujer se volvió hacia él.

—¡Y tú serás su marido! ¡Hola! Soy Felisha. —Y le tendió una mano.

—Rory McCoy. Encantado —le respondió al saludo.

—Me alegro mucho por los dos. Tara me dijo que iba a venir acompañada, pero no sabía que… —Felisha pareció darse cuenta ella misma de su diatriba y le restó importancia con un gesto del brazo —. Bueno, da igual. Os voy a llevar al salón que nos han preparado. ¡Ya veréis qué bonito ha quedado! Ya han llegado muchos. Venid por aquí.

Felisha partió delante de ellos con un rápido caminar. Antes de seguir sus pasos, se inclinó hacia Tara.

—Ha supuesto que soy tu marido. —Tuvo que hacer un esfuerzo para que los músculos de la cara no se le quedaran agarrotados por la sonrisa que trataba de mantener a raya.

La chica dio un paso a un lado para mirarlo con fijeza.

—¿Pensabas que iba a desmentirlo? Eso es un poco de adolescentes, ¿no crees?

—A lo mejor es que te gusta.

—A lo mejor es que te gusta a ti —replicó ella al instante—. Baja de la nube, anda. Tal vez en tus sueños…

«Tal vez en mis sueños, sí».

Tardó unos segundos en reaccionar porque no paraba de pensar lo bien que había sonado a sus oídos las palabras de quien les había dado la bienvenida. Tuvo que correr un poco para alcanzar a Tara.

—¿Siempre fue así? —preguntó él tras acercase lo suficiente para que su anfitriona, que seguía hablando, aunque a nadie en concreto, no lo escuchara.

—Siempre —admitió Tara—. Era incombustible. La delegada perfecta, la estudiante perfecta… Pero, en el fondo, es buena chica. Solo hay que aprender cuándo desconectar un poco.

Se esforzaron en seguir el ritmo de Felisha. Atravesaron un salón amplio hasta que acabaron en un solárium. El lugar estaba preparado con mesas redondas vestidas con finos manteles de lino y centros de mesas con flores. Al fondo, un grupo bastante numeroso de hombres y mujeres charlaba de manera animada.

—¡Chicos! ¡Tara está aquí! —exclamó Felisha al llegar al grupo y señaló hacia ellos—. Y viene con sorpresa.

Notó que ella se detuvo un segundo antes de continuar hacia el corrillo y también se percató de que la sonrisa que lucía era una muy forzada que en nada casaba con ella. Cuando sus antiguas compañeras se dieron cuenta de que el embarazo era la anunciada sorpresa, algunas de ellas corrieron a felicitarla y a abrazarla con exageradas muestras de cariño.

—¡Ya creíamos que no vendrías! —dijo una mujer alta, con una melena larga que se esmeraba en acomodar una y otra vez sobre su hombro derecho.

—Es verdad —recalcó un hombre con una expresión afable dibujada en su acalorado rostro—. Luke no va a venir. Está en Francia, trabajando. ¿Lo sabíais?

La información hizo eco en el grupo; algunos se lamentaron de la ausencia del mencionado compañero, otros ni siquiera lo registraron. La reacción de Tara fue envararse y perder la sonrisa forzada que lucía. No le pasó desapercibida su incomodidad, pero no pudo hacer nada porque un par de mujeres se acercaron a ella y la abrazaron.

Durante un buen rato estuvo saludando a los compañeros y compañeras de Tara. Estrechó las manos de todos y la mayoría le dieron la enhorabuena por su próxima paternidad. Y a cada uno de ellos le correspondió con una verdadera sonrisa.

Aunque muchos fueron reclamando la atención de Tara, ella siempre acababa regresando a su lado. Y cada vez que lo hacía, se lo agradecía con un mohín cómplice. Él era una persona que solía encajar en cualquier reunión y que no tenía ningún problema en socializar o entablar conversación, pero que Tara estuviera preocupada en no dejarlo solo ni desatendido lo conmovía.

No podía evitar fijarse en la manera en que ella se relacionaba con sus antiguos compañeros. Lo cierto era que no veía esa vieja complicidad que debería de existir entre ellos. Tara estaba rígida, tensa, con las manos enlazadas bajo su vientre y los labios estirados en una mueca forzada que no entendía demasiado bien. Estaba deseando tener un minuto para preguntarle qué era lo que le ocurría y si estaba en su mano ayudarla de alguna forma.

El rato hasta que anunciaron que las mesas estaban preparadas para el almuerzo se pasó en un suspiro. Corrillos ruidosos de hombres y mujeres que, de repente, parecían haber regresado a su época adolescente se dispersaron. Sin embargo, Tara parecía desear evitarlos.

—¿Nos sentamos? —le preguntó la chica antes de dirigirse hacia el cartel en donde indicaba dónde podían acomodarse cada uno.

Siguió a Tara a una de las mesas y se colocó a su lado. El resto, poco a poco, fue llegando mientras seguían compartiendo risas y comentarios, casi todos ellos recuerdos de sus tiempos estudiantiles.

Por fortuna, Tara pareció encontrarse más cómoda y comenzó a compartir las bromas y a participar en las conversaciones, algo que lo tranquilizó y le permitió disfrutar de la deliciosa comida y del

lugar. A pesar de todo, no dejó ni un segundo de comprobar que siguiera mostrándose de aquella manera.

Un par de horas después, el almuerzo acabó y todos se mudaron al solárium. Detrás de los grandes ventanales que circundaban la sala se podía apreciar un espectacular jardín francés, con una bonita fuente en el centro, cuyo surtidor se elevaba media docena de metros.

Se detuvo delante de la cristalera y echó un vistazo al exterior. Era un lugar ideal para alojarse un fin de semana, desconectar del ruido de Dublín y pasear. Y en todos esos planes que emergieron en su cabeza como palomitas en una sartén, Tara estaba a su lado.

—¿Qué estás pensando?

Se giró para encontrársela tras él, como si la hubiera convocado con la mente. Le alegraba volver a ver esas facciones relajadas de nuevo y esa sonrisa que lo hacía enamorarse un poco más de ella cada vez. Señaló con un gesto hacia los jardines.

—Cuánto costará alojarse aquí.

—¡Ah! Piensas en venir alguna vez.

—Si está dentro de mis posibilidades, estaría bien. He leído que tienen *spa*.

—¡Uy! ¡Qué maravilla! Me muero por un buen masaje. ¿Y vendrías tú solo?

Enseguida tuvo muy claro que la pregunta de Tara había salido de sus labios sin siquiera pasar por su cerebro a juzgar por la expresión sorprendida que le mostró. Los bonitos ojos de la mujer estaban abiertos de par en par y un sutil sonrojo le cubrió las mejillas. Sin poder evitarlo, se acercó, eliminando por completo la distancia que los separaba y posó una mano en su cintura antes de inclinarse hacia ella.

—¿Por qué lo preguntas? —le susurró al oído—. ¿Te gustaría venir conmigo? Podríamos pasarlo muy bien. Estoy seguro de que las habitaciones tienen camas enormes. Y duchas en las que caben dos personas con facilidad.

Se dio cuenta de que ella se recompuso enseguida de su metedura de pata, porque alzó su encantadora naricilla y se alejó de él lo suficiente para que no pudiera tocarla.

—No puedes dejar de coquetear, ¿verdad?

Por sus palabras, él hubiese dicho que estaba molesta, pero la sonrisilla que estaba tratando de dominar para que no acabara aflorando le decía todo lo contrario.

—Si es contigo, no, no puedo dejar de coquetear —le respondió divertido—. Además, me encanta cuando arrugas los labios, fingiendo estar ofendida.

—No estoy ofendida.

—He dicho que lo finges porque no quieres admitir que la idea te parece cojonuda.

Y ahí estaba de nuevo ese sonrojo que lo dejaba pensando en que su acuerdo de no tocarse ni besarse había llegado demasiado lejos.

Tara se cruzó de brazos.

—Pues puede ser —admitió ella antes de dar media vuelta y enfilar hacia donde estaban los demás con un contoneo exagerado de caderas que hizo que él estallara en una carcajada.

Cuando logró recuperarse fue tras ella para unirse al grupo. La mirada cómplice, incluso divertida, con la que Tara lo obsequió lo dejó deseando reservar esa habitación de la que habían hablado.

La sobremesa se alargó con unos postres que hicieron las delicias del grupo. Lo alegró ver que Tara colocaba en su plato distintos tipos de tartas y que, al fin, se la veía contenta.

—¡Escuchadme! —exclamó Felisha, buscando así llamar la atención—. Hemos preparado algo muy especial. Vamos a pasar de nuevo al salón, ¿de acuerdo?

Entre exclamaciones de sorpresa y murmullo, todos regresaron a la sala en donde habían comido, pero nada quedaba ya de la disposición original de las mesas. En cambio, habían colocado sillas en hileras que miraban hacia una gran pantalla que había salido del techo y que partía el lugar en dos espacios.

Siguió a Tara y se sentó a su lado. Cuando Felisha se aseguró de que todos estaban acomodados, hizo una señal a alguien que estaba al fondo de la sala y la pantalla cobró vida.

Las primeras expresiones de admiración llegaron en cuanto una fotografía del grupo con bastantes años menos apareció en la

pantalla. Risas y carcajadas lo siguieron. Gafas pasadas de moda, acné en los rostros, alguna que otra ortodoncia.

La música con la que habían amenizado el reportaje lo llenó todo mientras que las fotografías se sucedían. Y cada una de ellas era recibida con exclamaciones o pequeñas risas. Giró la cabeza hacia Tara a la espera de encontrar en su rostro la misma expresión nostálgica que veía en el resto. Sin embargo, sus mejillas habían perdido el color y sus labios eran una dura línea. También sus hombros le decían bien claro que algo la incomodaba. En ese momento, una fotografía de Tara, como la de tantos otros, apareció en pantalla. Le gustó ver cómo lucía por aquel entonces; una chica preciosa de ojos brillantes y pelo liso que daría lugar a la hermosa mujer que tenía sentada al lado. Al instante, la fotografía cambió. En ella, también estaba Tara, pero la acompañaba otra chica. Las dos estaban abrazadas, con las caras muy juntas, y le sonreían con burla a la cámara. No le dio tiempo de escuchar comentarios a aquella imagen porque Tara se levantó de su asiento y, con pasos rápidos, salió del salón.

Siguió la retirada de la mujer antes de pasear la vista por los compañeros de clase que también habían visto cómo ella salía a toda prisa. Le preocupó ver expresiones tristes y movimientos de cabeza que esquivaban su mirada. Y aunque se preguntaba qué demonios había pasado, se levantó y corrió tras ella.

Echó un vistazo a uno y otro lado cuando salió al pasillo, pero no la encontró. Preocupado, corrió hacia el vestíbulo y miró a su alrededor.

«¿Dónde demonios te has metido, Tara?».

Regresó por el pasillo y se fijó en una puerta que daba a la galería exterior y que se le había pasado por completo desapercibida. La cruzó a toda prisa. Entonces la vio, sentada en unos de los escalones que daban a la plazoleta de la fuente, con la vista clavada en el frente.

Echó la cabeza hacia atrás y trató de domar los alocados latidos de su corazón, que parecía querer salirse de su pecho. Tras dejar escapar el aire de una bocanada, se dirigió hacia donde estaba ella.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Tara tardó un par de segundos en asentir, pero no se molestó en mirarlo. Estaba mortalmente seria y le ofrecía el perfil, así que él también dirigió los ojos hacia el frente, hacia ningún lugar en concreto. A pesar de que el día había estado soleado, hacía frío y las nubes, como había supuesto, ya se estaban adueñando del cielo.

—No tendría que haber venido —masculló ella al fin, tan bajito que le costó entenderla.

—¿Estás bien? —Se moría por saber qué le ocurría; se moría por pasarle el brazo por encima del hombro y acercarla a su cuerpo y decirle que, fuera lo que fuese, estaría a su lado.

—Debí suponer que… —Tara no acabó la frase.

Se mantuvo un rato junto a ella, en silencio, hasta que comenzó a sentir el frío del escalón atravesarle el tejido del pantalón. Se meneó incómodo y volvió a mirarla. Tara había permanecido sin moverse. Se mantuvo a la espera de que dijera o hiciera algo. Sin embargo, no parecía estar por la labor, así que dejó escapar un suspiro.

—No sé qué ha pasado ahí dentro, Tara, pero si quieres unos oídos dispuestos a escucharte... No digo que ahora, pero si quieres hacerlo en algún momento. Cuando quieras o te sientas preparada. —Al fin, Tara reaccionó. Giró la cabeza hacia él, aunque le rehuyó la mirada. Lo más importante para él fue que asintió—. ¿Quieres que nos marchemos?

Al fin, Tara alzó los ojos. Solo vio tristeza en ellos.

—Sí, por favor.

Se levantó con rapidez y le tendió la mano para ayudarla. Tara se lo permitió y ya no quiso soltarla. Juntos entraron de nuevo en el hotel y se detuvieron en el vestíbulo.

—¿Quieres que entre yo y me despida de todos?

—¿Lo harías?

La desolación que veía en su expresión lo desarmaba. La necesidad de atraerla hacia sí y abrazarla lo estaba consumiendo.

—Por supuesto. Espera aquí un segundo.

Corrió al salón. Las miradas extrañadas de los compañeros de Tara lo siguieron.

—¿Ocurre algo? —Felisha había llegado hacia él con una expresión preocupada.

—Eh… No se encuentra demasiado bien —le mintió mientras recogía su cazadora, el abrigo y el bolso de Tara del asiento—. Cosas del embarazo, ya sabes. Me ha pedido que te dé las gracias por todo.

—Espero que se encuentre bien —replicó la chica—. Gracias por venir. Cuídala mucho, ¿quieres?

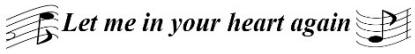
—Por supuesto. Adiós y muchas gracias.

No aguardó a una nueva despedida y enfiló con paso rápido hacia donde Tara lo esperaba. En cuanto llegó, la ayudó a ponerse el abrigo y le tendió el bolso.

—Cuando tú quieras.

—Estoy lista.

33



A Rory le habría gustado que Tara hubiera salido del mutismo en el que se había sumido antes de llegar a la casa; que le hubiera contado algo, lo que fuera, pero que no se guardara para sí aquello que la entristecía. Porque sí, la veía triste y abatida y se maldijo entre dientes por no poder hacer nada. Muy a su pesar, Tara se mantuvo en todo momento muy seria y sin apartar la vista de la carretera, como si fuera ella la que estuviera conduciendo.

Se rindió a que el asunto pudiera cambiar cuando detuvo el coche en Warrenmount. Durante el trayecto había atardecido. El cielo parecía haberse pintado de una gama infinita de tonos morados y pensó un segundo que había sido una suerte que las nubes no hubieran descargado ya sobre ellos.

Sin decir nada, Tara bajó del vehículo y pasó delante de él en dirección a la casa. Abrió y entró sin esperarlo.

Él se detuvo en el umbral y tomó aire. No podía ayudarla si ella no se abría, si no sacaba de dentro de sí eso que la apenaba. Sin embargo, no podía obligarla a que le dijera nada, aunque se mereciera que la zarandeara para que se enfrentara así a lo que le ocurría.

Finalmente, fue tras ella hacia el salón. Tara se había detenido delante de la apagada chimenea y le daba la espalda. A sus pies, O'Malley le pedía un poco de atención, restregándose contra uno de sus tobillos; sin embargo, Tara no le hacía caso.

—Es temprano, pero tal vez deberías ir a la cama y descansar un poco antes de cenar —le sugirió con voz calmada. No sabía cómo actuar. Todo aquello era nuevo para él. No había tenido nunca a nadie por quien preocuparse tanto y se dio cuenta de que le dolía más verla mal a ella que si fuera él quien lo estuviera sufriendo—. Yo… Yo voy a ir arriba un rato.

Aún no había acabado de girarse cuando la voz de Tara lo detuvo.

—Espera, Rory.

No tardó nada en volver a estar frente a ella.

—Dime. —Sentía un nudo en el estómago.

Tara se acercó un paso, con la cabeza gacha. Quiso acabar con la distancia que los separaba, tomarla con dulzura por la barbilla, hacer que lo mirara y abrazarla. Abrazarla sobre todo. Por el bien de su cordura y por sus ganas de seguir respirando. Y de asegurarle de que todo iba a estar bien.

—Me gustaría… —comenzó diciendo. La vio tomar aire, levantar el rostro hacia el techo y tragar saliva—. Dios, esto me está asfixiando.

Por unos segundos temió que estuviera hablando de estar allí, del embarazo, de su cambio de vida. Y sintió que se le secaba la garganta y un miedo atroz le estrujó las entrañas. Dio un paso hacia ella. Su corazón creyó que era el momento oportuno para tratar de salirse de su pecho a base de empujones contra las costillas.

—Pues haz algo. Sácalo de ti. Cuéntamelo —la animó. No estaba muy seguro de si le había temblado la voz.

Los ojos de Tara se clavaron en él y notó la calidez que desprendían a pesar de la poca luz que los rodeaba. La vio mordisquearse el labio inferior, indecisa.

—¿Tienes un segundo?

Asintió sin pensarlo porque, en realidad, no había nada que pensar. Ella se había convertido en lo primero y casi también en lo único que le importaba.

—Claro.

Tara también movió la cabeza, imitando su gesto.

—Pero antes… Necesito ir a buscar algo.

—De acuerdo —respondió mientras ella pasaba por delante de él, camino de la escalera.

Siguió el ruido de los tacones de sus botas sobre la moqueta al subir al piso superior. Se puso la mano sobre el pecho y bajo la palma notó el alocado repiqueteo de su corazón. Estaba seguro de que, si se medía las pulsaciones en ese preciso momento, el aparato

acabaría loco. Dejó escapar una larga exhalación y trató de tranquilizarse.

«No podrás escucharla si te da un puto ataque».

Se concentró en el leve sonido que le llegaba desde el piso superior. La oyó entrar en su habitación, abrir la puerta de su armario y, casi al instante, salir del cuarto para volver a bajar. Cuando estuvo de nuevo en el salón traía una caja pegada a su cuerpo, como si fuera un pequeño tesoro.

Tara se dirigió al sofá y se sentó en él. Sin que ella le dijera nada, lo hizo a su lado, expectante y ansioso por saber qué era lo que quería contarle y qué era lo que contenía aquella caja.

—Yo… lamento lo que ha ocurrido en la reunión —comenzó diciendo la chica con la mirada gacha—. El haber tenido que salir de allí con prisas.

—No tienes que disculparte por nada.

—Creo que debo hacerlo. Yo… —Suspiró y echó la cabeza hacia atrás—. Debí figurarme que esto podía ocurrir.

—No sé a qué te refieres.

—Lo supongo, sí —contestó ella—. Cuando vi la foto de… Bueno, creo que debo empezar por el principio.

—Comienza por donde quieras. O no. Voy a estar aquí de todas maneras. Haz lo que creas que debes hacer.

Ella estaba muy seria, mucho más de lo que recordaba haberla visto en las últimas semanas.

—Pero quiero hacerlo. Siento que te lo debo. —Su voz era calmada e inusualmente baja.

—No me debes nada —respondió a la vez que apretaba una de sus manos contra la otra y las retenía para que no volaran hacia las de ella y las atrapara bajo las suyas—. Quítate eso de la cabeza, por favor.

La observó clavar los ojos en la caja y acariciarla como si fuera un bien muy preciado. La abrió muy despacio y de su interior sacó una fotografía que no alcanzó a ver.

—Yo… En el instituto tenía una buena amiga. Tammy se llamaba. —Tara hizo una pausa sin levantar la vista. Dejó que continuara a su ritmo, sin presionarla—. Tammy y yo…

Ella colocó delante de ambos la fotografía que acababa de sacar de la caja.

—Esta foto estaba en la proyección, ¿no es cierto? —puntualizó al verla.

—Sí.

—¿Era ella? ¿Tammy?

Los labios de Tara se convirtieron en una dura línea. Finalmente, asintió.

—Sí. Es ella.

—¿No ha podido ir a la reunión?

Tuvo muy claro que su pregunta disparó algo en Tara porque en sus ojos apareció el brillo de las lágrimas.

—No. No… No puede ir a ninguna parte. —Sintió que, no sabía cómo, había metido la pata y quiso retractarse de sus palabras, pero ella se anticipó—. Tammy… murió cuando estábamos en el último curso en el instituto.

Aunque Tara había soltado la noticia sin apenas afección en su voz, él se dio cuenta por la expresión que mostraba su semblante que lo que ocurrió aún le dolía.

—Tara… Lo siento mucho.

Su mano atrapó la de la mujer tan rápido que no le dio opción a que se resistiera. Por fortuna, ella no lo hizo; al contrario. La giró hacia arriba para que ambas quedaran palma contra palma. Se apresuró a entrelazar los dedos con los de ella y los apretó con suavidad.

—Tammy no pudo soportarlo.

—¿Qué no pudo soportar?

—Que la hubieran engañado.

—No… no entiendo qué quieres decir.

Un largo suspiro salió de los labios de Tara antes de que pudiera continuar.

—Ella tenía un novio, Luke. Era mi amigo también. De hecho, yo los presenté. Estábamos juntos en el equipo de atletismo. Luke había llegado el año anterior a Dublín procedente de Belfast porque sus padres vinieron a trabajar aquí y nos caímos bien desde el principio —soltó como si, al fin, se hubiera abierto un dique—. Él me

pidió que los presentara y eso hice. Luke me caía bien y Tammy ya me había dicho que se había fijado en él. Era muy guapo, el típico tío que podía tener a la chica que quisiera. Simpático, alto, con don de gentes… y se había fijado en mi amiga, pero…

Se detuvo en su monólogo. La vio tomar aire, como si lo que iba a decir a continuación la fuera a dejar sin aliento.

—Pero… —la animó.

Los ojos se le anegaron en lágrimas que corrieron con libertad por sus mejillas. Ella se las quitó casi con rabia, como si le avergonzara haberlas derramado. Se limitó a mirarla. Sin embargo, por dentro, aquel llanto silencioso lo estaba matando.

—Yo… Yo estaba muy contenta con el hecho de que Luke se hubiera fijado en Tammy —dijo cuando fue capaz de continuar—. A ella le gustaba, así que los presenté y comenzaron a salir. Estuvieron juntos unos meses. Hacían una pareja muy bonita. Ella estaba completamente enamorada y él… —Tomó aire—. Un día, vi a Luke llegar a clase muy contento, exageradamente contento, rodeado de sus compañeros de equipo. Todos reían y le daban golpecitos en la espalda como si estuvieran felicitándolo por algo.

»Yo había quedado con Tammy para ir juntas al instituto, como hacíamos todas las mañanas porque vivíamos muy cerca. Sin embargo, ella no se presentó y me fui sola, a la espera de que llegase a la siguiente clase. Tampoco apareció, algo muy raro en ella porque Tammy era de las que iban a clase incluso con fiebre. Era muy aplicada, así que me extrañó mucho que no fuera.

Él no podía apartar la vista de Tara. Veía con claridad que todo lo que le estaba contando le dolía más de lo que podía expresar y las ganas de abrazarla regresaron con toda su crudeza. Estaba a punto de decirle que no necesitaba escuchar la historia si le hacía tanto daño contarla cuando Tara levantó el rostro y fijó la mirada en algún punto frente a ella.

—Durante toda la tarde no tuve noticias de Tammy y comencé a preocuparme. No era normal. La llamé un montón de veces a su teléfono móvil y no me contestó. Tampoco contestó a mis mensajes. Ya cansada de esperar, fui a su casa. La policía estaba delante y las luces de los prioritarios daban vueltas y vueltas. —Tara respiró

hondo, como si los recuerdos la estuvieran haciendo añicos por dentro—. Todavía, cuando cierro los ojos, puedo ver los destellos azules y rojos.

—¿Tuvo un accidente? —quiso saber, nervioso por el relato.

La vio negar con sutileza al tiempo que bajaba la cabeza en actitud de derrota.

—Se había quitado la vida. Llegué en el momento en que la policía le estaba dando la noticia a sus padres.

No había esperado aquella resolución. El aire se le quedó congelado en la garganta.

—Por Dios, Tara.

Ella asintió muy despacio aún sin mirarlo.

—Yo no podía creer lo que estaba pasando. ¿Un suicidio? Pensé que la policía se había equivocado, que era otra chica…

—Pero sí que era Tammy.

—Lo era, sí —corroboró con tanta tristeza en su tono de voz que su dolor le llegó como si lo que contaba acabara de ocurrir—. Solo supe qué fue lo que había ocurrido tres días después, cuando su madre me entregó esto.

No le dio tiempo a preguntar más. Ella volvió a abrir la cajita que descansaba en su regazo, regresó a su interior la fotografía y sacó un sobre que le tendió al instante.

Dudó en aceptarlo. Fue la mirada suplicante de la chica lo que lo empujó a hacerlo.

—Léela —lo invitó ella.

Con dudas abrió el sobre y sacó de dentro una pequeña carta escrita con una pulcra letra.

Leyó sin detenerse, devorando cada línea. Y conforme las palabras se deshilaban ante él fue comprendiendo qué había ocurrido con Tammy. Y, en parte, con la futura Tara, la que recibió aquella carta llena de dolor y resentimiento.

Al fin, levantó la vista del papel.

—¿O sea que todo fue una apuesta que el niñato ese debía ganar liándose con tu amiga?

Tara apretó los labios.

—¿Sabes lo ilusionada que estaba ella con esa relación? —preguntó con un tono de amargura en su voz—. ¿Lo feliz que estaba? Me contaba que se veían por las tardes y que paseaban de la mano. La engañó portándose muy bien con ella; la recogía después de clase. No le importaba si yo iba con ella. La besaba y la abrazaba…

—Luke le rompió el corazón. —Al pronunciar esas palabras, todo cayó en su sitio como si la pieza del puzle que le faltaba hubiera encontrado al fin su lugar—. Y Tammy te pidió en esa carta que no te enamoraras, que no entregaras tu corazón como lo hizo ella. Le has hecho caso desde entonces.

Supo que había dado en el clavo cuando ella le rehuyó la mirada. Vio cómo las lágrimas que había estado reteniendo todo aquel rato que llevaban hablando hubiera acabado por pesar demasiado.

—Fue todo por una apuesta. En el equipo se apostaron a que podría enamorarla y… acostarse con ella. Por eso lo felicitaban.

El asco que sintió en el estómago lo dejó sin palabras.

—Hijo de puta —masculló con rabia contenida cuando logró reponerse.

—Y yo tuve la culpa de lo que le ocurrió.

—¡¿Qué?! —exclamó—. ¡Por supuesto que tú no tuviste la culpa! Dios, Tara, no puedes pensar eso.

—Yo los presenté. Si no lo hubiera hecho…

Llevado por una rabia desconocida que lo arañó por dentro, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—El único culpable es ese gilipollas que se merece que un rayo le caiga encima —escupió de malos modos. La furia y la impotencia se cebó en su pecho. Apretó los dientes tanto que sintió que la mandíbula le dolía—. Menos mal que no fue a la reunión. Le habría partido la cara.

Dejó que Tara se separara de él, aunque el vacío que ella dejó entre sus brazos le molestó sobremanera.

—Imagina que tuve que seguir viéndolo durante lo que quedó de curso.

—¿Siguió en la escuela?

Tara asintió.

—Nadie sabía nada de la carta. Supongo que sus amigos sumaron dos más dos, pero no tengo idea. Él dejó de hablarme y me rehuía, el muy… —masculló con los dientes apretados. Jamás la había visto de aquella manera, destilando odio—. Cada vez que intentaba acercarme a él, se las apañaba para darme esquinazo, así que yo también dejé de ir a los entrenamientos. Espero que lo que hizo lo persiga el resto de su vida.

Volvió a buscar su mano y mientras la apretaba con suavidad, se obligó a tomar aire y a mirar hacia algún punto de la habitación para alejar la vista de Tara. Sabía que aquello era tarea imposible porque, estuviera donde estuviese, si estaba cerca, sus ojos siempre acabarían sobre ella.

Se sentía enfadado; más aún, furioso, y lo estaba con alguien que no conocía. No tenía que ser demasiado listo para darse cuenta de cuál era el temor que había echado raíces en Tara durante todos esos años. Aquel tipejo había hecho daño a una chica inocente con sus juegos, pero además, como consecuencia de la petición que dejó en la carta, había inculcado en otra la idea de que no debía enamorarse de nadie porque la acabarían traicionando. Aquel hijo de perra, con su proceder, no solo se había llevado la vida de alguien, sino que, además, había alejado de una amiga demasiado leal la oportunidad de que se enamorara sin miedo a que le hicieran lo mismo.

«Si pudiera, le partiría la cara».

Regresó su atención a la mujer que estaba sentada a su lado, sin saber qué podía hacer para ayudarla. Le acarició el dorso de la mano con suavidad, una y otra vez hasta que la respiración agitada de ella por el silencioso llanto comenzó a calmarse. Como no se habían molestado en encender la luz al llegar, la caída de la tarde los había acabado sumiendo en una acogedora penumbra.

Aguardó a su lado hasta que notó que el llanto cesaba. Dio gracias al cielo en silencio porque, en todo ese rato, ella no soltó su mano ni se alejó de su lado.

—¿Estás más tranquila? —preguntó cuando calculó que había pasado tiempo suficiente.

—Sí, gracias —contestó ella con voz muy baja.

—¿Qué tal si subes y descansas un rato? —le sugirió—. Cuando despiertes podemos hablar con más tranquilidad si es eso lo que quieres. O no hablar y dejarlo correr. Lo que tú prefieras. Voy a prepararte la cama, ¿de acuerdo?

Sin esperar a que ella contestara, se puso en pie y se dirigió hacia el vestíbulo.

Tara vio salir a Rory del salón. No sabía que había necesitado sacar todo aquello de dentro hasta que la historia de Tammy comenzó a brotar de sus labios. Dejó la caja que hasta ese momento había mantenido sobre su regazo y se levantó con rapidez.

Alcanzó a Rory cuando aún no había comenzado a subir las escaleras.

—Rory.

Tuvo muy claro que no la esperaba porque el hombre se giró enseguida, agarrado al pasamanos.

—¿Sí?

Parado unos escalones más arriba, sus ojos estaban en ella. ¿Siempre habían sido así de cálidos? ¿Siempre la había mirado como si fuera lo más importante en el mundo? No tuvo que esforzarse mucho para llegar a la conclusión de que así había sido, incluso aquel primer día en el Seven Seas of Rhye.

Su corazón eligió ese momento para bombear mucho más fuerte. Indecisa, dio un paso hacia él y se detuvo al pie de las escaleras.

—¿Puedes dormir conmigo hoy? ¿Ahora?

Se dio cuenta de que la frase lo había tomado por completo por sorpresa porque lo vio contener el aliento.

—Joder, Tara. —Lo vio echar la cabeza hacia atrás y llenar el pecho de aire para dejarlo escapar antes de regresar la vista a ella —. Quiero decirte que sí, te lo prometo. No deseo otra cosa más que decirte que sí, pero todo ha cambiado.

Su tono de voz la zarandeó. Tenía miedo de que se hubiera cansado del pacto que ambos establecieron, que se hubiera cansado

de esperar a que ella estuviera dispuesta a dejar que se acercara, no solo de manera física, sino a su corazón.

—Lo sé —aceptó con rapidez—. Sé que ha cambiado. También ha cambiado para mí. Y tengo miedo.

La mano de Rory se cerró en torno a la barandilla con fuerza, tanto que los nudillos perdieron su color.

—¿Qué es lo que temes, Tara? ¿Enamorarte de mí?

—Sí —admitió con libertad, lo más abierta y sinceramente que lo había hecho desde que lo conocía—. Me da miedo, me aterra, que me ocurra lo que le ocurrió a Tammy y…

Rory bajó los escalones tan deprisa que no se percató de que, un segundo después, estaba entre sus brazos, pegada a él con tanta firmeza que era como si quisiera incorporarla a su propio cuerpo.

Se agarró a la cintura del hombre casi con desesperación, apoyó la mejilla sobre su pecho y cerró los ojos para entregarse por completo a ese abrazo que la estaba curando por dentro.

—Jamás jugaría contigo, Tara —le susurró mientras descansaba los labios sobre su pelo y le daba pequeños besos—. Nunca fue un juego contigo. Ni siquiera esa primera vez. Nunca lo será.

La voz ronca de Rory se coló por sus oídos para dejarla tiritando. Notó que él se separaba un poco y la obligaba a alzar la cabeza con dos dedos bajo su barbilla. Cuando se encontró con su mirada supo que sus palabras eran tan ciertas como que la primavera siempre sigue al invierno.

—Debí suponer que acabaría enamorándome de ti, Inglesita.

Se bañó en aquellos ojos que tan especiales le parecían. Una vez pensó que era por su color indefinido, pero había descubierto que era por la manera en que la miraba. Como si ella fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra. La más importante. A quien quería.

—Y yo debí suponer que no iba a ser capaz de resistirme.

Esperó que su réplica fuera un acicate para que él se acercara del todo y la besara. Y Rory no la defraudó. Atrapó su boca como si fuera lo que necesitaba para seguir existiendo. Su respuesta fue separar los labios y darle la bienvenida con un gemido de rendición que le salió del alma.

No muy segura de que sus rodillas pudieran continuar sosteniéndola, se agarró con desesperación a sus bíceps. Rory bajó el último escalón que lo mantenía por encima de ella mientras redoblaba sus esfuerzos por besarla.

De su garganta emergió un lamento cuando él trató de poner distancia entre ellos. Comenzó a quejarse, pero Rory se separó finalmente, no sin antes plantarle una docena de besos en los labios y en la línea de la mandíbula.

—Por Dios, Tara, he desperdiciado noventa y cinco días sin levantarme a tu lado, sabiendo que estabas en la habitación al otro extremo del rellano, a un paso de mí —murmuró Rory entre beso y beso—. Ya no pienso perderme ni un día más.

Se separó de él y lo miró de frente.

—¿Los has estado contando?

—Cada minuto y cada segundo —admitió él con un fuerte asentimiento—. Y ha sido una tortura.

Fue su turno de rozarle los labios.

—Creo que una vez me dijiste que no eras un romántico. Pero lo que me has dicho me lo parece bastante —murmuró contra ellos.

—Si duermes esta noche en mi cama, no vas a volver a la tuya.

—Menos mal, porque no pensaba hacerlo —confesó conteniendo las ganas de reír—. Sería un fastidio que quisieras echarme de ella.

La carcajada que dejó escapar Rory la hizo sonreír a su vez.

—Me matas, Inglesita. De verdad que sí —dijo antes de volver a besarla.

Le echó los brazos al cuello y lo acercó a ella para tener libre acceso a aquella boca que estaba comenzando a enloquecerla y a remover el suelo bajo sus pies.

A duras penas, sin soltarse y casi sin saber dónde estaba en pie, subieron hacia el piso superior. Cuando llegaron al rellano, Rory ahondó el beso. Sus grandes manos le enmarcaban el rostro, inclinándolo en busca del ángulo perfecto para hundirse en su boca. Era tal la desesperación que notaba en él, la misma que ella sentía en su vientre, que solo podía responderle de la misma manera.

Casi no se dio cuenta de que la estaba guiando hacia su habitación sin soltarla y sin dejar de besarla y rio debajo de sus labios. Rory se percató de ello y se separó unos centímetros para mirarla.

—¿Algún problema? —quiso saber con aquella sonrisa que le solía bailar en los labios y que la volvía loca.

Se apresuró a negar con la cabeza.

—Ninguno. Bueno, vas a tener uno si dejas de besarme.

—Te prometo que no es mi intención —respondió él. De repente, una máscara de seriedad reemplazó a la sonrisa. Notó que se tensaba entre sus brazos—. ¿Estás segura de esto, Tara? No habrá vuelta atrás.

Fue su momento de acercarse para rozarle los labios, muy despacio, sabiendo que aquella caricia era una agonía para él.

—Muy segura.

No le dio tiempo a añadir nada más porque Rory volvió a besarla. Un instante después, la puerta del dormitorio se cerró de un portazo tras ellos.

A Rory no parecía bastarle con atrapar su boca con un beso feroz, sino que, además, sus manos comenzaron a dejar senderos ardientes allí por donde pasaban.

Jamás había estado con un hombre que la hubiera hecho sentir tan deseada, pero más importante aún: tan querida. Cada caricia, cada beso hambriento que le entregaba, cada susurro que emergía de su garganta, todo le hacía ver lo que ella había llegado a significar para él. Y no recordaba nada que la hubiera hecho tan feliz.

Cuando Rory abandonó sus labios para continuar sembrando con más besos la línea de la mandíbula y el hombro, ella escondió el rostro en el hueco de su cuello. Al aspirar, su nariz se llenó del aroma de la colonia que él solía usar, pero también del suyo propio, ese que había añorado sin saberlo. Lo besó a su vez, despacio, regodeándose en la sensación de volver a tocarlo. No sabía lo mucho que lo había echado de menos hasta que estuvo de nuevo entre sus brazos. Sintió cómo él se estremecía pegado a ella. Rory se separó

un poco y dejó escapar el aire entre los dientes antes de volver a enterrar la nariz en su cuello.

—Te he echado de menos —susurró como si hubiera escuchado sus pensamientos—. Estaba a punto de volverme loco.

—No ha servido de nada tratar de convencerme de que no me había enamorado de ti.

—Gracias a Dios —respondió él sin dejar de acariciarla.

Harta de no notar sus manos sobre la piel desnuda, se giró entre sus brazos y le ofreció la espalda.

—Baja la cremallera, por favor.

De inmediato, él hizo lo que le había pedido y, un segundo después, su vestido estaba hecho un ovillo a sus pies y los brazos de Rory la rodearon por completo para pegarla contra él. Muy despacio, sus palmas deambularon por su cuerpo para descansarla sobre su abdomen hasta abarcar en gran parte su tripa de embarazada. La caricia fue casi una reverencia y sintió que se estremecía bajo su tacto cuidadoso.

—Estaba deseando que me dejaras tocarla —dijo él cerca de su oreja mientras pasaba las manos una y otra vez por el vientre.

Ella cerró los ojos y suspiró. Se sentía tan bien, arropada por aquellos brazos y adorada por el movimiento de sus manos, que se reclinó contra él y las buscó para posar las suyas sobre ellas.

Se mantuvieron de aquella manera durante unos segundos hasta que las manos de Rory comenzaron a ascender lentamente para acabar llenándose con sus pechos, envueltos aún por el fino tejido del sujetador. Ella no aguardó ni un solo segundo, introdujo sus dedos entre ambos cuerpos, pellizcó el cierre y la delicada prenda se soltó. Al instante, estuvo haciéndole compañía al vestido en el suelo y las palmas de Rory ocuparon su lugar, ávidas. Un nuevo escalofrío la hizo estremecerse cuando rozó sus pezones, duros y excitados.

—¿Te molesta? —quiso saber él retirándose un poco. Ella se apresuró a tomarlo de las manos y regresarlas al lugar que les correspondía: sobre ella.

—En absoluto. Más bien al contrario —susurró complacida por las atenciones que estaba recibiendo—. Están bastante más

sensibles de lo que solían estar.

Escuchó una pequeña risa pegada a su oreja.

—Entonces, relájate y disfruta. Esto no ha hecho más que empezar. He esperado mucho para volver a tenerte, así que no pienso darme prisa ahora, aunque no me faltan las ganas de tumbarte ya en la cama y hundirme en ti.

La anticipación le hizo contener el aliento porque sabía que Rory haría justicia a sus palabras. Sin embargo, casi al instante notó que él se separaba de ella. Giró la cabeza para mirarlo y advirtió una expresión de preocupación en su rostro.

—¿Qué ocurre, Rory?

—No sé si… —Sus ojos volaron hacia su vientre—. Es decir, ¿puedes…?

Dejó escapar una risa.

—¿Tener sexo? Por supuesto que puedo. Más aún, es algo sano.

—¿No le haremos daño al bebé?

Se volteó para quedar frente a frente.

—En absoluto —contestó mientras las yemas de sus dedos comenzaban a deambular sobre los botones de la camisa de Rory, desabrochándolos a su paso—. Yo estaría más preocupada por ti, por si no cumples tu promesa de tumbarme en la cama ahora mismo.

La sonrisa sesgada que apareció en el rostro de Rory le hizo saber que hasta ahí había llegado su preocupación.

—Sabes que soy un hombre de palabra —murmuró contra su boca cuando se acercó a ella. La tentó con un beso que no llegó a materializarse y que solo hizo acrecentar el pulso constante que sentía entre los muslos.

—Lo sé —respondió ella, complacida.

Casi sin percatarse, los botones se acabaron, así que introdujo las manos entre la prenda y la piel para hacer que la camisa cayera al suelo. Entonces, cuando estuvo a sus pies, paseó las palmas por los hombros y por los brazos hasta llegar a las muñecas y, enseguida, rehízo el camino, una y otra vez. Le acarició los costados muy despacio con las uñas para dejarle la piel erizada bajo su contacto. Le encantaba saber el poder que tenía sobre él.

Se dio cuenta de que su paciencia estaba a punto de llegar a su límite. Fijó su siguiente objetivo en la hebilla del cinturón que le sujetaba el pantalón y que ya se había convertido en su enemiga.

Antes de centrar su atención en el pantalón, sus manos resbalaron por el frontal de la prenda para toparse al instante con su erección. Ansiosa, frotó la palma contra ella para apresarla con fuerza contenida.

Rory dio un respingo.

—Tara, por favor… —siseó al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y le ofrecía toda la longitud de su cuello.

—Tara ¿qué?

—No me hagas esto —se quejó—. Me estoy aguantando…

—Nadie te ha dicho que lo hagas.

No vio llegar el voraz beso con el que Rory asaltó su boca. La necesidad de sentirlo le nubló el juicio y le respondió con el mismo apremio que él demostraba. Rory la empujó hacia la cama, pero continuó besándola como si de aquello dependiera la cordura de ambos. Posiblemente, así era.

Cuando la parte posterior de sus piernas toparon con el colchón se detuvo. Rory se pegó a ella, casi sin resuello, los labios entreabiertos y el pantalón a punto de estallarle a causa del bulto que trataba de contener.

Hasta allí había llegado la espera.

Antes de destrabar la hebilla del pantalón, se quitó los botines de un puntapié. Lo único que impedía que estuviera completamente desnuda eran las minúsculas braguitas y el par de medias que dejaban al descubierto la piel de la parte superior de los muslos.

Los ojos de Rory se pasearon por su cuerpo, ávidos. El pecho le subía y bajaba como si respirar fuera un trabajo insoportable para él.

—Tengo la tentación de dejarte puestas esas malditas medias —murmuró entre dientes.

—Si quieres… Pero el resto sobra —comentó divertida.

Un segundo después, lo que quedaba de su ropa interior voló hacia el suelo.

Sin darle tiempo a que reaccionara, hizo que la ropa de Rory corriera la misma suerte que la suya. Ansiaba tocarlo. Habían sido

demasiados meses compartiendo casa; meses en los que él se había preocupado por que se sintiera cómoda, atendida y confortable. Y, lo más importante, se había sentido querida.

Pese a sus reticencias, se había enamorado de Rory McCoy sin que hubiera podido hacer nada por remediarlo.

En cuanto él estuvo tan desnudo como ella, Rory volvió a acariciarla con deleite y a mirarla como si aún no creyera que estaba entre sus brazos de nuevo.

—Eres preciosa —susurró.

Sintió que se sonrojaba. Se acercó a sus labios y los rozó, tentativa.

—Creo que nunca nadie me había mirado como tú me miras.

—Me alegro —contestó mientras la atraía hacia sí y la encerraba entre sus brazos—. Y ahora déjame que cumpla mi palabra.

La hizo girar antes de que él se sentara al borde del colchón. Entonces, la tomó de las manos para acercarla y la apostó entre sus piernas. Muy despacio, sintiendo que poseía todo el tiempo del mundo, se inclinó y buscó sus labios. La recibió un beso calmado, tranquilo, pero que hizo que un millón de pequeñas descargas le recorrieran la piel.

El gemido que escuchó salir de su garganta la encendió. Rory tiró de ella y, un instante después, estaba a horcajadas sobre sus caderas.

La mirada de él resbaló por su rostro, al igual que hicieron sus manos por los costados. Notar a la perfección la dureza de su erección hizo que las ganas de tenerlo hundido dentro de ella la sobrepasaran. Así, se movió los suficiente para poder tomarlo con la mano, enfrentarlo a la entrada de su cuerpo y, despacio, descender para aceptarlo por completo. Rory había acabado con las barreras que ella se había empeñado en mantener alzadas, ya solo le quedaba dejarlo entrar y permitir que la amara.

Como si hubiese sido un gesto pactado, los dos contuvieron el aliento a la vez mientras que sus miradas se entrelazaban.

Con ternura, él deshizo el moño con el que aun llevaba recogida su melena y le acomodó tras sus orejas los mechones que enseguida le cubrieron las mejillas. Su mirada se paseó por todo su rostro,

como si estuviera tratando de aprendérselo. Finalmente, sus ojos recalaron en los suyos.

—¿Te has enterado ya de que estoy enamorado de ti? —Ella asintió sin dudarlo—. ¿Y de que quiero que esto funcione? ¿De que no sea algo temporal?

—Sí —contestó.

El pecho de Rory se hinchó al tomar aire. Él alzó una mano y le acarició la mejilla con tanta dulzura que todo su cuerpo se estremeció.

—Creo que es la primera vez que voy a hacerle el amor a alguien. Y no sabes cuánto significa para mí que seas tú.

—Rory…

Se inclinó para rozar su boca. Deseaba con todas sus fuerzas que aquel beso pudiera expresar lo que no era capaz aún de decir con palabras. No estaba segura de que alguna pudiera reflejar lo que sentía. Entonces, se apoyó en sus hombros y movió las caderas. El nuevo ángulo hizo que él se enterrara más en su interior. De la garganta de Rory salió un largo gemido.

—No te muevas, por favor —siseó con los labios apretados, al igual que los párpados, como si estuviera echando mano de toda su fuerza de contención.

—¿O qué? —bromeó ella mientras movía una vez más las caderas hacia adelante y hacia atrás. El resultado fue el mismo: un gruñido por parte del hombre que la encendió un poco más, si eso era posible.

—O esto no va a durar tanto como me gustaría —admitió él con la cabeza echada un poco hacia atrás, ofreciéndole toda la extensión de su cuello. Se le antojó irresistible, así que, rindiéndose, se inclinó hacia él y lo besó una y otra vez, dejando una hilera de besos en dirección a su mandíbula.

—He leído que con el embarazo todo se nota más. —Le rozó la nuez con la punta de la nariz—. Estoy comprobando que es verdad. Te siento muchísimo dentro de mí.

Sus palabras fueron un acicate para Rory, que levantó las caderas y la penetró aún más profundamente. Ahogó un gemido, al que siguió otro más cuando él repitió el movimiento.

Enseguida, sus cuerpos encontraron un ritmo único que los acercaba el uno al otro. Se abrazó a Rory con fuerza mientras él anclaba sus manos en las caderas y la incitaba a que lo acompañara en una cadencia que la estaba acercando de manera vertiginosa hacia el abismo.

Incorporando la cabeza, Rory atrapó entre sus labios un pezón. Notar su lengua al pasarla por el duro botón hizo que se revolviera de placer. Al momento, las grandes manos de él le abarcaron las nalgas y la animaron a que se moviera, mientras que su boca no le daba tregua.

No esperaba que el clímax la abordara con tanta rapidez. Su cuerpo se tensó a causa del inesperado orgasmo que la elevó en volandas. Se aferró con fuerza a los hombros de Rory y dejó escapar un grito.

—¡Rory! ¡Por favor, no pares!

La respuesta de él fue embestirla con más ímpetu, una y otra vez.

—Lo estoy sintiendo, cielo. Eso es, córrete de nuevo —lo oyó susurrar muy cerca de su oído con un tono de voz tan bajo y grave que se introdujo bajo su piel y la hizo vibrar. Fue todo lo que necesitó antes de abandonarse a un segundo orgasmo, que la asaltó sin piedad.

—¡Rory! —exclamó al tiempo que vibraba entre sus brazos como un diapasón—. ¡Sí! ¡Ay, Dios!

Aunque en su mente todo era un hermoso caos, el ancla que era Rory la sujetaba a la tierra. Sus envites se intensificaron y así, cerrando los dedos en torno a su cadera, se aferró con desesperación a ella mientras se derramaba en su interior con un grito ronco y largo que la estremeció por completo.

Los gruñidos dieron paso poco a poco a respiraciones agitadas y a besos lánguidos por parte de ambos. Apoyando la frente sobre la de ella, Rory trató de recuperar el aliento.

—Vas a acabar conmigo, Inglesita.

—Espero que no —bromeó.

Con evidente desgana, Rory resbaló de su interior y la arrastró consigo sobre el colchón para encerrarla de nuevo entre sus brazos.

Con algo de dificultad, consiguió cubrirlos con el edredón sobre el que habían estado tumbados. Suspiró, complacida, abrazada a aquel cuerpo cálido que tan bien se adaptaba al suyo.

Los labios de Rory no parecían querer alejarse de ella. Notaba sobre su pelo el calor que él exhalaba y se pegó a él tanto como pudo mientras sus brazos la cobijaban. No podía pensar en un lugar mejor en el que estar.

—Hay algo de lo que me arrepiento —escuchó decir a Rory en voz baja. El tono de culpa que apreció en él hizo que su cuerpo se envarara. Alzó un poco la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—¿De qué? —preguntó con cautela.

Muy despacio, con tanta delicadeza que creyó que podría derretirse entre sus brazos, Rory le retiró un mechón de pelo de la mejilla.

—De cómo fue aquella primera vez en el almacén del *pub*.

Le tocó el alma el remordimiento que oyó en sus palabras. Se giró y le rozó la mejilla. Rory cerró los ojos y se abandonó a su caricia, apoyándose en la palma de su mano.

—Yo no me arrepiento de nada. De absolutamente nada.

—¿Ni tan siquiera…? —Había cautela en el tono de voz de él.

—¿Del embarazo? —Negó con seguridad—. Es verdad que jamás me había planteado tener un hijo, y mucho menos en estas circunstancias, pero… —Buscó palabras y no las halló, así que lo mejor que encontró para ofrecerle fue una sonrisa y un nuevo beso, uno dulce, tranquilo, suave, que él aceptó cerrando los párpados y dejando escapar un suspiro—. No, nada de arrepentimiento.

—De acuerdo.

—Eres un romántico, ¿lo sabías?

Rory enarcó una ceja.

—¿Romántico? En mi vida me han llamado muchas cosas. Romántico, jamás.

Los besos que siguieron nada tenían que ver con la urgencia de minutos atrás. Estos eran los de dos personas que habían ansiado tocarse durante un largo tiempo y al final se habían encontrado.

Aún a regañadientes, se separó de él. Rory se negó a soltarla.

—Voy al baño —musitó contra sus labios.

Se levantó, tomó la camisa de él del suelo para cubrirse y fue hasta el aseo. Un minuto después, la prenda volvía a su lugar en una esquina de la habitación y ella, a la cama. Fue el turno de Rory de abandonar la calidez del edredón, pero regresó antes de que ella hubiera terminado de acomodarse.

—¿Te dije antes que te he echado de menos? —murmuró él a la vez que se acostaba a su espalda, le pasaba las manos por la ya no tan estrecha cintura y la acercaba a su cuerpo.

—Al menos dos veces.

—Creo que tendré que decírtelo un par más para que te hagas una idea de cuánto ha sido.

Colocó sus manos sobre las más grandes de él y las apretó con fuerza. Ella también lo había echado de menos, aunque lo hubiese estado negando con tozudez. Las palmas de Rory se pasearon por la redondez de su vientre muy despacio. Le encantaba lo cálidas que eran y la ternura que desprendían. De repente, notó que Rory se tensaba tras ella.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber él.

—¿Qué? ¿Esa patadita? —preguntó ella, sonriente.

Los ojos de él se abrieron de manera desmesurada.

—¿Eso ha sido una…?

—Patadita de tu hijo —acabó de decir ella—. O de tu hija.

Sin que sus manos abandonaran su barriga, Rory hizo que se girara un poco hasta que quedó tumbada bocarriba.

—¿Cuándo empezaste a notarlo? —preguntó sin mirarla, absorto como estaba en recorrer cada centímetro de la piel que había comenzado ya a estirarse.

—Hace un par de semanas —admitió con algo de pesar—. Entonces era solo un burbujeo, como cuando te has pasado bebiendo refrescos, pero desde hace unos días es más apreciable.

—¿Volverá a…? —Antes de que acabara su frase, el bebé volvió a hacerse notar con una pequeña sacudida—. ¡Ahí está! —La sonrisa de Rory le ablandó el corazón. Quiso besarlo, pero antes de poder incorporarse, la expresión de él cambió—. ¿Habrá notado…? Ya sabes.

Soltó una pequeña carcajada.

—Claro que no —contestó—. Lo único que habrá notado es que su mamá está muy relajada. Y muy muy contenta.

Los ojos de Rory brillaron.

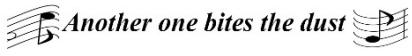
—¿En serio?

—En serio —admitió ella para que no hubiera lugar a ninguna duda.

Muy despacio, Rory volvió a dejarse caer en el colchón, se colocó a su espalda con sus manos cubriéndole aún el vientre y a besarla en el hueco del cuello.

—Entonces prometo mantenerte así de feliz. Ven aquí.

34



Rory no recordaba otra mañana en la que se hubiera levantado de tan buen ánimo aun cuando apenas había pegado ojo. Tara no le había dado tregua. Para él, aquello había sido lo más parecido al Paraíso.

Bajo el chorro de la ducha, se pasó ambas manos con energía por el pelo para enjabonarlo a conciencia mientras canturreaba una canción. En las últimas semanas había soñado varias veces que Tara acababa en su cama, enredada entre sus sábanas después de haber compartido una noche de pasión. El sueño no se acercaba ni un milímetro a la realidad.

Estaba enjuagándose cuando escuchó detrás de él el sonido de la puerta de la cabina de la ducha al descorrerse y, casi al instante, unas manos le acariciaron la espalda. Apretó los párpados al sentir cada poro de su cuerpo erizarse bajo el tacto de aquellas palmas. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un largo gemido de placer.

—¿Qué cantabas? —preguntó Tara detrás de él.

Las manos habían resbalado por la cintura hasta que se la rodeó y acabó acariciándole el pecho tan lentamente que a su miembro no le importó que hiciera solo un par de horas que se hubiera saciado con ella. Volvía a tener ganas de llevarla a la cama y perderse en ese cuerpo que encajaba tan bien con el suyo, como si fueran dos partes del mismo patrón. Todo lo que no fuera ella salió de su mente al instante.

—No lo recuerdo —contestó.

Entonces, se giró entre sus brazos para enfrentarla.

La chica llevaba recogida su melena en un moño alto para dejar despejado su rostro y toda la longitud de su cuello. Sus ojos estaban fijos en él y había un brillo en ellos que no había visto con

anterioridad; un brillo que le provocó un pellizco en el estómago y la sensación de que jamás tendría bastante de ella.

La tomó por la cintura, la atrajo hacia sí mientras él recibía el impacto del agua en la espalda y buscó sus labios. Tal y como ocurría desde la noche anterior, los encontró prestos para que la besara.

—No sé si te acuerdas de que aquí comenzó todo —susurró contra su boca antes de que, con un gesto de la cabeza, señalara hacia el vientre que se interponía entre ambos como un precioso recordatorio de aquella mañana.

—Por supuesto que me acuerdo —admitió ella—. Y no me importaría repetir el momento. —Una mueca ladeada se dibujó en sus labios y también en los de ella—. No sonrías —espetó con algo de timidez.

—¿Y eso por qué? —preguntó con fingida inocencia.

El abrazo de Tara se hizo más cerrado.

—Porque cuando sonríes me gustas mucho y tengo ganas de besarte y de hacer cosas que no está bien que una chica diga en voz alta.

—¡Ah! Cosas… —Se acercó a sus labios y los rozó apenas. La escuchó retener el aliento—. ¿Y qué cosas son esas?

Volvió a comerse aquella boca como si hubieran pasado horas, días, desde la última vez que lo hizo. Lo hizo con lentitud, saboreándola y bebiéndose su aliento. Tara le nublaba los sentidos. La estrechó entre sus brazos y sus manos se llenaron de la firmeza de su trasero antes de acercarla a su completa erección para hacerle saber cuánto volvía a desearla, algo que ya era más que evidente.

Cuando abandonaron el cuarto de baño estaba lleno de vaho y aún resonaban en sus paredes los gemidos de placer de ambos tras haberse perdido uno en el cuerpo del otro.

En la cocina, Rory observó cómo Tara le daba un buen mordisco a una de sus tostadas y masticaba con deleite.

—Es una delicia no tener nada que hacer hoy. —Aún tenía las mejillas encendidas por el calor del agua de la ducha y por el roce

de su barba—. Me encantan los domingos.

Cuando la miraba, una sonrisa boba afloraba por sus labios sin que pudiera evitarlo. Sacudió la cabeza para centrarse en su propio desayuno y tomó la taza de café bien cargado que se había preparado.

—Y llueve. No hay excusa para tener que salir.

—No hay excusas que valgan —respondió ella, divertida—. Solo me apetece que nos sentemos en el sofá y veamos un rato la tele.

—¡Ah! ¿Es eso lo que te apetece? —bromeó él.

Ella enarcó una ceja.

—He dicho «un rato». El resto del tiempo te dejo a ti que improvises. —La miró con fingida seriedad antes de que los dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, estallaran en carcajadas—. A no ser que estés dispuesto a recuperar los… ¿Cuántos han sido? ¿Noventa y cinco días?

—Con sus noches —admitió él—. Sobre todo, las noches. ¡Maldita sea! ¡Qué largas se me han hecho!

Le encantaba cuando Tara reía y se le iluminaban las mejillas. Pensó que podría quedarse sentado para siempre en aquella cocina, charlando de nada en concreto, riendo por tonterías, siendo feliz porque estaba con ella de la manera en que había imaginado que estaría, como si fueran una pareja de verdad.

La sensación lo embargó. Él, que rara vez había tenido más de tres citas con la misma mujer, se encontraba ansiando arañarle cualquier minuto al reloj para estar junto a Tara.

Se desconocía, pero no podía decir que no le gustara ese nuevo yo.

Tara continuó con su desayuno. Le encantaba ver que disfrutaba con la comida; cómo se relamía las comisuras de los labios y cómo, de manera casi inconsciente, se acariciaba el vientre.

No podía expresar con palabras lo que había sentido la noche anterior cuando notó el pequeño toque en la palma de su mano al apoyarla sobre Tara. Jamás creyó que algo lo iba a emocionar tanto, no después de escuchar aquella vez en la consulta del médico el latido del corazón del bebé. Pero sentir su patada lo hizo y durante gran parte de la noche, mientras ella estaba dormida entre sus

brazos, paseó las manos por su barriga esperando que se repitiera. La sonrisa no le había cabido en la cara cada vez que lo notaba.

En ese momento, O'Malley apareció en la cocina. Se plantó delante de la chica y, alzando el hocico, le maulló.

—¿Tú también quieres mimitos como tu dueño? —le dijo al tiempo que le rascaba el cuello—. ¡Oh! Ya veo que sí. Si es que sois el uno para el otro —comentó ella mientras lo miraba de soslayo.

—¡Eh! Yo no te maúllo —se quejó con la boca pequeña.

—Solo te ha faltado eso, Rory. Admítelo. —Y le guiñó un ojo.

Volvieron a echarse a reír antes de que ambos se levantaran para comenzar a recoger los platos sucios.

—He estado pensando… —comentó él cuando el último cacharro estuvo en el escurridor junto al fregadero.

—¿En qué?

Se giró y se apoyó en el borde de la encimera.

—¿Qué te parece si esta semana, o la próxima, comenzamos a mirar los muebles para el cuarto del bebé? —sugirió con algo de cautela—. No sé nada de cómo va esto; de si puedes ir a comprar lo que sea que necesites y te traes lo que hayas elegido porque tienen existencias o tienes que encargarlos porque tardan tiempo en servirlos o… Vamos, no tengo ni idea.

—Yo tampoco lo sé —resolvió ella, encogiéndose de hombros—. Pero creo que sí me gustaría ir echando una ojeada. Me hace mucha ilusión.

Contento con su respuesta, se acercó a ella y la besó fugazmente en la punta de la nariz. Ella lo recibió con una sonrisa que se le desbordó por los ojos.

Pasaron el día en el sofá, bajo una manta y perdieron la cuenta de lo que había en la pantalla tantas veces que acabaron en la cama mucho antes de la hora de la cena.

Tara ya no regresaría a la que había sido su habitación.

Para Rory, los días corrían con tanta rapidez que, en ocasiones, sentía vértigo. Habían pasado casi dos semanas desde que Tara le había contado el porqué de su reticencia a enamorarse. Las mismas

que habían transcurrido desde que su relación había entrado en otro plano: el de ser una pareja asentada. Y cada día se esforzaba en que ella se diera cuenta de que, para él, aquello no era un mero entretenimiento y que pensaba mantener su palabra para que se olvidara de la petición de su desaparecida amiga por completo.

En la empresa, el trabajo no cesaba. No había un momento de descanso y tuvieron que contratar más personal para que atendieran las nuevas rutas que se habían establecido de manera habitual.

Atravesó la nave teniendo cuidado de que una carretilla elevadora no se lo llevara por delante. El ruido era frenético y a veces le hacía pensar que tenía la cabeza metida dentro de un cubo. Al fondo, vio a Kevin bajar por las escaleras con un buen paso. En cuando su primo lo vio, fue hasta él.

—¿Tienes luego un rato? —le preguntó Kevin en cuanto llegó a donde estaba.

—Depende de para qué.

—¿Para una cerveza?

—¿Solo para eso? —se extrañó—. Contigo nunca es «solo una cerveza». Siempre hay algo más detrás.

—Bueno, esta vez también, pero podemos empezar por la cerveza.

—Pues que sea rápido. He quedado luego en ir a recoger a Tara.

—Ah… Ya. Tara —comentó Kevin, no sin diversión—. Creo que el nombre de moda es «Tara». ¿O me equivoco?

Si él hubiera sido su primo, se habría sentido asustado por la enorme y radiante sonrisa que le ofreció.

—En absoluto.

—¡Uy! He estado acertado al invitarte porque me debes algunos chismes. —Le palmeó el hombro—. Recojo mis cosas y te veo en Temple Bar, en ese *pub* que tanto te gusta. Hasta ahora.

Vio a Kevin desaparecer tan rápido como había llegado. Solo faltaban cinco minutos para que fuera la hora de dejar el trabajo.

« Cinco minutos no le hacen mal a nadie. Y si el jefe se va primero…».

Sonriente, fue a por su chaqueta.

Rory ya llevaba aguardando un rato en la puerta del *pub* cuando Kevin apareció por la esquina.

—Ha sido un infierno para dejar el coche.

—Por eso yo sigo teniendo mi moto —se jactó con orgullo mientras señalaba con un gesto de la cabeza al vehículo aparcado en la acera de enfrente.

—La quieres más a ella que a mí —señaló Kevin con un tono de burla.

—Por supuesto que sí —respondió—. Anda, vamos dentro, que me muero por una cerveza.

El *pub* aún no estaba demasiado lleno, así que no tuvieron ningún problema en encontrar dos taburetes libres en la barra. En cuanto se sentaron, el camarero estuvo frente a ellos.

—Dos Guinness, por favor —pidió Kevin y se giró hacia él—. La verdad es que aún sigo flipando.

Se movió en el taburete lo suficiente para poder mirarlo con comodidad.

—¿«Flipando»? ¿Tú, utilizando jerga *millenials*, señor Churchill? Cada vez tengo más claro que el fin del mundo está cerca.

—No seas idiota, Rory. Llevo «flipando» —insistió— desde que Meghan y yo almorzamos en tu casa el domingo.

—¡Ah! Es eso.

—Es eso, sí. No podía creerme que estaba con mi primo, ese que siempre había alardeado de sus conquistas y de las chicas que se había llevado a la cama. Y ahí estabas, preparándonos un almuerzo fantástico junto a una mujer a la que mirabas como si fuera la última botella de agua del desierto.

—Dale la bienvenida al nuevo Rory. Y espero que este «nuevo yo» se quede.

Su primo lo miró con ojos entrecerrados.

—Me di cuenta de que las cosas marchaban muy bien entre Tara y tú.

—Están mejor que nunca —admitió él tan convencido que sus cervicales se quejaron del intenso cabeceo.

Kevin le ofreció una mueca divertida justo antes de alcanzar uno de los vasos de cerveza que el camarero había colocado frente a

ellos.

—Y yo creo que no te había visto nunca tan relajado. Vivir en pareja te sienta bien, ¿eh?

—Me sienta jodidamente bien —admitió—. Quién lo iba a decir, ¿verdad?

—Cuando salimos de tu casa, Meghan no paró de decirme lo bien que veía a Tara; lo guapa que estaba, lo mucho que se reía…

Saber que estaba haciendo feliz a la mujer a la que quería le agitó el corazón.

—Ya la viste —admitió no sin cierto orgullo—. Está preciosa. Y el embarazo… El otro día pude notar al bebé. Puse las manos sobre su tripa y… Fue alucinante. Joder, casi me echo a llorar. —Kevin se limitó a mirarlo, sonriente, sin decir nada—. ¿Qué?

—Que se me hace muy extraño verte tan emocionado con… bueno, con la paternidad. Si me hubieran dicho esto hace unos meses, le habría dicho a quien fuera que dejara el alcohol.

—Yo también se lo habría dicho —comentó y se echó a reír.

—Entonces, brindo para que sigas así. Que ambos lo sigáis. —Kevin alzó su vaso—. Salud.

—Salud —respondió antes de alzar la bebida y hacerla entrechocar con la de su primo.

Para su deleite, la cerveza bajó por su garganta. Dejó el vaso de nuevo ante él y se giró un poco hacia su primo.

—Bueno, espero que esta reunión informal sea para algo más que para chismorrear de mi vida amorosa.

—Pues, francamente, no —respondió Kevin al instante.

—¡¿En serio?!

La carcajada que soltó Kevin hizo que varios clientes del *pub* se giraran hacia él.

—¡Era broma, idiota! —contestó su primo cuando fue capaz de tomar aire—. Me ha encantado ver tu cara.

—A mí no me gusta ver la tuya —refunfuñó, a pesar de que lo hizo con la boca pequeña. Siempre le había gustado tomarle el pelo a Kevin y que él le estuviera pagando con la misma moneda era algo nuevo, aunque tampoco podía decir que le disgustara—. Venga, de qué querías hablarme.

La sonrisa y la actitud relajada que su primo había mantenido hasta ese momento fue reemplazada por la expresión más seria de jefe.

—Patrick ha salido hoy para Kilkenny —anunció—. El apartamento que Moira encontró la semana pasada ya está listo y operativo, y nuestros socios están deseosos de que el proyecto dé comienzo. —Observó que Kevin giraba la cabeza un poco para mirarlo, pero acabó encogiéndose de hombros—. Iba a pedirte que fueras con él, al menos unos días, aunque ya veo…

—Ni lo sueñes —respondió tajante.

—Porque estás en plena «luna de miel». ¿Es eso?

—Exacto. —El semblante demasiado serio, casi decepcionado, de su primo lo hizo sentirse mal. Sabía cuánto había trabajado para llevar a la empresa hasta donde estaba y cuánto seguía trabajando. Que él no lo apoyara de la manera en que se lo merecía lo fastidiaba. Se pasó la mano por la parte posterior de la cabeza—. Bueno, al menos no por el momento. No quiero alejarme de Tara ahora que todo se está arreglando entre nosotros, pero te prometo que estaré dispuesto a escuchar tu ofrecimiento de hacerme cargo del departamento de Recursos Humanos desde dentro.

Kevin lo miró con fijeza antes de extender la mano y posarla sobre su frente.

—¿Estás mal? ¿Te ha picado algo? ¿Tienes fiebre? ¿Me estás diciendo que estás dispuesto a renunciar a tus pantalones de faena y a tus botas para enfundarte en un traje de ejecutivo?

—Aún puedo pensármelo y decirte que no.

—Ahora que me has puesto la miel en los labios…

—Quita, idiota —replicó al tiempo que le daba un manotazo. La sonrisa de Kevin no le cabía en la cara.

—Es que me has sorprendido. Voy a tener que felicitar a Tara. Está obrando milagros en ti.

Tomó la cerveza y le dio un nuevo trago.

—No sé si es ella, pero… A lo mejor tienes razón con eso de que, en cuanto hay responsabilidades familiares, ves la vida de otra manera.

Kevin lo imitó y tomó su cerveza, pensativo.

—Sí.

—No es justo que sea solo ella la que va a dejar atrás un montón de cosas que solía hacer. Que… —Se detuvo en ese momento. Había estado a punto de soltarle a Kevin que Tara ya había renunciado a seguir con su faceta de DJ en el Seven Seas of Rhye y que, durante bastante tiempo, no volvería a ella. Que también estaba tratando de estudiar para unos exámenes con tal de poder ofrecerle al bebé una estabilidad, aunque ese no fuera el trabajo que más le gustaba. Y todo eso sin contar los cambios que estaba experimentando su cuerpo. ¿Que él tenía que comenzar a vestir según su nuevo puesto de trabajo? Le parecía una minucia—. Bueno, en la medida que pueda, quiero estar ahí para ella.

Kevin se apoyó en la barra y lo miró con expectación.

—De verdad que me sorprende de que hayas encontrado a alguien con quien quieras algo más que un polvo rápido.

—Si te digo la verdad, yo también. Pero con Tara ha sido así desde que la conocí y… me parece perfecto.

Su primo volvió a alzar su vaso.

—Para que os dure mucho tiempo —proclamó—. Que «nos» dure mucho tiempo porque yo también he encontrado a alguien con la que quiero… Bueno, todo.

—¿Y se lo has dicho a Meg?

—Lo haré —afirmó con rotundidad Kevin.

Tomó su cerveza y la elevó a su vez antes de entrechocar con la de su primo.

—Por todos nosotros. —Acabó con lo quedaba de su cerveza de un tirón y levantó el brazo hacia el camarero para que les trajera una nueva ronda.

Apenas le habían dado un sorbo a la que les acababan de poner por delante cuando Kevin se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó el teléfono móvil.

—Vaya, tengo que hacer una llamada, así que será mejor que me marche.

—Estás fuera del horario laboral.

—Pero es importante. —Kevin se incorporó y trató de sacar su cartera, pero él lo detuvo con un gesto de la mano.

—Deja. Invito yo.

—Para la próxima, pago yo sin falta.

—Te la apunto. Anda, corre a hacer esa llamada.

Con una sonrisa y un toque sobre su hombro, Kevin se marchó con largos pasos. Él lo siguió con la mirada hasta que abandonó el lugar y, en cuanto salió por la puerta, regresó hacia el vaso de cerveza que aún tenía frente a sí.

Se sintió extrañamente bien por haberle dicho a Kevin que podía contar con él para la nueva estructura que quería implementar en la empresa. Sabía que su primo valoraría que hubiera cambiado de opinión en cuanto a dar ese paso, pero no podía negar que estaba aterrado. ¿Y si lo hacía mal? ¿Y si metía la pata y la empresa lo acababa pagando? Sacudió la cabeza para alejar de él todas aquellas incertidumbres que trataban de minar su confianza en sí mismo. Apoyar a Kevin era importante para él.

—¡Vaya, vaya! Hola, Rory.

La voz de una mujer detrás de él le hizo dar un respingo en su asiento. Se giró con rapidez para encontrarse frente a frente con Ellyn. La chica lucía una mueca que pretendía ser una sonrisa y que, creyó, podría dejarle entumecidos los músculos del rostro. Además, para acompañar su exagerado gesto, se colocaba detrás de la oreja, una y otra vez, un mechón de pelo que no necesitaba tantas atenciones.

—¡Ah! Hola, Ellyn.

La recién llegada paseó su mirada por él con lentitud, de arriba abajo, antes de que una sonrisilla apareciera en sus labios. El vistazo le desagradó.

—¿Me invitas a una cerveza? —preguntó ella al tiempo que componía un mohín coqueto.

Pensó en decirle que no, que fuera a buscar su invitación a otro sitio, que no iba a convencerlo con aquella manida expresión seductora que, en otro momento de su vida, seguro que hubiera funcionado. Pero ya no más. Sin embargo, tampoco quería comportarse como un estúpido, así que se giró hacia la barra y llamó la atención del camarero.

—Ponle a la chica una cerveza.

—Una Guinness —acertó a puntualizar Ellyn, acodándose en el mostrador a su lado—. Gracias, Rory.

—De nada —contestó con parquedad.

—¿Qué haces por aquí?

—He venido con mi primo a tomar una pinta, pero ya me marcho. Esta es la última —comentó con desgana mientras alzaba delante de él su bebida. Tras dejarla, sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón y la puso ante él. Sin esperarlo, la mano de Ellyn cubrió la suya.

—No digas que es la última —lo amonestó—. Eso jamás se dice, que trae mala suerte. Es la penúltima. Aunque, tal vez… la última la quieras tomar conmigo —comentó ella casi con un susurro a la vez que se le acercaba, demasiado para su gusto.

El descarado coqueteo hizo que se le revolviera el estómago. Una vez, hacía mucho tiempo, a otro Rory le hubiese encantado aquella clara insinuación y, en efecto, hubiera acabado tomando la última copa en casa de la chica, pero ya no era ese Rory.

Se esforzó en sonreírle.

—Ellyn, déjalo, anda.

—¿Por qué? —insistió ella pegándose un poco más a su costado —. Es muy temprano. Podemos ir a cenar. O… si quieres, nos saltamos la cena y vamos directamente al postre.

Se movió lo suficiente para despegarla de su lado y la enfrentó.

—Lo siento, Ellyn, pero, aunque insistas, no va a suceder nada salvo que te invite a esta cerveza. En cuanto me acabe la mía, me voy a mi casa.

—Puedo acompañarte —se ofreció ella—. Seguro que lo pasamos…

—Tengo pareja, Ellyn —soltó muy serio—. Vivimos juntos.

La noticia hizo arquear una de las maquilladas cejas de la joven.

—Lo dices para que te deje en paz. No te creo.

—Que lo creas o no me da igual. Es un hecho que voy a salir de aquí solo.

Ella dejó escapar una carcajada.

—¿De verdad pretendes que me lo crea?

—No te denigres de esta manera, anda —le dijo casi con tristeza.

—Conozco a los tíos como tú. —No había en su rostro, uno que en su momento le pareció bonito, ni una pizca de amabilidad—. Os valéis de lo que sea para llevaros a las tías a la cama. Vale, tengo que admitir que, como acicate puede funcionar conmigo. Pero si resulta que dices la verdad… —Se acercó a él y, muy despacio, pasó un par de dedos por la cremallera de su cazadora—. Si dices la verdad sobre que tienes una pareja, ¿cuánto esperas que te dure? ¿Dos meses? ¿Tres? En cuanto se dé cuenta de que los tipos como tú siempre vais a ir buscando una mujer nueva con la que acostaros, te dará la patada. Hazte a la idea de que ese día llegará, Rory.

Pensó en rebatirla; pensó en decirle que eso no iba a volver a suceder. Había hecho una elección e iba a ser consecuente con ella. ¡Si incluso iba a ser padre! Pero prefirió guardárselo todo para sí y ahorrarse unas explicaciones que Ellyn no se merecía.

Sin más, llamó al camarero y le enseñó la tarjeta de crédito para que le acercara el datáfono.

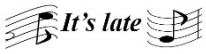
—¿En serio te marchas? —oyó preguntar a Ellyn a su lado, incrédula.

—Por supuesto que sí —contestó. Con algo de prisa, guardó la tarjeta a su lugar y regresó la cartera al bolsillo del que la había sacado mientras se ponía en pie.

—Adiós, Ellyn. Cuídate, ¿quieres?

Se abrió paso hacia la salida con una sensación de incomodidad en la boca del estómago.

35



Tara pensó que, al fin, su habitual energía había regresado. No se sentía tan cansada como en el primer trimestre del embarazo, aunque si posaba la cabeza en la almohada –o en un cojín, tanto le valía–, se quedaba dormida casi al instante. Y cuando dormía lo hacía con un sueño reparador que la hacía levantarse por la mañana como si quisiera comerse el mundo.

También lo había notado en su ánimo, a pesar de que aún continuaba sobre ella la espada de Damocles que era la venta de la librería. Saber que tenía un plan por si eso ocurría la tranquilizaba. Uno a largo plazo, eso era cierto, pero era un plan a fin de cuentas.

Luego estaba su asunto con Rory. Su «asunto» se había convertido en una relación de pleno derecho. Haber admitido que se había enamorado de él sin remedio le había otorgado una tranquilidad que jamás habría podido llegar a creer. No se sentía tan bien desde… No lo recordaba. Tal vez nunca.

Siempre que le era posible, Rory iba a buscarla a la salida de la librería. Le encantaba observarlo parado frente a la tienda mientras la aguardaba. Todavía se quedaba sin aliento cuando lo veía, con las manos metidas en los bolsillos y el cuello de la cazadora levantado para mitigar el frío de la tarde. Y aunque no entraba, su mirada clavada a través del cristal con aquella sonrisa a medias hacía que se le encogieran los dedos de los pies.

Si Rory no podía ir a buscarla, o ella cambiaba el turno con Marie por alguna cuestión, ambos regresaban lo más rápido posible a la casa. Les gustaba preparar juntos la cena y luego arrebujarse en el sofá a ver la tele, aunque la mayoría de las veces se trasladaban a la habitación para acabar, bajo las mantas, lo que hubieran comenzado.

Esa tarde, Rory le había dicho que tenía un asunto urgente que atender y que se verían en la casa, así que ella tomó el autobús hacia Warrenmount. Cuando abrió la puerta, O'Malley la estaba esperando sentado sobre sus patas traseras.

—¡Hola, bonito! —saludó al animal. Se agachó para rascarle entre las orejas, algo que el gato recibió con evidente placer—. ¿Tienes hambre? Estoy segura de que sí. Anda, vamos a la cocina.

Con un lastimero maullido como respuesta, O'Malley la siguió. Ella buscó en el mueble en donde Rory guardaba la comida para su mascota y sacó una lata.

«Ya no es solo su mascota», se rectificó mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios. O'Malley, como su dueño, había sabido colarse en su corazón. El animal se instalaba a su lado cuando se sentaba en el sofá, cerraba los ojos y ronroneaba. Y escucharlo lograba que los latidos de su corazón se tranquilizaran, aunque no estuviera especialmente nerviosa.

Vació el contenido de la lata en un cuenco y lo colocó en el suelo, delante de O'Malley.

—Aquí tienes.

El animal se lo agradeció con un débil maullido antes de olisquear el platillo y comenzar a comer.

Abandonó la cocina y se dirigió hacia la habitación. Iba a aprovechar que Rory aún tardaría en llegar para darse una larga ducha y luego hidratarse la piel a fondo.

Después de aquella tarde, cuando admitieron los sentimientos que tenían el uno por el otro, ya no había pasado ninguna noche más en su propia habitación. Adoraba dormir con Rory; adoraba cómo la abrazaba desde atrás y colocaba sus manos sobre el vientre de manera protectora. Y cómo lo acariciaba con ternura. Le derretía el corazón cuando hacía eso, y también cuando plagaba de besos la línea de su cuello sin más pretensión que estar cerca de ella. Rory no escatimaba muestras de cariño. Lo había creído imposible, pero él se las había apañado para derribar las barreras que había mantenido alzada frente a todos los hombres durante gran parte de su vida. Y deseaba que se quedara junto a ella para siempre.

Sacudiendo la cabeza, recogió sus cosas y, de buen ánimo, colocó sobre el lavabo su teléfono móvil y pulsó el reproductor de música.

Con la melena liada en una toalla, abandonó el baño media hora después. Había decidido que aún era temprano para ponerse el pijama, así que optó por un chándal cómodo. Aún tenía bastantes prendas que todavía le servían a pesar de su embarazo y esa era una de ellas, aunque el elástico de la cintura estaba a punto de llegar al máximo que podía estirar. Se pasó las manos por el abultado vientre.

—Cuánto más vas a crecer, ¿eh?

Lo había hecho bastante en el último mes. Hasta entonces nadie se había percatado de su estado, pero ya hacía días que era difícil disimular su barriga. Y si tenía que ser sincera consigo misma, le encantaba mostrarla.

Regresó a la cocina y, tras abrir la nevera, le echó un vistazo al interior. Sacó unas verduras para hacer una salsa de tomate y también una bolsa de pasta fresca. Puso todo en la encimera, pero antes de que hubiera podido tomar el cuchillo, el timbre de la puerta sonó.

Extrañada, dejó el paño con el que se había secado las manos sobre la mesa y se dirigió hacia la entrada.

«¿Te has olvidado de las llaves, Rory?», se preguntó divertida.

La sonrisa que lucía en su cara al abrir murió en el instante en que se dio cuenta de que no era él, sino una chica que la miraba con expresión anhelante y una mueca demasiado forzada en sus maquillados labios.

—¡Hola! ¿Vive aquí Rory McCoy?

—Este color le queda mejor, señor.

Rory se observó en el gran espejo que estaba justo al salir de los probadores, en la tienda que había elegido para comprarse un par de trajes.

«Si vas a hacer algo, hazlo bien», se había dicho esa misma mañana. Se había comprometido con su primo para hacerse cargo

del departamento de Recursos Humanos de la empresa y, si para ello era necesario que él se mostrara como un ejecutivo más, iba a hacerlo. «Pero como alguno de los chicos se ría, se come un zapato», pensó mientras se abrochaba uno de los botones de la chaqueta.

—Que el gris más oscuro, ¿verdad? —preguntó al dependiente.

El hombre debía rondar los sesenta años, tenía la piel muy clara y unos ojos de un azul casi transparentes, inquisitivos, que lo miraban como si lo estuviera estudiando. Desde que había entrado en la tienda no le había visto ni un solo gesto que se hubiera acercado a una sonrisa, pero sabía que esa era la mejor sastrería de todo Dublín.

—Mejor que el marengo, sí —respondió el dependiente con profesionalidad.

Se giró para ver lo que había sobre la gran mesa expositora que estaba detrás de él, en donde habían ido depositando lo que se había probado. Ahí estaban los pantalones de varios trajes de distintos colores, cuatro camisas, incluso un chaleco que descartó casi al instante.

—Creo que me llevaré el azul y el gris claro. Y la camisa negra y la celeste. Ah, y esa blanca también.

Por primera vez en todo aquel tiempo, el hombre sonrió.

—Muy bien, señor. ¿Alguna corbata?

—Corbatas, corbatas… —repitió, pensativo. Odiaba cómo sonaba, pero sabía que iba a necesitarlas—. Lisas. Dos. Que les vaya bien a los trajes que me llevo.

—Enseguida, señor.

Anotó en su cabeza que debía comprarse también un par de zapatos porque dudaba que sus queridas botas de trabajo fueran a ir bien con aquellos trajes. «Pero eso lo dejaré para otro día, que cierta inglesita me espera en casa». Con el acicate que era que Tara lo estuviera aguardando, se cambió por su ropa habitual.

En cuanto salió, el dependiente ya tenía preparada su compra. Impaciente, repasó la pantalla del móvil por si había algún mensaje de la chica. Estaba deseando llegar a casa, enseñarle todo y contarle su decisión en cuanto a hacerse cargo del departamento de

Recursos Humanos, tal y como le había estado insistiendo Kevin durante tanto tiempo.

Estaba emocionado, no sabía si por hablarlo con ella o por el hecho de dar ese gran paso en la empresa.

«Por contárselo», admitió.

—¿Cómo va a pagar, señor? —El dependiente dejó dos grandes bolsas sobre el mostrador y aguardó su respuesta.

—Efectivo, por favor —contestó mientras echaba mano al bolsillo trasero de su pantalón para sacar la cartera. Pero no estaba allí.

Palmeó el bolsillo con más ímpetu, como si con ese gesto pudiera hacer que la cartera apareciera de repente. Preocupado, buscó en su cazadora, pero el resultado fue el mismo: no había ni rastro.

—¿Hay algún problema, señor?

—Eh… No, no. ¿Puedo pagar con tarjeta?

—Por supuesto que sí —respondió el hombre con la misma seriedad con la que se había conducido en todo momento.

Desbloqueó el billetero virtual de su teléfono móvil, lo acercó al lector que el dependiente le señaló y, al instante, la compra estaba resuelta.

Tras tomar las bolsas y despedirse, regresó a donde había estacionado su moto, sin embargo, su cabeza no paraba de darle vueltas a dónde había dejado su cartera.

—Creía que la tenía en el pantalón… —masculló mientras metía como podía su compra en el trasportín trasero. Se detuvo cuando lo logró, pensativo—. A lo mejor se me cayó en casa esta mañana al vestirme. O la he dejado en el trabajo…

Cogió el móvil y llamó a la empresa. Moira respondió de inmediato. Unos minutos después, la mujer le aseguró que nadie había encontrado su billetera.

—¿En dónde la habré dejado…? —Puso la moto en marcha y se apresuró para incorporarse al tráfico de Dublín y llegar cuando antes a su casa.

—Sí, vive aquí —respondió Tara a la mujer que aguardaba ante la puerta.

La chica, que debía de rondar su edad, le sonrió. Lo hizo con una mueca zalamera que le desagradó al instante. Era muy guapa, con un estiloso pelo corto muy a la moda y que enmarcaba unas facciones bonitas. Vestía un estrecho pantalón vaquero, que se adhería a sus largas piernas como un guante, y un corto jersey que dejaba al aire un vientre plano y algo bronceado. Nada en ella lucía al azar.

Se sintió un desastre a su lado.

—Verás… ¿Puedo pasar? —señaló la mujer mientras exageraba un poco más su sonrisa—. Hace un poco de frío aquí fuera, ¿sabes?

Dio un paso hacia atrás, indecisa.

—Eh… Claro, pasa.

La recién llegada se encargó de cerrar la puerta tras ella y de seguirla a la entrada del salón.

—Uy, se está mucho mejor aquí…. Verás, es que ayer estuve con Rory tomando una cerveza y ya sabes, a los hombres se les va el santo al cielo cuando se lo están pasando bien y dejan de controlar lo que los rodea —dijo a la vez que le guiñaba un ojo de manera cómplice—. Entiendes a lo que me refiero… ¡Ay! Perdona, no me he presentado. Soy Ellyn. ¿Y tú eres…?

La vio tenderle la mano en actitud amistosa y consideró si aceptaba el gesto o no porque, si lo hacía, quedaría en evidencia que estaba temblando. No podía controlarse. Había comenzado a sudar. De repente, todos sus fantasmas habían regresado a ella para susurrarle en el oído que Rory la había engañado. Se había abierto a él; le había contado la historia de Tammy y había bajado las defensas que había erigido a su alrededor durante tantos años. ¿Y para qué? Para acabar engañada como su amiga.

Ellyn aún sostenía el brazo extendido ante ella, a la espera de su saludo. Finalmente, lo aceptó.

—Soy Tara. Soy… la compañera de piso de Rory —soltó casi sin pensar, intimidada por aquella mujer que parecía tan segura de sí misma.

—¡Ah! Su «compañera de piso» —Le disgustó al instante la manera en que repitió sus palabras y en cómo la miró—. ¡Muy bien! Es que verás, ayer se dejó olvidada la cartera en el *pub*.

Contuvo el aliento al escucharla. El día anterior, Rory había llegado un poco más tarde de lo habitual, pero no le contó nada de que había estado en ningún *pub*. Solo que había estado con Kevin, charlando. Sus ojos volaron al objeto que Ellyn sostenía. En efecto, era la cartera de Rory.

—La dejó olvidada… —consiguió decir. No llegó a pronunciar las siguientes palabras porque se le quedaron atascadas en la garganta. De repente, necesitó apoyarse en la pared y tomar un poco de aire para lograr domar el alocado nuevo ritmo que había iniciado su corazón.

—En el *pub*, sí —respondió Ellyn, alegremente. La chica echó un vistazo curioso a su alrededor—. ¿Te importaría que lo espere aquí para dársela? Si no es inconveniente, por…

El sonido de la puerta principal al abrirse le hizo dar un respingo antes de que su mirada se encontrara con la de Rory. La sonrisa inicial que le había dedicado nada más verla se evaporó en el instante en que se percató de la presencia de Ellyn. Soltó un par de bolsas de papel grandes que llevaba en una mano junto a la pared sin importarle dónde caían.

—¡Rory! —exclamó la mujer.

Las facciones de él se endurecieron.

—¿Qué haces aquí, Ellyn?

—¿No vas a decirme «hola» al menos? —contestó ella. La mujer frunció los labios en un mohín lastimero.

Rory dio un paso hacia ella, solo uno, y se detuvo.

—Te lo repito. ¿Qué haces aquí?

—Te traigo tu cartera. Te la dejaste ayer olvidada en el *pub*.

Sentía que el corazón podría salirse de su pecho en cualquier momento y que su respiración comenzaba a hacerse más rápida. Rory se pasó una mano por el rostro.

—Bien, pues déjala y márchate.

No lo había negado.

—¿Tan rápido? —se quejó Ellyn sin que aquella sonrisa estúpida se le borrara de la cara—. Hoy estoy libre, por si quieres invitarme a otra cerveza. Ayer pasamos un buen rato juntos.

La mirada de extrañeza que Rory le dedicó no le pasó desapercibida.

—¿De qué demonios me estás hablando? Te invité a una cerveza, cierto. Y ahí quedó la cosa.

Desde que entró, Ellyn se había deshecho en exageradas sonrisas que tenían el mismo efecto en ella de haber arañado una pizarra con las uñas. Pero, de repente, cualquier atisbo de esta desapareció.

—Por cierto, acabo de conocer a tu «compañera de piso» —dijo recalcando cada palabra—. Tara, ¿ese es tu nombre?

La mirada de Rory abandonó a la intrusa para fijarse en ella. No tuvo que imaginarse a qué venía aquella seriedad que apreciaba en su rostro.

—¿Mi «compañera de piso»?

—Bueno, así se ha presentado —azuzó Ellyn—. Tara. Tu compañera de piso.

Apretó los puños que mantenía pegados juntos a los muslos, sin saber qué podía decir, tan solo mirando a uno y a otro como si estuviera dentro de una mala película.

—Lárgate, Ellyn.

La orden por parte de Rory la tomó desprevenida. Era dura, tajante y no dejaba lugar a ninguna concesión. Sin embargo, la mujer dio un paso en su dirección para acortar la distancia que los separaba.

—Pero…

Rory se giró hacia ella para enfrentarla.

—¿Qué no entiendes? Márchate, por favor.

—Está bien, ya nos veremos. —Con los labios apretados y por primera vez con un gesto serio desde que llegó, Ellyn la miró. Lo hizo de arriba abajo, con total desprecio—. Y adiós a ti, compañera de piso de Rory. ¡Ah! Que tengas una hora cortita.

Sin más, dejó sobre el mueble del recibidor la cartera que había estado sosteniendo hasta ese momento, abandonó el vestíbulo y

cerró la puerta tras de sí con un fuerte golpe.

Rory, que había seguido con la mirada la retirada de la mujer, giró la cabeza despacio hacia ella. La dureza que había apreciado segundos antes seguía allí. Ella prefirió darle la espalda y enfilar hacia la cocina.

—Tara… —No se detuvo. Rory insistió con algo más de firmeza —. Tara.

Con la rabia bullendo dentro de ella se giró para enfrentarlo.

—¿Qué?

—Puede parecer… Lo de Ellyn.

Se llevó las manos a las caderas y dejó escapar un bufido.

—Me da igual lo que puede parecer, Rory. Lo que sí tengo muy claro es que la gente nunca cambia.

—¿Eso lo estás diciendo por mí?

—No veo a nadie más aquí —rezongó componiendo una mueca. No tenía maldita gracia.

Observó a Rory erguirse en toda su altura, incluso lo vio levantar un poco la barbilla en una actitud altanera.

—¿Y qué es eso de tu «compañero de piso»? —incidió él a la defensiva—. ¿Eso es lo que soy? —La pregunta la tomó desprevenida; trató de conformar una respuesta en su mente, pero esta parecía haberse quedado en blanco. Rory insistió—. ¿Eso es lo que soy para ti, Tara? ¿Un compañero de piso? Pensaba que…

Sintió que se le partía el corazón, ese que le había entregado para que lo mantuviera a salvo. Sin embargo, Rory no lo había hecho.

La distancia entre ellos no le pareció suficiente, así que se alejó un par de pasos más, como si le pesara estar cerca de él.

—Yo también pensaba que lo que teníamos era algo importante. Era cuestión de tiempo que me rompieras el corazón. Era cuestión de tiempo que esto sucediera, lo que no pensé fue que sería tan pronto. —Rory pareció contener la respiración, como si le hubiera asestado un figurado puñetazo en el centro del estómago—. ¿Las visitas de cuántas más de tus amiguitas voy a tener que soportar? Porque esta es tu casa, no la mía. Yo estoy aquí como una simple invitada —escupió con rabia.

—Eso es una tontería. No eres una invitada. Sabes perfectamente que no lo eres. —Rory la miró casi sin pestañear, como si estuviera aguardando que replicara, pero ella no dijo nada. Lo escuchó bufar con impaciencia antes de proseguir—. Y en cuanto a mis amiguitas, a Ellyn ni siquiera la he invitado a venir. Es verdad que estuve tomando una cerveza con Kevin y luego apareció ella. Y también es verdad que la invité a una, pero ahí acabó todo. La cartera se me debió de caer del bolsillo y ella debió encontrarla cuando me marché.

Una parte de ella quería creerle; deseaba hacerlo. Deseaba acabar con la brecha que se había abierto entre ellos como un gran abismo, arrojarse a sus brazos y que borrara de un plumazo los fantasmas que la estaban martirizando. Pero la desconfianza se cernía sobre ella y le impedía dar el paso que necesitaba para que toda aquella pesadilla acabara.

Trató de respirar hondo, llevar aire a sus pulmones, sin embargo, la sensación de opresión se hizo más acuciante. Negó varias veces con la cabeza, como si estuviera sujeta a un mecanismo que no podía controlar.

—Tara… —Rory trató de acercarse, pero ella se lo impidió levantando un brazo ante los dos.

—Soy idiota por esperar que se cumplan las promesas que una recibe.

—¿Qué no he cumplido, Tara? —quiso saber Rory—. ¿La «supuesta promesa» de no tomarme una cerveza con una antigua conocida? Porque es lo único que puedes achacarme.

Se tapó las orejas con ambas manos. No quería escuchar más, no quería hablar más. Si lo hacía, si pronunciaba una sola palabra, acabaría echándose a llorar. Sentía que el pecho se le estaba desgarrando por dentro. Había confiado; había puesto sus ilusiones en una relación que, a todas luces, para él no era lo suficientemente importante como para no andar mariposeando con chicas cuando no hacía ni dos semanas que estaban juntos.

Sentía que se ahogaba y tenía que salir de allí. Sin ofrecerle ninguna explicación, corrió escaleras arriba y fue hasta su cuarto, ese que había abandonado para compartir el de Rory. Sacó del

armario una de sus bolsas y la llenó con lo primero que pilló, sin saber qué metía en ella porque las lágrimas no le permitían ver nada. Se las retiró con rabia y continuó vaciando los cajones.

—¿Se puede saber qué haces, Tara?

En la puerta de la habitación, Rory la observaba guardar todo sin poner ningún cuidado.

—Me marcho.

—¿Cómo que te…? Tara, por favor. Podemos hablarlo.

Ella se giró con rapidez.

—¿Para qué, Rory? —espetó con rabia—. Sé cómo te conocí y sé que, tarde o temprano, te cansarás de este… juego de las casitas.

Jamás había visto aquella expresión de incredulidad en el rostro de Rory.

—¿De verdad piensas que esto para mí es un juego? ¿En serio lo crees? —Por el tono de su voz sabía que lo había herido.

—¿Qué has hecho tú salvo acogerme en tu casa? Dime. Tu vida sigue igual, tu vida va a seguir igual, mientras que la mía… Hay tantos cambios en mi vida que no puedo asimilarlos. ¡He tenido que dejar el *pub*! ¡Y voy a tener un hijo! ¡Y mi trabajo pende de un hilo! Y mientras tanto tú… ¿qué? ¿Quedando con tus amiguitas? ¡Madura de una vez, Rory!

Tomó la bolsa. Se arrepintió de haberla llenado tanto, pero no iba a desperdiciar ni un segundo en sacar nada de su interior. Casi arrastrándola, bajó por las escaleras, buscó el abrigo que tenía colgado en el perchero y se puso las deportivas que había dejado junto al mueble del recibidor.

—No te preocupes por el resto de mis cosas. Mandaré a buscarlas en algún momento.

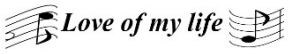
Sin más, sin darle tiempo a que él replicara, salió a la calle con la bolsa a cuestas y cerró de un portazo tras de sí.

Se detuvo en la acera. El corazón le latía como loco, casi podía sentir que se le iba a salir del pecho. Y las lágrimas, esas que había logrado mantener a raya durante los minutos suficientes para que él no la viera llorar, decidieron que era un buen momento para derramarse por sus mejillas.

Llorando, casi sin ver en donde ponía los pies, se apresuró a dejar atrás la casa en la que creyó haber encontrado a alguien que la amaba.

Se había equivocado.

36



Rory escuchó desde el descansillo de la planta superior cómo la puerta de entrada se cerraba con un portazo. El sonido hizo que el aire que había estado reteniendo saliera todo de golpe a la vez que agachaba la cabeza.

La sensación de derrota se cebó por completo en él. Caminó hasta la escalera, bajó un solo escalón y, como si el cuerpo le pesara una tonelada, resbaló contra la pared hasta quedar sentado en el suelo.

Incapaz aún de procesar lo que había ocurrido, escondió el rostro en el hueco de las manos. Allí, tras sus párpados cerrados, parada frente a Ellyn, se apareció Tara. Aún era incapaz de catalogar la expresión que había apreciado en ella. ¿Decepción? ¿Miedo? ¿Traición? Lo que fuera no le dio tiempo a aclararlo porque Tara había salido por la puerta como si sus demonios internos hubieran tomado las riendas de su persona.

Debió figurarse de que la presencia de Ellyn en su casa no era fortuita ni anunciaba nada bueno. Las palabras «compañero de piso» aún resonaban en sus oídos como un mal chiste.

¿Eso era él para Tara? ¿Un compañero de piso? Si le hubieran sacado las entrañas por la boca, no le habría dolido tanto. Había llegado a pensar, iluso de él, que aquel acercamiento después de que ella le contó la historia de su amiga había supuesto un gran paso en su relación. Tara había admitido que se había enamorado de él y no recordaba haber vivido días más felices en su vida que las últimas dos semanas junto a ella. Pero entonces había llegado Ellyn con su sonrisa falsa y sus pestañeos y había sido como si la tierra se removiera bajo sus pies para desaparecer sin que hubiera podido hacer nada por evitarlo.

Rememoró una y otra vez la tarde anterior, cuando había visto a Ellyn en el bar. ¿Había hecho algo para alentarla? ¿Le había dado algún indicio que la hubiera llevado a pensar que podría querer algo con ella en algún momento? Por mucho que se estrujaba la cabeza no lo encontraba. No había hecho nada malo salvo invitarle aquella maldita cerveza. Solo era culpable de algo: de perder la cartera. En su vida podían acusarlo de un montón de cosas: de haber estado con decenas de mujeres que no le importaron lo más mínimo, de confundirlas cuando se las encontraba de nuevo, de marcharse por la mañana de sus camas sin mirar atrás, y en todos esos casos tendría que asumir su culpa. Pero ¿qué tenían que achacarle en esa ocasión? Iba a volverse loco.

Debería estar enfadado con Tara, pensó mientras se pasaba una mano por el pecho. Debería sentirse ofendido por lo que ella le había dicho a Ellyn, y tal vez fue así en el primer instante, cuando lo escuchó. No iba a negar que le había dolido que le dijera que madurara, pero enseguida comprendió que el fantasma de su amiga desaparecida había regresado para nublarle la vista y reavivar sus viejos miedos a que estuviera jugando con ella.

Eso jamás.

Sentía un nudo enorme en la garganta, uno que no lo dejaba tragar y que, conforme pasaban los minutos, se hacía más y más grande. Levantó el rostro y notó el amargor de las lágrimas. No podía creer que ella se hubiera marchado de aquella manera, sin hablarle, sin dejar que él lo hiciera y le dolía aún más que pensara que la había engañado; que había vuelto a ser aquel Rory que buscaba compañía en cada *pub* al que iba. Tal vez estaba condenado a que siempre pensaran eso de él. « Una vez donjuán, ya se es siempre», pensó con amargura. Tara no parecía entender que eso se había acabado; que no quería a ninguna otra mujer y que en cuanto ella entró en su vida las demás dejaron de existir para él.

Le dolía tanto que, si lograra arrancarse el corazón del pecho con sus propias manos, no lo notaría.

El sentimiento de derrota lo ahogó, aunque mutó casi al instante en rabia. No sabía con quién estaba más enfadado; si con Tara por pensar que la había traicionado; con Ellyn, por haberse

presentado en su casa cuando le había dicho que no estaba en absoluto interesado en ella o consigo mismo, por no haber detenido a Tara antes de que cruzara la puerta y saliera de su vida.

No, no había salido de su vida. Solo pensarlo hacía que el estómago se le encogiera y que las escaleras le dieran vueltas. No quería una vida sin ella. No quería mañanas en donde no compartieran un desayuno y un beso que él se moriría por prolongar antes de irse al trabajo. No quería días en que no pudiera llamarla para preguntarle cómo estaba y si le dolían las piernas. No quería noches sin escuchar cuando se levantaba al baño ni quería amaneceres en los que no pudiera abrazarla. No imaginaba una vida en la que Tara no estuviera.

Sujetándose de la barandilla, se puso en pie. Se tambaleó al hacerlo, pero consiguió bajar el tramo de escalera hasta llegar al vestíbulo. Allí, como mudo testigo del intento de cambio en su vida, estaban las dos bolsas con los trajes que se había comprado esa misma tarde y que había soltado sin importarle lo más mínimo. Tan solo el hecho de adquirirlos había supuesto para él un cambio; aceptar que podía dar un paso al frente en la empresa, pero ¿quería aquello si Tara no estaba a su lado?

No tenía sentido si ella no estaba. Era así de simple.

Sintiéndose extenuado, como si hubiera batallado contra un enemigo invisible, fue al salón y se arrojó en el sofá. Enseguida, O'Malley estuvo a su lado. El animal le maulló.

—Ahora no, colega.

El gato lo miró y volvió a maullar. Un momento después, saltó del sofá y se perdió Dios sabría dónde.

Sacó el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y buscó el contacto de Tara, pero antes de pulsar la llamada, su dedo se detuvo. Se moría por oírla, por saber que estaba bien y que no tenía un agujero en el pecho como él, en el lugar en donde tenía que estar su corazón, ese que Tara se había llevado con ella.

Observó la pantalla, que estaba apagada. Deseaba con todas sus fuerzas hablar con ella, sin embargo, sabía que debía darle espacio, que decidiera libremente si haberse marchado era lo que quería y lo que necesitaba.

—¡Me cago en la puta! —maldijo con la mandíbula tensa y con la mano aún aferrada al aparato. Tuvo ganas de estamparlo contra la pared.

Dejó descansar la cabeza sobre el respaldo del sofá con la sensación de que caía por un empinado tobogán rumbo a la nada.

Sosteniendo la pesada bolsa en su hombro, Tara se plantó ante la puerta de la casa de sus padres y llamó al timbre con la sensación de que algo se había muerto en su interior. De manera inconsciente, llevó la mano hacia el vientre y el bebé, como si supiera que lo necesitaba, se agitó bajo su palma. Cerró los ojos con fuerza.

«No llores, Tara. No llores. Todavía no. Aguanta».

Estaba a punto de llamar por segunda vez cuando la puerta se abrió y su madre, a la que no había visto desde hacía meses, apareció tras ella.

—¡Tara! —La expresión de sorpresa con la que la había recibido se esfumó casi al instante para mostrarle preocupación—. ¿Qué…?

No la dejó acabar: soltó en el suelo la bolsa que llevaba en el hombro y se arrojó a los brazos de su madre.

—¡Hija! —la oyó exclamar mientras sentía que le pasaba una mano por la espalda, arriba y abajo, con el único afán de reconfortarla—. ¿Qué te ocurre? ¿Te ha pasado algo?

No pudo decir nada porque las lágrimas se lo impidieron. Se agarró a ella con fuerza, escondió el rostro en el hueco de su cuello y dejó que el llanto se abriera paso a través de su pecho.

—Me estás asustando. Dime…

—Ahora no puedo hablar, mamá —contestó entre hipidos.

La escuchó dejar escapar un suspiro de rendición antes de que la abrazara más fuerte.

—Está bien, hija. Desahógate si es lo que necesitas.

Le agradeció en silencio que se limitara a sostenerla, que fuera ese hombro que ella precisaba en ese momento, que la dejara llorar. Y eso hizo, como si le estuvieran arrancando el alma del cuerpo.

No supo cuánto tiempo estuvo así, sollozando en sus brazos cuando Maureen se retiró un poco y, sosteniéndole las mejillas con

ambas manos, la animó a que la mirara.

—¿Estás mejor? —preguntó la mujer con tanta ternura que solo consiguió que las lágrimas regresaran y la hizo olvidar las diferencias entre ellas. A pesar de todo, ella acabó asintiendo. Con los labios apretados, su madre la imitó—. Entonces, ¿quieres pasar adentro y te sientas un ratito? Voy a traerte agua, ¿de acuerdo?

Con su ayuda, pasó al salón y se dejó caer en el sofá. Era incapaz de levantar la vista de las punteras de sus zapatos. Las lágrimas corrían por su rostro y acababan cayendo a las rodillas para mojarle el tejido del pantalón.

—Aquí tienes.

Levantó un poco la cabeza. Su madre estaba de nuevo frente a ella, con el brazo extendido, ofreciéndole un vaso de agua que ella tomó en silencio. Tras darle un pequeño sorbo se lo devolvió.

—Gracias, mamá.

Su mirada de preocupación la conmovió.

—¿El bebé está bien? ¿Ha pasado algo? —quiso saber alarmada al tiempo que se sentaba a su lado.

Con un gesto instintivo, se llevó las manos al vientre cada vez más abultado. Se las pasó por él en actitud protectora.

—El bebé está bien —respondió a media voz. Sentía la garganta tan escocida por las lágrimas que estaban atrapadas en ella que no sabía cómo había podido hablar.

—Gracias a Dios —resopló la mujer con evidente alivio y su gesto la conmovió. La última vez que habían hablado, la reacción de su madre le hizo pensar que no quería saber nada de su futuro nieto, así que aquel simple comentario la llenó de esperanzas—. Entonces, ¿quieres contarme qué ha sucedido?

Levantó los ojos y encontró los de su madre, que la miraban con una muda interrogación dibujada en ellos. ¿Qué había sucedido? Pues que ella había salido corriendo de la casa a la que había aprendido a llamar hogar y que había dejado al hombre del que estaba enamorada con la palabra en la boca mientras le rogaba que hablaran.

¿Hablar? ¿De qué?, se preguntó. Recordar la llegada de aquella mujer le hacía hervir la sangre. Su sonrisa satisfecha de sí misma, la

manera en que miró a Rory… La expresión de él cuando Ellyn le había dicho que eran compañeros de piso. No sabía de dónde habían salido esas palabras, tan solo emergieron por su boca.

—Yo… —¿Qué iba a contarle? ¿Que temía que Rory hubiera buscado la compañía de una mujer cuando hacía apenas dos semanas le estaba confesando su amor? ¿Que temía que la hubiera engañado? Rory no había negado en ningún momento que hubiera estado con ella. ¡Cómo iba a hacerlo si tenía su cartera! Tomó aire y lo dejó escapar lentamente—. Rory y yo hemos terminado.

La noticia pareció tomar a su madre por sorpresa, porque la vio erguirse.

—¿Qué ha ocurrido para…?

Se pasó una mano por el rostro.

—Estoy cansada, mamá. ¿Podemos hablar de esto luego, por favor?

—Claro —respondió al tiempo que le pasaba ambas manos por las rodillas como si quisiera transmitirle ánimos—. Tu habitación está lista. Ve, anda. Deja aquí la bolsa. Yo me encargo de todo.

Subió delante de ella las escaleras y se dirigió a su cuarto. Cuando abrió la puerta se detuvo bajo el vano con la mirada fija en la que había sido su habitación hasta no hacía demasiado tiempo, pero que sentía extraña. No era la de Rory; ni tan siquiera era esa otra que él había preparado para ella para que se sintiera lo más cómoda posible.

Agachó la cabeza y apretó los labios, como si así pudiera ser capaz de retener las lágrimas que afloraron enseguida por sus ojos. No, no lo fue.

Sintió la mano de su madre sobre la espalda.

—Cariño…

—Estoy bien, mamá. Voy a echarme un rato, ¿de acuerdo? —dijo a la vez que daba un paso hacia el interior de la habitación y se giraba hacia la mujer.

—Te llamo luego, para la cena. Descansa mientras, anda.

Con una nueva mirada, su madre cerró la puerta para dejarla a solas.

Echó la cabeza hacia atrás y un largo suspiro emergió de su pecho. Hacía apenas dos horas había estado en casa de Rory, aguardando emocionada a que regresara para sentir sus brazos alrededor de ella, esos brazos que había estado extrañando durante todo el día. ¿Y dónde estaba ella en cambio? De vuelta en casa de sus padres, sin que nada tuviera sentido y pensando que, casi con total seguridad, había cometido uno de los mayores errores de su vida al alejarse de Rory de aquella manera. Al menos, sin hablar con él y sin dejar que le diera su versión.

Buscó el apoyo del colchón y se dejó caer como si el cuerpo le pesara el doble. A su memoria llegaron, como si hubiera destapado una caja, un montón de recuerdos de momentos en los que Rory se las había apañado para decirle sin palabras lo mucho que le importaba. Como cuando compró aquellos muebles para ella, o en esa ocasión en que la llevó para que tocara la batería con la banda de música de sus amigos, o cuando se interesaba por los libros que leía. O cuando, sin que ella lo pidiera, compraba naranjas o ponía algún disco de Queen.

Básicamente, lo había acusado de engañarla, aunque no lo hubiera pronunciado. Le había dado más peso a la intervención de una extraña que había aparecido en su casa que a las palabras del propio Rory y no sabía por qué lo había hecho.

Se engañaba, lo sabía y se llamaba inseguridad. Y no llegaba de manos de Rory, sino de las suyas propias.

Para rematarlo todo, lo había llamado «compañero de piso».

Si hubiera tenido la intención de meter la pata, no lo habría hecho mejor.

Se tumbó hacia atrás y se cubrió los ojos con el antebrazo. Era inútil tratar de contener las lágrimas que afloraron una vez más por sus ojos. Por instinto, se llevó la otra mano al vientre y lo abarcó tanto como pudo. Bajo ella, su bebé se revolvió tímidamente y eso hizo que su llanto se hiciera más fuerte.

Un tímido toque en la puerta hizo que Tara se despertara. No había pretendido quedarse dormida, pero el cansancio y el disgusto habían

hecho que su cuerpo sucumbiera. Se sentó en la cama y se dio cuenta de que ya era de noche y que, salvo la luz que entraba desde el jardín, la habitación estaba en penumbras. Se pasó una mano por los ojos.

—¿Sí? —contestó. Sentía agujas en la garganta y también la notaba muy seca.

La puerta se abrió solo un poco y el rostro de su madre apareció por el hueco.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Maureen casi con un susurro.

El último día que había visto a su madre antes de que se hubiera arrojado a sus brazos al llegar había sido aquel en que le dijo que estaba embarazada. Pero, al verla en cuanto le abrió la puerta, había deseado que la abrazara.

—No lo sé —contestó con voz baja.

—Papá está muy preocupado por saber si estás bien. Y yo también.

Jamás había necesitado tanto su consuelo como lo necesitaba en ese momento. Y, por fortuna, Maureen se dio cuenta de ello porque atravesó la habitación y la encerró entre sus brazos. Apoyó el rostro en el pecho y dejó que nuevas lágrimas corrieran libremente por sus mejillas. Pasó los brazos por la cintura de su madre mientras su cuerpo se estremecía con los sollozos.

En contra de lo que pudo pensar, Maureen no dijo nada, tan solo se limitó a dejar que se apoyara en ella y que dejara salir todo lo que la estaba quemando por dentro. Sintió cómo le pasaba una mano por el pelo, una y otra vez. El gesto la tranquilizó al instante, pero no dejó de llorar. Su madre le permitió que se tomara el tiempo que necesitara.

Al fin, un rato después, el llanto cesó. Muy despacio, se soltó de su agarre, aunque no levantó la cabeza y continuó con la mirada fija en el suelo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó al fin Maureen—. ¿Quieres contármelo? —Apretó los labios y desvió la vista hacia la ventana unos instantes antes de escuchar el suspiro que su madre dejó escapar—. No pasa nada si no quieres. Lo entiendo.

Giró la cabeza despacio.

—Mamá…

La expresión que vio dibujada en su rostro le tocó el corazón. Nunca había visto a su madre tan confundida, sin que su característica determinación le asomara por los ojos.

—Antes de que me cuentes nada, me gustaría pedirte disculpas, Tara. Siento… Siento mucho todo lo que te dije cuando nos contaste lo del bebé —le dijo. Percibió en su tono de voz una vulnerabilidad que no conocía en ella—. No debí reaccionar así. Necesitabas apoyo y comprensión y no que yo me hiciera la ofendida. Sé que he hecho un montón de cosas mal, incluido el no escucharte.

—Mamá… —repitió.

—Sé que tenemos diferentes maneras de pensar y a veces no me doy cuenta de que la mía no tiene por qué ser la correcta, así que me gustaría pedirte perdón.

—No importa.

—Sí que importa —corroboró Maureen con un fuerte asentimiento—. Soy muy orgullosa y eso ha hecho que te fuera alejando de mí. Me doy cuenta ahora. —Buscó la mano de su madre y la apretó con fuerza—. Tú ahora vas a ser mamá —dijo al tiempo que le señalaba al vientre—. Estoy segura de que vas a ser mejor madre que yo.

—Mamá. —No le salían más palabras que esa—. No…

Maureen se rio, pero era una risa triste. Levantó la vista y le acarició la mejilla.

—No me gustaría estar fuera de tu vida ni de la de mi nieto.

Sintió un pellizco en el centro del pecho.

—No vas a estarlo, mamá. —Con los labios apretados se echó de nuevo en los brazos de su madre—. Somos las dos igual de cabezonas.

—A cabezonas no hay quien nos gane nadie, eso es cierto. —Su madre le acarició la espalda con ternura—. Cielo, me duele mucho verte así. No sé qué te ha ocurrido, pero…

—He metido la pata, mamá —dijo al fin. Las palabras brotaron por sus labios sin que su cerebro tuviera nada que ver.

La mujer la separó un poco de ella. Le retiró con cariño un mechón de pelo que se le había quedado pegado a la frente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hay alguien que me quiere, que me lo ha demostrado todo este tiempo y yo, en un solo minuto, lo he tirado por tierra. No lo he dejado hablar, ni explicarse. Y lo he ofendido. Si me hubiera esforzado un poco más, no lo habría podido hacer peor —soltó en retahíla, con la mano sobre el corazón, como si las palabras hubieran estado esperando en sus labios a ser pronunciadas.

—Seguro que tiene arreglo. Podéis hablarlo…

—¿Crees que va a querer hablar conmigo cuando sigo atascada en algo que ocurrió hace un montón de años? —De repente, la sensación de desaliento y de derrota la sobrepasó—. Por culpa del miedo a que me hiera he echado de mi lado a alguien que merece la pena y que siempre me ha querido.

Su madre la tomó de las manos y le dio un suave apretón.

—Si dices que te quiere, seguro que estará dispuesto a escucharte.

Negó con la cabeza una y otra vez. No creía que Rory quisiera escucharla después de que saliera de su casa en estampida y de haberse proclamado su «compañera de piso». ¡Su compañera de piso!

«¿En qué demonios estabas pensando, Tara?».

Rory tenía todo el derecho a enfadarse con ella. Les había dado más valor a las palabras de una desconocida que a las de quien vivía con ella y de quien estaba enamorada. Porque sí, lo estaba; lo había asumido hacía semanas, pero parecía que había vuelto de repente a la casilla de salida y a levantar las defensas tras las que una vez se resguardó.

Se mantuvo en silencio, con la mirada gacha. Todo ese tiempo, su madre permaneció a su lado sin moverse. Tenía la cabeza hecha un lío. Aún no sabía cómo debía actuar. Rory tenía todo el derecho a no querer saber nada de ella. Pero ella no solo quería que la perdonara; no sin antes estar segura de que aquello no se repetiría en cuanto se sintiera amenazada por una nueva Ellyn. No era culpa de Rory; era culpa enteramente suya.

—No quiero empujarte, mi vida, pero si quieres comer algo… ¿O prefieres que papá te suba una bandeja?

Aunque no tenía ganas de comer porque sentía el estómago cerrado, sabía que debía hacerlo por el bebé. Levantó la vista.

—¿No te importaría?

Maureen se incorporó y le acarició la cabeza. Hacía muchos años que no la sentía tan cercana como en ese momento. Su madre le dedicó una tímida sonrisa.

—Claro que no. Te la sube enseguida. Descansa, ¿de acuerdo? Estoy segura de que encontrarás la manera de hacer que todo vuelva a funcionar entre vosotros.

—Eso espero, mamá.

Vio a su madre cerrar la puerta con suavidad y, tras ello, se quedó a solas, inmersa en aquella habitación en penumbras. Volvió a tumbarse en la cama y clavó la mirada en el techo como si este tuviera escrita la respuesta de lo que debía hacer.

¿Qué estaría haciendo Rory en ese preciso instante? ¿Habría preparado la cena? ¿Se habría sentado en el sofá para ver la televisión, como ellos solían hacer todas las noches? ¿O se habría ido ya a dormir?

Lo imaginó solo en aquella enorme cama, en la que tan cómoda se había encontrado.

«Tal vez eso no sea por obra y gracia de la cama, sino de él», recapacitó con tanta tristeza que las lágrimas volvieron a nublar sus ojos.

Rebuscó en el bolsillo de su pantalón y encontró enseguida el teléfono móvil. ¿Y si lo llamaba? ¿O si le mandaba un mensaje? Lo que fuera, pero que supiera que quería disculparse por todo lo que le había echado en cara sin merecerlo.

Disculparse no era suficiente, pensó enseguida. Serían solo palabras vacías que podría repetir en cuanto volviera a equivocarse, como había sucedido con la aparición de aquella mujer. Necesitaba pensar en algo que le demostrara que, en efecto, quería cambiar y que quería ser mucho más que una compañera de piso.

Se pasó una mano por la frente. Le dolía la cabeza como si alguien invisible quisiera arrancársela. Movió el cuello de un lado a

otro y buscó una nueva postura. Supo enseguida que iba a ser una noche muy larga.

37

En todos los años que Rory llevaba trabajando con su primo, jamás lo había engañado ni se había ausentado sin motivo; ni tan siquiera aquellas veces en las que había amanecido en la cama de alguna mujer y le tocaba darse prisa para llegar a su hora al trabajo. Esa mañana tenía claro que para todo había una primera vez.

El día anterior había llamado a Moira y le había dicho que estaba enfermo. Que tenía un virus intestinal, o una gripe, no lo recordaba bien, y que no podía ir a trabajar. Lo que no le había dicho era que tenía tanto alcohol en su estómago que difícilmente se tenía en pie y que, cuando lograba levantarse, debía correr hacia el baño para vomitarlo todo. Como acababa de hacer.

Al regresar al salón se lanzó al sofá sin preocuparse por cómo caía. La superficie de la mesa de café que tenía delante apenas tenía un centímetro cuadrado libre. Estaba repleta de botellas de *whisky* vacías, latas de cerveza y vasos con la señal reseca de la espuma cerca de los bordes.

Siempre había oído aquello de que el alcohol ahogaba las penas, pero se estaba dando cuenta de que era una mentira tan grande como esa otra de que a los bebés los traía la cigüeña.

Cansado, como si le hubiera pasado una apisonadora por encima, se incorporó hacia adelante y tomó una de las botellas de *whisky*. La meneó ante él para comprobar si quedaba algo de alcohol en ella. Estaba vacía. Repitió el proceso con la segunda, y también con la tercera. No tuvo suerte.

—¡Maldita sea, joder!

La solución era ir a la cocina y ver si quedaba alguna escondida en algún mueble. O acercarse a una tienda, pero sabía que no llegaría a la esquina porque sintió el ácido subir de nuevo por el esófago. Echando mano de cualquier superficie que tuvo a su

alcance, se sujetó como pudo y corrió hacia el baño. Apenas le había dado tiempo a levantar la tapadera del inodoro cuando ya tenía la cabeza metida dentro de la taza.

En cuanto su estómago decidió que ya no le quedaba nada más en su interior, se dejó caer junto al pie del lavabo, sin fuerzas suficientes para alcanzarlo y enjuagarse la boca. No se tenía a sí mismo después de dos días de estar durmiendo en el sofá y sin comer nada más que el nulo alimento que pudiera tener el *whisky* peleón que encontró escondido en el fondo de una vitrina del salón. Se pasó la mano por el rostro. Había descuidado la barba, por no hablar de darse una ducha como Dios manda. Estaba hecho un desastre.

Mentía, un desastre tendría mejor aspecto que él. Y se sentiría mejor.

Decidió que no podía seguir tirado en el suelo frío, así que se agarró al lavabo y, no sin dificultad, se puso en pie. Todo le dio vueltas a su alrededor. En una de las ocasiones en las que la cabeza dejó de atormentarlo con hacerlo girar como una peonza, su vista recayó en la imagen que veía reflejada en el espejo. No sabía quién era.

No podía ser él. Ese hombre llevaba la camiseta manchada y arrugada, no se había peinado en varios días y tenía unas ojeras que le hundían los ojos en el rostro.

No, no tenía su mejor aspecto.

Como pudo regresó al salón y se arrojó de nuevo en el sofá. Clavó la mirada en el techo. Sin saber cómo, la imagen de Tara se conjuró delante de él.

«Cómo no vas a saberlo, si no dejas de pensar en ella».

Era un hecho. Tara se presentaba en su mente en cuanto cerraba los ojos, incluso si los tenía abiertos. Tenía recuerdos de ella en ese salón, pasando la aspiradora al ritmo de la música. También la veía en la cocina, sentada en la mesa después de que él le había insistido en prepararle el desayuno. O la cena. Y también tenía imágenes tras las pupilas de ella en su cuarto, en su cama. En su baño…

Tomó aire y este le quemó en los pulmones. Una vez pensó que ir de chica en chica tenía sus ventajas. Se acostaba con la primera que respondiera a sus atenciones y no tenía que preocuparse más de que ambos disfrutaran en la cama el tiempo que estuvieran juntos. Y antes del amanecer, ya había salido de la vida de esa mujer.

—¿A quién quieres engañar, pedazo de idiota? —masculló con rabia.

Si trataba de convencerse de que aquel tiempo fue mejor que el que había compartido con Tara, muy pronto se dio cuenta de que era como comparar una pequeña charca con la inmensidad del océano. Sin embargo, no cambiaría ni un solo día de los que estuvo con Tara por esos años que había vivido antes de aparecer ella porque ¿cómo iba a desear regresar a salir a ligar? A esos tiempos cuando se levantaba en una cama que no era la suya y, aunque la chica aún siguiera durmiendo a su espalda, se sentía solo. O cuando se sentaba en un *pub* y sabía que nadie lo esperaba ni pertenecía a nadie; que nadie lo echaría de menos. En los últimos meses, creía haber descubierto a quién pertenecía, pero estaba muy cerca de perderla para siempre.

Con su majestuoso caminar, O'Malley se sentó ante él, en el suelo, con la cola enroscada alrededor de su cuerpo. Movió la cabeza y le maulló.

—¿Tú también la echas de menos? —El gato le respondió con un nuevo maullido que se le antojó un «sí» en su propio idioma. Ocultó el rostro en el hueco de sus manos y sintió que la garganta volvía a escocerle—. Joder.

El sonido del timbre le hizo dar un respingo en el sofá. No esperaba a nadie y no estaba de humor para ver a nadie.

«¿Y si es ella?». La esperanza echó raíces rápidamente en su pecho. Sabía que Tara no se había llevado las llaves porque las había encontrado en el mueble del vestíbulo, así que no tenía manera de entrar si él no estaba en casa.

Se levantó de un salto, pero tuvo que detenerse un momento porque el suelo bajo sus pies se removió. O tal vez la culpa la tuvo

su corazón por emprender un ritmo mucho más rápido del que podía soportar, uno que lo dejó de inmediato sin aliento.

Quien estuviera al otro lado de la puerta volvió a llamar y corrió hacia el vestíbulo.

«Ha regresado».

Cuando abrió, su mano se quedó pegada al pomo porque necesitó agarrarse a él para no caer al suelo. En lugar de Tara, un hombre bajito, con poco pelo y atuendo de trabajo estaba parado frente a él. Sostenía una hoja de albarán y a su lado descansaba una gran caja de cartón.

—¿Rory McCoy? —quiso saber el recién llegado.

Se apoyó en la jamba del portón y suspiró.

—Soy yo —respondió con desgana y con la intención de darle con la puerta en las narices si no le decía enseguida para qué preguntaba por él.

—Le traigo la cuna que encargó. ¿Dónde puedo dejarla?

La frase quedó atascada en sus oídos. Apenas unos segundos después, se pasó una mano por el rostro. Había olvidado por completo que, hacía dos semanas, Tara y él habían ido a comprar la cuna para el bebé y les habían dicho que tardarían quince días en llevársela. Allí estaba.

—Déjela aquí —indicó tras dar un par de pasos hacia un lado en el vestíbulo.

Con algo de dificultad por el peso, el repartidor dejó la voluminosa caja en donde él le había dicho y le entregó el albarán para que lo firmara. Lo hizo sin decir nada y se lo devolvió.

—Adiós y felicidades por el bebé. Que lo crie con salud, amigo —se despidió el hombre con un cabeceo.

Tuvo ganas de mandarlo a la mierda.

Cerró la puerta y su vista se clavó en la caja. La cuna para el bebé. A Tara le había gustado ese modelo en color cerezo, simple y práctica. Recordaba que ella le preguntó qué le parecía y le respondió que la veía bien. La verdad era que no había mirado ni una sola de las cunas que estaban en la exposición porque solo tenía ojos para ella y cómo se le iluminaba la vista cuando iba de una a otra; cómo pasaba con cuidado las yemas de los dedos por los

delicados artículos y cómo su rostro resplandecía. No había visto nada más bonito en su vida y dudaba mucho que volviera a verlo.

A trompicones hasta el salón, cogió una de las botellas vacías de la mesa y se la llevó a los labios, frenético por arañar cualquier gota que le anestesiara el corazón y el dolor que sentía en el pecho.

De nuevo, el timbre sonó. Con malos modos, dejó la botella sobre la mesa y regresó a la entrada arrastrando los pies.

—¿Qué ha olvidado, amigo? —dijo mientras abría.

—¿Se supone que he olvidado algo? —preguntó Kevin, apostado al otro lado, con una expresión de no comprender qué estaba ocurriendo.

Cansado, se apoyó en la puerta.

—¿Qué quieres, Kev?

—Moira me dijo ayer que llamaste para decir que estabas enfermo. Y me lo tragué porque, bueno, ¿por qué no? Tienes derecho a ponerte enfermo como cualquier otro —dijo con su habitual seriedad—. Pero hoy Meg me ha dicho que Tara ha regresado a su casa y he atado cabos. Yo solito.

—Qué listo eres. ¿Quieres una galletita?

—¿Qué demonios ha ocurrido, Rory?

Se pasó una mano por el pelo y dejó escapar un largo suspiro.

—No tengo ganas de hablar de ello.

—Y una mierda que no. Vamos, entra.

Sin darle tiempo a negarse, Kevin lo empujó para hacerse paso y entró en la casa. Cerró a su espalda mientras que su primo se dirigía al interior de la vivienda.

—¿Qué… cojones ha pasado aquí?

Kevin, parado delante de la puerta que daba paso al salón, le dio un repaso a la estancia. Su mirada recorría una y otra vez el espacio, como si no creyera lo que sus ojos veían.

—No ha pasado nada —respondió al tiempo que pasaba junto a él en dirección al sofá, en donde se arrojó sin miramientos.

—¿Y todas estas botellas? —quiso saber Kevin.

—¿Una juerga?

—No tiene gracia, Rory.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un largo bufido. La poca paciencia que tenía ese día se le estaba agotando rápidamente.

—¿Por qué no te marchas, Kev?

—Porque no quiero. —Su repuesta sonó como un latigazo—. Lo que quiero es que me cuentes qué ha pasado.

Volvió la cara hacia un lado.

—¿Que te cuente qué ha pasado? Ya lo sabes: Tara se ha marchado.

—Cuando te da la gana eres un libro cerrado. Quiero que me cuentes qué ha pasado para que ella se marche.

—¿Y por qué debo hacer eso? Déjame tranquilo —casi le rogó.

No quería hablar; no quería escuchar de sus propios labios lo patético que era y lo patético que había sido todo.

—¿Que por qué debes hacerlo? —El enfado que parecía sentir Kevin se esfumó de su expresión. Se sentó frente a él y lo miró con fijeza—. Porque, hace unos meses, yo me encontraba en una situación similar y alguien que dice ser mi primo me dio la tabarra para que dejara de hundirme en el pozo en donde estaba.

Los ojos de Kevin, fijos en él, le dijeron más que cualquier otra palabra que este pudiera pronunciar que esa manera de tocarle las narices era, simplemente, porque se preocupaba por él.

—¿Me estás diciendo que todo esto es por un falso sentimiento de deuda?

—Falso o no, es lo que tienes. Asume que no voy a marcharme. No sin que antes me digas qué vas a hacer para arreglar las cosas con Tara.

—¿Cómo sabes que quiero arreglar las cosas con ella?

Era la pregunta más absurda y estúpida que había pronunciado en todo el día. Incluso en toda la semana. Una ceja de Kevin le llegó al nacimiento de su pelo.

—Porque estás coladito por ella, hermano, y sé que, en cuanto salgas de este bache, vas a hacer lo que sea para que ella regrese aquí.

La verdad de las palabras lo golpearon en el pecho y casi lograron dejarlo sin respiración.

—No es tan sencillo como parece —logró decir al fin tras permanecer en silencio unos largos segundos en los que había tratado de conformar una respuesta que sonara coherente.

—¡Ah! ¿Pero es que hay algo sencillo a fin de cuentas?

—No lo sé —respondió con pesar. Giró la cabeza hacia su primo —. ¿Meg ha hablado con Tara?

—No —contestó Kevin—. Solo ha hablado con su padre. Él ha sido quién se lo ha dicho.

—¿Cómo está? —preguntó con el corazón en un puño. Temía las noticias que pudiera darle.

—¿Tú cómo crees que está, Rory?

Se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Por qué no me dijiste que enamorarse dolía tanto?

—Porque también merece la pena, cenutrio.

—Y dale con tus palabrejas raras —se quejó.

—Venga, cuéntame qué ha sucedido. Seguro que, en cuanto lo digas en voz alta, todo empieza a tener sentido y puedes encontrar una solución.

Tomó aire y recapacitó unos segundos en las palabras de su primo. Tal vez, solo tal vez, llevara razón.

—¿Recuerdas cuando nos vimos hace unos días en aquel *pub*? ¿Ese en el que me contaste vagamente lo de Kilkenny y que habías encontrado un apartamento?

—Claro que me acuerdo.

Pasó a contarle cómo Ellyn había aparecido después de que él se marchó y cómo creía que había perdido la cartera tras invitarla a una simple cerveza. Y también cómo la chica se había presentado en el apartamento. Con la cartera.

—Le dijiste a Tara que fue solo eso; que la invitaste a una cerveza, ¿no? —intervino Kevin, preocupado—. ¿O acaso es que no te creyó?

Bajó la mirada y se pasó una mano por la nuca.

—Con Tara las cosas no son tan sencillas.

—¿Por qué?

Estuvo tentado de contarle la forma en que ella se resistía con uñas y dientes a enamorarse porque se mantenía aferrada a esa

promesa que le exigió su difunta amiga. Pero no lo hizo, simplemente, porque no le correspondía a él contar algo tan íntimo.

—Necesita tiempo —contestó en cambio—. Espero que solo necesite tiempo.

—Y mientras tanto, a ti te están llevando los demonios.

—Joder que sí.

El salón se sumió en un pesado silencio.

—¿Has considerado llamarla?

—Cada segundo del día.

—Pero no lo has hecho.

—Te repito: ella necesita tiempo para darse cuenta de lo que realmente ocurrió, no a un tipo que esté presionándola para que regrese a su lado porque sin ella no puede ni respirar.

Lo que apreció en el semblante de Kevin fue tristeza.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres hacer? —preguntó en un tono de voz mucho más amable que unos minutos atrás—. ¿Darle tiempo?

Se levantó como si lo hubieran disparado con un arco.

—¡No, joder! ¡Claro que no quiero! —exclamó desesperado. Se giró hacia Kevin con ambas manos en la cabeza, sin percatarse siquiera de en dónde ponía los pies—. Quiero ir hasta su casa, arrastrar su bonito culo hacia aquí y encerrarla en mi habitación. Conmigo. Y gritarle cuánto la echo de menos hasta que se convenza de que digo la verdad y de que no soy solo un puñetero compañero de piso.

—Eso no es lo que vas a hacer, ¿verdad?

La expresión incrédula que le ofreció Kevin lo desinfló por completo. Regresó al sofá y se arrojó a él como si fuera un fardo.

—Por supuesto que no —contestó con desánimo—. Voy a esperar a que ella caiga por su propio peso y que se convenza de que no he traicionado su confianza. Ni tampoco su amor. Esperaré, aunque me esté comiendo por dentro. Necesita ese tiempo para enterarse de que es mucho más que mi compañera de piso.

—¿Y si no regresa, Rory? ¿Y si…?

Se incorporó en el sofá como si debajo de él tuviera ascuas ardientes. No, esa no era una opción viable. No quería ni pensar en

que Tara no regresara a donde pertenecía; a donde había sido feliz con él. «Porque lo ha sido, ¿verdad?».

La duda era una hija de la gran puta.

Se levantó con rapidez y, de nuevo, el salón le dio vueltas, aunque se recompuso enseguida.

—No. Nada de «y si…» —espetó con furia mientras un puño invisible lo tomaba del cuello para impedir que respirara con normalidad—. Siento vértigo solo con pensar que no voy a estar junto a ella cuando vaya a tener al bebé. Que no va a volver aquí. No quiero pensarlo siquiera.

Kevin le dedicó una larga mirada antes de agachar la cabeza y hacer que esta se moviera de un lado a otro.

—Jamás creí que te iba a ver de esta manera por una chica.

—Es que ella no es una chica cualquiera, Kev. No es ni por asomo como ninguna de las mujeres con las que me he acostado. —Lo decía tan en serio que el hueco que había en su pecho por la ausencia de Tara se hizo más grande si cabía—. Es… ella. No hay otra ni la habrá. Y yo, que jamás he rezado en mi vida y que no sé hacerlo, rezo para que todo se arregle.

Kevin se levantó despacio y le palmeó el brazo.

—Habla con ella. No puedo decirte más que eso. Por experiencia lo sé. No dejes que te consuma la incertidumbre, ¿de acuerdo?

Le devolvió el gesto y asintió.

—Gracias por venir, Kev.

—¿Acaso me quedaba otra opción?

—Supongo que no —respondió mientras se encogía de hombros antes de ofrecerle una tímida sonrisa. No era mucho, pero hacerlo le sentó bien.

Con paso tranquilo, su primo enfiló hacia la puerta de entrada y fue tras él.

—Recoge todo ese desastre antes de que ella regrese. O va a tener una nueva razón para volver a marcharse.

—Venga, lárgate.

—Te llamo esta tarde para ver cómo andas, ¿de acuerdo?

—No soy un niño pequeño, Kev.

—A veces lo pareces —se mofó—. Adiós, Rory.

En cuanto vio desaparecer por la esquina el coche de su primo, cerró la puerta.

Se detuvo en medio del vestíbulo durante unos segundos. Las últimas palabras de Kevin resonaban aún en sus oídos. No podía dejar la casa como estaba ni podía esconderse tras una botella de alcohol. Aguardaría un tiempo prudencial a que Tara se recompusiera y, si no era así, él daría el paso para acercarse de nuevo a ella.

—Al final va a tener razón: hablar viene bien, maldita sea —masculló echando un vistazo al salón—. Bueno, se acabó. Hora de que todo esto vaya a la basura.

Los dos días que Tara llevaba en casa de sus padres estaban siendo, cuanto menos, extraños.

Le costaba poner en marcha su cuerpo, pero su mente era otra cuestión. Apenas atendía a nada si alguien le hablaba y no se interesaba por ninguna conversación que se estuviera desarrollando a su alrededor. Sin embargo, la escena con Ellyn y la expresión de Rory al ver a la mujer en su casa la había recreado tantas veces que había perdido la cuenta. No podía olvidar cómo a Rory le cambió el semblante cuando oyó aquello de que se había referido a él como su «compañero de piso».

Su mejor línea, sin duda.

Sacudió la cabeza para tratar de centrarse y darle un descanso a su mente. Ese día había tenido el turno de mañana en la librería, así que, sin prisas, se encaminó hacia el autobús para regresar a casa.

«A casa de sus padres», se corrigió en su mente. Hacía meses que su casa estaba en otro lugar e, idiota de ella, había salido corriendo de allí.

—¿Tara?

Levantó los ojos y se encontró de lleno con el rostro amable, aunque triste de la señora Connor, la madre de Tammy.

—Hola —le correspondió con una leve sonrisa.

La mujer se acercó a ella para que los viandantes pudieran continuar su camino.

—¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás, mi niña? —Entonces, su mirada recayó en su vientre—. ¡Ay! No me digas que estás…

Ella asintió con un escueto cabeceo. No sabía bien por qué le parecía inadecuado que la madre de Tammy supiera que estaba embarazada.

—Estoy esperando un bebé, sí —dijo a media voz, sin saber si la mujer la había llegado a oír a causa del tráfico que atestaba la avenida a aquella hora.

Los azules ojos de la señora Connor, que tanto le recordaban a los de su amiga, le sonrieron.

—¡Cuánto me alegro! Ven conmigo, anda. Te invito a un té, ¿te parece?

En principio pensó en negarse, en decirle que su autobús tardaría solo cinco minutos en aparecer, pero le supo mal declinar la invitación, así que acabó asintiendo.

—Está bien.

—¡Vamos! Aquí mismo hay una cafetería que está tranquila a esta hora.

No tuvieron que andar mucho antes de llegar al lugar que la mujer había mencionado. Ambas entraron y encontraron una coqueta mesa delante de una ventana que daba a la transitada calle.

La señora Connor se sentó frente a ella y dejó el bolso y el abrigo en la silla que quedó libre entre ambas.

—¡Cuánto me alegra haberte visto y saber que…! ¿Ya sabes si es niño o niña?

—No, aún no lo sé. Cada vez que hemos… he ido —se corrigió con un nudo en la garganta— a la consulta de la ginecóloga, el bebé parece que se resiste a que lo veamos. Y tampoco estoy muy segura de querer saberlo antes —le confesó.

Con evidente alegría, la mujer asintió.

—¡Claro, claro! Y ¿estás contenta?

—Lo estoy. —Se esforzó en sonreírle y se dio cuenta de que era la primera vez en días que lo hacía. Con ternura, se pasó la mano por el vientre y su mente voló hacia Rory. Recordó la manera tan

dulce con la que le acariciaba la tripa y también recordó la noche en que sintió la patada del bebé por primera vez. Tuvo que morderse el interior de la mejilla para no acabar llorando una vez más.

La relajada charla se vio interrumpida por la camarera, que llegó para recoger el pedido. Encargaron una tetera para las dos y unas galletas caseras que la chica les sugirió que probaran.

Cuando tuvieron todo sobre la mesa, la madre de Tammy le llenó la taza que tenía delante. La sonrisa que había visto en sus labios se había visto reemplazada por una mueca triste que le desbordaba por los ojos.

—Señora Connor, ¿está bien?

La mujer se esforzó en negar con la cabeza.

—Sí, sí. No te preocupes por mí, solo es que, a veces… Sé que ha pasado mucho tiempo ya desde que perdí a mi Tammy, pero una madre jamás olvida a un hijo.

Sintió un pellizco en el centro del pecho al darse cuenta de que, aun sin que hubiera nacido, ese pequeño que crecía dentro de ella se había convertido en una parte muy importante de su vida.

Mientras que la señora Connor le servía el té cuidadosamente, ella la observó. Debía de tener más o menos la edad de su madre, quizá incluso más joven porque Tammy había sido su primera, y única, hija. Pero parecía tener más años. Tenía el pelo canoso, peinado muy corto, y la ropa que vestía, algo pasada de moda, no ayudaba a alejar esa imagen de ella.

—Aquí tienes.

Tomó la taza de manos de la mujer, agradeciéndoselo con un cabeceo. Sin aguardar a que la infusión se templara, le dio un pequeño sorbo. Le ardieron los labios.

Muy despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, dejó la taza sobre el platillo. La suave música ambiental la envolvió como un dulce manto. Se relajó en la silla sin levantar la cabeza.

—Yo… No recuerdo si alguna vez llegué a decirle cuánto sentí lo que le ocurrió a Tammy. —Las palabras salieron por sí solas como si hubieran estado esperando en la punta de su lengua para decirlas.

—Lo hiciste, querida —respondió con la misma desolación que la rodeaba—. El día de su funeral. Te acercaste a mí y me abrazaste.

Eras un mar de lágrimas y casi no pude entender nada de lo que decías porque ni yo misma me tenía en pie. Sé que la semana siguiente no asististe a clase y que el médico te recetó unos tranquilizantes para que pudieras dormir al menos.

Tenía una gran laguna en su mente de aquellos días. El funeral, la vuelta a clase… todo era una amalgama de imágenes sin sentido en su memoria. Lo único que se mantenía firme era la carta que le dejó Tammy, la carta en la que explicaba por qué había decidido desaparecer y la petición de que no entregara su corazón a nadie. Y sentía que la había traicionado.

Bajó la mirada hacia la taza de té que tenía delante y el contenido se desdibujó a causa de las lágrimas que se estaban formando en sus ojos.

—Yo… siento mucho lo que pasó —murmuró, no muy segura de que la señora Connor la hubiera escuchado.

—Lo sé, querida niña, lo sé —respondió esta al instante.

Levantó la vista y la clavó en la mujer.

—Fui yo quien…

—¿Quién le presentó a aquel chico? —acabó la frase por ella—. Lo sabía, claro que sí. Tammy no sabía callarse las cosas.

Volvió a tomar un sorbo de té con la esperanza de que el nudo que sentía en la garganta se disipara.

—Es verdad —contestó al fin—. Pero yo… Siempre he sentido que, en parte, fue mi culpa.

El tintineo de la taza de porcelana al tocar el platillo le hizo alzar la vista hacia la persona que estaba sentada frente a ella.

—¿Tu culpa?

—Por presentarle a…

Un gesto negativo por parte de la mujer y la mano que voló para atrapar la suya hicieron que se detuviera.

—No, no. Por favor, no pienses eso. Si hay un culpable en todo esto, fue ese… No, no me apetece nombrarlo. —Desde que habían comenzado aquella conversación, los años y la pena parecían haberse cebado aún más con la madre de Tammy. Se maldijo por traerle aún más desdicha—. Pero ¿tú? ¿De qué sirve que lo pienses? Mira, yo quería mucho a mi hija, más que a mi propia vida. Ella… Mi

Tammy no entendió que la vida se trata de caer, de equivocarse, eso es cierto, pero también de aprender de los errores y de levantarse; posiblemente, para caer de nuevo, quién sabe, pero para vivirla a fin de cuentas. Se… Se dejó llevar y no supo afrontarlo. Si al menos me hubiera pedido ayuda… Si al menos yo me hubiese imaginado algo antes…

La mano de la señora Connor no la soltaba, así que decidió, muy despacio, girar la suya y aferrarla, uniéndose así a su dolor, sintiendo que sus palabras eran como un bálsamo para el peso que había acarreado sobre sus hombros durante todos esos años.

—Yo…

La mujer sacó de su bolso un pañuelo de papel y se secó los ojos, que se habían llenado de lágrimas.

—Tienes que dejar ir la culpa, Tara —le susurró cuando se recompuso. Lo hizo con tanta dulzura que sintió un pellizco en el pecho—. No puedes vivir con ella o te destruirá. —Entonces, la mujer señaló con un gesto de la barbilla a su vientre—. Tienes un motivo precioso por el que luchar y salir adelante, así que hazlo.

Las palabras resonaron en su cabeza durante unos segundos antes de que asintiera, algo que hizo sonreír a quien tenía sentada frente a ella. Un momento después, la señora Connor le soltó la mano y se llevó la taza a los labios para dar un pequeño sorbo y volverla a dejar en su lugar.

—¿Me avisarás cuando des a luz? Me gustaría conocer a tu bebé.

—Claro que sí —dijo sin detenerse un segundo a pensarlo—. Por supuesto que le avisaré.

—Muchas gracias —respondió la mujer con dulzura—. Anda, acábate el té, que seguro que querrás regresar a casa.

Era cierto, estaba deseando regresar a casa, pero cuando llegara, Rory no estaría allí para esperarla. Y se dio cuenta de que anhelaba parar aquello.

Se tomó la taza de té con rapidez y se levantó.

—Me ha gustado mucho hablar con usted, señora Connor. Muchas gracias.

—A ti, mi niña —contestó ella con una dulce sonrisa prendida en sus labios—. Disfruta de lo que te queda de embarazo.

Antes de salir, dejó pagada la consumición de ambas y corrió hacia el autobús. Llegó a la parada con el pulso acelerado y miró el panel informativo. En lugar de reparar en la información del que la llevaría de regreso a Rathfarham, buscó la del autobús que se dirigía a Warrenmount.

Por desgracia, uno de ellos acababa de marcharse y tendría que esperar más de quince minutos al siguiente; sumándole el trayecto hasta la casa de Rory estimó que podría estar allí en cuarenta minutos. No veía el momento. Se dijo que tenía mucho en lo que pensar, pero no era cierto. Solo había una cosa en su cabeza y era arreglar el malentendido con Rory. El resto podía esperar.

Rory salió de la ducha. La nube de vapor se había adueñado del baño por completo. Tras secarse torpemente con una toalla, se la enrolló alrededor de la cintura y tomó la que estaba colgada en el lavabo para limpiar el espejo. En cuanto lo hizo su imagen apareció entre aquel vaho.

Se pasó la mano por el pelo mojado y también por la barba. Iba a tener que hacer algo con ella si quería lucir lo mejor posible cuando fuera a buscar a Tara. Lo había decidido mientras el agua le caía por la cabeza: no iba a esperar más, no podía. Su salud mental dependía de ello.

Deseaba con fuerza que Tara no se cerrara en banda y lo escuchara. Le daría todas las explicaciones que le exigiera y las que no, también. Le rogaría que regresara con él a casa y le demostraría que, desde que ella había aparecido en su vida, no había nadie más con quien quisiera estar, ni en ese momento ni nunca más. Estaba tan seguro de ello como de que el verano siempre acababa por llegar.

Apenas había comenzado a vestirse cuando escuchó sonar su teléfono móvil. Lo había dejado olvidado en su habitación, así que tomó la camiseta de la banqueta del baño y comenzó a ponérsela

mientras se dirigía hacia el cuarto. En cuanto llegó, vio el teléfono sobre la cama, lo tomó y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí? —preguntó sin molestarse en preguntar quién llamaba.

—*¡¿Dónde se supone que estabas metido?!* —La estridente voz de Kevin hizo que apartara un poco el aparato y lo mirara como si fuera un bicho raro. En cuanto estuvo seguro de que su primo había acabado de gritar regresó el teléfono a su lugar.

—¿Que en dónde estaba metido? Pues en la ducha, haciéndole caso a tus consejos, muchas gracias —contestó mientras se pasaba una mano por el pelo aún húmedo.

—*Tu madre me ha llamado porque no ha podido dar contigo.*

—¡Ah! ¿Sí? —Retiró de nuevo el aparato. En efecto, ahí estaban las llamadas. Tres, para ser exactos—. Vaya. Es…

—*Rory* —lo interrumpió—, *tu padre ha tenido un accidente. Están en el hospital. Por eso me ha llamado; porque no ha podido contactarte.*

Sus rodillas se rindieron y se encontró sentado al borde del colchón.

—Pero ¿cómo…?

—*No me ha contado mucho, solo que...* —No atendió a lo que Kevin le dijo a continuación porque él ya se había levantado de la cama como si le hubieran pinchado el culo con alfileres. Sintiendo el pecho cerrado, sacó a toda prisa de un cajón un par de calcetines antes de dirigirse hacia el armario y tomar el primer jersey y la cazadora que alcanzó—. *¿Me estás escuchando, Rory?*

—No mucho, la verdad. Estoy más interesado en acabar de vestirme y salir pitando para allá.

—*¿Y cómo se supone que vas a ir?*

La pregunta lo sorprendió por absurda.

—En mi moto.

—*¡No seas estúpido, Rory! ¡¿Cómo vas a ir en moto hasta allí?! Ya ha oscurecido, hace frío y seguro que también lloverá. Voy ahora mismo para tu casa para dejarte mi coche y que puedas...*

—No voy a perder tiempo esperándote. Ni peleándome contigo por esto —replicó mientras bajaba de dos en dos la escalera.

—Eres un insensato. ¡Como además de ir a ver a mi tío tenga que ir a verte porque te has abierto la cabeza en el camino, me vas a tener que escuchar!

—Será un placer hacerlo —dijo sin afección mientras tomaba las llaves de su Suzuki y el casco—. ¿En qué hospital está?

—En el Universitario.

—Bien.

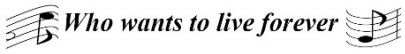
—Llámame cuando llegues.

—Dalo por hecho. Hasta dentro de un rato, Kev.

—Cuídate, hermano.

Él ya estaba cerrando la puerta de su casa cuando su primo colgó la llamada.

38



Cuando Tara despertó, más pronto de lo normal en ella, se dio cuenta de que no recordaba haber pasado una noche peor que aquella.

La tarde anterior, después de su inesperado té con la señora Connor, había salido corriendo hacia la casa de Rory. Quería explicarle qué la había llevado a reaccionar de esa manera ante la presencia de aquella mujer, aunque imaginaba que él ya se lo habría figurado. Pero necesitaba decírselo con sus propias palabras, y que la perdonara. Nunca imaginó que necesitaría tanto el perdón de alguien.

Recordaba cómo le había latido el corazón cuando se apostó delante de su casa y llamó a la puerta. Por desgracia, nadie le contestó, ni esa primera vez ni las posteriores, aunque casi quemó el timbre. Incapaz de alejarse sin intentar otra manera de dar con él, había insistido con el teléfono móvil, pero cada vez que llamó la operadora le informó que el teléfono no estaba disponible.

Sintiendo que todo se desmoronaba a su alrededor, regresó a casa de sus padres y se encerró en su habitación. Había hecho un surco en el suelo mientras volvía a llamarlo por teléfono, pero la respuesta automática fue siempre la misma. No tuvo más remedio que irse a la cama con aquel regusto en la boca del estómago de que, definitivamente, había perdido a Rory. Había metido la pata hasta el fondo y ya no había vuelta atrás.

Se sentó al borde de la cama y dejó que el peso que sentía sobre los hombros la sobrepasara. Por fortuna para ella, era sábado y solo tenía turno hasta medio día. El resto del fin de semana planeaba pasarlo en la cama, tapada hasta las orejas y regodeándose en su miseria.

Escuchó el timbre de la puerta y, casi de inmediato, a alguien cuchichear en el vestíbulo. Estaba a punto de salir de su habitación cuando vio a Meghan subir las escaleras.

—¡Meg! ¿Qué haces aquí tan temprano? —Atisbó que, detrás de su hermana, estaba su padre. El semblante serio de la chica hizo que se envarara—. ¿Qué ocurre?

—Traté de dar contigo anoche, pero tu teléfono estaba apagado. —Sonaba bastante nerviosa.

Se pasó la mano por las sienes. El dolor de cabeza la estaba matando.

—Se debió de quedar sin batería en algún momento. Lo siento.

—Llamé a papá, pero me dijo que te habías encerrado en tu habitación al llegar. Y, bueno, me pidió que te dejara descansar.

—No… No he pasado buena noche.

Meg dirigió la mirada hacia su padre, quien asintió.

—Es mejor que se lo digas.

Ella los miró a ambos.

—¿Decirme qué?

—Ayer por la noche, Kevin me contó que el padre de Rory tuvo un accidente.

La frase salió de labios de su hermana como un latigazo que la hizo contener el aliento.

—¿Dónde está Rory? —preguntó al tiempo que daba un paso hacia su hermana. Notaba el corazón en la garganta.

—Ha ido a Limerick, donde viven sus padres. Se fue anoche mismo, en cuanto Kevin se lo contó. No quiso esperar a que le llevara el coche y se fue en la moto.

La urgencia de salir tras él la abrumó tanto que no supo cómo pudo seguir respirando en los siguientes segundos. Entendió por qué el teléfono de Rory no estaba operativo la noche anterior, seguramente porque ya había llegado al hospital donde estaba su padre y…

—Tengo que ir con él —murmuró. Se dio cuenta entonces de que la noche anterior ni se había molestado en ponerse un pijama antes de quedarse dormida, algo que agradeció porque así no perdería tiempo en cambiarse. Nerviosa, echó un vistazo a su

habitación. El bolso y el abrigo estaban sobre la silla, a los pies de la cama. En cuanto lo tomó todo, se giró hacia su padre y su hermana, que aguardaban aún en la puerta—. Papá, necesito que me dejes el coche.

—Claro, cielo, llévatelo. Yo te llevaría, pero tengo un servicio… —anunció el hombre con evidente pesar.

—No importa —atajó decidida—. Puedo conducir perfectamente. No son más que un par de horas.

Meg se acercó a ella y la tomó de las manos.

—Tal vez sea demasiado tiempo al volante en tu estado. ¿Estás segura?

Ella asintió con determinación. Se miró en aquellos ojos color de la miel, tan parecidos a los suyos, que la observaban con preocupación y cariño.

—Por supuesto que lo estoy. Quiero estar al lado de Rory por si me necesita. No voy a quedarme aquí, Meg, a la espera de poder hablar con él por teléfono. O que él me llame. Entiéndelo.

La chica apretó los labios y, por fin, asintió.

—Te entiendo, por supuesto que te entiendo. Ten cuidado, ¿quieres?

Sin esperar un segundo más, bajó las escaleras tan rápido como pudo seguida de su padre y su hermana.

—¿Qué ocurre…? —oyó a su madre preguntar desde la cocina. No tenía tiempo para explicaciones, así que agradeció en silencio a su padre que fuera él quien se encaminara hacia Maureen y le contara lo que estaba sucediendo.

Tomó las llaves del coche familiar del cuenco en donde siempre estaban.

—¿Dónde está el padre de Rory? —preguntó a su hermana, que la había seguido de cerca—. Me refiero al hospital.

—Oí a Kevin hablar del hospital Universitario. ¿Sabes dónde está?

Sin pérdida de tiempo, sacó el teléfono y buscó el navegador.

—Yo no, pero este cacharro, sí.

Con rapidez metió la dirección en el buscador y ante ella apareció la ruta que debía seguir.

—Tara, por favor, ten cuidado.

La voz de su madre a su espalda la hizo girarse para enfrentarla. Maureen la miraba con preocupación.

—Tranquila, mamá. No pasará nada. En cuanto llegue allí os aviso, ¿de acuerdo?

Aquellas tres personas que tanto significaban para ella asintieron casi a la par. Les dedicó una leve sonrisa para tranquilizarlos antes de abrir la puerta y correr hacia el lugar donde el coche estaba estacionado.

A Tara, las dos horas y media que separaban Dublín de la localidad de Limerick, en el centro del país, se le antojaron interminables. Estaba segura de que alguna deidad burlona se estaba dedicando a estirar como chicle los puntos que los separaban en el mapa.

Tuvo que parar a mitad de camino para mover un poco las piernas porque los riñones la estaban matando. Aprovechó aquel rato para explicarle a Marie porque no podía ir a trabajar y para pedirle que hiciera su turno en la librería, algo que la chica aceptó sin replicarle y que ella le agradeció en el alma. En cuanto estuvo segura de que podía afrontar la siguiente etapa sin complicaciones, regresó tras el volante.

Durante el camino había ido siguiendo las instrucciones del navegador, algo que le resultó muy útil cuando, al fin, llegó a la ciudad.

En todo aquel tiempo, no había recibido ninguna llamada de Rory. Se sentía nerviosa por saber cuál iba a ser su reacción al verla aparecer en el hospital; tal vez se enfadaría con ella, incluso podría reprocharle que nada pintaba allí, ya que había renegado de su relación, pero prefería enfrentarse a un Rory enfadado a no saber si estaba solo o si necesitaba su apoyo.

Llegó al estacionamiento del hospital cuando apenas eran las once de la mañana. Maldijo entre dientes mientras daba una vuelta tras otra a la búsqueda de un lugar para dejar el coche. El cielo debió compadecerse de ella, pensó, porque de repente apareció una mujer que dejó libre una plaza que ella pudo ocupar al instante.

Al bajar del vehículo, de nuevo su espalda se quejó por haber estado tanto tiempo conduciendo, pero no le importó; ya tendría tiempo de descansar más tarde. O eso esperaba. Con un caminar más rápido de lo normal en ella, enfiló hacia la entrada general del recinto hospitalario mientras le enviaba un mensaje rápido a su familia para hacerles saber que había llegado bien. Entonces, buscó el mostrador de información. No quería perder ni un minuto más del necesario.

—Perdone, ¿podría hacerle una pregunta? —se dirigió a una joven enfermera que parecía ocupada tras un ordenador. La chica levantó la mirada y le ofreció una sonrisa.

—Sí, por supuesto. Dígame qué necesita.

Sus manos tamborilearon en la encimera de formica con nerviosismo.

—Me gustaría saber en qué habitación está el señor McCoy. Lo ingresaron aquí anoche —preguntó con cautela. No sabía cuál era el nombre de pila del padre de Rory, ni tampoco el de su madre, así que esperaba que no hubiera muchos McCoys hospitalizados en ese lugar.

La joven enfermera la miró con suspicacia.

—Lo siento, señorita, pero no puedo darle esa información —atajó la chica.

—Pero soy familiar suyo —insistió ella. El corazón le iba a mil por hora en el pecho.

—La ley no nos permite decírselo. Lo siento mucho.

Con ello, la enfermera se giró en su silla y siguió con su trabajo.

Entendía muy bien que hubiera una ley para salvaguardar los datos de los pacientes, pero se tuvo que morder la lengua para no decirle a la mujer tras el mostrador que le importaba un pimiento y que necesitaba saber el número de habitación. Sin embargo, en lugar de eso, apretó los labios y se alejó de la recepción.

Con manos temblorosas, sacó el teléfono de su bolsillo y marcó el número de Meghan. Esta contestó casi al instante.

—*Dime.*

—No sé en qué habitación está el padre de Rory y la enfermera no puede decírmelo. ¿Puedes preguntárselo a Kevin, por favor?

—*Enseguida lo hago, no te preocupes.*

Soltó un suspiro.

—Gracias, Meg.

Sin guardar el teléfono, mirando sin parar la pantalla, caminó por el vestíbulo del hospital hasta que el aparato vibró en sus manos. Un mensaje de su hermana.

Meghan: Habitación 546. Traumatología.

—Gracias a Dios —murmuró aliviada.

Sin más, se dirigió hacia uno de los múltiples pasillos que partían de aquel gran vestíbulo y tomó el primero que vio, en busca de los ascensores.

En cuanto encontró uno, aguardó junto con un montón de personas a que llegara. No podía dejar de mirar el panel que había sobre la puerta, ese que informaba dónde estaba la cabina. Al fin, esta llegó y se apresuró a entrar. Le dio al botón de la quinta planta más veces de las necesarias mientras su corazón trataba de salirse de su pecho.

Para su desdicha, el ascensor se detuvo en todas las plantas precedentes antes de llegar a la suya. Aquello estaba acabando con sus nervios.

Cuando las puertas se abrieron, ella salió con prisas al rellano y se detuvo. Sendos pasillos se abrían a derecha e izquierda. Buscó algún panel que le dijera dónde se encontraba el ala de traumatología y partió hacia la dirección señalada.

No había recorrido un pasillo tan largo en su vida, o tal vez era la sensación de angustia que la estaba corroyendo la que la llevaba en volandas. Lo único que escuchaba era el alocado correr de su sangre al pasar por sus oídos.

Dejó atrás el último recodo y apenas había andado dos pasos cuando lo vio. Rory estaba al final de aquel pasillo, a una veintena de metros de ella, hablando con una mujer. Si hasta ese momento había mantenido a raya el pulso, este se disparó ante la presencia del hombre al que quería. A pesar de que lo deseaba con todas sus

fuerzas, fue incapaz de dar el siguiente paso para acercarse, para decirle que estaba allí. Apretó las manos para infundirse el valor que le estaba faltando.

Entonces, como si lo hubiera llamado con su mente, Rory dirigió la vista en su dirección. El semblante se le endureció en el instante en que sus ojos recayeron en ella. Sus hombros se tensaron y alzó ligeramente la barbilla al darse cuenta de que ella estaba allí.

« No te gires, por favor. No dejes de mirarme », suplicó deseando que su silenciosa petición llegara hasta él.

La mirada de Rory la estaba quemando desde aquella distancia que le parecía insondable. No se atrevía a dar un solo paso en su dirección y pensó en que se le rompería el corazón si, finalmente, él decidía ignorarla.

Como si hubiera sido consciente de sus súplicas y de sus miedos, Rory se desentendió de la mujer con la que estaba hablando y comenzó a dirigirse hacia ella. Sus ojos no se habían desvinculado de los suyos ni un solo segundo desde que se percató de su presencia, ni tampoco ella era capaz de dejar de mirarlo. Se le paralizó el pulso al verlo acelerar el paso para comerse la distancia que los separaba. Como si supieran cuánto necesitaba tenerlo cerca, sus pies se pusieron en marcha sin que su cabeza le hubiera dado la orden para ello.

Los últimos metros, Rory los hizo a la carrera y ella lo imitó como pudo. Al instante, los brazos de él la atrajeron hacia sí, envolviéndola en un reconfortante y cálido abrazo que alejó de ella el frío que, hasta ese momento, no se había dado cuenta de que sentía. Se aferró a su cintura como si aquel sólido cuerpo fuera su tabla de salvación y enterró el rostro en su pecho, conteniendo las ganas de echarse a llorar. Lo había echado tanto de menos que todas las horas que había estado lejos de él le pesaron sobre los hombros.

—Has venido —lo oyó susurrar contra su pelo sin soltarla. Ella tampoco se lo iba a permitir.

Pese a su reticencia inicial, acabó separándose un poco y levantó la vista. Entonces, alzó sus manos para atrapar el rostro del hombre que amaba.

—Por supuesto que he venido. No quería que estuvieras solo. No podía permitirlo.

Los preciosos ojos de Rory, esos que la miraban como si quisieran asomarse al borde de su alma, se clavaron en ella antes de cerrarlos. Con dulzura, se apoyó en una de sus manos y la besó en la palma.

—Gracias —musitó.

—¿Cómo estás? —preguntó al tiempo que le acariciaba la mejilla. Podía ver las profundas ojeras que se dibujaban bajo sus ojos.

—Mejor, ahora que estás aquí.

—Rory… Siento mucho todo lo que ha ocurrido —comenzó diciendo. Bajó la cabeza, incapaz de continuar mirándolo a la cara—. Siento lo que pasó aquella noche. Yo…

Notó cómo, con gentileza, él le levantaba el rostro. Sus miradas volvieron a encontrarse.

—Hablaremos luego de ello, ¿de acuerdo?

Asintió con energía.

—Sí, sí, de acuerdo. ¿Cómo está tu padre?

—¿Quién te lo ha contado?

—Meg fue a decírmelo esta mañana. Kevin se lo dijo a ella.

Lo observó con ternura. Su rostro demostraba cansancio, aunque él se empeñaba en devolverle esa característica media sonrisa que era tan suya y que la había acabado enamorando sin remedio.

—¿Hijo?

La inesperada voz de una mujer los sacó de aquella pequeña burbuja que habían creado a su alrededor. Ambos se separaron.

—Mamá.

Los inquisitivos ojos de la madre de Rory, tan parecidos a los de su hijo, los observaron a los dos de manera alternativa.

—Tal vez podrías presentarnos, ¿no es cierto? —pidió la mujer.

—Eh… Sí, claro. Mamá, ella es Tara. Es… —Rory buscó su mirada y vio una muda pregunta en ella.

—¿Tu novia? —respondió ella acercándose a él tanto como podía para atraparle la mano y entrelazar sus dedos con los suyos.

—¿Novia? ¿Nada de «compañera de piso»? —quiso saber él, indeciso.

Ella negó con un gesto de la cabeza.

—Nada de compañera de piso, no.

La expresión satisfecha que afloró en el rostro de Rory hizo que su corazón se derritiera un poquito. Rory volvió su atención hacia su madre, pero en esa ocasión una enorme sonrisa ocupaba todo su rostro.

—Ella es Tara, mamá. Mi novia.

Pensó en lo adecuada y correcta que sonaba aquella palabra en labios de Rory, así que ella también sonrió mientras se acercaba todo lo que podía al costado de él.

—Hola, señora McCoy.

La sorpresa que se dibujó en el rostro de la mujer no le pasó desapercibida. Ni tampoco la manera en que fijó la vista en su vientre antes de alzar la mirada.

—¿Novia? Pero está…

—Embarazada, sí —acabó Rory por ella—. Vamos a ser padres.

La madre de Rory se cubrió los labios con ambas manos.

—¡Ay, Dios! ¿Lo dices en serio?

El brazo de Rory la atrajo la rodeó, algo que ella imitó para quedar lo más cerca de él que fuera posible.

—Por supuesto que sí, mamá. ¿Crees que bromearía con ello?

La expresión atónita de la mujer mudó a una de fingida contrariedad.

—¡Pues bien que nos lo podrías haber contado ya! —Se dirigió a ella y, de nuevo, su semblante cambió—. ¿De cuánto estás, querida?

—De algo más de seis meses.

—¡Oh, Dios mío! —La mujer se acercó a ella y, enseguida, se vio fundida en un cariñoso abrazo que correspondió con una sonrisa bajo la atenta mirada de Rory.

—Mamá…

—¿Ya sabéis qué va a ser? ¿Y tenéis nombre? ¡Ay, por todos los santos! ¡Estoy emocionada! —Enseguida, sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡No me lo puedo creer! Tu padre se va a alegrar tanto, pero…

Fue el turno de Rory de abrazar a su madre y darle un beso en la mejilla.

—Se va a poner bien, ya lo verás. Papá es fuerte.

La mujer asintió una y otra vez mientras se secaba las mejillas. De nuevo, sus ojos recayeron en ella.

—Disculpa que no me haya presentado como corresponde. Soy Amelia McCoy, la madre de este botarate.

—Encantada, señora McCoy.

—Llámame Amelia, por favor. —De nuevo, Amelia la abrazó—. ¡Estoy tan contenta! Tenéis que contarme muchas cosas, pero mejor volvamos a la habitación, ¿queréis?

—¿Cómo está su marido? —quiso saber ella, genuinamente preocupada.

—Hace un rato nos avisaron que la operación había acabado —contestó Rory en su lugar—. Estamos esperando a que lo suban de reanimación.

Amelia la tomó por la muñeca y, pasándole el brazo por la espalda, la guio hacia la habitación, al final del pasillo.

—Ven con nosotros, querida. Hay un montón de asuntos de los que podemos charlar.

En cuanto entraron, Amelia enseguida le acercó una silla para que ella se pudiera sentar. Rory y su madre le contaron muy por encima cómo Ryan McCoy había tenido un accidente de coche cuando un vehículo se había saltado una señal de tráfico y acabó impactando contra el suyo. Por fortuna, la rápida asistencia de los servicios de emergencia había evitado un mal mayor.

Amelia McCoy era una mujer amable y risueña, a pesar de las circunstancias. Debía de estar en la mitad de la sesentena, aunque por su aspecto aparentaba tener bastantes menos. Era algo más bajita que ella, con una lustrosa media melena color castaño y mirada inteligente. Todo en ella la hacía sentirse acogida y cómoda.

Enseguida entendió de quién había heredado Rory ese talante tan abierto y simpático. Mientras aguardaban a que los enfermeros subieran al señor McCoy de la sala de reanimación, la madre de Rory no cesó de hacerle preguntas, a pesar de que su hijo trató en más de una ocasión de ponerle freno al evidente arrebato de la mujer sin

conseguirlo. Tenía que admitir que Amelia era entrañable y hospitalaria y le preguntó mil y una veces si tenía hambre o si necesitaba cualquier cosa.

De vez en cuanto, su vista abandonaba a la entusiasmada mujer y viajaba hacia Rory, que aguardaba a unos pasos de ella, apoyado contra la pared con una pierna cruzada ante la otra y las manos metidas en los bolsillos, luciendo esa sonrisilla ladeada que hacía que diera gracias al cielo por estar sentada porque dudaba mucho de que sus rodillas pudieran soportarla.

Se sentía mal por Amelia y el interés que estaba mostrando en ella, pero sus ojos iban hacia Rory más de lo que era educado mientras estaba manteniendo una conversación. No podía remediarlo. Tantos días alejada de él habían hecho que deseara unos minutos a solas, para poder besarlo y abrazarlo como anhelaba. Por la manera en la que él le devolvía la mirada, creía que estaba sufriendo del mismo mal.

Los médicos tardaron aún varias horas en considerar que Ryan McCoy podía pasar a la planta de traumatología, así que los tres aguardaron allí con paciencia.

En cuanto los enfermeros se aproximaron por el pasillo con la cama del paciente, Amelia fue rápidamente a su encuentro, mientras que Rory se mantuvo a su lado, a la espera de que llegaran hasta el umbral de la habitación. La vio inclinarse sobre el enfermo y darle un beso con tanto cariño que se sintió una intrusa por estar observando una escena tan íntima.

Aguardó junto a Rory en el pasillo a que los celadores instalaran al enfermo en su habitación y lo animó a entrar en cuanto estos se marcharon.

—Ve. Seguro que tu padre quiere verte.

—¿No te importa? —le preguntó él con evidente preocupación.

—Por supuesto que no. Anda, ve.

Sin más, Rory pasó a la habitación y ella permaneció fuera para darles la privacidad que requería el momento.

Un buen rato después, Amelia y Rory salieron. En el rostro de la mujer se podía ver aún la humedad de las lágrimas y la

preocupación que sentía, pero también había una esperanzadora sonrisa que deseó que permaneciera allí.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó a Amelia en cuanto llegó frente a ella.

—Está muy adormilado. Y dice que le duele la pierna. Le han puesto un calmante fuerte en la vía, así que asumo que estará bastante tiempo durmiendo.

—Es lo mejor para él, mamá, dadas las circunstancias —replicó Rory.

—Lo sé, cielo, lo sé. Has oído tan bien como yo lo que han dicho los enfermeros, que ha tenido mucha suerte. Que si no llegaba a estar el jefe de traumatología de guardia, tu padre podría… —La mujer se llevó un puño a los labios para tratar de contener las lágrimas que afloraron casi por sí solas en sus ojos.

Rory se apresuró a abrazarla.

—Pero estaba de guardia y la operación ha salido bien. Va a salir de esta, ya lo verás. Ya sabes lo tozudo que es papá.

Amelia asintió con energía.

—Sí. Además, aún tiene que saber que va a ser abuelo.

Una leve mueca, parecida a una sonrisa, afloró por sus labios mientras con la cabeza señalaba hacia su vientre. Ella se llevó una mano hacia él para acariciarlo con mimo.

—Mañana, en cuanto esté mejor y más descansado, se lo contamos, ¿de acuerdo? —propuso Rory.

—Cariño, marchaos a casa —dijo la madre de Rory—. Aquí no hacemos nada los tres y yo no pienso moverme de su lado. Ve, anda. Desde que llegaste ayer no has descansado.

Sin dudarlo, ella se puso de parte de la mujer, aunque no dijo nada. Podía ver en el semblante de Rory lo cansado que se sentía.

—Mamá…

—Ni mamá ni nada —atajó Amelia—. Márchate y volved mañana por la mañana, cuando ambos estéis más tranquilos y relajados.

—Pero… —trató de argumentar Rory. Una mano de Amelia lo detuvo.

—Nada de peros. Marchaos ya. Llámame más tarde, si quieres, para que te diga cómo se va encontrando, ¿de acuerdo?

Fue consciente del momento en que Rory se rindió, porque lo vio hundir los hombros y bajar la cabeza. Se apresuró a tomar su mano y pegarse a él.

—Tu madre tiene razón —comentó en voz baja—. Mañana regresaremos más descansados, ¿quieres?

Buscó la aprobación de Amelia con la mirada y la mujer la retribuyó con una dulce sonrisa.

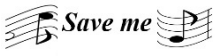
—De acuerdo —respondió él al fin antes de acercarse a su madre y darle un beso cariñoso en la mejilla—. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Tranquilo. Estaré bien —respondió él—. Anda, marchaos, y haz que esta chica se sienta cómoda en casa.

La vista de Rory recayó de nuevo en ella y un sentimiento de calidez la atravesó. Una sonrisa, la primera genuina del día, se escapó de sus labios.

—¿Nos vamos? —le propuso Rory y ella aceptó sin dudarlo.

39



Cuando Rory abandonó al fin el hospital, alzó el rostro al cielo ya oscurecido, cerró los ojos y tomó aire con ganas. Desde siempre, el olor a antiséptico de los recintos hospitalarios lo ponía de los nervios porque, de manera inconsciente, lo asociaba con malas noticias.

Como si se tratara de la suave caricia de una mariposa, notó los dedos de Tara rozar los suyos. Sin dejarle opción a que los retirara, los aferró con ganas y tiró un poco de ella para lograr que se pegara a su lado. Ella no puso ningún impedimento y, enseguida, la calidez de su suave cuerpo lo asaltó.

—Estás cansado.

Le ofreció una sonrisa –o lo que él pensó que había sido una sonrisa– y asintió.

—Un poco.

—A mí no me engañas. Estás que te caes. ¿Qué tal si me dices dónde viven tus padres y yo me encargo de llevarte a casa?

—¿Decirte dónde vivo? ¿Para que puedas ir y abusar de mí? —bromeó—. Aunque te advierto que soy presa fácil. No creo que pueda tener fuerzas para decirte que no.

Ella rio y aquel sonido hizo que una pequeña corriente eléctrica lo asaltara.

«¡Dios! ¡Cuánto lo he echado de menos!».

—No digas tonterías, anda.

Se giró para enfrentarla. Muy despacio, como si temiera que ella se fuera a retirar, le rozó la mejilla con el dorso de la mano. La había añorado tanto que pensaba que, si pestañeaba, podría desaparecer como si fuera una ensoñación. No quería ni intentarlo.

Tara ladeó la cabeza, buscando su contacto. La vio cerrar los ojos y suspirar un momento antes de recomponerse.

—Deja la moto aquí. Ya la recogerás mañana.

Lo cierto era que no se veía con fuerzas de conducir hasta su casa y, mucho menos, entrar en una disputa inútil con ella. Accedió con un único cabeceo.

—Está bien.

—Tengo el coche aparcado por allí.

Caminó detrás de Tara con tranquilidad. Ella, en ocasiones, volvía la cabeza, como si quisiera asegurarse de que él continuaba caminando o que no se había caído redondo al suelo.

No podía negar que estaba mortalmente cansado. Había perdido la cuenta de cuántas horas llevaba sin dormir y tampoco podía decir que hubiera descansado lo suficiente los días previos.

El destello de los intermitentes del coche del padre de Tara le hizo saber dónde estaba y hasta allí se encaminó. Ella tomó asiento tras el volante y él ocupó el lugar a su lado.

No tardó ni un segundo en percatarse de que Tara estaba demasiado envarada porque la vio agarrar el volante con fuerza con ambas manos y una seria y dura expresión apareció en su rostro, una que le pareció inescrutable hasta que giró la cabeza hacia él y lo miró. Había tristeza en sus preciosos ojos. Oyó un leve carraspeo antes de poder decir nada.

—Rory, me gustaría… Necesito disculparme.

Se movió inquieto en su asiento.

—Tara, no…

—Por favor —le rogó—. Sé que estás cansado y que puede que no sea el momento oportuno. Si no quieres lo entenderé.

Pese al agotamiento que notaba en cada músculo de su cuerpo, pese a tener ganas de llegar a casa y meterse en la cama, la comprendía porque él también deseaba dejar atrás la sombra de aquel malentendido y enfrentar de nuevo el futuro sin una losa que les pesara a ambos.

—Pero no vas a estar tranquila hasta que me lo digas. ¿O me equivoco?

Ella parecía que le costaba mirarlo.

—No, no te equivocas. No me voy a sentir tranquila hasta que lo haga.

Le dolió ver el semblante entristecido de la mujer a la que amaba, así que acabó asintiendo.

—Está bien.

Ella se movió lo suficiente para poder mirarlo sin tener que torcer el cuello, aunque tardó unos segundos en levantar los ojos de las manos, que mantenía sobre su regazo.

—Yo… No sé qué me llevó a decir aquello —comenzó diciendo. Tuvo que hacer un esfuerzo para poder escuchar ese tono de voz tan bajo con el que había comenzado a hablar—. La aparición de esa mujer me hizo temer…

—¿Qué te hizo temer? —la interrumpió—. ¿Que yo hubiera vuelto a los *pubs* a buscar compañía? ¿Que te hubiera engañado como aquel tipejo engañó a tu amiga? ¿Era eso, Tara?

No quería sonar tan enfadado, pero recordarlo despertaba en él algo que aún no había acabado de superar.

—Eso es —admitió Tara con pesar—. Creí que… Bueno, le creí a ella en lugar de a ti y sé que eso es inadmisible. No pensé en nada más. Me ofusqué. Pensé que…

—Que yo seguía siendo el mismo tipo al que conociste aquella noche en el Seven Seas of Rhye. Que seguía con mi búsqueda de alguna mujer a la que llevarme a la cama. —No quería sonar tan duro, sin embargo, no pudo evitarlo. Tara apenas lo miraba y por unos segundos pensó que se había excedido. Se pasó la mano por el rostro y dejó escapar una larga exhalación—. Lo siento, yo… Me enfadé mucho cuando le dijiste a Ellyn que eras mi compañera de piso. Tara, mírame.

Lo apenaba verla con la mirada gacha y sintió unas ganas enormes de atraerla hacia sí y abrazarla hasta que se diera cuenta de lo que significaba para él; hasta que creyera que la quería como jamás había imaginado que podría querer a ninguna mujer.

—Ni siquiera me paré a pensar —respondió Tara tras alzar por fin el rostro. Las lágrimas que se amontonaban en sus ojos los desdibujaban—. La escuché a ella y temí… temí que me estuvieras engañando. Que todas esas ocasiones en las que habíamos estado juntos no hubieran significado nada para ti. Comprendí demasiado

tarde que lo hizo a propósito, para hacerme dudar de ti. Fue solo mi culpa que me afectaran tanto sus palabras. Tú no hiciste nada malo.

Se maldijo en silencio por entristecerla, por hacerla revivir aquellos nefastos momentos en los que ninguno de los dos ofreció su mejor versión. Tomó aire y trató de mantener a raya los alocados latidos de su corazón y la picazón que sentía en las palmas de las manos. Trataba de controlarse para no tocarla antes de que acabara de sacar al fin de su interior todo lo que la estaba dañando.

Se agarró las rodillas y apretó tanto que los nudillos se le pusieron blancos.

—Me dolió que no recordaras que tengo un compromiso contigo —dijo sintiendo que le escocía la garganta—. No quiero volver a esa vida de *pubs* y de mujeres que no significan nada para mí, no cuando ya tengo todo lo que jamás pensé que iba a desear. No cuando te tengo a ti, Tara. Es cierto que he estado con muchas chicas, más de las que puedo recordar, pero no me enamoré de ninguna porque ninguna eras tú. Ninguna tiene tu sonrisa, ni esa manía tuya de escuchar música en todo momento. Jamás me interesó saber cómo les había ido el día, ni tampoco ninguna me llamó para preguntarme cómo había ido el mío o si el trabajo me agobiaba. —Se paró un instante para alzar la mirada al techo e inhalar con ganas—. Nunca las he sentido aquí. —Tomó su mano con reverencia y se la llevó al pecho, en donde estaba su corazón—. Ni he contado las horas y los minutos para estar con ellas. No tienes idea de lo mucho que significas para mí y espero que algún día te entre en esa cabecita tuya.

Los ojos de Tara, empañados en lágrimas, se fijaron en él. La primera descendió por su mejilla y él se apresuró a secarla.

—Lo siento mucho, Rory —masculló ella.

—Por Dios, no puedo soportar más no abrazarte. Ven aquí.

Antes de que hubiera acabado la frase, Tara ya estaba entre sus brazos. La apretó tanto contra sí que no sabía cómo ella podía seguir respirando, sin embargo, la mujer no se quejó, al contrario. Notó cómo le pasó las manos por la cintura para pegarse a él en la medida que se lo permitía el estrecho espacio. Hundió el rostro en el hueco de su cuello y aspiró ese aroma dulce que se le había vuelto

tan necesario como el alimento y que había llegado a ser tan familiar. No conseguía conjurar un futuro donde no pudiera olerlo cada mañana, antes de salir de la cama, y cada noche, cuando regresara a ella.

—Te he echado muchísimo de menos, Rory —escuchó decir a Tara, pegada a su cuello. La abrazó aún con más fuerza.

—Y yo a ti. Creía que la casa se me iba a caer encima —confesó —. Casi pierdo la cabeza.

Tara ya no respondió; en cambio, le dio un tierno beso en el punto en donde su pulso latía como loco. Sentir el tacto de aquellos labios con los que no había dejado de soñar ni un solo día le hizo apretar los párpados y dejar escapar un suspiro de rendición.

—Tara, vamos a casa, por favor. Creo que voy a perder el conocimiento de un momento a otro.

Ella le dio un nuevo beso en la mejilla antes de que su suave cuerpo se separara de él.

—Dame la dirección. Antes de que te quedes dormido.

En cuanto se la facilitó, vio cómo ella la introducía en su teléfono móvil, el cual colocó en su soporte muy cerca del volante. Unos segundos después, puso en marcha el vehículo y abandonaron el estacionamiento.

Tara no necesitó más instrucciones para llegar al que había considerado su hogar hasta que se mudó a Dublín. Era una casa adosada en un barrio muy cerca de la universidad. Dio gracias en silencio por haber llegado en el coche de Tara porque los vecinos no lo conocían y así no lo molestarían con preguntas sobre cómo se encontraba su padre.

Ambos bajaron del vehículo y Tara aguardó hasta que estuvo a su lado. Tomándola de la mano, la guio hacia el interior.

Sus padres habían comprado aquella casa cuando él aún era pequeño y ellos tenían la esperanza de que podrían tener más hijos, pero estos no llegaron. No obstante, ninguno había querido buscar otra más pequeña y las habitaciones restantes se convirtieron en dormitorios para sus tíos y primos cuando iban a visitarlos.

El salón estaba tal y como lo había dejado su madre en el momento en que debió de recibir la llamada de la Policía. Había un

plato y una taza usados sobre la mesita de café, algo que era impensable en alguien como su madre, y la manta del sofá estaba arrugada en un rincón de este, como si la hubiesen arrojado allí con prisas.

Encendió las luces a su paso y se encaminó hacia la cocina. Allí el panorama era parecido. Una cacerola ya seca esperaba en el escurridor a ser guardada; un par de platos, en el fregadero y una bolsa de pan, sobre la encimera.

Fue hacia el frigorífico y lo abrió. Como siempre, estaba bien surtido y no había transcurrido tanto tiempo como para que la comida se hubiera estropeado. Echó un vistazo y sacó varios recipientes del interior.

—Hay pan fresco y algo de pollo. Y también queso y jamón dulce —dijo sobre su hombro.

—Me da igual. Lo que tú prefieras.

—Prefiero irme a la cama, pero mi estómago no parece pensar lo mismo —comentó mientras se giraba, ponía sobre la mesa los recipientes y miraba a Tara—. Y tú también deberías comer algo.

—No tengo demasiada hambre —contestó ella.

—Pero hay alguien que sí lo necesita —insistió al tiempo que señalaba hacia el vientre cada vez más prominente de Tara. Lo dejó todo sobre la mesa y fue hacia ella. Le acarició la barriga con cariño y delicadeza antes de agacharse y pararse a unos centímetros del ombligo de la mujer—. Dile a mamá que coma, anda.

Las manos de Tara le acariciaron las mejillas con delicadeza. Apretó los párpados y dejó que su tacto lo acunara durante unos segundos; entonces, alzó la vista. Se encontró con una bonita sonrisa dibujada en los labios de la mujer. Sintió que el corazón podría estallarle en cualquier momento solo con mirarla y verse reflejado en esos maravillosos ojos que lo tenían por completo enamorado.

—Si es por eso, comeré algo —concluyó ella.

—Esa es mi chica. Buen trabajo, colega. —Depositó un beso en el centro de su abdomen y fue hacia el mueble en donde su madre guardaba los platos.

Improvisaron una cena rápida en la cocina y, al acabar, recogieron con celeridad. Ninguno de los dos estaba en disposición de alargar la velada mucho tiempo, así que, en cuanto todo estuvo listo, tomó la mano de Tara y la guio hacia la planta superior.

Su cuarto estaba como siempre. Su madre se había desecho de un montón de cacharros viejos, pero había mantenido muchas de las fotografías de cuando él estaba en el instituto y también algunos de sus trofeos de fútbol y atletismo.

Observó cómo Tara se dirigía hacia una de las estanterías y tomaba una de las imágenes que había quedado congelada en el tiempo. La mujer se giró con el marco entre las manos.

—¿Este eres tú?

—Sí. ¿Tan irreconocible estoy ahora?

—Es por la barba. ¿Qué edad tenías aquí?

Caminó hacia ella y le echó un vistazo a la fotografía.

—Creo que tenía dieciséis años.

—Ya eras muy guapo entonces —admitió ella—. Estoy segura de que tenías a tus compañeras de clase revolucionadas.

No pudo evitar la carcajada que le nació en la garganta.

—¡Qué va! Era medio memo por aquel entonces. Y déjame decirte que estás equivocada. A esa edad, no me comía una rosca. Perdí la virginidad a los diecisiete años. Y gracias a que ella sabía lo que hacía. Casi tuvo que hacerme un mapa.

Tara parpadeó varias veces antes de echarse a reír con ganas.

—No te creo.

—Pues no lo hagas. Ahora bien, recuperé el tiempo perdido enseguida.

—Le tomaste afición.

—Dejémoslo en eso, sí. —Con cuidado, retiró de las manos de Tara el cuadro y lo colocó en su sitio—. Mi madre estará encantada de enseñarte el álbum familiar en cuanto quieras, pero ahora, de verdad que necesito meterme en la cama y dormir al menos unas pocas horas. Mañana tengo que regresar al hospital.

Tara se acercó a él y cerró sus brazos alrededor de su cintura mientras alzaba el rostro para mirarlo.

—¿Y yo dónde voy a dormir? —preguntó juguetona.

Dejó escapar un quejido.

—En otras circunstancias te diría que no ibas a hacerlo, pero…

—Me hago cargo —lo interrumpió con un beso fugaz en los labios—. Solo estaba tomándote el pelo. Yo también estoy muy cansada. Anoche apenas dormí nada.

La tomó de la cintura y la atrajo hacia él.

—¿Me echabas de menos, Inglesita?

—Ni te imaginas cuánto.

La sinceridad que entreveía en sus palabras lo dejaron sin aliento. No podía obligar a sus ojos a dejar de mirarla porque sabía que era algo imposible. Quería beberse esos labios, recordar cómo sabían y que ella le regalara todos los besos que estuviera dispuesta a entregarle.

Despacio, rozó su boca. Muy despacio.

—¿Sabes en lo que no he parado de pensar en estos días? —Ella negó con la cabeza sin dejar de mirarlo, así que cerró un poco más el cerco en donde la tenía resguardada—. En que te quiero. Que te quiero como jamás pensé que podría llegar a querer a nadie. En que cada día lejos de ti es una condena y que estoy desperdiciando mi vida si no te tengo y no te abrazo. En que esperar un bebé contigo es lo mejor que me ha podido pasar porque, sin él, tal vez no me habría dado cuenta de lo mucho que te necesito en mi vida y lo mucho que deseo darte. Sé que un embarazo no es la manera de empezar una relación, pero es la que tenemos y es la que pienso aprovechar. Te quiero, Tara. Estoy loca, absoluta y terriblemente enamorado de ti.

Ella apretó los labios. Tan solo lo miraba, apenas sin parpadear. La boca le tembló y la creencia de que había metido la pata arraigó con fuerza en su pecho.

—Rory…

Sintió que un miedo atroz se abría paso a través de él. Temía haber ido demasiado lejos, o demasiado rápido, o demasiado lo que fuera. La soltó un poco, para darle la oportunidad de que se alejara de él si así lo decidía.

—No… No hace falta que me respondas nada o que…

En cambio, ella se apretó más contra su cuerpo. Notó cómo se estremecía entre sus brazos sin dejar de mirarlo. Una suave y delicada sonrisa se dibujó en aquellas preciosas facciones que lo volvían loco.

—Estos días solo he podido pensar en lo estúpida que he sido. —Tara se mordisqueó el labio inferior, nerviosa—. En cómo había echado a perder lo mejor que me ha pasado en la vida. Cerraba los ojos y deseaba regresar en el tiempo al momento en que le dije a esa mujer que era tu compañera de piso. Porque ahora le diría claramente que me importaba tres pimientos lo que hubiera ido a decirme. Y debí decirte a ti que te quiero. Te quiero —repitió.

Jamás había creído que dos simples palabras iban a afectarlo tanto como esas que acababa de escuchar. Ni jamás nadie se las había dedicado, como él jamás las había pronunciado. Pero habérselo dicho a Tara era tan natural, tan necesario para seguir viviendo que no había podido guardarlas para sí mismo por más tiempo.

Como si un tornado lo hubiera devuelto a tierra firme de manera milagrosa, buscó sus labios y los volvió a rozar. Tara los entreabrió y él se tomó la libertad de dibujarlos con la punta de su lengua. Aferrándose a sus hombros, la chica se pegó a su pecho para devolverle el beso.

—No eres nada de lo que pensaba, Rory McCoy.

—En cambio, tú eres todo lo que deseaba, Tara Healy.

Le retiró un mechón de pelo de la mejilla sin dejar de mirarla. No podía dejar de mirarla. Le era físicamente imposible. Por desgracia, no bromeaba cuando le había dicho que necesitaba dormir. Sentía que su cerebro desconectaba poco a poco aún en contra de su voluntad de continuar besando a Tara.

—¿Dónde puedo encontrar algo que ponerme? —preguntó ella contra su boca—. No he traído nada.

Se separó y, con un tierno gesto, le secó los labios con el pulgar.

—En esa cómoda seguro que hay alguna camiseta que puedas ponerte. Voy al baño un momento, ¿de acuerdo?

Ella asintió y, dedicándole una nueva sonrisa, fue hasta el aseo mientras la chica rebuscaba en un cajón.

Cuando regresó, Tara estaba sentada al borde de la cama. Vestía una de sus antiguas camisetas y la visión de la mujer en aquella simple prenda que le pertenecía le infló el pecho de orgullo.

—¿Dónde está el baño? —preguntó la chica tras levantarse e ir a su encuentro.

—A mitad del pasillo. Hay toallas limpias en el armario.

Tras agradecerle la información con un gesto de la cabeza, Tara abandonó la habitación.

Se acercó a la cama, se deshizo de su ropa sin importarle donde caía, retiró el edredón hacia un lado y se metió bajo las sábanas. El largo gemido de satisfacción que salió de manera involuntaria de su garganta le hizo cerrar los párpados y apretarlos con fuerza.

No sabía cuánto tiempo había pasado hasta que notó cómo la cama se rendía bajo el peso de Tara. Sin pensarlo mucho destapó las sábanas y, al instante, el suave cuerpo de la mujer estaba pegado al suyo. Ella le pasó los brazos alrededor de la cintura y se acercó a él tanto como pudo.

Un nuevo quejido salió de sus labios al tiempo que la buscaba.

—Te quiero entre mis brazos. —La besó sobre el pelo y acabó apoyando su mejilla contra la cabeza de la chica.

—Aquí estoy —oyó que ella respondió.

—Podría estar así días enteros.

—Creo que yo también.

Se movió lo suficiente para acomodarlos a ambos. Tara apoyó la cabeza en su bíceps y entrelazó una pierna con las suyas. Le encantaba la manera en que ella encajaba entre sus brazos como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar, como si los hubieran diseñado para acogerla. Volvió a besarla, esa vez en la frente.

—Vuelve a decírmelo —le rogó con voz pastosa.

—¿Qué? ¿Que te quiero?

—Exactamente eso.

—Te quiero, Rory —respondió ella al instante.

Una lánguida sonrisa luchó contra el cansancio para asomarse a sus labios.

—Creo que podría estar oyéndolo toda mi vida.

—Pues prepárate.

—¿Es una amenaza, Inglesita?

—Una promesa, más bien.

La abrazó una vez más, sintiendo que el corazón se le podría salir del pecho en cualquier momento.

—Vuelve a decírmelo mañana, cuando pueda demostrarte en condiciones cuánto significa para mí.

Notó el delicado beso que ella le dio en la mandíbula. Aquella caricia fue lo último de lo que fue consciente antes de entregarse sin reservas al sueño.

El ruido estridente de un teléfono móvil trajo a Tara de regreso de su descanso.

Notó cómo, a su espalda, Rory se incorporaba y alargaba el brazo para echar mano del aparato que había dejado la noche anterior sobre la mesilla de noche.

—¿Está bien papá? —lo oyó preguntar nada más contestar la llamada. Supo así que quien llamaba era Amelia McCoy. Se giró sobre su espalda y clavó los ojos en Rory—. Me alegro mucho, mamá. Sí, sí, estaremos allí en cuanto nos arreglemos, no te preocupes. Adiós, mamá.

—¿Qué te ha contado? —quiso saber al tiempo que se acodaba sobre la almohada y se retiraba del rostro un mechón de pelo—. ¿Está tu padre bien?

—Mi madre ha dicho, según palabras textuales de mi padre: «dile a ese hijo tuyo que mueva el culo y traiga a esa preciosa novia que me tiene que presentar». Creo que mi viejo está fuera de peligro.

No pudo evitar reír.

—Visto así…

Rory, con una expresión radiante en un rostro aún soñoliento, se acercó a ella.

—Buenos días, «preciosa novia». —Y le dio un fugaz beso en los labios.

—Tu padre aún no me conoce.

—Pero tiene toda la razón. ¿Cómo has dormido?

Aquella voz rasposa despertó en ella las ganas de que volviera a abrazarla.

—Maravillosamente bien —contestó mientras se hacía un ovillo contra su pecho y se pegaba a él—. Es una pena que tengamos que levantarnos ya.

—Podemos esperar unos minutos aún —le dijo él. La atrajo todo lo que pudo contra su cuerpo y enterró el rostro en el hueco de su cuello. Notó cómo inspiraba contra su piel mientras su mano comenzaba a buscar muy despacio la orilla de la camiseta que ella llevaba —. Me encanta cómo hueles. Eres como un afrodisiaco para mí.

Se separó como si le hubieran dado un pellizco. Con una mano, empujó ligeramente a Rory lejos de ella.

—Déjate de afrodisiacos —espetó no sin diversión mientras trataba de que su autocontrol contrarrestara esa sonrisa sesgada y pícara que Rory estaba desplegando con total impunidad—. Tenemos que ir al hospital a ver a tu padre.

—Le quitas toda la diversión al asunto, Inglesita —refunfuñó él —. Pero tienes razón, por mucho que me pese. En fin, voy a la ducha. —Se levantó y le echó una mirada sobre su hombro—. ¿Vienes conmigo? —Y le guiñó un ojo.

Sin miramientos, le arrojó la almohada.

—Lárgate ya y date prisa para que yo pueda usar también el baño —lo alentó. Sabía que, si iba detrás de él, iban a dejar la casa de los padres de Rory mucho más tarde de lo que deberían.

Escuchó la risa de Rory hasta que la puerta del baño se cerró tras él.

Con una sonrisa tan ancha que no entendía cómo le cabía en la cara se dejó caer de nuevo en la cama. Pasar la noche de nuevo con Rory había sido como tomarse ese tarro de vitaminas que se hubiera olvidado por unos días y que necesitaba para seguir siendo ella misma. Sentir sus brazos, que la habían acogido durante toda la noche, y su cálido aliento en el cuello, además de los fugaces besos

que le había dado incluso cuando estaba dormido, hicieron que se sintiera la versión más feliz que recordaba de sí misma.

Se desperezó con ganas y, de un salto, se incorporó. Desde el baño le llegaba el sonido del chorro de la ducha y se mordió el labio para tratar de quitarse de la mente que era Rory quien estaba debajo del agua, desnudo y dispuesto a que ella se le uniera.

Sacudió la cabeza.

—Contrólate, Tara. No puedes —se dijo a sí misma sin demasiada convicción. Sin embargo, aguardó como una campeona a que Rory acabara de asearse y fuera su turno.

Cuando él apareció envuelto en una toalla alrededor de la cintura y que apenas le cubría media pierna, se apresuró a escabullirse hacia el baño para no ceder a la tentación de librarlo de ese trozo de tela.

Para el momento en que volvió a la habitación, unos minutos después, Rory ya estaba vestido, aunque aún tenía el pelo un poco húmedo. Se lo había peinado hacia atrás y se estaba abotonando la camisa. Se acercó a él, se puso de puntillas y lo besó en los labios.

El ronroneo que emergió de la garganta de Rory hizo que todos los poros de su cuerpo se le erizaran. Temiendo que se fuera a alejar de él, Rory la encerró entre sus brazos.

—Has perdido tu oportunidad. Ya estoy vestido.

—Como si tardaras mucho en quitarte la ropa… —dijo mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Me estás retando?

Se revolvió en su abrazo y puso entre ellos una segura distancia que le impediría rendirse a sus insinuaciones; algo que, por otra parte, estaba deseando.

—¡No! ¡De eso nada! Vamos, tus padres nos están esperando.

—¿Nerviosa?

—Un poco —admitió.

—Ayer ya conociste a mi madre. Y mi padre te va a adorar. Como su hijo.

Contuvo la respiración. La mirada de Rory, clavada en ella, parecía querer asomarse a su interior. Por su parte, se había

acabado eso de rehuir el amor, de no entregarse. Rory había acabado con aquello casi sin que ella se hubiese percatado.

—¿Me adoras? —preguntó con coquetería. Se acercó a él y le pasó un dedo por los botones de la camisa.

Rory apretó los dientes y dejó escapar una fuerte bocanada de aire.

—Tara… No juegues con fuego. Hace mucho que no te toco y tenemos que ir a ver a mi padre…

—Es verdad. Lo siento. —Se puso de puntillas y le dio un beso rápido—. Estoy lista. Podemos marcharnos.

Tara se sujetó con fuerza de la mano de Rory cuando este tocó con los nudillos la puerta de la habitación de Ryan McCoy. Un segundo después, la voz de Amelia les dijo que pasaran.

—Vamos —la animó Rory mientras tiraba un poco de ella.

Cuando entró, se encontró incorporado en la cama a una versión de Rory treinta años mayor. Tenía el mismo tipo de pelo, aunque Ryan estaba salpicado de canas, al igual que la barba que le cubría el mentón. Incluso la mirada divertida que le dedicó nada más verla le hizo pensar en lo mucho que se parecían padre e hijo.

Tras soltarla, Rory rodeó la cama y abrazó a su padre con cariño.

—¿Cómo te encuentras?

—Digamos que podría estar mejor, pero también peor, así que no puedo quejarme. —Se estiró un poco para poder mirar sobre el hombro de su hijo—. ¿No nos vas a presentar?

Rory se giró y le tendió una mano que ella tomó al instante.

—Papá, esta es Tara. Tara, te presento a mi padre, Ryan.

—Encantada, señor McCoy.

—Nada de señor McCoy. Soy Ryan. —Entonces, sus ojos se desviaron hacia su vientre. Al instante, el padre de Rory buscó la mirada de su mujer—. Es verdad.

—Por supuesto que es verdad —lo recriminó Amelia—. No iba a mentirte en algo así.

Los ojos del señor McCoy, esos que tanto se parecían a los del hombre del que estaba enamorada, la miraron con cariño.

—¿Lo estás llevando bien? Me acuerdo de cuando Amelia estaba embarazada de este mequetrefe; solo con oler huevos, salía corriendo para el cuarto de baño.

—Lo estoy llevando muy bien, muchas gracias— respondió con amabilidad.

—¿Y ya sabes qué va a ser? —quiso saber Ryan, con una clara ilusión dibujada en sus ojos.

—No quiere dejarse ver —respondió Rory. Le pasó un brazo por los hombros, la atrajo hacia sí y la besó en el pelo—. Parece que es pudoroso.

—O pudorosa —recalcó ella, feliz de que los padres de Rory se hubieran tomado tan bien que iban a convertirse en abuelos.

—Amelia me ha dicho que lo esperas para primeros de julio.

—Eso es, sí —contestó ella.

Ryan se movió inquieto en la cama.

—Maldita sea, tengo que estar bien para entonces. Tengo que sacar a pasear a esa criatura.

La impresión que había tenido de los McCoy no podía ser mejor, pensó. Eran dos personas afables y cordiales, y entendió a la perfección de quién había heredado Rory su don de gentes y su simpatía. También se dio cuenta de la complicidad de la que disfrutaba la pareja; de las miradas, de las sonrisas y de la expresión de alivio de Amelia al saber que el aparatoso accidente de su marido había quedado solo en un susto.

Los médicos pasaron a mediodía y ella aprovechó el momento para acercarse con Amelia hasta la cafetería del hospital. La mujer había rehusado la propuesta de su hijo para que fuera hasta el hogar familiar para descansar, así que al menos, ella trataría de convencerla para que comiera algo más que un simple sándwich.

Descubrió que, tras tranquilizarse de que lo peor del accidente de su marido ya había pasado, Amelia era una mujer muy divertida, con una conversación fácil y con quien podía hablar de un montón de cuestiones. Y descubrió que amaba leer, así que mantuvieron una larga charla sobre los últimos libros que ambas habían leído.

Un rato más tarde, regresaron a la habitación, en donde Rory la recibió con un nuevo beso. Le encantaba esa nueva versión desenfadada, que no le importaba demostrarle su amor delante de sus padres.

Pasó el día con ellos y con Rory, que se estaba desviviendo para que se sintiera cómoda y acogida. Estaba a punto de atardecer cuando se acercó a él, que hablaba con su padre, y le pidió con un gesto que saliera al pasillo.

—Dime.

—Tengo que marcharme ya —dijo con fastidio—. Mañana es lunes y bastante le he pedido a Marie que me cubriera el día de ayer.

Rory bajó la mirada mientras buscaba sus manos y las apretaba ligeramente.

—Lo suponía. Aun así, me resistía a pensarlo. Yo tengo que quedarme. Al menos unos días, hasta que mi padre salga del hospital. Ya he hablado con Kevin.

—Por supuesto. Tienes que estar con ellos.

Rory le pasó ambos pulgares por los nudillos.

—Será mejor que te marches ya para que no te pille demasiado la noche.

Se le hacía muy difícil decirle adiós, más cuando por fin todo se había arreglado entre ellos. Estar lejos de él esos días se le iba a hacer muy difícil.

—Voy a despedirme de tus padres, ¿de acuerdo?

Entró de nuevo en la habitación seguida de Rory y les contó a los McCoy que tenía que marcharse.

—Visítanos de nuevo antes de que des a luz, por favor —le rogó Amelia—. Me gustaría comprarle algo a mi nieto. O a mi nieta. ¿Te parecería bien?

—Sí, sí. Claro que sí.

—Y avisadnos cuando llegue el momento —insistió también Ryan desde la cama—. Nos encantaría estar allí.

La conmovió el cariño con el que hablaban y la sinceridad que desprendían sus palabras porque bien podrían haberse tomado a mal aquel inesperado noviazgo y el aún más inesperado embarazo.

Pero todo lo contrario. Se marchaba de Limerick con el corazón rebosante de cariño.

Rory la acompañó hasta el coche sin querer soltar su mano antes de tiempo.

—¿Me llamarás cuando llegues a Dublín? —preguntó él. Su rostro ya avanzaba que la despedida le estaba costando tanto como a ella.

—Por supuesto.

—¿Dónde…? ¿Dónde vas a ir? ¿A casa de tus padres o…?

Entendió a la perfección la duda que él abrigaba. Se acercó y lo besó en los labios; un beso rápido, pero con el que deseaba transmitirle tranquilidad.

—A casa. A la nuestra. —Entonces lo recordó—. ¡Ay! No tengo las llaves. Las dejé cuando…

—Lo sé. —Rory rebuscó en un bolsillo de su cazadora—. Toma las mías. Mis padres tienen un juego en su casa. Las tomaré prestadas y ya se las devolveré más adelante.

Conforme, ella tendió una mano y él puso las llaves sobre la palma. En cuanto las guardó en el bolso, las facciones del hombre se iluminaron antes de atraerla hacia sí y besarla con hambre.

—Te quiero, Tara.

—Y yo te quiero a ti.

—Ten cuidado. Nos vemos en unos días. ¿De acuerdo?

—Se me van a hacer muy largos.

La ayudó a entrar en el vehículo y le robó un beso más por la ventanilla antes de poner el coche en marcha.

40

Durante toda la mañana, Tara había sentido un nudo en el estómago. Rory la había llamado el día anterior para decirle que los médicos de su padre consideraban que estaba lo bastante bien como para seguir la recuperación en su casa, así que le iban a dar el alta. Cuando ya creía que iba a tenerlo de regreso esa misma tarde, él le contó que iba a quedarse aún ese día para ayudar a su madre en lo que necesitara y que, el día siguiente, regresaría a Dublín. Y a ella. Lo entendió, por supuesto que entendió la situación porque honraba a Rory como hijo; sin embargo, ella iba a tener que extrañarlo aún un día más.

En cuanto salió de la librería ese mediodía tomó el autobús hacia Warrenmount. Desde que había vuelto a vivir allí, O'Malley parecía haberse propuesto no alejarse de ella más que lo necesario y se había convertido en su sombra por la casa. Así, cuando abrió la puerta, el animal ya la estaba esperando delante de las escaleras.

—Ya estoy aquí —le dijo al tiempo que se agachaba y lo acariciaba entre las orejas—. Y Rory llegará hoy. —Como si la hubiera comprendido, el gato maulló—. Lo echas de menos, ¿a que sí? Yo también.

Pasó a la cocina, dejó la bolsa que llevaba en la mano y corrió escaleras arriba para darse una ducha rápida. No veía el momento en que Rory llegara. Cada vez que pensaba en él, una sonrisa boba se instalaba en su rostro sin que pudiera impedirlo. Tampoco era que tuviera mucho interés en hacerlo, se dijo. Desde que se había sincerado con él y consigo misma, y había admitido que estaba perdida y absolutamente enamorada de aquel hombre, sentía que su vida había dado un vuelco. Ya no temía contarles a los que la rodeaban que jamás había estado enamorada antes de que Rory hubiera aparecido en su vida. Y, a lo mejor, nunca se hubiera

acabado percatando si no hubiese aceptado aquella insinuación por parte de él en la trastienda del Seven Seas of Rhye.

No tendría bastantes días en su vida para agradecérselo a los dioses.

Apenas acabó de secarse el pelo, bajó a comer para amenizar la espera. Cuando escuchó unas llaves trastear en la puerta de entrada su corazón decidió por su cuenta que era un buen momento para ponerse a hacer saltos mortales en su pecho.

—¡Rory!

Allí estaba, en el vestíbulo de su casa, con esa sonrisa torcida y ese brillo en los ojos que aparecía cada vez que su mirada recaía en ella.

—Inglesita —la saludó justo antes de deshacerse descuidadamente de la cazadora que llevaba, que acabó abandonada en el suelo, a sus pies.

En su imaginación había dado un salto para que la pillara al vuelo, pero sabía que se había limitado a arremeter contra él para abrazarlo con fuerza y pegarse a su cuerpo tanto como le era posible.

—Ya estás aquí —murmuró en su cuello.

Tomándola por los hombros, Rory la separó un poco de sí y, en cuanto ella alzó la mirada, él se apoderó de su boca. Hambriento, impaciente, como si hiciera toda una vida que no la besaba. Con un gruñido que reverberó en su vientre y sacudió cada célula de su organismo, la lengua de Rory se coló entre sus labios y ella solo pudo darle la bienvenida con un largo gemido.

—Por Dios, cuánto te he echado de menos —murmuró sin dejar de besarla ni un solo segundo. A veces sus besos eran exigentes, posesivos, pero también le regaló otros más tiernos, casi caricias, que la hicieron sujetarse más a él porque, de otra manera, no estaba segura de que pudiera seguir en pie. No sabía cuál de las dos versiones le gustaba más.

Aquella trifulca consigo misma acabó en cuanto él colocó las manos bajo su trasero y la aupó. Ella, enseguida, cerró las piernas en torno a su cintura y le rodeó los hombros con los brazos. Los besos con los que la había saludado continuaron por la línea de su

mandíbula para descender con desesperación. Ella no puso impedimento alguno y echó la cabeza hacia atrás para dejarle vía libre.

—¡Dios! Casi olvido lo bien que hueles —musitó él con la nariz hundida en el hueco de su cuello—. Creo que me va a llegar alguna multa porque me he debido de saltar el límite de velocidad más de una vez. No veía el momento de tenerte conmigo.

Fue ella quien, en esa ocasión, buscó su boca. Lo besó como llevaba noches soñando con hacer. Puso su alma en ello, su corazón; ese en el que él se había instalado, esperaba que para siempre.

Con un gruñido, Rory se giró y enfiló hacia la escalera sin soltarla.

—¿Qué haces? —preguntó sujetándose a sus hombros.

—Llevarte a la cama. Te quiero desnuda en el próximo minuto —respondió muy serio. Se detuvo cuando apenas había subido un escalón y la miró—. ¿Tienes algo que objetar?

Ella se apresuró a negar una y otra vez con la cabeza mientras una sonrisilla se escapaba de sus labios.

—Absolutamente nada.

—¿Dónde has dormido estos días? —quiso saber Rory.

—En tu cama.

—Querrás decir «en nuestra cama» —replicó él sin que, en ningún momento, aquella sonrisa burlona abandonara su rostro.

—Pues en «nuestra cama» entonces.

—Mejor así.

—Y tengo que decirte que es demasiado grande para mí sola.

Rory le robó un beso rápido.

—Ya no vas a tener que preocuparte por eso —respondió mientras volvía a ponerse en camino hacia el piso superior a toda prisa y cerraba la puerta tras de sí con una patada. Ella había tenido otros planes para esa tarde, sin embargo, bien podrían esperar una hora más.

O dos.

Con el pulso todavía disparado, Tara se arrebujó bajo el brazo de Rory, al que aún le faltaba la respiración.

Era un hecho: no podría parar de sonreír, aunque se lo propusiera. Notaba que la comisura de los labios y el mentón le escocían a causa del roce de la barba de Rory, pero consideró que aquello era un mal menor y que mejoraría en cuanto se pusiera un poco de crema. Aquel ligero malestar bien valía el tiempo que habían estado comiéndose a besos y haciendo el amor, desesperados por recuperar los días que habían estado alejados.

Rory se acomodó sobre la almohada, la atrajo hacia sí para besarla en la sien y se giró hacia ella. Lo vio incorporarse y pegar el rostro al vientre para acariciarlo con ternura.

—También he echado de menos esto —susurró contra su piel tensa antes de darle un beso sobre el ombligo. Sintió que unas traidoras lágrimas se le arremolinaban tras los párpados—. No quiero perderme nada más de lo que queda.

Creyó que se iba a derretir por la dulzura que había en aquellos gestos de Rory. Despacio, hizo que se incorporara y cuando estuvo segura de que él la miraba, alzó la mano y le rozó la mejilla. El vello duro de la barba le hizo cosquillas en la palma.

—No te vas a perder nada más.

—Bien.

Rory regresó junto a ella y volvió a reclamarla. Gustosa, se pegó a él y le pasó un brazo por la cintura.

—No me has contado cómo está tu padre.

—Molesto y con algo de dolor. Le han prescrito analgésicos y antiinflamatorios. Le van a revisar la herida de la operación en semana y media y le harán una nueva radiografía para ver cómo va soldando el hueso —comentó de corrido—. Ha tenido mucha suerte.

—Menos mal.

—Sí. No quiero ni pensar en lo que podría haber ocurrido…

—Pues no lo pienses. Todo ha acabado muy bien.

—Están haciendo muchos planes para cuando se recupere. Empezando por visitarnos. Los has conquistado, Inglesita. Han caído rendidos a tus pies.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Tenía un poco de miedo del momento en que les dijera que iba a ser padre, pero se lo han tomado genial.

—La verdad es que me han caído muy bien. Son muy simpáticos y me sentí muy bien con ellos.

Sus palabras parecieron agradar a Rory, que se apoyó contra el cabecero con una sonrisa en los labios.

—No es porque sean mis padres, pero son dos personas maravillosas. Y se quieren muchísimo.

—Lo noté.

—Llevan cuarenta años juntos y aún se hacen arrumacos —dijo él, con la mirada fija en la pared que estaba al otro lado de la habitación. Entonces, como si algo lo hubiera sacado de su ensimismamiento, giró la cabeza hacia ella—. Es eso lo que siempre quise, Tara. Creo que, sin saberlo, es eso lo que he estado esperando todo este tiempo de tontear con chicas. Aguardando que apareciera la mujer que me despertara la misma sensación que tengo al ver cómo se miran y se quieren mis padres.

No sabía cómo se las apañaba Rory para robarle el aliento, pero había vuelto a hacerlo. Por lo que había detrás de sus palabras.

—¿Crees que puedo ser yo esa mujer? —Estaba conteniendo la respiración.

—Estoy totalmente convencido de ello —respondió con tanta seguridad que cualquier miedo absurdo que hubiera podido tener se disipó en el aire.

Se incorporó un poco y volvió a besarlo. Era imposible estar a su lado y no desear hacerlo una y otra vez. El abrazo en el que la acogió Rory la hizo sonreír. Se sentía pletórica y extasiada. Y feliz. Muy feliz.

—Espero que no te abrumaran —murmuró Rory contra su pelo.

—¿Tus padres? —replicó ella alejándose un poco para mirarlo.

—Sí. Están encantados con ser abuelos. Y yo… bueno, yo estoy deseando que lo sean porque no veo el momento en que llegue ya el día. —Se giró un poco más hacia ella, muy serio en esa ocasión—. ¿Tienes miedo? Al parto, me refiero.

Consideró unos instantes su pregunta.

—No sé si es miedo lo que siento. Intranquilidad, impaciencia, ansia… No lo sé. Todo junto, tal vez. Incertidumbre de si lo voy a hacer bien o…

—Lo harás genial. Vas a ser una mamá impresionante.

La sensación de que algo cálido y reconfortante se extendía por su pecho la dejó sin palabras, y también la certeza de que estaba haciendo lo correcto y que nunca, jamás, se había sentido tan completa.

—Anda, ven aquí. —Fue el turno de ella de abrir sus brazos y de encerrarlo entre ellos.

Con languidez, dejó besos sobre su pelo alborotado, uno tras otro. Lo oyó suspirar, satisfecho. Permanecieron abrazados hasta que notó que su cuerpo se enfriaba.

—¿Tienes frío? —quiso saber Rory con una expresión de preocupación dibujada en el rostro.

—Un poco —contestó ella.

—¿Qué planes hay para esta tarde? Voto por pedir pizza, quedarnos en la cama y…

—Lo cierto es que sí tengo planes —anunció ella—. Bueno, tenemos planes. Me gustaría que me acompañaras.

Rory se acodó en la almohada.

—Claro que sí. A decir verdad, tengo algo que enseñarte porque antes, en cuanto te vi, se me olvidó hacerlo.

Ella se incorporó con rapidez.

—¿Qué tienes que enseñarme?

—Es una sorpresa. —Rory se estiró en la cama con la misma expresión satisfecha de un gatito que se ha zampado todo el tazón de leche.

—¿Y dónde está? La sorpresa, quiero decir.

—Fuera. En la calle.

Sin esperar más, ella dio un salto de la cama.

—Voy a vestirme. Y ya puedes ir haciendo lo mismo o te arrastraré en bolas hasta la acera. Así que tú mismo.

Escuchó la carcajada de Rory mientras corría hacia el cuarto de baño.

Rory estuvo listo bastante antes que ella, así que la esperó en el salón. Cuando bajó, él estaba sentado en el sofá con O'Malley en su regazo.

—Creo que este canalla también me ha echado de menos —bromeó Rory mientras señalaba con un gesto de la cabeza al gato—. A menos que tú le hayas advertido que o se porta bien o lo convierto en alfombra.

—¡No seas idiota! —exclamó. Se acercó con prisas hacia donde estaban ambos y acarició al animal justo sobre el hocico—. Quién te quiere a ti, ¿eh? Eres un buen gatito, ¿a que sí?

—Miau —respondió Rory. Ella alzó la vista y lo miró con ojos entrecerrados, tratando de que no se diera cuenta de que estaba a punto de echarse a reír.

—Ay, que me olvidaba de tus mimitos… —Se acercó a él y le dio un beso rápido en los labios—. Venga, vamos ya. Ay, espera, voy a buscar el casco…

Rory la alcanzó antes de que llegara al vestíbulo.

—Esto… No te va a hacer falta.

—No podemos ir andando hasta donde planeo. Está bastante lejos y…

—Lo que quiero decir es que… —Chascó la lengua con frustración—. Ven, vamos.

La tomó de la mano con prisas y salieron a la calle. La tarde había comenzado a caer y el cielo ya se estaba pintando con un bonito color anaranjado.

—¿Qué ocurre, Rory?

Sin soltarla, caminaron un par de pasos por la acera hasta que él se detuvo y se giró para enfrentarla.

—Verás, te dije que no pillaras el casco de la moto porque ya no hay moto —soltó de improviso.

—¿Cómo que no hay moto? ¿Qué ha pasado? Creía que habías ido a Limerick en ella y… ¿Le ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada. Es que… la he vendido —contestó.

La respuesta la pilló por sorpresa.

—¿Has…? ¿Has vendido la moto? —Su propia voz le sonó extraña incluso a sí misma.

—Bueno, sí.

Todo cayó en su sitio casi al instante.

—¡Ay, madre! ¿No lo habrás hecho por lo que te dije aquel día? ¿Sobre lo de que maduraras? Sé lo que quieres a tu moto. De verdad que no lo decía por…

Rory la tomó de ambas manos e hizo que lo mirara.

—No, no lo he hecho por eso, aunque tenías algo de razón. Para mí, la moto era un símbolo de mi libertad, de andar por ahí sin ningún compromiso, algo para mí solo. Pero todo ha cambiado y la moto ya no me va a ser útil. Quedan solo días en los que tú puedas seguir utilizándola. Estaría mal de la cabeza si dejo que te montes en ella en un par de semanas. Ya no me parecía seguro, de todas maneras.

—Pero tu trabajo…

—No la necesito para el trabajo. Tenemos motos que puedo utilizar. Además…

—¿Hay algo más?

—He aceptado la oferta de Kevin para hacerme cargo del departamento de Recursos Humanos. Mi labor en la calle ha terminado. Salvo que quiera darme una escapada o que algún cliente en especial quiera seguir tratando conmigo. Entonces tendría que hacer ese servicio y…

—¿Y cómo has venido desde Limerick entonces?

—Encargué el coche la semana pasada y ayer ellos me avisaron de que ya lo tenían matriculado, así que he parado en el concesionario a recogerlo.

—¿Coche?

Rory se hizo un lado y señaló hacia el vehículo que estaba aparcado junto a ellos, un flamante SUV familiar, de un bonito azul eléctrico. Sacó una tarjeta del bolsillo y la acercó al coche. Este emitió un pitido al tiempo que las luces anaranjadas de los intermitentes parpadearon y los retrovisores se desplegaron. Sin dejar de mirarla, él abrió la puerta delantera.

—Tiene un montón de sistemas de seguridad y una conducción muy cómoda. Yo quería el coche lo antes posible y el azul era el que tenían disponible en el concesionario… —Abrió también la puerta

trasera con impaciencia—. Mira, también tiene fijadores Isofix para cuando instalemos la sillita del bebé. —Con la misma rapidez, se colocó tras el portón trasero y este se abrió lentamente tras pulsar el botón—. Y el carrito también cabrá sin problemas y… —Su mirada se apagó al observar que ella no reaccionaba a todo lo que le estaba contando—. Y… no te gusta, ¿verdad?

—Entonces ¿Has vendido tu moto? Era… era… Significaba mucho para ti —balbuceó al fin. Estaba tan sobrepasada con el hecho de que se hubiera desprendido de algo que él quería tanto que no sabía qué más podía decir.

—Pero tú significas más —contestó él acercándose un paso más a ella—. Pero si no te gusta el coche puedo cambiarlo. Puedo decirles que no nos gusta o que me cambien el color por otro o…

—Me encanta el coche. Me encanta de verdad —lo interrumpió antes de que Rory entrara en pánico. Se aproximó un paso más a él hasta que fue capaz de tocarlo. Alzó las manos y le encerró las mejillas, asegurándose así de que él no dejara de mirarla—. ¿En serio eres el mismo tipo que quería enrollarse conmigo solo aquella noche en el almacén del *pub*?

Los ojos de Rory, tan sinceros como siempre lo había sido él, se clavaron en ella.

—No, no soy el mismo, Inglesita. Tú me has hecho mejor. Y, si te digo la verdad, me gusta más esta versión de mí. —Sintió que el labio inferior comenzaba a temblarle al escucharlo y la vista se le nubló. La expresión de Rory cambió al instante—. No te irás a echar a llorar, ¿verdad?

—Creo que sí —consiguió decir a duras penas antes de que las lágrimas se desbordaran de sus ojos.

—Joder, Tara, no soporto verte llorar. Ven aquí.

Enseguida se vio rodeada por aquellos fuertes brazos. Encerró el rostro en su pecho y sollozó durante unos segundos en los que él no dejó de acariciarle la espalda y de besarla en el pelo. Cuando estuvo segura de que las lágrimas habían dejado de correr por sus mejillas, se separó de él y alzó la cabeza para mirarlo.

—Te quiero, Rory. No tenía idea de cuánto podía llegar a quererte. Desde que te conozco solo has intentado que cada día sea

un poco más feliz que el anterior.

Lo vio apretar los labios y tomar aire, tan profundamente que las aletas de la nariz se le dilataron.

—Como tú ya has llorado, ahora quieres que sea yo el que lo haga, ¿a que sí? No tengo ningún problema con mi masculinidad, así que puedo echarme a llorar tan bien como tú.

Ambos rieron con la vista clavada en el otro. Rory le secó de nuevo las mejillas y le dio un beso en cada una de ellas.

—Bueno, ¿cuáles eran tus planes? ¿Vamos a estrenar el coche?

Ella se recompuso enseguida. Miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—Venga, tenemos que darnos prisa. Son casi las tres de la tarde y cierran a las cuatro. Y hay un camino de veinte minutos hasta allí.

Rory se apresuró a rodear el vehículo y sentarse tras el volante mientras ella hacía lo propio junto a él.

—¿Y dónde se supone que vamos? —preguntó al tiempo que tocaba la gran pantalla para encender el sistema de navegación.

—Al cementerio de Palmerstown.

Tara creyó que Rory le preguntaría por qué iban a un cementerio, sin embargo, él se limitó a introducir el destino en el flamante nuevo navegador y poner el vehículo en marcha.

Durante el corto viaje, ambos se dedicaron a alabar la robustez y apariencia del nuevo coche. Saber que lo había hecho para su seguridad le tocaba el corazón porque sabía cuánto había significado para él aquella moto de la que se había deshecho casi sin pensarlo. Porque ella significaba más para él.

Tuvo que esforzarse en dejar de mirar el perfil de Rory. En su lugar, puso la vista en la carretera para tratar de mantener a raya de nuevo las lágrimas que volvían a agolparse en sus ojos.

«Malditas hormonas».

Cuando estuvo segura de que no iba a volver a llorar, regresó la mirada a Rory. Le encantaba verlo tan feliz. Y si él sonreía, ella también; era así de simple. Ese poder tenía Rory McCoy en ella.

Poco después de las tres y cuarto de la tarde llegaron ante la verja del cementerio de Palmerstown. No era un lugar especialmente bonito, pero allí era donde estaba enterrada su amiga Tammy y era justo a quien iban a visitar.

Rory la ayudó a bajar del vehículo y le tendió la mano, gesto que aceptó gustosa. No sabía si él era consciente de lo que hacía, del apoyo que le brindaba, de cuánto significaba para ella que estuviera a su lado. Algún día, cuando aprendiera a abrirse por completo, a que la sombra de una promesa de adolescente no pululara por su cabeza por miedo a que le ocurriera lo mismo, le diría todo aquello que albergaba en su interior. Estaba segura de que lo haría.

Rebasaron las puertas del recinto y, en silencio, como el aura que rodeaba a aquel lugar, se dirigieron hacia donde, recordaba, habían enterrado a Tammy.

Se cruzaron con personas que estaban visitando a sus familiares o a amigos desaparecidos, pero ellos continuaron atravesando las praderas sembradas de lápidas hasta que llegaron a uno de los pasillos, por el que se internaron. Hacia la mitad, ella se paró y Rory lo hizo a su lado. A él tan solo le bastó leer la piedra de granito rosa para entender qué hacían allí.

Soltó la mano de Rory, esa en la que se había estado apoyando desde que bajó del coche, y dio un paso al frente. Con delicadeza, deslizó una mano por la lápida. Estaba cuidada y limpia, seguramente porque los Connor la visitaban con asiduidad.

—Hola, Tammy —murmuró muy bajito. Se detuvo un momento para tomar aire—. Sé que hace mucho tiempo que no vengo a verte. Lo siento. —Apretó los labios, nerviosa—. Yo… tengo mucho que contarte desde la última vez que estuve aquí.

»Mi… Mi vida ha cambiado desde entonces, Tammy. ¿Sabes? Estoy embarazada. Voy a tener un bebé —dijo mientras se pasaba ambas manos por el abultado vientre—. Aún no sé qué va a ser, pero no me importa, solo espero que llegue sano y bien. Y, bueno, he conocido a alguien. Es… Es un hombre fantástico. Aunque una vez pensé que era el típico tío que le va entrando a todas las mujeres con las que se cruza… —Se giró y miró a Rory. Se mantenía

muy serio a un paso por detrás de ella. Le ofreció una sonrisa de disculpa por lo que acababa de decir y él se encogió de hombros, sonriente—. Bueno, en realidad sí que lo hacía, pero lo cierto es que es la mejor persona que he conocido en mi vida y me he enamorado de él, Tammy. Lo quiero y sé que me quiere, me lo demuestra cada día. —Volvió a girarse hacia la lápida para enfrentarla—. Lo demuestra cuando me compra palomitas para cuando vemos una serie juntos. O va en busca de naranjas porque sabe que me apetecen. También lee los libros que le sugiero. Y redecoró una habitación de su casa para que esté más cómoda. Y ha empezado a escuchar a Queen, aunque deteste todo lo inglés. Me apoya en todo lo que hago, como en lo de querer estudiar oposiciones al Ayuntamiento, algo que dije que jamás haría. Y también ha vendido su preciada moto.

—Tara…

La mano de Rory se cerró con delicadeza en su antebrazo para resbalarla por él y acabar entrelazando sus dedos. Se aferró a ellos.

—Me he enamorado de él, Tammy —dijo mirándolo directamente a los ojos. Apreció cómo su respiración se volvía más agitada y cómo su otra mano, la que mantenía pegada a su muslo, se abría y se cerraba sin parar—. No voy a poder mantener la promesa que te hice de no enamorarme, lo siento. Y, si estuvieras de verdad aquí frente a mí, te pediría que me comprendieras, me apoyaras y te alegraras por mí. Ojalá tú hubieras encontrado a alguien como él. Estoy segura de que… —Sintió el picor característico de las lágrimas en la garganta y trató de aclararla porque no quería que le fallara la voz—. Estoy segura de que, si te hubieras enamorado de alguien como él, no te habrías marchado.

Del bolsillo de su chaquetón sacó la carta que durante tantos años había guardado. Pasó las yemas de los dedos por el suave papel pulcramente doblado y, muy despacio y con cuidado, la colocó sobre la lápida.

—Adiós, Tammy. Ojalá que, estés donde estés, seas tan feliz como yo lo soy.

Dio un paso hacia atrás y apretó con fuerza la mano de Rory. Él se acercó, como si temiera importunarla de alguna manera. Pero, sin

decirle nada, él entendió lo que necesitaba. La atrajo hacia él y la abrazó. La abarcó por completo para alejar el frío que se había adueñado de su interior; compartió con ella el calor que desprendía y se sintió amada y apoyada como jamás se había sentido en su vida.

A su pesar, Rory se alejó un poco, colocó un dedo debajo de su barbilla y la obligó a levantar el rostro.

—¿Estás bien?

Encontró la mirada del hombre fija en la suya. Había preocupación en sus ojos y era algo que no quería que sintiera. A pesar de haber cerrado una parte de su vida, otra muy importante se abría ante ella. Se sentía feliz, así que le sonrió.

—Estoy muy bien. ¿Nos vamos? Están a punto de cerrar el cementerio. Además, he visto que hay una caja en la que era mi habitación.

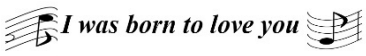
—La cuna que encargamos llegó la semana que tú no estuviste —murmuró él con cariño.

Ella ya sabía lo que era, así que asintió.

—¿Qué te parece si la montamos? ¿O es muy pronto?

—No, no es pronto —respondió él—. Vamos a casa.

41



Tras escuchar ruidos de pasos por las escaleras, Tara desvió la vista hacia el reloj que estaba colgado en la cocina. Las siete de la mañana, la hora en la que Rory solía comenzar a prepararse para marcharse al trabajo. Sonrió y continuó dando buena cuenta de su tostada con mantequilla y mermelada de naranja. Definitivamente, la naranja, en cualquiera de sus versiones, se había convertido en su obsesión durante el embarazo.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó Rory al llegar a la puerta. Con rapidez, acabó con la distancia que los separaba y se inclinó hacia ella para darle un fugaz beso en la punta de la nariz—. Buenos días, Inglesita.

—Tenía hambre —respondió antes de dar un nuevo mordisco al trozo de pan—. No sé qué me pasa; tengo hambre en todo momento.

—¿Tal vez sea porque tienes un bebé creciendo ahí dentro y necesita que lo alimentes para crecer? —comentó Rory al tiempo que le señalaba el vientre con un gesto de la barbilla.

Se giró para servirse una taza de café. En cuanto la tuvo lista, se apoyó en la encimera y le dio el primer sorbo.

—Para crecer como loco, quieres decir —aclaró ella tras pasarse la mano sobre la redondez de su vientre—. Si lo sigue haciendo así, no sé si voy a poder caminar. ¡Que aún faltan diez semanas!

Se dio cuenta de que Rory trataba de ocultarle una mueca socarrona detrás del borde de la taza de café, pero no lo estaba consiguiendo.

—Quita esa expresión de cavernícola.

—¿Yo? ¿Cavernícola? —Le encantaba cuando Rory entraba rápidamente en su juego.

—Exacto. Tienes esa mirada de «yo la he preñado y es mi hijo a quien lleva ahí dentro» —soltó con un exagerado y profundo tono de voz.

—Cielo, no voy a ser yo quien te diga que, a lo mejor, solo a lo mejor, estás leyendo demasiadas novelas de romance oscuro, pero… —Se detuvo. Ahí estaba de nuevo esa sonrisilla ladeada que la dejaba sin aliento—. No te voy a negar que tienes razón. Y que me gusta verte embarazada de mi hijo.

Jodido Rory. Siempre tenía una respuesta para todo, pensó con diversión.

Apretó los labios antes de sonreírle con picardía y le dio un nuevo bocado a lo que le quedaba de tostada. Entonces, su mirada se detuvo en la vestimenta que él había escogido para ese día. No llevaba sus habituales pantalones de trabajo y las camisas cómodas que tanto le gustaban. Tampoco las botas. Todo su atuendo había sido sustituido por un impecable traje sastre de color gris, camisa negra y corbata del mismo color. También había cambiado el aspecto de su pelo. Se lo había peinado hacia atrás y aún lo llevaba un poco mojado. Le sentaba muy bien aquel cambio de estilo. Más que bien.

Le dedicó un descarado vistazo de arriba abajo y acabó regalándole un silbido.

—¡Señor McCoy! Parece usted el CEO de una importante empresa. De esos que aparecen en las novelas —advirtió sin permitir que una sonrisa traviesa abandonara sus labios—. Estás muy guapo.

Rory se incorporó y, con un caminar deliberadamente lento, se acercó hacia donde ella estaba sentada. Inclinándose hacia adelante, apoyó ambas manos sobre la mesa, las deslizó hasta que ella quedó encerrada entre sus brazos estirados y la observó desde una distancia que casi la hizo bizquear.

—Un CEO, ¿eh? —preguntó él. Su voz tranquila y grave se coló por su oído e hizo que un escalofrió le recorriera la espalda.

Asintió. No podía dejar de mirar su boca, a medio centímetro de la suya.

—Exacto. De esos que dicen «señorita Healy, la quiero ahora mismo en mi despacho» —dijo ella con una impostada voz grave.

No le pasó desapercibido el brillo burlón que apareció en los ojos de Rory.

—¿Así que «señorita Healy»? —No parecía que él quisiera abandonar aquel juego.

—Eso es —admitió ella con un contundente cabeceo.

Lo vio pasarse la punta de la lengua por el labio inferior y dedicarle una mirada lasciva y sensual que logró encenderla.

—Esas novelas me gustan mucho más que las de romance oscuro…

«Joder, y a mí también», recapacitó. Aun así, se resistía a no seguirle la corriente.

—Es tan fácil saber en qué estás pensando. Señor McCoy… —musitó ella.

—¿Y en qué, según tú, estoy pensando?

—En que ojalá no tuvieras que marcharte y que yo tampoco tuviera que trabajar —se aventuró a conjeturar, aunque estaba segura de que no se equivocaba ni un poco—. Entonces, me llevarías a la cama, me desnudarías y me harías «cosas»…

Una de las cejas de Rory le llegó al nacimiento del pelo al alzarla.

—Te haría «cosas», sin duda alguna. Muchas «cosas» —admitió él sin ninguna vergüenza—. Veo que es muy fácil leerme.

—¿He acertado?

—Total y absolutamente —contestó él mientras volvía a devorarla con la mirada—. ¿Qué te parece si esta tarde, cuando regrese, volvemos a lo del CEO y la secretaria? Al final, puede que me guste esto de ser un directivo y todo. Lo que no ha logrado Kevin en años vas a lograrlo tú en menos que canta un gallo.

Le faltó tiempo para asentir. Entonces, lo tomó de la corbata y lo acercó a ella, tanto que sus narices se rozaron.

—No creas que lo voy a olvidar, «señor McCoy».

El rostro de Rory mudó en una mueca casi dolorosa y dejó escapar una maldición.

—Joder, Tara, ¿cómo se supone que vaya a marcharme ahora? Me va a estallar el pantalón.

—¿No tienes cinco minutos? —gimoteó ella.

—Sabes que no serán cinco minutos y no, no tengo cinco minutos —se quejó Rory incorporándose y poniendo distancia entre ellos. Y menos mal que lo hizo, recapacitó ella, porque de lo contrario sí que iba a llegar tarde a donde quiera que tuviera que ir —. Y no pongas ese puchero, joder.

Se echó a reír con ganas.

—Ay, lo siento, es tan fácil…

—¿Calentarme? Si eres tú, ya te digo que sí, «señorita Healy».

Volvió a tomar su olvidada tostada y le pegó un gran bocado sin dejar de mirarlo.

—Ahora en serio. ¿Tienes un día ajetreado?

Rory se recolocó la chaqueta y el nudo de la corbata antes de soltar un bufido de derrota.

—He quedado con Kevin dentro de cuarenta minutos —dijo tras echar una ojeada a su reloj—. Necesitamos ocuparnos de unos asuntos antes de la tarde.

Lo vio acabar con prisas el café, dejar la taza vacía dentro del fregadero y, tras acercarse, se puso en cuclillas delante de ella para pegar su nariz al vientre.

—Pórtate bien con mami, ¿de acuerdo? —Rory le besó con delicadeza la barriga y se levantó—. Y tú, ten un buen día. Cuídate. —Recibió su beso también, muy corto para su gusto, pero tan dulce que la hizo anhelar muchos más como aquel—. Hasta la tarde. Te quiero.

Escuchó la puerta de entrada cerrarse tras él y suspiró. ¿Se acostumbraría en algún momento a escuchar ese «te quiero» sin que su corazón pareciera el de un deportista que competía en una maratón? Lo cierto era que no quería acostumbrarse. Quería continuar sintiendo mariposas en el estómago cada vez que se lo dijera, quería continuar por siempre sintiéndose tan especial como en ese preciso instante. Con las mejillas encendidas, encerró el rostro en el hueco de sus manos y sonrió. Estar enamorada era lo mejor del mundo.

Se levantó de la mesa, recogió los platos y las tazas del desayuno y regresó a su habitación para arreglarse para el trabajo.

Ya sabía que el día se le iba a hacer larguísimo porque las horas alejadas de Rory siempre le parecían eternas.

No recordaba haber sonreído tanto en su vida como en las últimas semanas. Jamás pensó que deshacerse de la carta le iba a reportar tanta tranquilidad y confianza como cuando la dejó sobre la tumba de Tammy. En ocasiones, en esos momentos en los que se quedaba a solas con sus pensamientos, aún sentía remordimientos, pero se convenció de que se trataba de tristeza por el hecho de que su amiga no hubiera podido conocer lo que significaba que alguien la amara de verdad y que se lo demostrara día a día, con cada pequeño gesto que hacía o con cada palabra que decía.

Otras veces, su conciencia la atropellaba con sentimientos distintos, incluso de culpa. Culpa por haber empujado injustamente a Rory con la idea de que debía madurar y enfrentar responsabilidades. Eso le pesaba. Pero luego, como había ocurrido hacía un rato, lo veía con un elegante traje y en mangas de camisa, una fina camisa que se ajustaba a la perfección a su cuerpo y lo mostraba más atractivo que nunca, y casi casi que lo daba por bueno.

—¡Ya está bien, Tara!

Sacudió la cabeza para alejar por un rato de su mente la imagen pecaminosa de Rory. Fue hacia el armario, clavó la vista en la ropa que estaba colgada en las perchas y palmeó, satisfecha.

—¿A ver qué me puedo poner después para parecer una eficiente secretaria?

La mañana en la librería no estaba siendo muy estresante. A Tara le parecía un sueño. La semana anterior habían recibido el pedido de la nueva novela que muchos lectores habían estado esperando con ansias y la tienda se vio varios días llena de clientes en busca de su ejemplar. La calma era un cambio agradable.

En la esquina del monitor del ordenador parpadeó el icono de haber recibido un nuevo *mail*, así que abrió el gestor de correo al instante. En cuanto vio que el remitente era Fiona, la administradora de los Buckley, algo saltó en su interior. No recordaba haber recibido

jamás uno de Fiona; ella era de las que le gustaba interactuar con sus clientes y, como había sucedido en muchas ocasiones, se presentaba en la librería sin anunciarse.

Tan firmemente como pudo, pinchó sobre el *mail* para leerlo.

> Estimada señorita Healy:
> A petición de mis clientes, los señores Buckley, la convoco este mismo día, 22 de abril, a las 14 horas, en la oficina de Thomas Barry, notario, situada en la calle Merrion. Disculpe la premura de esta comunicación.
> Reciba un cordial saludo.
>
> Fiona Byrne
> Administradora

Leyó un par de veces más el texto y, casi sin mirar, tomó el teléfono y marcó el número personal de Fiona. La mujer contestó cuando ya estaba a punto de colgar la llamada.

—*¡Hola, Tara!*

—Fiona, me ha llegado un *mail* tuyo para que me presente en la oficina de un notario. ¿Ocurre algo?

—*Eh…* —Oyó ruido de voces que parecían estar distrayendo a la mujer—. *Siento haberte escrito con tan poco tiempo de antelación. Los Buckley quieren saber si puedes estar en esa… eh, reunión. Es importante.*

La petición no acalló la sensación de intranquilidad que la había asaltado minutos atrás.

—Sí, sí. Estaré, por supuesto. Pero…

—*¡Genial!* —la interrumpió—. *Siento no poder atenderte con algo más de tiempo, Tara, es que estoy bastante liada. ¡Nos vemos luego!*

Sin más, Fiona colgó la llamada. Muy despacio, dejó el aparato sobre el mostrador, sin retirarle la mirada.

«Se acabó todo. Han vendido el negocio. Estoy en la calle», se dijo sintiéndose derrotada. Buscó el apoyo del taburete que había tras el mostrador y se sentó a tientas. No podía ser. Todos aquellos años de trabajo, de sentir la librería como algo suyo, algo que debía cuidar y hacer crecer, estaban a punto de irse por el desagüe.

Notó que se le cerraba la garganta y las ganas de echarse a llorar la golpearon con fuerza.

Cuando fue capaz de retirar de sus ojos las lágrimas, miró el reloj. Faltaban solo tres horas. Marie estaría allí a la una y media, así que ella podría tomar el autobús que la dejaría cerca de la calle Merrion para asistir a aquella inesperada reunión. No le iba a dar tiempo de comer, pero no le quedaría más remedio que hacerlo cuando acabara.

Tara ya estaba esperando a su compañera cuando la chica entró en la librería. Marie llegó puntual y ella la aguardaba con la chaqueta ya puesta y el bolso colgado del hombro.

—¿A qué vienen esas prisas? Llego bien, ¿no?

Estuvo tentada de contarle que estaban a punto de quedarse sin trabajo, pero se lo pensó mejor. Ya lo haría cuando fuera algo hecho.

—Sí, sí. Es que tengo una reunión urgente.

—¿Urgente? —preguntó Marie mientras se quitaba el abrigo.

—Me han avisado hace unas horas. Tengo que estar a las dos en Merrion.

—¡Ah! Pues el tráfico está infernal. ¿Qué tal ha estado el día?

—Tranquilo.

—¡Menos mal! Un poco de calma se agradece por una vez. ¿Ha llegado el pedido de Publishers?

—He colocado casi todo, pero quedan un par de cajas en la trastienda —le dijo—. En fin, hasta mañana, Marie.

No escuchó la despedida de su compañera porque la puerta del establecimiento ya se había cerrado tras ella.

Apretó el paso hacia la parada del autobús y aguardó a que llegara el que tenía que tomar. Apenas tuvo que esperar unos minutos cuando este hizo su aparición por la esquina.

El trayecto le llevó veinte minutos así que, en cuanto bajó en la parada correspondiente, aceleró el paso para poder llegar a la hora acordada en donde la habían emplazado.

La dirección que Fiona le había facilitado era una oficina a pie de calle, con unos amplios ventanales de cristales opacos que no dejaban ver nada de su interior. Ella llamó al timbre y, tras aguardar unos segundos, una joven le abrió la puerta.

—¿Sí?

—Eh… Soy Tara Healy. La señora Byrne me ha convocado aquí a las dos.

—¡Ah! Sí, sí. Pase, por favor. —Lo hizo detrás de ella—. Por favor, ¿me permitiría su documento de identidad?

—Perdone, ¿cómo dice?

—Su documento de identidad —insistió.

Aún extrañada, rebuscó en su bolso, lo sacó y se lo tendió. La chica lo recibió con una sonrisa.

—Enseguida se lo devuelvo. Puede aguardar en la sala de espera. Es esa puerta de ahí, a la derecha —señaló con un gesto de cabeza.

Siguió la dirección que le había indicado la recepcionista y se encaminó hacia allí. La sala a la que llegó era de tamaño mediano, con sillones de cuero de apariencia bastante incómoda, pegados a las paredes. No le dio tiempo a tomar asiento porque unos pasos apresurados resonaron detrás de ella.

—¡Tara! ¡Ya has llegado! —exclamó a modo de saludo Fiona antes de acercarse a ella y depositar un par de sonoros besos en sendas mejillas. Jamás se acostumbraría a aquellas muestras de afecto por parte de la mujer.

—Sí. Acabo de hacerlo.

—Bueno, Amy y Jonas están ya dentro, esperando. Ven conmigo.

Con decisión, Fiona la tomó del antebrazo y la condujo por el mismo pasillo que ella había llegado, adentrándose en él. Pasaron por delante de varias puertas cerradas hasta que se detuvieron ante una de tamaño doble que estaba abierta. Dentro, Amy y Jonas Buckley estaban sentados en torno a una larga mesa de juntas.

En cuanto la vio, el anciano se puso en pie.

—¡Tara, querida! —exclamó Amy—. ¡Qué bien que hayas llegado!

—Temimos que, al enviarte esa carta con el tiempo tan justo, no pudieras venir. Nos hemos arriesgado mucho —intervino su esposo.

Fiona se colocó a su lado.

—Pero ya está aquí, así que ¡todo bien!, ¿verdad?

Desde que había llegado, la sensación de que estaba cerrando una etapa de su vida la abrumaba. Que en unos días ya no iba a tener librería a donde ir a trabajar, ni podría recomendar los nuevos libros que salieran publicados, ni vería a algunos de sus clientes habituales, esos que confiaban en su criterio y en sus gustos. Se le hacía un nudo en el estómago solo de pensarlo.

Infundiéndose valor, tomó aire y se acercó al señor Buckley.

—¿Han…? ¿Han encontrado comprador para la librería? ¿Es por eso por lo que estamos aquí? —las preguntas se le atragantaron en la garganta.

La mirada triste que intercambió la anciana pareja se lo confirmó al instante.

—Lo hemos encontrado, sí —intervino Amy, sentada muy erguida a un lado de la larga mesa—. El amigo de mi nieto… —La mujer se movió inquieta en su asiento y miró a algún punto sobre su hombro—. ¡Ah! Creo que por ahí llegan.

Apenas tuvo tiempo de girarse sobre los tacones de sus botas para ver aparecer al fondo del pasillo a Kevin, el novio de Meghan. A su lado, caminando con decisión hacia ella, estaba Rory.

Los dos lucían impecables, con aquellos trajes que les sentaban a la perfección a ambos, pero sus ojos no pudieron desatenderse de Rory en cuanto estuvo segura de que había vuelto a respirar tras la impresión inicial

—¿Rory? —logró preguntar en el instante en que él atravesó la puerta de la sala.

Luciendo una mueca satisfecha, Kevin rodeó la mesa y se inclinó hacia Amy.

—Señora Buckley —la saludó tomándola de la mano. Entonces regresó la atención al anciano—. Jonas, encantado de volver a verte. Hola, Tara.

—¡Ay, muchacho! ¿No te he dicho decenas de veces que me llames Amy? —Entonces, la señora Buckley giró la vista hacia ella y le dedicó una sonrisa cariñosa—. Cielo, Kevin es el amigo de mi nieto y él nos ha estado asesorando sobre la venta de la librería.

Buscó una silla frente a la mujer y se dejó caer en ella.

—Así que van a venderla…

—Sí —intervino Jonas, acomodándose junto a su esposa—. Ha sido una decisión difícil, no vamos a negarlo, pero… bueno, todo ha resultado mejor de lo que esperábamos, mucho mejor. Además, sabemos que va a estar en las mejores manos y que no va a acabar convertida en una tienda de *souvenirs* para turistas.

Buscó a Rory con la mirada, que se había quedado detrás de su primo, a unos pasos de distancia.

—Buenas tardes —saludó él al tiempo que acababa con la distancia que lo separaba de la mesa. Su rostro lucía una mueca parecida a una sonrisa y tuvo ganas de tomarlo por la manga, sacarlo de allí y preguntarle qué demonios estaba sucediendo.

—Me alegro mucho. Pero… ¿qué hago yo aquí? —quiso saber ella.

Kevin y Rory se miraron, cómplices, y ambos sonrieron.

—Lo que Jonas no ha comentado todavía es que Rory y yo vamos a quedarnos con la librería —dijo Kevin con solemnidad.

Si en ese momento hubiera caído sobre ellos una bomba, no se hubiera sentido tan sorprendida. Incrédula, desvió la vista hacia Rory para al instante regresar a Kevin. Y de vuelta a Rory.

—¿Cómo que vais a quedaros con la librería? ¿Cómo que tú —incidió— y Kevin vais a quedaros con la librería? Rory, explícame…

—Es justo lo que está diciendo. Kevin y yo hemos decidido comprarla —repitió a la vez que señalaba a su primo con un gesto de la cabeza.

—Hemos estudiado la cuenta de explotación de la librería y el resultado es bueno, muy bueno —argumentó Kevin—. Era una pena que un negocio que va bien y que puede crecer con el incentivo adecuado vaya a cerrarse.

—Así que Kev y yo hemos decidido invertir en el negocio —apuntó Rory.

No creía lo que estaba escuchando. «La librería no se iba a cerrar», se repetía una y otra vez en su cabeza. Había rezado para que aquello no sucediera y que se produjera un milagro, pero ¿qué la fueran a comprar Kevin y Rory? Eso no lo esperaba. Ni tan siquiera en sus más alocados sueños.

Se movió en el asiento para mirar a Rory.

—Pero ¿puedes hacerlo? Es decir… Esto no es comprar un coche.

—Puedo, por supuesto. —Rory rodeó a su primo y tomó asiento en la silla que había justo a su lado—. Y con la ayuda de Kev más aún. Además, tenemos a alguien que sabe bastante más que nosotros del negocio. Se va a encargar de que la librería continue siendo el mismo negocio rentable que viene siendo hasta ahora.

Sintió una punzada de desilusión. Si había tenido la mínima esperanza de continuar trabajando en la librería, acababa de marcharse por el desagüe.

—Ya entiendo —comentó con apatía.

—No, creo que no entiendes nada, Inglesita.

—Lo que Rory está intentando decirte —Kevin se inmiscuyó en la conversación— es que nosotros vamos a poner el dinero para que la librería siga funcionando, pero queremos que tú seas nuestra gerente.

Los miró a todos como si le acabaran de decir que habían descubierto vida en Marte. De manera rápida, echó un vistazo a los Buckley y a Fiona, que parecían seguir la conversación bastante entretenidos, hasta que recaló de nuevo en Rory.

—¿Cómo que…? Yo no tengo dinero para invertir. Tengo unos pequeños ahorros, eso sí…

—No te estamos pidiendo que pongas dinero, Tara —le aclaró enseguida Rory—. Para eso estamos Kevin y yo. Lo que queremos es que te hagas cargo de la librería. Que la gestiones, que la sigas llevando como hasta ahora, o que la conviertas en eso que querías hacer. Que sea tu sueño hecho realidad.

Sabía que como mantuviera la vista fija en Rory acabaría echándose a llorar.

—¿Quieres…? ¿Quieres…?

—Me hablaste una vez de darle un giro al negocio, de incluir una cafetería y vender las tartas de la pastelería de Meghan. Hacer de la librería un lugar en el que el cliente se sienta bien y acogido. ¿No es ese tu sueño?

Apretó los labios porque, de no hacerlo, sabía que la iban a delatar. Habían empezado a temblarle.

—Lo es, sí —contestó temiendo que la voz se le quebrara—. Pero…

En ese momento, un hombre alto entrado en años, impecablemente vestido y que sostenía una carpeta entró en la sala. Lo hizo seguido de la chica que había visto en la recepción.

—Buenas tardes a todos. Fiona, ¿están ya aquí los compradores y los vendedores?

La mujer asintió con tanta energía que no se hubiese sorprendido si la cabeza le hubiera salido rodando.

—Lo están, señor notario —respondió señalándolos a todos con un gesto del brazo.

—Entonces, ¿podemos formalizar la compraventa? Si son tan amables, tomen asiento, por favor.

Con decisión, el notario se ubicó en la cabecera de la mesa y extendió ante él el legajo de documentos que portaba. Kevin y Fiona, que eran los únicos que aún permanecían en pie, se acomodaron en las sillas que quedaban libres.

A su lado, Rory se acercó a ella y, de manera disimulada, buscó su mano por debajo de la mesa. Cuando la encontró, entrelazó los dedos con los suyos y ella los apretó con fuerza.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó ella muy bajito.

—Por supuesto que estoy seguro —le confirmó con un cabeceo —. Estoy completamente seguro de que estoy invirtiendo en el mejor de los negocios y que voy a tener la gerente más capaz que hay en todo Dublín. Y también la más guapa. Los demás detalles los charlaremos luego con Kevin, ¿te parece?

Los labios volvieron a temblarle. No era posible que aquello le estuviera ocurriendo. Había pasado de temer por su puesto de

trabajo a ser la gerente de la librería, con la libertad añadida de convertirla en su negocio soñado.

—Me parece.

El notario comprobó las identidades de los asistentes y comenzó a leer los términos de la transacción. Los Buckley parecían muy contentos con el acuerdo al que habían llegado con Rory y con Kevin. Así mismo, los dos hombres también parecían muy satisfechos con la lectura del contrato. Cuando el notario la nombró y se dirigió a ella como gerente, y especificó que los compradores deseaban que su designación apareciera en la compraventa, sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Pero eso no fue nada cuando le tocó el turno de firmar en lugar en el que el notario le indicó tras haber acabado de leer todo el contrato.

Sintió que el pulso le fallaba, aunque trató de disimularlo lo mejor que pudo. Sin embargo, la mano alentadora de Rory sobre su rodilla, como si hubiera sabido cómo se encontraba, hizo que se relajara al instante.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído.

—Lo estoy, sí —respondió en el mismo tono bajo que él había utilizado. Y le ofreció una sonrisa, una que tenía como propósito que él se calmara también porque había visto la preocupación en su mirada.

Visiblemente más tranquilo, Rory asintió.

—Con esto, y con la entrega de los correspondientes cheques y el intercambio de llaves, damos por finalizada la firma de este contrato —anunció el notario con formalidad—. En unos minutos, mi secretaria les facilitará las copias que necesitan. Gracias a todos.

Sin más, el hombre y la chica que los habían asistido se marcharon.

—¡Ya está hecho! —anunció Fiona, dirigiéndose a los Buckley.

—Sí —admitió el anciano—. En parte nos da pena deshacernos del negocio, ¿no es así, Amy?

Su mujer asintió.

—Eso es. —La mirada dulce de la mujer recayó en ella—. Pero sabemos que va a estar en las mejores manos. Tuvimos mucha suerte cuando comenzaste a trabajar con nosotros. No pudimos

encontrar a nadie mejor a quien confiarle nuestra librería, esa que dejábamos con algo de pena. Pero tú la cuidaste como si fuera tuya, así que es justo que el destino haya encontrado la manera de que sea así de verdad.

En esa ocasión, ya no pudo controlar las lágrimas y estas acabaron rodando por sus mejillas. Notó cómo el brazo de Rory le rodeaba los hombros y cómo la besaba en el pelo.

—No llores, por favor —susurró él para que solo ella pudiera escucharlo.

—En fin, creo que es hora de marcharnos. —Jonas se puso en pie y ayudó a su mujer para que hiciera lo mismo—. Ha sido un placer hacer negocios contigo, Kevin. Contigo también, Rory. Ya sabéis dónde estamos. Os deseamos toda la suerte del mundo.

—Por favor, querida, avísanos cuando des a luz, ¿de acuerdo? —intervino Amy—. Nos gustaría mucho conocer a tu bebé.

—Por supuesto que lo haré. Adiós.

Sin más, la pareja abandonó la sala.

—Yo también me marcho ya —anunció Kevin—. He quedado con Meghan.

—¿Ella sabe algo? —preguntó intrigada.

La sonrisa de Kevin se lo hizo suponer antes de que le respondiera.

—No, no lo sabe. Estoy convencido de que le va a encantar tener tratos comerciales contigo —se dirigió a ella con cariño—. Y esa va a ser tu primera tarea como gerente: firmar un acuerdo con su pastelería. Apuesto lo que sea que llegarás a uno bueno.

—Eso espero —contestó ella. No podía parar de sonreír.

—En fin, tened buena tarde —se despidió Kevin—. Ah, Rory, no te olvides de esperar la copia de la compraventa, ¿de acuerdo? La necesitamos para presentarla esta semana en el banco.

—No me olvido, descuida.

—Venga, adiós.

Sin más, Kevin se marchó tras los pasos de los Buckley, al igual que hizo Fiona, que apenas se despidió con un cabeceo y una sospechosa mueca de satisfacción prendida de sus labios.

Muy despacio, Rory la atrajo hacia él y la encerró entre sus brazos.

—¿Y bien? —preguntó con la vista clavada en sus ojos.

Ella se secó las mejillas antes de rodearle la cintura y alzar el rostro para mirarlo.

—Cuando lleguemos a casa tenemos que hablar de por qué no me has contado tus planes para la librería.

—¿Me he metido en un lío?

Le encantó la expresión de Rory, mezcla de la que pudiera tener un niño que ha sido pillado con la mano en el tarro de las galletas y esa sonrisa canalla y seductora que tan bien manejaba. Y cuando la miraba así ella tenía pocas opciones de poder exponer un argumento coherente.

—Un lío, sí —admitió ella—, pero uno pequeñito.

Rory resopló, sin embargo, no la soltó en ningún momento. Y a ella le gustaba estar entre sus brazos.

—Menos mal. Tara, entiéndeme, ¿cómo te iba a decir que Kevin y yo íbamos a comprar la librería?

—No sé… Tal vez, «Tara, estoy pensando en comprar la librería». Fácil. Sencillo.

—¿Y acabar con el factor sorpresa? Porque te has sorprendido, ¿verdad?

—Puedes jurarlo.

—¿Estás enfadada?

Se puso de puntillas y se acercó a su boca.

—¿Cómo voy a estarlo? Nadie, nunca, ha hecho nada parecido por mí. No sé cómo voy a poder compensarte…

De repente, la sonrisa de Rory se borró de sus labios.

—No quiero ninguna compensación. ¿Sabes cómo me duele, al llegar a casa por la tarde, verte estudiando cuando estás tan cansada, para sacarte una plaza que sé perfectamente que no es lo que quieres y que no es tu sueño? —Se detuvo un instante, pero no dejó de mirarla. Despacio, con ternura, le retiró un mechón de pelo de la frente—. En los papeles, Kevin y yo seremos los dueños, pero en la práctica podrás hacer lo que creas conveniente con la empresa porque tanto Kevin como yo sabemos lo capaz que eres. Tara —

insistió—, solo quiero que seas feliz, tanto como tú me haces a mí. Créeme, comprar esa librería es una miseria comparada con todo lo que tú has hecho por mí. —Sus manos resbalaron hacia su vientre y lo acarició sobre las capas de ropa—. Por todo lo que me has dado.

Se miró en aquellos ojos que tan bien había llegado a conocer.

—Mierda —masculló.

—¿Qué ocurre?

—Que vuelvo a tener ganas de echarme a llorar. Malditas hormonas de las narices.

En el segundo siguiente se vio envuelta en un apretado y cálido abrazo antes de que Rory la besara sobre el pelo una y otra vez.

—¿Qué te parece si recogemos la fotocopia del contrato y nos vamos a comer algo? O a casa. Lo que prefieras.

Ella lo miró con suspicacia y no sin cierta diversión.

—¿Te has olvidado?

La sonrisa que afloró a los labios de Rory se lo aclaró antes de que lo hiciera él.

—¿De que tenemos pendiente un «señorita Healy, venga usted a mi despacho»? Llevo toda la puñetera mañana pensando en ello, Tara.

Se puso de puntillas y le dio un fugaz beso.

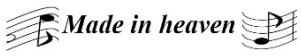
—Vámonos a casa. Prometo ejercer de buena secretaria. —Y le guiñó un ojo.

De nuevo se encontró entre los brazos de Rory.

—Te quiero, Tara. Prepárate a escucharlo mil veces cada día. ¿Podrás soportarlo?

—Podré —respondió con absoluta convicción—. Por supuesto que podré.

EPÍLOGO



Dos meses y medio después.

—¡Rory!

En cuanto escuchó la voz de Tara, que lo llamaba con urgencia desde el piso inferior, Rory corrió escaleras abajo tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó mientras se sujetaba a las jambas de la puerta del salón, sintiendo que el corazón se le saldría en cualquier momento por la garganta.

Tara se incorporó, balanceándose torpemente a causa de la enorme tripa. Se puso las manos en la zona lumbar y dejó escapar un largo suspiro.

—Ayúdame a mover el sofá.

La miró un momento antes de echar la cabeza hacia atrás.

—¡Joder, Tara! Casi me muero.

—No seas exagerado, anda.

—¡¿Que no?! Tú estarás en el paritorio mientras yo estoy entre la vida y la muerte porque me habrá dado un puto infarto antes de que des a luz.

Adoraba cuando Tara lo miraba con aquella expresión, entre pícara y divertida. Hacía que se olvidara de todo, incluso de que podría haberse matado por las escaleras. Estaba seguro de que no había pisado ningún escalón en la bajada.

—Lo dicho: eres un exagerado.

Cuando estuvo seguro de que su espíritu había regresado a su cuerpo, se apoyó contra la puerta y trató de tranquilizarse. Uno de los álbumes de Queen sonaba por enésima vez en los altavoces del equipo de música. Era el incentivo personal de Tara para seguir adelante con lo que estuviera haciendo.

—A ver, ¿qué se supone que quieres hacer?

—Ya te lo he dicho: quiero mover el sofá.

—¿Y para qué quieres mover el sofá?

Ella alzó la vista al techo. Volvió a resoplar, esa vez parecía contrariada.

—¿No ves que estoy limpiando? Y no puedo mover sola este armatoste —dijo a la vez que trataba de retirarse con el antebrazo un mechón del flequillo que se le había escapado del moño alto en el que había recogido su melena.

—Ni se te ocurra hacerlo. —Fue hacia ella y le quitó de la mano la aspiradora—. Ya lo hago yo. Además, ¿por qué está todo revuelto? —Mirara donde mirase se notaba que Tara había estado muy ocupada: las sillas estaban bocabajo, puestas sobre la mesa. Los cuadros estaban torcidos, señal del paso de Tara, y las cortinas estaban anudadas para mostrar unas ventanas que nunca habían estado tan limpias. Lo entendió todo—. ¡Ah, ya! He leído sobre esto. El síndrome del nido. Lo pillo.

—Déjate de tonterías, Rory. Tengo que acabar. —Trató de alcanzar el aspirador de nuevo, pero él lo alejó de ella—. No seas tonto.

—No soy tonto, Tara. Deberías descansar. Estás a punto de salir de cuentas. Te puedes poner de parto en cualquier momento, así que deberías dejar de hacer esfuerzos. ¿Quieres que limpiemos el salón? Vale, déjame a mí. Yo me encargo de todo. Tú siéntate y dame órdenes.

—Sé que estoy a punto de salir de cuentas, pero no puedo estarme quieta, Rory —se lamentó mientras pasaba sus manos por el vientre una y otra vez, un gesto que había ido adquiriendo conforme el embarazo fue avanzando. Y a él le encantaba observar cómo lo hacía—. ¡Ojalá me pusiera de parto ya! No sé estar con los brazos cruzados. No sirvo para estar sentada, a la espera de que al bebé le dé la gana de salir. —En ese instante, su rostro se iluminó. Se acercó a él y le rodeó la cintura—. ¿Y si subimos a la habitación y lo hacemos otra vez? ¿Eh? —ronroneó, zalamera—. La oxitocina que se libera con los orgasmos puede ayudar a inducir el parto.

Apretó los labios para tratar de mantener a raya la sonrisa que amenazaba con echar abajo su fachada de seriedad.

—Cielo, no es por no tener sexo contigo, que sabes que me encanta, y en eso de proporcionarte orgasmos soy el amo, pero ya has tenido tu sesión de oxitocina esta mañana. Y anoche, y…

Tara dio un paso hacia atrás.

—¿Te estás quejando de que tenemos demasiado sexo? No te oí quejarte esta mañana, cuando te desperté.

Se inclinó y le dio un beso fugaz en la punta de la nariz. Había aprendido en esos meses que era mejor no llevarle la contraria a las hormonas.

—Jamás se me ocurriría quejarme, tesoro, pero… a lo mejor tendrías que plantearte que es una leyenda urbana. O… una leyenda médica, no sé. No te hagas ilusiones. El bebé saldrá en el momento en que tenga que salir.

La ceja de Tara casi le llegó al nacimiento del pelo.

—¡No digas tonterías! Vale, está bien —refunfuñó—, si no quieres, no quieres. Aunque yo voy a seguir limpiando, ¿de acuerdo?

Muy a su pesar, acabó asintiendo.

—Pero no te esfuerces. Sigue, no sé, desenfundando los cojines. En cuanto acabe con lo que tengo entre manos en el cuarto del bebé, bajo y sigo yo. ¿De acuerdo?

Tenía muy claro que Tara no estaba por la labor de dar su brazo a torcer, pero, finalmente, accedió.

—Está bien. Acometeré la extraordinaria tarea de desenfundar cojines y meterlos en la lavadora. ¡No sé si podré con tanta excitación!

—Inglesita…

Ella le sacó la lengua y le dio la espalda.

Sabía a la perfección que el inesperado enfado de Tara duraría medio segundo. Las últimas semanas estaba más irritable de lo normal. No podía juzgarla, ni podía molestarse con ella. No era en su cuerpo en el que estaba creciendo un bebé que le había removido todos los órganos de sitio, que le daba acidez de estómago cada vez que comía y que le estiraba la piel hasta límites insospechados cuando decidía desperezarse dentro de su útero.

La miró de reojo antes de abandonar el salón y sonrió. Si a su yo del pasado le hubieran dicho que iba a enamorarse de esa manera tan arrolladora, tal y como era con Tara, se habría reído de quien fuera en su propia cara. Pero ahí estaba, bebiendo los vientos por una mujer que había puesto su mundo del revés. Y pensó que, si por mala fortuna de los hados, tuviera que volver atrás en el tiempo, lo haría todo exactamente igual para conquistarla, sin saltarse ni añadir un solo paso.

Subió las escaleras despacio, sin que de su rostro pudiera desprenderse esa sonrisa que lucía cada vez que estaba con Tara. O que pensaba en ella, lo mismo daba. No había conocido a nadie con tanto empuje y fortaleza. Después de que se hubiera formalizado el traspaso de la librería, y de que ella se hubiera hecho a la idea al fin de que era la gerente y de que podía disponer como creyera necesario, comenzó a planear el cambio que siempre había soñado hacer en el establecimiento.

Tardó un mes en tenerlo todo listo y un mes más para llevarlo a cabo. Tras ese corto periodo de tiempo, la librería lucía su nuevo aspecto. Algunas estanterías habían sido sustituidas por mesas bajas y soportes para albergar los libros que habían sido desplazados de los anaqueles porque, en aquel lugar, habían instalado una pequeña barra de cafetería con un escaparate de los dulces más apetitosos que ofrecía Meghan en su propia pastelería. Habían instalado mesas con sillones cómodos, para que los clientes pudieran tomarse un café o un té mientras ojeaban los libros que querían llevarse. Y tenían que admitir que, después del poco tiempo que llevaban en funcionamiento, la clientela había acogido el cambio de la mejor manera.

En más de una ocasión había querido decirle que aflojara el ritmo, que estaba en la última etapa de su embarazo y que debía descansar. Sin embargo, cada vez que sacaba esos argumentos a relucir, ella le había respondido que quería dejarlo todo atado y funcionando antes de que el bebé naciera porque, después, se quería tomar las semanas que le correspondían por maternidad. No pudo convencerla, ni tampoco lo intentó demasiado porque ver a

Tara tan feliz haciendo lo que siempre había soñado hacer bien valía sus preocupaciones por ella.

Entró en la habitación que una vez arregló para Tara y echó un vistazo a su alrededor. Las paredes habían vuelto a cambiar de color y la gran cama había desaparecido para dejar sitio a la preciosa cuna que ambos habían montado y de la que colgaba un carrusel de peluches. También habían instalado una mecedora estampada en cálidos tonos amarillos y naranjas porque no habían querido utilizar ni el rosa ni el azul. Ambos habían mantenido su decisión de no saber el sexo del bebé y ahí estaba él, impaciente por tenerlo –o tenerla– ya entre sus brazos.

En el trabajo, Kevin le había dado todas las facilidades para que comenzara su permiso por paternidad un poco antes de lo que legalmente le correspondía. Se lo agradecía en el alma. A cambio, se había comprometido a que esas semanas extras iba a teletrabajar desde casa. Su nueva faceta de directivo aún lo tenía un poco descolocado, pero se estaba haciendo con rapidez a su nuevo papel y todo marchaba como debía.

Recogió los cartones en donde habían estado embalados los dos preciosos cuadros que Tara había comprado por Internet y los observó, complacido. Ella le había dicho que eran los escudos que ilustraban dos de los álbumes más famosos de Queen. Lo cierto era que quedaban muy bien allí colgados. Después de admirar su trabajo, se giró. Todo estaba a punto para el bebé, incluso dentro de la cuna aguardaba ya la bolsa que debían llevar al hospital.

—Rory.

La voz de Tara le llegó de nuevo desde la planta inferior.

—Ya voy. Recojo esto y bajo.

Asegurándose de que todo estaba en su sitio y con los cartones debajo del brazo comenzó a bajar las escaleras. Se detuvo cuando apenas había descendido unos cuantos peldaños. Tara lo aguardaba en el vestíbulo.

—Eh… Me temo que todo eso de la oxitocina no es una leyenda urbana —le dijo con el rostro muy serio—. Acabo de romper aguas.

Por un instante creyó que el escalón sobre el que estaba le había apresado los pies con garras invisibles porque le fue imposible

moverse. Se quedó parado, mirando a la mujer que se sujetaba a la barandilla. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los *leggins* que llevaba puestos estaban mojados.

—¡Ay, Dios! —fue lo único que acertó a decir antes de que los cartones se le cayeran de las manos.

De repente, el semblante de Tara se endureció. La vio apretar la mandíbula, aferrarse con fuerza a la barandilla de la escalera y respirar con dificultad.

—Y… creo que acabo de tener una contracción —anunció ella entre dientes cuando recuperó el aliento—. O te das prisa en recoger la bolsa del bebé o va a nacer en nuestro flamante coche nuevo.

Todo fue demasiado rápido a juicio de Rory, aunque estaba seguro de que tal vez Tara no pensaba lo mismo.

En un momento habían llegado al hospital y en el siguiente, la matrona sostenía en sus manos un pequeño cuerpo sonrosado que berreaba como si la vida le fuera en ello.

—Este muchachito tenía prisa por venir al mundo, papis —anunció la mujer detrás de la mascarilla—. Enhorabuena. Es un niño.

Aún sentado en un pequeño taburete junto a Tara, apoyó la frente contra el borde de la mesa de paritorio y sintió que al fin podía volver a respirar. Porque todo aquel rato que ella había estado empujando para traer al bebé al mundo, no estaba seguro de haberlo hecho.

—Vamos a conocer a mamá —escuchó decir a una de las enfermeras.

Levantó la cabeza para ver cómo la mujer acercaba a Tara el pequeño bulto sonrosado que lloraba con ganas. Ella la ayudó a desabrocharse el camisón y le colocó el bebé sobre su piel desnuda.

Nunca había visto nada tan hermoso como aquello.

Tara sujetó al niño contra su pecho. El dolor de minutos atrás había desaparecido de su rostro y solo quedaba el embeleso con el que miraba al pequeño ser que ya vivía fuera de ella y que, milagrosamente, había dejado de llorar.

—Es precioso, Rory —la escuchó decir con emoción. Ella extendió el brazo más próximo para que le agarrara la mano y eso hizo él.

Tanteando sus propias rodillas se incorporó sin soltarla y fijó la mirada en el bebé. Se quedó sin aliento de nuevo al verlo.

—Lo es. Absolutamente precioso y perfecto —fue todo lo que acertó a decir porque se temía que ninguna palabra que pudiera llegar a pronunciar le haría justicia.

—¿Cómo está? —preguntó Tara a la enfermera.

—En apariencia todo está bien —contestó la mujer que había permanecido cerca de ellos—. Ahora se lo llevarán a la sala de neonatos y le harán todas las pruebas necesarias. Anda, despídete de él por un ratito.

Tara se incorporó lo suficiente para rozarle la cabecita al niño con los labios y sus ojos se llenaron de lágrimas. Volvió a caer sobre la banqueta en la que había estado sentado durante el parto cuando la enfermera se llevó a su hijo. Apoyó de nuevo la frente en el hombro de Tara.

—Joder —sollozó—. No lo puedo creer.

La besó en la sien, demorándose en la caricia una y otra vez, mientras que con su otro brazo trataba de atraerla hacia su cuerpo.

—Un niño, Rory —le dijo con una suave sonrisa prendida en sus labios.

Jamás había visto tanto amor en aquellos preciosos ojos como el que veía en ese momento. La quiso más que nunca y estaba seguro de que la querría aún más.

—Un niño, sí —respondió él antes de dejar escapar un largo suspiro—. ¡Dios! Te juro que no sé cómo lo has hecho.

—No dije en serio eso de arrancarte las pelotas si me tocabas otra vez ni tampoco eso de que las pondría en el llavero del coche —replicó ella mientras le acariciaba la mejilla—. Es que dolía mucho.

—No me lo recuerdes, anda. No lo he pasado peor en mi vida. Creo que no quiero volver a pasar por esto.

Una carcajada le llegó desde el otro lado de la habitación. Giró la cabeza y otra de las enfermeras que la había asistido se les acercó.

—¡Ay! ¿Sabéis la de veces que he oído esta misma conversación en este mismo lugar? Un montón. ¿Y sabéis también qué? Que la mayoría regresa, muchos de ellos antes de los dos años. Mi experiencia me dice que vais a ser de esos.

—No, no… —trató de justificarse él porque la realidad era que no entendía de dónde había sacado Tara ese coraje y esa fuerza para traer aquella pequeña vida al mundo.

La enfermera se inclinó hacia Tara y la palmeó en un hombro.

—Lo has hecho estupendamente, mami. No te sientas culpable de haberle dicho todo lo que le has dicho. Se lo merece —bromeó al tiempo que le guiñaba un ojo—. Bueno, ya veremos quién de los dos lleva razón y si regresáis por aquí. Y ahora, papá, ¿te importaría salir y esperar fuera? O mejor, puedes hacerlo en la habitación. Tu mujer y tu hijo aún tienen que pasar un ratito en nuestras manos. Los cuidaremos bien y, en cuanto estén listos, los llevaremos allí.

Volvió a inclinarse hacia Tara y la miró con cariño. Sentía que el corazón estaba a punto de reventarle del amor que sentía por ella.

—Me tengo que marchar —dijo al tiempo que buscaba su mano y la apretaba con ternura.

—Lo sé. ¿Has avisado a mis padres?

—Solo me dio tiempo a enviarle un mensaje a Kevin. No tengo idea si contestó porque tuve que apagar el móvil cuando entré aquí.

—Llámalos ahora y diles que estamos bien. No quiero que estén preocupados, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —convino con un cabeceo—. Te quiero, Tara.

—Anda, márchate —susurró—. Yo también te quiero.

Salió al pasillo sintiendo que las piernas aún le temblaban. Se quitó la bata y el gorrito verde y lo arrojó en el contenedor que vio junto a la puerta. Entonces, se apoyó en la pared más cercana, se inclinó hacia adelante y exhaló con fuerza hasta que notó que sus pulmones se vaciaban para volver a llenarlos con lentitud. Jamás habría podido imaginar que iba a presenciar el alumbramiento de un bebé, ni por supuesto que ese bebé iba a ser su hijo. Y había sido lo más asombroso, y también aterrador, que había vivido jamás.

Cuando Tara llegó al hospital, los médicos se volcaron con ella porque, según sus palabras, había llegado demasiado dilatada y no

tenían tiempo de ponerle la anestesia epidural. Estaba seguro de que las quejas de dolor y los esfuerzos de Tara resonarían en sus oídos durante mucho tiempo. Sin embargo, pese a todo, se sentía feliz y una frase se repetía una y otra vez en su cabeza: «Soy padre. Soy padre de un niño precioso».

No podía creerlo.

Rebuscó en el bolsillo de su pantalón el teléfono móvil y lo encendió. De repente, un montón de notificaciones inundaron la pantalla.

Abandonó la zona del paritorio y enfiló hacia el ascensor para subir a la habitación que les habían asignado al llegar.

En cuanto dio con ella y se dejó caer en la primera silla que encontró, le envió un mensaje a Kevin. Apenas habían pasado cinco minutos cuando llamaron a la puerta.

Al abrirla, su primo y Meghan estaban allí, con expresiones expectantes. La chica se abrazó a él y le dio un beso en la mejilla. Detrás de ellos aparecieron los padres de Tara, con rostro de preocupación.

—Ya pasó todo. Los dos están bien —anunció para tranquilizarlos.

—¿Y ha sido…? —preguntó Maureen.

Miró a la pareja con cariño.

—Un niño. Ha sido niño.

La madre de Tara se giró hacia su marido como si la hubieran disparado con un arco.

—¡Keane! ¡Un niño! ¡Ha tenido un niño!

Jamás creyó que le iba a enternecer tanto ver llorar a un hombre adulto como cuando Keane Healy rompió en lágrimas delante de todos.

—Papá, tranquilo. Ha dicho que está bien —trató de consolarlo Meghan.

—Lo sé, lo sé, pero es que… —Keane se secó las mejillas y se acercó a él—. Enhorabuena, muchacho.

Recibió las felicitaciones de todos en forma de abrazos y palmadas en la espalda. No habría podido dejar de sonreír ni aunque lo intentara.

Cuando por fin pudo hablar con sus padres, estos ya iban de camino hacia Dublín. Kevin les había avisado también y los tranquilizó diciéndoles que tanto la mamá como el bebé estaban bien.

Las dos horas que tardó en aparecer la cama en donde venía Tara le parecieron las más largas de su vida, sin embargo, en cuanto se dio cuenta de que, en sus brazos también llegaba el bebé, arropado contra el pecho de su madre, lo olvidó todo.

La habitación se llenó de besos, de felicitaciones, de emoción por la llegada del nuevo miembro de la familia. Y también se llenó de mucho amor.

—Aunque me gustaría quedarme un rato más, me temo que tenemos que dejarlos solos un ratito —argumentó Maureen—. Keane, vamos.

—Pero…

—Ya volveremos luego. —Maureen tocó con cariño el hombro de su marido—. La niña tiene que descansar. Vamos.

El matrimonio observó de nuevo embelesado al bebé, que dormía sobre el pecho de Tara, y con un beso de despedida abandonaron la habitación, al igual que hicieron Kevin y Meghan para dejarlos al fin solos.

Con calma, acercó una silla a la cama y se sentó junto a ella.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Le retiró un mechón de pelo de la frente y depositó un beso en ella. Con el mismo cuidado que le había dedicado a la madre, acarició la manita del bebé, que sujetaba con fuerza un dedo de Tara. No podía dejar de mirarlo; no podía dejar de pensar que él, aunque fuera en una mínima parte, había contribuido para que esa personita llegara al mundo. Las cejas apenas eran una sombra rubia, al igual que las pestañas, en una carita redonda de mofletes regordetes y boca fruncida. Una suave pelusa le cubría la cabeza. Tomó una de las manitas y la observó. Uñas diminutas y perfectas. Como todo él. Sobrecogido, desvió la vista hacia Tara. La sonrisa que ella le ofreció no le dejó lugar a dudas.

—Cansada. Y me duelen un montón de músculos, pero estoy feliz.

—Yo también lo estoy. Muy feliz. No sabes cuánto —recalcó él. Apoyando la frente en su hombro, cerró los ojos con fuerza—. No tienes idea del miedo que he pasado, Tara. Miedo a que a alguno de los dos os pasara algo, o que algo fuera mal… No sé —confesó.

Ella lo animó a que levantara la cabeza.

—¿Por qué? ¿No me creías capaz?

—¿Capaz? Te creo capaz de todo, Inglesita. De mover el mundo si te lo propones. Incluso de robarme el corazón. Y de darme el mayor regalo que jamás nadie podrá darme.

La vio apretar los labios.

—Sigo siendo un coctel letal de hormonas. No me hagas llorar, por favor.

—Está bien. —Volvió a inclinarse para besarla en la frente. No podía evitar buscar su contacto, como si de esa manera quisiera asegurarse de que estaba bien, de que todo había pasado.

—Toma, sostenlo.

Se puso en pie nervioso y extendió los brazos. Con el mismo cuidado que si le estuviera entregando el tesoro más preciado del mundo, tomó al bebé y lo acercó a su pecho. Dormía plácidamente. Hacía poco tiempo que había admitido que estaba enamorado, algo que nunca pensó que iba a suceder, pero ¿podía alguien enamorarse así de rápido de una criatura a la que acababan de ponerle entre los brazos? Ya podía asegurar que sí.

—Es precioso, Tara. Se parece a ti.

—¿Eso crees? —quiso saber ella, tratando de incorporarse sobre su hombro para mirarlo. Él se giró un poco para que pudiera ver al bebé con comodidad.

Se mantuvieron en silencio unos segundos, tan solo observando el ser perfecto que había llegado a sus vidas, y pensó que era increíble.

—Aún no le hemos puesto nombre —comentó Tara al tiempo que acariciaba la mejilla del bebé—. Me preguntaron en el paritorio, después de irte, y les dije que aún no lo tenía porque no sabíamos qué iba a ser.

Lo meció muy despacio sin retirar la vista de él.

—Freddie —anunció con convicción.

Ella alzó la mirada, incrédula y sorprendida.

—¿Quieres ponerle Freddie?

—Sí.

Los labios de Tara temblaron y sus ojos se llenaron rápidamente de lágrimas.

—¿De verdad quieres ponerle como el cantante de Queen?

Alzó un poco al bebé para que Tara pudiera mirarlo sin hacerse daño en el cuello.

—Te conocí siendo Queen y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Creo que es un bonito tributo, ¿no crees?

Los increíbles ojos de Tara se clavaron en él. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Creo que sí. Freddie. Freddie McCoy —dijo ella—. Suena bien.

—Suena muy bien —admitió—. Tara.

Ella se recostó en la almohada. Podía ser que en otras ocasiones hubiera pensado que Tara era preciosa, pero jamás la había visto más hermosa que en ese momento.

—Dime.

—¿Me haces un favor? —preguntó indeciso—. ¿Uno más?

—¿Cuál?

Tomó aire, nervioso.

—Hazme un hombre decente y cásate conmigo.

Tara lo miró con los ojos muy abiertos.

—Rory.

—Cásate conmigo, Tara —le rogó—. Jamás pensé que iba a pronunciar estas palabras, y llevo días pensando que, si no te las digo, no voy a poder seguir respirando. Cásate conmigo. Quédate conmigo para siempre. Jamás podré agradecerle lo suficiente al destino que me hiciera ir a aquel *pub* esa noche, ni que acabaras aceptando pasar ese rato conmigo. No tendré vida suficiente para agradecerlo. Puede que incluso necesite otra. Y también en esa espero volver a encontrarte. Aunque seas medio inglesa.

—Por Dios, Rory.

La vio cubrirse la boca con una mano. Él le atrapó la otra sin soltar al bebé.

—Di que sí, por favor.

—Sí. Claro que sí. Sí.

El enorme suspiro que dejó escapar hizo que el pequeño Freddie se asustara. Extendió ambos bracitos y compuso un puchero.

—Tsk, tsk, nada de llorar —lo consoló con cariño—. Y ahora, deja que papá le dé un beso a mamá, ¿quieres? —Se inclinó hacia Tara y capturó su boca con dulzura—. Ya no puedes echarte atrás.

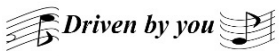
Rodeándole el cuello con los brazos, Tara lo atrajo hacia sí.

—¿Y por qué crees que querría hacerlo? —murmuró ella—. Tendrías que darme una buena excusa para ello.

Pensó que el pecho podría estallarle de amor en ese preciso instante y, entonces, le dedicó la sonrisa más sincera que pudo esbozar.

—No se me ocurre ninguna. Ni creo que se me ocurra.

EPÍLOGO 2



Un año después.

Rory rodeó el coche mientras se acomodaba la corbata y la chaqueta de su nuevo traje y abrió la puerta que estaba tras el conductor. Freddie lo recibió moviendo brazos y piernas a la vez y mostrándole sus dos únicos dientes en una sonrisa que le abarcaba toda su carita. Como si ya supiera que aquel era un día especial.

—Vamos, campeón. Te voy a sacar de aquí —dijo mientras desabrochaba los anclajes para liberar a su hijo.

—¿No es mejor ponerlo en su sillita? —Tara apareció a su lado arreglándose la falda del precioso vestido que se había comprado para la ocasión. La boda de su hermana Meghan con Kevin bien merecía que todos fueran con sus mejores galas.

—Inglesita, Freddie va a ir de brazo en brazo en cuanto tus padres, los míos y tu hermana Brianna lo vean. Es inútil cargar con ese trasto. Y Meghan estará demasiado ocupada llevando su ramo de novia porque, si no, también iría a sus brazos.

Ella pareció recapacitar antes de asentir con seguridad.

—Mirado así…

Se inclinó hacia ella y le dio un sonoro beso en la mejilla, aunque lo que en realidad quería era atrapar sus labios.

—Pues claro que sí. Por cierto, estás preciosa —susurró muy cerca de su oreja—. ¿Te lo había dicho ya?

—Unas… cuarenta y cuatro veces. —Aunque pretendiera parecer molesta, la sonrisa que lucía su rostro la delataba.

—Pues ya son cuarenta y cinco —bromeó mientras sus ojos resbalaban por ella. El color azul cobalto le sentaba francamente bien. Había elegido recoger su pelo en un moño alto que hacía

resaltar la elegante columna de su cuello y también el pequeño tatuaje que tenía tras la oreja—. Me encanta el vestido.

—Te encanta porque cuando miras para abajo me ves las tetas, idiota —susurró ella entre dientes. Tirando de la tela hacia arriba, trató de cubrir de manera algo inútil su generoso escote.

—No las veo tanto como me gustaría —admitió con una sonrisa sesgada—. Pero eso lo arreglaré esta noche, en cuanto lleguemos a casa y Freddie se quede dormido.

Adoraba cuando las mejillas de Tara se coloreaban sin que ella pudiera hacer nada por remediarlo. Y también cuando sus ojos resplandecían y esos labios que lo volvían loco se entreabrían. Entonces, él ya no podía pensar en nada más que en besarla hasta dejarla sin aliento.

—Deja de mirarme así, Rory. Te veo las intenciones —dijo ella al tiempo que le tendía a Freddie las manos para sacarlo del coche.

—Soy un libro abierto para ti, Inglesita —le susurró de nuevo al oído.

—¡Ay, si está aquí mi chico favorito! —escuchó exclamar detrás de ellos a Brianna, que se acercaba con Daniel, su marido. La hermana de Tara se hizo un hueco entre ellos, le tendió los brazos al niño y este respondió de manera idéntica a su tía—. ¡Pero qué guapo eres! —El beso que le dio en la mofletuda mejilla pareció hacer las delicias de su hijo, que explotó en una contagiosa carcajada.

—¿Qué tal, Rory? —lo saludó Daniel con afecto, tendiéndole una mano.

A su lado, Brianna le hacía pedorretas en el cuello a su sobrino. El niño parecía encantado con las atenciones que estaba recibiendo.

—¡Ay, mi enano! ¡Cómo has crecido en estos seis meses! —escuchó decir a Brianna.

—Tu sobrino también te echa de menos —intervino Tara.

Brianna la miró con ojos entornados.

—Recuerdo aquella vez, antes de marcharme, que te dije que no sabía cuándo iba a regresar a casa. Entre tú y Meghan habéis tirado por tierra mis intenciones. Nunca he venido más veces seguidas que en estos meses.

—¿Te habrías perdido las bodas de tus hermanas? —quiso saber Tara con una mano sobre el pecho, fingiendo estar molesta.

Sabía que esas pequeñas pullas era la dinámica normal entre las dos mujeres y si ellas se divertían picándose la una a la otra, tanto Daniel como él solo harían de meros espectadores y disfrutarían del espectáculo.

La sonrisa que Brianna le dedicó a su hermana era radiante.

—¡Ni loca me habría perdido tu boda, Gusanito! Ya me perdí el nacimiento de este muchachito. Y tú querías conocer a tu tía, ¿verdad que sí? —Le hizo una pedorreta en el cuello y el niño rio con ganas—. ¿Quién es tu tía favorita? ¿Eh? ¿Eh? —Lo levantó ante ella y repitió el proceso en la barriguita del bebé. Freddie, de nuevo, dejó escapar una risotada que era más grande que él. Brianna continuó con sus besos y sus arrumacos con tanto fervor que, estaba seguro, se había olvidado de que no estaba a solas con su pequeño sobrino.

—¿Tú que estás esperando para hacerle uno? —Tara le dio un codazo a Daniel, que observaba embelesado a Brianna—. ¡Se lo va a querer llevar cuando os marchéis de vuelta a Busán! Os registraré las maletas, que conste.

Daniel rio ante las ocurrencias de Tara antes de abrazar desde atrás a su mujer, darle un beso en el hueco del cuello y hacerle una burla a Freddie, que miraba con interés al hombre.

—Te prometo que ya me gustaría, pero hemos decidido esperar a que la clínica de Bri esté bien afianzada antes de dar el paso de convertirnos en padres —se justificó Daniel.

Tara se plantó delante de ambos.

—¿Te está dando muchos masajes al menos? —bromeó ella, dirigiéndose a su cuñado.

Daniel le echo un vistazo de soslayo a su mujer.

—Menos de los que me gustaría —dijo con la boca pequeña.

Brianna alzó el rostro para tratar de mirar a su marido.

—¡Anoche no te quejaste!

—Ojito con lo que habláis delante de mi hijo —recalcó él, divertido con todo aquel intercambio.

—Era broma, cielo —replicó Daniel—. Jamás se me ocurriría quejarme. Sé que conoces técnicas que me dejarían inservible para hacerte uno de estos —comentó al tiempo que señalaba a Freddie con un gesto de la barbilla.

—Pues nada de técnicas raras, que se os va a pasar el arroz —masculló Tara.

—No le hagas caso —intervino Brianna antes de arrugar la nariz y sacarle la lengua a su hermana.

—Ahora en serio —replicó Daniel soltando a su mujer—, yo también tengo un montón de trabajo en el instituto. Todavía estoy haciéndome con el idioma. Pero algún día tendremos un bebé tan bonito como Freddie.

Con expresión anhelante, Brianna le devolvió a Tara el pequeño, que se empeñaba en meterse todo el puño en la boca.

—Toma a mi amorcito. Tengo que ir a ayudar a Meg a hacer su entrada.

—¿Cómo está? —preguntó Tara.

Sabía que Meghan había decidido seguir la tradición y pasar la última noche como mujer soltera en casa de sus padres, y también sabía que Brianna y Daniel se estaban quedando esa semana en el hogar familiar de los Healy.

—Anoche estaba de los nervios. Hasta papá y Daniel se marcharon para no molestar.

—¡Uy, sí! Molestar. ¡Afligidísimos estarían los dos por marcharse a algún *pub* y recordar viejos tiempos! Como cuando Daniel venía a casa y te miraba como un cachorrito abandonado mientras fingía que veía la tele con papá.

—Yo nunca la miré como un cachorrito abandonado —replicó este, aunque sin demasiada convicción.

Brianna alzó la vista hacia su marido y lo observó unos instantes. La diferencia de estatura era notable, pero cada vez que los ojos de Daniel recaían en Brianna se le iluminaba la mirada. No conocía una pareja que se complementara mejor que ellos.

—Por supuesto que lo hacías, cielo —comentó ella con un enérgico cabeceo sin perder la sonrisa—. Bueno, no al inicio, cuando me rehuías como si yo tuviera la peste.

Daniel se inclinó y le robó un beso a su mujer.

—Para lo que me sirvió…

—¿Tú no tenías que ir dentro? —los interrumpió Tara—. Pues estás tardando, bonita. ¡Hale! Que alguien tiene que calmar a Meg.

Con un último arrumaco a su sobrino, Brianna se despidió de ellos antes de tomar la mano de Daniel y marcharse hacia el interior de la iglesia.

—¿Vamos nosotros también? —preguntó Tara.

—Claro. Dame a este pequeñajo, anda. —Freddie trató de agarrarse al vello corto de su barba y le dejó la mejilla llena de babas—. Eres un cochino, campeón.

Escuchó la risa de Tara mientras esta se ponía delante de ellos para acceder a la iglesia.

Para su boda, Kevin y Meghan habían elegido la misma pequeña parroquia en la que Tara y él se habían casado seis meses atrás. Sabía que, si a Kevin le hubiera valido, ya haría bastante tiempo que su boda se habría celebrado también, pero la pareja había decidido esperar a que la nueva pastelería que había abierto Meghan en la calle Henry, muy cerca de la General Post Office, hubiera despegado y se hubiera hecho un hueco en el comercio de la zona. Y así había sido.

La noche anterior, él también había podido hablar con su primo y, al igual que su novia, estaba de los nervios. Su único consejo fue que se marchara pronto a la cama. Kevin se rio de él.

Al pararse delante de la puerta del templo, decenas de recuerdos lo asaltaron. Incluso pudo sentir las mismas mariposas en el estómago que el día de su boda. Ese instante tan especial estaría siempre con él, al igual que lo estaba la visión de Tara con aquel precioso vestido que escogió para ese día, con el pelo recogido con una sencilla tiara de flores y la sonrisa más radiante que nunca nadie le había dedicado. Y pensó que era irónico. Alguien que una vez creyó de sí mismo que no estaba hecho para tener una relación, en un año había conseguido una esposa y un hijo. Y, si tenía que ser honesto consigo mismo, nunca había sido más feliz. No echaba de menos ni un solo segundo de su anterior vida, antes de que Tara y Freddie aparecieran y la llenaran por completo.

Notó una mano rozar la suya y giro la cabeza. A su lado estaba su mujer, que lo observaba con un reconocido brillo en los ojos.

—Tú también te acuerdas. —No era una pregunta, lo podía ver con claridad en el rostro de Tara.

—Perfectamente —admitió ella antes de mirar hacia el sencillo altar que ese día estaba adornado de flores rosadas en lugar de las amarillas y blancas que Tara y él escogieron—. No podré olvidarlo nunca. Fue precioso.

—Lo fue. Lo repetiría ahora mismo si pudiera.

Observó a su mujer soltar un suspiro.

—Ve a sentarte, ¿quieres? Voy a ver si Bri y Meghan necesitan algo. Una valeriana, tal vez. —Ella se alzó sobre las punteras de sus sandalias y lo besó en la mejilla. Luego hizo lo mismo en la naricilla de Freddie y se marchó.

—Bueno, pequeñajo, vamos a buscar asiento cerquita, ¿vale?

—¡Si ya está aquí! —La voz de su madre hizo que girara en redondo para enfrentarla. Antes de darse cuenta, Freddie ya estaba en sus brazos—.¡Ay! ¡Qué bonito eres! ¡Ah! Hola, cariño.

—Hola, mamá. —Se acercó a ella y la besó en la mejilla, pero Amelia estaba enfrascada en hacerle carantoñas a Freddie. A su lado, su padre miraba arrobado al pequeño—. Hola, papá.

—Hola, hijo.

—¿Cuándo habéis llegado? —le preguntó.

Desde que su padre tuvo el accidente, al hombre le costaba conducir, así que la madre de Kevin los había invitado unos días a su casa de Drumcondra para que no tuvieran que hacer el viaje desde Limerick el mismo día de la boda.

—Hace ya un rato. Tu tía está con Kevin.

—¿Y cómo está? Anoche se subía por las paredes.

—Sigue igual —admitió su padre.

—Ya sabía yo que ese estoicismo suyo acabaría yéndose por el retrete algún día.

—Rory, habla bien delante de Freddie —lo riñó su madre como si él aún fuera un niño al que amonestar.

—No he dicho nada malo —se quejó.

La expresión hastiada de su madre cambió al instante, sustituyéndose por una sonrisa pletórica en cuanto volvió a mirar a su nieto.

—Está precioso, Rory.

El niño pareció entender que su abuela hablaba de él y, con la boca abierta, trató de darle algo parecido a un beso en una mejilla, aunque acabó en un sonoro chupetón. Su madre se derritió con el gesto.

En ese momento, varios invitados les pidieron permiso para entrar en la iglesia y por ello se echaron a un lado.

—Esto está a punto de comenzar —dijo su padre tras mirar el reloj de su muñeca—. Vamos a nuestro sitio, Amelia.

—Tu tía quiere que nos sentemos con ellos en su banco —se lamentó su madre—. Toma a Freddie. Pero luego iré a por él.

Con cuidado, recibió a su hijo de sus manos. Le acarició la cabecita con la nariz en un gesto que se había vuelto natural en él antes de acomodarlo en sus brazos.

—Contaba con ello.

—Adiós, chiquitín. La abuela te ve luego —susurró su madre dedicándole una última carantoña a Freddie.

En cuanto se quedaron solos, alzó un poco al niño para poder tenerlo frente a frente.

—Bueno, colega, tú y yo nos vamos a sentar. Pórtate bien, ¿de acuerdo? El tío Kev no me perdonaría que tuviéramos que salir a mitad de la ceremonia. Andando.

Buscó un asiento en la zona reservada para la familia de los novios. Tanto daba si era en la parte de la familia de Meg o la de Kevin, puesto que pertenecían a ambas. Al final, encontró un lugar en donde acomodarse y guardó uno junto a él para Tara.

Ella no tardó mucho en regresar. Se sentó a su lado y le sonrió.

—¿Cómo está tu hermana? —quiso saber él.

—Bueno, pues bastante tranquila. Más que anoche, al menos —admitió con un encogimiento de hombros. Tara buscó la mano que él tenía libre y entrelazó los dedos con los suyos.

—Menos mal.

—Sí. Pero está feliz. Y guapísima. A Kevin se le va a caer el culo cuando la vea.

—Ya se le cae. Me gusta ver a mi primo tan enamorado. —Movió arriba y abajo la pierna en donde tenía a Freddie sentado y el niño gorgoteó, encantado—. Vamos a ver al tío Kevin y a la tía Meghan casarse, ¿a que te gusta la idea, enano? A ver si te dan un primito pronto para que puedas jugar con él. O con ella. ¿A que te parece buena idea? ¡Claro que sí!

La quietud del templo se rompió un poco cuando los últimos invitados fueron tomando asiento. Volvió a girarse hacia Tara, que miraba interesada el altar, sin soltarle la mano. No podía creer su suerte por tenerla a su lado y de que estuviera enamorada de él.

A causa del nuevo enfoque que le habían dado a la librería, Tara no se tomó todas las semanas que le correspondían por su permiso de maternidad. Por suerte, él comprobó que ejercer de directivo que no necesitaba tratar directamente con clientes y con un horario mucho más flexible que, la mayoría de los días, podía realizar desde casa no era tan malo como una vez pensó que sería. Así, él pudo tomar el relevo con el cuidado del bebé cuando Tara quiso incorporarse al trabajo.

Tara también había retomado sus sesiones en el Seven Seas of Rhye. Para el deleite de su mujer, los parroquianos no la habían olvidado y los días en que se anunciaba que ella iba a estar en el *pub*, el lleno era absoluto.

Alguna que otra vez había ido a verla. No tenían problema para que alguno de sus familiares se quedara con el pequeño Freddie, más bien al contrario, así que eso les daba la suficiente tranquilidad y libertad para que él pudiera acompañar a Tara en esas ocasiones. Además, le encantaba cuando eso sucedía. Su pecho casi no podía soportar el orgullo de verla en el escenario, haciendo que todos los asistentes disfrutaran con su música. Se acercó a Tara tanto como pudo y se inclinó hacia ella.

—¿Crees que el viernes que viene tus padres podrán quedarse con Freddie?

Ella lo miró, tratando de disimular la sonrisa ladeada que ya le asomaba por los ojos.

—¿Y por qué quieres que mis padres se queden con él? ¿Tienes algo en mente, señor McCoy?

—A ellos les encanta estar con Freddie y, bueno… Tenías planeado ir la semana que viene al Seven Seas of Rhye, si mal no recuerdo.

—No recuerdas mal, cierto —admitió ella con la vista fija en el altar.

—Entonces, si ellos se quedan con Freddie, yo podría ir contigo y… no sé, tal vez tenga un poco de suerte con la DJ y pueda tener unas palabritas con ella. O algo más que unas palabritas. Hay un almacén en la parte de atrás, ¿sabes?

Ella lo miró por encima del hombro, coqueta.

—Lo sé. Creo que volviste a visitarlo hace un par de meses, si no recuerdo mal.

—Pues no me importaría hacerlo de nuevo —bromeó con la vista fija en su precioso perfil y en su boca; esa que, de no estar donde estaban, ya habría capturado con un entregado beso.

—Ah… «donjuán McCoy» de nuevo en acción.

—¡No, no! —Se separó de nuevo de ella—. ¡No es lo que quería decir! ¡No…!

—Respira, Rory, era una broma —susurró ella. Bajó la cabeza cuando dio por perdida su batalla contra la risa que acabó soltando y que nadie más oyó porque fue rápida en ocultarla con las manos—. Ay, cielo, sigues siendo tan fácil de picar…

Sobre sus rodillas, Freddie se giró hacia él y lo miró antes de que, de nuevo, su interés por las personas que aún transitaban por el pasillo regresara.

—Inglesita… —masculló divertido—. Entonces, ¿se lo pedimos a tus padres? ¿Qué se queden con Freddie el viernes?

—A decir verdad… Volver al *pub* era lo que tenía pensado hacer, pero no sé si voy a regresar o si esa será mi última sesión.

—¿Pero por qué? —exclamó muy bajito, extrañado—. Te encanta y sé cuánto lo disfrutas.

—Es verdad —admitió ella—, pero… ¿recuerdas el día de tu cumpleaños?

Por supuesto que recordaba su cumpleaños, hacía más de un mes. Tara le había pedido a Meghan que se quedara con Freddie. Ellos habían podido ir a cenar y habían reservado una noche en el hotel Westbury, el mejor que pudo encontrar para celebrar la ocasión. Y todavía sonreía como un bobo cuando rememoraba lo bien que habían aprovechado la habitación. Y la enorme ducha.

—No creo que pueda olvidarlo fácilmente, cielo. Y tampoco creo que sea el momento adecuado para recordármelo porque ahora solo quiero llegar a casa y que te metas de nuevo en la ducha conmigo. Con un poco de suerte, Freddie ya estará dormido cuando lleguemos.

Tara giró la cabeza hacia él y le ofreció una sonrisa tan bonita que no entendía cómo podía seguir respirando después de mirarla.

—Pues yo tampoco voy a poder olvidarlo en, digamos, las próximas treinta y dos semanas. Y después va a ser que tampoco.

—No entiendo —dijo entornando los párpados—. Treinta y dos semanas… —De repente, todo encajó. Giró la cabeza tan rápido hacia Tara que creyó podría haber sufrido un latigazo cervical—. Tara…

—¿Qué?

—¿Estás…?

Ella torció un poco la comisura de los labios en una suerte de disimulada sonrisa.

—¿Embarazada de nuevo? Sí. De seis semanas.

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, incluso el aire se le quedó atorado en los pulmones. Embarazada.

—¡Ay, Dios! Cielo…

—Estoy bien, en serio. Quita esa cara de preocupación.

—Yo… Joder, Tara. —Sus manos sujetaron el cuerpecito de Freddie, que se removía en sus rodillas. Su hijo se giró para mirarlo y le sonrió, con aquella inocente y brillante expresión con la que le decía que él y su madre eran todo su mundo. E iba a ser padre de otra criatura—. Joder, Tara. ¿Es en serio?

—No bromearía con algo así. Olvídate de que me vuelva a duchar contigo nunca más.

Buscó la mano de su mujer y la apretó con fuerza. Ella le correspondió de la misma manera, sujetándose a sus dedos.

—¿Cuándo te has hecho la prueba?

—Esta mañana.

—Mierda, odio estar aquí sentado y no poder abrazarte. ¿Cuándo van a entrar los novios para que acabe esta boda? —masculló nervioso mirando hacia el pasillo. Volvió a girarse hacia Tara—. ¿Estás contenta?

—Lo estoy —afirmó ella sin dudarlo—. ¿Y tú? Sé que, de nuevo, no lo habíamos planeado, pero…

—¿Que si estoy contento? ¡Estoy feliz! ¡Dios, Tara! No puedo creerlo. —Allí estaba de nuevo esa sonrisa que solo le dedicaba a él; esa sonrisa que lo había cautivado desde el mismo momento que se topó con ella por primera vez en el oscuro pasillo del *pub*—. Cielo, no tienes idea de cuánto te quiero.

—Y yo a ti.

En ese instante, Kevin, aún más elegante que de costumbre, atravesó el pasillo. Iba saludando a los invitados que estaban sentados a uno y otro lado del pasillo. Tras llegar al altar, se colocó en su lugar.

La marcha nupcial anunció la entrada de la novia y ambos se levantaron para darle la bienvenida a una resplandeciente Meghan. Él aprovechó para girarse hacia Tara.

—¿Se lo vas a decir hoy a tus padres? —preguntó, aún sin creer la noticia.

—No, no —contestó ella muy segura sin retirar la vista de su hermana, que avanzaba por el pasillo del brazo de su padre—. Es su momento. Dejemos que disfruten. Ya se lo diré dentro de unos días, cuando sepamos que todo está bien. ¿Te parece?

—Me parece —afirmó él, tan entusiasmado con la idea de ser padre de nuevo que no entendía cómo había sobrevivido toda su vida sin Tara a su lado. De repente, se envaró—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa, Rory?

—La enfermera. La que nos dijo cuando diste a luz que estaba segura de que nos vería antes de dos años. —Se giró hacia su mujer —. Llevaba toda la maldita razón. Nos caló bien.

Tara bajó el rostro y se cubrió la boca para no soltar una carcajada, algo que él habría hecho de buena gana. En lugar de eso, aupó a Freddie entre sus brazos para mirarlo de frente.

—Enano, ¡vas a ser un hermano mayor! —Acercó al bebé y le rozó la punta de la naricilla con la suya—. ¿Estás contento? ¿A que sí lo estás?

A su lado, el maravilloso sonido de la risa de Tara hizo que la mirara de nuevo. Sin aguardar un segundo, le pasó un brazo sobre los hombros, la atrajo hacia sí y la besó en la sien.

—Lo siento por Kevin y por tu hermana —susurró muy cerca de su oreja—, pero estoy deseando que esta boda acabe para salir ahí fuera y besarte como Dios manda, Tara.

—Yo también lo siento por ellos, pero es que quiero ese beso.

—Lo tendrás, Inglesita —le aseguró—. Ese y muchos más.

FIN

AGRADECIMIENTOS

La idea de escribir las historias de mis chicas irlandesas, las hermanas Healy, nació hace muchos años, allá por el 2008, cuando las redes sociales aún estaban por despegar y la manera de relacionarse con personas que tuvieran tus mismas aficiones pasaba por los *blogs*. Fue en uno de ellos en donde se gestó la idea, de la mano de un meme que consistía en convertir tu vida en una comedia romántica. De ahí surgió primero *Los labios más dulces de todo Dublín*, la historia de la pastelera Meghan, pero me dejó la semilla para darle también la suya a las otras dos hermanas, Brianna y Tara.

Durante todos esos años, muchas personas se han cruzado por mi camino y han formado parte, de una manera o de otra, de este proceso creativo, enriqueciéndolo y aportando su granito de arena para que estas tres novelas hayan acabado viendo la luz y es de recibo que yo las tenga en consideración.

A mi correctora, amiga y editora, Eugenia. Ella conoce mejor que nadie los entresijos de mis historias y, siempre, su visión me ayuda a ofrecer la mejor versión de ellas. Gracias por todos esos ratos de charla, por las horas de corrección, por ese manejo implacable del bolígrafo rojo. Le agradezco a la vida que nos haya cruzado. Te quiero, amiga.

A mis tres hombres, Javier, Javi y Alejandro. Nada sería igual, ninguna de mis historias habría visto la luz, si ellos no me comprendieran y apoyaran como lo hacen. Estáis permanentemente en mi corazón y soy como soy gracias a vosotros. Os quiero.

A mi mamarracha, Anna García. La vida tuvo a bien cruzarme un día en tu camino para escribir un relato y, desde entonces, te has convertido en alguien muy especial para mí. Gracias por seguir la

historia de Tara y de Rory con tanto interés y por alentarme cada día con esa manera tan especial que tienes de ser. Te quiero un montón.

A mis «polluelas», Ana, Roko, Amalia e Isabel, que me hacéis reír cada día con vuestras conversaciones y con vuestra compañía. ¡Qué bonito haberos encontrado y poder compartir tanto con vosotras! Se os quiere, señoras.

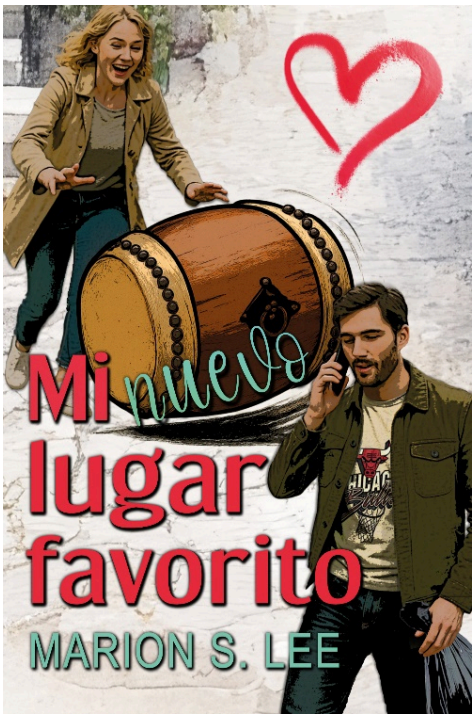
A todas esas lectoras que me escribieron en su momento para contarme vuestras elucubraciones sobre Tara y Rory. Me arrancasteis una sonrisa y me disteis el empuje para que esta historia finalmente aterrizara sobre un papel. Espero que su historia os haya acabado convenciendo y gustando tanto como me ha gustado a mí escribirla.

Y también gracias a ti, lectora, si has llegado a esta novela por casualidad. Espero que la hayas disfrutado y hayas vivido con intensidad esta historia de amor tan especial y bonita.

Hasta aquí han llegado mis chicas irlandesas. Nos vemos en la próxima.

Marion S. Lee

"Cuando crees que no puedes esperar nada nuevo en tu vida, el destino se encarga de demostrarte lo contrario."



"A veces olvidamos que el corazón siempre elige por su cuenta el lugar en el que se queda. O con quien."

BIOGRAFÍA

Marion S. Lee es el seudónimo con el que escribe esta autora nacida en Cádiz, en 1970. Técnico en Relaciones Públicas, trabajó como secretaria de dirección y gerente de una empresa durante años. Comenzó escribiendo pequeños relatos de aventuras cuando era una adolescente y siempre soñó con escribir aquellas escenas que poblaban su mente. Lectora empedernida, le apasiona el género romántico, y se decanta por el romance contemporáneo para contar sus propias historias. Escribe de manera regular en la red desde hace más de dos décadas.

Sus novelas publicadas son:

- "Sueña conmigo", (Selección Bdb — 2016),
- "Hasta que tú llegaste" (Selección Bdb — 2017), también ha sido editada en papel, de la mano de Ediciones B de bolsillo.
- "Y a ti te prometo la luna" (Selección Bdb —2018)
- "Solo con un beso", (Selecta —2019)
- "Cien destinos junto a ti", (Selecta —2020)
- "Escribe mis recuerdos", (Amazon —2020). Traducción al inglés "Beyond your shadows" (Amazon —2021)
- "Tal y como lo soñé", serie "El club de las Tulipanes —2". (Selecta —2020)
- "Al calor de tus brazos", serie "El club de las Tulipanes —4". (Selecta —2021)
- "Sabor de amor" en la antología "Ramyeon para dos" (Amazon —2021)
- "Deja que se encargue la noche" en la antología "Como por arte de Magia" (Amazon —2021)
- "30 días para enamorarte" Bilogía "Amor en Seúl 1". (Amazon —2022)
- "Ese loco asunto llamado serendipia" Bilogía "Amor en Seúl 2". (Amazon—2023)
- "Los labios más dulces de todo Dublín", (Ediciones Kiwi —2024)
- "Mi nuevo lugar favorito". (Amazon —2025)

Actualmente vive en San Fernando (Cádiz), con su marido y sus dos hijos, y continúa imaginando historias que, espera, poder escribir algún día.

Si quieres, puedes seguirme en mis redes sociales.

https://www.facebook.com/MarionSLee.escritora

https://www.instagram.com/_marionslee_/

https://www.tiktok.com/@marionslee

https://x.com/_MarionSLee_